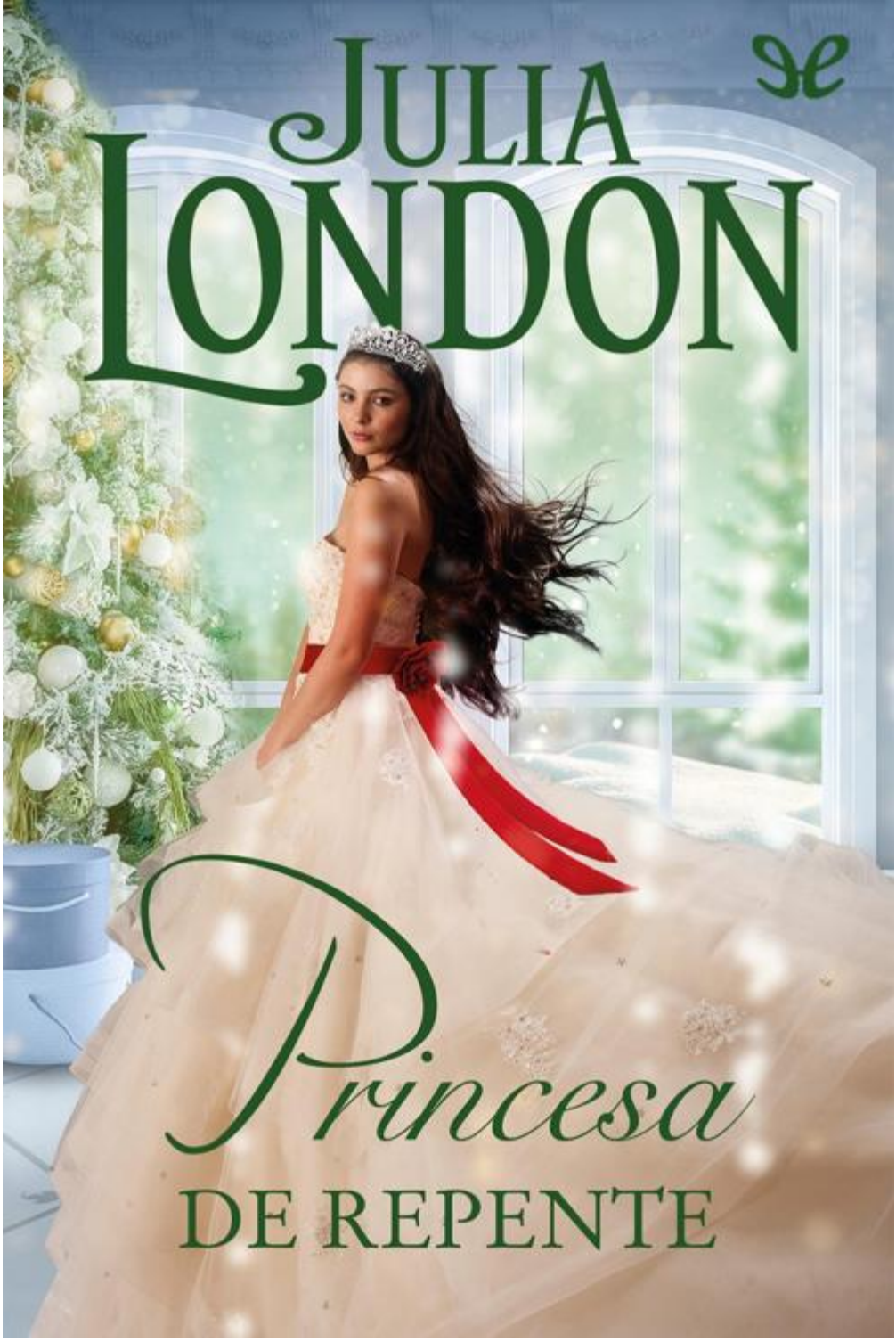
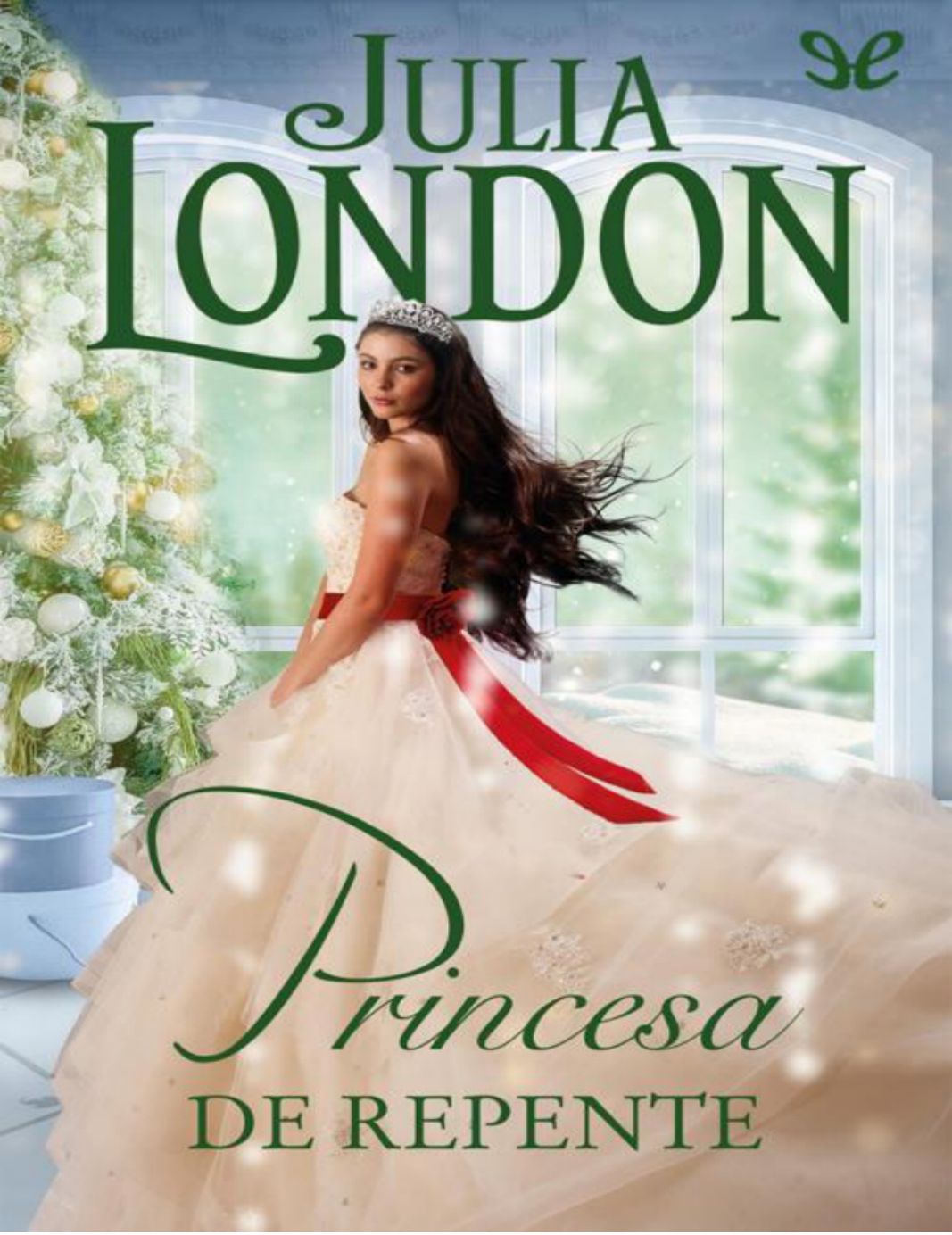
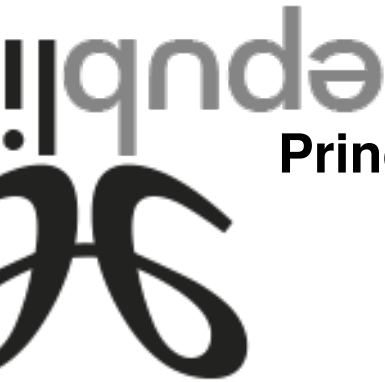

JULIA
LONDON
Princesa
DE REPENTE


JULIA
LONDON
Princesa
DE REPENTE

Había descubierto su secreto. Ahora empezaban de verdad los problemas…

Tras un luto de cuatro años, y de convertir la revista de su difunto marido en la publicación de moda y chismorreos más picante de la alta sociedad, Hollis se sentía como si su vida se hubiera quedado vacía. ¿Qué iba a hacer una viuda joven de buena reputación? Pues husmear en un supuesto golpe de estado… con la ayuda de un caballero galante y misterioso que podría ser el malo de la historia.

Marek Brendan estaba investigando unos terribles rumores de una alta traición que amenazaba a su país, Wesloria, aunque debía proceder con mucha cautela. Nadie podía descubrir la verdad. Después de todo, ¿quién iba a creer que él era el heredero perdido de la Corona? Solo Hollis Honeycutt parecía saber más de lo que dejaba entrever, y lo peor de todo era que no podía resistirse a sus encantos. Pero ni siquiera la amenaza de una traición que ponía en peligro un trono y todo un país era tan peligrosa como una preciosa viuda que tenía la determinación de descubrir la verdad y encontrar a su propio príncipe.



Julia London

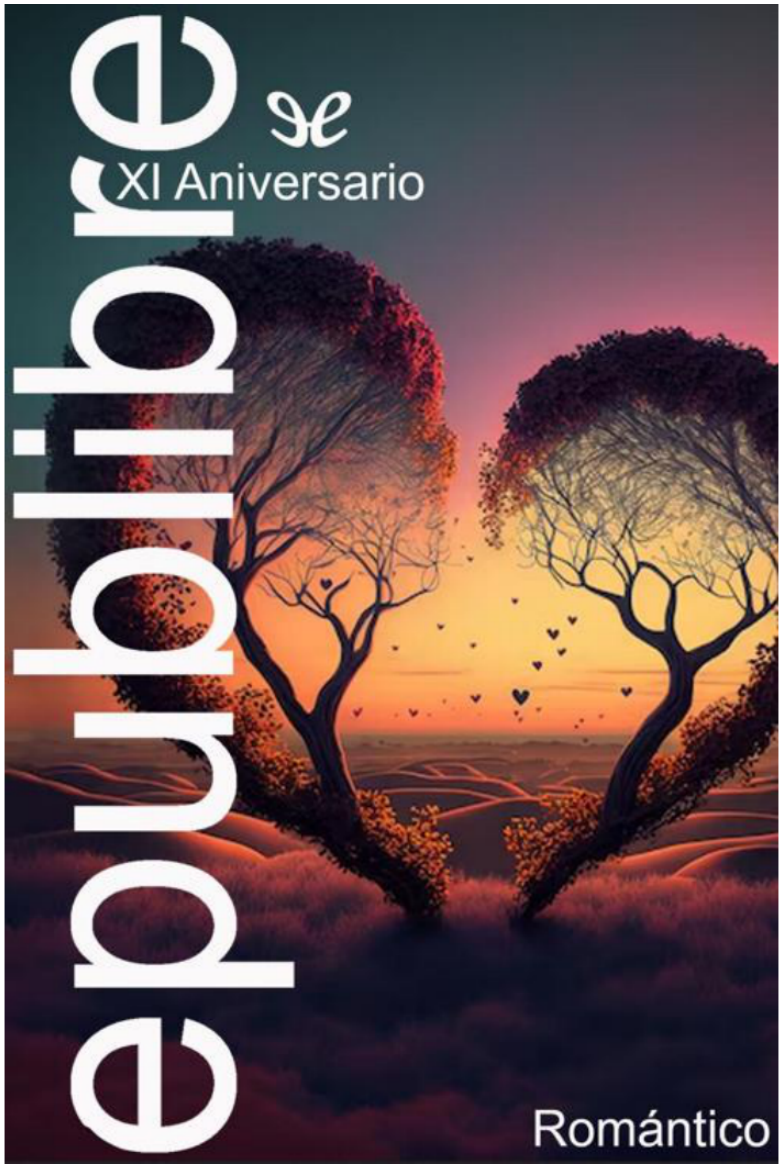
Princesa de repente

Una boda real - 03

ePub r1.0
Titivillus 23.04.2024

Título original: *A Princess by Christmas*
Julia London, 2018
Traducción: María Perea Peña
Diseño portadilla XI Aniversario: Moroco

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1


epublibre
XI Aniversario
Romántico

Capítulo 1

Londres, Inglaterra
1847

> *En el día de ayer arribaron al puerto de Londres tres barcos con la bandera verde y azul de Alucia. A bordo llegaba la delegación oficial que participará en la cumbre de paz entre Wesloria y Alucia, que se celebrará en nombre de Su Majestad, la reina Victoria. Hay grandes expectativas, y la esperanza de que las dos naciones vecinas puedan alcanzar, por fin, un acuerdo de paz.*
>
> *Su Majestad dará la bienvenida a los dignatarios en el St. James Palace. La recepción marcará el comienzo oficial de las negociaciones.*
>
> *La firma de un acuerdo de paz entre las dos naciones es un objetivo loable, por supuesto, pero ¿es algo factible para dos países que llevan luchando durante generaciones por las mismas tierras? ¿Podría darse el caso de que la ruptura familiar que divide a las dos naciones sea tan definitiva que no tenga solución? En el momento de escribir estas líneas, corren rumores de que existen peligrosas conspiraciones. Por supuesto, tenemos el firme propósito de mantener informados a nuestros lectores de los posibles acontecimientos.*
>
> *Señoras, la Navidad se acerca, así que es el momento de encargar trajes nuevos para nuestros maridos e hijos, de modo que tengan la ropa preparada antes del Año Nuevo. Taylor and Sons, de Savile Row, acepta encargos en estos momentos.*
>
> Revista Honeycutt de moda y hogar para damas

La viuda Hollis Honeycutt esperaba con irritación a las puertas del St. James Palace. Para empezar, estaba en medio de un grupo de caballeros que hablaban en voz muy alta y en diferentes idiomas, sin preocuparse de las otras conversaciones que pudieran tener lugar a su

alrededor. A una mujer apasionada, de cierta edad, que echaba de menos a su difunto marido, tal vez le hubiera resultado embriagadora la mezcla de olores de tabaco y cítricos que desprendían algunos de aquellos hombres privilegiados, pero a Hollis no le gustaba que su masculinidad presionara su feminidad. No dejaban de darle empujones y pedirle disculpas.

Le sacaba de quicio tener que hacer cola para tomar el té con su propia hermana. No era culpa suya que Eliza Tricklebank, antigua residente de la modesta Bedford Square de Londres, se hubiera convertido en duquesa de Tannymeade y futura reina de Alucia por su matrimonio con el príncipe heredero, y, por lo tanto, fuera la invitada de la reina Victoria. Eliza seguía siendo su hermana, y no era justo que ella tuviera que esperar como una mendiga a las puertas del palacio para poder verla.

Y todavía estaba enfadada por su encuentro de aquel día con el odioso y condescendiente señor Shoreham, que la había despachado sin miramientos. Por desgracia, no era la primera vez que la trataban así, ya que llevaba semanas manteniendo una disputa filosófica con los caballeros de la Biblioteca de Londres.

Donovan, su criado, estaba a su lado, observando con los ojos a medio cerrar los movimientos de los caballeros a medida que el grupo avanzaba lentamente hacia la garita de la entrada. Él era el único hombre de su vida a quien no le importaba lo mucho que ella pudiera charlar… Bueno, aparte de su padre, por supuesto. Y de lord Beckett Hawke, su amigo. A Beck no le importaba, aunque tampoco escuchaba una palabra. Donovan siempre la escuchaba con suma paciencia y, si ella se lo pedía, él le daba su opinión. Algunas veces, se la daba aunque ella no se la pidiera. Cosa que hizo en aquel momento. Dijo:

—Si me permite que se lo diga, uno de los problemas que tenemos aquí es que es usted muy obstinada. Hemos notado ese rasgo de personalidad más veces en usted, ¿verdad?

Ella chasqueó la lengua.

—Reconozco que, algunas veces, puede que sufra de terquedad, pero esta vez tengo razón.

Donovan se echó a reír. La cola siguió avanzando. Él posó la mano en su espalda y la empujó suavemente hacia delante.

Hollis no veía nada por encima de las cabezas de los caballeros que los precedían, así que miró a su alrededor. Se fijó en un hombre que estaba solo. Era alto y tenía el pelo demasiado largo. Llevaba abrigo y tenía los hombros muy anchos, tanto, que casi parecía imposible. Ella se preguntó, distraídamente, si debajo del abrigo serían tan anchos. Tenía la cabeza ladeada, con una postura extraña, y parecía un poco

confuso, como si estuviera perdido en una tierra extraña. Lógico; la cola para entrar a palacio a tomar el té era larguísima, y no parecía que los guardias supieran lo que estaban haciendo.

¿Por qué había tanta gente invitada a tomar el té? Según tenía entendido, el propósito era propiciar un clima conciliador y favorable para las negociaciones de paz entre Alucia y Wesloria, que comenzarían el lunes. Había invitados de las dos naciones al evento, pero ¿de verdad era necesario invitar a tantos para crear buen ambiente?

El hombre confuso se movió y se colocó detrás de otros caballeros, y ella lo perdió de vista.

Se giró hacia Donovan.

—Tenías que haber visto lo petulante que fue el señor Shoreham. Está completamente seguro de su lugar en el mundo y cree que es más inteligente solo porque es hombre. Es una de las personas más despreciativas y ridículas de Londres.

—Pues eso es mucho, ¿no? En Londres hay muchas personas estúpidas —comentó Donovan. Se colocó delante de la garita y le entregó la invitación a uno de los guardias. El guardia entró en la caseta—. ¿Podría recordarme qué fue lo que le llamó, por favor? —preguntó Donovan. Pero, antes de que ella pudiera responder, él se inclinó hacia otro guardia y le dijo—: Yo no haría esperar más a la señora Honeycutt, muchacho. Es la hermana de la duquesa de Tannymeade.

—Calma —respondió el guardia, malhumoradamente.

Donovan miró a Hollis.

—Ah, ya me acuerdo. Charlatán, ¿no?

Hollis sintió remordimientos por aquello.

—Bueno, pero no grité, ni nada por el estilo. Simplemente, hice una afirmación objetiva.

Un grupo de tres hombres los empujaron al entrar por la puerta. Donovan la desplazó un poco hacia un lado.

—Pero bueno —dijo Hollis, colocándose bien el sombrero—. ¿Crees que tienen miedo de que se enfríe el té?

—O de que la reina no haya encargado pasteles suficientes. Quédese aquí. Voy a ver por qué tarda tanto el guardia.

Se acercó a la garita, pero otro grupo de hombres que habían recibido el visto bueno para entrar a palacio atravesó la puerta y, para evitar que la pisotearan, Hollis se apartó. Sin embargo, pisó el borde de la acera y se tambaleó. Tuvo la sensación de que se topaba con una especie de pared, pero no fue así. Un par de manos la sujetó y, al darse la vuelta, ella se dio cuenta de que era el hombre confuso, que

acababa de evitar que se cayera.

Sin embargo, ya no parecía confuso, sino ligeramente preocupado. La miró como si quisiera cerciorarse de que no estaba herida. Ella se dio cuenta de que se le había escapado un mechón grueso de pelo castaño y le colgaba por delante de la frente. Tenía la piel más oscura que la de un británico, y los ojos castaños, muy brillantes. Hollis se quedó tan sorprendida de que hubiera sido él quien la sujetara, que no pudo decir nada.

Sin embargo, él no necesitaba que hablara, claramente. Asintió con amabilidad, la rodeó y se dirigió a la garita. Le entregó su invitación al guardia y, cuando el guardia se la devolvió, él miró a su alrededor, como si no estuviese seguro de si debía entrar por las puertas del palacio. Pensó que no, puesto que se guardó la invitación y se encaminó en dirección contraria a la entrada, como si estuviera invitado en un palacio diferente y acabara de darse cuenta de que se había confundido.

De repente, Donovan apareció delante de ella.

—Ya está todo resuelto. Por aquí —le dijo, y la guio hacia la puerta, entre los demás invitados—. El señor Bellingham está esperándola en la entrada del patio.

Le enseñó la invitación a otro guardia, que abrió la puerta. Cuando Hollis entró, otros dos hombres la adelantaron empujándola con el codo.

—¿Por qué habrá tantos invitados a tomar el té? —preguntó Hollis, mientras se dirigían al patio—. Yo pensaba que a los señores no les gustaba el té. Una vez invité a Beck y me dijo que el té era para las abuelas y las cotillas.

—No puedo hablar en nombre de su señoría —respondió Donovan —, pero yo creo que estos caballeros han venido a tomar el té. A uno no lo invitan a menudo a sentarse con la reina.

La puerta se abrió de par en par. Donovan le entregó la invitación al hombre que apareció en el umbral.

—Ah, sí, por supuesto, señora Honeycutt. La esperábamos. Soy el mayordomo, Bellingham, a su servicio. ¿Me acompaña, por favor?

—Gracias —dijo Hollis, y miró a Donovan.

—¿Vengo a buscarla dentro de una hora, más o menos? —preguntó él, consultando la hora en su reloj de bolsillo.

—No es necesario. Eliza se encargará de enviarme a casa con escolta.

Él asintió y se guardó el reloj en el bolsillo. Sonrió.

—Qué bella está, señora. Creo que hoy es un día excelente para buscar marido. Tiene que haber muchos caballeros ricos paseándose

por el palacio.

Hollis puso los ojos en blanco, pero notó que se ruborizaba sin poder evitarlo.

—¿Vas a salir esta noche? —le preguntó.

La sonrisa de Donovan se volvió irónica. Aunque Hollis sabía que nunca podría haber nada entre ellos, aquella sonrisa siempre le causaba un hormigueo en el estómago. Él era, quizá, el hombre más guapo que hubiera visto en la vida.

—Será mejor que no pregunte —respondió él. Le puso la mano en el codo y la giró hacia la puerta y hacia el mayordomo, que estaba esperando pacientemente—. No debe preocuparse, ¿recuerda?

—No estoy preocupada. No tengo ni la más mínima preocupación. Ya te he olvidado.

Donovan se echó a reír.

—Vaya y páselo muy bien con su hermana y su sobrina. Lleve alguna historia a casa —dijo, y, con esas palabras y un guiño, se dio la vuelta para marcharse.

Hollis lo vio alejarse a paso ligero. Justo cuando atravesaba la puerta de salida, ella vio al caballero que le había parecido desconcertado, cruzando a zancadas el patio, a tal velocidad, que el bajo de su abrigo se agitaba con cada paso. Ya no parecía inseguro; al contrario, estaba en su elemento. Avanzaba en la misma dirección que los demás caballeros, que caminaban en grupos de dos o tres, riéndose, charlando y comportándose como si fueran a un *pub* después de un partido de críquet.

—¿Señora Honeycutt?

—¿Eh? ¡Ah, sí! —le dijo al mayordomo, y entró a palacio.

Capítulo 2

Todo Londres está esperando ansiosamente poder ver a la duquesa de Tannymeade, cuyo nombre de soltera fue Eliza Tricklebank, que ha vuelto recientemente a Londres con su esposo, el duque, y su hija recién nacida, heredera del trono de Alucia. Se dice que la princesa Cecilia es un angelito con los ojos verdes de su madre y el pelo oscuro de su padre.

Las especulaciones sobre el futuro matrimonio de la heredera ya han comenzado. El favorito de las apuestas del Club White's para caballeros es el hijo de dos años de cierto ministro inglés. Es inconcebible que un juego de salón como este pueda entretener tan fácilmente cuando continúan los rumores de que existen problemas en los círculos reales. Nos convendría a todos tener en mente la verdadera importancia de esta cumbre.

Señoras, un recordatorio de que la crinolina rígida es un peligro. Tengan cuidado cuando se acerquen a un acantilado, puesto que un viento fuerte puede enviarla a una hacia el mar como si fuera un globo, algo que por desgracia aprendió por propia experiencia la difunta señora March, de Scarborough.

Revista Honeycutt de moda y hogar para damas

Aquella era la segunda vez que escoltaban a Hollis por St. James Palace como si fuera de la realeza, y la segunda vez que se sentía como si estuviera perpetuando una mentira. Estaba mucho mejor en su salón, con los pies delante de la chimenea encendida.

Bellingham llevaba guantes blancos y un pañuelo impecable en el cuello, a modo de corbata. La acompañó escaleras arriba y, después, atravesaron un gran salón, pasando por delante de retratos, de consolas de mármol y de una espectacular vista de St. James Park. Después de recorrer un pasillo, también lleno de retratos, de jarrones y de cortinajes de terciopelo, llegaron a la *suite* de los duques de Tannymeade.

Bellingham llamó dos veces y alguien abrió rápidamente. Entonces,

el mayordomo se apartó, se inclinó y anunció:

—La señora Hollis Honeycutt.

—¡Hollis! —exclamó Eliza, con alegría, desde el interior.

Hollis entró en la estancia y vio a su hermana acercándose rápidamente entre una multitud de gente. Casi no tuvo tiempo de entregarle la capa y el sombrero a un sirviente antes de que Eliza se abalanzara sobre ella para abrazarla y dar botes, como hacían cuando eran niñas.

—Llegas tarde, cariño. ¿Dónde estabas? No sabía si ibas a venir al final.

—Lo siento mucho, Eliza. Ha sido inevitable.

No era cierto. Podía haberlo evitado por completo, pero, tal vez, su orgullo y su empeño en demostrar que el señor Shoreham estaba equivocado hubieran sido un obstáculo.

Eliza retrocedió para mirar el vestido de Hollis y asintió.

—Es maravilloso. Caro me dijo que era muy bonito, pero no tanto como el que te ha hecho ella para el baile.

—Pero me queda tan ajustado —respondió Hollis, quejumbrosamente, y miró la falda azul de su vestido. Se apretó el estómago con la mano, como si quisiera hacer un intento por aflojarse el corsé.

—¡Se supone que tiene que estar apretado! Las cinturas lo son todo… Aunque, a mí, la mía me importa un bledo —dijo Eliza, y se echó a reír.

Era lógico que se riera. En realidad, no importaba lo que se pusiese su hermana, porque tenía un aspecto majestuoso, como si hubiera nacido para ser reina, no la hija de un juez. Eliza estaba menos delgada que cuando se había marchado de Londres, pero en aquel tiempo se había casado y había tenido una hija y, a ojos de Hollis, su hermana estaba impresionante. Su vida era impresionante: tenía un marido guapísimo que la adoraba y una hija preciosa, y vivía en un palacio. Eliza siempre había sido muy guapa, pero, después de tener a Cecelia, estaba radiante. ¿Acaso era aquel el efecto que tenían en una mujer el amor, la compañía y la maternidad? En ese caso, ella lo anhelaba con toda su alma.

—Disculpa, ¿es que no vas a saludarme?

Habría reconocido aquella voz masculina en cualquier lugar, en cualquier momento. Era la voz de Beckett Hawke, el hermano mayor de su mejor amiga, Caroline, y lo más parecido a un hermano que Eliza y ella hubieran conocido. Era insoportable y nunca se cansaba de decirle lo que tenía que hacer, pero también la quería y siempre la había apoyado. Un tío muy anciano de Beck y de Caroline había

fallecido recientemente sin herederos directos, y Beck había heredado su título y había pasado a ser conde, el nuevo lord Iddesleigh. También había heredado una finca a varias horas de camino de Londres, rodeada por un pequeño pueblo que, según les había contado Beck en privado, no era más grande que una boñiga de caballo.

Era el único de todo el salón que permanecía sentado, entronizado en una butaca de terciopelo rojo, con las piernas cruzadas, como si fuera un abuelo que observaba con calma a todos sus descendientes. Inclinó la cabeza y examinó a Hollis.

—Qué preciosa estás. Ven aquí y cuéntame qué has estado haciendo. Ya nunca vienes a verme a casa, Hollis. Antes no era capaz de deshacerme de ti, y ahora no consigo que vengas de visita.

—Pero ¿qué dices? —le preguntó ella, riéndose—. Estuve comiendo en tu casa hace tres días. Y ¿por qué estás ahí sentado como si fueras a recibir las rentas de tus arrendatarios?

Beck miró a su alrededor.

—¿Hay alguna norma que diga que los invitados de palacio no puedan sentarse?

—Yo nunca entendí qué motivo hay para tener tantos muebles buenos si no pueden utilizarse —dijo Eliza.

—¡Hollis, cariño!

La hermana de Beck, Caroline, que había pasado a ser lady Chartier por su matrimonio con Leopold, el hermano menor del príncipe Sebastian, se acercaba a saludarla con los brazos abiertos. El príncipe Leopold iba tras ella.

Caroline tomó a Hollis de las manos y le dio un beso en la mejilla.

—Hollis —dijo el príncipe Leopold, y le besó el dorso de la mano —. Creí que habías desaparecido. Estás maravillosa, como siempre —añadió, con una sonrisa de afecto.

Hollis hizo una reverencia.

—Gracias, Leopold. Eres muy amable por decirme eso. Y yo tengo que decir que vivir en el campo os favorece mucho a vosotros dos.

Ella había pasado mucho tiempo con Caroline y el príncipe en Sussex. La familia Hawke tenía su casa solariega en las afueras del pueblo de Bibury, y el matrimonio se había retirado allí después de que todo Londres hubiera declarado que su relación había sido el mayor escándalo de la ciudad. Hasta que, unos meses después, había ocurrido otro escándalo que había ocupado esa categoría. Hollis y Eliza llamaban al escándalo de su amiga «el cortejo».

En realidad, nadie pensaba que Caroline y Leopold aguantaran más de quince días en el campo, alejados de la alta sociedad. Por separado, habían sido dos de los invitados más demandados en todas las fiestas y

eventos de la ciudad, hasta que habían dejado de serlo. Por muy increíble que fuera, se habían afincado en el campo y habían descubierto que lo que más felices les hacía era la vida rural, con animales y rodeados de naturaleza. Caroline decía que era una vida llena de sosiego, bucólica. Su hermano Beck decía que todo eso era una excusa para consolarse por el hecho de que ya no los admitieran en la mayoría de los salones de Mayfair.

—Los escándalos tardan en olvidarse —le había dicho a Hollis—. Lo mejor es que tú no te veas envuelta en ninguno, querida.

Honeycutt retrocedió para admirar el vestido de Hollis.

—Es precioso, ¿verdad? Sabía que iba a ser precioso. Tengo muy buen ojo para los colores, ya sabes.

Durante aquel año pasado, Caroline había descubierto que tenía un talento innato para la moda, y sus creaciones tenían una gran demanda en Londres. Había diseñado aquel vestido de modo que se ajustara más al cuerpo, tal y como preferían las alucianas, y con mucho encaje, como preferían las inglesas.

—Es horriblemente ajustado —susurró Hollis.

—Eso no es culpa mía —respondió Caroline.

—¡Hollis, aquí está! Mi angelito —exclamó Eliza.

Hollis se dio la vuelta para mirar a su hermana y vio que, entre un grupo de hombres, se acercaba uno más alto que los demás. Era el marido de Eliza, el príncipe Sebastian, duque de Tannymeade y futuro rey de Alucia, con su primogénita en brazos y una sonrisa de orgullo.

—¿Por qué la lleva así? —preguntó Caroline—. ¿No hay ningún aya que pueda llevarla en brazos?

—Prefiere hacerlo él —dijo Eliza—. Está completamente enamorado.

—Como todos —dijo Hollis, con deleite.

La princesa Cecelia tenía siete meses. Parecía que acababa de despertarse de la siesta. Tenía el pelo revuelto y una de las mejillas más rosada que la otra, como si su cabecita hubiera estado apoyada en ella. Pestañeó mientras miraba a los adultos reunidos en aquella sala, como si fueran bichos raros que veía por primera vez. Sin embargo, rápidamente se cansó del espectáculo y apoyó la cabeza en el hombro de su padre.

—¡Hollis! ¿Te gustaría abrazar a tu sobrina? —le preguntó el príncipe Sebastian, mientras le daba un beso en la mejilla.

—¡Sí, por favor!

La niña permitió que la tomara en brazos, pero la observó con desconfianza. Tenía el pelo ondulado, moreno, los ojos verdes y los labios carnosos.

—Oh, Dios mío —dijo Hollis—. No la puedo querer más.

—Es preciosa, Eliza —dijo Caroline.

—No quiero presumir, pero creo que es la niña más guapa que he visto en mi vida —dijo Eliza, mientras le acariciaba la espalda a su hija.

Beck se levantó de su butaca y se acercó a ver a la niña.

—¿Quieres tomarla en brazos, tío Beck? —le preguntó Caroline a su hermano.

—No, no quiero. En primer lugar, no soy su tío. En segundo lugar, antes la he tomado en brazos y ha dejado caer la baba en mi hombro. Aunque tuviera ganas de sostenerla, después de ese incidente imperdonable, sus padres están tan embelesados que no pueden soportar que se la arrebaten ni por un momento.

Cecelia comenzó a protestar.

—Dámela, Caro —dijo Eliza.

—A las pruebas me remito —dijo Beck.

—Eliza, tenemos que ir a tomar el té —le dijo el duque a su esposa. Alzó la mano y le hizo un gesto a alguien.

Eliza apretó la mejilla del bebé contra la suya.

—No quiero separarme de ella —dijo, mientras se acercaba una mujer vestida con el uniforme de niñera.

—Va a estar bien cuidada —le aseguró el duque.

—Sí, pero no quiero separarme de ella, con todo lo que se está hablando de rebeliones y golpes de estado.

Sebastian, Bas para la familia, no miró a Eliza. Miró fijamente a Hollis y frunció el ceño.

Hollis evitó su mirada con un sentimiento de culpabilidad. ¿Qué tenía que haber hecho? ¿Haber fingido que no había oído lo que decían aquellos dos caballeros en la Biblioteca de Londres sobre una rebelión y un posible golpe de estado en Wesloria, o haber fingido que no entendía nada de aquellos asuntos, como si fuera una idiota? Ninguna de las dos cosas era cierta.

—¿Un golpe? —había preguntado uno de los señores.

—Tal vez —le había respondido su acompañante—. La economía wesloriana es muy débil, así que no sería nada extraño. Hace años que se oyen estas especulaciones.

—¿Y lo saben la reina y el primer ministro?

—El propio primer ministro dijo que la rebelión podía estallar aquí, ya que el rey Maksim no podría defenderse tan eficazmente como en San Edys.

Hollis sabía que San Edys era la capital de Wesloria.

—Todo son conjeturas, pero hemos asignado más guardias al

wesloriano… Disculpe, señora, ¿se ha perdido?

Al final, uno de ellos se había dado cuenta de que ella estaba a pocos metros.

—¿Perdón? —respondió ella, y salió rápidamente de la biblioteca.

Por supuesto, le había contado a Eliza lo que había oído. Y Sebastian y Leopold, que se habían enterado de la historia por Eliza, pensaron que Hollis lo había entendido todo mal.

—No te preocupes, Eliza —le dijo Leopold—. Esa conversación, fuera como fuera, era sobre Wesloria y, sinceramente, no es verosímil.

Entonces, él también había mirado a Hollis con cara de pocos amigos.

—Pero no sería la primera vez que ocurre —dijo Eliza, repitiendo, de nuevo, algo que le había dicho Hollis. Se inclinó hacia delante y susurró— : El primogénito del rey Maksim fue secuestrado y asesinado durante una rebelión fallida.

A Carolina se le escapó un jadeo de asombro. Sebastian y Leopold miraron otra vez a Hollis con exasperación. Beck suspiró con cansancio, como si ella llevara todo el día fastidiándolo.

—Muy bien, ya lo has empeorado todo —murmuró.

De acuerdo, tal vez no habría sido necesario contarle esa parte a su hermana. Sin embargo, ella había leído la narración completa de la terrible historia en la Biblioteca de Londres. Había estudiado la historia de la larga y sangrienta relación entre Wesloria y Alucia, sobre todo, porque su hermana iba a ser algún día la reina de Alucia. Y era cierto: en medio del conflicto entre los dos países, el primer hijo del rey Maksim, y heredero del trono de Wesloria, había sido secuestrado, robado de su propia cuna, a la edad de ocho meses. Los rebeldes querían utilizarlo para obligar al rey a abdicar. Sin embargo, los rebeldes fueron asesinados y el niño no volvió a ser visto. Hollis leyó que la reina había muerto de pena.

Nadie sabía con certeza quién había estado detrás de aquella rebelión. Una de las teorías era que Alucia había tenido algo que ver en el secuestro y el asesinato, y eso solo había servido para aumentar la tensión entre los dos países. Otra de las teorías planteaba que tenía que ser alguien cercano al rey, alguien perteneciente al palacio.

La teoría más verosímil, al menos para ella, era la que culpaba a Felix Oberon, el hermanastro exiliado del rey Karl de Alucia, padre de los príncipes Sebastian y Leopold. Felix Oberon, tío de los príncipes, había sido expulsado de Alucia hacía muchos años por conspirar para destronar al rey Karl. Y, tan solo dos años antes, había organizado un plan para secuestrar a Sebastian. Para Hollis era perfectamente razonable pensar que podía intentar el secuestro de la nueva heredera

al trono de Alucia.

En realidad, ella no le había contado la historia a Eliza para alarmarla. El motivo era que, cuando el rey wesloriano había vuelto a casarse, unos años después de la muerte de su esposa, había tenido una hija en su nuevo matrimonio, la princesa Justine, y el Parlamento de Wesloria había cambiado la ley de sucesión para que la primogénita del rey Maksim y la reina Agnes pudiera ocupar el trono en caso de que alguno de los siguientes vástagos fuera un varón. Ella quería dejar claro que, algún día, Cecelia podría ser reina si Eliza presionaba a Sebastian para que impulsara la misma ley en el Parlamento de Alucia. ¿Y si Eliza tenía un montón de hijos después de Cecelia? Lo justo sería que la preciosa niña heredara el trono.

—Eliza, amor mío, Cecelia está segura aquí —dijo el duque, con una mirada de advertencia a Hollis para que no lo contradijera—. Está en un palacio, rodeada de niñeras y guardias. Haría falta un ejército para atravesar estos muros. Además, ya es la hora de su cena.

Tomó al bebé de brazos de Eliza, haciendo una pausa para que la madre pudiera besar a la hija una y otra vez, hasta que Cecelia la empujó. El duque le besó la coronilla a la niña y se la entregó a la niñera para que se la llevara.

Eliza miró con impotencia a Hollis. Hollis la miró con una expresión de disculpa y entrelazó el brazo con el de su amiga.

—Va a estar perfectamente.

Sin embargo, Eliza no estaba muy convencida, y ella, tampoco.

—¿Vamos? —preguntó Sebastian, y le hizo una seña al mayordomo.

—No quería preocuparte, Eliza —le dijo Hollis, en voz baja, mientras todos empezaban a formar una cola para entrar a la estancia contigua—. Solo quería ayudar.

—¿Y en qué sentido es útil eso? —preguntó Caroline.

—Caro —dijo el príncipe Leopold, y le hizo un gesto para que se acercara a él.

Caroline miró a Hollis con el ceño fruncido y se fue con su marido.

—No les hagas caso, Hollis —le dijo Eliza—. Has hecho muy bien en advertirme de que cabe la posibilidad de que alguien intente secuestrar a Cecelia.

—Eso no era lo que yo…

Oh, Dios santo, lo que había hecho. Hollis suspiró. No importaba lo que hubiera querido decir, todo el mundo estaba enfadado con ella.

—Bueno —dijo Eliza, y se detuvo para comprobar que tenía bien colocada la tiara—. ¿Crees que nos ofrecerán el bizcocho de limón favorito de la reina? Lady Sutherland ha dicho que es el mejor dulce

que ha tomado en su vida.

—¿Eliza? —dijo su esposo, tendiéndole la mano.

—Eso espero, pero creo que preferiría uno o dos sándwiches —respondió Hollis—. Tengo mucha hambre —dijo, mientras su hermana se adelantaba para ocupar su lugar junto a su marido, al principio de la procesión.

Beck se colocó junto a Hollis.

—¿Cuál es el problema contigo y con toda esa palabrería sobre la rebelión y el secuestro?

—No empieces tú también —murmuró ella.

—Por supuesto que sí. Si yo no estuviera aquí para dirigirte como es debido, ¿quién iba a hacerlo?

Ella no tuvo ocasión de responderle que no necesitaba que él la dirigiera, puesto que se abrieron las puertas de la sala donde iba a celebrarse la reunión, y los duques fueron anunciados por el lacayo. Todos fueron entrando en el salón, que estaba abarrotado.

—Nunca había visto tanta gente reunida para tomar el té —le dijo a Beck.

En realidad, es un espectáculo. Una muestra de unidad. De la buena voluntad de los británicos para ayudar a los pobres y equivocados alucianos y weslorianos a que resuelvan sus diferencias.

—Eliza me ha dicho que Bas está muy nervioso, ya que es la primera vez que se va a encontrar con el rey de Wesloria y su familia. Supongo que el rey Maksim también estará nervioso, ¿no? Yo lo estaría, porque la economía aluciana es mucho más fuerte que la de Wesloria.

Beck la miró alarmado.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué te ha pasado, Hollis? Antes eras divertida y ahora te has vuelto aburridísima.

—Yo no… He leído…

Hollis suspiró. Nadie, ni siquiera su propia hermana, quería escuchar lo que ella pensaba sobre ningún tema.

—Y tú tenías curiosidad por las cosas, Beck. ¿Qué te ha pasado a ti?

Beck dio un resoplido.

—Lo único que me provoca curiosidad es cuánto tiempo tendré que aguantar en este dichoso té. Claro que el rey de Wesloria está nervioso, cariño. Anhela la paz desesperadamente, y todo el mundo dice que el tío del duque, Felix Oberon, está igual de desesperado por que no la consigan.

—¿Y por qué Felix Oberon no desea la paz?

—Porque, si hay paz y prosperidad, nadie querrá apoyarlo en su

rebelión. Y, si nadie quiere apoyar su rebelión, perderá el poder y la influencia en el país.

Eso tenía sentido, como tenía sentido pensar en la posibilidad de un intento de derrocamiento.

Cuando, por fin, todo el grupo entró en el salón, la gente se acercó a inclinarse ante los príncipes y sus esposas. Hollis y Beck eran quienes menos importancia tenían, así que permanecieron a un lado, entre los caballeros alucianos que seguramente estaban allí para asesorar en las negociaciones con sus conocimientos y experiencia, los ministros, abogados y eruditos que entendían de cifras. Beck y ella estaban allí únicamente por las relaciones familiares. «Ah, la hermana de la duquesa», decían cuando le presentaban a los invitados. Después, la olvidaban de inmediato. Por el momento, eso era conveniente para ella. Tal vez fuera la hermana de la duquesa de Tannymeade, pero también era propietaria, redactora y editora de la *Revista Honeycutt de moda y hogar para damas,* una publicación quincenal que publicaba por sí misma. Sin que lo supiera su familia, que posiblemente lo desaprobaría; en aquel momento estaba trabajando en una noticia.

Hacía poco tiempo que había dado un giro a la revista para centrarse en asuntos más importantes. A las mujeres les interesaba algo más que los últimos cotilleos y la moda, y ella tenía intención de proporcionárselo: estaba escribiendo un artículo sobre la verdadera perspectiva de paz entre las dos naciones y, aunque tenía toda la información necesaria sobre Alucia, necesitaba tener los datos del bando wesloriano y, sobre todo, sobre aquella supuesta rebelión. Seguramente, aquel ágape ofrecido por la reina era un buen lugar para comenzar.

Le gustaría conocer a uno o dos weslorianos, y había pensado que aquello sería lo más fácil de hacer durante el té, puesto que Eliza estaría ocupada y Caroline estaría revoloteando por todo el salón. Sin embargo, a medida que recorría el salón con Beck, se dio cuenta de que las presentaciones se hacían rápidamente, de pasada, como si todo el mundo estuviera compitiendo por conseguir un puesto para conocer a los gobernantes de las dos naciones. La mayoría de la gente a la que conocía no la miraba a ella, sino a Eliza y a Sebastian, o al rey Maksim y a la reina Agnes.

Entonces, llegó la mismísima reina Victoria, y todos dejaron lo que estaban haciendo y se inclinaron ante aquella mujer diminuta. Ella recorrió el salón, dando la bienvenida a todos a St. James Palace, preguntándoles por su alojamiento y deseando en voz alta que todos trabajaran por el bien de los dos países.

Hollis no fue presentada a Su Majestad. Fueron empujándola hacia

atrás, cada vez más, hasta que quedó en compañía de otros que tampoco tenían la dignidad suficiente para conocer a la reina. Caroline sí, por su matrimonio con el príncipe Leopold, lo cual parecía que borraba su escandaloso pasado. Incluso Beck era digno, algo que la sorprendió.

—No pensé que superarías el corte.

—Yo siempre supero el corte, querida mía —respondió él, y se enderezó la corbata—. Si me disculpas, quiero preguntarle a Su Majestad si tiene *whisky*.

—Se trata de un té, Beck —le recordó Hollis.

—Ya lo veremos —respondió él, y se alejó.

Hollis se quedó a solas junto a un ventanal y buscó algo en lo que ocupar la vista por el salón. Casi inmediatamente, vio al caballero que le había parecido desconcertado en la entrada del palacio, y que la había agarrado para que no se cayera al suelo. Él también estaba solo. Tenía un semblante serio y estaba observando con atención algo de la multitud. Era extraño. Parecía que había terminado en aquella merienda por accidente. ¿Sería cierto? Se puso de puntillas para poder verlo mejor. Él se había quitado el abrigo, y ella se fijó en que, verdaderamente, sus hombros eran anchísimos. Tenía la complexión de un obrero. Ella se lo imaginó cortando y levantando piedras, con el sudor cayéndole por los brazos…

Hollis cabeceó. Eso no tenía sentido. ¿Qué iba a hacer un cantero allí?

Se fijó bien en su ropa; su traje era típico de Alucia y Wesloria. El abrigo tenía las solapas muy estrechas, y le llegaba hasta la mitad de la pantorrilla. Llevaba el pelo peinado hacia atrás, pero uno de los mechones le caía por la frente. Tenía una postura rígida, con las manos agarradas por detrás de la espalda. ¿Era de Wesloria o de Alucia? No se le veía el parche de tela verde que llevaban todos los weslorianos prendidos a la ropa para proclamar su nacionalidad. Generalmente, era una pieza pequeña, algo como un brazalete o un broche, o los puños o cuellos de las camisas teñidos. A menos que alguien fuera un dignatario, en cuyo caso, vestían de manera más parecida a la reina Agnes, que llevaba un vestido de color verde bosque.

De repente, Hollis se dio cuenta de que había otro detalle extraño en él. Estaban en un salón abarrotado de gente y, allí, el objetivo era conocer a otros y establecer contactos. Sin embargo, el hombre no hacía ningún intento por conseguirlo. ¿Para qué había ido a Inglaterra desde un país lejano, si no era para conocer a algún inglés importante?

En aquel momento, la reina se movió para hablar con dos caballeros y le impidió seguir observando al hombre.

—¡Mira!

Hollis se sobresaltó y se giró.

—¡Caro! Me has dado un susto —le dijo a su amiga, al tiempo que se ponía la mano sobre el corazón.

—¿Te acuerdas de lo que te dije sobre…? ¡Está allí! Mira ahora, Hollis. Rápido.

—¿A quién?

—A la gordita. ¿La ves? Está hecha para tener hijos.

—¡Caro! No es un caballo y, de verdad, si lo piensas bien, todas estamos hechas para tener hijos. ¿Te refieres a la señorita de amarillo claro?

—Sí.

—¿Y?

—¿Por qué te empeñas en ser tan obtusa? Yo casi nunca estoy en Londres y sé quién es: lady Blythe Northcote, la hija del conde de Kendal. Te he hablado de ella.

—Nunca había oído hablar del conde de Kendal.

—Eso es porque no suele venir a la ciudad. Es un poco ermitaño. Pero su hija ha cumplido la mayoría de edad, bueno, hace tiempo. Y, Hollis, tú pasaste un fin de semana entero en su compañía hace un mes, y yo te dije que había conocido a la mujer perfecta para Beck.

A ella se le escapaban muchas cosas de las que decía Caroline, sobre todo, durante los fines de semana que pasaba con ellos en el campo. En aquel momento, por el contrario, la había oído perfectamente, y se quedó boquiabierta.

—¿A qué te refieres con que es perfecta para Beck?

—Solo puedo referirme a una cosa, Hollis. Ya es hora de que se case.

A Hollis se le escapó un jadeo.

—¡Pero si tú estabas completamente en contra de eso!

—Estaba en contra de eso para mí, querida, no para Beck. Él debería haberse casado hace años. ¿A quién va a ir su enorme fortuna, si no?

—Bueno, pues a ti, si no tiene ningún heredero.

—Eso es muy tentador, no lo voy a negar. Pero ¿por qué hay que permitir que Beck se quede soltero? Todos sabemos que necesita a alguien que lo cuide.

Hollis se echó a reír. Era Beck quien había estado cuidándolas todo aquel tiempo, pero, para Caroline, era al contrario.

—Estoy empeñada —dijo Caroline, y se puso a enumerar los

motivos por los que su hermano debería casarse.

Hollis miró de nuevo en dirección al hombre, pero ya no estaba allí. Ella se puso de puntillas y lo buscó con la mirada por todo el salón. No lo vio.

—¿Qué estás haciendo? Oh, querida, Leopold me está llamando —dijo Caroline, y le apretó una mano a Hollis—. Por favor, no interrogues a los invitados de la reina. Eliza se enfadaría mucho contigo —añadió, y se fue junto a su marido.

—No voy a interrogar a nadie —murmuró Hollis.

¿Por qué tenía que estar explicando constantemente que el arte de publicar tenía más que ver con conseguir los detalles de un modo preciso? Eso no significaba que tuviera que interrogar a la gente, significaba que tenía que clarificarlo todo. Y, sí, llevaba papel y lápiz allá donde fuera, otra de las quejas de su familia, pero no quería olvidar nada.

Hollis intentó localizar al hombre de nuevo, pero no lo consiguió. ¿Dónde podía haber ido? ¿Tendría algún motivo para marcharse del salón antes de que sirvieran el té? Ella no creía que tuviera autorización para recorrer a solas los pasillos del palacio.

De repente, pensó en su sobrina Cecelia, lejos de sus padres en aquel viejo edificio, y tuvo un escalofrío.

No. Era absurdo. Había guardias, sirvientes y gente por todas partes. Además…, ¿por qué se empeñaba ella en encontrar algo siniestro en un hombre por el mero hecho de que estuviera solo? Entonces, ella también sería siniestra.

Cecelia estaba completamente a salvo.

Hollis se concentró en el té.

Los sirvientes comenzaron a invitar a la gente a que tomara asiento en las mesas preparadas para la merienda. Ella miró al otro extremo de la sala con la esperanza de ver a Eliza.

¡Y allí estaba él, de nuevo! El hombre se había situado junto a la puerta, pero seguía solo, mirando fijamente a alguien de la multitud. Y, si no se equivocaba, estaba mirando al rey Maksim. Sintió una gran curiosidad, y pensó que, tal vez, debería darle las gracias por haber sido tan galante al impedir que se cayera.

Comenzó a avanzar, disimuladamente, por el perímetro de la sala, en dirección al hombre.

Capítulo 3

Durante la merienda que se ofreció a los invitados de Alucia y Wesloria, la reina Victoria apareció resplandeciente con un vestido de seda y encaje chantillí, adornado con flores de seda en el corpiño y la falda, y una cofia de encaje sobre los rizos.

Al evento asistió una plétora de dignatarios, puesto que apenas hay oportunidades para tomar el té en St. James Palace. Muchos se dieron cuenta de que un aristócrata inglés que guarda estrecha relación con la familia real aluciana se quedó prendado de una belleza de cabello color caoba que acaba de llegar a Londres desde el campo. ¿Habrá un nuevo cortejo próximamente?

Durante la merienda se oyó un debate sobre si las mujeres son profesoras adecuadas para la juventud de nuestro país. Muchos hombres tienen la idea anticuada de que las mujeres son seres intelectualmente inferiores, pero debe tenerse en cuenta que cualquier caballero ha aprendido, de un modo u otro, algunas cosas de una mujer, algo que invalida esa idea. Señoras, todas somos profesoras, ¿no es así?

Revista Honeycutt de moda y hogar para damas

No oyó a la mujer que se acercaba a él, no la vio hasta que ella apareció en su línea de visión. Era algo que le ocurría a menudo cuando alguien se le acercaba por el lado izquierdo, puesto que tenía sordera en aquel oído.

Por supuesto, la reconoció inmediatamente. Ella sonrió. Tenía una sonrisa muy bonita, como su cara. Tenía unos ojos azules que brillaban con la luz de un espíritu generoso, y el pelo, oscuro, casi negro. Una vez había oído decir que los galeses tenían el pelo muy oscuro, pero no podía saberlo, porque nunca había conocido a un galés.

Entonces, se dio cuenta de que ella estaba hablando. Tenía la voz suave, y él no oía lo que estaba diciendo entre tantas otras voces. Se inclinó hacia delante, mirándole los labios. «¿Cómo está?». Ah.

—Muy bien, gracias.

—¡Quiero darle las gracias, señor! —exclamó ella, y trató de hacer una broma para que su acercamiento no fuera brusco—. Antes me quedé tan sorprendida que no pude decir ni una palabra cuando usted me salvó de tirarme al suelo en la calle.

Él se quedó un poco desconcertado, sin saber si ella quería de verdad tirarse al suelo o si la expresión era algún eufemismo inglés que no comprendía.

—¿No le parece extraordinario? —preguntó la dama, al tiempo que se le acercaba un poco más. Ahora que ya podía leerle los labios, sus palabras le resultaban mucho más claras—. Tantos reyes y reinas, y futuros reyes y reinas, en la misma sala.

Él miró a su alrededor. Era lógico que hubiera tanta realeza en el salón, teniendo en cuenta el objetivo de la reunión.

Cuando volvió a mirarla, ella sonrió y le preguntó, con un volumen demasiado alto incluso para él:

—¿Habla usted inglés?

Él pestañeó.

—Yo… acabo de hablar en inglés con usted.

—¡Es cierto! Debe de ser usted de Wesloria. ¿Es wesloriano?

¿Era ella wesloriana? No, imposible. Su acento era inglés, y no llevaba ninguna distinción verde en la ropa. ¿Por qué le hacía preguntas? De repente, empezó a sospechar de ella.

—He visto su parche verde —prosiguió la mujer, como si se sintiera muy orgullosa de ello, como si fuera un talento especial suyo.

Él llevaba el parche verde en uno de los puños de la camisa, y era claramente visible. Tuvo la sensación de que llamaba demasiado la atención. Y se sintió casi engañado, como si alguien hubiera tenido que advertirle que iba a acercársele una mujer bella por el lado izquierdo, y que iba a dejarle asombrado.

Sin embargo, nadie esperaba que él acudiera a aquella merienda ofrecida por la reina. Quien menos lo esperaba, en realidad, era él mismo. Había recibido una invitación a nombre de Marek Brendan, e imaginaba que quien se la había enviado era lord Dromio, el ministro de Comercio.

De repente, la mujer se echó a reír como si él hubiera dicho algo muy gracioso.

—¿Al menos tiene usted algún nombre, señor?

Se dio cuenta de que no se había presentado, pero no quería hacerlo. Aquella mujer tenía algo que hacía que se sintiera un poco vulnerable.

En los segundos que duró su vacilación, ella se acercó un poco

más, y él percibió uno olor a lilas o a agua de rosas, algo dulce y placentero.

—Le pido disculpas, señora Honeycutt —dijo, entonces, y se inclinó sobre la mano que ella le ofrecía—. Es un placer. Mi nombre es Marek Brendan.

Estaba recordando lentamente todo lo que le habían enseñado sobre etiqueta tantos años atrás. Hacía mucho tiempo que no recordaba las largas noches durante las que el viento azotaba la costa del mar de Tophia y su tía y él jugaban a aprender buenos modales. «Encantado, señora». «El cuchillo, a la derecha del plato, y el tenedor, a la izquierda». Era irónico, pero toda aquella educación no había servido para nada, en realidad. Él llevaba una vida solitaria en Wesloria. Trabajaba en St. Edys, la capital, y volvía a su pequeña granja a los pies de las montañas por las noches, a dar de comer y beber a sus animales. No parecía que hubiera tiempo ni espacio para retomar sus clases y, en realidad, tenía cosas más importantes de las que ocuparse.

—Señora, si me…

Ella se dio cuenta de que él estaba a punto de excusarse, y balbuceó:

—Nunca había estado en una merienda tan concurrida como esta. ¿Cuántas teteras cree usted que tiene la reina en sus cocinas?

¿Se suponía que debía adivinarlo?

Ella se agarró las manos.

—¿Es la primera vez que viene a Londres?

—Sí —respondió él, mientras miraba a su alrededor en busca de una vía de escape.

No se le daban bien aquellas cosas a causa de la sordera y, también, de la falta de práctica y de paciencia. Además, necesitaba concentrar su atención en otros asuntos, y no quería distraerse con la sonrisa de una mujer ni sus adivinanzas.

La mujer seguía sonriendo, y con un poco de impertinencia. Verdaderamente, tenía una sonrisa preciosa y, si él hubiera sido otro hombre y hubiera estado en otro lugar, se habría deleitado mirándola. Pero era quien era, y estaba en Londres por motivos que no tenían nada que ver con ella.

Miró al rey Maksim. El ministro de Comercio, lord Dromio, estaba diciéndole algo al oído, y parecía que el rey estaba preocupado. ¿O acaso estaba confundido? Casi siempre tenía la misma cara de preocupación, como si pensara que el techo iba a caer sobre su cabeza en cualquier momento. A su espalda estaba el joven que vigilaba todos sus movimientos, el ayuda de cámara del rey.

—Supongo que, entonces, ha venido a la cumbre de paz, ¿no? Ha hecho muy buen tiempo para la época en la que estamos, aunque uno de mis sirvientes me ha dicho que va a nevar pronto. Según él, su cadera nunca le engaña. Es parecido a Wesloria, ¿no?

—¿Disculpe?

—La nieve. Tengo entendido que en Wesloria nieva mucho.

—Ah, sí, nieva mucho.

Ella sonrió como si le hubiera complacido mucho la confirmación de aquel hecho.

—Según tengo entendido, se debe a la confluencia de las montañas y el mar, o algo parecido —dijo ella—. He leído mucho acerca de Wesloria y tengo la cabeza llena de datos. Aunque me temo que la mayoría no son muy útiles.

—Entiendo —dijo él, pero no entendía nada. ¿Acaso era científica? ¿Había mujeres científicas en Inglaterra?

Marek volvió a mirar al rey mientras se preguntaba cómo iba a zafarse de aquella conversación. Por suerte, su salvación llegó por parte de la duquesa y futura reina de Alucia, que se acercó a ellos haciendo señas con la tiara ligeramente torcida. Claramente, quería llamar la atención de la señora Honeycutt.

—Parece que la reclaman —le dijo.

—¿De veras? —preguntó ella, y se giró.

—Ha sido un placer conocerla —dijo Marek, y aprovechó la oportunidad para alejarse y desaparecer por detrás de dos sirvientes que estaban intentando llevar a la gente hacia las mesas para servir el té.

No todo el mundo fue invitado a sentarse; había mucha más gente que puestos para la merienda. Al principio, parecía que ninguno de los presentes lo entendía, y la gente se paseó por delante de las mesas examinando las tarjetas. Después, se formaron grupos que permanecieron hablando. Al final, quienes no tenían sitio asignado, en su mayoría los expertos que iban a asesorar a las partes durante las negociaciones, fueron desplazados hacia atrás y tuvieron que permanecer a la espera, por si acaso alguien necesitaba hacer alguna pregunta.

Marek se quedó solo, entre las sombras.

Lord Dromio estaba sentado junto a lord Van. Anton Dromio había llegado a la jefatura de su ministerio como siempre ocurrían aquellas cosas, como favor para pagar otro favor, o algo por el estilo. Era su superior y, posiblemente, el hombre más tonto que él hubiese conocido.

Sin embargo, el ministro trataba de aparentar siempre que sabía

mucho y, cuando tenía alguna duda, algo que ocurría a menudo, acudía a él para que le explicara las cosas. Tenía tendencia a pedirles consejo a varios asesores y a cambiar de opinión al final, basándose en lo que le decía la última persona con la que hablara. No le gustaban los temas demasiado complicados del comercio y la economía, y solía cortar las explicaciones que le daba cuando le parecían demasiado difíciles.

En aquel momento, el ministro estaba hablándole al oído a lord Van. Van estaba inmóvil, escuchando atentamente.

Lord Van era ministro de Asuntos Exteriores desde hacía poco tiempo, después de que se descubriera que su antecesor formaba parte de una red de tráfico de mujeres que vendía a muchachas pobres de Wesloria a hombres influyentes, tanto en su país como allí, en Inglaterra, a cambio de favores políticos. Había sido el príncipe Leopold de Alucia quien había destapado la trama y, después, se había casado con una joven inglesa y se había afincado allí. En cuanto a los culpables, un duque y el ministro, nadie sabía exactamente qué había sido de ellos. Él suponía que los habían enviado al exilio, a las tierras del interior. O algo peor. El rey Maksim era clemente, pero se sabía que la gente que actuaba en su nombre podía ser despiadada.

Al otro lado de lord Dromio estaba lord Osiander, el nuevo ministro de Trabajo. Era joven y estoico, y a él le parecía un hombre de gran determinación. En los pasillos del edificio de gobierno wesloriano se decía que deseaba una nueva era para su país, buenas condiciones laborales en las fábricas y en los puertos. Era originario del oeste de Wesloria, donde el terreno era implacable y los hombres trabajaban en las minas a cambio de un salario muy bajo. Osiander quería cambiar aquello.

Sin embargo, por lo que él podía observar, lord Dromio y lord Van estaban más interesados en acumular más poder e influencia. Y era obvio que quien les había permitido detentar aquel poder era el propio rey Maksim. Por desgracia, el rey era una persona incapaz.

Dromio le dijo algo a Van, y los dos se echaron a reír. Osiander los miró y, al instante, volvió la cara hacia otro lado, como si no tuviera paciencia para sus tonterías.

Miró a la derecha. El rey Maksim estaba sentado junto a la reina Victoria. Ella había asistido sola a la reunión, sin su consorte, el príncipe Alberto. En la mesa también estaban la reina de Wesloria, Agnes, y sus dos hijas, la princesa Justine y la princesa Amelia, además de los duques de Tannymeade y futuros reyes de Alucia. Aquella mesa era la imagen de la armonía y el acuerdo entre las dos naciones, lo cual, por supuesto, era el objetivo. Y, verdaderamente,

mientras los sirvientes ataviados con turbantes y libreas rojas servían la merienda, parecía que el grupo estaba relajado, como si todos fueran amigos.

—Disculpe —dijo alguien—, ¿me permite pasar?

La voz provenía de su derecha, y se giró ligeramente para permitir el paso. De nuevo, se trataba de la señora Honeycutt. En aquella ocasión, iba del brazo de un caballero que parecía bien alimentado y privilegiado. Ella iba riéndose de algo que le había dicho su acompañante, pero lo miraba directamente a él.

¿Qué demonios…? Aquello no le gustaba nada. Dio un paso atrás para salir de su línea de visión, pero la señora Honeycutt no se dejó engañar y se inclinó alrededor de su acompañante para verlo. ¿Acaso quería enviarle una señal de que… tenía algún interés en él? ¿O acaso era una espía inglesa?

De las dos posibilidades, la segunda era la más probable. Aunque él nunca había oído decir que hubiera mujeres espía, tenía que admitir que una mujer sería excelente para sonsacarle información a un hombre poderoso. Él no solía ser objeto de la atención de las mujeres; eso solo le había ocurrido una o dos veces. La última había sido en St. Edys. La hija de uno de sus compañeros de trabajo, una muchacha muy guapa con el pelo dorado y los ojos castaños, de unos veinte años, diez años más joven que él y que todos los días le llevaba la comida a su padre, lo saludaba siempre y ambos se dirigían las cortesías de rigor. Un día, ella había llevado embutidos para él. Después de una semana, más o menos, él se había dado cuenta de que no solo era una cuestión de amistad, sino de que la muchacha le estaba dando a entender que tenía interés en algo más que un trato superficial.

Él tuvo que decirle que era imposible. Por motivos que no podía explicarle ni a ella ni a nadie más, era imposible.

Sin embargo, ninguna otra mujer le pedía a su madre, ni a su padre, ni a su prima, que se lo presentara. Más bien, al contrario. Por eso, para él no tenía sentido que aquella mujer, tan bella y privilegiada como era, pudiera sentir interés por él. Tenía que tratarse de otra cosa.

El acompañante de la señora Honeycutt, que no se había fijado en él, le dijo:

—¿Es que no vas a sentarte en tu sitio?

—¿Y por qué no te sientas tú en el tuyo? —replicó ella.

—¿Y someterme a los intentos de mi hermana por emparejarme? Prefiero la muerte —dijo el caballero.

La señora Honeycutt se echó a reír. Era un sonido agradable y

suave, tan agradable como su sonrisa.

El hombre suspiró.

—Mira lo que has hecho, Hollis —dijo—. Se acerca uno de los lacayos a buscarme.

Hollis. ¿Era una palabra inglesa? Él hablaba muy bien inglés, pero, desde que estaba en Londres, había oído palabras y frases que no conocía. ¿Hollis era un nombre?

—Vaya, vaya. Supongo que ahora tendrás que irte. No te preocupes por mí. Yo me quedo por aquí haciendo amigos nuevos.

—¿Por aquí? No, no. Ve a sentarte con Eliza. Ellos te prepararán un sitio. Nunca me hubiera imaginado que ibas a remolonear a la hora de sentarte a la mesa con dos reinas y un rey. Tú, precisamente.

¿Por qué decía «Tú, precisamente»?

—No remoloneo, pero no me han invitado a sentarme con las reinas, y no seré yo quien rompa el protocolo pidiendo que me acerquen una silla. Sabes perfectamente cómo son estas cosas, y yo también. Además, prefiero conocer a gente que ha venido de muy lejos a oírte a ti quejándote de los bizcochos.

—Querrás decir que quieres interrogar a todo el mundo. Sigue mi consejo y no saques el lápiz del bolso, querida. Este no es el momento ni el lugar. Vas a sentarte conmigo. Sí, sí, buen hombre —dijo el hombre, cuando el sirviente se acercó a ellos—. Por favor, haga espacio para la señora Honeycutt.

El sirviente se inclinó y dijo que lo haría, y el caballero acompañó a la señora Honeycutt hasta una de las mesas. Todos los señores se levantaron, y el sirviente colocó una silla para ella. Ella dijo algo con una sonrisa, seguramente para disculparse, y se sentó.

Él se movió otra vez, situándose detrás de dos de los sirvientes para poder observar al rey Maksim, que estaba hablando con la reina Victoria. Estaba rígido e incómodo y, sinceramente, tenía un color verdoso. Tal vez aquella situación le desagradara tanto como a él. El salón estaba abarrotado y la gente se levantaba de sus asientos e iba de un lado a otro. Además, seguramente, los rumores de rebelión habían llegado a sus oídos. ¿Quién podría reprocharle que estuviera nervioso? Cualquiera podría acercarse a él y clavarle un puñal en el costado. Solo haría falta un momento para que estallara una rebelión allí mismo, en Londres, delante de las narices de la reina Victoria.

Marek se movió de nuevo con la intención de volver al extremo opuesto de la sala y, justo cuando empezaba a caminar, notó algo en la espalda, como la caricia de un dedo fantasmal. Se dio la vuelta y… se encontró con los ojos brillantes de la señora Honeycutt.

Aquella mujer lo estaba observando.

Capítulo 4

Las negociaciones de paz entre los líderes alucianos y weslorianos han comenzado, pero, aunque se dice que hay avances, es difícil saber hasta qué punto, ya que las conversaciones son alto secreto.

¿No es cierto que la paz florece a la luz del día?

Señoras, el bálsamo para el cabello rizado Harcourt está considerado superior a otros bálsamos para los rizos, pero debe aplicarse con moderación para que el cabello no tome un brillo aceitoso. Una de nuestras más devotas suscriptoras descubrió cuán aceitoso era la semana pasada, durante una fiesta en la que no dejaba de resbalársele el tocado. Su consejo es que el bálsamo se aplique en pequeñas cantidades.

Revista Honeycutt de moda y hogar para damas

El señor Norman Kettle llegaba a su puesto del ministerio de Exteriores del Reino Unido a las ocho de la mañana en punto todos los días. Y, todos los días, dejaba el sombrero y la capa en el perchero, llevaba la fiambrera de la comida a su escritorio y la dejaba a un lado.

Su escritorio estaba muy ordenado. En una esquina apilaba minuciosamente la documentación de embarques y pasajeros, además de la correspondencia de los capitanes de barco y de las compañías de comercio. En la otra esquina tenía los informes que le enviaba todas las semanas el caballero de la oficina de aduanas, cuyos labios rosados y carnosos le resultaban atractivos de un modo incómodo. Aquellos informes los recogía durante sus paseos de mediodía por los muelles y la aduana.

La tarea del señor Kettle era mantenerse al tanto de los envíos al extranjero y de los viajes que pudieran tener algún interés para el ministro de Exteriores, y cumplía su deber con tesón.

Aquel día, estudió detenidamente los últimos informes hasta la una, momento en el que recogió los papeles y extendió el mantel del almuerzo sobre el escritorio. Tomó la fiambrera. La notó ligera. Su

esposa le preparaba cada día pan con queso, una manzana si estaban en temporada y, si tenía suerte, unas ciruelas. En los días buenos, algo de carne o un huevo cocido.

Sin embargo, la noche anterior habían tenido una pequeña pelea: la señora Kettle dijo que él necesitaba unos pantalones nuevos porque ya no podía ensanchárselos más, y él respondió que no podían permitirse comprarlos con el sueldo que ganaba en el ministerio, al tiempo que expresó su confianza en que ella encontrase la forma de seguir ensanchándolos.

La señora Kettle respondió que ya los había ensanchado todo lo posible sin que las costuras reventaran y que, ciertamente, él comía demasiado pan, y que solo él tenía la culpa de que los pantalones le quedaran tan apretados. A él le encantaba el pan. Se comía dos rebanadas al día. Pero respondió que, si ella fuera mejor cocinera, él no habría tenido que depender tanto del pan.

El señor Kettle apartó el paño que cubría el contenido de la fiambrera y encontró dos zanahorias y un huevo cocido. Con extrañeza, se inclinó sobre la fiambrera por si acaso se había dejado algo dentro, pero no era así. Ya no quedaba nada.

Todavía estaba mirando la comida con incredulidad cuando oyó una alegre voz de mujer.

—¡Buenas tardes, señor Kettle!

Por el amor de Dios, otra vez, no. Apartó la fiambrera y miró hacia arriba.

—Señora Honeycutt. Ha vuelto —dijo, sin poder disimular su exasperación.

—Sí, aquí estoy —respondió ella, y se quitó la capa como si tuviera intención de comer con él.

La señora Honeycutt era una mujer cuyas ambiciones le asustaban. Se había presentado allí por primera vez hacía una semana, aunque a él le parecieran meses, y le había entregado su tarjeta de visita:

> *Señora Hollis Honeycutt, editora de la* Revista Honeycutt de moda y hogar para damas.

Al instante, él había sentido miedo, puesto que conocía la revista. Su esposa le obligaba a que se la llevara a casa los miércoles, cuando se lanzaba el nuevo número. A él no le gustaba gastar cinco chelines en una revista y argumentaba que había usos mucho mejores para su dinero. La señora Kettle le decía que ella trabajaba todos los días para él, haciendo las tareas del hogar, la colada y la comida, y que lo menos que podía hacer era llevarle una revista en la que se instruía a

las mujeres para ser mejores esposas. Pero él sabía que a su mujer no le importaba ser mejor. Lo que quería era leer los chismorreos.

La señora Honeycutt le había explicado que tenía interés en escribir un artículo para su revista, una historia sobre la cumbre de paz. Y le había dicho que sería muy útil para ella poder echarle un vistazo a la documentación del barco wesloriano para hacer algunas consultas sobre los visitantes extranjeros.

Por su parte, él le había explicado a ella, con bastante claridad, que no tenía permitido mostrarle esos documentos, y le había preguntado si, en realidad, su revista era el tipo de publicación en la que se hablaba de cosas tales como tratados de paz internacionales.

A la señora Honeycutt no le había gustado aquello. Él lo sabía porque ella le había dicho que era solo la pura ignorancia lo que llevaba a creer a un hombre que las mujeres no tenían interés en el proceso de paz entre dos naciones enemigas. Él había refutado la noción de que fuera un ignorante y le había preguntado que quién le explicaba aquellas cosas si no tenía a ningún caballero en su vida.

Aquel fue el momento en el que el hombre que la acompañaba le había sugerido que le concediera uno o dos días para pensarlo. Sin embargo, él no necesitaba más días para pensarlo. Cuando ella volvió un día después, y otro, y otro, la respuesta siguió siendo no.

Después de la primera visita de la dama, él había hecho sus propias investigaciones, y se había enterado de que era la viuda de sir Percival Honeycutt, caballero que publicaba una gaceta de política y noticias sobre economía. Además, era hija de lord Justice Tricklebank, un juez muy respetado del Tribunal de la Reina. Y, por último, era la hermana de Eliza Tricklebank, que había conseguido que un príncipe extranjero se casara con ella y que, contra todo pronóstico, algún día llegaría a ser reina.

Imaginó que la señora Honeycutt pensaba que la importancia de su hermana le procuraba la entrada en un mundo del que no sabía nada, y le aconsejó sabiamente que dejara el tema de la paz y las relaciones internacionales a hombres eruditos como su padre. El acompañante de la dama había tenido que intervenir de nuevo.

Aquel día, el hombre atravesó el umbral y se apoyó en el marco de la puerta con los brazos cruzados. A él le resultaba curioso. No estaba seguro de cuál sería su relación con la señora Honeycutt. Tal vez fuera su cochero, o su herrero. O, tal vez, su mozo de establo, o su jardinero. Su ropa no era la de un hombre rico, pero tampoco vestía como un tipo normal.

Sin embargo, no importaba lo que llevara puesto, era tan increíblemente guapo que su presencia causó un revuelo en la oficina.

Los administrativos y los visitantes se chocaban unos con otros al tratar de echarle un vistazo.

—¡Vaya! Veo que está en mitad de su almuerzo —comentó la señora Honeycutt. Se inclinó hacia delante para mirar la comida, y se estremeció. Después, sonrió comprensivamente.

—Pues sí —dijo él, de mal humor—. Así pues, si no le importa…

—Pero ¿eso es todo, señor Kettle? No me parece comida suficiente para que un hombre fuerte como usted aguante hasta la hora del té.

La señora Honeycutt era una mujer muy bella, había que reconocerlo. Tenía un cuerpo suave y redondeado, como la señora Kettle cuando se había casado con ella.

—Es más que suficiente —respondió él.

Tenía la sospecha de que la señora Honeycutt también adoraba el pan, como él. Aunque, a decir verdad, la ropa le quedaba muy bien y le daba la apariencia de tener una figura fina. Aquel día llevaba un vestido color zafiro que resaltaba el azul de sus ojos.

A cierta distancia, alguien dejó caer algo que sonó como una caja de madera. El acompañante de la señora Honeycutt volvió la cabeza para mirar hacia fuera. Sin duda, los empleados de la oficina estaban dando vueltas por allí, con la esperanza de poder admirar aquella belleza masculina desde un poco más cerca.

—No quiero distraerle de sus… umm… zanahorias —dijo ella—. En realidad, como seguramente usted ya se imagina, he venido a preguntarle por la documentación de los dos barcos weslorianos que llegaron hace diez días.

Por Dios. Claro que sabía a qué había ido. ¿Acaso pensaba que él iba a creer que había encontrado un nuevo motivo de interés que la había llevado hasta allí?

—Por supuesto que me lo imagino, señora, y mi respuesta es la misma: no.

—¿Por qué no?

Él exhaló un suspiro atormentado y trató de no mirarle los labios carnosos.

—Como ya le he explicado, la documentación de los buques es confidencial, y no está permitido mostrárselos a personas ajenas y, por supuesto, no a mujeres.

—Ah, sí, ya me hizo partícipe de ese absurdo razonamiento —respondió la dama, asintiendo—. Pero, aunque es cierto que soy una mujer, no soy una persona ajena. Así pues, se lo pediré de nuevo: ¿Me permite ver la documentación de los barcos weslorianos que arribaron a puerto esta semana?

—Disculpe, señora, pero usted sí es una persona ajena.

—Claro que no, señor Kettle. Soy la hermana de la duquesa de Tannymeade. ¿No lo entiende? Creo que precisamente a mí sí debería permitírseme consultar esa documentación.

Él no lo entendía, pero, por su experiencia con la señora Kettle, sabía que, en caso de que fuese posible, lo mejor era no decirle a una mujer que estaba siendo absurda.

—Por favor, comprenda que estoy cumpliendo las normas.

—Umm —murmuró ella, y entrecerró sus bonitos ojos.

Al señor Kettle no le tranquilizaba que una mujer emitiera un «um», porque la situación nunca terminaba favorablemente para él. La señora Honeycutt lo distrajo al sentarse elegantemente frente a él, con una sonrisa preciosa.

—Da la casualidad de que, en este momento, voy de camino a ver a la duquesa. Ella se aloja en St. James Palace en estos momentos. Es muy posible que, durante la visita, yo conozca a algunos weslorianos, y sería útil saber quiénes son. Estoy segura de que lo entiende.

—Pero… ¿por qué no les pregunta quiénes son cuando se los presenten? —inquirió él, con desconcierto.

Ella suspiró.

—Veámoslo de otra forma.

—No.

—No podré saber quién falta a la reunión si no he visto la documentación —dijo ella, y volvió a sonreír.

Él tenía cada vez más hambre, y cada vez estaba más enfadado por lo escaso de la ración de comida. Además, no sabía de qué estaba hablando aquella mujer. Se irguió en el asiento y dijo:

—Señora, la respuesta es la misma que en los días anteriores, y la misma que le daré en días posteriores si vuelve por aquí: no. Sinceramente, no comprendo cómo su venerable padre no la ha obligado a que tenga un comportamiento adecuado. Tampoco comprendo cómo permite que siga publicando esa bobada de revista, ni comprendo por qué usted se mete en asuntos por los que no debería preocuparse ninguna mujer.

El acompañante de la señora Honeycutt lo miró con alarma, como si acabara de ver al verdugo acercarse a buscarlo a su escritorio. La señora Honeycutt, por el contrario, sonrió con dulzura.

—Señor Kettle, me halaga usted. ¿Cómo es que ha encontrado la oportunidad de hojear mi revista?

Él no había querido decir eso en absoluto.

—Está usted haciéndome perder el tiempo de una manera intolerable, señora Honeycutt.

—«Intolerable» me parece una exageración. Creo que la

información que le estoy pidiendo es pública.

—Le aseguro que no lo es.

Ella tamborileó con los dedos en el escritorio.

—Está bien. Me obliga usted a revelar la verdad. Estoy recabando información para la duquesa. Es una información muy importante, y usted tiene la oportunidad de ser un héroe si quiere.

Él dio un resoplido y tomó una de las zanahorias.

—Dé más consejos sobre dietas, señora Honeycutt. Es más adecuado para usted.

Ella frunció el ceño.

—¡Vaya, gracias! Espero que usted siga esos consejos pronto. Pero eso no es lo que nos ocupa.

—Señora, creo que he sido lo suficientemente firme. No puede consultar la documentación por ningún motivo.

Ella ladeó la cabeza.

—Cuando dice «firme»…, ¿hasta qué punto es firme?

Él dejó la zanahoria en la mesa y se levantó de la silla.

—¿Debo acompañarla a la salida?

—Gracias, pero si tiene que acompañarla alguien, lo haré yo —dijo su Adonis, dando un paso adelante.

—Magnífico. Por favor, señor —dijo él, y señaló con impaciencia a la señora Honeycutt.

Ella lo asesinó con la mirada. Se puso en pie y se inclinó sobre el escritorio.

—Voy a conseguir esa información de un modo u otro, señor Kettle. Ya lo verá.

Y, con aquellas palabras, tomó una de las zanahorias y salió del despacho.

El señor Kettle miró su comida, que repentinamente había quedado reducida a la mitad. ¡Qué mujer! ¿Acaso nadie iba a meterla en vereda?

Capítulo 5

En las modestas calles de Bedford Square hubo mucho revuelo a causa de la visita de la duquesa de Tannymeade a casa de su padre, con la princesa Cecelia en brazos. Los guardias se alinearon en la acera y mantuvieron a los curiosos a distancia mientras la duquesa y su séquito entraban en la residencia. Más de un testigo informó de que se habían oído carcajadas por las ventanas abiertas y, queridos lectores, uno de esos testigos fue quien escribe estas líneas.

El venerable Justice Tricklebank, padre de la duquesa, ha dicho que tiene intención de aceptar un puesto en uno de los nuevos juzgados civiles para alejarse del aire de Londres. Esperemos que no se mude al lejano Kent, donde los vecinos de una gran y famosa mansión se han quejado de que, las noches en que las ventanas permanecen abiertas, el escándalo del señor y la señora se oye a varios kilómetros a la redonda.

Revista Honeycutt de moda y hogar para damas

Fueron necesarios tres carruajes para llevar a Eliza, a Cecelia, a la niñera y a los guardias del duque a casa de los Tricklebank. Una multitud de curiosos se congregó en el parque de enfrente con la esperanza de ver a la pequeña princesa. Hollis tuvo que abrirse paso para conseguir llegar a la puerta de casa de su padre.

Sonrió a uno de los guardias.

—Soy la señora Honeycutt —dijo, y el guardia le permitió la entrada.

Si su familia no sabía que había llegado, Jack y John, los perros de la familia, estaban preparados para anunciárselo a todo el mundo.

—¡Oh, por el amor de Dios! —murmuró Hollis, mientras Ben, el mayordomo de la casa, abría la puerta.

Ella se inclinó riéndose para acariciar a los perros, que querían lamerle la cara.

—¡Ya está bien, perros del demonio, ya está bien! —les gritó Ben, mientras Hollis se quitaba la capa.

—No pasa nada, Ben —dijo, alegremente—. Yo también estoy muy contenta de verlos.

Ben cerró la puerta y tomó la capa de sus manos.

—Gracias, Ben. ¿Ha llegado ya Caro?

—Sí, ya está aquí, y ya está contando una de sus largas historias —dijo él, con una sonrisa de afecto.

—¡Señora Honeycutt! —gritó su padre, desde las profundidades de la casa—. ¿Eres tú, hija? ¡Por fin has llegado!

—¡Sí, papá! —respondió ella. Se atusó el pelo y fue al salón.

La primera persona a la que vio fue a Poppy, que estaba junto a la puerta, como si también acabara de llegar. Poppy era la doncella que los había cuidado durante todos aquellos años. Cuando la madre de Hollis la había conocido, era una huérfana desamparada, y ella la había llevado a casa. Tenía la misma edad que Hollis y Eliza, y siempre la habían considerado una hermana.

Poppy dio un gritito de alegría cuando ella entró en el salón. Hollis sonrió, pero la sonrisa se le borró de los labios al ver que Poppy pasaba corriendo junto a ella, hacia el otro extremo de la habitación. Entonces, se dio cuenta de que Eliza y Cecelia estaban junto a las estanterías, y de que el grito de alegría de Poppy había sido por el bebé.

—¿Puedo tomarla en brazos, por favor? —preguntó Poppy.

—Vaya —dijo Hollis, jugueteando con un rizo que tenía sobre la oreja—. Voy a intentar no ofenderme.

—Las dos, querida —dijo Caroline, desde el sofá—. Casi nadie se ha fijado en mí tampoco, y eso que llevo ropa nueva.

—Por lo menos, tú te alegras de verme, ¿no, papá? —le preguntó Hollis a su padre, mientras se acercaba. Pasó por encima de su cesta de ovillos de lana para darle un beso en la mejilla.

—Tu llegada me produce una emoción como ninguna otra, salvo, tal vez, la de mi nieta. ¿Dónde está el querubín, Eliza?

—La tengo yo, señoría —dijo Poppy, y se acercó para dársela.

Eliza la siguió, como si pensara que a Poppy pudiera caérsele el bebé. Al pasar al lado de su hermana, le acarició la mejilla.

—Me alegro de que hayas venido, cariño.

Hollis puso los ojos en blanco. Después, miró a su alrededor. Aquel salón era el lugar donde habían crecido las cuatro mujeres. Cuatro mujeres sin madre. La de Eliza y Hollis había muerto de cólera hacía muchos años, y la madre de Caro, que había sido su mejor amiga, poco después que ella. Hollis recordó cómo se habían entretenido siempre en aquel salón, mientras su padre iba perdiendo la vista lentamente, y se preguntó qué le parecería aquella estancia a Eliza

ahora que vivía en un palacio.

Parecía el mismo salón que durante todos aquellos años. Un poco más desgastado, por supuesto. Y en las estanterías había aún más libros. Las agujas de tejer de su padre, una afición que había adquirido al perder la vista, ocupaba cada vez más espacio. A sus pies había una cesta de ovillos enredados por cortesía del señor Pris, un gato muy desobediente. La repisa de la chimenea todavía estaba llena de los relojes que Eliza había ido colocando allí. Ella también tenía una afición peculiar, la de reparar relojes, y, antes de que el príncipe Sebastian entrara en aquella casa y le exigiera información, iniciando así una cadena de sucesos que habían culminado con el nacimiento de Cecelia, Eliza se había tomado el arreglo de los relojes como un trabajo extra.

Cuando se fue a vivir a Alucia con su marido, los relojes se quedaron donde ella los había dejado, todavía sin reparar, haciendo clic, girando y sonando en diferentes momentos. Era como si Poppy tuviera miedo de moverlos en caso de que Eliza entrara por la puerta un día, desesperada por terminar de arreglarlos.

En el mirador acristalado había un par de sillas tapizadas y una mesita repleta de libros. Todos ellos eran grandes lectores, e incluso Ben y Margaret solían ir al salón por las tardes a escuchar a Eliza o a Hollis leerle un libro a su padre.

La chimenea estaba encendida y la habitación estaba caldeada, pero necesitaba una buena ventilación y las alfombras un buen barrido.

Como de costumbre, el padre de Hollis estaba en su mecedora, con los pies apoyados en su pequeño taburete y una manta sobre el regazo. Desvió la mirada de sus ojos azules ciegos hacia un lado de la habitación, donde no había nada más que una pared.

—Aquí está, señoría —dijo Poppy.

El juez dejó a un lado las agujas de tejer, y Poppy colocó al bebé en su regazo. El padre de Hollis posó los dedos en su cabeza, y se le iluminó la cara al palpar cuidadosamente su cabecita redonda, sus mejillas, nariz y boca. Cecelia fue bastante paciente mientras su abuelo la examinaba y la mimaba con las manos.

—Oh, vaya —dijo el juez, con la voz un poco temblorosa—. Es hermosa, Eliza. ¿No es hermosa? Me imagino que se parece a ti a esta edad. Que ángel fuiste, gordo como un cerdito. Esta es un angelito.

El angelito estaba harto de que la gente la acariciara y trató de girarse. Al ver que no podía, se echó a llorar. Eliza se levantó y fue a calmarla. Pasó por encima de los perros y puso a Cecelia en la alfombra. Todos se reunieron a su alrededor para mirarla: Ben,

Margaret, Poppy, Hollis, Caroline y Eliza. Incluso el juez estaba sonriendo como si pudiera ver la escena.

Caroline llevaba una trenza que le caía por la espalda. Antes, su amiga nunca habría salido de casa sin llevar el pelo perfectamente arreglado a la última moda y un traje impecable. Aquel día llevaba una falda marrón y una camisa, como si tuviera pensado dedicarse a trabajar en el jardín cuando saliera de allí.

Hollis pensó en lo radicalmente que habían cambiado las vidas de Caroline y de Eliza durante aquellos dos últimos años. Eliza pensaba que se quedaría soltera para toda la vida, pero ahora era la duquesa de Tannymeade. Caroline pensaba que sería una de las estrellas de la alta sociedad londinense para siempre, pero ahora llevaba ropa de trabajo y una trenza, y su máximo interés eran los jardines.

—¿Qué ha pasado con los lazos de papá? —preguntó Eliza, de repente.

—¿Qué lazos? —preguntó Caroline.

—¿Es que no te acuerdas, Caro? Poppy puso lazos por las paredes para que papá pudiera guiarse al tocarlos y moverse sin ayuda.

—No los necesito —dijo su padre—. Hay catorce pasos hasta la puerta y dos pasos arrastrados a la derecha, rodeando a los perros. Veintiocho pasos hasta las escaleras y una patadita al gato, que se cruza en mi camino sin excepción. Y, además, voy a aceptar un puesto en uno de esos nuevos tribunales civiles que han creado. Todos nosotros nos vamos a ir a vivir al campo.

Aquella noticia sorprendió a Hollis.

—¿De verdad, papá? ¿Vas a marcharte de Londres?

—Necesito aire fresco —dijo él, mientras rebuscaba sus agujas de tejer—. Y, no hace ni dos días, estuvo a punto de atropellarnos un carruaje a Ben y a mí. En la ciudad hay demasiada gente.

—Pero… ¿y Ben, Margaret y Poppy?

—Yo iré donde vaya su señoría —dijo Poppy.

—Y nosotros también —dijo Ben, desde la puerta.

—¿Y yo? —preguntó Hollis entonces.

—¿Tú? —preguntó Caroline, riéndose—. Tú tienes a Donovan, cariño.

Hollis no se perdió la mirada rápida que intercambiaron Eliza y Caroline. Cuando Eliza se dio cuenta de que la había visto, se ruborizó. Así pues, su hermana también creía que Donovan y ella eran amantes.

—Hollis, querida, tú puedes venir conmigo si quieres —le dijo su padre.

—¿De verdad? —preguntó ella, con recelo.

Cecelia estaba fascinada con Jack, que estaba olisqueándola. Cecelia intentó tocarlo, pero Jack salió corriendo. Eliza se sentó en el sofá, junto a Caroline.

—Me alegro de estar en casa —dijo, con un suspiro de satisfacción.

—¿Dónde está tu marido? —le pregunto Caroline—. El mío se ha ido al club con mi hermano. Le dije a Beck que era muy mala idea, pero me ahuyentó y me dijo que pensara en mis pimpollos, si eso era lo que me mantenía alejada de Londres.

—¿Tus qué? —preguntó Eliza.

—Mis pimpollos. Ni a Leopold ni a mí nos gusta dejarlos solos.

—¿Qué significa eso? —preguntó Eliza—. ¿Es un eufemismo para los perros? ¿Niños? ¡Caro! ¿Has traído a un niño a este mundo y no nos lo has dicho?

—He traído árboles a este mundo, y requieren cuidados.

John se levantó y se estiró, y se acercó a Jack para examinar con él a Cecelia. El bebé hizo un gorgorito de alegría y se cayó de lado. Poppy la puso derecha y, en aquella ocasión, Cecelia consiguió agarrar del pelo a Jack. Pris también se acercó para no perderse la diversión y, con la cola estirada, se frotó contra la pierna regordeta del bebé.

—Papá, ¿te has enterado? Tu hija mayor ha tomado el té con la reina —dijo Hollis.

—Por supuesto que me he enterado —respondió él, mientras tejía velozmente. La señora Frink me leyó el artículo que alguien escribió en la estupenda *Revista Honeycutt de moda y hogar para damas.*

Después de la muerte de Percival, el juez había dejado bien claro que no quería que Hollis siguiera con la revista, pero, durante aquellos últimos meses, había reconocido que sentía admiración por ella.

—Has hecho algo que yo pensaba que no podía hacer una mujer en tu posición, Hollis. Estoy muy orgulloso de mi niña.

Ciertamente, las ventas de su revista eran bastante buenas. Mayores que las de la revista jurídica que su padre compraba una vez al mes, y mucho mayores que las que nunca consiguiera Percival con su revista de política y economía.

—También he oído, porque me lo ha dicho el señor Frink, que el rey de Wesloria parece enfermo. ¿Es cierto?

—A mí me pareció que estaba bien —dijo Eliza—. Tal vez, un poco preocupado, pero como todo el mundo. Es un hombre delgado y de poca estatura. Su mujer es más alta que él. Tiene un bigote fino, las patillas largas, y lleva la raya a un lado, a la moda.

—Qué pelo tan raro tiene, ¿verdad? —dijo Caroline.

—¿Por qué? —preguntó Hollis.

—Y sus hijas tienen la misma peculiaridad.

—¿Qué peculiaridad? —insistió Hollis.

—¿No te diste cuenta? —preguntó Caroline, que se había tirado al suelo con Cecelia y Poppy.

—Ah, eso —dijo Eliza—. He oído decir que no es raro en algunas familias.

—¿Qué es lo que no es raro? ¿Qué pelo? —volvió a preguntar Hollis.

—La franja blanca —respondió Caroline, y se tocó la sien.

—El rey Maksim tiene un mechón de pelo blanco bastante largo, papá —explicó Eliza—. Se nota mucho. Es como si un pintor lo hubiera retratado y se le hubiera olvidado rellenar esa parte con un poco de color. Es raro.

—Sus hijas también lo tienen —comentó Caroline, y levantó a Cecelia hacia su madre—. La mayor, que tiene el pelo tan oscuro como Hollis, tiene una franja blanca por delante. La pequeña también la tiene, pero se le nota menos porque su pelo es mucho más claro.

Hollis se alarmó al darse cuenta de que se le había pasado por alto un detalle tan importante. Había leído algo acerca de una franja de pelo blanco, pero no recordaba dónde.

—Me cae bien la princesa Justine —dijo Caroline—. Es buenísima en esgrima.

—¿Ah, sí? —preguntó Eliza, alzando la vista de la cara de su hija —. ¿Cómo lo sabes?

—¡Me lo contó ella! No puedo sentarme junto a una mujer en la sala de descanso y quedarme callada sin hablar con ella. La princesa y yo tuvimos una charla muy agradable. Tiene unos ojos preciosos, ¿no te has fijado? Más dorados que castaños, como los de su padre, el rey. Que, por cierto, es un hombre particular. ¿Habías conocido a alguien con más nervios que él? Incluso se lo pregunté a Leopold, ¿qué puede hacer que un hombre esté tan nervioso? Él me dijo que beber demasiado alcohol, por ejemplo.

—Está tan nervioso porque aquí, en Londres, es como un ganso que nada por un estanque rodeado de cazadores —dijo Hollis.

—¿Cómo? —preguntó su padre.

—Cariño, otra vez, no —dijo Eliza, dulcemente.

—¿Por qué no? —insistió Hollis—. Solo digo que hay rumores de que se está preparando un golpe o una rebelión. Y aquí está él, tan lejos de su casa.

Eliza suspiró.

—Son rumores, Hollis, nada más.

—Hablando de rumores —dijo Caroline—. ¿Por qué has estado yendo al ministerio de Exteriores todos los días?

—¿Al ministerio de Exteriores? —preguntó el juez, bajando las agujas de tejer.

—¿Cómo te has enterado? —le preguntó Hollis a Caroline.

—Yo no me he enterado, ha sido Beck. Beck se entera de todo.

—Bueno, yo también, sobre todo, en lo concerniente a mis hijas —dijo el juez—. El señor Gundy me ha echado un sermón, Hollis, porque tú le metiste esas ideas en la cabeza a su hija sobre la enseñanza. ¡La pobrecilla está preparando una solicitud para entrar en Eton!

—Es una monada —dijo Caroline.

—¿Y por qué no? —preguntó Hollis—. Enseñar es una profesión mucho más agradable que limpiar orinales, ¿no?

—Te aseguro que la señorita Gundy nunca ha estado destinada a limpiar orinales. Y ¿por qué van a permitirle dar clases en un colegio al que no podría asistir?

—Ese es el problema, papá. Tal vez, si las mujeres empiezan a enseñar en Eton, algún día puedan estudiar en Eton.

—Por el amor de Dios, tú y tus disparatadas ideas sobre el mundo —dijo él, como si fuera una niña que soñaba con ser un hada.

Hollis se mordió la lengua para no decir algo de lo que, seguramente, se arrepentiría más tarde.

—Beck me dijo que estabas intentando conseguir la documentación de un barco —dijo Caroline—. ¿Para qué?

Hollis dio un resoplido.

—¿El señor Kettle deja su zanahoria y sale corriendo a contárselo todo a Beck? ¿Y cómo es que se conocen?

—No sé qué pinta aquí una zanahoria, pero Beck es amigo del ministro, ya lo sabes. Se enteró por lord Palmerston y, después, Donovan confirmó que era cierto. De verdad, Hollis, ¿para qué quieres tú ver la lista de cargo de un barco?

—Quiero ver la documentación para saber quién ha venido en ese barco, obviamente.

—¿Por qué? —preguntó Eliza.

—Me gustaría hablar con algunos weslorianos, ya que lo preguntas. No es posible escribir una buena historia sin hablar con la gente adecuada.

—¿Una buena historia sobre qué? —preguntó Eliza, mirando a su hermana pequeña con recelo.

Vaya, aquello no iba bien, y a ella no le gustaba que todo el mundo estuviera mirándola. Incluso Ben y Margaret tenían cara de preocupación.

—Sobre… unos rumores —dijo, vagamente.

—Hollis —insistió Caroline.

Ella alzó una mano.

—Sé que pensáis que me estoy extralimitando, pero os doy mi palabra de que he oído cosas inquietantes. Y, durante la merienda del otro día, vi a un hombre que estaba fuera de lugar.

—¿Qué hombre? —preguntó Caroline, con preocupación.

—Un caballero de Wesloria. Parecía un marinero, o el trabajador de un aserradero —dijo—. Me refiero a que tenía una complexión muy fuerte. Musculosa.

—¿Y qué tiene eso que ver? —preguntó Caroline.

Hollis apartó la mirada. Tenía que ver con todo. Él era un hombre poco común, y le resultaba fascinante. No mencionó que el señor Brendan tenía los ojos del color del ámbar y la mandíbula cuadrada. No dijo que le miraba los labios a menudo, sin darse cuenta, y que tenía el pelo largo y lo llevaba detrás de las orejas, al contrario de la moda imperante. Tampoco dijo que, como ella, estaba a solas en el salón y que, cuando todo el mundo quería forjar alianzas y hacer contactos, él parecía decidido a no hablar con nadie. Y, por supuesto, no dijo que le resultaba atractivo, y que eso la sorprendía.

Cuando se había presentado y le había agradecido su ayuda, él estaba muy serio y concentrado. Sin embargo, ella había notado algo más en la mirada de sus ojos dorados. Era algo como una vacilación, como si no hablara inglés, cuando, claramente, sí sabía el idioma. Aquella inseguridad era una contradicción comparada con la fuerza que irradiaba solo con respirar.

—Yo no vi a nadie con esa descripción —dijo Eliza—. Hollis, me imagino en qué te estás metiendo, y no tienes derecho a hacerlo.

—No, no sabes lo que pretendo hacer —replicó Hollis—. Ninguno lo sabéis. ¿Es que no estáis de acuerdo en que, si hay problemas, deberían salir a la luz?

—Sí, pero no por tu mano —dijo su padre, al instante—. Eso déjaselo a los hombres.

—¡Papá! —exclamó Eliza.

—Los hombres no saben todo lo que hay que saber —añadió Poppy, con un resoplido.

—Entendéis perfectamente lo que quiero decir —repuso el juez, moviendo una mano por el aire antes de tomar de nuevo las agujas de tejer—. Hollis es perfectamente capaz de hacer conjeturas y especulaciones y, una vez que tuviera las piezas del rompecabezas, lo resolvería más rápidamente que nadie. Sé que eres muy inteligente, Hollis, cariño, pero no debes reunir esas piezas. Es peligroso y absurdo, y no voy a permitirlo.

—No me gusta oír esos rumores —dijo Eliza—. Vamos a hablar de otra cosa, por favor —les pidió, meciendo a Cecelia sobre sus rodillas—. Vamos a hablar de lo que nos vamos a poner para el baile.

—¿Otro baile? —preguntó el padre de Hollis, en tono de queja.

—¡Un baile de disfraces! —exclamó Caroline con deleite. Se había tumbado en el suelo, y Pris se subió a su pecho de un salto y comenzó a masajearla y a ronronear—. Todo el mundo tiene que disfrazarse de algún personaje histórico y, por supuesto, eso significa que yo me voy a disfrazar de María Antonieta. Eliza, a ti te he hecho un vestido griego. Y, Hollis, tú te vas a quedar boquiabierta cuando veas tu vestido de reina medieval.

—¿Es eso todo lo que haces en Bibury? ¿Coser vestidos y plantar árboles? —le preguntó Hollis.

Poppy se puso en pie, tomó a Cecelia en brazos y se la llevó hacia la ventana.

—¿Y por qué no? —preguntó Caroline, mientras acariciaba distraídamente a Pris—. A la reina le encantan las fiestas de disfraces, ¿sabes?

—Oh, vaya —dijo Poppy—. Cada vez hay más y más gente ahí delante.

Hollis se acercó a la ventana para echar un vistazo. Eliza, también. Cecelia puso la palma de la mano en el cristal y balbuceó. En el parque había el doble de gente que cuando habían llegado.

—No me extrañaría que la señora Spragg se haya convertido en la pregonera y le haya contado a todo el mundo que estoy aquí con Cecelia. Deberíamos irnos —dijo Eliza—. A Bas no le va a gustar que se haya congregado tanta gente.

Se dio la vuelta y dijo:

—Poppy, ¿me ayudas a recoger nuestras cosas?

Poppy le entregó el bebé a Hollis. Cecelia hizo un gorgorito y agarró los rizos de su tía.

—Te quiere, Hollis —dijo Caroline—. Es una pena que no puedas estar más cerca de ellos.

—Sí, lo es —murmuró Hollis.

Se inclinó para oler la cabecita de Cecelia, que desprendía el olor más dulce del mundo. Le resultaba curioso pensar que, desde que había muerto Percy, los momentos como aquel siempre habían estado teñidos de tristeza. Sin embargo, aquel día, ella no estaba pensando en él. Estaba preguntándose cómo sería tener una hija propia. Tal vez, dos o tres. Metió la nariz en el cuello de la niña y decidió que no iba a permitir que le estropearan aquel momento los pensamientos amargos sobre algo que seguramente no tendría nunca.

Capítulo 6

Al parecer, la primera semana de la cumbre de paz entre Wesloria y Alucia ha sido muy moderada. Un observador informa de que las conversaciones comenzaron con un acuerdo general sobre la dependencia entre las economías de ambos países. Un asunto tedioso para la mayoría, pero necesario, ya que la paz no puede alcanzarse si ambas partes no aceptan las reglas del juego limpio.

Señoras, a medida que el tiempo más frío se instala en Londres, recuerden que el emplasto Allman's está considerado como el mejor para curar el resfriado, aplicándose en la espalda y el pecho. Aliviará los pulmones y mejorará la función de los riñones de la manera más sutil.

Revista Honeycutt de moda y hogar para damas

Lord Dromio llamó a Marek Brendan a su *suite* la tarde del gran baile de disfraces. El ministro estaba a medio vestir, con las piernas desnudas. El faldón de la camisa casi no llegaba a cubrirle las partes pudendas. Marek se sintió como si estuviera en unos baños con él, y ese era un lugar muy extraño para estar con lord Dromio. Sin embargo, su señoría no era la persona más organizada del mundo, y a menudo lo convocaba cuando estaba en medio de otro asunto.

Aquella tarde, le mostró un sobre grueso y le dijo:

—Su invitación al baile —dijo—. Vas a necesitar esto para entrar.

—¿Disculpe?

Las palabras «Su invitación al baile» no eran aplicables a él. En términos generales, no lo invitaban a ningún baile. Había estado en dos de ellos durante sus treinta y cuatro años de vida, aunque su tía se había empeñado en que tomara clases de baile por si acaso, algún día, lo invitaban a alguno.

Pero a Marek no lo invitaban, y él no quería empezar en aquel momento. Miró el sobre con consternación y no se movió, hasta que lord Dromio empezó a moverlo, y él no tuvo más remedio que aceptarlo.

—Es un baile de disfraces, señor Brendan. Eso significa que tiene que ir disfrazado.

—¿Disculpe? —repitió Marek.

—¡Un disfraz! Incluso un ermitaño como usted debe de saber lo que es eso. Ratonkin —dijo el ministro, refiriéndose a su ayuda de cámara— me ha informado de que se puede ir disfrazado de lo que uno quiera, y de que la reina inglesa y su consorte se vestirán de rey y reina de la antigüedad, lo cual me parece irónico, teniendo en cuenta que ya son reina y rey. No es muy original que digamos, ¿no le parece?

Marek respondió con una media sonrisa.

—Exactamente lo que yo pienso —dijo Dromio, y continuó—: Tendrá algo que pueda utilizar como disfraz, ¿no? Tal vez, un uniforme militar. Usted sirvió en el Ejército, ¿no, señor Brendan?

—Sí. Pasé dos años en la Marina, señor.

Como todos los hombres de Wesloria, había tenido que cumplir con el servicio militar obligatorio, y había elegido la Marina, por supuesto. Él se había criado en el mar junto a su tío, que era capitán de navío.

—Pues, entonces, póngaselo —dijo lord Dromio.

Hacía más de quince años que él ya no pertenecía a la Marina y, por supuesto, no se le había pasado por la cabeza llevar su viejo uniforme a Inglaterra.

—Es una fiesta de disfraces, ¿entiende? —repitió lord Dromio, mientras tomaba los pantalones que le ofrecía su ayuda de cámara y comenzaba a ponérselos.

—Disculpe, milord, pero no me había imaginado que…

—¿Y quién se lo habría imaginado, Brendan? ¿Quién? —respondió el primer ministro, malhumoradamente—. Bien, en cuanto al baile, necesito que se mantenga cerca esta noche. He tenido un encontronazo con Montcrief, del Consejo Privado. Es un imbécil despreciable.

Marek no conocía al tal Montcrief. No había estado presente en ninguna de las conversaciones de paz. Hasta el momento, su ayuda a lord Dromio había sido el hecho de esperar en la sala contigua por si acaso el ministro, el rey u otro wesloriano necesitaban algún tipo de información.

—No quiero que me vuelva a echar en cara el asunto de los motores.

—¿Disculpe, milord?

—Los motores, señor Brendan. Nuestro encargo de cuatro motores de vapor para las fábricas textiles de Cormanda, por los que pagamos

una bonita suma de dinero. Fueron enviados a Helenamar.

Marek pestañeó. ¿Cuatro motores de vapor encargados y pagados por Wesloria habían sido enviados a la capital de Alucia? ¿Por qué?

—No fue cosa mía —dijo Dromio—. Fue un mandato del rey. Está convencido de que Aphidina es una cueva de ladrones, y cree que es mucho mejor que los motores vengan en tren desde Helenamar.

Dromio estaba hablando de la ciudad de Aphidina, uno de los puertos más importantes de Wesloria, y el lugar por el que deberían haber entrado los motores al país. El hecho de haber organizado su recepción en Helenamar solo añadía incertidumbre a la situación. En la frontera había bandas criminales que esperaban los transportes de mercancías entre las dos naciones para perpetrar robos. Y ¿desde cuándo pensaba alguien que Aphidina era una cueva de ladrones? Las mercancías llegaban a su puerto todos los días.

De repente, recordó otro asunto desconcertante. Wesloria era famosa por su producción de cereales, puesto que el grano era de una gran calidad. Gracias al clima del norte y a la enorme cantidad de tierra cultivable, el país llevaba siglos produciendo la mejor cebada y el mejor trigo del mundo. Alucia era una nación montañosa y producía más carbón que Wesloria, pero los alucianos también habían intentado producir cereal suficiente como para poder exportarlo.

El otoño anterior, un cargamento de grano wesloriano con destino a Finlandia había quedado retenido en un puerto. Marek no consiguió encontrar a nadie que le dijera por qué y, mientras trataba de resolverlo, el cereal quedó almacenado y comenzó a pudrirse. En ese tiempo, Finlandia compró otro cargamento de cereal a Alucia.

¿Cómo se las habían arreglado los funcionarios weslorianos para destruir esa mercancía, cuando eran expertos en producirla y venderla?

Dromio le había dicho que todo había sido un malentendido.

—Creo que fue un trato poco ventajoso.

Marek frunció el ceño.

—Pero… Wesloria tiene un buen acuerdo firme con los proveedores, milord. Le ofrecimos a Finlandia un precio muy competitivo.

—Sí, fue un malentendido sobre el precio —dijo Dromio.

—Pero… ¿quién entendió mal el…?

—¿Cómo voy a saberlo yo, Brendan? Solo puedo decirle lo que me dijeron a mí —había espetado lord Dromio, y lo había despedido con un gesto de la mano.

Era un envío de grano y, algunas veces, sucedían cosas así. Sin embargo, había sido muy frustrante para él. No tenía sentido que el

grano no hubiera sido enviado, ni que Finlandia hubiera acudido a Alucia para proveerse. ¿Por qué los finlandeses no habían preguntado por su cereal? ¿Por qué no habían exigido que se le pusiera remedio a la situación? Para él, estaba claro que había intervenido alguien que les había vendido el cereal de Alucia.

Mucho más tarde, había leído un informe de un país vecino en el que se explicaba que los funcionarios de comercio de Wesloria habían impuesto aranceles a la exportación del cereal.

—Imposible —murmuró.

No había ningún arancel. Nunca había habido aranceles. ¿Quién lo había impuesto? ¿Quién ataría de manos a los terratenientes que producían la materia prima más importante de Wesloria? ¿Quién inundaría los mercados weslorianos con cereales que no necesitaban?

Una vez más, lord Dromio no tuvo respuesta para él.

—Debieron de hacerlo el rey y su primer ministro. Ya sabe que lord Rubane le dice al rey todo lo que quiere oír.

Pero Marek sabía que el rey no lo había hecho. El rey estaba desesperado por aumentar el comercio con Escandinavia. Además, Wesloria estaba al borde de la quiebra. No había trabajo suficiente, y la gente sufría a causa de la pobreza. Muchos culpaban al rey de esa debilidad en la economía del país. No importaba que el Parlamento moviera los hilos; el rey era un objetivo más fácil, era un hombre solitario en su torre de marfil.

La gente decía que sus planes de industrialización no tenían en cuenta a las industrias y los oficios que habían sustentado a Wesloria durante siglos, porque quería implantar otras ocupaciones ajenas a ellos. Los críticos aducían que Wesloria era un país de pastores, agricultores, pescadores y vidrieros, y no debían cambiar a la producción textil y metalúrgica. Argumentaban que el rey quería convertirlos en Alucia, y que los hombres poderosos estaban perdiendo dinero por los retrasos de los motores de vapor y la mala gestión de los cargamentos de cereales.

Y, para el rey, no era de ayuda tener a un idiota como ministro de Comercio.

Quien había sido su tutor en la juventud, el señor Ropas, era un hombre sabio. Le había enseñado que los hombres no aceptan fácilmente el cambio. Sin embargo, Wesloria necesitaba cambiar.

—En cuanto al baile, señor Brendan —le dijo Dromio, en aquel momento, señalando su invitación—, permanezca cerca de mí. No voy a permitir que Montcrief insinúe que desconozco las teorías comerciales de mi país.

—Sí, milord —dijo Marek, y miró la invitación.

—Eso es todo.

Marek no se movió, y lord Dromio lo miró con curiosidad.

—¿Qué ocurre?

—Si me lo permite, milord…, ¿cómo está el rey?

Dromio pestañeó. Claramente, la pregunta le había sorprendido, y miró a Ratonkin con nerviosismo.

—¿Por qué me hace esa extraña pregunta, Brendan?

—Estos últimos días ha estado muy pálido.

—Bueno, es que es un hombre pálido. Cuando está junto a su esposa, parece un fantasma.

La reina Agnes tenía la piel de un color más bronceado.

—Quiero decir que se le ve más pálido que de costumbre.

Dromio frunció el ceño y lo observó fijamente. Él permaneció inmóvil, impasible.

—El rey está perfectamente, señor Brendan —dijo el ministro.

Movió la mano para despedir a Marek y le pidió a Ratonkin otro pañuelo para el cuello.

Marek salió de la *suite* con la invitación en la mano, preguntándose si Dromio conocía el motivo por el que el rey estaba tan pálido.

Capítulo 7

Al baile de disfraces de la reina, celebrado en el Palacio de Buckingham en honor de los dignatarios de Alucia y Wesloria, asistieron unas mil personas.

Muchos de los disfraces habían sido pensados y creados con esmero, pero otros habían salido de los baúles de las buhardillas, y había sido necesario desempolvarlos a fondo.

Muchos de los invitados vistieron trajes de la época georgiana, de un pasado cercano, pero otros se aventuraron más y aparecieron como personajes históricos importantes, incluido Enrique VIII y tres de sus ocho esposas. Había también hadas y duendes. Una de las invitadas se disfrazó de adivina y pasó buena parte de la tarde adivinando el futuro a todo aquel que la buscaba. La reina Victoria y el rey Alberto fueron los más extraordinarios de todos, puesto que se transformaron en las efigies que adornan la tumba del rey Eduardo III y su esposa, la reina Felipa. Aparecieron con un séquito de pajes celestiales que los atendieron durante toda la noche.

Hubo una orquesta de doce músicos para el baile, y se sirvió un gran banquete, incluido un pastel de mazapán en forma de mapa de las dos naciones vecinas de Wesloria y Alucia.

Revista Honeycutt de moda y hogar para damas

El Palacio de Buckingham se había transformado para el baile. Lo habían vestido con hermosos cortinajes de terciopelo rojo. Las lámparas de araña y los candelabros iluminaban la noche con cientos de velas. Por encima del estrado de la reina había un arco de mármol con angelitos tocando trompetas y, por detrás del arco, la orquesta tocaba para los que quisieran bailar.

Los lacayos, al menos dos docenas de ellos, iban vestidos con libreas antiguas que debían de haber salido de un almacén hacía muy poco tiempo, a tenor del olor a antipolillas que desprendían.

Hollis nunca se habría imaginado que podía haber tanta gente

disfrazada en un mismo lugar. Había muchas damas con vestidos de la época georgiana, de seda y de colores pastel, con altísimas pelucas. Había muchas señoras vestidas de hombre, con pantalones, levitas y sombreros. Los caballeros habían optado por los uniformes militares, a falta de imaginación, pero había excepciones: hombres vestidos de mujer y, en el caso de un señor muy ingenioso, de lobo con piel de cordero. A su alrededor había piratas, generales, princesas, cortesanos, pitonisas, magos, bucaneros, sacerdotes y ángeles.

Ella llevaba el disfraz de reina medieval que le había hecho Caroline, con las mangas largas y vaporosas y una cola tan ligera como una pluma, y un cinturón de brocado a la altura de las caderas. Era un vestido maravilloso, a pesar de que tenía un escote excesivo. Caroline tenía mucho talento, y ella se alegraba de que hubiera encontrado su vocación cuando estaba a punto de cumplir los treinta años.

Su amiga también se había empeñado en que se pusiera un gorro cónico de cuya punta brotaba un velo de seda. Era como los sombreros que ella había visto en las pinturas antiguas del museo de Montagu House. Sin embargo, no se le ajustaba bien a la cabeza y se le deslizaba hacia atrás, y en esos momentos se convertía en un arma letal. No dejaba de golpear cosas con él, y se lo había clavado ya dos veces a su cuñado.

—Le vas a hacer daño a alguien con esa cosa —se quejó Eliza.

Su hermana llevaba un vestido griego, también exquisito, y el príncipe Sebastian se había vestido de príncipe, confirmando la opinión de Hollis sobre la falta de imaginación masculina para los disfraces. Sin embargo, estaba tan guapo como siempre.

Caroline se había hecho un vestido georgiano espectacular, con unos guardainfantes. Dijo que llevaba un año trabajando en él.

—¿Un año? —preguntó Eliza—. Pero si solo hace tres meses que sabemos que se iba a celebrar esta fiesta.

—Pero yo no hice el vestido para esta fiesta en particular. Lo hice porque una nunca sabe cuándo va a necesitar un disfraz —respondió Caroline.

—Yo sí lo sé —dijo Hollis—. Casi nunca, o nunca.

—¿Quién es ese? —preguntó Eliza, señalando a alguien con la cabeza.

Hollis se giró a mirar y, al hacerlo, volvió a clavarle la punta del gorro a su cuñado en el hombro.

—¡Perdón! —exclamó, tratando de enderezar el gorro—. Se me olvida lo alto que es. Debería quitármelo…

—Ni se te ocurra —le dijo Caroline—. Es perfecto. Lo que tienes

que hacer es dejar de menearte tanto.

—¡No me estoy meneando!

—¿Dónde está Beck? —preguntó Eliza—. Me gustaría ver su disfraz.

—No ha querido venir —respondió Hollis—. Dijo que se negaba a disfrazarse como si fuera un niño y que yo me parecía más a la virgen María después de dar a luz a Jesús que a una reina medieval.

A Eliza se le escapó un jadeo. El duque se echó a reír.

—Señoras, si me lo permiten, me gustaría bailar con mi esposa.

Eliza sonrió y miró a su marido con adoración, y Hollis dio un gruñido.

—Sí, lo permitimos, lo permitimos —dijo, haciéndoles un gesto para que se marcharan.

—A mí también me gustaría bailar, Leopold —dijo Caroline, girándose hacia un lado y hacia el otro—. Si no, ¿cómo van a ver todos mi disfraz?

—¿Cómo van a perdérselo, cariño? Ocupas el espacio de tres personas. ¿Hollis?

—¡Por supuesto! Marchaos vosotros también. Estoy acostumbrada a pasearme sola.

Hollis miró a su alrededor. Después, se abrió camino entre la multitud. Se olvidó de la monstruosidad que llevaba en la cabeza y, al avanzar, le quitó el tricornio a un pirata y lo tiró al suelo. El bucanero la fulminó con la mirada cuando ella se disculpó y se alejó rápidamente.

Al continuar su camino, se topó con un grupo que estaba reunido alrededor de los reyes de Wesloria, que se habían disfrazado de pastores. A ella le pareció una extraña elección, puesto que el rey Maksim era muy delgado, y el traje de pastor hacía que pareciese demacrado. Sin embargo, la reina Agnes tenía un aspecto muy saludable y estaba divina con su traje de pastora. Llevaba el pelo trenzado por la espalda y un sombrero de paja.

Hollis se pegó contra la pared para poder pasar más allá del grupo. El sombrero empezó a deslizase a su derecha, y ella alzó un brazo para enderezárselo. En aquel preciso instante, vio a un caballero solitario que no iba disfrazado, sino arreglado con un traje formal. Un caballero que le resultaba muy familiar. El señor Brendan. Estaba inmóvil junto al séquito del rey, solo, como de costumbre, y tenía una expresión de ligero fastidio.

Hollis se dirigió hacia él, pero alguien se cruzó en su camino y le bloqueó el campo de visión. Cuando volvió a mirar hacia donde había visto al señor Brendan, él había desaparecido. ¿Cómo era posible?

Estaba allí y, en un instante… Bien, lo único que tenía que hacer era encontrar al rey Maksim, y el señor Brendan estaría cerca, observándolo. ¿Por qué vigilaba al rey como si fuera un halcón? Si ella no hubiera leído y oído las cosas que había leído y oído, no le daría importancia, pero lo había hecho, y el comportamiento del señor Brendan le resultaba extraño.

Siguió caminando por el salón, entre la gente, buscando un pastor. Cuando vio al rey, volvió a ver al señor Brendan, tal y como había pensado.

Aceleró el paso, sujetándose el gorro para que no se le cayera, apresurándose para abordar al señor Brendan antes de que se le escapara. Él llevaba un pañuelo verde al cuello, el distintivo de los weslorianos; para ella, aquello tenía que ser una declaración silenciosa de que no iba disfrazado. Si el señor Brendan estuviera tramando un complot contra el rey Maksim, ¿por qué iba a asistir a una fiesta de disfraces con ropa normal? Hacía que llamara la atención en medio de aquella multitud festiva.

Se las arregló para seguir avanzando, pasó entre los dos miembros de una pareja que estaba discutiendo y acabó junto al señor Brendan.

Él no se giró. Parecía que no había notado su presencia, puesto que estaba totalmente concentrado en el rey Maksim. Qué extraño. Ella estaba tan cerca que veía que su chaqueta estaba confeccionada con una tela de lana de calidad. Iba recién afeitado, pero tenía un pequeño corte en la mandíbula. Tenía el pelo repeinado hacia atrás y metido detrás de las orejas, y ella supuso que no tenía ayuda de cámara que le ayudara a arreglarse, lo cual significaba que no era noble.

El señor Brendan tenía una copa de vino en la mano, pero ella dudó que lo hubiese probado.

—¡Buenas noches! —exclamó.

Él no se giró, ni le prestó la más mínima atención. Siguió mirando al rey.

¿Qué le ocurría? ¿Acaso la estaba ignorando?

Hollis se movió para llamar su atención y, sin querer, le rozó con el brazo. Entonces, él volvió la cabeza hacia ella, y se le cayó un poco de vino sobre el zapato. Así pues, no la había oído. No era de extrañar que la mirara con sorpresa.

—Parece que volvemos a encontrarnos, señor Brendan.

—Ah —dijo él—. Es usted.

Vaya, qué desagradable. De todos modos, ella le hizo una reverencia, sujetándose el sombrero con una mano, para que viera cómo se comportaba la gente educada en Inglaterra.

Pero, mientras ella se inclinaba, él estaba sacudiéndose el vino de

los dedos, y solo inclinó un poco la cabeza. Después, llamó a uno de los sirvientes y dejó la copa en su bandeja.

—¿No le gusta el vino?

Él la miró. Sus ojos, de un color ámbar muy poco corriente, la atravesaron.

—¿Disculpe?

—El vino, señor. Parece que no le ha gustado —dijo ella.

Él observó su sombrero cónico, el cinturón brocado que llevaba en las caderas, las mangas largas del vestido.

—No soy ningún experto —dijo él, con un marcado acento—. Me ha parecido que sabía un poco a tierra.

A Hollis se le escapó un jadeo de asombro. Se había quedado asombrada con aquella contestación. Le parecía inaudito que alguien pudiera estar en el Palacio de Buckingham y ser tan grosero como para criticar el vino de la reina.

—¿A tierra? —preguntó, casi gritando, con indignación.

Él se sonrojó y fijó la mirada en algún lugar por encima de su hombro.

—No era una crítica. Le pido disculpas, es que no sé cómo expresar que no me gusta el vino tinto.

Seguía mirando obstinadamente por encima de su hombro y, cuando ella se giró para ver qué había captado su atención, le golpeó en la cara con la punta del gorro. Él dio un gruñido de sorpresa.

—Oh, Dios mío… Le pido perdón, señor Brendan. Este gorro es muy molesto. Yo no quería… ¿Me ha oído antes?

—¿Cómo?

Él se frotó uno de los ojos, y ella se dio cuenta de que le caía una gota de sudor por la sien. Por supuesto, en aquel salón hacía muchísimo calor, con tantas velas y tanta gente, a pesar de que las ventanas estaban abiertas. Sin embargo, Hollis tuvo la impresión de que aquella gota de sudor se debía a otro motivo y, como aquel hombre le resultaba interesante, decidió investigar un poco más.

—No parece que le haya hecho mucho daño —dijo, señalándole la cara.

—No.

En aquel momento, la orquesta empezó a tocar un *reel*, y una pareja formada por un trovador y una camarera estuvo a punto de tirar a Hollis al suelo en su entusiasmo por llegar a la zona de baile. Miró al señor Brendan; él se estaba apretando la frente con dos dedos, como si quisiera calmarse un dolor de cabeza. Debía de ser la única persona de Londres que podía sentirse apesadumbrado en un baile real.

—Hemos empezado esta conversación con mal pie —le dijo ella—. ¿Por qué no comenzamos de nuevo? Soy la señora Honeycutt, y es un placer conocerlo.

Él la miró de nuevo.

—Sé perfectamente quién es usted, señora Honeycutt. Le pido perdón, aquí hay mucho ruido y no oigo todo lo que me dicen. ¿Cómo está? —le preguntó.

Y, entonces, sonrió ligeramente, y su sonrisa hizo que sus ojos parecieran aún más dorados.

¡Un avance! Hollis sonrió.

—Muy bien, gracias. ¿Y usted, señor Brendan? ¿Está disfrutando de la fiesta? ¿Ustedes también celebran bailes de disfraces en Wesloria?

Él enarcó las cejas, y se inclinó hacia delante sin dejar de mirarle la boca.

—¿Disculpe?

—¿Qué le parece el baile?

—Ah —dijo él, y retrocedió—. Agradable.

Agradable. Ella estaba empezando a entender cuál era el problema. Además de tener pocas habilidades sociales, el señor Brendan no oía bien. ¿Qué haría aquel pobre hombre para tener conocidos y divertirse en Wesloria?

Él volvió a mirar más allá de su hombro. Hollis siguió su mirada y vio al rey.

Era muy extraño. El interés que sentía por aquel hombre aumentó. En las puertas de St. James Palace había sido muy galante con ella. Y, en realidad, era muy guapo. No era guapo en el sentido clásico, pero era viril de un modo muy atrayente. Además, ella se moría de ganas de saber por qué no le quitaba ojo al rey Maksim.

Decidió utilizar otra táctica, y le tocó el brazo para hacerse con su atención.

—¿Ha visto a la reina Victoria y al príncipe Alberto? Han hecho una entrada triunfal, ¿verdad? Los jóvenes heraldos disfrazados de angelitos han sido muy efectivos. ¡Y las trompetas!

En broma, Hollis se tapó los oídos como si hubiera sido atronador, y miró al cielo. Ciertamente, el sonido de las trompetas había sido estruendoso.

El señor Brendan la miró como si estuviera tratando de recordarlo.

—¿No ha oído la fanfarria, señor Brendan?

—Pues… no. Aquí hay mucho ruido.

—Sí, pero las trompetas… Señor Brendan, ¡esto es un baile real! La entrada de la reina era lo más esperado de la noche.

—¿Ah, sí? —preguntó él, con incomodidad—. No me había dado

cuenta. Le pido perdón, señora Honeycutt. No estoy acostumbrado a los eventos de este tipo.

—Interesante —dijo ella—. ¿Se ha colado?

—¿Cómo? ¡No! —dijo él, con espanto.

—Le estaba tomando el pelo.

Él la miró con recelo.

—No, creo que no.

—Tiene razón —dijo ella, porque era una persona muy sincera—. Me lo he preguntado de verdad.

—He venido aquí con una invitación, señora Honeycutt.

—Sí, por supuesto —respondió ella, sonriendo dulcemente—. Y parece que está encantado de haber aceptado la invitación.

De nuevo, una ligera sonrisa.

—No estoy encantado en lo más mínimo, pero, algunas veces, el deber va por delante del placer.

—Ah. De todos modos, no creo que sea usted la primera persona que se encuentra en un ambiente desacostumbrado y no sabe qué hacer.

—¿Cómo? Yo no he di…

—Hace poco, yo me encontraba en la misma situación —prosiguió ella—. ¿Sabe? Creo que puedo ayudarle, señor Brendan.

Él se quedó desconcertado.

—¿Ayudarme a qué?

—El truco está en no sentirse inferior. Debe conducirse como si fuera el rey. ¡Oh, ya sé! ¡Deberíamos bailar!

—No —dijo él, con cara de horror.

Ella suspiró y se apretó la sien con los dedos.

—Señor Brendan, mi única intención es hacer que se sienta más cómodo en este baile. No se preocupe por los movimientos, soy una buenísima bailarina y, si no los conoce, yo puedo guiarle.

—Señora —dijo él—, sí conozco los movimientos de las danzas. Esa no es la causa de mi vacilación.

—Entonces, ¿cuál es su objeción, señor?

Él la miró fijamente.

Hollis dio un jadeo y se echó a reír con una gran sorpresa.

—¿Yo? ¿Su objeción soy yo? ¡Me deja estupefacta, señor Brendan! Pensaba que estábamos haciéndonos amigos. Le diré que hay muchos caballeros a quienes les gustaría bailar conmigo.

Él miró a su alrededor, como si esperara que apareciera una horda de ellos.

—Puede que no en este preciso instante, pero sí los hay —insistió ella—. Nunca me habría imaginado que alguien me iba a considerar

una mala pareja de baile —dijo, y se rio como si fuera algo absurdo—. Oh, Dios mío, estoy deseando contárselo a Donovan.

—¿Ha dicho «amigos»?

Aquel hombre era imposible. Ella hizo una reverencia y le tendió la mano.

—Gracias, señor Brendan. Acepto su invitación a bailar.

—Yo…

Él se quedó mirándole la mano. Hollis movió los dedos con impaciencia hacia él.

—Está bien —respondió el señor Brendan, de mala gana.

Al momento, la tomó de la mano y tiró de ella de tal forma que, si hubiera sido tan esbelta como Caroline, quizá la hubiera lanzado al otro lado del salón.

Hollis sonrió con deleite.

—Es una cuadrilla. La inventaron los franceses. ¿Conoce esta danza, señor Brendan? ¿Conoce a algún francés?

Él apretó los labios y la condujo a la zona del baile.

—No conozco a ningún francés, pero he oído decir que les gustan mucho las reuniones sociales y los bailes —comentó ella.

Él no hizo ningún comentario al respecto, pero se puso frente a ella, mirándole la boca, rígido como una tabla. Y aquello, extrañamente, tuvo un efecto muy estimulante en ella.

Hollis hizo una reverencia y le golpeó el pecho con la punta del gorro medieval.

—Disculpe —dijo, una vez más, secamente.

¿Por qué no quería alejarse de aquel hombre? En parte, porque le gustaban los desafíos, pero había algo más. A pesar de su rareza, el señor Brendan sabía algo sobre el rey de Wesloria, estaba segura, y tenía la firme intención de averiguar qué era. Sin embargo, iba a tener que utilizar otros medios, aparte de sus encantos femeninos, lo cual la dejaba con pocas herramientas para trabajar.

Cuando se unió la última pareja al grupo de bailarines y se completó el número necesario para la cuadrilla, Hollis sonrió a su pareja de baile con tanta simpatía como pudo, y tuvo la sensación de que aparecía un brillo en aquellos ojos impenetrables, pero ¿quién podía saberlo con certeza? Se inclinó para decirle algo que lo tranquilizara, pero comenzó la música y la primera pareja dio un paso. Al momento, el señor Brendan y ella entrelazaron los brazos e hicieron un giro, y se unieron para dar un paso hacia delante y encontrarse con la pareja que tenían enfrente. El señor Brendan conocía los pasos, sí, pero se movía como si tuviera los brazos y las piernas de madera, y tenía el ceño fruncido todo el tiempo.

Hollis se movió con ligereza y sonrió cada vez que su pareja la entregaba a otro de los bailarines. Y, cuando volvían a encontrarse, le decía algo agradable.

—Qué música más animada para una cuadrilla, ¿no le parece?

—¡Es usted un buen bailarín, señor Brendan! ¿Cuál es su danza favorita? La mía es el vals.

Por su parte, él respondía «sí» y «gracias», y nada más. Sin embargo, no dejaba de mirarla y, cuando ella hablaba, observaba atentamente sus labios. Cuando terminó la danza, Hollis sentía calor en lo más profundo del cuerpo.

El señor Brendan hizo una reverencia y le ofreció el brazo, y la acompañó fuera de la zona de baile. Cuando llegaron a un lugar apartado, él bajó el brazo.

Hollis sonrió.

—¡Gracias, señor Brendan! ¿Me permite que le diga que la experiencia ha sido…

¿Tediosa, agobiante, difícil? Tenía muchas palabras para elegir, pero ninguna era aceptable.

—Gracias —dijo él, y se inclinó—. Pero, ahora, tengo que rogarle que me disculpe.

Y se marchó.

Hollis se quedó boquiabierta. Lo vio alejarse entre la gente, y se cruzó de brazos con indignación. ¡Vaya un hombre tan grosero!

Siguió indignada durante uno o dos segundos, hasta que notó que alguien la estaba mirando. Se giró, sujetándose el gorro, y se encontró con lady Katherine Maugham.

El pavo real.

En aquella ocasión no iba vestida de pavo, pero así habían empezado a llamarla hacía años Eliza, Caroline y ella, debido a cómo se pavoneaba en los eventos sociales. Había sido su enemiga durante mucho tiempo, compitiendo con ellas por los mismos caballeros y el mismo estatus social. La competición había sido feroz. Y, en aquel momento, lady Katherine tenía una sonrisa tan petulante que Hollis supo que lo había visto todo.

Aquello fue la gota que colmó el vaso. El señor Brendan era un invitado en su país y no tenía por qué tratarla como si ella fuera tan molesta como Katherine Maugham. Dios santo, no era tan molesta, ¿verdad? Bien, pues tenía que demostrar algo, aunque no fuera a él, a sí misma.

Se giró para alejarse de los ojos escrutadores del pavo real y, con el ímpetu, se le cayó el gorro medieval al suelo. Antes de que pudiera recogerlo, un caballero lo pisó sin darse cuenta. Aunque el hombre le

ofreció sus disculpas, ya era demasiado tarde. Su gorro se había estropeado y, probablemente, su peinado también. ¿Dónde estaba Caroline cuando la necesitaba? ¿Dónde estaba todo el mundo que le importaba en la vida? ¿Acaso tenía que soportar toda aquella indignidad ella sola?

Capítulo 8

Durante el baile de disfraces de la reina, un pavo real ataviado con un traje de estilo regencia fue visto bailando con un caballero que enviudó recientemente. Se dice que el caballero en cuestión está buscando una nueva esposa que atienda a sus cinco hijos, a los cuales, se dice también, no puede soportar.

Hubo varios testigos que presenciaron el desencuentro entre un ministro aluciano y su homólogo de Wesloria. Los dos caballeros estuvieron a punto de llegar a las manos, pero, gracias a la rapidez de reflejos de un diplomático británico, no se produjo la crisis. Quienes conocen el desarrollo de las negociaciones afirman que están surgiendo problemas entre las dos naciones, ya que hay muchos que prefieren los beneficios de la guerra antes que los de la paz.

Señoras, si reciben una invitación para un baile de disfraces, recuerden que las velas de las lámparas y candelabros derriten la pintura facial, que puede gotear sobre la ropa y estropearla, tal y como atestigua la pobre señora Humbolt.

Revista Honeycutt de moda y hogar para damas

Para sorpresa de Marek, la danza no había sido tan horrible como esperaba. Él no tenía ninguna intención de ser tan antipático con la señora Honeycutt, pero le dolía la cabeza debido al ruido que le afectaba en un solo oído.

La música aumentaba su desconcierto y, cuando ella hablaba, su voz le resultaba lírica y suave, y tenía que hacer un esfuerzo por oírla. Y, además, sentía un ligero pánico por tener que salir a bailar después de tantos años y…, bueno.

No había sido su mejor momento. La señora Honeycutt tenía algo que le inquietaba. ¿Su franqueza, quizá? No, en realidad, él apreciaba ese rasgo suyo. ¿Su insistencia en llevar las riendas de la situación? No, eso no le importaba.

Era la sensación de que lo estaba vigilando, quizá, demasiado.

Al final, había huido de ella. Se había visto obligado a marcharse de aquel salón antes de que le explotara el oído. Se había detenido cerca de un par de sirvientes que estaban ocupándose de la puerta principal. Se había apoyado en una pared y había respirado profundamente. Allí, el ruido no era tan fuerte, no le hacía tanto daño.

Había disfrutado bailando, pero no era buen bailarín. Le sorprendía haber recordado los pasos de la cuadrilla, puesto que le habían dado sus clases de baile hacía muchos años, en su casa a orillas del mar de Tophia. Y le sorprendía aún más el hecho de que, cada vez que tenía que reunirse con la señora Honeycutt después de dejar a la otra pareja, su sonrisa le produjera un cosquilleo en el estómago. Y que sus labios, que miraba con atención para saber lo que le estaba diciendo, le hicieran la boca agua.

No obstante, sospechaba que alguien la había enviado hasta él para que se hiciera su amiga. ¿Por qué a ella? ¿Quién la utilizaría de ese modo? ¿Los alucianos? ¿Sospechaban algo acerca del rey Maksim?

Y, hablando del rey, no podía permitirse el lujo de perderlo de vista. Suspiró y volvió al salón de baile. El rey Maksim estaba bailando con su primogénita. Ella se había disfrazado de aristócrata francesa y se movía con elegancia. El rey, sin embargo, bailaba tan mal como él. Además, tenía una expresión de angustia, como si no se encontrara bien.

Miró al otro lado de la zona de baile y vio al joven de pelo largo que nunca se alejaba demasiado del rey. Él tampoco iba disfrazado, sino que llevaba un traje formal. Tenía dos copas casi vacías en la mano, y Marek pensó que eran del rey y de la princesa Justine. ¿Quién tenía acceso a sus bebidas, aparte de aquel joven? ¿Habían tomado las copas de la bandeja de alguno de los sirvientes, o les había servido el vino otra persona?

Buscó a Dromio con la mirada. No había vuelto a ver al ministro desde que se le había acercado a decirle que tenía una pinta muy rara allí plantado.

—¿Qué le ocurre? —le había preguntado Dromio, arrastrando las palabras debido al alcohol—. Parece un viejo verde mirando a todas las mujeres así —le dijo, tomándolo con fuerza del hombro—. Bueno, ¿dónde está el hombre de las bebidas?

Dromio se había alejado tambaleándose sin esperar respuesta.

El baile terminó, y el rey acompañó a su hija hasta donde se encontraba el joven, que les ofreció las copas de vino. La princesa hizo un gesto negativo, le dijo algo al oído a su padre y se alejó.

El rey se quedó con el joven. Miró la copa de vino casi como si no pudiera soportar la idea de…

—¡Señor Brendan!

Increíble. Se giró y constató que la señora Honeycutt lo había encontrado de nuevo. En aquella ocasión, no tenía el gorro cónico, sino una flor que destacaba en su pelo oscuro.

No estaba sola. Iba en compañía de otra mujer, la esposa del príncipe Leopold de Alucia, que llevaba un complicado traje del siglo pasado, con una peluca blanca en la que había enganchados tres pájaros.

—¿Me permite presentarle a lady Chartier? —le preguntó la señora Honeycutt—. Oh, si lo prefiere, a María Antonieta.

Las dos mujeres se echaron a reír, y ella le dijo a lady Chartier:

—Te presento a mi amigo, el señor Brendan.

Aquel asunto de la amistad otra vez. ¿Qué significaba eso? ¿Acaso era costumbre de los ingleses decir que un perfecto desconocido era su amigo?

Ella señaló su pañuelo verde.

—¡Es de Wesloria!

—¡Oh, qué bien! —dijo lady Chartier, e hizo una reverencia—. ¿Cómo está, señor Brendan? Bienvenido a Londres.

—Gracias —dijo él.

Se agarró las manos a la espalda y se inclinó. Intentó no perder de vista al rey por el rabillo del ojo, pero lady Chartier giró la cabeza para decirle algo a la señora Honeycutt, y a él también, porque las dos lo miraron con expectación. Él no respondió, y la señora Honeycutt le dijo algo a su amiga, algo que él no pudo entender.

—¿Disculpe? —dijo.

La señora Honeycutt y lady Chartier se miraron. La señora Honeycutt volvió a hablar y, en aquella ocasión, Marek observó sus labios.

—Le ha preguntado qué le parece el baile.

Parecía que estaban muy preocupadas por si a él le gustaba el dichoso baile. No sabía cómo explicar que no le importaba nada sin quedar como un maleducado, y lady Chartier lo miró con la cabeza ladeada.

—Oh, Dios santo —dijo—. Realmente, no le gusta, ¿verdad?

—Creo que no —dijo la señora Honeycutt—. En realidad, creo que no le agradan mucho nuestras costumbres.

Él miró a las dos mujeres. ¿Se suponía que debía negarlo, o asegurarles que nunca se lo había pasado mejor?

Lady Chartier se encogió de hombros.

—Bueno, supongo que los bailes no son para todo el mundo. Aunque a mí me gustan muchos los de disfraces. Y me encanta bailar.

Pero, claro, a mí se me da muy bien.

—Eres muy buena bailarina —dijo la señora Honeycutt.

—Una de las mejores, según dicen —respondió lady Chartier, sin la menor humildad. Obviamente, le había agradado mucho el cumplido —. ¡Ahora me han entrado ganas de bailar! Si me disculpan, creo que voy a buscar a mi marido para que baile un vals conmigo —dijo, con una sonrisa—. Encantada de conocerlo, señor Brendan.

Cuando lady Chartier se marchó, la señora Honeycutt sonrió y le preguntó:

—¿Quiere que yo también lo deje aquí solo con su mal humor, señor Brendan?

—¿Mal humor? Yo no tengo mal humor, señora Honeycutt. Por desgracia, charlar de cosas superficiales no está en mi naturaleza.

Ella enarcó una ceja.

—¿Y por qué cree que las cosas de las que yo hablo son superficiales? No lo conozco lo suficientemente bien como para saber si es verdaderamente taciturno, pero una vez conocí a un caballero como usted. Nunca lo vi sonreír. Cuando murió, descubrieron que tenía un tumor muy grande en el estómago. ¿Cree usted que tiene un tumor en el estómago, señor Brendan? —le preguntó, con una sonrisa descarada.

La última vez que una mujer le había sonreído así, él la había besado. Se le pasó aquella idea por la cabeza. No entendía a aquella mujer, no quería entenderla por muy bella que fuera. Tenía otros asuntos mucho más importantes de los que ocuparse. Ella se estaba convirtiendo en una molestia, pero… ¿por qué, exactamente, le molestaba?

—Señora Honeycutt, si me permite la pregunta…, ¿quién es usted?

Ella se echó a reír.

—¡Ya se lo he dicho!

—Sí, pero no entiendo su…

Intentó buscar la palabra adecuada en inglés, y gesticuló con impaciencia.

—Molestia.

—¡Mi molestia! Es usted deliciosamente encantador.

Había vuelto a insultarla, algo que no pretendía en absoluto. Él hablaba muy bien inglés, salvo cuando se ponía nervioso.

—¿Por qué me está siguiendo? —le preguntó.

Era mejor ir directamente al grano que seguir cometiendo errores.

Ella pestañeó, como si aquella pregunta la hubiera tomado por sorpresa. Apartó la mirada, y él pensó que iba a salir corriendo. Pero, por supuesto, ella no hizo tal cosa. Se dio unos golpecitos con el dedo

en los labios, como si estuviera pensando la respuesta, con una expresión de culpabilidad.

—Me está siguiendo de verdad —dijo él, y sintió una opresión en el pecho. ¿Estaba sola, o había más implicados?

A ella se le borró la sonrisa de los labios, y suspiró.

—Sí, es cierto.

Él se quedó asombrado.

—¿Me está siguiendo? —le preguntó, con incredulidad.

—¡Sí! —exclamó ella, como si tuviera remordimientos—. Sí, sí, señor Brendan, pero no quería que usted se diera cuenta.

—Pero… ¿por qué?

—Es muy difícil de explicar. La verdad es que tengo una sospecha sobre usted.

—¿Qué tipo de sospecha?

—Que puede que usted esté… eh… conspirando…

Él no la oía con claridad.

—¿A qué se refiere?

—A que está preparando un golpe de estado.

Él se quedó mirándola fijamente.

—¿Cómo es posible que sospeche algo semejante? ¿Qué es lo que ha oído?

Parecía que ella iba a responder algo, pero, entonces frunció el ceño.

—¿Qué ha oído usted?

Él no estaba dispuesto a jugar a aquel juego con ella.

De repente, se inclinó hacia delante. Tanto, que ella tuvo que inclinarse un poco hacia atrás.

—Dígame la verdad, por favor, señora Honeycutt. ¿Qué es lo que sabe?

Ella se irguió lentamente.

—Eso es lo que a mí me gustaría preguntarle, señor Brendan. ¿Qué sabe usted? ¿Por qué vigila de esa manera al rey Maksim? ¿Por qué se comporta como si fuera su sombra en todos los eventos?

Claramente, aquella mujer lo había estado vigilando.

—Es mi rey —dijo él, cuidadosamente.

—Y Victoria es mi reina, pero no sigo cada uno de sus movimientos. No me quedo mirándola como si fuera un amor no correspondido. Usted observa a su rey más que nadie —dijo ella, y alzó la barbilla—. Para que lo sepa, estoy haciendo una investigación.

¡Una investigación! ¿Significaba aquella palabra lo que él creía? ¿Cómo era posible que aquella mujer privilegiada estuviera en posición de dirigir nada? ¿Acaso pensaba que aquello era un juego de

mesa?

—Dice tonterías.

—¿De veras?

Ella metió la mano en un pequeño bolso que le colgaba de una muñeca, sacó una tarjeta de visita y se la entregó. Marek la tomó cautelosamente.

Señora Hollis Honeycutt, editora de la Revista Honeycutt de moda y hogar para damas.

Era como si estuviese leyendo en urdu, porque no tenía ni idea de qué significaba eso en realidad. Lentamente, alzó la vista.

—Sé que es algo inesperado —dijo ella—. La gente no espera que la editora de una revista para mujeres se interese por las intrigas políticas…

—¡Querida! ¿Dónde has estado toda la noche?

La duquesa de Tannymeade apareció de repente, y la señora Honeycutt se sobresaltó. La duquesa lo miró a él y, después, volvió a mirar a la señora Honeycutt.

—¡Te hemos estado buscando! Nos prometiste que no te ibas a alejar.

—¿De verdad? —preguntó ella, sin dejar de mirar a Marek.

Él se metió la tarjeta en el bolsillo.

—Disculpe, señor, ¿le importaría que me llevara a la señora Honeycutt?

—Por favor —dijo él, seguramente, con más énfasis del que hubiera debido.

Se inclinó antes de que la señora Honeycutt pudiera hacer las presentaciones o continuar con su investigación, y se dio la vuelta rápidamente para alejarse.

Fue en busca del rey una vez más, porque, ciertamente, lo estaba vigilando estrechamente, y también al joven que siempre permanecía junto al monarca. Sin embargo, notaba el contacto de la tarjeta en el bolsillo, como si le quemara, y casi no podía esperar a examinarla y comprenderla.

Capítulo 9

Algunos de los dignatarios que asistieron al baile de disfraces de la reina abandonaron Buckingham después del amanecer, aunque no todos bailaron hasta tan tarde. El rey Maksim de Wesloria y los duques de Tannymeade dejaron la celebración a medianoche. La reina Agnes y las princesas siguieron bailando toda la noche y se marcharon justo antes del alba.

Varias personas nos han informado de que el marqués de Douglas, heredero del duque de Hamilton, ha vuelto a Londres después de una ausencia de más de un año, y de que se vio a la joven e impresionable princesa Justine en su compañía no una, sino dos veces.

La Sociedad Shoreditch para la Moderación, cuyo fin es instaurar la abstinencia y el decoro en nuestra sociedad, acaba de crear un nuevo comité llamado la Coalición por la Decencia y la Moralidad, con el objetivo de limpiar Londres de la presencia de aquellos a quienes la propia sociedad considera faltos de decencia y moralidad. Un ideal muy noble, pero, tal vez, uno debería preocuparse de limpiar su propia casa antes de juzgar a los demás.

Señoras, si las bajas temperaturas les provocan sequedad en la piel, aplíquense yodo en las partes afectadas y cúbranse con mitones de lana o medias.

Revista Honeycutt de moda y hogar para damas

A la mañana siguiente del baile, empezó a soplar un viento frío que azotó la ciudad durante dos días, seguido por una lluvia constante y heladora.

Hollis y Donovan se sirvieron una bebida, acercaron las butacas a la chimenea y pusieron los pies en un escabel.

Hollis no sabía qué haría sin Donovan. Era su sirviente, su mayordomo, su cochero, su mozo de los recados. En aquella gran mansión de Mayfair, Donovan trabajaba con Ruth, que se ocupaba de

la limpieza y hacía de doncella de su señora cuando era necesario. Y con la señora Plum, el ama de llaves y cocinera, que volvía a casa con el señor Plum todas las noches. Y no podía olvidarse del señor Brimble, un caballero muy anciano que no hacía mucho más que alimentar a los gatos. Sin embargo, como Donovan, llevaba tanto tiempo trabajando para la familia Honeycutt que era inconcebible enviarlo a vivir a otra parte.

Donovan también era su mejor amigo. Era el elemento que cohesionaba su hogar y, también, su espíritu.

Él trabajaba para su difunto marido desde mucho antes de que Percy se casara con ella. Desde la muerte de Percy, ocurrida hacía más de cuatro años, Donovan se había convertido en todo lo que su marido había sido para ella.

Bueno…, salvo su amante.

Donovan nunca sería su amante.

En realidad, ella no quería que fuera su amante, sobre todo, por Percy, pero principalmente porque Donovan tampoco lo deseaba. De hecho, desde hacía pocas semanas, ella sospechaba que él tenía a alguien en su vida. ¿Qué otro motivo explicaría su buenísimo humor?

Hollis le dio un sorbito al *toddy* que él había preparado. Era perfecto.

—Me acuerdo de que mi madre le preparaba *toddies* a mi padre cuando hacía mucho frío. Me resulta curioso, porque no recuerdo cómo era su voz, pero me acuerdo de los *toddies* —comentó. Se preguntó qué iba a recordar acerca de Percy cuando fueran pasando los años. Él también estaba empezando a desdibujarse. Miró a Donovan—. ¿Tú te acuerdas de tu madre?

—Sí —dijo, con una sonrisa afectuosa—. Era toda una belleza.

—Debía de serlo. Solo hace falta verte a ti para darse cuenta.

Donovan se rio suavemente y movió la cabeza.

—¿Cuánto hace que murió?

—No sé si ha muerto —respondió él, encogiéndose de hombros—. Me marché de casa y no he vuelto a verla.

Se puso a mirar el fuego de la chimenea y no dijo nada más.

En realidad, ella no sabía mucho del pasado de Donovan, y al poco de casarse había aprendido que no debía preguntar. Lo único que sabía con certeza era que Percy y Donovan eran amigos desde niños, y Percy le había dicho que Donovan era el amigo más leal que había tenido en la vida. Poco después de que muriera el padre de Percy, su marido había contratado a Donovan como ayuda de cámara y después como mayordomo. Donovan no era como ninguno de los otros mayordomos que ella había conocido. Tenía muchas habilidades y

mucho talento en general, y muchos intereses, pero no se preocupaba en absoluto de poner la mesa como era debido.

Cuando Percy murió, Hollis despidió a la mitad de los sirvientes. No necesitaba a tanta gente para atenderla a ella sola y, además, en aquel momento no sabía cómo iba a ser su situación económica sin Percy.

—Yo también me voy —le dijo Donovan una noche—. Solo tiene que decírmelo, señora, y me iré. Haré lo que necesite.

Ella se había quedado sorprendida y alarmada con aquel ofrecimiento. No podía imaginarse cómo iba a seguir adelante sin Percy y, además, sin Donovan. Nunca pensó en despedirlo, sabiendo lo que significaba su amistad para su marido y sabiendo que gran parte del funcionamiento de la casa dependía de él. Había rechazado su oferta y, en aquellos años, su amistad se había fortalecido. Entendía muy bien por qué Percy había valorado tanto aquella amistad: Donovan estaría dispuesto a dar la vida por sus amigos, ella incluida.

Sin embargo, hasta dos años después de la muerte de Percy, no sabía lo que significaba Percy para Donovan. Percy había podido proteger a Donovan de un modo en que Donovan no podía protegerse a sí mismo.

Era extraño tener una amistad tan íntima con Donovan y no saber nada de su pasado. Lo observó. Él tenía la cabeza apoyada en el respaldo de la silla y los ojos cerrados.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a tu madre?

Donovan abrió los ojos.

—Yo tenía quince años —dijo. Se incorporó en el asiento, se pasó una mano por la cara y sonrió—. ¿Me lo has contado todo acerca del baile?

—¿Que si te lo he contado todo? Nunca había visto nada tan magnífico.

—No me cabe duda.

Ella le describió el palacio, los adornos dorados, las enormes lámparas de araña. Le contó cómo había sido la comida y los disfraces de los cientos y cientos de invitados.

Dejó lo mejor para el final. Le dijo que había conocido a un hombre muy peculiar.

—¿En qué sentido?

—Es cortante.

—¿Tanto como el señor Shoreham?

—El doble.

—Extraordinario. ¿Y qué más?

—Tan poco colaborador como el señor Kettle.

—Imposible. Cuéntame.

Hollis le contó que se había cruzado con él, por primera vez, a las puertas de St. James. Que había vuelto a verlo durante el té ofrecido por la reina y después en el baile. Le explicó cómo había obligado al señor Brendan a que bailara con ella, y que él había huido despavoridamente al terminar. Y, lo peor de todo, que el pavo real había visto lo ocurrido.

Donovan se echó a reír al oír lo último.

—¿Cómo se las arregla para estar siempre presente?

—Es sorprendente, ¿verdad? —preguntó Hollis, en un tono taciturno—. Me temo que ese caballero oculta algo. No entiendo por qué vigila de esa forma al rey Maksim.

—¿Hace eso? ¿Y por qué crees que lo hace?

—Como le dije a él, creo que es porque está involucrado en un intento de derrocamiento del rey.

Donovan se atragantó con el *toddy*.

—¿Qué has dicho?

—Le dije lo que pensaba, Donovan. Él me acusó de que lo estaba siguiendo, y yo le confesé que era cierto, y me pareció justo decirle por qué.

—¡Dios santo, Hollis! —exclamó Donovan, riéndose—. Dios mío, eres incorregible.

—¡No es verdad! Bueno, un poco. Pero también soy muy sincera, Donovan. Ya lo sabes.

—Y también sé que estás un poco loca. ¿Cómo has llegado a la conclusión de que quiere dar un golpe? Y, por favor, cuéntame qué te dijo el hombre cortante cuando le acusaste de algo tan indignante. ¿No te dijo que te falta un tornillo? ¿No llamó a los guardias para que le libraran de ti? ¿O te dijo que sí, que estaba organizando el derrocamiento del rey de su país?

—Me preguntó qué sabía yo. Y, antes de que me hiciera una confesión, apareció Eliza y tuve que irme con ella.

—Pues fue una suerte que lo hiciera. Te estás metiendo en terreno pantanoso, Hollis, y sin pruebas, aparte de esa conversación que oíste en la biblioteca.

—Solo estoy haciendo preguntas —replicó ella, a la defensiva—. ¿Qué tiene de malo? No tengo otra cosa con la que entretenerme.

Él dio un resoplido de impaciencia.

—¿Necesitas entretenerte? Trabajas muchísimo en la revista.

—Ese es el problema, Donovan. La revista es… —respondió Hollis.

No sabía cómo explicarlo. La revista lo era todo para ella. Era lo único que le quedaba de Percy. Al tomar las riendas, cuando había

muerto su marido, se había sentido conectada con él. Sin embargo, últimamente, la revista ya no tenía la esencia de Percy. Se había convertido en otra cosa.

—Es tediosa —dijo.

Donovan se quedó mirándola un momento y, después, se volvió hacia el fuego de la chimenea.

—No me extraña. Trabajas demasiado. Si la publicaras mensualmente…

—No se trata de la frecuencia. Es lo que estoy publicando. ¡En la vida hay cosas más importantes que la moda! Hay asuntos importantísimos en los que deberían pensar las mujeres, no solo por sí mismas, sino, también, por el bien de sus hijos. Cuando Percy murió, yo quería honrar su nombre y mantener viva su memoria, y pensé que el mejor modo de hacerlo era mantener viva la revista. Pero no se parece en nada a lo que hacía él y… ¿de verdad alguien necesita que le digan cómo curarse un sabañón?

—Yo no —dijo Donovan—. Nunca me salen.

—Quiero hacer algo con mi vida. Quiero tener un propósito. Quiero… En realidad, no sé lo que quiero. Solo sé que tengo un sentimiento de inquietud que no puedo explicar. Es como si me faltara algo.

—Lo entiendo —dijo Donovan, suavemente. Le tomó una mano y se la estrechó—. Tú trabajas a un ritmo que excede con mucho el de cualquier hombre que yo haya conocido, y eso incluye al añorado Percival Honeycutt. Te estás agotando al intentar hacerlo todo por ti misma. ¿Por qué no delegas la revista en alguien para liberarte de esa carga? Así tendrías más tiempo para explorar esas cosas que te interesan.

Hollis chasqueó la lengua.

—Pareces mi padre, aconsejándome que le encargue la revista a otra persona. «Trabajas demasiado, Hollis», me dice. «Deberías preocuparte por el asunto del matrimonio» —explicó, imitando la voz grave de su padre.

—Umm —murmuró Donovan—. Yo no sé si deberías preocuparte por el asunto del matrimonio, pero sí quiero que tengas otro amor. Y, sinceramente, me preocupa mucho este asunto en el que te estás metiendo. Tú has nacido en un mundo privilegiado y has podido conocer a los mejores hombres que hay en la sociedad, querida, pero hay otro tipo de hombres con los que podrías cruzarte. Yo sé cómo son esos hombres, todos los hombres, y hay bastantes a los que no deberías conocer.

Hollis apretó los labios. Había mucho de verdad en lo que le había

dicho Donovan; ella sabía que había llevado una vida muy segura. Sin embargo, ¿cómo iba a entender el mundo si no experimentaba las cosas? ¿Cómo iba a descubrir lo que había que descubrir? Como, por ejemplo, un golpe de estado…

—Me mantiene distraída —le dijo, mirándolo de reojo—. Así, las noches no son tan aburridas.

Donovan suspiró. No tenía ninguna solución que darle. Se puso en pie y se dirigió a la consola para servirse un *whisky*.

—A propósito de eso, hoy he estado en los muelles.

Hollis quería demasiado a Donovan como para preguntarle por qué había ido a los muelles.

—¿Ah, sí?

—He conocido a un par de marineros que acababan de volver del Continente. Y eran muy parlanchines. Me han contado que estuvieron en Francia, y que Luis Napoleón ha sido elegido presidente, y que es un imperialista. Querían trabajar en barcos franceses porque piensan que así se harán ricos —le explicó él, y movió la cabeza—. Uno de ellos dijo algo que creo que te resultará interesante.

—¿Ah, sí?

—Dijo que a bordo de su barco venían cuatro weslorianos. No hombres corrientes, sino cuatro soldados de Wesloria.

Hollis no le vio la importancia, y esperó a que él continuara.

Donovan posó de nuevo los pies en su escabel.

—Eso fue lo que dijo el tipo. Dice que los reconoció porque llevaban un parche de tela verde prendido a la solapa. Que eran individuos grandes, fuertes.

Enarcó una ceja y le dio un sorbito a su licor.

Hollis pensó en el señor Brendan, otro hombre con una tela de color verde en la solapa y con una complexión fuerte. Un poco tosco, pero guapo. Seguramente, parecido a un marinero.

—¿En qué barco? —preguntó, con curiosidad.

Donovan se encogió de hombros.

—Un mercante escocés.

—¿Y cómo se llamaba?

—El *Anna Marie*.

A Hollis se le escapó un jadeo. ¡El *Anna Marie*! Ella conocía aquel barco. Todo el mundo lo conocía en Mayfair. Era el barco que había comprado lord Douglas en contra de la voluntad de su padre. Según los chismorreos, lord Douglas había ganado tanto en las mesas de juego que no sabía qué hacer con el dinero, y le había comprado el barco a un comerciante en la ruina. Hollis conocía bien a Douglas. Habían ido a la misma iglesia cuando eran pequeños. Cuando le

apetecía, era un hombre encantador, pero tenía muy mala reputación, y pasaba mucho tiempo en el extranjero. Había vuelto hacía poco tiempo a Londres; se decía que era para escapar de la vigilancia de su padre, en Escocia.

—¿Y por qué iban a venir cuatro soldados weslorianos a Londres en un barco mercante escocés? —preguntó ella—. ¿Tú crees que…?

No pudo terminar la pregunta, porque alguien llamó a la puerta.

—Son las siete y media —dijo Donovan—. ¿Quién va a venir de visita en una noche como esta?

A Hollis se le encogió el corazón.

—No le habrá pasado algo a mi padre, ¿no?

—No. Si hubieran enviado a Poppy a buscarte, habría entrado sin llamar. Voy a ver quién es.

De repente, Hollis sintió miedo.

—Deja que llamen —dijo.

Y, efectivamente, el visitante volvió a tocar la puerta, en aquella ocasión, con más insistencia.

—Seguramente, es alguien que viene a contarte algo para la revista —dijo Donovan—. Le has dado esas tarjetas de visita a todo el mundo, ¿no? Has pedido noticias. Por lo menos, deberías escuchar a las personas que tengan algo que decir.

Hollis dio un gruñido.

—No quiero recibir visitas. Además, ¿qué van a contarme? Ya sé que lord Farstowe tiene una aventura. Todo el mundo lo sabe, excepto lady Farstowe.

Volvieron a llamar, y Donovan se levantó.

—Voy a ver quién es.

—¡Espera!

Pero Donovan ya iba hacia la puerta. Ella se quedó en su butaca, con la esperanza de que él despidiera al visitante. El *toddy* caliente la había adormecido un poco.

—Tienes una visita —dijo él—. Un caballero.

—¿Un caballero? ¿A estas horas? —exclamó ella, levantándose de golpe—. ¡Pero si estoy descalza! No me importa quién sea. Dile que se vaya. No puedo recibir a nadie así.

—Tiene tu tarjeta de visita —dijo Donovan.

—Sí, sí, se la he dado a mucha gente, como tú mismo has dicho, incluso al señor Kettle… —de repente, a Hollis se le escapó un jadeo —. No será él, ¿verdad?

—No, no. Lo habría echado a patadas. Este caballero está empapado y dice que tú le diste tu tarjeta durante la fiesta de disfraces.

Hollis volvió a jadear, y se puso la mano en la garganta.

—¿Es el señor Brendan?

—Sí, creo que el individuo cortante ha venido a verte, Hollis. Será mejor que escuches lo que tenga que decirte, después de haberle acusado de golpista. Y mejor aquí, aunque estés descalza, que no en un callejón oscuro, cuando yo no esté ahí para protegerte.

Hollis se apretó las sienes.

—¿Por qué no se me ocurrió poner un horario de visita en las tarjetas? —se preguntó, con un suspiro, y bajó las manos—. Está bien. Que entre.

—De acuerdo, pero no me voy a marchar de la habitación. No intentes despedirme, ¿me oyes? Este hombre me parece un poco curtido.

Sí, era cierto. Y a ella le gustaba eso.

Cuando salió Donovan, Hollis tomó su vaso y apuró el licor. Después, trató de arreglarse el pelo, pero fue inútil. Cuando Donovan volvió, acompañado por el señor Brendan, todavía tenía un moño medio deshecho en la cabeza.

—El señor Brendan, señora —dijo Donovan, con toda formalidad.

—Eh… Señor Brendan, buenas noches. Qué sorpresa tan agradable —dijo. Dio un paso hacia delante para saludarlo, y el moño terminó de deshacérsele. El pelo le cayó por la cara y ella se lo apartó y dijo—: Me temo que me ha pillado desprevenida, señor.

Él la miró de la cabeza a los pies con una expresión indescifrable, pero su forma de mirarla le provocó mil escalofríos diminutos por la espalda. Claramente, aquella vista había despertado todo su interés, por muy poco aconsejable que fuera.

El señor Brendan dio un paso hacia atrás y dijo:

—Eso parece, señora Honeycutt, pero no la entretendré ni un segundo más de lo que sea necesario.

Y Hollis se quedó mortificada.

Capítulo 10

Uno de nuestros más fiables observadores de los acontecimientos de Londres nos ha informado de que el miércoles pasado llegaron cuatro soldados weslorianos en un barco escocés. A nuestro espectador le pareció extraño, entre otras cosas, porque llegaron a puerto dos buques de Wesloria hace muy poco tiempo. Podríamos preguntarnos cuál es la necesidad de navegar bajo bandera escocesa.

Qué extraño es cenar en casa de cierto caballero cuando todos sus invitados saben de su aventura amorosa y su bella mujer, por el contrario, está en la más plácida ignorancia. ¿O se trata solo de mera indiferencia?

Procuren que haya abundancia de lazos grandes y coloridos para adornar las faldas de los vestidos esta Navidad.

Revista Honeycutt de moda y hogar para damas

En la casa había un olor dulce, como a perfume. Como el de la señora Honeycutt. Marek se la imaginó andando con ligereza por aquellos pasillos y dejando su fragancia por las habitaciones.

Aparte del buen olor, la situación era un poco extraña. El sirviente que había abierto la puerta tenía una actitud muy relajada, como si fuera el dueño de la casa. Además, lo estaba mirando de un modo que lo incomodaba.

Y luego estaba la señora Honeycutt. Estaba descalza y llevaba el pelo suelto. Tenía puesto un vestido de color rubí oscuro, con escote, y sus ojos se posaron en su pecho antes de que él pudiera evitarlo. Aquel color del vestido destacaba sus mejillas sonrojadas. Además, le brillaban los ojos como si fueran dos estanques profundos.

Estaba increíblemente bella.

Para apartar su atención de aquella mujer, observó la sala en la que se encontraban. Estaba lujosamente decorada, con cortinajes de brocado y alfombras finas, y con escasos muebles, pero todos ellos tallados a mano y tapizados.

Aquel espacio estaba muy ordenado, y su propio hogar no era así. Su casa parecía el almacén de una tienda; estaba llena de libros y de objetos que había comprado en mercadillos, de menaje de cocina antiguo y de juguetes que había hecho para los perros. Tenía, incluso, una colección de cencerros, los que habían llevado sus mejores vacas.

Allí, delante de la chimenea encendida, había dos butacas con dos escabeles. En la mesita que separaba las dos butacas había dos vasos, uno vacío y el otro a medio terminar. Aquellos dos habían estado allí sentados, juntos. ¿Eran amantes? Eso explicaría el comportamiento relajado del sirviente. Sin embargo, aquella idea tenía algo de incongruente. No tuvo tiempo de pensar en el motivo, porque los dos lo estaban mirando con expectación.

Él carraspeó y miró el sombrero que tenía entre las manos, y dijo:

—Quisiera disculparme de nuevo por venir de visita a estas horas, señora Honeycutt. Está claro que he llegado en un momento inoportuno.

—No pasa nada, no tiene por qué disculparse. Lo que le ha traído hasta aquí debe de ser algo importante.

—Es… delicado.

—¡La intriga aumenta! ¿Le apetece tomar algo, señor Brendan? Nosotros…

En aquel momento, ella giró la cabeza y miró hacia una consola mientras hablaba, y él no pudo oír sus palabras. Ella señaló las botellas de la consola y volvió a mirarlo.

—¿Disculpe?

—He dicho que podemos ofrecerle vino, *whisky* o cerveza.

—No, gracias.

—¿Un vaso de agua?

Él hizo un gesto negativo.

Ella se quedó decepcionada.

—No quiero importunar —dijo él.

—Ooh —dijo la señora Honeycutt, alegremente, y se puso las manos en la cintura—. Ya es un poco tarde para eso, ¿no?

Él abrió la boca para mostrar su desacuerdo, pero volvió a cerrarla. En realidad, no estaba en desacuerdo.

—¡Era una broma, señor Brendan! —dijo ella, con una sonrisa—. ¿No lo entiende? Como ha venido de visita tan tarde y después ha dicho que…

Al final, agitó una mano y se quedó callada.

—Discúlpeme de nuevo por la hora de visita. He estado ocupado con las conversaciones de paz y hoy se han alargado hasta después de la cena.

—¿Usted forma parte de las conversaciones? —preguntó ella, con sorpresa.

—Sí —dijo él—. Al contrario de lo que usted piensa, yo he venido aquí para ayudar a nuestros ministros.

—Ah. Eso es… maravilloso.

Ella se dejó caer en una de las butacas que había delante del fuego, y lo miró con un nuevo interés.

—¿Y hay algún avance?

Muy poco, pero sí alguno. Aquel día habían acordado que incluirían la región montañosa de Astasia, que se encontraba entre las dos naciones, entre los asuntos que se iban a tratar. Una de las escasas vías comerciales entre los dos discurría entre aquellas montañas, y su pertenencia siempre había sido motivo de disputa. Ahora que se habían descubierto grandes reservas de carbón en la zona, la disputa se había agudizado, puesto que la exportación del mineral sería una bendición para cualquiera de los dos países.

—Sí, alguno —dijo él.

La señora Honeycutt se irguió en la butaca.

—¿Es esto por lo que ha venido esta noche, señor Brendan? A mí me encantaría publicar…

—No —dijo él rápidamente.

Había indagado un poco sobre la *Revista Honeycutt de moda y hogar para damas,* y sabía que, al principio, era una publicación dedicada a las noticias financieras, pero que después se había convertido en una revista de cremas y ungüentos para damas, consejos y moda. No entendía qué tenía que ver la revista con los rumores de traición.

Por supuesto, no quería decir eso y hacer que la situación fuera aún más incómoda. Miró al sirviente con incertidumbre.

—¡Vaya, qué maleducada soy, señor Brendan! Le presento a Donovan, mi mayordomo y confidente. Él me ayuda con la revista.

¿Su mayordomo? Tuvo ganas de reírse al oírlo. Tal vez aquel hombre abriera y cerrara la puerta a las visitas, pero no era ningún mayordomo.

—Donovan, te presento al señor Brendan, ya sabes, el caballero del que te hablé.

—Lo había deducido.

¿Por qué le había mencionado a aquel hombre? En realidad, ¿por qué querría mencionárselo a cualquiera? ¿Qué podría decir aquella mujer?

—Puede confiar absolutamente en Donovan, si es lo que se está preguntando. Yo respondo por él y por su discreción con toda mi alma.

No tenía ninguna duda de ello. Solo había que mirarlo para saber que era el sueño de cualquier mujer. Incluso tenía un hoyuelo en la mejilla. Y, en aquel momento, sonreía con astucia.

—Me ha entendido mal, señora. No se trata de él. En quien no confío es en usted.

La señora Honeycutt tomó aire bruscamente. Y después se echó a reír.

—Vaya, vaya. ¡Voy a prepararme para las peores noticias! Adelante, señor Brendan, estoy en ascuas. ¿Por qué ha venido?

—Para preguntarle por qué dijo lo que dijo en el baile.

—¿Ah, sí? ¿Qué dije?

Ella sabía muy bien lo que había dicho. Quería que él lo dijera también. Estaba en guardia.

—Está muy serio, señor Brendan. Por favor, siéntese.

Él no quería sentarse. Solo quería obtener la prueba de que la señora Honeycutt no sabía nada y poder marcharse. De mala gana, atravesó la habitación y se sentó al borde del asiento vacío, girado hacia ella para poder leerle los labios cuando hablara.

Ella lo observó fijamente.

—Por favor, señor Brendan, recuérdeme qué le dije en el baile. Debió de ser importante para que le haya hecho venir hasta aquí en una noche tan fría y lluviosa.

Él la fulminó con la mirada.

—Creo que lo sabe muy bien. No fue algo que se diga a la ligera ni que se olvide fácilmente.

—Ah —dijo ella, y sonrió lentamente—. Tiene razón, lo recuerdo. ¿Le causó angustia, señor Brendan? No era mi intención.

—Supongo que cualquier hombre se sentiría angustiado si alguien lo acusa de traidor. Pero no estoy angustiado, señora. Tengo curiosidad. Me gustaría saber de dónde ha sacado esa idea absurda.

—Absurda —dijo ella, con una sonrisa de ironía—. Cree que soy absurda, Donovan.

Donovan se encogió de hombros.

—El tonto cree que es sabio, pero el sabio se sabe tonto.

La señora Honeycutt sonrió al oír la cita de Shakespeare. ¿Qué relación tenían aquellas dos personas? ¿Se sentaban delante del fuego todas las noches y memorizaban obras de Shakespeare? Sorprendentemente, él lo hacía algunas veces. En Wesloria, las noches podían ser muy largas y muy frías, y leer a Shakespeare le ayudaba a no olvidar el idioma inglés.

—Yo no he dicho que usted sea absurda, señora Honeycutt. He dicho que es absurdo pensar que yo tendría algo que ver con una

intentona para derrocar a mi rey. Me gustaría saber quién la ha empujado a creer algo así.

Ella frunció el ceño.

—Nadie me ha empujado, señor Brendan. He llegado a esa conclusión por mí misma. Pero ¿por qué le importa tanto, si me permite que se lo pregunte?

—Porque me ha acusado de algo muy grave. Soy de Wesloria, y si hay alguna conspiración, me gustaría saberlo para poder tomar medidas y proteger a mi rey. Mi intención no es derrocarlo.

—Sí, pero ¿y si es usted quien está conspirando?

Al oírlo, él se exasperó. Aquel era un asunto muy importante para él. Se inclinó hacia delante y la miró a los ojos.

—No es posible que hable en serio, señora. ¿Ha vuelto a acusarme?

—Sí, señor Brendan, hablo en serio. Soy una persona vigilante, y es imposible no fijarse en usted.

—¿Qué motivos le he dado para que sospeche de mí?

—Debe pensar en su apariencia. Es usted un hombre alto y fuerte, y eso llama la atención. Y, cuando uno se fija bien, hay algo extraño en usted. Algo que no concuerda con el exterior.

—¿Cómo puede usted saber si tengo algo extraño que no concuerda? No me conoce, señora Honeycutt. Solo me ha visto unas cuantas veces.

—¡Y hemos bailado juntos, señor! ¡Y hemos conversado!

Él apretó la mandíbula y cabeceó.

—¿Puedo preguntarle dónde ha oído usted las palabras «golpe de estado»? ¿O es que también ha inventado eso?

—¡Gracias por pensar que sería capaz de hacerlo! Oí esas palabras en la Biblioteca de Londres. Estaba allí leyendo libros sobre la historia de Alucia y Wesloria, y oí a dos caballeros hablando de esto.

—No lo entiendo. ¿Había caballeros en una biblioteca hablando de un golpe de estado?

—Creo que debería empezar por el principio —dijo ella.

—Oh, no —murmuró Donovan.

—El señor Shoreham es el puntilloso presidente de la Sociedad de Filología de Londres —prosiguió ella—. Es un grupo dedicado al estudio del lenguaje.

Él pestañeó.

—Cuando me enteré de su existencia, quise unirme a él. ¡Me encantaría estudiar el lenguaje! Me encanta estudiar y leer. Últimamente estoy concentrada en la obra de Shakespeare.

—No lo entiendo…

—Llegará al quid de la cuestión… al final —murmuró Donovan, y

se apoyó en la consola con los brazos cruzados.

—Pero, cuando presenté mi solicitud para entrar en la sociedad, me rechazaron. El señor Shoreditch me recordó que una mujer no puede comprender los matices de las estructuras sintácticas y semánticas del inglés, ni de otros idiomas, sin unos estudios adecuados.

Tal vez la señora Honeycutt no hubiera comprendido su pregunta.

—Estuvo días echando humo por las orejas —murmuró Donovan.

—Fue indignante. Y no puedo acudir a ninguna institución para recurrir esa decisión. Así que me quejé ante el fundador de la sociedad, el señor Shoreham, y él ni siquiera me miró. Pero yo no me rindo fácilmente, señor Brendan, y me propuse esperar junto a la puerta de la sala de reuniones de la sociedad, en la Biblioteca de Londres, todos los martes y los jueves. Leía sobre Wesloria y Alucia, y debería decir que soy perfectamente capaz de captar los matices sutiles de la sintaxis, la semántica e incluso de las estructuras gramaticales.

Marek miró a Donovan. Después, volvió a mirar a la señora Honeycutt.

—Estaba diciendo que oyó una conversación…

—¡Ah! Sí, es cierto. Un día, de camino a la biblioteca, oí a dos caballeros que hablaban de la posibilidad de que hubiera una rebelión o un golpe de estado. Si supiera quiénes eran, les habría preguntado quién estaba organizando el golpe. Uno de ellos dijo que los rumores de derrocamiento del rey de Wesloria eran tan creíbles que los británicos habían asignado a la familia real más guardias.

Aquello fue todo un *shock* para Marek. Tuvo la sensación de que era cierto. Creía que estaba sucediendo algo secreto en Londres, y aquellos dos hombres lo habían confirmado.

—¿Y no tiene idea de quiénes eran? ¿Eran ingleses o weslorianos?

—Iban muy bien vestidos y eran ingleses. Yo diría que londinenses.

—¿Y qué oyó, en concreto, que le hiciera pensar que yo estaba implicado en eso?

—¡Nada! Me pareció que había algo extraño al ver que no se relacionaba con nadie y que pasaba el rato vigilando al rey Maksim como un halcón. Ese es un comportamiento muy sospechoso, señor Brendan.

—¿Y no se le ha ocurrido pensar que no todas las personas que asisten a un baile tienen tendencia a parlotear?

—Sí, por supuesto que lo sé. De hecho, usted mismo me lo recordó de un modo muy caballeroso.

Él se avergonzó. No recordaba con exactitud las palabras que había

utilizado, pero sí recordaba bien que había tratado de que ella se alejara.

La señora Honeycutt insistió.

—Usted vigila al rey Maksim como si fuera una niñera con el niño que está a su cargo.

Marek se avergonzó aún más.

—No sé si servirá para quitarle esas fantasías de la cabeza, pero yo estaba vigilando a alguien que está muy cerca del rey. Y también quiero decirle que no estoy implicado en ningún tipo de traición. De hecho, se trata de lo contrario: quiero impedir que le hagan daño al rey, porque mi lealtad hacia él es inquebrantable.

La señora Honeycutt miró a su mayordomo. Donovan alzó ligeramente la barbilla.

—¿Por qué se miran ustedes así? —preguntó él—. ¿Hay algo que hayan oído que pueda ayudarme a descubrir quién habla de un golpe de estado?

Donovan se encogió de hombros.

—Sí, díselo. Me parece que es inofensivo.

A él no le gustó que lo describieran como «inofensivo», pero eso no era lo más importante.

—¿Qué es lo que tiene que decirme?

—Hoy, temprano, han llegado cuatro soldados de Wesloria al puerto de Londres. Han venido en un barco escocés.

—¿Y?

—¿Y? ¿No le parece un poco extraño? ¿Por qué iban a llegar cuatro soldados de Wesloria en un barco escocés, cuando durante estas dos últimas semanas han arribado a puerto tantos barcos de Wesloria?

—Tal vez los hayan enviado para reforzar la guardia del rey, y era el modo más rápido de que llegaran a Londres.

—Sí, pero, también podría ser que hayan venido en un barco escocés, en medio de las negociaciones de paz, para que nadie se diera cuenta.

—Usted se dio cuenta.

—Yo no. Alguien muy cercano a mí se dio cuenta.

—¿De verdad? —preguntó él, mirando a Donovan.

—¿Y qué importa? Él se enteró por dos marineros y me lo contó, y es muy extraño, sabiendo lo que se dice por ahí.

Tenía cierta lógica, y eso le dio que pensar. Miró el reloj de la repisa de la chimenea y recordó que Dromio estaría buscándolo.

—¿Hay algo más que pueda decirme?

—¿Quiere más? —preguntó ella, sonriendo—. No. Nada.

Él se puso de pie.

—Si me lo permite, señora Honeycutt, me parece que ha llegado a una conclusión que no se puede demostrar con hechos. Pero gracias por contarme lo que ha oído. Ahora me marcho para que pueda seguir disfrutando de su tiempo.

Ella también se puso en pie.

—¿Eso es todo?

—Sí —dijo él.

Inclinó la cabeza y se giró hacia la salida, pero ella lo tomó del brazo.

—Quizá yo pudiera serle útil —le dijo—. Tengo amigos y conocidos en puestos del gobierno.

Hablaba muy en serio, y su cutis tenía un tono dorado a la luz del fuego de la chimenea. Qué mujer tan bella y extraña. No pudo evitarlo, y le sonrió.

—¿Le ofrece su ayuda a un hombre de quien sospechaba hace un momento que estaba preparando una rebelión contra su rey?

Ella se sonrojó.

—No soy tan terca como para que no se me pueda hacer cambiar de opinión.

Marek se rio.

—No la creo.

No confiaba en ella ni lo más mínimo. Y, sin embargo, siguió sonriendo, porque la señora Honeycutt era muy bella, única, y él era un hombre, y sentía un anhelo muy fuerte de compañía femenina. No de cualquier mujer, sino de aquella. Si ella no lo hubiera acusado de ser un traidor, le haría unas cuantas preguntas. ¿Qué obras de Shakespeare había leído? ¿Con qué frecuencia visitaba el palacio? ¿Tenía una aventura con su mayordomo?

—Gracias, pero tengo lo que necesito. Por favor, no se sienta en la obligación de tomar medidas en mi nombre.

Ella debería seguir aquel consejo por muchos motivos, entre otros, que podría salir perjudicada si hurgaba en asuntos que no eran de su incumbencia. Pero, por encima de todo, porque él no podía permitir que se conociera el verdadero motivo por el que estaba allí. No podía arriesgarse a que nadie, ni británico, ni wesloriano ni aluciano, se interesara por él. Y la señora Honeycutt ya se estaba interesando demasiado.

Ella lo miró a los ojos, y eso le provocó un pequeño temblor.

—Umm —murmuró—. Supongo que es de los que prefiere intentar las cosas por su cuenta.

—Así es —dijo él.

—Yo también, pero algunas veces es de gran ayuda tener un aliado. Sobre todo, si uno está en un país extranjero. ¿Cómo puedo ponerme en contacto con usted si descubro algo más sobre los soldados?

A él le encantaría saber qué era lo que la impulsaba a hacer las cosas. Pero, de nuevo, volvió a mirar sus preciosos ojos, el cabello oscuro que enmarcaba su rostro. Le recordó a un cuadro, a los retratos de ancestros de Wesloria que se exponían en el Museo Nacional de Arte de St. Edys. Ojalá él fuera otra persona. Ojalá fuera un inglés que no tenía ninguna obligación y todo el tiempo del mundo a su disposición.

—No voy a ir a visitarlo, señor Brendan, si eso es lo que teme, pero me gustaría enviarle una nota si averiguo algo más de los soldados. ¿No le gustaría saber más para… eh… proteger a su rey?

Con sus ojos brillantes, era una contradicción. Hablaba de asuntos gravísimos y, mientras, se reía. No importaba. No iba a averiguar nada sobre los soldados, porque no había nada que averiguar. Él ni siquiera creía que existieran.

—Sí, por supuesto —dijo—. Me hospedo en el Hotel Green.

—El Hotel Green —repitió ella, suavemente, y su mirada se deslizó hasta su boca. A ella se le separaron los labios y, aunque él estaba seguro de que no había oído nada, se imaginó el más delicado de los suspiros.

El deseo que le produjo fue inmediato, asombroso, poderoso. Miró por última vez a la preciosa y ligeramente trastornada señora Honeycutt. Sospechaba que iba a ser la última vez que la viera.

—Buenas noches, señor Brendan —dijo ella, amablemente, para permitir que se marchara.

—Buenas noches, señora Honeycutt —respondió él.

Salió al pasillo y, al llegar al vestíbulo, se encontró con Donovan, que le entregó el sombrero.

—Gracias —le dijo, y se lo puso.

—Buenas noches, señor Brendan —dijo Donovan.

Él se tocó el ala del sombrero y bajó las escaleras hasta la acera. Antes de alejarse, miró hacia la casa.

Donovan estaba apoyado en el quicio de la puerta, de brazos cruzados, taladrándolo con la mirada.

Él comenzó a andar por la acera a toda prisa para alejarse de aquella extraña casa.

No sabía qué pensar de la señora Honeycutt, y estaba seguro de que la tarea de comprenderla era tan ardua que él no tendría la paciencia necesaria para conseguirlo.

Pero era una mujer bella y fascinante.

Capítulo 11

Han llegado nuevas telas de seda estampada desde Bruselas a Debenham & Freebody para los vestidos de Navidad. Compra con cita previa, por favor.

Las conversaciones de paz entre Wesloria y Alucia continúan, pero con pocos avances. ¿No es lógico pensar que la situación mejoraría si las negociaciones estuvieran expuestas al escrutinio público? Por desgracia, el secretismo sugiere que algo no va bien.

Se ha visto a los voluntarios de la Coalición por la Decencia y la Moralidad algunas tardes en Piccadilly Circus, repartiendo folletos en los que dan advertencias en contra del relajamiento de la moral. También estaban presentes miembros de la Policía Metropolitana.

Revista Honeycutt de moda y hogar para damas

Si había algo de lo que Hollis Honeycutt no huía jamás era de un desafío. Había aprendido aquello sobre sí misma después de la muerte de Percy, que había sido repentina, consecuencia de un horrible accidente de carruaje.

Al principio, la conmoción y la incapacidad para comprender que nunca volvería a ver a Percy la habían dejado reducida a un espectro. Al recordar aquel tiempo, se daba cuenta de que había estado muy cerca de quedar en ese estado para el resto de su vida. Habría podido convertirse en una de aquellas viudas que ya no se quitaban el luto y que vagaban sin rumbo por los pasillos de su casa, un mero cascarón sin su marido. Sin embargo, incluso en medio de su dolor y de su desesperación, había oído los susurros. «¿Qué vamos a hacer con Hollis?».

Como si fuera una niña. Una niña loca. Una niña loca y muda.

Aquellos susurros, pensó, mientras subía a su habitación, eran lo que la había obligado a despertar y salir de su sufrimiento. La habían ayudado a pensar y a tomar decisiones que, de otro modo, otros habrían tenido que tomar en su nombre.

Al principio estaba muy asustada. Como la mayoría de las mujeres de su clase social, no sabía hacer muchas cosas, aparte de bordar, organizar menús, poner la mesa y participar en los mercadillos benéficos de su iglesia, aportando bizcochos de chocolate que había hecho su cocinera. No entendía los libros de contabilidad de su marido, ni sabía lo que era publicar una revista, ni pedir ayuda a perfectos desconocidos.

Entró en la *suite* que había compartido con Percy. Ellos nunca habían dormido en habitaciones separadas, como otros matrimonios de Mayfair. Necesitaban estar juntos. Tras una puerta, a la izquierda, estaba el vestidor de Percy. Tras otra puerta, a la derecha, estaba el suyo. En aquel dormitorio era donde se reunían, hablaban de cómo había sido su día, hacían planes de futuro, leían. Allí era donde se amaban.

El dormitorio estaba exactamente igual que cuando había muerto Percy. Hollis no había pensado mucho en eso hasta hacía pocos meses. Seguramente, había sido una manera de conservarlo a su lado. Sus objetos personales todavía estaban en el buró. Un reloj que él tenía pensado darle a Eliza para que se lo arreglara. Unas monedas, un pañuelo cuidadosamente doblado… Durante mucho tiempo, ella ni siquiera soportaba la idea de cambiar lo más mínimo. Tenía la sensación de que quitar algo sería como quitarlo a él. Pero ahora le parecía una sensiblería.

Se tendió en la cama y observó los muebles y las telas de las tapicerías. El color azul oscuro, la solidez de la madera eran cosa de Percy. Ella hubiera preferido algo más ligero y más luminoso. El diván que había delante de la chimenea, donde hacían el amor las perezosas mañanas de lluvia, ahora estaba lleno de sombreros y guantes. Todo estaba empezando a ser un poco gris y monótono. Ella misma se sentía gris y monótona.

El corazón le decía que había llegado el momento de cambiar. Había querido a Percy con toda su alma, pero ¿de qué iba a servirle aferrarse a las cosas? No mitigaba la sensación de pérdida. Eso había ido suavizándose con el tiempo, y ella se había dado cuenta de que seguía viviendo, de que era una persona por sí misma, no una continuación de Percy.

Era hora de cambiar aquella habitación, de modo que la reflejara a ella.

De igual modo que había cambiado la revista. No había sido fácil, sobre todo, cuando había tenido que entrar en el despacho de Percy y abrir sus cajones, y leer sus notas, y ver qué era lo que había dejado tras de sí.

Encontró cosas que la había hecho llorar. El lazo que él le había quitado del pelo la primera vez que había empezado a cortejarla. Se lo había metido al bolsillo diciendo que era un amuleto de la buena suerte. Encontró un estuche pequeño, atado con otro lazo, que contenía un broche de brillantes. ¿Era para su cumpleaños? ¿O para su aniversario? Leyó los libros en los que él anotaba minuciosamente el número de revistas impresas, el tamaño de las páginas, el coste de la imprenta, el precio del papel. Sus números eran tan pequeños y tan limpios que, cuando había apoyado la mejilla sobre el libro después de una noche muy larga, había soñado con que las pequeñas cifras se le habían metido danzando en la piel.

Después, estaba el grupo de hombres en el que había confiado Percy para la publicación de la revisa. Los dueños de la imprenta, los distribuidores. Todos la habían mirado con escepticismo e incredulidad cuando había ido a verlos. Peor aún, algunos se habían reído de ella.

Había sido duro e indignante, pero había aprendido mucho sobre sí misma durante aquel proceso. Sobre todo, había aprendido a pedir las cosas que quería y no amedrentarse a la primera negativa, porque la primera respuesta siempre había sido un no.

Al final, había cambiado la revista, y había multiplicado por diez la circulación que había conseguido Percy. ¿Estaría él orgulloso de ella, o se escandalizaría por el tipo de cosas que publicaba? Sus recuerdos de su marido se le estaban borrando de la médula. Recordaba cosas específicas de él y momentos que habían compartido, pero no recordaba cómo se sentía cuando estaba con él.

Se acercó al diván, apartó dos sombreros y se sentó pesadamente. Ruth había encendido la chimenea. El frío se colaba por las ventanas. Pronto llegaría la Navidad, otra Navidad sin Percy y sin Eliza.

Su desafío, ahora, era aprender a vivir sola. Percy ya no estaba. Eliza ya no estaba. Caroline ya no estaba. Y, por lo que parecía, su padre iba a irse también. Incluso Donovan se había marchado. No en el sentido literal de la palabra, por supuesto, pero ella sospechaba que había encontrado a alguien. Era lógico; Donovan era joven y muy guapo. Sin embargo, ella no podía dejar de necesitarlo. El reto más difícil de su vida era aprender a vivir sin aquellos a los que quería.

Y después estaba el señor Brendan. Él era un reto distinto, emocionante.

El hecho de que hubiera dado crédito a su teoría del golpe la había entusiasmado. Cuánto le gustaría ser capaz de responder todos los interrogantes y enviarle al señor Brendan el mensaje de que ella estaba en lo cierto.

Tal vez debiera hacerle otra visita al señor Kettle para averiguar lo que él sabía.

El señor Brendan era el primer hombre que despertaba su interés desde la muerte de su marido, y le gustaría mucho volver a verlo. Sorprenderlo. Proporcionarle una información que fuera útil y que hiciera que él volviese a observarla con aquella intensidad.

Sintió calidez solo de pensarlo.

A la mañana siguiente, Ruth entró en la habitación y abrió las cortinas. Al notar los débiles rayos del sol en la cara, dio un gruñido, se sentó y se apartó el pelo de los ojos.

—Buenos días, señora Honeycutt —dijo Ruth, alegremente.

—Buenos días —murmuró Hollis.

El despertar no era su mejor momento del día y, por eso, Ruth le llevaba el café y las tostadas y le daba un momento para que se adaptara a la idea de vivir. Percy siempre decía que era un oso por las mañanas. ¿O lo decía ella sobre él? Ya no lo recordaba bien.

Después de que ella se tomara el café y la tostada, Ruth volvió al dormitorio y le preguntó:

—¿Mejor?

—Mucho mejor —respondió. Estiró los brazos y dio un bostezo. Después, añadió—: Voy a ir al ministerio de Exteriores hoy.

—¿Ah, sí? Es un buen día para caminar, pero hace fresco —dijo Ruth. Entró al vestidor y volvió con un vestido azul oscuro con ribetes blancos—. ¿Qué le parece?

Hollis miró el vestido que le había hecho Caroline.

—Me queda muy apretado, eso es lo que me parece. Pero, bueno, todo me aprieta últimamente.

Porque, últimamente, comía demasiado. Tenía que encontrar algo mejor para ocuparse que la comida. Se levantó de la cama y fue a lavarse. Después, Ruth la ayudó a ponerse el vestido. Hollis tuvo que contener la respiración para que Ruth pudiera acabar de abrochárselo.

—Sería más fácil con un corsé —dijo Ruth, a quien le faltaba un poco el aliento, a espaldas de Hollis.

—No —respondió ella—. Los corsés son un constreñimiento para las mujeres. ¡A mí me falta el aire cuando lo llevo!

—Los caballeros también los llevan —dijo Ruth.

—Pero no todos. Creo que es algo muy patriarcal, nos tienen confinadas con él. ¡Nosotras también somos personas, Ruth! ¡Necesitamos ser libres! —exclamó.

Se puso una mano sobre el estómago y respiró profundamente.

—No sé si voy a desmayarme con esto.

Ruth se alarmó.

—No, no voy a desmayarme, pero cabe esa posibilidad —dijo ella—. Pero ya no puedo hacer nada al respecto. Estoy atrapada en este dichoso vestido y lo mejor será que me marche.

Le deseó buenos días a Ruth y bajó las escaleras.

Se detuvo en la entrada del salón, que servía de redacción de la revista, para buscar su chal favorito. Le dio un susto al pobre señor Brimble. El anciano estaba inclinado hacia delante, mirando debajo de la mesa, que se había convertido en un enorme escritorio y estaba llena papeles y revistas.

—¿Qué está haciendo ahí abajo, señor Brimble? —le preguntó Hollis, mientras tomaba su chal.

—Buenos días, señora. Estoy buscando a Buttercup. No ha venido a tomar la leche esta mañana.

—¿Ha mirado en la galería? Ayer se pasó toda la tarde allí, mirando a los pájaros que estaban picoteando por las caballerizas.

—Ah, sí. Voy a buscarla allí. Gracias, señora Honeycutt.

Hollis sonrió y salió al pasillo, donde estuvo a punto de pisar a Buttercup.

—¡Aquí está, señor Brimble!

Donovan salió del gabinete con un plumero en la mano.

—¿Vas a salir?

—Sí. Voy a ver al señor Kettle y a preguntarle por el *Anna Marie*.

Donovan enarcó las cejas.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, gracias. Poppy va a venir conmigo. Tenemos una cita para ver las telas nuevas que han llegado de Bruselas. Y el taller está al lado de una tienda de chocolate.

Donovan salió al vestíbulo y tomó su capa del perchero. Hollis tomó un sombrero y se lo puso.

—Procura ser amable con el señor Kettle. Es un hombre muy sensible —le recordó Donovan.

Hollis puso los ojos en blanco mientras Donovan le colocaba la capa. Él posó las manos en sus hombros, se inclinó hacia su oído y le dijo:

—Te gusta mucho el caballero de Wesloria, ¿eh?

Ella intentó girarse, pero él la sujetó.

—¿Qué dices? —le preguntó Hollis.

—Reconócelo. Te gusta mucho.

Fue asombroso lo rápidamente que se ruborizó. Le dio una palmada para quitarle la mano de su hombro.

—No digas bobadas. ¿Cómo se te ha ocurrido eso?

—Ah, no sé… Sales corriendo a ver al señor Kettle, cuando dijiste

que no ibas a volver a molestarlo. Y anoche fuiste muy coqueta con él.

—¡Coqueta!

—Sí, coqueta. Te inclinabas hacia delante para hablar con él. Sonreías y te atusabas el pelo.

—Eso es mentira —dijo ella, con un resoplido, y se abrochó la capa.

Él sonrió y le abrió la puerta. Ella salió. Pero se dio la vuelta.

—¿Qué…?

Lo que iba a decirle se le olvidó, porque hubo una ráfaga de aire helado que estuvo a punto de tirarla al suelo.

—¡Ay! —gritó.

—Que tengas un fantástico día rogándole al señor Kettle que te dé la más mínima razón para poder enviarle un mensaje al señor Brendan.

—Donovan, tú eres…

Él se echó a reír y le cerró la puerta en las narices antes de que ella pudiera seguir despotricando.

Donovan le había tomado el pelo. Ella no había sido coqueta.

Capítulo 12

Los observadores dicen que un conde de mala reputación ha venido a Londres desde Leeds, atreviéndose a imponer su presencia en la ciudad por si es necesario su voto sobre el acuerdo de paz en la Cámara de los Lores. No se había vuelto a ver al caballero desde el verano pasado, cuando, durante una fiesta en Belgravia, se produjo un duelo que dejó a dos hombres gravemente heridos y a una mujer deshonrada.

Esperamos su voto.

Señoras, si ustedes, o alguno de sus seres queridos, sufre de la afección de las pecas, está garantizado que la Crema para el cutis del doctor Herbert quitará todas las manchas y dejará la piel resplandeciente.

Revista Honeycutt de moda y hogar para damas

El señor Kettle estaba reflexionando sobre las exiguas porciones de su comida. Una rebanada de pan y dos zanahorias. La imagen estuvo a punto de hacerle llorar. La señora Kettle se había ido a casa de su padre, al campo. Al salir, desde la calle, le había gritado que se hiciera él mismo la comida. ¡Como si él supiera cocinar! Había sido todo muy vergonzoso, puesto que más de un vecino había presenciado la escena.

Hacía cuatro días que su esposa se había marchado, y él se sentía como si se estuviera marchitando, convirtiéndose en un fantasma.

Aquella noche iría a cenar al *pub* de la esquina de su calle. No le gustaba gastar el dinero en la comida de los *pubs,* puesto que en los mercados el género era de mayor calidad. Sin embargo, si no hacía algo pronto, iba a morir. A la señora Kettle le estaría bien empleado encontrarse su cadáver cuando volviera a casa, junto a la ventana o en el suelo de la cocina.

Acababa de meterse un pedazo de pan en la boca cuando alzó la vista y vio a la señora Honeycutt.

—Oh, Dios santo —murmuró.

Ella se dirigía hacia su despacho. Llevaba una semana sin verla, y

había pensado que ya no volvería, pero allí estaba, tan bella como siempre, mirándolo con sus ojos de un azul intenso.

¡Señor! ¿Qué iba a hacer? Tenía la boca llena y el estómago vacío. Masticó frenéticamente y miró a su alrededor. En un momento de pánico, escupió la bola de pan en la papelera. Se mareó al pensar en que ya solo le quedaba otro pedazo y dos zanahorias. ¿Cómo iba a arreglárselas?

—¡Buenos días, señor Kettle! —exclamó la señora Honeycutt, alegremente. Se acercó al escritorio y se inclinó hacia delante para ver el contenido de la fiambrera—. Oh… Vaya, hoy es muy escaso, ¿no?

Él posó ambas manos en el escritorio y se levantó.

—Señora Honeycutt —dijo, y miró más allá, esperando encontrarse a su Adonis personal. Pero, en vez de a él, vio a una joven muy atractiva de ojos castaños, con una figura maravillosa. ¿Dónde estaría Adonis? Él miró a la dama con el ceño fruncido—. Me sorprende volver a verla. Creía que había dejado las cosas bien claras la última vez que estuvo aquí. Por si había alguna duda, consulté el asunto con lord Palmerston, y él me dijo que no hay ningún motivo por el que alguien deba ver la documentación de los buques weslorianos.

—Vaya —dijo ella, y sonrió agradablemente—. Bueno, supongo que entonces todo queda resuelto, ¿no?

Esa no era la respuesta que él esperaba, y se quedó mudo.

—Por curiosidad, ¿mencionó su señoría los barcos escoceses? —preguntó ella.

—¿Disculpe?

—Hace uno o dos días llegó un barco escocés. Puede que lo conozca. El *Anna Marie*.

Por supuesto que conocía el *Anna Marie*. Era un clíper de treinta años que navegaba entre Le Havre y Londres en intervalos regulares. Recientemente se le había añadido un motor de vapor. Él había recibido la documentación de su llegada justamente aquella mañana.

—¿Y?

—Y… he oído que había cuatro soldados weslorianos a bordo.

Al señor Kettle le gruñó el estómago.

—¿Y? ¿Es de su incumbencia?

—Oh, señor Kettle. Me parece que la respuesta es obvia, incluso para usted. Si había cuatro soldados weslorianos mencionados en la documentación, cualquiera podría pensar que han venido a Londres con intenciones aviesas.

Aquello no tenía ningún sentido.

—Si no hay cuatro soldados mencionados en la documentación, cualquiera podría pensar que no estaban en ese barco, y que quien se

lo haya dicho está mal de la azotea. Y ¿qué pasa si figuran en los listados? ¿Qué demuestra eso?

—Demuestra que yo estoy equivocada y usted tiene razón, y yo me quedaré completamente satisfecha y lo dejaré tranquilo para que pueda comerse su patata.

—Es una zanahoria —replicó él, con tirantez—. Una vez más, señora Honeycutt, parece que no tiene ni idea de qué está hablando.

Ella se rio suavemente.

—No es el primero que me lo dice —respondió, y miró hacia atrás, a la otra mujer.

Aquella mujer se adelantó, y el señor Kettle se dio cuenta de que llevaba una cesta grande de la compra, que rebotaba contra su pierna cada vez que ella daba un paso.

—Reconozco que es posible que mi pensamiento no tenga coherencia para usted, pero le aseguro que sé lo que hago y que esta información es muy importante. ¿Me permitiría ver la documentación, por favor?

Al señor Kettle se le escapó una carcajada. ¿Por qué había pensado que un navío escocés iba a ser diferente a unos barcos de Wesloria?

—No —dijo, en tono de incredulidad.

Ella se cruzó de brazos y lo miró con frialdad, como la señora Kettle la mañana que se había marchado.

—Señor Kettle, permítame que le presente a mi amiga, la señorita Dumont.

—Buenas tardes, señor Kettle —dijo la mujer.

—¿Qué tal? —respondió él, con cautela.

La señorita Dumont se fijó en su fiambrera.

—Ay —dijo, en un tono de sorpresa y ligero disgusto—. ¿Eso es su almuerzo, señor Kettle?

—Es muy triste, ¿verdad? —comentó la señora Honeycutt—. Un hombre tan robusto con tan poca comida.

—Es trágico —confirmó la señora Dumont—. Debe de tener mucha hambre. Pobrecito.

—¿Qué opinas? —preguntó la señora Honeycutt.

—¿Los pasteles? —preguntó la señorita Dumont.

¿Los pasteles? ¿Qué pasteles? Solo con oír aquella palabra, al señor Kettle volvió a gruñirle el estómago.

—Sí, los pasteles —dijo la señora Honeycutt.

Entonces, la señorita Dumont sacó un paquete de su cesta. Estaba atado con un lazo, y tenía un nombre escrito en el papel: *Charbonnel et Walker*. Él conocía aquel nombre, era el de una de las mejores pastelerías y chocolaterías de Londres. Pasaba varias veces a la

semana por delante del escaparate para admirar las exquisiteces de chocolate y los delicados pasteles.

La señora Dumont desató el lazo y abrió el paquete. En él había cuatro pasteles de chocolate.

Él miró a la señora Honeycutt.

—¿Está intentando… sobornarme, señora? —le preguntó, con incredulidad.

—¿Sobornarlo? —preguntó ella, riéndose—. Lo que pasa es que nos preocupa su comida, señor Kettle. ¿Cómo puede hacer el trabajo de la reina sin provisiones? Sería muy poco caritativo tener estos pasteles y no ofrecerle uno, cuando usted no tiene comida para hoy.

Tomó uno de los pasteles del paquete y lo puso sobre el escritorio. Lo empujó con un dedo hacia él.

—Tal vez pudiera usted disfrutar de este pastelillo mientras yo le echo un vistazo a la documentación del barco escocés.

Aquella mujer era un demonio. Sin embargo, él volvió a mirar el pastel, y su estómago volvió a gruñir. Miró la correspondencia de aquella mañana, tomó varios papeles y los puso delante de ella. Después, tomó el pastel.

La señorita Dumont se sentó al borde de su escritorio.

—¿No tiene *brandy,* señor Kettle? A mí me gusta tomarme un sorbito de *brandy* con los pasteles.

—*¿Brandy,* aquí? —protestó él.

—No se sorprenda tanto. Muchos caballeros toman un sorbito de *brandy* de vez en cuando, durante el día, sobre todo cuando el tiempo es tan frío como ahora. ¿No le gustaría tomar un poquito antes de volver a casa?

En realidad, sí.

La señora Honeycutt tomó la documentación y se giró, dándoles la espalda. Rápidamente, empezó a pasar páginas.

—¿Es solo de chocolate? —preguntó el señor Kettle, mirando el pastel—. ¿No tiene nada más? ¿Pasas, quizá?

—Es una buena pregunta, señor Kettle. Tendrá que comérselo para averiguarlo.

Él tomó el pastel y le dio un mordisco. El centro estaba lleno de mermelada. Él cerró los ojos, exhaló un suspiro de deleite y masticó. Cuando terminó el pastel, la señora Honeycutt le había devuelto la correspondencia del día. Había conseguido lo que quería, y a él no le importaba nada.

Todo era culpa de la señora Kettle. No debería haberlo abandonado así. Debería haberse quedado en casa, como una buena esposa, a cuidar de su marido. Y aquellas dos también deberían estar

en casa ocupándose de sus maridos, pero las cosas habían cambiado mucho en los últimos tiempos. Las mujeres tenían su propia opinión.

Las señoras le dejaron otro pastel aún más delicioso que el primero, y él se quedó tan obnubilado con el dulce, que casi no se dio cuenta de que se marchaban. Cerró los ojos de nuevo y saboreó el último bocado de su pastelillo.

¿Qué tenía de malo todo aquello? ¿Qué importaba que ella estuviera buscando a alguien que iba en el barco escocés? No tenía relevancia ninguna. Su recompensa por haber incumplido la orden de lord Palmerson había merecido la pena.

Capítulo 13

Recientemente se produjo un escándalo en Piccadilly Circus, cuando un grupo de caballeros se encontró con un joven soldado, el hijo menor de un influyente conde, en flagrante delito. La Coalición por la Decencia y la Moralidad lo persiguió y lo azotó. Han proclamado una pequeña victoria contra la sodomía.

Mientras, en Shoreditch, lugar de residencia de muchos de los voluntarios de la coalición, cuando el párroco de San Leonardo iba una mañana hacia la iglesia, se encontró con un conocido. El caballero, que es bien conocido porque ocupa uno de los primeros bancos de San Leonardo con regularidad, le dijo que iba a visitar a un amigo enfermo a aquellas horas tan tempranas. Sin embargo, aquella tarde, cuando el párroco fue a visitar al amigo enfermo, encontró a todo el mundo con muy buena salud y, especialmente, a la joven señorita de la casa.

Revista Honeycutt de moda y hogar para damas

Habían pasado dos días desde su visita a casa de la señora Honeycutt y, durante ese tiempo, Marek había pensado mucho sobre el asunto de aquellos cuatro soldados. Había llegado a la conclusión de que no tenía nada de extraño. Era perfectamente posible que fuesen necesarios más guardias weslorianos en Londres, y que los hubiesen enviado en un buque mercante. Por otro lado, también era posible que aquellos hombres ni siquiera existiesen, o que hubieran sido confundidos con otros.

Además, había pasado aquellos dos días asesorando a lord Dromio y, por extensión, al rey, sobre el impacto que tendrían en la nación las decisiones que tomaran durante aquella negociación. Había explicado, con la mayor sencillez posible, que los aranceles sobre el cereal podían causar la ruina de los productores.

—Sí, lo entiendo —le había dicho Dromio, con impaciencia—. El rey lo entiende. Todo el mundo lo entiende, Brendan. No somos idiotas.

Eso era muy cuestionable.

Acababan de salir de una de las reuniones. Dromio había informado a los asistentes de que el rey Maksim estaba muy interesado en la industrialización de su país, por supuesto, pero que… impondría aranceles.

Marek intentó comprenderlo. Trató de entender qué era lo que esperaba conseguir el rey, pero no se le ocurrió ningún motivo lógico.

Volvían al Hotel Green, y él caminaba detrás de Dromio y de Van. Los dos ministros conversaban animadamente. Lord Osiander iba detrás de él, con cara de descontento. Marek aceleró el paso con la esperanza de oír algo de lo que decían Donovan y Van, pero fue inútil. El sonido de sus voces le llegaba completamente apagado. Cuando llegaron a la entrada del hotel, Marek se acercó a Dromio para hablar con él.

—¿De qué se trata? —le preguntó el ministro, con impaciencia, mientras seguía a Van con la mirada. Su colega entró en la sala del bar, donde ellos se reunían a menudo para beber *brandy* y oporto.

—Quisiera preguntarle por los aranceles —dijo Marek—. Creía que…

—Sí, he sido muy listo, creo.

Marek se quedó desconcertado. ¿Había sido idea de Dromio?

—Pero, tal y como hablamos, milord, los aranceles encarecerán el precio de producción para los capitalistas, y ese aumento de precio recaerá, a su vez, sobre nuestra gente.

—¡Capitalistas! —exclamó Dromio—. ¿Y cómo propone usted, señor Brendan, que lleve a cabo sus negocios un gobierno? Tiene que haber algo de dinero que no provenga del bolsillo de nuestros ciudadanos más pobres.

Sonrió ligeramente y miró hacia atrás, hacia el bar.

—¿Algo más? —preguntó.

—No —respondió Marek, en voz baja.

Dromio se alejó, y él se quedó pensando qué podía hacer. Al darse la vuelta, vio que se le acercaba un lacayo con una bandeja de plata.

—Señor, ha llegado una carta para usted.

—¿Para mí?

El sirviente le tendió la bandeja, y él tomó el sobre. Lo abrió y leyó el mensaje.

Estimado señor Brendan:

Espero que se encuentre bien y no esté muy decepcionado con este tiempo tan frío. Tengo algunas noticias emocionantes, y quisiera invitarlo a tomar el té esta tarde, a las cinco y media, para contárselas.

Atentamente,

Sra. Honeycutt

¿Qué demonios era aquello? ¿A qué estaba jugando ahora? Seguramente, era algo ridículo, algún rumor que había oído en el mercado y que no tenía la más mínima importancia. Se sacó el reloj del bolsillo y miró la hora. Eran casi las cinco y media.

—¿Hay respuesta, señor? —preguntó el sirviente.

Marek dio un suspiro de resignación e hizo un gesto negativo.

—No, no es necesario. Yo mismo la llevaré —le dijo al lacayo.

Después de despedirse, subió a su habitación para arreglarse un poco. Se peinó, se abrillantó las botas y se miró al espejo. Al ver su reflejo, frunció el ceño. Tenía barba incipiente y el pañuelo del cuello torcido. ¿Por qué le importaba? Tal vez, porque era la primera vez desde hacía mucho tiempo que alguien le prestaba atención. Alguien como la señora Honeycutt.

Al final, llegó un cuarto de hora tarde a su cita. Alguien había colgado una corona de acebo en la puerta de la entrada, y él recordó que la Navidad iba a llegar dentro de dos semanas. Llamó tres veces, y abrió un anciano caballero que tenía a un gato rubio en brazos.

—¡Vaya! Buenas tardes, señor. ¿O es ya por la noche? —preguntó, mirando al cielo.

—Ya ha anochecido —dijo Marek—. Eh… La señora Honeycutt me envió una invitación.

—¿Ah, sí? —preguntó el anciano, en un tono agradable—. ¿A qué?

¿Era aquel el padre de la señora Honeycutt? ¿El abuelo? Él señaló hacia el interior de la casa.

—A venir de visita.

—Ah. ¿Quiere que le diga quién ha venido a visitarla?

—Sí, por favor. El señor Brendan.

—Habla usted de un modo extraño, señor Brendan —dijo el hombre—. ¿Qué acento tiene? ¿Francés?

—Wesloriano.

De repente, la cabeza de la señora Honeycutt apareció sobre el hombro del anciano.

—¡Señor Brendan! Me alegro de que haya venido.

El anciano se dio la vuelta para mirarla, y ella sonrió. Llevaba un vestido de color amarillo claro y tenía un aspecto etéreo. Aquella sonrisa suya hizo que se le calentara la sangre en las venas.

Antes de que él entendiera lo que estaba pasando, ella se adelantó y le pasó un brazo por el hombro, abrazándolo como si fuera la tía de alguien. Él no le devolvió aquel saludo efusivo, sino que se puso

rígido. Nunca lo había saludado así ningún conocido, y menos una mujer.

—¡Señor! Le pido disculpas, señor Brendan —dijo ella, y lo soltó rápidamente—. Algunas veces, me dejo llevar. Pase, pase.

Él entró en el vestíbulo y se quitó el sombrero. Miró al anciano, pero fue la señora Honeycutt quien tomó el sombrero y lo puso sobre la consola. El anciano estaba demasiado ocupado sonriendo al gato.

—Señor Brimble, debe de estar usted muy cansado, ¿no? —le dijo ella.

—Oh, sí. Un poco —dijo el señor Brimble—. Hoy he estado buscando a Buttercup más de una hora, subiendo y bajando las escaleras.

—Pobrecita. Ella también parece un poco cansada —dijo la señora Honeycutt, y le acarició el lomo al animal—. ¿Le importaría pedirle a la señora Plum que sirva el té?

—Por supuesto que sí —dijo él—. Además, a lo mejor tiene un poco de leche para Buttercup, ¿verdad, gatita?

El señor Brimble se alejó arrullando a Buttercup, y la señora Honeycutt lo observó con una sonrisa tímida.

—No se va a acordar de pedir el té.

—¿Es su abuelo?

—¿Quién, el señor Brimble? No, no es familiar mío en realidad. Al menos, no creo. Pero no quisiera aburrirle con mis teorías sobre él.

¿Acaso no sabía quién era aquel anciano? ¿Otra persona en su casa que no era sirviente ni familiar? Y, hablando de mayordomos que no eran mayordomos, ¿dónde estaba el guapísimo tipo que posiblemente era su amante pero que tal vez no?

—Venga, por favor —le dijo ella, y comenzó a andar por el pasillo.

Él la siguió. La sala en la que entraron era completamente distinta a la sala de estar que él ya conocía. Aquella habitación estaba llena de papeles, libros y cajas apiladas por todas partes. A juzgar por la larga mesa que ocupaba el centro del espacio y las dos lámparas de araña que colgaban sobre ella, debía de ser el comedor. Había una chimenea enorme y al menos tres cuadros. Se distinguían los marcos, pero estaban cubiertos con una sábana de lino. Prendidas a aquella sábana, con alfileres, había varias páginas que debían de ser parte de su revista.

La mezcla de olor a tinta, a papel y a humo era un poco desconcertante. Aquella sala olía como una fábrica, y no se percibía ni un ápice de su perfume. Él observó su entorno y, como todo estaba lleno de papeles y objetos, tardó unos segundos en darse cuenta de que había un segundo gato, blanco y negro, sentado en la mesa,

mirándolo. De repente, se levantó y, con la cola en alto, se fue caminando hasta un fajo de papeles, donde se hizo un ovillo dándoles la espalda.

—Baja de ahí, Markie —le dijo ella, y tomó al gato para dejarlo en el suelo. Después, lo miró a él—. Está asombrado, ¿verdad? Se le nota en la cara. Por favor, perdone el estado de la sala. Aquí es donde trabajo en mi revista. Donovan dice que debería tener un despacho cerca de la imprenta, pero a mí me gusta estar en casa.

Se acercó al extremo de la mesa y señaló un par de sillones que había junto a la ventana. Entre ellos había una mesita con un candelabro de plata, un acerico de punto de cruz y tres velas gastadas. En el suelo, junto a uno de los sillones, había una pila de periódicos.

—Esta sala no es muy bonita, pero, curiosamente, aquí es donde puedo pensar con más claridad. ¿No le parece raro que alguien pueda pensar con claridad en una habitación tan caótica? —le preguntó. Después, se echó a reír—. De verdad, a veces me oigo hablar y me maravillo de las cosas que digo. ¿Quiere sentarse, por favor? Yo voy un momento a decirle a la señora Plum que ya ha llegado.

La señora Honeycutt salió rápidamente de la habitación, antes, incluso, de que él pudiera responder.

Marek observó los dos sillones. Le recordaron a las butacas del gabinete, como si dos personas se sentaran allí a menudo a pasar las horas. Él eligió la más alejada de la costura y se sentó en la que suponía que era de Donovan.

Un momento después llegó la señora Honeycutt, alisándose la falda del vestido mientras se acercaba a él.

—Me alegro mucho de que haya venido, señor Brendan —le dijo de nuevo, y se sentó frente a él—. Tengo unas noticias extraordinarias.

—Eso pensé yo.

—Debería empezar dici… ¡Oh, espere! Qué mal educada soy, señor Brendan. Permítame preguntarle primero por su salud.

—¿Disculpe?

—Y si ha tenido un buen día, por supuesto. ¿Cómo van las conversaciones de paz?

—Señora Honeycutt, si me lo permite…, ¿podría contarme cuál es el motivo por el que me ha invitado a venir hoy?

—Le he invitado para tomar el té, señor Brendan, porque tengo extraordinarias noticias. Pero, como somos amigos, me gustaría saber cómo está.

—Le agradezco mucho su entusiasmo por hacer nuevos amigos, pero, como voy a estar aquí muy poco tiempo, no creo que sea posible.

—¿Cómo? —preguntó ella, sorprendida—. ¡Por supuesto que es posible! Nadie debería limitar su número de conocidos, sino intentar conocer a más gente. Si no, ¿qué sentido tiene la vida?

A él se le ocurrían bastantes respuestas. Tener hijos, por ejemplo, aunque se le aceleraba un poco el corazón al pensarlo. El estudio. Los animales. Había muchas cosas por las que merecía la pena vivir, aparte de hacer amistades.

—De acuerdo, entiendo que sienta reticencia. Pero quizá pudiera intentarlo, aunque sea por mí. Usted es la persona más interesante que entra en mi casa desde hace mucho tiempo.

Se lo pidió con un par de hoyuelos tan agradables, y unos ojos azules tan brillantes, que él no pudo negarse.

—Está bien —le dijo—. ¿Cómo lo intento?

Ella le lanzó una sonrisa resplandeciente.

—Podría empezar contándome si ha tenido el placer de ver algunos sitios bonitos de Londres.

—No. ¿Qué más podría contarle?

—¿Cómo? Pero… aquí hay algunos museos muy buenos, señor Brendan. Yo podría hacerle una lista de…

—Gracias, pero no tengo tiempo para eso. Y, ahora, ¿podía decirme cuáles son sus noticias?

Ella chasqueó la lengua.

—¿Acaso está tan ocupado con su trabajo que no tiene ni un minuto para ver algo de Londres? Y los parques… Es obligado que encuentre tiempo para pasear, sobre todo, por Hyde Park. Es muy relajante, de veras.

Él esperó.

La señora Honeycutt miró al techo y dio un gruñido muy teatral.

—¡Es dificilísimo entretenerlo a usted, señor!

—Discúlpeme por eso. Tal vez es que el propósito de esta visita no era entretenerme.

—Entonces, ¿por qué ha venido?

Él la miró con incredulidad.

—Usted me invitó. Envió una nota a mi hotel diciéndome que tenía noticias que darme, y por eso he venido.

—Bueno, sí, pero yo pensaba que podríamos hacernos compañía durante un rato agradable, ahora que nos estamos conociendo… ¡Ah! Aquí llega el té.

La señora Honeycutt se puso de pie y se acercó a la puerta. Él no había oído llegar a la anciana que llevaba una bandeja de plata con un servicio de té. La señora Honeycutt y ella tuvieron una conversación, pero él no oyó lo que decían. Después, la señora Honeycutt tomó la

bandeja y la llevó hasta un carrito que estaba junto a la pared, a la izquierda del sillón que él había ocupado. Estaba hablando todo el tiempo, nada sorprendente. Él no estaba acostumbrado a tanto parloteo. Ella estaba hablando sobre el té, le pareció; sobre dónde lo habían comprado. Se preguntó cómo sería pasar todas las noches así, admirando a una mujer bella, escuchando su voz, aunque no pudiera distinguir las palabras. Seguramente, sería algo maravilloso.

Ella cortó dos pedazos de bizcocho y los sirvió. Le entregó un plato y una taza de té.

Después, se sentó, se quitó los zapatos y metió los pies bajo su falda.

—No me lo ha dicho —dijo, mientras pinchaba un pedazo de bizcocho—. ¿De qué tipo?

—¿Disculpe?

—De veras, señor Brendan, creo que usted no hace caso ni de la mitad de las cosas que le digo. Le estaba preguntando por los árboles de Navidad de Wesloria.

Árboles de Navidad. Entonces, no era el té.

Ella dejó su tenedor.

—¿Ha oído algo de lo que le he dicho?

Él se sonrojó. Miró la delicada taza de porcelana. No tenía sentido fingir que sí la había oído.

—Yo…, eh…, resulta que soy sordo del oído izquierdo y, seguramente, también tenga algo de sordera en el derecho. Cuando alguien se coloca a mi izquierda…

—¡Lo que yo había pensado! —exclamó ella. Se estiró por encima de la mesita y le tocó la muñeca, con tanta rapidez, que él se sobresaltó y estuvo a punto de derramar el té—. ¡Lo siento muchísimo! Ahora lo entiendo todo. Mi padre está ciego. Más ciego que un murciélago, no ve nada. Le encanta hacer punto —dijo ella. Le soltó la mano y volvió a tomar el tenedor.

Él no entendió qué tenía que ver la ceguera de su padre con su sordera, pero no importó, porque ella ya había pasado al siguiente tema.

—Le estaba diciendo que el príncipe Alberto fue quien trajo la tradición del árbol de Navidad a Londres, ¡y nadie ha vuelto a ser la misma persona! Le he dicho a Donovan que tiene que traer un árbol y adornarlo con todo lo que es debido, y él me preguntó cuáles eran esas cosas, pero, en realidad, yo no lo sé. Supongo que son lazos —dijo ella, y se metió un pedazo de bizcocho en la boca—. Y, entonces, le pregunté a usted si tienen la misma tradición en Wesloria. ¿La tienen?

—Ah —dijo él, y dejó el té a un lado—. Sí. Usamos árboles

pequeños para las mesas —respondió él, señalando con la mano la altura del árbol, desde el suelo. En realidad, era más parecido a un arbusto. Él nunca lo había puesto en su casa, y estaba seguro de que, si lo hacía, sus perros se lo tomarían como una invitación a marcar el territorio. Pero las Navidades pasadas había ido a comer con sus vecinos, los Tarian, y se habían pasado toda la noche inclinándose hacia un lado u otro para ver a quién tenían enfrente por uno de los lados del árbol.

—Me parece muy bonito —dijo la señora Honeycutt—. El bizcocho está delicioso.

—Señora Honeycutt —dijo él. No sabía cuánto tiempo tenía que fingir que aquello era una mera visita de cortesía, pero estaba poniéndose un poco nervioso.

Ella lo señaló con el tenedor.

—Sabía que iba a preguntármelo. Hoy he ido al ministerio de Exteriores.

Aquella no era la noticia que él estaba esperando.

—No a ver a lord Palmerton, no a él. He ido a las oficinas. Uno de los funcionarios, el señor Kettle, tiene alguna responsabilidad en la industria naval, aunque no sé hasta qué punto.

Él esperó pacientemente. No tenía ni la más mínima idea de adónde podía ir aquello.

—De todos modos, le pedí al señor Kettle que me dejara ver la documentación del *Anna Marie*. Es el barco del que hablamos la última vez que vino usted. Por supuesto, él se negó, no sé por qué. Creo que es, simplemente, porque está en su naturaleza ser desagradable. Así que lo soborné con un par de pasteles —explicó ella. Hizo una pausa y miró el bizcocho intacto de Marek. Él también lo miró—. No era como este bizcocho, era diferente. Este bizcocho no es un soborno, si es lo que está pensando. Lo que ocurre es que la señora Plum hace un bizcocho delicioso y yo siempre estoy buscando una excusa para comerlo —dijo, riéndose—. Pero él me dejó mirar la documentación. Y ¿puede adivinar lo que descubrí, señor Brendan?

—No solo no puedo adivinarlo, sino que ni siquiera lo voy a intentar.

—Pues mejor, porque no lo adivinaría nunca. Allá va: no había ningún wesloriano en la lista de embarque.

Marek esperó a que ella dijera algo más, a que le explicara por qué era tan extraordinaria aquella noticia como para llamarlo e invitarlo a que fuera a su casa a comer bizcocho, bizcocho que parecía delicioso.

—¿Y bien? —le preguntó la señora Honeycutt, con impaciencia.

—Señora, no entiendo la importancia de este descubrimiento.

—¿De veras? Debe de pensar algo de este asunto.

—Claro que sí. Pienso que quien le dijera que habían venido cuatro soldados de Wesloria en ese barco se equivocó.

Ella se apoyó en el respaldo del sillón y lo observó.

—Bueno, supongo que es una posible interpretación. Sin embargo, otra es que los cuatro soldados han venido de polizones en el barco, o que les invitaron a embarcar y no los anotaron en las listas por motivos corruptos.

Marek tomó el plato del bizcocho.

—Sí, es una forma de verlo. Sin embargo, yo prefiero la perspectiva de la lógica.

—Umm… ¿Es posible, señor Brendan, que crea que su razonamiento es más lógico porque es usted un hombre y yo una mujer? ¿O acaso tiene otra teoría?

Él tomó un trozo de bizcocho. Se deshizo en su boca y le produjo un gran deleite. Miró a su anfitriona. Por mucho que quisiera negarlo, su hipótesis tenía sentido en ciertas circunstancias.

—No, no creo que su idea sea inferior. Pero creo que no es tan lógica como la mía.

—Naturalmente —respondió ella, y lo traspasó con la mirada. Por un momento, creyó que iba a quitarle el bizcocho.

De mala gana, él dejó el plato a un lado y posó las manos en sus rodillas.

—¿Puedo preguntarle por qué está empeñada en creer que hay una conspiración contra mi rey? Tiene muy pocas pruebas de ello.

—Pero usted también lo cree, señor Brendan. De lo contrario, no habría venido a mi casa esta noche. ¿Por qué está usted empeñado en creer que no puedo ayudarle?

Él miró el bizcocho con anhelo.

—Por favor, no se ofenda, pero no puede ayudarme. Es imposible, por las circunstancias.

—¿Qué circunstancias?

No podía explicárselo. Haría falta una vida entera para explicarle sus circunstancias. Era complicado y tortuoso. Enredado, casi tanto como el mechón de pelo oscuro y sedoso que ella tenía enroscado en la oreja.

—No puedo contárselo, por desgracia.

—¿Ah, no? —preguntó ella, con descaro—. Yo creo que puedo ayudarle más de lo que se imagina. Da la casualidad de que conozco al dueño del barco escocés, y resulta que ahora está en Londres. Podríamos preguntarle si había cuatro soldados de Wesloria a bordo de ese barco. ¿Es que no siente ni un poco de curiosidad, señor

Brendan?

Sí, sentía curiosidad por muchas cosas en aquel momento. Le miró los labios y el pelo. No sabía qué decirle a aquella lunática. Y pensar que podía salir sola y, tal vez, dar con algo horrible e inaceptable.

¿Cómo se había metido él en aquella situación?

Estaba pensando alguna respuesta que darle cuando notó un sonido distante, unos golpes sordos.

La señora Honeycutt dio un jadeo y se puso en pie de un salto, con los ojos muy abiertos.

—¿Qué es eso?

—Alguien está llamando…

Ella desapareció rápidamente.

Él le lanzó una última mirada al bizcocho y la siguió. Llegó al vestíbulo justo cuando ella trataba de agarrar a alguien que entraba por la puerta principal. Él se acercó a ayudarla y vio que dos hombres dejaban a Donovan en el vestíbulo y desaparecían en la oscuridad. Él no pudo verles la cara. Sin embargo, sí pudo ver que Donovan estaba medio inconsciente porque le habían dado una paliza.

—¡Ay, Dios mío! —gritó la señora Honeycutt, y agarró a Donovan del brazo—. ¿Qué ha pasado?

Él se acercó para sujetar el peso del hombre. Se puso a Donovan sobre los hombros, agarrándolo por una pierna y por un brazo.

—Por aquí —dijo ella, y corrió hacia el gabinete. Mientras él avanzaba por el pasillo dando golpes con el mayordomo en los hombros, ella abrió la puerta de par en par y se hizo a un lado.

—Tenga cuidado con mi cabeza, muchacho —murmuró Donovan.

Siguiendo las indicaciones frenéticas de la señora Honeycutt, Marek puso a Donovan en el sofá. La señora Honeycutt se agachó a su lado y le apartó el pelo de la frente.

—¿Qué ha pasado, Donovan? ¿Quién te ha hecho esto?

—No conocía a los caballeros que lo han hecho —respondió Donovan—. Supongo que eran matones a sueldo.

Se tocó con cuidado el labio, que le habían partido de un golpe. Tenía los dos ojos amoratados, y un corte profundo en la frente que, seguramente, necesitaría algunos puntos. La pechera de la camisa estaba llena de sangre y le habían desgarrado un hombro de la chaqueta.

La señora Honeycutt apoyó la frente en el brazo de Donovan un momento.

—Han sido ellos, ¿verdad?

—Sí —dijo Donovan.

Al moverse ligeramente, se le escapó un jadeo de dolor.

—La santurrona de lady Hartsfield —dijo la señora Honeycutt, y se puso en pie—. Voy a buscar algo para limpiarte las heridas.

—No —dijo Donovan, e intentó levantarse—. Voy a mi habitación. Me pondré bien.

—¡No te muevas, Donovan! —exclamó ella, con severidad—. Ahora mismo vuelvo.

Se levantó y lo miró con cara de horror y preocupación.

—¿Por qué no pueden dejar que cada uno tenga su propia decencia y moralidad? —preguntó, con enfado, mientras salía corriendo de la habitación.

Marek miró a Donovan. El mayordomo tenía la frente arrugada de dolor, y jadeaba ligeramente. Él frunció el ceño.

—Le han dado una buena paliza.

A Donovan se le escapó una pequeña carcajada entre los jadeos.

—¿Cómo lo ha deducido?

—¿Por qué ha ocurrido esto? —le preguntó Marek.

—Esto, señor, ha ocurrido porque la gente teme a su propio instinto —dijo Donovan, con tirantez.

Se tocó de nuevo el labio y miró la sangre que se le había quedado en los dedos. Entre gruñidos, consiguió incorporarse y se sentó. Miró a Marek.

—Ha vuelto, ¿eh?

—Por invitación de su señora —dijo Marek—. ¿Qué significa eso de que «la gente teme a su propio instinto»?

Donovan sonrió con sarcasmo.

—Me parece un hombre listo, señor. ¿No lo ha deducido todavía?

Él no respondió. Tenía algunas sospechas sobre Donovan, pero ninguna que pudiera expresar en voz alta.

Donovan se movió y volvió a hacer un gesto de dolor. Se llevó la mano al costado.

—Creo que me han roto un par de costillas.

—Necesita un vendaje. No se mueva. El movimiento lo va a empeorar.

—Parece que usted también se ha roto alguna costilla.

—Sí —dijo él. De niño, se había caído de un caballo y se había roto una costilla y una clavícula. Ahora, de adulto, no podía levantar el brazo izquierdo tanto como el derecho.

—Como mínimo, creo que esto le servirá como prueba de que puede confiar en ella —dijo Donovan.

—Confiar en ella —repitió él—. ¿De qué está hablando?

Donovan lo miró fijamente, a pesar de dolor.

—Dijo que no confiaba en ella. Ahora debe de haberse dado cuenta

de que la señora Honeycutt es muy capaz de guardar un secreto.

Marek lo entendió. De repente, todo cobró sentido. La extraña relación que tenían Donovan y la señora Honeycutt, y el modo en que el mayordomo lo miraba a él. Lo que se decía de los celosos defensores de la moralidad en la revista, y lo que había ocurrido aquella noche.

—Ah, lo ha comprendido —dijo Donovan, y apartó la mirada.

Lo que entendía era que había hombres en el mundo que preferían la intimidad con otros hombres. Él había conocido a algunos que mantenían aquel tipo de relaciones, pero Donovan era el primero que lo reconocía ante él.

Donovan se movió, y volvió a escapársele un jadeo de dolor.

—Está horrorizado —dijo.

—No, horrorizado no —respondió Marek—. Sorprendido.

—¿Asqueado? —preguntó Donovan, mirando el fuego. Por primera vez desde que lo había conocido, Marek tuvo la sensación de que estaba menos seguro de sí mismo.

—No —dijo Marek—. Receloso.

Donovan sonrió apagadamente, y asintió.

—Me parece normal. La señora Honeycutt también sintió recelo al principio. Pero puede creerme, señor, no hay una señora mejor que ella en todo Londres. Permite que la gente piense lo que quiera sobre nosotros en esta casa, y todo por mi bien.

Marek lo entendió. Y le pareció que era un gran sacrificio para una viuda que tenía que vivir en la alta sociedad.

—Puede confiar en ella. Guardará sus secretos —le dijo Donovan. Después, volvió a mirar a Marek a los ojos—. Pero, si la traiciona, lo mataré.

Aquella amenaza era innecesaria, como, seguramente, también sabía Donovan. Iba a decirle que no tenía intención de traicionar a nadie, pero la señora Honeycutt llegó en aquel momento con una joven y, cuando las dos empezaron a moverse alrededor de Donovan, la amenaza quedó en el olvido.

Capítulo 14

La Coalición por la Decencia y la Moralidad ha cantado victoria en su particular guerra en Piccadilly Circus. A juzgar por los comentarios sobre su última ronda de violencia, da la sensación de que los voluntarios van a limpiar el Támesis de arriba abajo en nuestro nombre.

Hay rumores de que las conversaciones de paz entre Alucia y Wesloria se han estancado por un desacuerdo sobre Astasia, una región montañosa que se extiende entre los dos países y en la que se han encontrado enormes reservas de carbón.

Señoras, en su tienda de Lombard Street, la señora Sutter está haciendo coronas de acebo para su venta. Por favor, visitas, de lunes a jueves.

Revista Honeycutt de moda y hogar para damas

—¿Qué has hecho, Donny? —gritó Ruth. Se puso de rodillas junto a su amigo y posó una mano en su pecho—. Te has metido en problemas, y mira lo que ha pasado.

—Yo no me he pegado a mí mismo, muchacha —le dijo Donovan—. No me he… ¡Ay! —gimió, cuando ella trató de quitarle el pañuelo del cuello.

—Deberíamos llevarlo a su habitación —dijo Hollis.

—Gracias, puedo andar —respondió Donovan.

—¡No puedes! —insistió Hollis. Fue hasta la puerta y la abrió de par en par—. ¿Le importaría ayudarnos, señor Brendan?

El señor Brendan no respondió. Estaba mirándola con curiosidad cuando ella se giró hacia la habitación. ¡Su sordera! No era de extrañar que siempre pareciera tan distante. En realidad, no oía apenas nada de lo que se decía a su alrededor.

—¿Le importaría ayudarnos a subir a Donovan a su habitación?

—Por supuesto —dijo él, sin vacilación, y se colocó delante de Donovan.

—No es necesario. Puedo caminar —protestó Donovan.

—No digas tonterías —replicó Hollis—. Ni siquiera sabes si puedes ponerte de pie.

El señor Brendan se inclinó, pasó los brazos por debajo de los de Donovan y lo puso en pie. Donovan se quedó inmóvil, probando su peso. Al intentar dar un paso, se le dobló la pierna derecha. El señor Brendan se pasó los brazos de Donovan por el cuello y, después, lo agarró de la cintura.

—Fácil —dijo, y los dos hombres salieron del gabinete—. ¿Hacia dónde voy?

—Suba las escaleras, dos tramos, y a la derecha —dijo la señora Honeycutt—. Ruth, trae paños para vendarle las costillas. Y dile a la señora Plum que tenemos que limpiarle las heridas.

Ruth se marchó corriendo, y Hollis siguió al señor Brendan y a Donovan escaleras arriba. En el primer descansillo, Donovan perdió las fuerzas, así que el señor Brendan se lo echó al hombro.

—Le va a doler mucho, pero será más rápido —dijo, y empezó a subir con cuidado. Donovan gemía a cada pocos escalones, pero, por fin, llegaron a su habitación—. Por favor, señora Honeycutt, necesito que lo agarre para que no se caiga cuando lo baje.

Ella se colocó rápidamente a su derecha y, mientras él bajaba a Donovan de su hombro, ella lo agarró para que no se cayera. Pero pesaba mucho, y se deslizó con dificultad. Al hacerlo, despeinó al señor Brendan con el brazo, y le sacó el pelo de detrás de las orejas. Entonces fue cuando Hollis vio perfectamente el mechón blanco de su cabello. Se quedó tan asombrada que se olvidó de que debía ayudar, y Donovan cayó de golpe sobre la cama.

—Maldita sea —gruñó.

Hollis se irguió y miró al señor Brendan. Él estaba concentrado en Brendan, tratando de ayudarlo a que pusiera los pies sobre el colchón. Se había vuelto a colocar el pelo en su sitio, pero todavía se le veía algo de blanco.

Blanco, había dicho Eliza. El rey Maksim y sus hijas tenían aquellos curiosos mechones blancos en el pelo.

Se le aceleró el corazón. Su mente se dividió entre la preocupación que sentía por Donovan y las piezas del rompecabezas que estaba intentando encajar. Se quedó mirando a Donovan con los ojos abiertos como platos, mientras intentaba asimilar lo que acababa de ver y deducir su posible significado.

Donovan se había puesto gris, y tenía la frente bañada en sudor.

—¿No tienes nada para el dolor? —le rogó a Hollis.

—Sí —le dijo ella, y le apretó la mano suavemente.

Aquello era lo que siempre había temido que le sucediera, aunque

él, por su parte, le decía que no tenía por qué preocuparse.

Ruth entró en la habitación con un montón de sábanas plegadas.

—Aquí tiene. La señora Plum viene ahora mismo con lo necesario para limpiarle las heridas.

Ruth todavía estaba hablando cuando la señora Plum entró corriendo.

—¡Donovan! —gritó—. Oh, Dios mío, mi niño…, ¡cómo te han puesto! —le dijo, y le tocó la frente con los dedos—. Tenemos que limpiarte. Yo lo vendo, señora Honeycutt. Ruth, trae la cesta de la costura y ve a buscar el láudano al armario de la despensa.

Ruth dejó las sábanas a los pies de la cama y salió rápidamente.

—¿Por qué tanto escándalo? —preguntó el señor Brimble, que apareció en la puerta.

—Donovan ha tenido un problema esta noche —respondió Hollis.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el anciano, y se acercó a verlo—. ¡Oh! ¡Qué mala cara tienes, muchacho! Espero que les dieras su merecido.

—Lo intenté —dijo Donovan—, pero eran tres, y yo, uno solo.

Hollis dio un gruñido de indignación.

—Me temo que te van a quedar unos buenos moratones, cariño —le dijo la señora Plum—, pero no te han estropeado esa cara tan preciosa que tienes. De hecho, no hay nada que esté muy magullado. Me parece que sobrevivirás y seguirás causando admiración.

—Gracias, señora Plum. Estaba muy preocupado —murmuró Donovan.

—Yo debería irme —dijo el señor Brendan—. Buena suerte, señor —le dijo a Donovan. Después, miró a Hollis por encima de la cabeza de la señora Plum—. Gracias, señora Honeycutt. Buenas noches.

—No, espere —dijo ella, mirando con nerviosismo a Donovan y después a él.

—Vaya, señora Honeycutt —dijo la señora Plum—. Nosotras lo cuidaremos bien.

—Sí, vete —gruñó Donovan—. No quiero que estéis todos aquí mirándome así.

El señor Brendan ya estaba saliendo de la habitación. Ella no sabía cómo podía dejar a Donovan en aquel momento, pero tampoco podía dejar escapar al señor Brendan con la sospecha que le rondaba por la cabeza. Corrió tras él y le tocó el brazo. Él la miró.

—Deje que le acompañe a la salida…

—Por favor, no se moleste. Tiene mucho que hacer aquí.

La señora Plum había reclutado al señor Brimble para que la ayudara a quitarle la camisa a Donovan. Estaba en buenas manos.

—Insisto —dijo ella, y lo acompañó hacia el pasillo. Cuando llegaron a las escaleras, continuó—: Muchísimas gracias por su ayuda, señor Brendan.

—Ni lo mencione.

—Espero que… no se haya escandalizado mucho.

Él la miró como si no la comprendiera.

—Por… —murmuró Hollis, y señaló en dirección al dormitorio de Donovan.

Ella nunca le había hablado a nadie de la inclinación sexual de Donovan, ni siquiera a su hermana. Le había prometido a Percy que nunca se lo diría a nadie, y había cumplido su promesa. El señor Brendan empezó a bajar las escaleras.

—No se preocupe, señora Honeycutt, yo no me entrometo en los asuntos de otros hombres.

Ella lo siguió hasta el rellano del primer piso. Él se detuvo allí y la miró de pies a cabeza, y terminó mirándola a los ojos.

—Gracias por el té —le dijo suavemente, como si le hubiera hecho un favor—. Le ruego que vuelva con su mayordomo —añadió, y siguió bajando.

—Espere —dijo ella, y lo siguió hasta el piso bajo—. Señor Brendan, hay algo más que tengo que decirle. Por favor. Es importante. Además…, se ha dejado su bizcocho —añadió, mirando hacia el comedor.

Él la miró fijamente.

—Lord Dromio me estará esperando.

—Por favor, señor Brendan, no serán más de cinco minutos.

Ella esperaba que eso fuera mentira. Esperaba que se quedara y que se lo contara todo. Quería saberlo.

—¿Recuerda lo que le dije sobre la Sociedad de Filología de Londres? —le preguntó, mientras se dirigía hacia la puerta de su despacho.

—¿Cómo iba a olvidarlo?

El señor Brendan la siguió, y los dos entraron en la sala. Ella se dirigió hacia los sillones, y ambos tomaron asiento. Entonces, le ofreció el plato de bizcocho, y él lo aceptó.

—El hecho es que, si yo hubiera podido convencer al señor Shoreham de que me aceptaran en la sociedad, no habría tenido tanto tiempo para estudiar la historia de Wesloria y Alucia.

—Aunque habría podido utilizar ese tiempo en algo más agradable que leer libros de historia polvorientos —respondió él. Tomó un pedazo de bizcocho y emitió un sonido de satisfacción.

—Para mí no son libros polvorientos —dijo ella—. Me resultan

fascinantes. Mi hermana será un día la reina de Alucia, y yo debo saber todo lo posible sobre la historia del país donde vive.

—Sí, supongo que sí —dijo él, asintiendo. Tomó otro pedazo de bizcocho—. Sinceramente, se me había olvidado el parentesco.

—La historia de Alucia es terrible, con tantas traiciones y rebeliones. Es gratificante ver cómo el país avanza en una dirección más productiva, ¿verdad? O, por lo menos, en la dirección que marcará el duque cuando sea rey.

El señor Brendan se encogió de hombros.

—Puede que falten muchos años todavía.

—Cierto —dijo ella, y tomó aire para reunir valor—. Pero, en realidad, lo que más me fascina es la historia de Wesloria.

Él posó el tenedor en el plato. Su mirada se oscureció un poco.

—¿Y eso por qué?

—También es una historia sangrienta y oscura, ¿no? Muchas guerras y traiciones. Por lo menos, hasta que el rey Maksim ocupó el trono.

Él la miró recelosamente y dejó el plato de bizcocho sobre la mesa. Hollis intentó calmarse, pero estaba muy nerviosa.

—El padre del rey es quien instauró la paz en el país, después de muchos años de enfrentamientos entre los nobles —dijo el señor Brendan.

—Ah.

Hollis no podía pensar con claridad bajo su intensa mirada, pero tenía el tema que quería abordar en la punta de la lengua. Vaciló, porque ella siempre se había comportado de manera educada y responsable, tal y como se esperaba de una mujer casada de su posición social. Sin embargo, su vida había cambiado, se había quedado vacía, y ella deseaba una vida llena y que tuviera sentido.

Lo que estaba a punto de decir era tan grosero e impropio que su antigua persona habría estado muy avergonzada. Sin embargo, la nueva Hollis Honeycutt estaba harta de la mujer en la que se había convertido, aburrida, solitaria e insatisfecha, e iba a cambiar.

Carraspeó y sonrió con empatía al hombre que, con total seguridad, una vez estuvo destinado a ser rey.

—Lo que me pareció más trágico de la historia wesloriana fue la pérdida del hijo del rey cuando era un bebé. Lo robaron de su cuna una noche, y nunca más volvieron a verlo.

El señor Brendan palideció. Apoyó las manos en las rodillas como si pensara que iban a golpearle.

—No puedo imaginar el dolor que sufrieron sus padres.

Al señor Brendan se le llenó la cara de manchas. A su alrededor, el

aire experimentó un cambio extraño, y ella supo, en aquel instante, que tenía razón. El señor Brendan era el príncipe perdido.

Todo encajaba. Su sordera era una secuela bastante común de las fiebres infantiles, y estaba documentado que el príncipe había padecido la escarlatina. Tenía los mechones de pelo blanco, al igual que el rey y sus hijas. Y, mirándolo bien, se notaba su parecido con el rey Maksim; tenía los ojos del mismo color ámbar que él. ¿Cómo se le había pasado por alto aquel vínculo? Le latía tan rápidamente el corazón, que estaba mareada.

Se inclinó hacia él.

—Señor Brendan, ¿es usted el hijo perdido del rey Maksim?

—¿Cómo? —bramó él, con cara de indignación.

—¿Es posible que lo sea? Después de todo, se parece…

El señor Brendan se puso en pie de golpe.

—¡Es lo más absurdo que ha dicho usted hasta la fecha, señora Honeycutt! —exclamó él, con enfado—. ¡Es una suposición ridícula y peligrosa! ¿Qué le sucede a usted?

El señor Brendan caminó a zancadas hacia la ventana, con las manos en las caderas. Dijo algo más en wesloriano y, a juzgar por su tono de voz, no era nada amable. Pero, en realidad, si la idea fuera tan absurda como él quería que pensara, estaría riéndose, ¿no? En vez de haberse puesto tan furioso.

—A mí no me parece absurdo —dijo ella.

Él no respondió. No la había oído. Así que se puso en pie y se reunió con él junto a la ventana.

—¿Señor Brendan? —le dijo, tocándole el brazo para llamar su atención. Él se giró hacia ella—. Tiene todo el sentido. Usted tiene ciertos rasgos, como los mechones de pelo blanco y los ojos de color ámbar, que comparte con el rey y con sus hijas.

Él miró hacia la puerta, casi como si quisiera huir. Y ella tuvo la sensación de que se había quedado mudo. No sabía qué hacer ni adónde ir. Estaba claro que no quería reconocer la verdad.

—Su secreto está a salvo conmigo, señor.

Él dio un resoplido desdeñoso.

—No puede estar más equivocada. Discúlpeme por decirlo, señora Honeycutt, pero es usted del peor tipo de persona. Se dedica a remover mentiras y rumores sin tener ninguna prueba de lo que dice. Su comportamiento es peligroso e irrespetuoso. Y podría terminar muy perjudicada por ese motivo.

Ella iba a ignorar aquella opinión por el momento, aunque, en realidad, sus palabras le hicieron un poco de daño. Pensaba que estaba ayudando.

—Entonces, dígame por qué está tan cautivado por el rey Maksim.

—Yo no estoy cautivado —respondió él, con enfado—. Soy un patriota.

—Si es un patriota, ayúdeme a encontrar a esos cuatro soldados.

—No hay ningún soldado —dijo él, abriendo los brazos—. Está usted interfiriendo en algo que no le incumbe.

—Vaya, parece el señor Shoreham, de la Sociedad de Filología de Londres. ¿Quién tiene el derecho exclusivo de investigar si se está preparando un golpe de estado? ¿Hay alguien especial a quien deba hacer partícipe de mis sospechas? No, no lo creo. Me parece que somos los dos únicos que creemos que existe la posibilidad y, por lo tanto, los dos únicos que intentarán descubrirlo.

Él se puso las manos en las caderas y la miró con incredulidad.

—Ha perdido el juicio. ¿Es que no ha pensado en que hay cosas en juego que son mucho más importantes que algo para publicar en su revista?

—En ese caso, explíquemelo. Yo puedo ayudarle a recuperar el trono…

—¡No diga eso! —exclamó él, alarmado.

—¿Lo niega, señor Brendan? ¿Niega que es el legítimo heredero del rey Maksim?

Él se quedó mirándola fijamente, y se pasó una mano por el pelo con desesperación.

—No puedo creerlo.

Hollis se apretó el estómago con las dos manos. El señor Brendan estaba consternado, y ella nunca hubiera querido causarle dolor a nadie. Sin embargo, allí estaban los dos.

—¿Estoy equivocada? —le preguntó, en voz baja—. Dígame que estoy equivocada y no volveré a decir nada, le doy mi palabra. No volveré a hablar con usted, si no quiere. Pero dígame que estoy equivocada.

—No, yo estoy equivocado —dijo él—. He estado equivocado todos estos años.

Ella no sabía a qué se refería, pero lo consideró una negativa.

—De acuerdo —dijo, alzando ambas manos—. Lo entiendo.

—Es usted increíble —dijo él—. Indignante. Nadie me había preguntado esto jamás. Ni una sola persona. Así que, dígame, señora Honeycutt, ¿cómo es que me lo pregunta usted, precisamente?

A Hollis se le cortó la respiración. ¿Acababa de admitir que era el hijo del rey Maksim? ¿El bebé perdido? Dios santo, iba a desmayarse…

—¿Quiere decir que…?

—¿Qué ocurre, que ahora no me cree? —preguntó él, con exasperación, y se alejó de ella. Se dejó caer en uno de los sillones con una actitud de derrota.

Hollis tenía un nudo en la garganta. ¡Estaba en lo cierto! Sin saber cómo, se había tropezado con aquello sin querer. Lo había descubierto todo por su cuenta, y… y…

Había prometido que iba a guardar el secreto.

—Espero que comprenda que no puede saberlo nadie. Nadie.

—Nadie —repitió ella—. ¿Por qué no lo ha negado, señor Brendan? Si nadie puede saberlo, ¿no sería más fácil negarlo todo?

Él se echó a reír con desgana.

—¿Y dejar que publique algo en su revista? ¿Algo que llame la atención sobre mí? No me ha dejado elección.

—No, no… Yo no tenía la intención de…

Él alzó una mano para evitar que siguiera hablando.

—No importa cuál fuera tu intención. Ya está hecho —dijo el señor Brendan, y se pasó los dedos entre el pelo, de modo que sus mechones blancos quedaron una vez más a la vista antes de que el cabello volviera a su sitio. Él se dio cuenta de que ella lo estaba observando—. ¿Tengo su palabra?

—Sí, por supuesto.

Él la miró con escepticismo.

—Le doy mi palabra, señor Brendan.

Él asintió brevemente.

—Espero que su mayordomo haya dicho la verdad. Me dijo que usted no me traicionaría nunca, y lo cierto es que a él no lo ha traicionado.

—No, nunca lo haría —respondió ella, con vehemencia.

Todavía no había asimilado el hecho de haber descubierto aquel secreto. Tenía muchísimas preguntas que hacerle, pero debía ser cautelosa. Se puso en pie, fue hasta la consola y sirvió dos copas de *brandy*. Volvió a su lado y le dio una. Él miró el líquido de color bronce.

—Desde hace mucho tiempo, he pensado que me descubrirían. Pero nunca me imaginé que sería así.

—¿Me lo va a contar? —le pidió ella.

El señor Brendan suspiró dos veces. Hizo girar el *brandy* en el vaso mientras la observaba. Hollis se preguntó si, ahora, le parecería alguien de fiar o una villana. De repente, el señor Brendan apuró el licor. Tosió y dejó a un lado el vaso. Entonces, empezó a hablar: —Yo no supe la verdad hasta que tenía diecisiete años —dijo, y se frotó la cara con las dos manos.

Y se lo contó.

Capítulo 15

Qué dilema debe de ser, para cierta dama menuda de una buena casa del Distrito de los Lagos, haberse casado con el heredero de una inmensa fortuna de Northumberland y descubrir que está enamorada del hermano pequeño. Sospechamos que el heredero le encontrará a su hermano un puesto de clérigo en algún lugar muy, muy lejano.

Señoras, un árbol de Navidad alegrará la decoración de todos los hogares con cintas de colores y adornos de papel que deben colgarse de sus ramas. Algunos recomiendan que se utilicen también panecillos y frutas confitadas para dar el aroma de la temporada.

Revista Honeycutt de moda y hogar para damas

Marek se quedó asombrado al ver cómo brotaban de sus labios todas aquellas palabras. Era como si hubiesen estado encerradas en su pecho demasiado tiempo y quisieran ser libres, y escaparan a toda prisa al abrir la puerta, cargadas de emoción.

También le asombró el hecho de que, una vez dicho todo, una vez compartida su extraordinaria historia, sintiera su alma mucho más ligera. Nunca se había permitido a sí mismo hacer algo así. Ni siquiera se lo había contado a Paul, el pastor de su parroquia, que era amigo suyo e iba a verlo todas las tardes del domingo. Tomaban un oporto y charlaban de lo divino y lo humano, pero Marek no había tenido nunca ni la más mínima tentación de revelarle su secreto a aquel hombre, a quien consideraba su amigo. Le parecía una carga demasiado pesada como para ponerla sobre sus hombros. Además, era peligroso, como liberar a un león que podía volverse en su contra.

Tampoco se lo había contado a Mariska, la mujer a la que había querido a su manera. Alguna vez se había planteado hacerlo, pero… Mariska tenía algo, una faceta que hacía que él se preguntara si era completamente de fiar. Él tenía la impresión de que un secreto como aquel sería demasiado grande como para que ella pudiera guardarlo, y que terminaría contándolo todo, ya fuera por amor o por dinero.

No sabía por qué había elegido a la señora Honeycutt. Ciertamente, era la única que había adivinado la verdad. Era la única que lo había observado con la suficiente atención como para darse cuenta de sus peculiaridades. Ni siquiera Mariska le había comentado nada sobre sus mechones de pelo blanco.

Tal vez, el hecho de elegir a la señora Honeycutt se debiera a que había guardado muchos años el secreto de Donovan, e incluso lo había protegido.

A lo mejor era un tonto, pero, en el momento en que empezó a hablar, ya era demasiado tarde. No pudo contener la verdad.

Le dijo que lo habían criado dos personas a quienes él creía sus tíos, a orillas del mar de Tophia, en una parte remota de Wesloria. Le dijeron que sus padres habían muerto de cólera, y él aceptó aquella explicación, igual que aceptó que se había quedado sordo por la caída de un caballo cuando solo tenía dos años.

—Mi infancia fue idílica —dijo.

Le habló de su vida en el mar, de los días que pasaba pescando con su tío, de las clases que tomaba con un tutor por insistencia de su tía, de las materias en las que se educó, de los idiomas… Era extraño que un niño de una casa común y corriente fuera instruido de esa manera, pero él nunca lo cuestionó. Sus tíos querían lo mejor para él. Sin embargo, él nunca había aspirado a nada más que ser capitán de un barco de pesca, como su tío.

—Mis sueños y aspiraciones eran muy normales. Era feliz, disfrutaba de la vida —dijo—. Nunca tuve ningún motivo para pensar que las cosas debieran ser distintas… hasta que cumplí los diecisiete años.

Entonces, su tía había enfermado gravemente de cáncer. Pocos días antes de morir, lo llamó a su lecho de muerte y le dijo algo que cambiaría su vida para siempre.

—¿Fue entonces cuando le dijo quién era usted? —preguntó la señora Honeycutt, con los ojos abiertos como platos.

Él asintió.

—Ella no era mi tía. Había sido mi niñera en palacio.

—¿Fue su niñera quien lo secuestró? —preguntó ella, con incredulidad.

—Era parte de un complot.

Aquella mujer no tenía ningún parentesco con él, ni existía la madre que ella le había descrito.

—Tenía que haberme dado cuenta —dijo—. Ninguno de mis tíos se parecía en nada a mí.

Los dos eran muy pálidos, mientras que él tenía la piel morena. Su

tía, su niñera confesó que era el primogénito del rey de Wesloria, que había sido secuestrado y a quien todos creían muerto. Le confirmó la historia que él ya conocía por sus estudios. El rey asumió el trono muy joven, después de la muerte de su padre. Era muy inexperto, y en su país había muchos enfrentamientos. Corrían los rumores de que varios miembros de la familia del rey, primos, tíos, etcétera y otras facciones belicosas querían invadir Alucia. Sin embargo, el padre del rey Maksim había sido un defensor de la paz, y el joven rey juró que continuaría por ese camino.

—El más problemático era el hermanastro del rey de Alucia. Sigue siéndolo. Está hambriento de poder y de riqueza, y no se detendrá ante nada con tal de conseguir sus objetivos. Si no consigue derrocar al rey de Alucia para ocupar el trono, intentará derrocar al rey de Wesloria.

—Felix Oberon —dijo la señora Honeycutt.

—¿Lo conoce?

—Sí. Intentó secuestrar a mi cuñado.

Sí, por supuesto. Él había leído la noticia del intento de secuestro del príncipe heredero de Alucia mientras estuvo en Londres hacía dos años. El complot había fracasado, pero el secretario personal del príncipe había perdido la vida.

—Félix Oberon ha sido una amenaza para el rey Maksim y para su familia desde que ocupó el trono. Creo que soy la prueba viviente de ello —dijo él, con una expresión sombría—. Aspira al trono de Wesloria con la excusa de que tiene un pariente lejano en la familia real. Hay muchos que quieren su gobierno. Es despiadado y siempre se pone del lado del capital. Si consiguiera su propósito, declararía la guerra a Alucia, uniría a los dos países y gobernaría con mano de hierro.

La señora Honeycutt exhaló un suspiro.

—Mi hermana está en medio de esa situación —dijo—. Ahora es aluciana. Una Chartier. Como mi mejor amiga, Caroline.

Marek asintió.

—Creo que él no se detiene ante nada y tratará por todos los medios de derrocar a la monarquía de Alucia. Todo el mundo pensó que había sido el culpable de mi secuestro. Y he leído que la mayoría de la gente pensó que me había matado, porque un rey sin herederos es un rey débil.

—¿Fue él? —preguntó la señora Honeycutt—. ¿Está seguro de ello?

—No. Lo único que tengo es la confesión de una mujer en su lecho de muerte.

—¿Ella lo conoció?

—No creo —dijo Marek—. Tenía una aventura ilícita con uno de los traidores. Su misión era asegurarse de que ellos pudieran acceder a mí. Una ventana abierta, una puerta sin llave… Supongo que la noche en la que iban a secuestrarme no pudo soportarlo, su conciencia no se lo permitió. Con ayuda de un amigo, me recogió y huyó conmigo. Hubo una lucha en el campo, a las afueras de St. Edys, y su amigo resultó muerto. Ella consiguió escapar y se escondió en casa de su hermano. Después, atravesó Wesloria con un niño que no era suyo y se ocultó en la costa rocosa del mar de Tophia durante el resto de su vida.

—Oh, Dios mío —dijo la señora Honeycutt, en un tono lleno de asombro.

Él se miró las manos. Su tía, su niñera, había sido una buena madre para él. La había querido sin reservas hasta el momento en que ella le había confesado toda la verdad. En realidad, la mentira que había vivido toda su vida. Todavía no había conseguido dilucidar sus verdaderos sentimientos hacia la mujer que lo había criado como si fuera suyo, ocultándole aquel secreto.

Ni siquiera sabía cómo se sentía sobre sí mismo. Era el hijo de un rey, y debería haber crecido en un palacio, debería haber conocido el mundo entero. Sin embargo, siempre había sido feliz viviendo en el mar.

—Lo siento —dijo la señora Honeycutt—. Me imagino lo duro que debió de ser para usted enterarse de la verdad.

—Mucho. Al principio, no me lo creí. Era demasiado escandaloso como para ser verosímil. Mi tío no fue de gran ayuda, me juró que solo sabía lo que le había dicho ella sobre aquel asunto.

—¿Y está seguro de que todo es verdad?

Él sonrió con tristeza.

—¿Usted no? Ha visto los mechones blancos de mi cabello, el color de mis ojos, mi sordera parcial, debida a unas fiebres que padecí en la infancia, antes de ser secuestrado. El príncipe desaparecido quedó sordo por unas fiebres, eso está bien documentado.

—Supongo que hay gente que podría decir que son todo coincidencias.

Aquella observación era muy astuta. Él también lo había pensado.

—Sí, pero hay algo más.

Se metió la mano por el cuello de la camisa y sacó una fina cadena de oro con una cruz. La cruz tenía perlas incrustadas, y por detrás tenía grabado su nombre completo, Vill Marek Ivavnosen, y la fecha de su bautizo. Se la quitó del cuello y se la entregó a la señora Honeycutt.

Ella examinó la cruz.

—Es preciosa.

La giró y leyó la inscripción.

—¿Cómo conseguiste el apellido Brendan?

—Cerca de mi casa había un pueblecito de pescadores que desapareció poco a poco. Se llamaba Brendan.

La señora Honeycutt le devolvió la cruz y lo miró mientras él volvía a ponérsela al cuello.

—Creo que es cierto. Creo que es el príncipe perdido.

Por muy terrible que hubiera sido la confesión de la tía Laurlena, al mismo tiempo, las cosas habían empezado a cobrar sentido. El hecho de tener un tutor, de recibir una educación mucho más extensa que otros jóvenes de su entorno, o la obsesión que tenía su tío Dondan de que él estuviera siempre seguro cuando estaban pescando en el mar. Incluso su falta de relaciones sociales le parecía extraña. Vivían en un sitio remoto, y nadie iba a visitarlos, salvo el tutor.

Y había algo más. Algo que siempre había estado presente, desde que él tenía uso de razón: la sensación de que no pertenecía ni a aquellas tierras ni a aquel mar. La sensación de que era un extraño en su propia vida, que había caído en ella por casualidad.

—¿Por qué no se lo ha dicho a nadie? ¿Por qué no ha reclamado el lugar que le corresponde en su familia? —le preguntó la señora Honeycutt.

Aquella era una pregunta difícil de responder. Lo había pensado, lógicamente. Cuando había cumplido la mayoría de edad, había dejado a su tío y se había ido a St. Edys en busca de respuestas. No tenía ningún plan, salvo el de poder ver a su familia de lejos, y al padre a quien nunca había conocido, y a las hermanastras que habían nacido después de que su propia madre muriera de pena. Después de unos años, su padre se había casado de nuevo con una mujer del Mediterráneo, más joven que él, y capaz de darle el heredero que necesitaba después de la pérdida de su primogénito.

Marek veía a la familia real durante los desfiles, o cuando su padre daba algún que otro discurso. Sin embargo, cuando había podido ver a su padre de cerca había sido allí, en Londres. Le había sacudido por dentro ver su mechón de pelo blanco y sus ojos de color ámbar, que se parecían a los suyos de una manera inquietante.

—No creo que eso se pueda hacer de ninguna manera que no sea perjudicial para la familia —dijo.

Y era la verdad. Él había ido a St. Edys a verlos, con la fantasía de acercarse a su padre. «Soy tu hijo perdido», le diría. Pero, cuanto más veía a la familia real, más entendía que no sería una reconciliación

alegre. Todos sospecharían de él. Incluso podría ir a la cárcel bajo la acusación de hacerse pasar por el heredero del trono. Además, estaba la cuestión de las princesas Justine y Amelia, que habían sido formadas desde la cuna para ocupar su lugar en el mundo. El Parlamento wesloriano había enmendado la ley de sucesión para que la princesa Justine pudiera ocupar el trono por ser la primogénita. Él no estaba dispuesto a arrebatárselo. Y no estaba dispuesto a causar agitación en el país, cuando estaban trabajando para conseguir la paz y la estabilidad en la región.

Después de pasar un tiempo en St. Edys, había buscado empleo, y lo había encontrado en el ministerio de Comercio. Su trabajo consistía en hacer informes sobre las industrias y compilar resúmenes para el ministro de Comercio. Al poco tiempo, empezó a ofrecer recomendaciones para remediar problemas en ese ámbito. Escribió informes sobre lo que significaban las cifras por debajo de la superficie. Después de unos años, se convirtió en la mano derecha del ministro.

Hacía dos años que lord Dromio había ocupado el cargo, y le había confesado a Marek que nunca se había sentido del todo cómodo en el área de la economía, algo que demostraba todos los días. Se apoyaba completamente en la opinión de Marek y se había empeñado en que fuera a Londres con él.

—¿Ha estado observando al rey desde lejos durante todo este tiempo? —le preguntó la señora Honeycutt.

—Sí. Mi trabajo está en el estudio de la economía. Es lo más cerca que puedo estar de él.

—Pero… ¿y usted, señor Brendan? ¿Qué tipo de vida lleva usted en su país?

—Una vida sencilla.

Le habló de su pequeña granja, en la que tenía dos vacas lecheras, algunas ovejas, dos perros y algunas gallinas. Tenía contratado a un muchacho del pueblo cercano para que atendiera la granja cuando él iba a St. Edys todos los días. Al final de la jornada, de vuelta a casa, se detenía en una posada del camino cuyo propietario, el señor Karetzo, era amigo suyo. El hombre se enteraba de todo lo que ocurría en St. Edys y en sus alrededores, y le gustaba contarlo. Cuando ya tenía las noticias del señor Karetzo, se iba a su casa para cuidar de sus animales y sentarse delante de la chimenea.

Llevaba una vida solitaria, con un pie en el mundo en el que había crecido y un pie en el conocimiento de que pertenecía a un mundo que le habían sustraído. Temía que lo descubrieran, temía las acusaciones y las posibles represalias. No tenía ninguna prueba de que

lo que pensaba fuese verdad, y la única persona que podría confirmar su historia era su tío. Pero el tío Dondan no estaba ni siquiera cerca de St. Edys la noche que lo habían secuestrado. Además, mencionar el nombre de su tío sería convertirlo en blanco de los chacales que rodeaban a la familia real.

Así pues, había guardado su secreto, y siempre había creído que sería su único depositario hasta aquella noche.

—Pero no se ha mantenido completamente a distancia —dijo la señora Honeycutt—. Algo le ha llevado a sospechar que hay problemas.

—Sí —respondió él.

Aquellos últimos meses había empezado a notar algunas anomalías en el trabajo que le llegaba al escritorio, patrones que iban en contra de la política de comercio establecida.

—En mi trabajo he empezado a ver cosas que no tienen sentido. Exportaciones que no se exportan. Grano que se abandona y acaba pudriéndose. Importaciones que no se recibieron o fueron saqueadas por el camino. La economía de Wesloria siempre ha sido más débil que la de nuestros vecinos, pero hemos hecho algunos avances en estos últimos años. Hemos comenzado a producir carbón, y estamos instalando tecnologías que ayudarán en la industrialización. Así que estos contratiempos han enfurecido a los capitalistas poderosos, que dicen que su rey y el Parlamento están tomando malas decisiones comerciales y que están desperdiciando las ganancias que habíamos conseguido.

La señora Honeycutt sonrió irónicamente.

—Eso lo dicen todos los capitalistas de todos los gobiernos.

Le sorprendió un poco que ella supiera esas cosas. No se ajustaba a lo que él pensaba de las mujeres británicas privilegiadas.

—En este caso, parece cierto.

—¿Cree que su padre está arruinando la economía de su país?

—No —respondió Marek. El rey quería favorecer el comercio para lograr prosperidad. Quería cambios. Quería una sociedad moderna—. Pero creo que alguien se está encargando de que parezca que sí. Ha dado discursos en los que ha explicado los objetivos que tiene para su país. Sin embargo, algunos de sus ministros están haciendo exactamente lo contrario, y por eso parece que el rey y su primer ministro están tomando decisiones equivocadas.

—¿De veras? —preguntó ella, con escepticismo—. Pero ¿cómo?

—Hoy, sin ir más lejos, lord Dromio, nuestro ministro de Comercio, ha regalado una parte mayoritaria de las minas de carbón que hay en la región de Astasia. Dijo que el rey le había dicho que

ofreciera las minas de carbón a cambio de una mayor participación en el comercio de cereales. Eso no tiene sentido. El cereal de Wesloria es superior al de Alucia, y siempre hemos tenido una mayor participación en el mercado. Además, yo estaba en la sala en St. Edys cuando se fijaron los objetivos que debíamos conseguir en las negociaciones. No se dijo nada de esto. El carbón es muy importante para la riqueza de nuestra nación, como le he dicho hoy al ministro. Le hice varias recomendaciones basadas en los hechos, pero él las ignoró en el curso de las negociaciones. Dice que sigue los deseos de Su Majestad, como si el rey hubiera cambiado de opinión desde que hemos llegado a Londres. Los alucianos aprovechan nuestra posición de debilidad, y los británicos quedan en medio e intentan apaciguar a todo el mundo.

Apartó la mirada y reflexionó sobre ello un instante. Era mucho más de lo que le había contado a nadie.

—Y, por otra parte…, me da la impresión de que el rey está enfermo. Su palidez es… enfermiza.

—¿Está enfermo de verdad?

—No lo sé, pero no puedo dejar de sospechar lo peor.

—¿Cuál cree que es la causa de su enfermedad? ¿Un cáncer?

—Veneno.

A la señora Honeycutt se le escapó un jadeo.

—¡No! ¿Aquí? ¿En Londres? ¡Pero si está invitado en el St. James Palace! ¿Cómo es posible?

—Debe de pensar que estoy loco. Solo un loco sospecharía cosas así. Yo casi no conozco al rey, y solo lo he visto en salones abarrotados. ¿Cómo podía saberlo?

Ella no intentó convencerlo de que lo sabía.

—Todo esto suena a locura. Yo parezco un loco —dijo él.

—No, no es cierto, señor Brendan. Dígame, teniendo en cuenta sus sospechas, ¿qué piensa en realidad del asunto de los cuatro soldados?

Marek hizo un gesto negativo.

—No lo creo. No creo que hubiera soldados en ese barco, ni en ningún otro. La familia real ha venido acompañada de guardias suficientes.

—Pero ¿y si es cierto? ¿A qué han venido? ¿Cuál podría ser la razón para enviar a cuatro soldados a Londres en un buque escocés?

Él pensó en la respuesta. Se levantó y se acercó a la ventana, y se quedó mirando la oscuridad de la noche. ¿Y si era cierto? ¿Y si ella tenía razón? Si le ocurría algo al rey allí, en Londres, ¿qué significaría? La reina Victoria llamaría a sus mejores médicos para salvar al rey. Su familia contaría con protección. Los ministros se

reunirían en torno al rey. ¿Dónde encajaban los cuatro soldados en aquella situación?

La señora Honeycutt se levantó y se acercó a él. También miró por la ventana. Le tocó la mano para que él la mirara.

—Creo que sé lo que tenemos que hacer.

—¿Tenemos que?

—Sí, tenemos que. Entre los dos, tenemos que averiguar si de verdad había cuatro soldados a bordo de ese barco, quién los envió y para qué.

—Ah, ya entiendo. Y será tan fácil como buscar a los cuatro jinetes del apocalipsis.

Ella sonrió y se encogió de hombros.

—«Cuando haya pasado el alboroto» —dijo, alegremente.

—«Cuando la batalla esté ganada y perdida» —dijo él, y le miró los labios.

Ella hizo una exclamación de deleite.

—¡Me maravilla con su conocimiento de Shakespeare! Ninguno de mis conocidos tiene la paciencia suficiente.

Ella también le maravillaba a él, y no por citar a Shakespeare en las conversaciones. Él había aprendido inglés leyendo las obras de Shakespeare y de otros autores.

—Sé lo que hay que hacer, señor Brendan. Pero tiene que confiar en mí.

Desde los diecisiete años, él no había vuelto a confiar en nadie más que en sí mismo, pero, en aquel momento, aquella mujer tan bella que había aparecido de la nada, le estaba dando la esperanza de poder confiar de nuevo en alguien. Impulsivamente, le acarició la mejilla con los nudillos.

—No tengo más remedio que confiar en usted, señora Honeycutt.

Ella sonrió.

—Me llamo Hollis.

—Está bien, haré lo que me diga. ¿Qué sugiere que hagamos?

—Encontrarlos.

—Ya. ¿Y cómo sugiere que lo hagamos?

Ella no respondió. De repente, se giró hacia la puerta. Él no había oído nada, pero la mujer mayor había entrado en la sala.

—¿Cómo está? —preguntó la señora Honeycutt.

—Está dormido, señora. Le di una buena dosis de láudano. Está muy magullado, pero nada demasiado grave, aparentemente. Se pondrá bien.

—Enseguida subo a su habitación a verlo.

La mujer asintió y se marchó.

—La dejo con su paciente —dijo él.

No tenía ganas de irse, pero sospechaba que ella quería ir con Donovan.

En la entrada, tomó su sombrero y puso la mano en el pomo de la puerta. Se detuvo.

—No ha llegado a decirme cómo.

—¿Cómo vamos a encontrarlos? Tengo una idea excelente.

—Me da miedo preguntar.

—Creo que necesitamos una reunión alrededor de un árbol de Navidad.

—¿Cómo?

Ella se echó a reír.

—Una fiesta navideña. Es la manera más segura de hablar con lord Douglas sin causar especulaciones. Él es el dueño del barco escocés. Por desgracia, discutimos un poco la última vez que lo vi, y supongo que tendré que disculparme. Por eso no puedo ir a visitarlo sin más. Por otro lado, tiene muy mala fama y, si yo lo visitara, toda la ciudad hablaría de ello.

La señora Honeycutt le dio un suave apretón en el brazo y lo soltó.

—Déjemelo todo a mí.

Aquello era una locura.

—No puedo dejárselo todo a usted.

—Bueno, pues déjeme esto, por lo menos.

Él debería negarse antes de que todo llegara demasiado lejos. Se imaginó que, después de una buena noche de sueño, iba a arrepentirse de haberle contado tantas cosas. Pero, en aquel momento, no podía decir nada que le negase la oportunidad de volver a verla. Le tomó una mano y le besó los nudillos, e inhaló su olor a jabón y rosas. Tenía la piel muy suave, y él se preguntó cómo sería la suavidad del resto de su cuerpo. Alzó la cabeza para decirle, de nuevo, que no podía dejar aquello en sus manos, pero lo que salió de su boca fue:

—Mi nombre de pila es Marek.

Capítulo 16

Lady Dammer, de Belgravia, dio a luz a una niña sana el pasado sábado. La niña tiene, en el momento de su nacimiento, una dote que puede compararse a las de las hijas de la reina. Ya puede comenzar a formarse la larga fila para pedir su diminuta mano.

Se dice que esta semana, en una cena privada, el rey Maksim de Wesloria se sintió indispuesto, y sus ministros tuvieron que sacarlo del comedor. Como volvió a aparecer al día siguiente, en una merienda, podemos albergar la esperanza de que haya recuperado la salud, aunque muchos notaron sus marcadas ojeras. Tal vez, el estrés de negociar un acuerdo de paz que está resultando una desventaja para su país le esté pasando factura al monarca.

Revista Honeycutt de moda y hogar para damas

Hollis se sentía más viva que nunca. Subió rápidamente las escaleras hacia la habitación de Donovan, y lo encontró profundamente dormido. Le dio un beso en la frente. Él frunció el ceño, pero no despertó.

Después, ella se retiró a su habitación y miró a su alrededor, abrazándose a sí misma. ¡Era lógico que se sintiera tan emocionada! Había conseguido que Marek Brendan le contara su extraordinario secreto, y ella lo iba a custodiar.

Quería ayudarle. Pobre hombre…, ¡qué carga había soportado todos aquellos años, sin poder hablar con nadie! Debía de haber sido muy duro para él.

Ya no le extrañaba que fuera un hombre tan misterioso. Un hombre guapo y misterioso que había aparecido en su vida de repente, desde el otro lado del mundo.

Se sentía cautivada por él.

A la mañana siguiente, Hollis le llevó el té a Donovan a su habitación.

Él estaba sentado, vestido con unos pantalones y una camisa.

Estaba muy rojo, debido al esfuerzo.

—Deberías quedarte en la cama —le dijo ella.

—Estoy bien —respondió él, con una mueca de dolor.

Ella se sentó en una silla, al lado de la cama.

—¿Qué pasó?

—Hollis, ya sabes cuál es nuestro acuerdo.

—Nuestro acuerdo es que yo no pregunte nada, pero accedí a ello antes de que te dieran una paliza.

Él se puso lentamente en pie, con cuidado, y dio unos pocos pasos con el cuerpo rígido.

—Las autoridades, o los rufianes, no sé quiénes eran, nos estaban esperando fuera de un establecimiento concreto.

Se refería a un establecimiento en el que se reunían los hombres homosexuales para socializar y encontrar pareja. Percy le había hablado de ellos una vez, y no hacía falta mucha imaginación para saber que su marido sabía de ellos por Donovan.

—¿Te estaban esperando? —le preguntó ella.

A él le dio la risa, pero, al instante, tomó aire bruscamente debido al dolor.

—No solo a mí, querida, sino a todo el mundo. Estaban esperando para provocar una pelea. Podían haberme matado, pero un caballero con escaño en la Cámara de los Comunes tuvo la mala fortuna de salir detrás de mí, y se fueron a perseguirlo a él. Mis amigos me ayudaron a volver a casa —dijo, con una sonrisa de consternación—. Yo no habría venido aquí con este problema si hubiera podido valerme por mí mismo. Pero no pensaba con claridad.

—Tú siempre tienes que venir aquí, Donovan. Pero… ¿es necesario que vayas a esos sitios?

Él suspiró.

—Si fuera posible cambiar mi naturaleza, lo habría hecho hace muchos años. No es fácil ser algo que la sociedad aborrece. Pero no puedo cambiarlo, y no voy a luchar contra ello. Ya lo sabes.

Habían tenido aquella conversación otra vez, poco después de que muriera Percy. Entonces, él le había dicho que no iba a disculparse por quién era, ni a ocultárselo. Ella se había quedado desconsolada, porque le resultaba insoportable pensar en perderlo. Nunca se había arrepentido, pero se preocupaba por él.

Y por sí misma, también. En Mayfair la convertirían en una paria si se hacía pública la verdadera naturaleza de Donovan. Era extraño que la gente chismorreara y se riera por la idea de que se estaba acostando con su mayordomo, sin darle importancia a la moralidad. Después de todo, ella era una viuda joven. Sin embargo, nunca perdonarían que

su mayordomo deseara a otros hombres. Conocía bien a aquel tipo de hipócritas. Hacía dos años, habían ahorcado en Londres a un hombre por el delito de sodomía.

—Donovan, yo…

—¿Adónde vas? —le preguntó él, interrumpiéndola para que no hablara más de la noche anterior. No iba a contarle nada más.

Ella suspiró con exasperación.

—A ver a Beck.

—¿A estas horas de la mañana? No habrá desayunado todavía —dijo Donovan, mientras se ponía el pañuelo del cuello.

—Pues desayunaré con él. Se ha quejado de que no voy a verlo últimamente, así que pensé en hacerlo.

Él la miró con poco convencimiento.

—Umm… ¿Tiene algo que ver con la visita de ayer del señor Brendan?

—Pues claro que no. Beck me dijo claramente que estaba disgustado porque ya no iba a visitarlo. Nada más.

Donovan no se dejó engañar. La miró fijamente.

—¿Averiguaste algo por medio del señor Brendan?

Hollis titubeó un segundo antes de hacer un gesto negativo. Oh, cuánto odiaba mentirle a Donovan, pero le había dado su palabra al señor Brendan la noche anterior, y no podía desvelar su secreto. Él confiaba en ella.

—¿Estás segura? —le preguntó Donovan, con escepticismo.

—No creo que ni siquiera un tiro de caballos pueda arrancarle algo a ese hombre.

Por lo menos, eso no era una mentira. De todos modos, pensó que lo mejor era marcharse ya, para que Donovan no la llevara hasta un lugar del que no pudiese escapar. Se puso en pie, se acercó a él y posó la palma de la mano en su mejilla.

—Por favor, ten cuidado. No podría arreglármelas sin ti.

—Creo que te las arreglas muy bien sin mí todo el tiempo —dijo él. Le tomó la mano y entrelazó sus dedos con los de ella—. Además, ¿no deberías ir preparándote para esa posibilidad? Algún día, querrás algo diferente a esto.

—Por el amor de Dios —protestó ella—. ¿Por qué dices eso?

—Porque es cierto —dijo él, y se giró hacia el espejo para atarse el pañuelo.

Hollis se giró para que él no pudiera ver el miedo reflejado en sus ojos. ¿Arreglárselas sin Donovan? Era imposible. ¿Con quién hablaría? ¿Quién le diría la verdad? ¿Quién estaría a su lado durante las noches frías, largas y solitarias?

—Tengo que irme. No quiero que Beck se me escape.

—Buenos días, señora —dijo Donovan.

Ella fue hacia la puerta y se giró:

—Ten cuidado —le dijo, suavemente.

No esperó a su respuesta, porque los dos sabían que él no iba a cambiar ni una sola cosa.

Fue a casa de Beck dando un paseo, con el firme propósito de recuperar el buen humor. Tenía un objetivo, una tarea importante, y le importaba a alguien más que a ella sola. Cuando llegó a casa de Beck, estaba sonriendo de nuevo.

Garrett, el mayordomo de casa de los Hawke, la recibió en la puerta y se hizo a un lado para dejarla pasar.

—¡Señora Honeycutt!

Aquel era el grito de Beck, que estaba al final del pasillo. Acababa de bajar de su habitación y estaba en bata. Hollis le entregó la capa y el sombrero a Garrett y fue hacia él.

—¡Beck! —gritó, y lo abrazó.

—¿Qué demonios? —preguntó él, antes de darle un beso en la mejilla—. No puedes ir por ahí abrazando a la gente, Hollis. ¿Qué estás haciendo aquí? Me había acostumbrado a desayunar a mi ritmo ahora que todas os habéis ido y no os coméis toda la comida antes de que yo pueda probar bocado.

Hollis lo tomó del brazo y lo llevó hacia el comedor.

—Me reñiste porque no venía a verte, así que he venido.

Cuando entraron al comedor, soltó a Beck y fue directamente hacia el aparador. Se dio cuenta de que estaba hambrienta, y aceptó el plato que le entregaba uno de los sirvientes.

—Café, Brockman. Y para la dama.

Hollis se llenó el plato y fue a sentarse a la mesa.

—Tiene un aspecto divino —dijo Hollis. Cortó un pedazo de beicon y se lo metió en la boca, y cerró los ojos al notar su delicioso sabor.

—¿Dónde está Caroline? ¿Todavía sigue en la cama?

—Por supuesto que no —dijo su amiga, que entraba en el comedor en aquel instante, con el pelo dorado suelto por la espalda y la bata volando a su espalda. Al ver a Hollis, frunció el ceño—. ¿Qué haces aquí tan temprano? ¿Ha ocurrido algo?

—Caro, son casi las once. ¿Por qué estabas acostada todavía?

—Es que anoche nos acostamos muy tarde —dijo, con un bostezo, y se dejó caer en la silla que estaba junto a la de su hermano.

—¿Ah, sí? ¿Dónde estuvisteis? —preguntó Hollis con curiosidad, mientras untaba mantequilla en su tostada.

—En una cena en… ¡Ah!…

De repente, Caroline se incorporó en el asiento. Hollis la miró.

—Se me había olvidado —dijo Caroline, encogiéndose—. No debíamos decírtelo.

—Ah, así que estuvisteis con Eliza —dijo Hollis, encogiéndose de hombros—. Le he dicho mil veces que ya sé que no estoy invitada a todo lo que suceda durante su visita. Entiendo que ella es duquesa, y tú eres… ¿Qué eres?

Caroline chasqueó la lengua.

—Bueno, lo cierto es que sé cómo son estos eventos reales.

—Te echamos mucho de menos, Hollis —le dijo Caroline.

—Umm… —murmuró Hollis, y miró dubitativamente a su amiga —. Estoy segura de que no tuvisteis ni un momento para pensar en mí.

—Tienes razón —dijo Caroline—. Pero tengo una noticia increíble que darte. Douglas estaba presente…

—¿Qué? —exclamó Hollis, asombrada—. ¿Dónde?

—En casa de los Montford —dijo Beck, mientras tomaba el periódico matinal.

—¡Robert Ladley! —exclamó Hollis. Ahora sí se sentía ofendida. Lord Montford era amigo de Beck desde hacía muchísimos años, y Hollis lo conocía bien—. ¿Ya no me va a incluir entre sus invitados?

—No es culpa mía, querida —dijo Beck, sin darle importancia—. Es el padre de Robert quien quiere codearse con la realeza extranjera.

—Douglas no es de la realeza extranjera.

—Pero va a ser duque —dijo Beck, encogiéndose de hombros—. Y un duque poderoso, además.

—Pero hay más, Hollis —dijo Caroline—. Tuvieron que ayudar al rey de Wesloria a levantarse de la mesa, porque se puso enfermo.

Hollis bajó el cuchillo.

—¿Enfermo?

Caroline asintió con energía mientras tomaba un pedazo de tostada de la panera.

—Después de tomar la sopa, se quejó de que se encontraba muy mal. Y, ciertamente, tenía un aspecto horrible.

—¿Se desmayó?

—Casi. Uno de sus ministros se dio cuenta de que se estaba tambaleando y lo ayudó a salir del comedor.

Dios santo. El señor Brendan sospechaba que algo, o alguien, le estaba haciendo enfermar.

—La reina y sus hijas, sin embargo, se quedaron en la mesa y terminaron la cena. ¿Qué te parece eso?

—Todo suena muy inquietante —respondió Hollis—. ¿Su esposa no lo socorrió?

—No. Y creo que su heredera ni siquiera se dio cuenta, porque estaba totalmente obnubilada con Douglas.

—¡No! —exclamó Hollis, mientras el sirviente volvía al comedor con el café.

—Por favor, no gritéis —dijo Beck, quejándose—. Todavía no he podido tomar ni un sorbo de café.

El sirviente puso el café delante de Hollis y, después, se apresuró a servir también a Beck.

—Él debe de tener siete u ocho años más que ella, ¿no? —dijo Caroline—. ¿Cuántos años tiene la princesa?

—Ella tiene diecisiete, y él es dos años más joven que yo, así que es un sinvergüenza de veintiséis —dijo Hollis.

Beck se echó a reír.

—Tenías que haberlo visto, sonriendo y sosteniéndole la mirada —dijo Caroline—. ¿Crees que estará corto de dinero y querrá hacerse con la dote de la princesa?

—No, querida —dijo Beck, desde detrás del periódico—. Douglas tiene un problema de comportamiento, no de dinero. Está ganando una fortuna con su buque mercante, y su familia posee la mitad del territorio de Escocia.

—Quizá debiéramos invitarlo a la fiesta del árbol —dijo Hollis—. Sería un detalle, teniendo en cuenta cómo nos gritamos él y yo la última vez que nos vimos.

Beck bajó el periódico y la miró.

—¿Por qué es la primera vez que oigo mencionar esto? —preguntó Caroline—. ¿Qué fiesta del árbol?

—Sé que no me va a gustar la respuesta, pero voy a hacer la pregunta de todos modos. ¿Qué es una fiesta del árbol? —preguntó Beck—. ¿Y qué motivo tenías tú para gritarle a Douglas?

—Nos gritamos porque tiene unas manos muy largas —dijo Hollis —. Le dije que las mantuviera alejadas de mi persona, y él me dijo que yo tenía una imaginación muy activa, como todo el mundo sabía por la revista, y que parecía que yo había soñado que él me había tocado, pero que eso era imposible, puesto que él es un caballero. Pero lo hizo —dijo Hollis. Después, se giró hacia uno de los sirvientes—. ¿Sería posible que alguien escalfara uno o dos huevos, por favor?

—Oh, para mí también —dijo Caroline.

—Sí, seguid, las dos, comeos todo lo que hay en mi despensa —dijo Beck, mientras pasaba la página del periódico—. No has contestado a mi pregunta, Hollis. ¿Qué es una fiesta del árbol?

—Es una fiesta para celebrar la llegada y el adorno del árbol de Navidad —respondió ella—. Está muy de moda. Todo el mundo las

está haciendo. Quiero invitar a Douglas con todos los demás. Le pediré perdón por haberle llamado bestia.

—¿Vas a dar una fiesta? —preguntó Caroline—. ¿Y qué vas a hacer con ese espanto de comedor?

—Oh, no puedo hacer nada al respecto —admitió Hollis—. Por eso había pensado darla aquí. Podríamos invitar a la familia, por supuesto, a algunos conocidos, incluidos esos a quienes hace mucho tiempo que no vemos. Pero no más de tres docenas de personas.

Beck bajó el periódico hasta la mesa de golpe y la atravesó con la mirada.

—¿De qué demonios estás hablando?

—¿Dónde está el árbol? —preguntó Caroline, desconcertada.

—Tendremos que traer uno.

—Un árbol. En mi casa —repitió Beck.

—Un árbol de Navidad —dijo Hollis, corrigiéndolo rápidamente—. Decorado según el espíritu de las fiestas. Ahora que la reina lo ha hecho, hay uno en todos los salones de Mayfair.

—¿Qué es lo que ha hecho la reina? —inquirió Beck, cada vez más desesperado.

—Pero… todavía queda mucho para Navidad —dijo Caroline—. El árbol de la reina no hace su aparición hasta uno o dos días antes de Navidad.

—Daremos comienzo a una nueva tradición.

—No —dijo Beck, con firmeza—. Si quieres arrastrar un árbol y bailar como una pagana a su alrededor, hazlo en tu casa, Hollis.

—Pero es que tu casa es mucho más grande y elegante que la mía, querido. Todo el mundo estaría mucho más cómodo aquí.

—No me llames «querido» para engatusarme. Mi casa es más grande y elegante que la tuya porque no tiene esa dichosa revista desperdigada por todas partes, y va a seguir siéndolo. Detesto las reuniones en las que la gente se dedica a pasearse y hablar de cosas intrascendentes y a comerse mi comida y beberse mis licores. No voy a mancillar mi casa ni mi espíritu con un árbol.

—A mí me parece divino —dijo Caroline—. Eliza y Bas también vendrán, y la bebé, por supuesto. ¡A Cecelia le encantará el árbol! Y tu padre y Poppy, por supuesto.

—¡Todo el mundo! —exclamó Hollis—. Incluso Beck.

—Beck, por supuesto —dijo Caroline, sonriéndole a su hermano—. Sin él, no sería una ocasión festiva.

—He dicho que no —repitió Beck.

—¿A quién más vamos a invitar? —le preguntó Caroline a Hollis, ignorando a su hermano.

—¿Al pavo real? —preguntó Hollis.

—¡El pavo! —exclamó Caroline, y se echó a reír—. ¡Katherine Maugham! ¿Te acuerdas lo desesperada que estaba porque mi marido pidiera su mano?

—Y el de Eliza. De hecho, lleva mucho tiempo que alguien con un monedero bien lleno pida su mano, Caro. Ya lo sabes. Esta sería una buena oportunidad para hacer algo que está a la moda y demostrarle que tú sigues siendo una parte importante de esta sociedad.

—Pero Caro no es parte de esta sociedad y, sinceramente, no creo que ninguno de nuestros viejos amigos venga si es esta pequeña escandalosa la que hace las invitaciones —dijo Beck, señalando a su hermana con el dedo pulgar—. ¿Crees que a alguien se le ha olvidado lo que ocurrió el año pasado? Si hay alguien que tiene que hacer las invitaciones, ese soy yo.

—¡Gracias! —gritó Caroline, y se inclinó hacia él para intentar abrazarlo, pero Beck se zafó con facilidad—. Hollis y yo te daremos la lista de invitados.

—No he dicho que fuera a hacerlo.

—Creo que sí lo has dicho —replicó Hollis con satisfacción. Le dio un sorbito a su café y pinchó otro pedazo de beicon de la fuente.

—Era el último pedazo —refunfuñó Beck.

—De todos modos, Hollis, me extraña un poco. ¿Por qué quieres hacer la fiesta aquí? ¿Y por qué quieres invitar a Douglas? Estoy segura de que, le dijeras lo que le dijeras, se lo merecía. No tienes necesidad de reconciliarte con él. A menos que…

De repente, Caroline se inclinó hacia delante.

—A menos que hayas empezado a sentir cierta estima por él…

—¡No! —gritó Hollis, horrorizada. Eso sería como empezar a sentir estima por el hermano pequeño y latoso de alguien.

—Recuerda con quién estás hablando, Caro —dijo Beck, mientras observaba con seriedad la nueva fuente de beicon que el sirviente ponía en la mesa, ante ellos—. Estoy seguro de que su deseo de celebrar aquí la fiesta tiene algo que ver con su dichosa revista, como siempre. Algunas veces, me pregunto qué pensaría mi querido amigo Percy si supiera que todo su arduo trabajo se ha transformado en una revista para mujeres.

—Estaría muy orgulloso —dijo Hollis.

Se habría sentido muy orgulloso… después de una temporada lógica sintiéndose escandalizado. Pero, cuando viera el número de ejemplares vendidos y el dinero que ganaba con ello, se sentiría orgulloso. Percy siempre había respondido muy bien a los hechos.

—¿Lo hacemos, digamos, el sábado? —preguntó con ligereza,

mientras un lacayo le ponía delante un huevo escalfado.

—¿Hacemos el sábado qué? —preguntó Beck, examinando el beicon.

—La fiesta del árbol.

—¿El sábado? —inquirió Beck, alzando la vista desde el plato—. ¿De dónde voy a sacar un árbol, por el amor de Dios? ¿Y se supone que tengo que darles de comer a todos esos familiares y conocidos yo también? ¿Es eso? ¿Es que a nadie le importa mi bolsillo ni mis deseos al respecto?

Caroline le puso la mano en el brazo a su hermano, con delicadeza.

—No.

Beck apartó el brazo.

—Hollis mandará a Donovan a cortar un árbol, ¿a que sí, querida? Tiene que ser alto, ¿verdad? ¿Qué altura tiene el de la reina?

—Donovan no se encuentra muy bien. He pensado que el conde de Iddesleigh puede pedir que le envíen uno de su finca.

—Hollis, no puedes colarte en mi casa y exigir una fiesta y un árbol de mi finca. Tendré que enviar un mensajero y pedir un árbol. ¿Qué te crees? ¿Que va a aparecer aquí misteriosamente?

—Entonces, traeremos uno de Bibury —dijo Caroline—. ¡A Leopold le encantará! En Alucia es costumbre decorar el árbol de Navidad. ¡Oh! Y acabo de acordarme de alguien a quien debemos invitar.

—¿A quién? —preguntó Hollis.

—¡A lady Blythe Northcote!

Beck soltó el tenedor sobre el plato, con tanto escándalo, que todos los presentes dieron un respingo.

—Juro por todo lo sagrado que, si vuelves a mencionar ese nombre, te meto una servilleta en la boca.

—Se me había olvidado ese nombre, Caroline. Recuérdamelo. ¿Beck es su pretendiente?

Beck señaló a Hollis con un dedo.

—No se te ocurra jugar a ese jueguecito, Hollis. Si tanto quieres tu árbol de Navidad, es mejor que te lo pienses dos veces.

—Si te prometo que no volveré a mencionarla, ¿darás la fiesta?

—Hecho —dijo él.

Caroline y Hollis se miraron. Por supuesto, Blythe Northcote estaría invitada.

—¿Ponemos las ocho de la tarde en las invitaciones? —preguntó Hollis.

—Sí —dijo Caroline—. Y no te preocupes por Beck. Está feliz de ser el anfitrión. Así tendrá algo de lo que poder quejarse.

—Ja. Como si me faltaran motivos de queja con vosotras dos otra

vez aquí, en mi casa —dijo él.

—Beck traerá un buen árbol, y yo me encargaré de lo demás —dijo Caroline.

—¿Y qué demonios es un buen árbol? —preguntó Beck, muy molesto.

Hollis aprovechó la oportunidad y se levantó.

—Os dejo para que Caroline te lo explique —dijo—. Caro, ven hoy a casa de mi padre y haremos la lista. Él se pondrá muy contento de verte.

—Lógico. Todo el mundo se pone muy contento de verme —dijo Caroline, sin la menor muestra de humildad. Pero ese era uno de los motivos por los que Hollis adoraba a Caroline: era una mujer segura de sí misma que decía lo que pensaba.

Hollis rodeó la mesa y abrazó a su amiga, que le dio un beso en la mejilla, y fue a abrazar también a Beck, que se quejó de nuevo de que a ella le hubiera dado por abrazar a todo el mundo, pero que le apretó el brazo que le ponía alrededor del pecho.

Por mucho que protestara, Beck la quería como a una hermana, y siempre, siempre, hacía lo que ellas querían.

Capítulo 17

Lord Iddesleigh, de Maifair, conocido por su declarado rechazo a las veladas, a pesar de ser uno de los invitados más asiduos de todos, está pensando en poner un árbol de Navidad en su salón. Se dice que el árbol proviene de Thetford Forest, en Norfolk, y que es tan grande que su señoría se ha visto obligado a apartar su adoraba butaca de su sitio delante de la chimenea para hacer hueco.

Aunque el tamaño del árbol y el espacio disponible no permiten enviar invitaciones a todos los amigos de Iddesleigh, se rumorea que una dama del norte asistirá a la fiesta, ya que su formidable padre le ha dado permiso para quedarse en Londres todo el invierno.

Señoras, las coronas navideñas más bonitas son las que están hechas de acebo, tejo y hojas perennes, decoradas con piñas y manzanas.

Revista Honeycutt de moda y hogar para damas

Se precipitaban hacia un acuerdo de paz cuyos términos eran muy poco favorables a Wesloria. De hecho, los términos parecían tan poco equilibrados que un funcionario británico había instado a Dromio y a Van a que revisaran las concesiones que habían hecho en nombre de su rey. Los ministros alucianos y el duque de Tannymeade se habían quedado asombrados cuando Van había accedido a que Wesloria redujera considerablemente sus exportaciones de cereal y permitiera que Alucia tuviera acceso a sus mercados.

—¿Es este el deseo del rey? —preguntó Osiander, después de la reunión—. Contradice absolutamente todo lo que acordamos antes de salir de St. Edys.

—Su percepción de las negociaciones le ha hecho cambiar de opinión —dijo Dromio, encogiéndose de hombros.

—Entonces, quizá debería asistir a las negociaciones en persona —replicó Osiander.

—Cálmese, señor —le dijo lord Van, con frialdad—. El rey está enfermo. No puede negociar desde una posición de fuerza en esas condiciones.

—Lo que está ocurriendo es inaceptable —dijo Osiander.

Dromio sonrió con desdén.

—Entonces, quizá quiera preguntarle usted mismo cuáles son sus pensamientos.

Osiander vaciló. Seguramente, no sabía cómo podía cuestionar al rey. Y, en ese breve instante de vacilación, Dromio aprovechó para cambiar de tema de conversación y quejarse del mediador inglés.

Aquello fue desconcertante para Marek, y parecía que también para Osiander, que seguía furioso. Cuando terminó la jornada, la delegación de Wesloria volvió al hotel y, allí, en la entrada, Osiander se enfrentó a Donovan y a Van.

—Quiero asistir a la próxima reunión con el rey. Han regalado ustedes todo lo más preciado de Wesloria y no han obtenido nada a cambio.

Dromio enarcó una ceja con sorpresa.

—¿Acaso cree que la paz con Alucia no es nada?

Lord Van suspiró y miró hacia una ventana.

—Es el rey, Osiander. Él es quien toma las decisiones, y este es su deseo.

—¿Cómo sabemos cuáles son sus deseos, aparte de escucharles a ustedes dos? —preguntó Osiander—. ¿Por qué no se reúne con todos nosotros?

—Ya se lo hemos dicho —respondió Dromio, con sequedad—. Está enfermo. Como siempre.

Osiander entrecerró los párpados.

—Yo siempre he oído decir al rey que quiere que Wesloria prospere. Y Wesloria no va a prosperar sin industria ni comercio.

Van suspiró de nuevo.

—Exagera.

—¿De veras?

Van frunció el ceño. Lo miró de un modo inquietante.

—Me parece que sería un error exagerar sus sentimientos, milord.

Osiander miró a los dos ministros y después a Marek. Él se echó hacia atrás por un reflejo. No quería que Osiander pensara que tenía algo que ver con lo que estaba pasando en la mesa de negociaciones. Osiander volvió a mirar a Dromio y a Van, pero se puso de espaldas a él y no pudo oír de qué se trataba. Fuera lo que fuera, hizo que a Dromio también se le pusiera cara de estar enfermo.

Osiander se alejó, y Van y Dromio se miraron.

—Yo hablaré con él —dijo Van, y se fue tras él.

Marek y Dromio se quedaron.

—Tiene razón —dijo él—. Estamos cediendo demasiado terreno. El carbón, el cereal.

Dromio se giró lentamente y lo miró.

—¿Quién demonios se cree que es usted para decirme que el rey está equivocado?

Era un asesor de confianza, alguien que entendía la economía de Wesloria mucho mejor que Dromio.

—Soy su consejero, milord, porque entiendo la economía mejor que mucha gente.

—Puede ser, pero usted no entiende de política internacional, Brendan. Y no entiende cómo retiene el rey su poder. Yo sí. Así pues, manténgase al margen.

Se movió como si tuviera intención de alejarse, pero él habló antes de que lo hiciera.

—¿Qué le sucede al rey?

Dromio frunció el ceño. No le gustaba que le hicieran preguntas.

—Ha dicho usted que está enfermo.

—¿Cómo voy a saber yo qué le pasa? En mi opinión, bebe demasiado.

Eso no era cierto. El rey no bebía en exceso. Nunca se había dicho eso del monarca, y él no lo había observado en aquellas últimas semanas. En realidad, parecía que el rey se abstenía de beber en absoluto. De tal palo, tan astilla, pensó, distraídamente.

—Debería traer a un médico para que lo examine, pero él se niega —añadió Dromio.

—¿Se niega? No tiene sentido.

—Usted no entiende que Su Majestad es un…

—Disculpen, señores.

Un lacayo se detuvo a la derecha de Marek, con una bandeja de plata en las manos. En ella había una tarjeta de visita.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Dromio, molesto.

Le hizo un gesto para que tomara la tarjeta. Al leerla, Marek palideció.

—¿Quién es? —preguntó Dromio, con impaciencia.

—Nadie. Alguien de una revista local —dijo Marek, y se guardó la tarjeta en el bolsillo.

—Ocúpese de ello —le dijo Dromio, y miró con enfado al lacayo, que continuaba allí—. ¿Qué quieres?

—La dama está esperando —dijo el lacayo.

—La dama —repitió Dromio.

—¿Dónde? —preguntó Marek.

—Fuera, señor.

—Ah, gracias.

—La dama —dijo Dromio, con una sonrisa lasciva, mientras se retiraba el sirviente. Movió las cejas en dirección a Marek—. Me sorprende, señor Brendan. Estaba empezando a pensar que era usted un eunuco.

—¿Disculpe?

—Vaya, vaya. No seré yo quien le impida a un hombre su disfrute. Pero no permita que le vea nadie. No debería traer aquí a su amante.

Él palideció. Dromio era estúpido y vulgar, dos cosas que él despreciaba en un hombre.

—Ella no es…

No importó lo que quisiera decir. Dromio ya se había alejado. Marek contuvo un suspiro de exasperación y se encaminó hacia la salida del hotel.

La señora Honeycutt estaba en la acera, acompañada por otra mujer, y las dos parecían fuera de lugar entre todos los caballeros que entraban y salían por la puerta del hotel. Ella iba envuelta en una gruesa capa de lana y llevaba bufanda y sombrero. Se le veían las mejillas y la punta de la nariz enrojecidas por el frío. Al acercarse, vio que se le dibujaba una sonrisa de felicidad en el rostro, y tuvo una sensación de calidez.

—¡Señor Brendan!

—Buenas tardes, señora Honeycutt.

Ella siguió sonriendo un momento y, después, dijo:

—¿Me permite que le presente a mi amiga, la señorita Poppy Dumont?

La señorita Dumont era una mujer delgada, con el pelo de color caoba y el sombrero ligeramente torcido. Estaba sonriendo y le hizo una reverencia.

—¿Cómo está, señor Brendan?

—Muy bien, gracias. Señora Honeycutt, ¿ha ocurrido algo?

—¡No, en absoluto! —dijo ella, alegremente—. Las cosas van muy bien, ¿verdad, Poppy?

—Estupendamente, sí.

—He venido porque tengo algo para usted —le dijo ella.

Sacó un sobre de su bolsillo y se lo entregó.

—¿Qué es esto?

Ella se echó a reír.

—¡Ábralo!

Marek abrió el sobre y sacó una tarjeta. Era una invitación a una

fiesta en casa del conde de Iddesleigh. Se detallaba que habría un árbol de Navidad para decorar y que se serviría pudin de Navidad. Dios santo, lo había conseguido. Él alzó la vista, y ella le lanzó una sonrisa resplandeciente.

—Puede venir, ¿verdad?

¿Podría?

—¿Y lord Dromio?

—Ah. El problema es que el árbol ocupa tanto espacio que no tenemos más remedio que limitar el número de invitados.

Sí, eso era un problema, porque Marek no sabía cómo ausentarse de la presencia de Dromio durante la tarde del sábado sin tener una explicación adecuada. No sabía cómo aceptar la invitación a una fiesta a la que Dromio no estaba invitado.

—Seguro que se le ocurrirá algo —le dijo ella, como si le hubiera leído el pensamiento.

Marek volvió a mirar la invitación.

—Lord Douglas ya ha enviado un mensaje para decir que estará encantado de asistir a la fiesta.

—¿De veras? —preguntó la señorita Dumont, enarcando las cejas con sorpresa—. No me había enterado de que hubiese vuelto a Londres.

—¿Es que ninguno de vosotros leéis la revista?

—Las he leído todas —respondió la señorita Dumont—. Bueno, la mayoría. Las que no he leído están apiladas junto a mi cama.

La señora Honeycutt cabeceó con resignación y miró a Marek.

—De todos modos, vendrá, ¿no, señor Brendan?

—Yo… Me temo que me va a resultar muy difícil.

Tenía que pensar en una manera de eludir a lord Dromio.

—Espléndido —dijo la señora Honeycutt, con su sonrisa espléndida —. ¿Quiere que le envíe un carruaje? Donovan puede ir a buscarlo, si quiere.

—Gracias, pero iré por mí mismo.

—Qué independiente es usted, señor Brendan —dijo ella, alegremente—. Bien, señor Brendan, pues nosotras ya hemos cumplido con nuestro deber. Hasta que volvamos a vernos.

—Ha sido un placer conocerlo, señor Brendan —dijo la señorita Dumont.

—El placer es mío —dijo él, con una reverencia.

Las mujeres empezaron a alejarse, pero la señora Honeycutt miró hacia atrás una vez más. Le dijo algo a su amiga y volvió sobre sus pasos.

—No se preocupe, señor Brendan. Parece que está preocupado.

—¿Yo? No, señora Honeycutt. Solo estaba pensando.

—Piense que será una fiesta parecida a las que usted asiste en Wesloria. Tal vez, incluso, sea el mismo tipo de árbol.

Él nunca asistiría a una fiesta como aquella en Wesloria. Le preguntó, con curiosidad: —¿Cómo va a ser el mismo tipo de árbol?

—Será una velada muy agradable. ¿No le parece apetecible? Y asistirá gente importante. Alguien que será muy beneficioso para nuestra causa —le dijo, en voz baja.

—Entonces, ¿ahora es nuestra causa? —le preguntó él, sonriendo un poco.

—¿Todavía no se había dado cuenta? —le preguntó ella a su vez, riéndose.

Y el sonido de su risa le provocó un cosquilleo, como si le hubieran acariciado las alas de una mariposa. No podía resistirse a ella ni a su invitación. Además, sentía curiosidad por los soldados. Si de verdad existían, y ella conocía a la persona que podía verificarlo, él quería encontrarlos. Pero, por encima de todo, quería deleitarse un poco más con su calidez.

—Ah, por su sonrisa me doy cuenta de que vendrá a la fiesta —dijo ella—. Y eso me alegra muchísimo. ¡Buenos días, señor Brendan!

Él no dijo nada más, y ella fue hacia la señorita Dumont y la tomó del brazo. Cuando llegaron a la esquina, las dos se volvieron hacia él y lo miraron. Después, continuaron su camino, entre risas.

Tuvo una sensación extraña. La premonición de que, algún día, la vería alejarse de él para siempre. Y de que, asombrosamente, se sentiría muy infeliz cuando sucediera.

Capítulo 18

La invitación a la fiesta navideña del conde de Iddesleigh se convirtió en la más codiciada de todo Londres cuando se anunció que los duques de Tannymeade asistirían en compañía de las princesas de Wesloria. Los reyes Maksim y Agnes permanecieron en St. James Palace, debido a que la salud del rey no ha mejorado.

El marqués de Douglas llevó como obsequio unas botellas de absenta, y lady Chartier aportó tres ramitas de muérdago, y ambas cosas convirtieron la velada en algo mucho más festivo de lo que estaba previsto. Los vecinos han informado de que los invitados abrieron las ventanas de par en par y cantaron villancicos, y de que el sonido de sus voces se oía a varias manzanas a la redonda. A la mañana siguiente hubo que llamar a tres carruajes para que devolvieran a sus casas a los más fervientes invitados.

Señoras, deben tener cuidado de no poner demasiado licor en el ponche de Navidad. Por favor, sigan las recetas publicadas en esta revista.

Revista Honeycutt de moda y hogar para damas

Eliza se empeñó en que Hollis fuera a St. James Palace a prepararse para la fiesta.

—Así lo hacíamos siempre, ¿no? —le preguntó Eliza, sin aliento, mientras se movía de un lado a otro por la *suite*.

—¡Sí! —exclamó Hollis, alegremente—. Bueno, casi siempre.

Era cierto que siempre estaban juntas, sí. Pero el lugar era distinto, y Eliza tenía a tres mujeres para ayudarla a vestirse, mientras que ella no tenía ninguna. Y Cecelia estaba en el suelo, a los pies de su madre, mordiendo un caballito de madera.

En realidad, no era como siempre para ninguna de ellas.

De todos modos, Hollis estaba encantada de dejar a Eliza que lo pensara, y aceptó con agradecimiento la ayuda de una de las

doncellas, que le abrochó el vestido después de que se quejara de lo apretado que le quedaba.

—Sí, bueno, es que has engordado, ¿no?

—No, no es cierto —dijo Hollis.

Aunque, en realidad, sí lo era. Pero no necesitaba que se lo dijera nadie, y menos su resplandeciente hermana.

—Tu vestido es una maravilla —le dijo Eliza, echándose hacia atrás para admirarlo.

—Gracias —respondió Hollis.

Era un vestido de seda de color crema. La falda estaba adornada con abalorios de cristal que reflejaban la luz con los movimientos. Era el vestido que había llevado Caroline en su debut, hacía muchos años, pero había sido retocado para modernizarlo y adaptarlo al cuerpo de Hollis. Tenía una fila de lazos que caían en cascada por la parte delantera, y el escote era escandalosamente bajo. Hollis le había dicho aquello a Caroline, pero Caroline había alzado la nariz con indignación y le había dicho que estaba a la moda, cuando, claramente, no era cierto. Si ella se agachaba, se le saldría medio cuerpo del vestido.

Hollis miró a su hermana y vio que una de las doncellas le estaba poniendo una tiara en la cabeza.

—¿Vas a llevar eso a casa de Beck? —le preguntó.

Le parecía muy divertido. Sabía que Beck iba a soltar un gruñido y a poner los ojos en blanco. Eliza estaba destinada a ser reina, pero, para Beck, ellas seguían siendo unas niñas pesadas.

—Por supuesto —dijo Eliza, y se miró al espejo—. Le molestará muchísimo —añadió, y le guiñó un ojo a su hermana—. Yo sigo siendo Eliza, y él sigue siendo Beck, y yo me voy a deleitar fastidiándolo.

Cecelia balbuceó a los pies de su madre, y llamó la atención de todo el mundo. Le estaba ofreciendo el caballito de madera, todo mojado de babas.

—Oh, mi pequeñina, da gusto oírte —le dijo Eliza, con cariño—. Vas a ser una gran oradora, como tu abuelo —añadió, y miró a Hollis —. Hablando de papá, fui a verlo ayer. Ya está preparándolo todo para marcharse al campo.

—¿Sí?

—¿No te lo ha dicho? Toda la casa se traslada a Sussex este fin de semana, y están deseando irse. Creo que incluso Jack y John van a hacer el viaje.

—¿Son unas vacaciones? —preguntó Hollis, con desconcierto.

—No, cariño. Papá quiere ir a vivir al campo, ¿no te acuerdas?

—Sí, sí, pero ¿ya?

¿Cómo era posible que ella no se hubiera enterado? ¿Por qué no se lo había dicho nadie? Nadie le había dicho que la mudanza iba a ser tan pronto.

—No sé cuándo exactamente, pero Poppy ha dicho que Ben ha estado echando un vistazo cuando ha podido.

Entonces, ¿ya había llegado el momento? ¿Todos iban a dejarla allí sola, en Londres? No. Poppy se quedaría. Hollis no se la imaginaba viviendo en el campo.

—Fui a verlo a principios de semana. Caro intentó convencer a Poppy para que no se fuera, porque sus posibilidades de casarse son mejores aquí, en Londres, que en el campo.

—¿Cómo? ¿Caro fue contigo?

Eliza la miró con curiosidad.

—Bueno, Leopold y Bas tenían una reunión con los ministros, y ella quería distraerse.

Hollis se preguntó por qué no habían ido a buscarla, o le habían enviado un mensaje. Antes, las cosas no eran así.

De repente, Eliza se echó a reír.

—Caro le aconsejó a Poppy que se casara con Donovan, para que todo quedara en familia.

Hollis dio un resoplido.

—Caro debería quedarse en su propia parte del campo y dejar en paz a los demás.

Eliza se inclinó y tomó al bebé en brazos.

—No te preocupes, querida. Poppy respondió que Donovan es demasiado guapo para casarse. Pero no es demasiado guapo para ti, ¿verdad?

Hollis estuvo a punto de ahogarse.

—No digas bobadas, Eliza.

—¿Por qué es una bobada? Todo el mundo lo sospecha, y yo creo que debe de ser cierto. ¿No lo es?

—No, no lo es. Donovan siente estima por otra persona.

—Oh —dijo Eliza, con una gran sorpresa—. Yo no… Pero eso… Quiero decir, parece que está muy centrado en ti.

—Eso es porque es un hombre muy leal. Pero no está enamorado de mí.

Eliza escondió la cara en el cuello de Cecelia y le besó la mejilla, y volvió a dejarla en el suelo.

—Entonces, es tonto.

Eso era lo que diría una hermana leal.

—Oh, Dios —murmuró Hollis.

—¿Qué pasa?

—Me he convertido en la pariente por la que se preocupa todo el mundo, ¿no?

Eliza se echó a reír, pero su risa fue forzada.

—¡Claro que sí! —exclamó Hollis—. Hablo demasiado, me meto en cosas que, según la gente, no son de mi incumbencia, he engordado…

—¡Hollis!

—Pero nunca pensé que tú te preocuparías por mí, Eliza.

Eliza se quedó muy seria.

—Yo no he dicho nada de eso. Lo estás diciendo tú. Lo único que quiero es que seas feliz, ¿te parece muy mal?

—No, claro que no. Pero casarme porque sí no iba a hacerme feliz. Donovan no me haría feliz.

—Entonces, ¿qué te haría feliz? —le preguntó Eliza—. Llevas viuda más de cuatro años. No puedes vivir para siempre con el fantasma de Percy.

Hollis se echó a reír.

—Pues vivo con él. Está por todas partes en mi casa.

Eliza se giró hacia el espejo.

—Entonces, tal vez deberías sacarlo a él, o salir tú. Yo quería a Percy como a un hermano, y sé que él no querría que siguieras dando vueltas como una peonza.

Ella no estaba dando vueltas como una peonza… O tal vez sí.

Últimamente, se sentía como si estuviera siempre dando vueltas en busca de algo que le diera significado a su vida.

Pero había algo más. Por primera vez desde la muerte de Percy, estaba pensando en otra persona. Alguien que, en muchos sentidos, era tan poco idóneo para ella como Donovan, y exactamente igual de inalcanzable. Sin embargo, cuando pensaba en sus ojos de color ámbar, o de su forma de hablar inglés, tan perfecta, pero con un acento tan fuerte, o en el cosquilleo que sentía cuando él le miraba los labios para saber lo que decía, o cuando se imaginaba aquellas manos grandes sobre su cuerpo… Bueno, tal vez sí estaba dando vueltas como una peonza.

Cuando terminaron de vestirse, Eliza observó a Hollis.

—Tengo algo perfecto —dijo. Fue a otra habitación y volvió con un collar. Era una cadena de oro con un enorme rubí engastado, y otros tres, más pequeños, que colgaban de la cadena rígida separados por brillantes.

—Es precioso —dijo Hollis, mientras Eliza se lo ponía.

—El rubí más grande era un broche —le dijo Eliza—. El rey Tomsin se lo regaló a la reina Verity hace doscientos años por su aniversario. Él mismo se lo puso, clavándoselo en la ropa. Al día

siguiente, la encontraron muerta en su cama. Algunos dicen que estaba envenenado.

—¡Eliza!

—No te preocupes por eso. Ahora ya no está envenenado, te lo aseguro. Me lo puse para una cena de gala hace poco.

Hollis admiró el rubí en el espejo.

—Nunca había visto nada tan bonito.

—Debes quedártelo. Es un regalo mío. Te favorece mucho, con tu pelo oscuro y ese vestido. Estás voluptuosa.

—¿Señoras?

El duque entró en la habitación con una sonrisa. Al verlo, Cecelia empezó a gorgotear de alegría, y él la tomó en brazos y la arrulló.

—Mira, cariño, le he regalado este collar a Hollis. ¿A que le queda bien?

—No, no. Yo no puedo quedarme esto —dijo Hollis.

—Sí, la favorece mucho. Y, por supuesto, tienes que quedártelo, Hollis. Mi esposa lo ha decretado así —dijo él, y le guiñó un ojo—. Por cierto, estáis deslumbrantes las dos, si me lo permitís. Es hora de que nos vayamos. Querida, Hollis y tú me seguiréis en otro carruaje, para que yo pueda acompañar a las princesas de Wesloria.

Le dio un beso a su hija y se la entregó a Eliza, advirtiéndole que no se retrasara.

Ellas se despidieron de Cecelia y, después de que Eliza le recitara de nuevo la lista de instrucciones a la niñera, las dos hermanas se pusieron en camino hacia Upper Brook Street.

Estaba nevando ligeramente cuando Hollis y Eliza llegaron a casa de Beck. Como había tantos carruajes en la calle, tuvieron que esperar un cuarto de hora hasta que fue posible entrar. La luz salía por todas las ventanas que daban a la calle, y se veían cientos de velas encendidas en algo que parecía un árbol enorme.

La casa de Beck era palaciega, pero Hollis pensó que había unas ciento cincuenta personas cuando pudieron entrar. Muchas más que la treintena que ella había sugerido. El árbol que había traído Beck del campo era tan grande que ocupaba la mitad del salón, y tan alto que la estrella de latón que alguien había puesto en la copa rascaba el techo.

—¿De dónde has sacado ese árbol? —le preguntó Hollis a Beck, cuando él se acercó a saludarlas.

—No tengo ni idea —respondió él, encogiéndose de hombros, mientras le daba un beso en la mejilla—. Le encargué la tarea a Garrett.

Hollis lo abrazó con todas sus fuerzas.

—Gracias por todo esto.

—Uf —bufó Beck, cuando ella lo estrujó—. Por el amor de Dios, Hollis, ya estás otra vez abrazando como te da la gana.

La apartó de él y le dio un golpecito en la nariz con los nudillos.

—¡Qué árbol más enorme, Beck! Yo había pensado en algo más pequeño. Algo que pudieras encontrar más cerca. Casi no se puede ver a los invitados alrededor de esa cosa.

—Yo no necesito ver a los invitados, los tengo muy vistos. Y, si me lo permites, me gustaría comentar que yo tenía razón con respecto a traer un árbol al interior de una casa. Es algo ridículo, ocupa todo el espacio y todo está lleno de acículas. Por cierto, estás increíblemente guapa esta noche. Ese color te favorece.

—¿A que sí? —preguntó Eliza. Hollis le dio las gracias mientras Eliza se adelantaba para que Beck le diera un beso—. ¿Dónde está mi marido?

—Está dando una vuelta con las princesas para presentárselas a todos los caballeros que pululan por el salón. Esta noche, ellas son las estrellas del evento, aunque yo me haya tomado todo el trabajo de traer ese árbol monstruoso.

—Me alegro mucho de que hayan venido. ¿Te imaginas lo tedioso que…? —Hollis se quedó callada en mitad de la pregunta y dio un jadeo—. ¿Es ese…?

Beck sonrió como un gato.

—¿Has…? Beck, ¿has invitado a Shoreham? —le preguntó, a gritos, en un susurro—. ¿A esa piltrafa de hombre?

Beck sonrió aún más.

—Es obvio. Está aquí, ¿no?

—Pero… ¿por qué?

—¿Y por qué no? —le preguntó Beck, alegremente—. Me cae bien. Es un tipo interesante —dijo, y se inclinó para susurrarle algo al oído —: Si organizas una fiesta en casa de un hombre sin su consentimiento, será mejor que estés preparada para que ese hombre invite a gente de su propia elección.

Le dio unas palmaditas en la mejilla, y añadió:

—Que disfrutes de la fiesta, querida.

Y, con eso, se alejó a saludar a otros invitados.

—Oh, Dios santo, ahí está lord Russell —dijo Eliza, asintiendo en dirección al primer ministro—. Sebastian lo detesta. Dice que, una vez que empieza a hablar, no para, y que es imposible pronunciar una palabra. Voy a interceptarlo antes de que alcance a Bas —dijo Eliza, y, antes de que Hollis pudiera contestar, se alejó rápidamente, esquivando con maestría a todos los que intentaban detenerla para

hablar con ella.

Hollis se encontró de repente a solas en medio de un salón abarrotado de gente. Eso le ocurría bastante a menudo últimamente. Miró a su alrededor buscando a la otra persona que también estaba sola a menudo, pero no vio al señor Brendan por ninguna parte. Aunque él iba a ir a la fiesta. De lo contrario, le habría enviado un mensaje, ¿no? ¿O se lo había enviado a Beck, que era quien le había hecho la invitación? Debería haber mandado a Donovan a preguntar, pero Donovan estaba ausente más de lo normal aquellos días.

Ella se puso de puntillas e intentó ver la escena por encima de las cabezas de los demás invitados, pero no vio a nadie parecido al señor Brendan. Se abrió paso entre la multitud y, al recorrer el salón, se dio cuenta de que Beck había encargado mucha decoración. Para ser un hombre que decía que detestaba las fiestas, se había superado a sí mismo. Había puesto guirnaldas de abeto y acebo en la repisa de la chimenea, manzanas confitadas y candelabros con lazos. La luz de aquellas velas titilaba contra el retrato del padre de Caroline y Beck, y parecía que el señor estaba riendo.

¡Y el árbol! Iluminado con dos docenas de velas cuya cera caía a las ramas inferiores. Las llamas ardían peligrosamente cerca de las acículas del abeto… Ella nunca se lo diría a nadie, pero le pareció muy peligroso. Alguien había colocado guirnaldas de pasas, nueces y arándanos alrededor del árbol, y ella pensó que tenía que preguntarle a Beck quién había sido, porque tenía el toque cuidadoso de una mujer.

Intercalados con los demás adornos del árbol había lazos dorados y naranjas confitadas. ¡No entendía dónde había podido encontrar Beck tantas naranjas! ¿Había ido a los mercados? Algunas de ellas estaban talladas en forma de cestitas para guardar dulces. Mientras se acercaba al arco de la entrada, se oyó un alboroto cerca de la escalera, y ella miró hacia arriba. Caroline y Leopold bajaban lentamente, y Caroline tenía la mano posada en la barandilla, que había sido adornada con guirlandas de acebo y abeto. Llevaba un vestido verde oscuro de seda y satén, y descendía como una reina. Su marido tenía cara de felicidad a su lado. Cuando llegaron a la entrada del salón, los dos miraron hacia arriba. Hollis siguió su mirada y vio una rama de muérdago colgada del techo. Leo besó allí a Caroline. Oh, Beck, qué descarado. Había preparado hasta el último detalle para la fiesta de Navidad, y ella estaba deseando decirle que había hecho un espléndido trabajo.

Un sirviente apareció a su lado y se inclinó ante ella.

—Feliz Navidad, señora Honeycutt.

—¡Feliz Navidad, Donnelly!

Él le mostró la bandeja.

—Ponche de Navidad, por cortesía de lord Douglas.

—¿De verdad? —preguntó ella—. ¿Te ha pedido que me lo traigas? ¿Crees que está envenenado?

—Creo que no, señora, porque lo han tomado varios invitados y siguen en pie.

—Gracias, Donnelly.

Tomó uno de los vasos de cristal de la bandeja y, cuando Donnelly se alejó, ella le dio un sorbo… y tosió al notar la quemazón.

—¿Qué demonios…?

Miró el líquido verde claro que había en el vaso, preguntándose qué licor abominable y letal habían vertido en el ponche. De repente, sintió que alguien la estaba observando… Marek Brendan. Giró a su alrededor, sonriendo, pero no la estaba mirando nadie.

Al contrario.

La gente estaba charlando y riéndose, y nadie le prestaba atención.

Bueno, salvo Leopold, que le pegó un susto cuando volvió a girarse y se lo encontró frente a frente.

—Hollis, estás maravillosa —le dijo. Le tomó una mano y se la llevó a los labios.

—¡Gracias!

—¡Yo le hice el vestido! —exclamó Caroline, que apareció detrás de su marido y sonrió con deleite al inspeccionar el vestido—. ¿A que es precioso? ¿A que ella es bellísima?

—Sí que lo es —dijo Leopold, asintiendo.

—Vaya, me voy a poner colorada —dijo ella—. Muchas gracias. Estaba muy preocupada por si no podía ponérmelo, ya que te has negado a sacar ni un centímetro de tela para ensancharlo.

—Ponte corsé —replicó Caroline—. ¿Qué te parece, Leopold? Creo que esta vez me he superado a mí misma —dijo con orgullo—. Ojalá estuviera aquí Percy para poder verte.

Al oír el nombre de su marido, Hollis se sintió culpable. No había pensado mucho en él aquellas últimas semanas, aparte de para convencerse de que estaba lista para dejar que se convirtiera en un recuerdo lleno de amor.

—¿Qué estás bebiendo? —le preguntó Leopold, mirando su vaso.

—Donnelly me ha dicho que es ponche de Navidad, un regalo de lord Douglas. En realidad, es repugnante.

—¿Repugnante? ¿O fuerte? —preguntó Leopold. Puso la mano bajo el vaso y se lo acercó a la nariz. Lo olisqueó—. Fuerte. Este ponche, querida, está generosamente mezclado con La Fée Verte, un licor

francés que te provocará pesadillas si bebes demasiado. También se llama absenta.

Hollis y Caroline se quedaron mirándolo con la boca abierta. Él se encogió de hombros.

—He pasado un poco de tiempo en París.

—Bueno, pues ahora tengo que probarlo —dijo Caroline—. Yo no recomendaría nunca que nadie bebiera de un cuenco de ponche que haya traído Douglas, pero…, en realidad, él siempre fue muy divertido, ¿no?

—Demasiado —dijo Hollis—. Una vez te encerró en un armario.

—Éramos niños —dijo Caroline, moviendo la mano.

—Tenías diecisiete años.

—De todos modos, voy a probar esta bebida, ya que estamos en una fiesta navideña —dijo Caroline, y se volvió hacia su marido—. ¿Vamos?

—Sí, por favor —respondió él, y señaló con la cabeza una mesa donde había varios cuencos de plata llenos de ponche de absenta, y dos sirvientes rellenando vasos a toda velocidad.

—Perfecto —dijo Caroline—. Tenía la esperanza de poder pasearme entre esta multitud para que todo el mundo que siga hablando mal de mí pueda ver bien mi vestido —explicó, y le guiñó un ojo a Hollis.

Leopold le ofreció un brazo a Hollis, pero ella no se movió.

—¿Qué pasa? ¿No vienes?

—Quiero encontrar a lord Douglas y desearle lo mejor —dijo ella. Lo cual significaba, en realidad, que iba a buscar al señor Brendan.

—¡Ja! —exclamó Caroline—. No empieces una guerra con Shoreham. Ya le dije a Beck que se estaba buscando un problema si invitaba a ese.

—¿Qué dices? ¡Yo nunca haría algo así! —exclamó Hollis. Al menos, no sin haber tomado una buena dosis de ponche.

Siguió adelante, dando sorbitos a la bebida. El segundo no le pareció tan desagradable como el primero, y el tercero fue aún mejor. Mientras descendía por su cuerpo, el ponche iba dejándole un delicioso rastro de calor. Llegó al final del salón en su búsqueda del señor Brendan, y se situó junto a la pared más cercana al árbol. Estaba mirando a un lado y otro, tratando de atisbar lo más posible entre la gente, cuando alguien le tocó el hombro.

Pero no era el señor Brendan.

Por desgracia, era William Douglas, el marqués de Douglas y futuro duque de Hamilton. Siempre le divertía pensar que el niño a quien ella había conocido iba a convertirse en duque, ya que le

parecía más adecuado para trabajar en un establo. Todavía tenía aquel aspecto, a pesar de la ropa de gala hecha a medida. Era alto y moreno, y tenía en los ojos un brillo que siempre recordaba que era un sinvergüenza.

—Vaya, parece que la fortuna me sonríe. Porque aquí está la encantadora Hollis Tricklebank en persona.

—Honeycutt —le corrigió ella. Era un idiota. Sabía perfectamente cuál era su apellido.

—Ah, sí, te casaste con aquel tipo, ¿no?

—Tú fuiste a mi boda.

—¿Ah, sí? —preguntó él, fingiendo que estaba desconcertado—. Es imposible que recuerde todas las bodas en las que he estado. Han sido demasiadas durante los últimos años.

—Pero ninguna ha sido la tuya. Tu madre debe de estar afligida

Él se echó a reír.

—Como ya le he explicado a mi querida y quejosa madre, ¿cómo voy a casarme si las mejores ya no están disponibles? Parece que tú has guardado muy bien el luto por tu marido —le dijo, mirándola de pies a cabeza.

—Oh, William. Eras un libertino de joven y sigues siéndolo ahora —respondió Hollis, riéndose.

—Ay, señora Honeycutt. No soy un libertino, sino un ferviente admirador de la belleza femenina.

—Eso es lo que dicen todos los libertinos —respondió ella. Levantó el vaso de líquido verde. Había tomado unos cuantos sorbos más, y se sentía un poco mareada—. ¿De veras has contribuido con esto a la fiesta?

—Pues sí. Acabo de llegar de Francia con un cargamento.

—¿Y lo has traído en tu nuevo barco?

—Sí, señora. Me gustaría invitarte a bordo. Permíteme que te rapte —le dijo él, e hizo una floritura con la mano—. ¿No te gustaría conocer la India?

—Sí, me gustaría, pero tengo entendido que te habían ordenado volver a casa después de comprar el barco.

—¿A quién, a mí? —preguntó él, y sonrió de nuevo, pero estaba mirando más allá de ella.

Hollis quería preguntarle por los soldados, pero no sabía cómo sacar a relucir aquel tema sin decirle que sabía que habían llegado en su barco. Además, había perdido su interés, y se giró para averiguar qué era lo que había captado su atención. Estaba mirando a la princesa Justine. Ella iba vestida con un precioso traje azul que tenía una cola larga de tela bordada, al estilo de Alucia y Wesloria.

—Aparta los ojos. Solo tiene diecisiete años.

—¿Y su hermana?

Hollis frunció el ceño.

—Quince.

Él esbozó una media sonrisa.

—¡Eres despreciable!

—Me hieres con esas palabras, Hollis. No se me ocurriría jamás deshonrar a ninguna princesa… si ella no estuviera de acuerdo. De todos modos, vamos a saludarlas.

—¿Qué te ocurre? ¿Es que tienes las arcas vacías?

—Mis arcas están perfectamente, gracias, pero no todos los días se presenta la oportunidad de conocer a otra princesa. Y, antes de que lo digas, Eliza no es precisamente a lo que me refiero.

—Pues es una princesa. Es duquesa, además. Y Caroline también.

William se echó a reír.

—Caroline Hawke estaba destinada a ser princesa aunque hubiera tenido que robar la corona. Ven, Hollis Honeycutt. Vamos a conocer a una verdadera princesa —dijo él, y le puso la mano en el codo.

—Eres tan cínico…

—Tienes toda la razón —dijo él, alegremente, y la acompañó por el salón, advirtiéndole que no derramara el licor, puesto que era muy caro.

Hollis siguió mirando a su alrededor, en busca del señor Brendan.

Capítulo 19

La absenta es una bebida muy bonita, pero hay que ser cautelosa al servirla, puesto que puede provocar comportamientos indebidos, sobre todo si hay muérdago cerca.

Señora, si su marido se niega a seguir este consejo y toma absenta, este remedio casero debería servir para aliviar la incomodidad: hierva magnesio, agua de menta y sulfato de hierro y pídale que beba el preparado en caliente. Si no dispone de los ingredientes, también es eficaz que beba un vaso entero de vinagre.

Revista Honeycutt de moda y hogar para damas

Marek no pudo escapar de sus deberes tan temprano como hubiera querido y, cuando llegó a la dirección de Upper Brook Street, todo el mundo estaba ebrio, y mucho, a juzgar por el alboroto de la fiesta. Era tan estruendoso que estuvo a punto de taparse el oído sano.

Maldito Dromio. Le había hecho gracia que él fuera a salir aquella noche, y le había interrogado para averiguar dónde iba. Para escapar de él y de su insidioso interrogatorio, le había dado a entender que tenía que ir a verse con una mujer.

—Ya lo sabía —le dijo el ministro, dándose una palmada en la rodilla.

No le preguntó nada más. Los hombres nunca ponían en cuestión la idea de irse con una mujer. Sin embargo, Dromio quería reírse de aquello.

—Va muy bien vestido para ir a ver a una mujer —comentó, refiriéndose al traje formal y el chaleco bordado que se había puesto Marek. Además, se había cepillado el pelo y se lo había colocado detrás de las orejas.

—De acuerdo, no lo apartaré más de su amante —dijo Dromio, cuando terminó con sus bromas—. Van y yo vamos a cenar con el rey esta noche.

¿Y Osiander no?

—Creía que el rey no se encontraba bien.

Dromio hizo caso omiso de su comentario.

—Es una excusa, Brendan. Él no es aficionado a las reuniones públicas. Prefiere pasar la noche delante de la chimenea con su esposa. Por desgracia para la reina. Creo que ella preferiría bailar.

Hacía una semana estaba demasiado enfermo como para asistir a las negociaciones y, ahora, ¿todo era una excusa para no tener que asistir a los actos públicos?

—Quiero revisar unos papeles con él —dijo Dromio.

Aquella explicación era innecesaria y, por lo tanto, extraña. Era sábado por la noche en Londres. No retomarían las negociaciones hasta el lunes, así que, si el rey prefería pasar una noche tranquila, ¿por qué no permitírselo? ¿Y qué tenía que revisar Dromio con el rey?

—¿Milord?

—No confía en mí, Brendan —dijo el ministro—, pero debería estar satisfecho, porque he aprendido mucho de usted. Voy a hablar con el rey sobre las minas de carbón una vez más. El trato aún no está cerrado, ¿no es así?

Se refería al último punto de las negociaciones de paz. Tanto Alucia como Wesloria querían los derechos de explotación del carbón de la región de Astasia. Marek había propuesto una repartición equitativa, pero, a medida que avanzaba la semana, Dromio y Van habían cedido terreno hasta que no quedaba casi nada para Wesloria.

Dromio le dio una palmada en el hombro.

—No haga nada que pueda avergonzar a la delegación, muchacho —le dijo, y se marchó.

¿Avergonzar a la delegación? Marek cabeceó y se tragó la respuesta que le hubiera gustado darle al ministro, que incluía la observación de que él no era el idiota en aquella habitación.

Cuando estuvo seguro de que Dromio se había marchado, se puso en camino, a pie, hacia Upper Brook Street. La distancia era mayor de lo que había imaginado y, cuando descubrió que se le había olvidado la invitación, sintió pánico. Aquel pánico le sorprendió. Había ido a aquella fiesta para averiguar lo que pudiera sobre los cuatro soldados. Sin embargo, el nerviosismo que sentía no tenía nada que ver con los soldados, y todo con la idea de perder la oportunidad de volver a hablar con Hollis Honeycutt.

Al llegar a la puerta, el mayordomo no le pidió la invitación, sino que le señaló el camino en dirección al conde.

Marek fue en dirección contraria. No conocía a lord Iddesleigh y requeriría una presentación formal. Buscó a Hollis Honeycutt por el salón, fijándose en todas las mujeres, pero ninguna tenía el pelo oscuro y los brillantes ojos azules que él estaba buscando.

Había otro impedimento para su búsqueda, aparte del número de invitados, y era el enorme árbol que había en mitad del salón. La mitad de las velas ya se habían consumido, pero no parecía que nadie se diera cuenta. El salón estaba abarrotado y hacía mucho calor, y le pareció oír un villancico que provenía de otra parte de la casa.

Vio a los duques de Tannymeade. Estaban sonriendo de un modo en que él no los había visto sonreír nunca, y se sorprendió. Estaban alegres, simple y llanamente. Le dio envidia su forma de mirarse, y sus sonrisas para todo el mundo le parecieron encantadoras y contagiosas.

Había muchos alucianos y pocos weslorianos, con la notable excepción de las dos princesas. Se quedó un poco asombrado al verlas, nunca había estado tan cerca de sus hermanastras. Justine estaba hablando con un inglés. Era animada y bonita y, claramente, divertía al hombre. La más joven, Amelia, estaba muy incómoda. Miraba al suelo mientras hacía girar una de sus pulseras. Solo alzó la vista cuando lady Tannymeade se detuvo a hablar con ella.

De repente, un sirviente le tapó la visión de sus hermanas y le ofreció una bandeja llena de vasos de ponche. Marek tomó uno de los vasos y se lo llevó a la nariz. «Ah, ponche de absenta». O, como decían en Wesloria, *Diablia en verte botillia*, el diablo en una botella verde. No conocía ninguna otra bebida que pudiera provocarle visiones a un hombre, pero aquella sí podía.

No le extrañaba que los invitados estuvieran pasándolo tan bien.

Esperó a que el sirviente se alejara y dejó el vaso en una mesa. Siguió caminando entre la gente, y pasó por debajo de coronas de acebo y ramas de muérdago, y alrededor de parejas que trataban de bailar al son de los cánticos de la otra habitación.

No veía a Hollis por ninguna parte. Se refugió en un rincón para acostumbrarse al latido que le causaba todo aquel ruido en la cabeza. Cerró los ojos, respiró profundamente unas cuantas veces e intentó que aquel sonido profundo no le molestara. No sabía cuánto tiempo llevaba allí cuando, por fin, escuchó su voz.

Abrió los ojos y miró a su alrededor. Se encaminó en dirección al sonido y vio una cabeza de cabello oscuro por encima del hombro de un invitado. Se le aceleró el corazón como a un tonto enamorado. Apartó a algunas personas de su camino para poder verla.

Dios santo, estaba deslumbrante. Llevaba un vestido de color marfil que brillaba. Su pelo parecía incluso más oscuro aquella noche, y los rubíes que llevaba en el cuello destacaban sobre su piel blanca. Notó que ciertas partes de su cuerpo se movían como los bigotes de un gato, despertándose y notando lo que ocurría.

Parecía que ella estaba hablando con dos caballeros. Poniendo los

puntos sobre las íes a dos caballeros, más bien, por su modo de gesticular con los brazos. Siguió caminando hasta ellos.

—Esto es precisamente lo que necesita el país —estaba diciendo Hollis—. Pero somos rechazadas a menudo a causa de un pensamiento anticuado.

—Señora Honeycutt, usted no entiende la cuestión —dijo el más bajo de los dos hombres, que era mayor y tenía un aspecto majestuoso —. Nosotros no hablamos de palabras, sino del lenguaje. El hecho de que no comprenda usted la diferencia refuerza mi opinión de que no está capacitada para ser miembro de la sociedad.

La boca carnosa de Hollis, pintada de rojo escarlata, formó una o silenciosa.

—Señora Honeycutt —dijo él, antes de que ella comenzara un discurso, que era lo que parecía que iba a hacer.

Al oír su voz, Hollis se sobresaltó. Entonces lo vio, y sonrió de una forma tan brillante que, para él, fue como si notara el calor del sol de primavera después de un largo invierno. Ella tenía las mejillas sonrojadas, y lo miró con cara de felicidad absoluta. Era muy posible que se alegrara mucho de verlo, pero él se dio cuenta de que también había tomado ponche de absenta, a juzgar por el vaso vacío que tenía en la mano.

Los dos caballeros lo miraron con recelo.

—¡Señor Brendan! —exclamó ella, y los dejó a todos asombrados al darle un abrazo—. ¡Me alegro muchísimo de que haya venido! ¿Me permite que le presente al señor Shoreham? —dijo, posando la mano en el pecho de uno de los hombres y dándole una palmada fuerte—. Y al señor Marks. Ambos son miembros de la Sociedad de Filología. ¡El señor Shoreham acaba de informarme de que yo no estoy capacitada para ser miembro! —le explicó, de una forma que podría dar a entender que no le había dolido aquella afirmación. Sin embargo, él sabía que era muy diferente.

También lo sabía el señor Shoreham, pero cometió el pecado imperdonable de poner los ojos en blanco. Y, entonces, miró a Marek con tanta superioridad, y con tantas ganas de que mostrara su desacuerdo para poder discutir, que Marek tuvo la tentación de darle un puñetazo en la nariz.

—El señor Shoreham opina que no todo el mundo está capacitado para el estudio de los lenguajes —dijo Hollis.

—Más exactamente —la corrigió el señor Shoreham—, nosotros estamos ocupados en el estudio de la estructura de los lenguajes y de las relaciones que se producen en él, y no solo en el lenguaje en sí mismo. Aprender un idioma es algo que puede hacerse con un tutor.

¿No ha pensado en contratar a uno, señora Honeycutt?

Hollis entrecerró los ojos de una forma que advertía del peligro.

—¿Sabe qué otra cosa se puede aprender con un tutor, señor Shoreham? —preguntó, mientras se cuadraba de hombros—. Se lo voy a decir. Una…

Marek se movió antes de que Hollis pudiera abalanzarse hacia la garganta del hombre, y se colocó entre los dos hombres y ella. Entonces dijo, en wesloriano:

—El aprendizaje contra la mezquindad y la misoginia también puede dejarse en manos de un tutor, señor, pero creo que lo mejor en este caso sería darle un puñetazo en la cara, porque me da la impresión de que es un completo imbécil. Si vuelve a decirle otra palabra condescendiente a mi amiga, le daré una patada en el culo que lo enviaré a la luna.

El señor Shoreham pestañeó.

—¿Disculpe?

—Debería dedicarse a estudiar la estructura del idioma de Wesloria —dijo Marek, en inglés, y se giró hacia Hollis—. Señora Honeycutt, ¿podemos hablar un momento?

—Me encantaría —dijo ella.

Posó la mano en su brazo, alzó la barbilla y miró al señor Shoreham con desdén. Después, se alejó con Marek. Juntos llegaron al vestíbulo, donde él tendría más oportunidades de poder oírla.

Entonces, ella volvió a rodearlo con un brazo.

—¿Acaba usted de salvarme, señor Brendan?

—No, señora, lo estaba haciendo muy bien por sí misma. Yo solo he aportado mi opinión —dijo él, y la apartó con delicadeza.

—¿Qué le ha dicho?

—Le he dicho cosas que no se deben repetir.

Hollis Honeycutt se echó a reír con deleite.

—¡Gracias! Ese hombre es insufrible.

De repente, le agarró el brazo.

—¡Ha venido! ¿Por qué ha tardado tanto? Creía que no iba a venir, y le confieso que estaba muy triste. ¿Ve lo rápidamente que nos hemos hecho amigos? Tengo muchas cosas que contarle.

Hablaba tan rápido que él apenas podía seguir el movimiento de sus labios. Además, le costaba concentrarse en las palabras, porque la idea de besarla se había instalado en su pensamiento.

—Pero, primero, dígame, ¿qué le parece la decoración?

—Preciosa —dijo él.

—¿Había visto alguna vez un árbol así?

—No, nunca. Por lo menos, dentro de una casa no.

—¿Lo ve? Está aprendiendo muchas cosas nuevas en Londres.

—Sí, es cierto.

Sobre todo, estaba aprendiendo cosas sobre sí mismo. Se había dado cuenta de que ya no quería seguir viviendo entre dos mundos. Quería afincarse en un mundo en el que hubiera una Hollis Honeycutt.

—¿Sabe una cosa? —le susurró ella—. ¡Douglas está aquí!

—¿Disculpe?

—¡Lord Douglas, el sueño del barco! Quiero decir, el dueño —dijo ella, y se echó a reír.

Marek sonrió.

—¿Cuánta absenta ha tomado?

—¿Qué?

Él miró su vaso. Ella también lo miró.

—Ah. Es el segundo. O el tercero, no sé.

Hollis miró hacia arriba, frunció ligeramente el ceño y, de repente, estiró el brazo y lo rodeó. Marek se giró para ver lo que iba a alcanzar, y la vio tomar una naranja confitada que tenía la forma de una cestita. Hollis sacó algo de ella.

—¡Gominolas! —exclamó, y se metió una en la boca.

Marek se echó a reír.

—Estoy hambrienta —dijo, y tomó otra gominola. Se la ofreció—. Siempre estoy hambrienta, y estoy deseando que saquen el pudin de Navidad. Mi propia hermana me dijo que estoy engordando.

A él le pareció que, si era cierto, estaba engordando en los lugares idóneos.

Hollis se comió una tercera gominola y le ofreció la cestita. Él hizo un gesto negativo.

—Es usted muy disciplinado, ¿no? —le preguntó ella.

—En algunas cosas, supongo que sí.

—Yo también soy disciplinada, cuando me lo propongo, pero últimamente me siento como si siempre estuviera buscando una ocupación. La viudez puede ser algo tedioso, ¿sabe? Hay que buscar formas para divertirse, aunque eso signifique perder un poco de disciplina.

Ella sonrió y se metió el último dulce en la boca.

—Es usted una mujer fascinante, señora Honeycutt.

—¡Señor Brendan, me halaga! Creo que nos parecemos mucho, en muchos sentidos.

—No sé… Usted es muy sociable. Yo no. Y a mí no me gustan los dulces.

Ella se echó a reír.

—Por otro lado, usted está solo y yo también. Usted adora a

Shakespeare y yo también. Y usted es curioso, como yo.

—Es usted increíble.

—Y usted, señor Brendan.

—Marek.

—Sí, es verdad. Hollis.

Se miraron fijamente un momento, y fue como si todo el ruido desapareciera de su mente, y las velas brillaran con más fuerza, y la gente desapareciera de su vista.

De repente, Hollis dio un jadeo.

—¡Se me había olvidado! Marek, debes conocer a Douglas.

Lo tomó de la mano y se lo llevó de vuelta al salón abarrotado. En un instante, el ruido y la gente volvió con fuerza.

Al poco de entrar, Hollis fue abordada por la duquesa de Tannymeade.

—Querida, ¿adónde habías ido? Caro ha obligado a Beck a hablar con lady Northcote, y ha sido delicioso. Ella le dio las gracias por invitarla a la fiesta y él le dijo que no era cosa suya, sino de su hermana, y ella respondió, riéndose, que el sentimiento era mutuo, porque era su padre quien la había obligado a venir, pero, de verdad, creo que… Oh, le pido disculpas —dijo la duquesa, mirándolo a él.

—Eliza, te presento al señor Brendan. ¡Es de Wesloria!

—Sí, ya lo veo —dijo ella, señalando el distintivo verde que él llevaba en la solapa—. ¿Cómo está, señor Brendan?

—Muy bien, gracias —dijo él, y se inclinó.

—Lady Tannymeade, la reclaman en… Oh.

El duque se había acercado a buscar a su mujer, y Hollis, que todavía tenía el vaso en la mano, dijo:

—Alteza, le presento a mi amigo, el señor Brendan.

El duque lo miró y se fijó en el distintivo verde.

—¿Cómo está? —le preguntó a Marek, con curiosidad—. ¿Es de Wesloria?

—Sí.

El duque le habló en wesloriano, que era muy parecido al idioma de Alucia.

—Es usted parte de la delegación de Wesloria. Lo recuerdo a usted, es asesor del ministro de Comercio.

—Sí —respondió Marek—. Lord Dromio.

Tannymeade miró brevemente a su esposa y después a Marek.

—Su señoría parece un poco… —dijo, y se interrumpió, como si estuviera buscando la palabra adecuada.

¿Idiota? ¿Ridículo? ¿Falto de dignidad?

—Bueno, en realidad, no sé lo que parece —dijo el duque, y apartó

la mirada para evitar la conversación que él mismo había comenzado —. Hollis, querida, ¿te has tomado otro vaso? Ten cuidado, la absenta es peligrosa.

Hollis se echó a reír, como si la advertencia fuera una broma.

—Oh, mira, están preparando el juego de las sillas —dijo la duquesa—. ¡Deberías jugar, Hollis!

—¿Yo? —preguntó ella, riéndose—. Preferiría…

—¿Qué estáis haciendo todos aquí? —preguntó otro hombre, que se metió en su círculo.

—Beck, ¿conoces al señor Brendan? Es de Wesloria —preguntó Hollis. Se giró hacia Marek y le dijo—: El conde de Iddesleigh.

El hombre, que parecía unos años mayor que él, tenía el pelo rubio oscuro. Lo miró y dijo:

—Encantado de conocerlo. Vamos, venid todos. Tenemos otra ronda de sillas y, a menos que queráis decepcionar a dos princesas, una de las cuales tuvo esta aburrida idea, lo mejor es que ocupéis vuestros puestos.

Hollis miró a Marek. A él le horrorizó la idea. No había suficiente bebida en el mundo para obligarle a jugar a semejante tontería.

—Usted es wesloriano —dijo el conde—. Venga, por favor.

Demonios… Hollis le dio su vaso al conde y agarró a Marek de la mano como si fueran niños, en vez de adultos.

—¡Va a ser muy divertido!

—No, no lo va a ser, hazme caso.

—¿Siempre eres tan serio?

Ella lo tomó de la mano y tiró de él hacia la zona del juego y, para su horror, él no pudo detenerla. Cuando llegaron, dijo:

—Pero… yo nunca he jugado a este juego.

—¿Cómo es posible?

Ella señaló las sillas y dijo algo que él no entendió. De hecho, no entendió nada más a partir de aquel momento. Había mucho ruido, y la gente se reía y gritaba. Pero él oyó el ruido sordo de la música en su cabeza y se puso en fila, caminando alrededor de las filas de sillas como todos los demás. Las sillas estaban alineadas unas contra otras, en dirección opuesta. Cuando la música cesó, de repente, todos trataron de tomar asiento. Él tuvo suerte y se paró justo delante de una silla. Dos personas fueron eliminadas porque no encontraron asiento. Cuando todos se pusieron de pie, un lacayo retiró una de las sillas y comenzó el segundo turno. Marek venció a un caballero por poco, y ocupó uno de los asientos. El caballero fue descalificado.

Siguieron dando vueltas. El ruido era estruendoso, y le ensordeció también el oído bueno. Y la risa le retumbaba en el pecho. Aquello era

algo completamente nuevo; hacía muchos años que no se reía con tantas ganas, y se sintió muy bien. Le hacía sentirse humano.

Reírse le sentó realmente bien a Marek.

Capítulo 20

La fiesta del árbol de Navidad en casa de lord Iddesleigh todavía tiene a todo Mayfair subyugado. Se dice que varias personas, incluidas esta escritora, un futuro duque y una futura reina, participaron en el juego de las sillas. El juego alcanzó tal competitividad que el futuro duque, sin darse cuenta, expulsó de la última silla vacía a la futura reina. Ella juró venganza, pero fue llevada de vuelta a su palaciega residencia antes de poder cobrársela, y él fue expulsado a su cercana morada.

Hace poco, el rey Maksim fue visto paseando pensativamente en soledad por el parque de St. James, seguido por una fila de guardias. ¿Estaría preguntándose si había regalado demasiado en las negociaciones? Varios integrantes de la delegación británica así lo creen. El carbón es muy importante para el desarrollo del comercio de Wesloria, pero él ha dejado que se le escapara entre los dedos, según aquellos que conocen de primera mano la marcha de las conversaciones de paz.

Revista Honeycutt de moda y hogar para damas

El ponche verde había alterado la agilidad de Hollis, y fue eliminada del juego de las sillas a la cuarta ronda. El señor Harmon, que había ocupado la silla a la que ella aspiraba, la invitó ruidosamente, con gracia, a sentarse en su regazo. Ella rehusó la invitación amablemente y, después de hacer una marcada reverencia, dejó el juego. Se retiró entre carcajadas y permaneció en un segundo plano, apoyada en el marco de una puerta, observando a Marek.

Él era más rápido que ella, y encontró un asiento en todas las rondas. Estaba disfrutando del juego, y resultaba encantador. Era muy guapo cuando sonreía y, además, parecía que el sonido de su risa grave despertaba todas sus terminaciones nerviosas. Todavía estaba eufórica por habérselo encontrado en medio de la fiesta después de haberse convencido de que no iba a ir. Pero allí estaba él, jugando a las sillas musicales, algo inesperado.

El pavo real fue descalificado en la siguiente ronda y se alejó de las

sillas con cara de enfado porque el joven barón Crownhead no le hubiera cedido galantemente el asiento.

Marek fue el siguiente en salir. Se abrió paso entre la multitud hasta ella, sin dejar de sonreír.

Ella se irguió y sonrió también.

—Estoy horrorizada, señor Brendan —le dijo, intentando aparentar seriedad.

—¿Por qué, Hollis?

—¡Porque ha jugado usted a las sillas! —respondió ella, y se inclinó hacia delante—. Y te lo has pasado muy bien. No lo niegues, te estabas riendo.

Marek apoyó un brazo en el marco de la puerta, por encima de su cabeza.

—Por supuesto que me lo he pasado bien. ¿Quién no disfrutaría de esta bobada? No soy un animal. ¿Cómo te lo explicaría? —preguntó, e hizo una pausa, como si estuviera pensando—. Este juego es como la silla del barbero, que acoge a todos los traseros. El trasero de alfiler, el trasero gordo…

—¡A cualquier trasero! —exclamó ella.

Él estaba citando a Shakespeare otra vez, y a ella le daba saltos el corazón en el pecho.

—No me había imaginado nunca que iba a conocer a alguien que supiera tanto de Shakespeare como yo.

Él se echó a reír.

—Yo tampoco.

Además, nunca habría imaginado que existiera un hombre como él.

—¿Te he dicho que eres muy guapo, Marek? —le preguntó, con una sonrisa suave.

Él sonrió aún más.

—No, no me lo has dicho. Estoy seguro de que recordaría un cumplido hecho con tanta franqueza.

Se oyeron gritos y los dos se giraron para mirar. Beck había sido eliminado y estaba discutiendo con el señor Harmon. Hollis se volvió para sonreír a Marek de nuevo. Él tenía una expresión que le aceleraba el pulso. De repente, parecía que no podía dejar de mirarle los labios.

—¿Estás disfrutando de la noche?

Él ladeó la cabeza y miró lentamente su cuerpo, pasando por su escote y regresando a sus labios.

—Sí. Mucho.

—¿Estás sorprendido?

—Sí, más de lo que puedo expresar. Pero, claro, todo lo que me ha

ocurrido desde que te conocí me ha causado sorpresa.

Ella sonrió.

—Voy a tomarme eso como un cumplido, y me voy a alegrar de sorprender a mis nuevos amigos y de no aburrirles.

—¿Cómo ibas a aburrir tú a alguien?

—Otro cumplido —murmuró ella.

Miró hacia arriba, hacia el muérdago que estaba colgado sobre sus cabezas. Marek también miró hacia arriba. Antes de que pudiera darse cuenta de lo que estaba pensando Hollis, ella lo agarró de las solapas y lo atrajo hacia sí mientras se ponía de puntillas.

—Feliz Navidad —le dijo, y lo besó.

Audazmente, plantó sus labios en los de él y sintió un *shock* por su escandaloso comportamiento. También sintió la carnosidad de los labios de Marek, y la impresión recorrió todo su cuerpo, hasta los dedos de los pies. Él tenía unos labios muy suaves, y ella pensó que podría perderse en ellos con mucha facilidad.

Y, tan repentinamente como lo había besado, se apartó de su lado. Se echó a reír, con la respiración entrecortada, y señaló hacia arriba.

—¡Muérdago! —exclamó, como si él no lo hubiera visto. Como si pudiera hacerle pensar que aquella ramita era lo que había provocado un impulso tan imprudente.

—*Je, da mugel* —dijo él, en wesloriano.

Pero sus palabras brotaron como un estruendo y, al instante, le rodeó la cintura con un brazo y la estrechó contra sí. Le devolvió el beso, pero su beso fue mucho más intenso que el de ella. Cualquiera que hubiese sido la intención de Hollis, fue engullida, olvidada y abrasada por la respuesta de Marek. Ella abrió la boca, sintió su lengua deslizándose entre los dientes. Él tomó su rostro con las manos y le acarició la mejilla mientras su lengua se enredaba con la de ella. La besó con una mezcla erótica de exigencia y reverencia y, mientras lo hacía, Hollis notó que el ritmo de su corazón se volvía frenético, y se imaginó que separaba las piernas y él deslizaba su miembro duro y largo dentro de ella mientras le acariciaba los pechos.

Se movió contra él, arqueándose, deslizando su pelvis contra el cuerpo de Marek. Se sintió culpable, sí, pero también llena de regocijo, de emoción y de impaciencia. Echaba de menos las caricias de un hombre, sentirse deseada, abandonarse al placer. Echaba de menos acostarse con alguien, sentir el calor de su piel.

El beso fue salvaje, inaceptable, peligroso. Estaba lleno de anhelo e, incluso, de un intenso deseo de ser atrapada, de llegar tan lejos como él quisiera.

Entonces, de repente, Marek lo interrumpió todo. La soltó y se

apartó de ella. La miró fijamente, y Hollis se dio cuenta de que tenía el pelo revuelto. ¿Se lo había hecho ella? No podía pensar con claridad. Todo era muy confuso, porque el corazón le latía a golpes y estaba un poco ebria. Y sentía que su cuerpo estaba ardiendo.

—¿Qué vamos a hacer con esto, señora Honeycutt? —le preguntó Marek, sin aliento.

—No lo sé, señor Brendan —respondió ella, con sinceridad—. Pero ¿no ha sido divertido?

Los dos sonrieron con los ojos brillantes a la luz de las velas. Hollis sentía lujuria, placer, sorpresa y fascinación, y todo aquello de lo que se alimentaba un nuevo amor. Sabía que aquellos sentimientos podían consumir a una persona y, que Dios la ayudara, quería que la consumieran.

—Deberíamos…

Ella vaciló y, en aquel instante, vio a lord Douglas.

—¡Espera! —exclamó.

—¿Qué ocurre?

—¡Es lord Douglas!

El aristócrata estaba atravesando el vestíbulo. Tenía los ojos un poco vidriosos y, al principio, no reconoció a Hollis. Sin embargo, cuando por fin se dio cuenta de quién era, sonrió y caminó tambaleándose hacia ella.

—¿Estás ahí parada, debajo del muérdago, esperándome? —le preguntó, y se inclinó hacia ella como si tuviera intención de besarla.

Hollis se agachó rápidamente para esquivarlo.

—Me gustaría presentarte a mi amigo, el señor Brendan —dijo, y lo señaló por si acaso Douglas no lo había visto. Douglas miró a Marek.

—Marek Brendan, de Wesloria —dijo él, tendiéndole una mano para saludarlo.

—Marek Brendan, de Wesloria —repitió Douglas, con una teatralidad jovial, y le estrechó la mano vigorosamente.

—Lo conozco —le dijo Marek—. Su barco trajo a los muchachos a Londres hace poco.

Douglas soltó una risotada. Y luego miró a Marek con los ojos entrecerrados.

—Entonces, ¿yo también lo conozco a usted?

Marek hizo un gesto negativo.

—Los cuatro soldados son amigos míos. Son de Wesloria, como yo.

Douglas se quedó mirando a Marek. Después, miró a Hollis.

—¿Quién es este hombre? —le preguntó. Sin embargo, no esperó a que ella respondiera, y miró de nuevo a Marek—. ¿Es usted uno de los

hombres del rey?

—No, yo no —dijo Marek—. Yo soy un funcionario del ministerio de Comercio. Estoy aquí para darle la razón en todo —añadió, sonriendo.

Douglas también sonrió.

—He oído decir que su barco es el mejor —comentó Marek.

Douglas se apoyó en el marco de la puerta cuando comenzaba otra ronda del juego de las sillas.

—Sí, es cierto. Tiene motor de vapor. En este momento es lo mejor que hay en el mar, en mi opinión. ¿Y dice que son amigos suyos? —preguntó Douglas, y volvió a mirar a Hollis—. ¿Qué tiene ella que ver en todo esto?

—Le dije que lo ayudaría a encontrar a sus amigos —dijo Hollis.

—No estarás tramando algo para tu revista de señoras, ¿no? —le preguntó Douglas.

—¿Y por qué no? —preguntó Hollis—. Las damas aprecian a los señores de uniforme.

—Ah, muchacha, las damas aprecian a un hombre. Hay muchas que no tienen a un hombre de verdad a su lado. Pero tú no debes escribir nada sobre esos cuatro soldados. Para empezar, no iban en uniforme. Y, para continuar, me parecieron un poco toscos para una dama decente.

Hollis tuvo que contenerse para no perder la expresión neutral. Por dentro, estaba gritando. William Douglas acababa de confirmar la existencia de los cuatro soldados.

—Ah, así es Wesloria —dijo Marek—. ¿Y quién ha dicho que los trajo? —preguntó—. No fue el rey, ¿no?

Douglas se distrajo mirando el juego.

—Esa princesita ha empujado al caballero para echarlo de la silla. ¿Lo han visto?

—¿Fue el rey? —preguntó Hollis.

Douglas hizo un gesto negativo.

—No, que yo sepa. Otro wesloriano, como usted.

—¿Recuerda su nombre? —preguntó Marek—. Puede que yo lo conozca.

Douglas se echó a reír.

—Lo que recuerdo es su monedero, amigo. Me pagó muy bien. ¿Qué más hay que recordar?

—¿Qué dices, que te fuiste hasta Wesloria y cobraste por traer a cuatro hombres en tu barco? —preguntó Hollis, riéndose—. Le estás tomando el pelo al pobre señor Brendan, Douglas. Dile que le estás tomando el pelo.

—¿De qué estás hablando? Yo nunca he estado en Wesloria. Conocí al caballero aquí, en Londres. Mi primer viaje fue a Francia, ida y vuelta.

—No lo entiendo —dijo Hollis.

Lord Douglas, que estaba más pendiente del juego de las sillas que de otra cosa, suspiró de impaciencia.

—Escucha, Hollis. Un caballero de Wesloria que está en Londres contrató mis servicios hace quince días, cuando yo estaba preparando mi primer viaje. Me preguntó amablemente si estaría dispuesto a recoger a los muchachos y traerlos en el viaje de vuelta, y me pagó estupendamente bien. ¿Lo entiendes ahora?

—Ah, por supuesto. Y, ¿sabes dónde fueron?

—No —respondió Douglas—. Cuando desembarcaron, desaparecieron por el puerto. ¿Has visto eso? Ahora ha empujado a Walters para quitarlo de en medio.

Hollis miró hacia atrás. Solo quedaban cuatro sillas.

—Quiero ver esto —dijo Douglas—. Disculpen.

Rodeó a Hollis y a Marek y entró al salón para ver el final del juego.

Hollis y Marek se miraron.

—Entonces, los soldados existen —dijo ella—. Aunque no estoy muy contenta de haberlo confirmado.

—Estoy de acuerdo —respondió Marek—. Hay algo sospechoso en todo esto. Tengo que encontrarlos.

—Sí, creo que debemos encontrarlos.

Marek frunció el ceño.

—No. Los dos no. Voy a ir a los muelles, y ese no es un buen sitio para una dama.

—No soy de porcelana, Marek. Voy a ir contigo, y también necesitarás la ayuda de Donovan. Él sabrá dónde hay que buscar. Además, ¿todavía no te has convencido de que me necesitas?

Él suspiró y cabeceó.

—Sí, lo sé —dijo. Después, le acarició la mano con los dedos.

Hollis se quedó entusiasmada al oírlo. Le entusiasmaba ser útil para alguien, pero, especialmente, para él.

—Todavía estamos debajo del muérdago —le dijo Marek.

—Es cierto.

En el salón se produjo un fuerte rugido de aprobación, o desaprobación, en medio de una ronda del juego. Marek tomó la cara de Hollis entre las manos y la besó suavemente. Después, alzó la cabeza, entrelazó sus dedos con los de ella y se llevó su mano a los labios.

—¿Mañana? —le preguntó, y le besó los nudillos.

Hollis le apretó los dedos con delicadeza.

—Mañana.

Mañana, y todos los días siguientes.

Él le soltó la mano y la miró de forma elocuente. Después, salió de la casa.

Hollis se quedó tan cautivada por él y por su beso, que se perdió por completo el desencuentro entre lord Douglas y la princesa Justine, algo de lo que los invitados iban a seguir hablando durante mucho tiempo.

Capítulo 21

Está previsto que la cumbre de paz entre Wesloria y Alucia concluya esta semana. Según todos los informes, el acuerdo es bueno para Alucia, y le ha granjeado una gran popularidad al duque de Tannymeade que, algún día, ocupará el trono de su país. Wesloria ha salido peor parada. Después de un paseo por el parque, nadie ha vuelto a ver al rey Maksim desde hace días. Se dice que sufre de una enfermedad de la que se está recuperando lentamente.

Los rumores sobre quién besó a quién bajo el muérdago en la fiesta de lord Iddesleigh son bastante impactantes. Un importante abogado fue visto besando a un pavo real; al pavo no le importó, pero a la esposa del abogado sí, puesto que aunque el pavo esté a punto de quedarse para vestir santos, es mucho más joven que la desafortunada esposa.

Señoras, entre las novedades navideñas del señor Tom Smith están los Cosaque, un pequeño paquete secreto que deja caer dulces o baratijas cuando dos comensales tiran cada uno de un extremo de la lazada de papel que lo envuelve. Es un juego delicioso para la mesa de Navidad. La tienda del señor Tom Smith se encuentra en Finsbury Square, en los Moorfields.

Revista Honeycutt de moda y hogar para damas

Eliza y Sebastian se vieron obligados a marcharse con las princesas de Wesloria para que no hubiera más gritos entre la princesa Justine y lord Douglas. El incidente ocurrió cuando Douglas se sentó en la última silla cuando la princesa estaba intentando ocuparla. Beck tuvo que pedirle a lord Douglas que se marchara también. Y Douglas lo hizo con ímpetu, inclinándose y pidiendo disculpas por haber discutido con una niña. Les hizo una seña a los músicos para que tocaran mientras abandonaba el salón, y se detuvo para besar a la mujer más cercana bajo el muérdago. Después, desapareció en medio de la noche para hacer lo que solo Dios sabía.

Hollis sonrió sin poder evitarlo. Apreciaba que Douglas no se conformara con ser lo que la sociedad quería que fuera. Ella tampoco.

Beck no apreció tanto los actos de lord Douglas.

Miró a Hollis.

—Es todo culpa tuya —le dijo, taladrándola con los ojos—. Si el rey wesloriano me reta a duelo, te exigiré que seas mi segunda. Te lo mereces, por esta fiesta del árbol —dijo, al tiempo que estiraba un brazo y tiraba una de las velas que había en las ramas.

Parecía que había estallado un motín en su casa.

Las velas se habían caído del árbol, la gente había arrancado las guirnaldas y había vasos por todos los alféizares y las repisas de las chimeneas. Incluso había algunas en el borde de la alfombra.

—Le diré a Garrett que le busque un carruaje para volver a casa —dijo Caroline, y le pasó un brazo por los hombros, de manera protectora, para alejarla de Beck—. No te preocupes —susurró—. Cuando duerma la mona se pondrá perfectamente.

Hollis iba a volver a casa en compañía de los señores Dawson, de quienes solo sabía que eran vecinos suyos. Sin embargo, en cuanto puso un pie en su carruaje, notó un ambiente glacial. Claramente, la pareja estaba en medio de una discusión.

—Oh —murmuró ella—. Yo… yo… me bajo —dijo, pero el señor Dawson la tomó de la mano y tiró de ella hacia el interior.

—Tonterías. Vive usted a una manzana de nosotros, señora Honeycutt. Estaremos encantados de llevarla a su casa —dijo.

Después, miró a su mujer, seguramente, esperando la confirmación de lo que había dicho, pero ella volvió la cara y se negó a mirarlos a ninguno de los dos.

—Bueno, gracias —dijo Hollis, con inseguridad.

Se sentó junto al señor Dawson. En cuanto el carruaje se puso en marcha y se alejó de la acera, la discusión empezó de veras. Por lo que Hollis pudo deducir, todo tenía que ver con que el señor Dawson había besado a alguien bajo el muérdago.

—Fue una diversión inofensiva —dijo él—. Pregúntale a la señora Honeycutt. Ella ha besado a uno de los extranjeros.

—¡Oh! —exclamó Hollis. Le sorprendió que alguien se hubiera dado cuenta.

—Lady Katherine Maugham no es inofensiva —replicó la señora Dawson.

¡El pavo! ¿Había besado a aquel hombre tan mayor? Hollis estuvo a punto de echarse a reír. Por supuesto, el señor Dawson era un caballero muy venerado que se ocupaba de los asuntos jurídicos de muchos hombres ricos, incluido Beck, pero tenía edad suficiente para

ser el padre de Katherine. O su abuelo.

—Esa joven todavía no ha conseguido una proposición de matrimonio y, ahora, tú lo has hecho imposible —prosiguió la señora Dawson.

Hollis se mordió un labio. Quería comentar que era el pavo real quien lo había hecho imposible al tratar de llamar la atención del príncipe Sebastian y, después, la del príncipe Leopold, pero pensó que era mejor no meterse en aquel asunto.

—Yo no he sido quien lo ha hecho imposible —replicó el señor Dawson—. Ella es una joven muy bonita. Si hay algún culpable de su falta de ofertas es la arpía de su madre. Deberías tomar nota.

La señora Dawson soltó un jadeo de indignación. Entonces fue cuando comenzaron los gritos. Ninguno de los dos se dio cuenta de cuándo se bajaba Hollis del carruaje. Cuando logró escapar, subió corriendo los escalones hasta su puerta. Marek tenía razón; aquel ponche era endemoniado.

Entró y se quitó la capa.

—¿Hay alguien en casa? ¡Ya estoy aquí! —exclamó.

Siguió el sonido de la voz de Donovan hasta el salón, y lo encontró sentado delante de la chimenea. La estaba esperando. Ya estaba mucho mejor, y los hematomas habían pasado del morado al amarillo y el verde. Además, había vuelto a trabajar. Aquella misma mañana había estado limpiando las ventanas. Solo hizo un pequeño gesto de dolor al levantarse cuando ella entró en el salón.

—¿Qué tal la fiesta?

Hollis sonrió.

—Ha sido maravillosa, Donovan. Ojalá hubieras podido venir.

Él sonrió.

—Dios santo, se puede oler tu alegría desde aquí. ¿Qué has bebido?

—¡Algo terrible! Sabía a licor, pero muy fuerte. Como…

—¿Como el ajenjo?

—¡Sí! —exclamó ella, mientras le daba un beso en la mejilla—. Bebí más de lo que debía.

—Eso parece —dijo él, mientras ella se dejaba caer en la butaca—. Cuéntamelo todo.

—Lord Douglas se enzarzó en una pelea a gritos con la princesa Justine por el juego de las sillas musicales, y el señor y la señora Dawson han tenido una bronca porque el señor Dawson besó al pavo debajo del muérdago.

—Parece terrible para las dos parejas. ¿Algo más?

—¡Sí! Marek y yo hemos descubierto que los cuatro soldados

existen de verdad. Vamos a buscarlos. Con tu ayuda, claro.

—Marek, ¿eh?

—Somos amigos, Donovan.

—Umm… —murmuró él, entrecerrando los ojos—. Y tú vas a ayudar a tu amigo a encontrar a esos cuatro tipos, ¿no?

—Bueno —dijo ella. Apartó la mirada y se puso a juguetear con un abalorio de la falda de su vestido—. He pensado que tú y yo podríamos ayudarle, como haría cualquier amigo.

—Nosotros no tenemos amigos a los que ayudemos de ese modo. ¿Cómo vamos a hacerlo?

—Lord Douglas dijo que desaparecieron por el puerto, en alguna parte. Marek no conoce los muelles.

—Pero yo sí —dijo él.

—Tú los conoces más que él. Por favor, ¿puedes ayudarnos?

Donovan sonrió.

—Sabes que haría cualquier cosa que me pidieras.

—Lo sé. Y te lo estoy pidiendo. Espero estar haciéndolo con cortesía y sin gritar, pero no estoy segura, porque tengo un pitido horrible en los oídos.

—De eso no tengo ninguna duda —respondió él, sonriendo—. Bueno, son las tres y media de la mañana. A la cama.

Hollis bostezó sonoramente y se puso de pie. Donovan le puso las manos en los hombros y la giró en dirección a la puerta.

—¿Necesitas ayuda?

—No, gracias, puedo yo sola. Señor, es todo un milagro que este vestido no haya estallado todavía.

Le dio un beso y se fue a su habitación. Había un fuego moribundo en la chimenea; claramente, Donovan la estaba esperando desde hacía un buen rato. Hollis miró a su alrededor, y sus ojos se posaron en el cuadro de la pared del fondo. Era un paisaje de Fields, o Dawn, o un sitio por el estilo. Se trataba de unos campos de cultivo cubiertos por una neblina gris. Seguramente, estaba hecha para evocar la tristeza. A ella nunca le había gustado aquel cuadro, pero era el que había elegido Percy, y ella siempre hacía lo que él quería, porque lo quería con toda su alma y nunca le había costado renunciar a sus deseos para cumplir los de él. Sin embargo, había llegado el momento de añadirle color a aquel dormitorio gris.

Se quitó los zapatos y descolgó la pintura. Le dio la vuelta para dejarla mirando a la pared. Al día siguiente le diría a Ruth que se la llevara.

Se sentó en la cama, observando el lugar donde había estado colgado el cuadro. Allí, el papel era más claro, y eso le recordó a lo

que sentía por Percy; se había hecho más ligero en su alma. Y, pronto, esa parte de ligereza también desaparecería, hasta que casi ya no pudiera verla. Ya estaba preparada para seguir con su vida. Llevaba tiempo preparada, pero era ahora cuando se daba cuenta. Se tendió sobre el colchón y abrió los brazos.

—¿Te he llorado lo suficiente, Percy? —susurró—. Di que sí, y déjame marchar.

Cerró los ojos y sintió que se alejaba. Sin embargo, no estaba pensando en Percy en aquellos últimos momentos antes de sumirse en el sueño. Estaba pensando en Marek. Se imaginó en la granja que él había descrito, cuidando a sus animales. O haciendo pan. Escribiendo un libro, o dando paseos con un perro. Se imaginó sentada a su lado delante de la chimenea, en vez de con Donovan. Imaginó una vida maravillosa y sencilla con Marek.

Él era muy distinto a todos los hombres que había conocido. Serio, solemne y sorprendente en muchos sentidos. Y tenía la sensación de que aún tenía muchas facetas que descubrir. No sabía cómo, pero él había hecho que se sintiera viva y necesaria. Había conseguido que deseara de nuevo.

Se quedó dormida, envuelta en un deseo que era como una manta vieja y familiar.

Capítulo 22

Las fuertes lluvias que han asolado Gran Bretaña durante la última quincena han convertido las carreteras hacia el norte en caminos impracticables. Se teme que algunas celebraciones navideñas en familia se suspendan, puesto que se aconseja a los viajeros que permanezcan en Londres.

El señor Copperstone, con puesto en el Mercado de Leadenhall, ha dicho que tiene gansos en buenas cantidades para la Navidad, además de manzanas perfectas para preparar el ponche de sidra.

La señora Compton, de Green Street, acepta encargos de su famosa tarta de Reyes. La señora Compton asegura que cada una de las tartas es de ocho raciones, o diez, si los comensales son moderados en el comer. Se puede comprar por el estupendo precio de una libra y cincuenta peniques.

Revista Honeycutt de moda y hogar para damas

Marek estaba ansioso por salir del hotel, pero lord Dromio lo interceptó para preguntarle qué iba a hacer.

—Parece que está molesto, Brendan —le dijo el ministro, al observar su cara.

—Estoy perfectamente, milord.

—¿Tal vez bebió demasiado anoche? —le preguntó Dromio—. ¿O…? —añadió, e hizo un gesto grosero para imitar el acto sexual.

Marek no dijo nada. Después, preguntó:

—¿Cómo se encuentra el rey?

—¿Umm? —murmuró Dromio, distraídamente—. Me temo que está un poco aturdido —dijo, con un suspiro—. Es imposible hacerle cambiar de opinión.

—¿Sobre qué?

—Sobre las concesiones para el tratado de paz —respondió el ministro, mirándose la mano. Después, alzó los ojos hacia Marek—. ¿Adónde va usted esta mañana?

—A ver la ciudad.

—¿Ah, sí? ¿Qué parte de la ciudad?

—Los museos.

—¡Museos! —exclamó Dromio, riéndose—. Nunca hubiera pensado que un hombre que se interesa tanto por las cifras y las cabras pudiera apreciar una obra de arte. Que tenga un buen día, Brendan. Trate de no parecer tan molesto cuando vuelva.

Se rio de su propia broma y le dio una palmada en el hombro a Marek antes de alejarse.

Marek pensó que, seguramente, aquel hombre era el idiota más grande que había conocido en su vida.

Al salir del hotel, vio a lord Osiander sentado junto a una ventana, mirando a Dromio con el ceño fruncido. Él no conocía a aquel ministro, pero estaba claro que Osiander, como él, no confiaba en Dromio.

Siguió adelante. El día había amanecido lluvioso y gris, y el aire se notaba lleno de humedad. Se arrebujó en la capa y caminó deprisa. A pesar del mal tiempo, se sentía animado. Estaba deseando volver a ver a Hollis, y eso le parecía asombroso, tanto como haberla besado debajo del muérdago. Se había pasado la mayor parte de su vida entre las sombras, temeroso de ser descubierto y reprimiendo cualquier instinto masculino de aquella clase. No recordaba haber sido indiscreto o audaz en toda la vida, pero Hollis… Aquella mujer se las había arreglado para hechizarlo. Había conseguido que no pudiera renunciar a aquel beso, como si la noche no pudiera acabar sin él.

Había salido de la casa de Upper Brook Street después de haberse reído como nunca. De hecho, antes de que ella entrara en su vida, apenas sonreía. Y, ahora, todos aquellos sentimientos se habían desencadenado en su interior. No quería examinarlos demasiado, no quería pensar demasiado. Solo quería volver a verla, y al diablo con las consecuencias.

Cuando llegó a su casa, estaba diluviando. Llamó a la puerta y Donovan abrió a los pocos segundos. Entró al vestíbulo y se quitó la capa y el sombrero, observando a Donovan. Los moretones estaban desapareciendo y, aunque tal vez le quedara una cicatriz en la frente, no parecía que tuviera más marcas visibles.

—Está usted bastante bien —le dijo.

—Sí, y usted —respondió Donovan—. ¿Nuevo abrigo?

Marek miró hacia abajo.

—No.

Donovan sonrió irónicamente.

—Adelante. La señora Honeycutt bajará enseguida. Nunca había

visto una mujer tan ansiosa por ir de excursión a los muelles.

Marek lo siguió, en silencio, hasta el salón.

—¿Quiere tomar algo? ¿Un *whisky*? ¿Un té?

Marek hizo un gesto negativo. Deseaba que Donovan se retirara para poder tomar a Hollis entre sus brazos. Sin embargo, cuando ella entró dando saltitos por la puerta, Donovan se sentó. Ella tenía una sonrisa resplandeciente.

—¡Buenos días, Marek!

—Señora… Es decir, Hollis —dijo, y miró para abajo al notar algo. El gato rubio se estaba enroscando en sus piernas.

—¡Le caes bien a Buttercup! —exclamó ella, con deleite—. A Buttercup nunca le cae bien nadie, ¿verdad, mi niña? ¿Cómo estás hoy por la mañana, Marek?

—Muy bien, ¿y tú?

—No voy a mentir. Al despertarme tenía un dolor de cabeza espantoso. Pero la señora Plum tiene un brebaje que cura todos los males, y ya me encuentro mucho mejor. ¿Nos vamos?

—¿Estás segura? Hace un tiempo espantoso.

—¡Claro que estoy segura! Debemos darnos prisa en encontrar a esos hombres, ¿no crees? Sin duda, están escondidos en alguna posada, o algún lugar… Donovan tiene ciertas ideas sobre dónde podemos buscar.

Marek miró a Donovan.

—Lo que quiere decir es que yo conozco sitios donde se reúnen hombres de carácter y motivos cuestionables —dijo Donovan.

Él ya se lo había imaginado.

—No creo que sea aconsejable que nos acompañes —le dijo a Hollis.

Donovan se puso en pie.

—Ahórrese el esfuerzo, señor Brendan. Cuando alguien intenta convencerla de lo contrario a lo que piensa, solo consigue que ella se vuelva más decidida. No va a encontrar a una mujer más terca que ella.

Debía de estar acostumbrándose a aquella casa y a la extraña relación que mantenía Hollis con Donovan, porque no le sorprendió lo que él había dicho, y a Hollis tampoco. De hecho, ella se echó a reír como si le hubiera divertido. Además, no lo negó.

—¿Está listo el carruaje? —preguntó ella.

—Voy a ver —dijo Donovan, y salió de la habitación.

En cuanto el mayordomo se marchó, él se acercó a Hollis, la tomó de la mano y le besó la mejilla y los labios.

—Estás increíblemente bien.

Ella sonrió.

—¿Cómo no voy a estar bien, después de lo de anoche? Tú también tienes muy buen aspecto.

—¡Ya viene! —exclamó Donovan, desde el pasillo, para avisarlos.

Marek no quería apartar la vista de ella, pero Hollis salió de la habitación con otra sonrisa. Él la siguió y, mientras Donovan la ayudaba a ponerse la capa y el sombrero, él se puso su abrigo.

—¿Listos entonces? —preguntó Hollis.

Marek asintió, y los tres salieron corriendo hacia el coche.

El cochero los llevó hacia el puerto. Su primera parada fue un *pub,* The Siren's Song.

—¿Bajamos, señor Brendan? —preguntó Donovan.

—Sí, pero la señora Honeycutt se va a quedar aquí —dijo él, y la miró con severidad antes de que ella protestara—. Ni se te ocurra discutir.

Ella se inclinó hacia delante para mirar por la ventanilla. Gruñó, pero no protestó. Donovan asintió hacia Marek para demostrarle su aprobación. Eran de dos partes distintas del mundo, pero estaban unidos en aquello: un *pub* llamado The Siren's Song en un muelle no era el lugar adecuado para Hollis Honeycutt.

Debido al mal tiempo, el local estaba abarrotado de hombres y de camareras. El sonido de las voces masculinas mezclado con el tono más agudo de las mujeres golpeó el oído sano de Marek. Donovan y él se abrieron paso entre la multitud.

Donovan estaba en su elemento. Caminaba como un dandy, sonriendo a todo el mundo. Cuando llegaron a la barra, Donovan se apoyó en ella y se inclinó hacia delante para hablar con el hombre que atendía. El camarero hizo un gesto negativo con la cabeza. Donovan le preguntó otra cosa, pero el hombre volvió a decir que no.

Donovan se giró hacia Marek y le habló, pero Marek le señaló el oído para indicarle que no podía oír nada con aquel estruendo. Donovan le hizo un gesto para que salieran, y volvieron al carruaje.

—¿Y bien? —preguntó Hollis—. ¿Qué habéis averiguado?

—Nada —dijo Donovan—. El tipo me dijo que no ha visto a ningún soldado, pero que lo intentara en Wilbur Arms. Me ha dicho que ha oído que se reúnen allí. Pero no pudo decirme de qué sitio son los soldados, puede que sean ingleses.

—Bueno, vamos a seguir —dijo Hollis, y miró a Marek para pedirle su confirmación.

Marek asintió.

Donovan sacó la cabeza por la ventanilla y le gritó al cochero la dirección.

Cuando llegaron al Wilbur Arms, la lluvia ya no era tan fuerte, pero soplaba un viento frío del norte. De nuevo, Donovan y Marek entraron en el *pub*. Y, de nuevo, volvieron al carruaje sin noticias.

Aquella tarde, cuando llegaron a casa, habían recorrido cuatro *pubs,* un burdel y una pensión cochambrosa con un pez de madera enorme a modo de letrero, pero nadie había visto a ningún soldado de Wesloria. Donovan dejó a Marek y a Hollis en el salón para que se calentaran delante de la chimenea, y volvió al poco rato con vino y cerveza. Pero solo había llevado dos vasos.

—¿Por qué no traes otro?

—No —dijo Donovan—. Voy a salir. Tengo que ir a un sitio, y tú no vas a preocuparte.

—Creo que me he ganado el derecho a preocuparme, teniendo en cuenta lo que pasó.

Donovan sonrió. Su sonrisa era de calma, y Marek entendió muy bien cómo aquel hombre podía encantar a cualquier persona.

—No. La señora Plum ha preparado la cena. Invita a cenar al señor Brendan —dijo el mayordomo, y lo señaló con un movimiento de la cabeza—. Buenas noches, señor —dijo, y salió de la habitación. Hollis se quedó mirándolo mientras se marchaba.

Al oír que se cerraba la puerta principal, ella suspiró y miró a Marek.

—No voy a preocuparme —dijo, con resignación—. ¿Quieres cenar conmigo?

—¿No causará habladurías que cenes a solas con un hombre misterioso?

Hollis se echó a reír.

—No más que el hecho de que viva sola con un sirviente al que todos consideran mi amante. A mí ya no me importa lo que digan los demás, Marek. No voy a preocuparme, y me gustaría mucho que cenaras conmigo. ¿Quieres?

—Sí —respondió él—. Me gustaría mucho.

Le sorprendió un poco que no hubiera nadie para atenderlos en lo que parecía una sala de estar. Era una habitación pequeña y no había chimenea. En el centro de la sala había una mesa pequeña con cuatro sillas.

La señora Plum lo saludó jovialmente y le preguntó qué tal estaba, como si todos se hubieran hecho amigos suyos la noche que él había llevado a Donovan a su habitación. La señora puso las fuentes de comida y los platos sobre la mesa, después se quitó el delantal y les deseó buenas noches.

—Gracias, señora Plum. ¡Salude al señor Plum!

—¡Como siempre! —exclamó la señora, y se marchó por donde había llegado.

Hollis se acercó a la consola y volvió con un decantador de vino. Sirvió dos copas e invitó a Marek a que se sentara.

Retiró la tapa de una de las fuentes y dejó a la vista un asado de aspecto suculento con patatas. Al percibir el aroma de la comida, le rugió el estómago.

—La señora Plum es una excelente cocinera —dijo ella.

Sirvió dos platos generosos y ambos se pusieron a comer con ganas. A pesar de su comportamiento refinado, Hollis no era una mujer remilgada, y a él le gustaba eso. Y le gustaba cenar así. Era íntimo y privado, y casi familiar pero nuevo al mismo tiempo. Él podría acostumbrarse muy fácilmente.

—Es divino —dijo ella, sobre la comida—. ¿No te parece asombroso que algo tan cotidiano pueda ser lo mejor del mundo?

Sí. Le parecía asombroso.

Ella le hizo preguntas sobre su casa. Él ya le había hablado de su granja, pero ella quería saber más cosas.

—Una granja parece algo muy… bucólico. ¿Cómo es?

Él le habló de la respetable casa que había sido de la suegra de un terrateniente hasta que ella había muerto. Tenía un pequeño jardín y unos cuantos animales. Había comprado un par de cabras para que le mantuvieran el pasto bien cortado. Algunas veces, demasiado; antes de que él partiera para Inglaterra, los animales se habían comido una buena porción del seto de la finca y habían hecho un agujero, y él había tenido que pedirle a su empleado que lo tapara mientras él estaba fuera.

—También tengo perros —dijo, con melancolía—. Los echo de menos.

—Yo también echaría de menos a mis gatos si tuviera que irme durante un periodo de tiempo largo. ¿Y no hay nadie más a quien eches de menos?

Aquella pregunta lo tomó por sorpresa. Era difícil explicar lo solitaria que era su vida, y no iba a intentarlo. Se limitó a hacer un gesto negativo.

—Ah —dijo ella, y sonrió—. ¿No has estado casado nunca?

Él sonrió suavemente.

—No.

—¿Te importa mucho que te haga estas preguntas? Me preguntaba quién cuida a tus perros cuando estás fuera, si tienes a un señor Brimble que los vigile, y me preguntaba si tenías a una esposa que se encargara de todo. Eres un hombre guapo, Marek. Me parece que

cualquier mujer querría tener una propuesta de matrimonio por tu parte.

Él se echó a reír.

—Gracias. Pero me parece que la respuesta a tu pregunta es obvia.

—No.

—¿No? Si se descubriera quién soy, sería desastroso para mí. No dudo que Felix Oberon encontraría la forma de que me ahorcaran, porque mi mera existencia supone otro obstáculo en su camino hacia el trono. Sería injusto cargar a una mujer con eso.

Ella frunció el ceño.

—Pero no te han descubierto, ni siquiera después de tanto tiempo. ¿No te sientes solo?

¿Se sentía solo? No sabía si podía llamarlo así. Estaba solo y vivía alejado, pero no tenía un sentimiento de melancolía por ello. Por lo menos, hasta que la había conocido.

—Yo creo que, si el rey supiera que estás vivo, se alegraría mucho —dijo Hollis—. ¿Te imaginas cómo sería descubrir que tu hijo no tuvo un final trágico, después de todo?

—No sé lo que sentiría —dijo Marek—. La vida en Wesloria no es como aquí. La gente tiene que luchar por sobrevivir en muchas partes del país. Creo que el rey está intentando mejorar la situación, pero hasta que eso suceda, a todo el mundo se le mira con sospecha. Yo sería sospechoso. No puedo correr ese riesgo.

Él bajó el tenedor. No quería pensar en su vida en Wesloria, ni en su aislamiento.

—¿Y tú? ¿Por qué no has vuelto a casarte? Eres una mujer bella y vital. Creo que los caballeros desearán conocerte, ¿no?

Ella se echó a reír.

—Eres demasiado amable. Si hubiera caballeros que desearan casarse con una viuda, yo los habría espantado a todos.

—Lo dudo.

—Los hombres no siempre aceptan que una mujer sea franca en sus actos y sus palabras.

—Al contrario, los hombres sí lo aprecian, pero no siempre están preparados para algo así. La sociedad nos ha hecho creer que estamos por encima.

—¡Eso es muy cierto! —exclamó ella. Después, se apoyó en el respaldo de la butaca y pasó un brazo por encima de su estómago—. Sinceramente, hasta hace muy poco tiempo no pensé que hubiera superado el dolor por la muerte de mi marido.

Él entendía un poco de lo que era el dolor. Él lo había sentido siempre por la vida que había perdido.

—¿Cómo murió, si me permites la pregunta? —le preguntó, con curiosidad.

—Fue un accidente de carruaje. En un tiempo muy parecido a este, su carruaje se cayó por un puente, y él se ahogó.

—Dios santo.

—Fue horrible. No me gusta pensar en eso. Imaginarme…

Hollis hizo un gesto negativo y tomó su copa de vino. Dio un trago y la dejó de nuevo.

—Así que no me lo imagino.

—¿Cómo era?

—¿Percy? —preguntó Hollis, y sonrió con cariño—. Era un buen hombre. Te habría caído muy bien. Donovan y él eran amigos desde niños, y Percy lo trajo a esta casa cuando empezaron a hablar de él. Yo creo que se querían como hermanos. Percy también era muy curioso por naturaleza, y él fue quien fundó la revista. Pero su revista era sobre asuntos serios de política y economía. Aunque no tenía tanta circulación como la mía —dijo Hollis, con una sonrisa descarada.

Marek se echó a reír.

—Lo que has hecho es realmente notable.

—No, en realidad no —dijo ella—. Tuve ayuda. Además, ¿qué otra cosa tenía que hacer? Yo quería honrar su memoria, pero ahora…

—¿Ahora qué?

—Ahora necesito más. Necesito que mi vida tenga un significado. No puedo pasar el resto de mis días honrando a un hombre muerto, por mucho que lo quisiera. Tengo… deseos. Quiero vivir. No quiero vivir para llorar.

Marek comprendió muy bien sus palabras. Él tampoco quería vivir para llorar, y eso era lo que había estado haciendo todo aquel tiempo. Se incorporó y le tomó la mano por encima de la mesa.

—Te entiendo.

—¿De veras?

—Mejor de lo que soy capaz de expresar. Yo también tengo necesidades y deseos. Creo que tengo que vivir sin que me descubran, pero también quiero un significado, como tú. Quiero vivir para vivir.

A ella se le iluminó la mirada, y entrelazó los dedos con los de Marek.

—¿Te gustaría ser rey algún día?

—No. No estoy preparado para ese tipo de vida, y no lo deseo. Tengo dos hermanastras que han sido preparadas para ello, y no quiero arrebatarles nada. Lo único que siempre he querido es ver a mi padre. Pero, si él supiera quién soy realmente, creo que le haría más daño que bien.

—Eso no puedes saberlo con seguridad.

—Piénsalo bien, Hollis. En caso de que me creyera, se enfrentaría al dilema de qué hacer conmigo. Mi descubrimiento tendría un enorme impacto en todo lo que se ha hecho antes y todas las decisiones que él ha tomado. Y en las que debería tomar. No podría hacerle eso.

Hollis asintió lentamente.

—Entiendo tus argumentos. Eres un buen hombre, Marek. Creo que la mayor parte de la gente, si estuviera en tu situación, querría recuperar sus derechos de nacimiento. Riquezas, títulos, poder.

Él sonrió.

—Yo preferiría ser un buen hijo antes que un rey.

Aquellas palabras le sonaron tristes. Eran las palabras de un hombre resignado a sus circunstancias. Por supuesto, una parte de él sí se imaginaba cómo serían esa riqueza, los títulos y el poder. Pero todo le resultaba demasiado tenso. A él le gustaba su pequeña parte del mundo, y no corría peligro de perderlo. Su padre estaba en peligro de perder algo todos los días de su vida.

—¿Cómo es posible que te haya encontrado en medio de esta tormenta, Hollis?

—Yo fui la que te encontró, ¿no te acuerdas?

Algo cambió en el aire entre ellos. Él notó una carga, un cambio en la temperatura, un brillo. Y ella levantó su mano y le besó dulcemente los nudillos.

—Estoy muy contenta de que estés aquí.

Lo decía cada vez que lo veía, y Marek creyó que era cierto. Él también se sentía feliz de estar allí. Se levantó de la silla, rodeó la mesa e hizo que Hollis se levantara para abrazarla. Le acarició el pelo y pasó el dedo pulgar por su labio.

—No sé lo que hacer contigo —dijo.

—Ven a mi habitación —respondió ella.

Él lo deseaba por encima de todas las cosas, pero no se refería a eso. No sabía qué hacer con lo que sentía por ella. No sabía cómo encajarlo en su vida, pero estaba desesperado por encontrar la forma de lograrlo.

—Hollis —murmuró, y posó la frente sobre la de ella.

—Los dos queremos… No estoy ciega, Marek, y tú tampoco.

—No digas una palabra más, o perderé la cabeza —dijo él.

Y la besó. La besó con todo el deseo acumulado aquellos años. Se perdió en aquel beso, y todas las compuertas de su alma y de su cuerpo se abrieron y lo llenaron de calor. Había tantos momentos que había deseado vivir, pero no se había permitido hacerlo… Y aquella

mujer se ofrecía a él.

Hollis tiró de él hacia la puerta, y él la siguió escaleras arriba.

—¿Y tus sirvientes?

—Donovan no está en casa. Ruth no vendrá si no la llamo, y el señor Brimble duerme como un tronco.

Sin embargo, él miró hacia atrás, hacia la puerta abierta.

Ella le soltó la mano y cerró la puerta con llave. Después, se giró hacia él de nuevo, con una mirada seductora.

Estaban en la habitación principal, pensó. A su alrededor había cosas que, en circunstancias normales, habría observado y memorizado. Sin embargo, en aquel momento, lo único que importaba era aquel deseo abrumador.

Y que los dos compartían.

Capítulo 23

Los más mayores de entre nosotros recordarán un invierno durante el que no dejó de llover y el Támesis se congeló. El río aún no se ha congelado, pero los eruditos dicen que sucederá a finales de enero. Así pues, acumulen carbón para lo peor del invierno.

A pesar de la oscuridad que se ha instalado en Londres, se espera que el acuerdo de paz entre Alucia y Wesloria se firme esta semana, y las delegaciones puedan volver a casa antes del Año Nuevo.

Señoras, en esta época con tantas velas, The Workwoman's Guide aconseja que, si se encuentran con quemaduras en las sábanas, hiervan dos partes de tierras de Fuller, media pastilla de jabón, el zumo de dos limones y una taza de vinagre para restaurar la tela.

Revista Honeycutt de moda y hogar para damas

La luz de su habitación era tan tenue, que Marek casi parecía un fantasma. Pero, incluso en aquella penumbra, Hollis veía el brillo de sus ojos.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres? —le preguntó él.

El sonido de su voz le produjo sosiego. Estaba recorriendo un camino familiar, pero hacía tanto tiempo que no transitaba por él, que casi había olvidado las curvas y los giros, y tenía la respiración entrecortada. Había invitado a un hombre a su habitación. Aquellas palabras debían de ser inmorales, pero a ella no se lo parecían. De hecho, se sentía recta y honrada. Ella se había reservado para su marido, había hecho lo que se suponía que tenía que hacer. Pero ahora debía dedicarse a sí misma.

Marek se acercó a ella, mirándola fijamente.

—¿Estás segura, Hollis? Esto no es algo de lo que se pueda volver fácilmente.

Tal vez estuviera intentando hacerla entrar en razón, pero lo único que consiguió fue avivar su deseo. Era muy consciente de que aquello podía ser un error en muchos sentidos, pero Percy y ella tampoco

habían estado siempre en perfecta armonía. Y siempre estaban los momentos posteriores, esos momentos de ternura durante los que sentimientos y expectativas se alineaban.

Pero no podía pensar en eso. Marek la estaba mirando como si quisiera devorarla, y eso hizo que a ella le ardiera la sangre.

—Estoy completamente segura —le dijo.

Marek dio un gruñido.

—Pensé que dirías eso.

Se acercó a ella y le acarició el hombro. Subió por su cuello y enroscó la mano alrededor de su oreja.

Hollis inclinó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Sentía que le quemaba la piel allá por donde él pasaba los dedos. Él le besó el cuello y hundió la mano en su cabello para liberar sus tirabuzones.

—Estoy loco por ti —le susurró, y siguió con algo más en wesloriano, antes de besarle la boca.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y él presionó la boca contra su cuello. Después, él volvió a besarla, pero el beso fue mucho más apasionado y lleno de deseo. Ella se dejó caer en aquellos sentimientos y sensaciones, y los labios de Marek aumentaron su deseo rápidamente.

Entonces, él la hizo girar para poder desabrocharle el vestido. Le deslizó las mangas por los brazos, y el corpiño se le bajó hasta la cintura y después cayó por encima de sus enaguas hasta el suelo.

—*Deo mea* —susurró él, y tiró de la cinta que sujetaba las enaguas en su cintura. La prenda se deslizó hasta caer encima del vestido.

Hollis le quitó el pañuelo del cuello y él se quitó la chaqueta, y comenzó a desabotonarse el chaleco. Después, se quitó las botas, tomó a Hollis de la cintura y la tumbó en la cama. Se tendió sobre ella y la besó. Recorrió su cuello y sus clavículas con los labios, y descendió para tomar uno de sus pechos con la boca.

Ella estaba cayendo en un vórtice de deseo que no dejaba de girar. Se perdió en su deseo y en las caricias de Marek.

Él tiró a un lado la camisa y volvió a besarle el pecho, murmurando algo sobre su corazón acelerado. Y ella sintió un deseo candente que descendió por su espina dorsal hasta sus ingles. Marek apretó el miembro erecto contra su pierna. Ella le apartó un mechón de pelo oscuro de la frente y lo miró a los ojos. Él tenía la respiración entrecortada y los ojos muy brillantes.

Aquel momento fue muy erótico y evocativo. Su pasión mutua los envolvió en un velo. Él pasó un dedo por debajo de su camisola y fue subiendo la tela hasta que, con las dos manos, se la sacó por la cabeza. Hollis quedó desnuda ante él. Y él se sentó y se quitó el pantalón.

Volvió con ella y le acarició el estómago y los muslos. Marek tenía un cuerpo denso y poderoso, y sus manos eran fuertes. Ella se deleitó con la sensación de tener a un hombre a su lado, sobre su cuerpo. Lo besó y deslizó la lengua por la comisura de sus labios, al mismo tiempo que él le acariciaba las mejillas.

Hollis estaba inmersa en un deseo frenético. Siempre había creído que no podría desear a ningún hombre como había deseado a Percy, pero se había equivocado. El deseo que sentía por Marek era ardiente y poderoso, porque lo había elegido y porque había pedido lo que quería. En cierto modo, eso hacía que aquel momento fuera más intenso que cualquier otro momento íntimo que hubiera experimentado.

Marek le acarició el cuerpo y la besó con calma, demostrándole cuánto la deseaba. Ella se abandonó a las sensaciones que le producían sus caricias, sintió los latidos de su corazón contra el pecho y se rindió a sus manos y su boca. Y, finalmente, a su cuerpo, cuando él se deslizó dentro de ella con un suspiro de felicidad.

Hollis se sintió instantáneamente transportada. Notar su cuerpo dentro del de ella fue algo exquisito, urgente e ineludible. Se movió con él y contra él, instándolo a que se abandonara. Sus ojos se encontraron en una poderosa corriente de pasión, cada uno deseando en silencio que el otro llegara primero al éxtasis. Hollis fue la primera, y explotó de placer con un jadeo y un gemido. Y, con un grito ahogado, Marek se liberó también, derramando la simiente sobre su muslo.

El calor de su cuerpo se filtró en el de ella. Hollis tuvo la sensación de que pasaba una eternidad antes de poder regresar a la tierra, flotando lentamente. Siempre había temido que, después de Percy, si encontraba el amor, sería algo que le causaría un profundo dolor. Sin embargo, no fue así. Aquello había sido liberador. Se sintió como si los grilletes de su dolor se hubieran abierto y ella fuera libre para poder amar de nuevo.

Notaba los latidos del corazón de Marek contra el pecho. Él rodó suavemente hacia un lado y entrelazó sus dedos con los de ella.

Hollis se tendió de costado y lo besó. Él también le dio varios besos en la cara, antes de abrazarla y estrecharla contra sí.

—Esto me ha cambiado para siempre —le dijo, suavemente.

Marek no respondió, y ella se dio cuenta de que estaba junto a su oído sordo. No la había oído. Ella le besó en la oreja, y él le sonrió con adoración, con una expresión cálida y abierta, mientras se enroscaba uno de sus mechones de pelo oscuro en un dedo.

Marek no tenía que hablar. No tenía que oírla. Entre ellos dos se

había forjado un vínculo y, pasara lo que pasara, ella siempre le estaría agradecida por haberle quitado el pesado manto del luto. Hollis se sentía viva, con sangre en las venas, y quería seguir así para siempre, los dos, en aquella cama, enredados en las sábanas, en un espacio en el que nadie podía tocarlos.

Empezó a llover de nuevo, y las gotas golpearon las ventanas. Hollis se incorporó y colocó la almohada tras ella. Marek rodó y se colocó de lado para poder mirarla.

—Esto podría haber sido un desastre —dijo Hollis.

—¿Por qué? —preguntó él.

—Las personas no siempre son compatibles.

Él sonrió.

—¿Te ha parecido que nosotros somos compatibles?

—Exageradamente compatibles.

Siguieron así, tumbados uno junto al otro, durante mucho tiempo, hablando en voz baja y acariciándose. Marek le habló de su niñez, que había pasado pescando en el mar junto a un hombre a quien creía su tío. Le habló de la dura belleza de la tierra en la que vivía, de las montañas que descendían hasta el mar. También le habló de su casa, la granja, sus perros y su chimenea. Ella se los imaginó posando la cabeza en sus rodillas ante el fuego.

Hollis le habló de sus mascotas favoritas, de los perros y los gatos que siempre habían vivido en su casa. Le habló de la muerte de su madre y de la ceguera de su padre.

Marek la escuchó con atención.

Hablaron de todo lo que había ocurrido en sus vidas, pero no hablaron del futuro, ni siquiera del día siguiente. Aquella noche solo eran dos personas unidas por unas circunstancias extraordinarias y por unos sentimientos que habían surgido contra todo pronóstico.

Hicieron el amor otra vez, explorando aquel paisaje nuevo que habían creado. De todos los hombres a los que había conocido aquellos últimos años, ¿por qué era él quien había capturado su imaginación tan absolutamente? ¿Por qué aquel hombre solemne y sordo, en parte, era quien hacía que se sintiera tan exuberante? No tenía lógica. «El camino del amor verdadero nunca fue fácil», como diría Shakespeare.

Hollis se quedó dormida entre sus brazos, pero su sueño fue intranquilo. Soñó con los soldados, y con Marek. Con Beck también, algo que la inquietó al despertarse en medio de la noche.

La chimenea se había apagado, y la habitación estaba completamente a oscuras. Sin embargo, notó que alguien se movía. Pasó la mano por la cama, a su lado, y encontró un espacio vacío.

—¿Marek?

—Estoy aquí —dijo él, en voz baja. Se acercó a la cama y se sentó con una sonrisa llena de ternura—. Debería irme. Tus sirvientes…

—Se me ha ocurrido otra idea para encontrarlos.

—¿Disculpa?

—A los soldados.

Él le acarició el pelo y le besó la frente.

—No sirve de nada, Hollis. Si es cierto que existen, deben de haber desaparecido por Londres.

Ella se incorporó y se sentó, tapándose con la sábana.

—Lo he soñado —dijo—. O lo he pensado, no sé. Pero los soldados deben de estar alojados en algún sitio, ¿no? No los trajeron aquí para dejarlos vagando por la calle. Conozco a alguien que puede saber dónde están. Lo único que necesitamos son pasteles.

Él se echó a reír.

—Todavía estás soñando.

—Donovan y yo te recogeremos en el hotel a la una en punto, pero tenemos que llegar antes de que él se tome su almuerzo.

—No te entiendo, Hollis.

—Ya lo sé —dijo ella.

Se puso de rodillas, envuelta en la sábana, y lo besó.

—Ya verás. Confía en mí.

Marek suspiró y le puso las manos en la cintura.

—Haces imposible que pueda resistirme a ti. Lo sabes, ¿no? —le preguntó él, y le besó un lado del cuello.

En realidad, Hollis pensaba que a la que le ocurría eso era a ella.

Capítulo 24

En los sagrados corredores de palacio, más de uno oyó la terrible riña entre algunos de los ministros de Wesloria y el rey Maksim. Los gritos se oyeron por todo St. James Park. No se ha informado del motivo de la discusión, pero los que oyeron los gritos en wesloriano han informado de que el rey estaba furioso. ¿Puede ser porque Alucia ha conseguido muchos más beneficios del tratado de paz que Wesloria? Incluso los que no conocemos las negociaciones sabemos que la paz verdadera no puede conseguirse si una parte tiene mucho más que la otra.

El conde de Kendal y su formidable hija, lady Blythe, fueron vistos recientemente en Regent Street, en el taller de costura de Madame Louisa. Un pajarito nos ha dicho que encargaron a la modista el increíble número de doce vestidos. Tal vez lady Blythe esté reuniendo su ajuar.

Revista Honeycutt de moda y hogar para damas

A la una y media, el señor Kettle sacó su tartera y la puso sobre la mesa. Pesaba más que los días anteriores, y eso le hizo sonreír. Por fin, la señora Kettle había vuelto a casa, porque, aparentemente, había descubierto que su padre era más exigente que su propio esposo. El señor Kettle se sentía justificado por la epifanía de su esposa. Le recordó que ya le había dicho que su padre no tenía por qué estar más dispuesto que él a aceptar su intolerable comportamiento, y que esperaba sinceramente que hubiera aprendido la lección.

Y, a juzgar por el peso de la fiambrera, debía de ser así.

Apartó la servilleta de lino y la extendió sobre su escritorio. Después, miró el interior de la tartera.

Había una rebanada de pan. La puso sobre la servilleta. Aquello era una clara mejoría, porque tenía que admitir que había echado de menos el pan que hacía su mujer.

Lo siguiente era una patata cruda. ¿Una patata? La noche anterior, durante la discusión, él le había dicho que esperaba comidas más variadas, porque se había visto obligado a comer lo mismo durante

varios días cuando ella se había marchado a casa de su padre. Sin embargo, no era esa la variedad que se había imaginado.

Puso la patata junto al pan, y encontró una segunda patata cruda en la fiambrera. No había nada más, y el señor Kettle miró con consternación su almuerzo.

—Vaya, parece que su comida no ha mejorado, ¿verdad?

El señor Kettle alzó la cabeza al oír la voz de la señora Honeycutt. Pensaba que había terminado con ella. Había vendido su alma al diablo a cambio de un pastel, pero allí estaba ella de nuevo, sonriendo, con los ojos brillantes.

—¡Buenos días, señor Kettle! —exclamó la dama, como si fueran viejos amigos.

—Señora Honeycutt —dijo él.

Se fijó en que llevaba una cesta colgada del brazo, y se le hizo la boca agua. Tal vez en aquella cesta hubiera pasteles parecidos a los de la última vez.

—¿Una patata? —preguntó la señora Honeycutt.

El señor Kettle volvió al presente.

—¿A qué se debe su visita? —le preguntó, secamente—. Creía que me había dado su palabra de que no volvería a molestarme.

—¿Yo dije eso? —preguntó ella, frunciendo el ceño—. Creo que no dije eso.

Miró hacia atrás, y el señor Kettle se dio cuenta de que su Adonis estaba en el mismo sitio de siempre.

—¿Dije yo que no iba a volver a molestarlo?

—No me imagino que usted pudiera decir algo así —respondió el hombre.

El señor Kettle se fijó en que había alguien más. Otro hombre. Era tan alto como Adonis, pero más ancho. Además, no era tan pálido como el inglés. Le recordó a los españoles que a menudo viajaban en barco a Londres.

—Señora Honeycutt, ya le he…

Ella no permitió que terminara la frase.

—Ya lo sé, y fue usted de gran ayuda.

Entonces, metió la mano en la cesta y sacó dos tartaletas de manzana. Y no cualquier tartaleta. Eran gruesas como un puño y grandes como un plato.

—Como iba diciendo, me ayudó tanto… Pero, al parecer, necesitamos un poco más de información para completar nuestro estudio, y creo que también puede ayudarnos en esta ocasión.

—¿Cómo dice?

—Es usted tan experto en la materia, señor Kettle. Es de extrañar

que no haya ascendido de puesto. Pero, claro, eso puede suceder fácilmente, si la información que usted proporcione le sea revelada al rey de Wesloria.

—¿Cómo dice?

Ella partió un pedacito de tarta de manzana y se lo metió en la boca. Y él volvió a concentrarse en las tartaletas.

—¿Por casualidad sabe dónde pueden alojarse los cuatro soldados de Wesloria?

Él dio un resoplido.

—¿Y cómo voy a saber yo algo así?

—Bueno… Usted va todos los días a los muelles, ¿no? Seguramente, habrá oído algo por aquí o por allá.

En realidad, sí oía cosas. Estiró la mano hacia las tartaletas. La señora Honeycutt las puso fuera de su alcance.

—Solo quería olerlas —dijo él.

La señora Honeycutt se acercó aún más las tartaletas y tomó otro pedacito.

—Dios mío, es excelente. ¡Se derrite en la boca! ¿Dónde cree que se alojarían los soldados si no quisieran que nadie supiese que están en Londres?

El señor Kettle empezó a sudar de la ansiedad.

—Para mí, las patatas solo son tolerables cuando no hay nada más disponible, y eso, si están cocinadas.

Él no necesitaba que le dijera eso. Pensó en que no tendría que enseñarle ninguna documentación, algo que el ministro le había prohibido expresamente. En realidad, no iba a enseñarle nada. Solo tenía que hacer una suposición.

—Tal vez tenga suerte con el señor Rangold, en el barrio judío de Hackney. Bueno, Hackney Wick, para ser más exactos.

A ella se le iluminaron los ojos.

—¿El señor Rangold tiene nombre de pila?

—Creo que Ivan.

Él había visto un par de veces a aquel hombre en el puerto, cobrándole el alojamiento a aquellos que lo necesitaban. Y, por lo general, parecía que la gente a la que él proporcionaba alojamiento no iban a conseguirlo de la manera habitual.

—Siempre ha sido usted de gran ayuda —dijo Hollis.

Acercó ambas tartaletas hacia él, de modo que empujó las patatas, que rodaron y cayeron al suelo. El señor Kettle hizo caso omiso de las patatas, tomó una de las tartaletas y la mordió.

—Ni una vez más, señora Honeycutt —le dijo a la dama, con la boca llena de tartaleta—. Me ha pillado en un momento extraño, que

será rectificado esta misma noche —añadió, mirando las patatas—. No voy a dejarme sobornar.

—No, por supuesto que no, señor Kettle —dijo ella, y se levantó graciosamente de su asiento—. Buenos días.

Salió de su pequeño despacho, seguida por el hombre desconocido, que no había dicho ni una palabra. Sin embargo, Adonis le guiñó un ojo antes de salir detrás de su señora.

Capítulo 25

La noticia de que lord y lady Chartier de Bibury han decidido quedarse en Londres hasta el duodécimo día de la Navidad ha sido recibida con gran alegría por su familia y sus amigos. Lord Justice Tricklebank ofrecerá la comida de Navidad en su casa para toda su familia. Se espera que lord y lady Chartier vuelvan a ocupar el puesto que les corresponde en sociedad y asistan a los eventos de celebración del fin de las negociaciones entre Alucia y Wesloria. La firma del acuerdo de paz se producirá, con casi toda seguridad, esta semana.

Señoras, faltan pocos días para Navidad, y Milloy & Drake Company ofrece invitaciones en papel grabado y perfumado. Sir Henry Cole tiene una selección de tarjetas de Navidad para enviar a sus seres queridos durante las fiestas. Tienen el precio de un chelín por unidad.

Revista Honeycutt de moda y hogar para damas

Marek, Hollis y Donovan comieron en un restaurante de Belgravia para hablar de lo que les había revelado el señor Kettle. Donovan estaba totalmente en contra de que ellos fueran a Hackney Wick.

—Pero si Hackney es precioso —dijo Hollis.

—Donde viven tus amigos, sí lo es —dijo Donovan—. Pero Hackney Wick no.

—Prefiero ir yo solo —dijo Marek.

—Pero si tú no conoces Hackney…

—Lo conoceré —dijo Marek, con firmeza, antes de que Hollis pudiera salirse con la suya—. Si están allí, tendré más facilidad yo solo, wesloriano a wesloriano.

Quería ser libre para hablar con los soldados a su manera, tomarse todo el tiempo que fuera necesario. No le importaba que le acompañara una mujer, pero sabía cómo eran los hombres. Y tampoco quería que lo acompañara Donovan. Un hombre en territorio extranjero podría sospechar que Donovan era una autoridad con la

que no quería encontrarse.

Hubo una discusión, sobre todo, porque Hollis se quedó consternada al ver que ninguno de los dos pensaba que fuera seguro para ella. Al final, cuando Marek le prometió que iría directamente a Mayfair y se lo contaría todo, ella cedió.

Cuando salieron del restaurante, él tenía toda la intención de cumplir su palabra. Sin embargo, a veces, las cosas no salían como uno esperaba.

Encontró la casa del señor Rangold con facilidad. En aquella zona vivían personas que trabajaban duro para subsistir, a juzgar por las mujeres que andaban por la calle con pequeñas cestas de la compra y los hombres, vestidos con trajes desgastados, que atravesaban caminando con decisión por el parque.

Él le pidió a una mujer que vendía manzanas que le indicara dónde estaba la dirección correcta, y se encaminó hacia la calle. La casa Rangold era un edificio de ladrillo rojo, idéntico al resto de casas adosadas de su calle. Llamó a la puerta y, después de una larga espera, abrió una mujer morena, de pelo canoso, con un delantal sucio y un gorro de encaje. Se secó las palmas de las manos en el delantal mientras lo miraba tratando de dilucidar si era alguien conocido.

Cuando habló, lo hizo en un idioma desconocido para él. ¿Polaco, tal vez?

—¿Habla inglés?

Ella pestañeó.

—¿Quién es usted? —preguntó en inglés, con un fuerte acento.

—Un amigo.

Su respuesta no la convenció.

—¿Está el señor Rangold?

—No.

Ella trató de cerrar la puerta, pero Marek alzó una mano.

—Soy de Wesloria —dijo—. Estoy buscando a unos amigos. Tengo entendido que se alojan aquí, con el señor Rangold.

Ella lo miró desconfiadamente.

—Tengo que darles una noticia importante.

—Ahora no hay nadie en casa. Vuelva más tarde.

—¿Podría decirme dónde han ido?

—¿Dónde? —preguntó ella, burlonamente—. Yo limpio, limpio, limpio. Vuelva luego.

Lo empujó y cerró la puerta.

Así pues, tendría que esperar. Hacía mucho frío y había mucha humedad, pero Marek se sentó bajo un árbol del parque y se arrebujó en su capa. Se acurrucó y, sin darse cuenta, se quedó dormido, pero se

despertó al oír un sonido o un movimiento, y despertó justo cuando un hombre subía los escalones hacia la puerta de la casa.

Se puso en pie de un salto y, por instinto, gritó en su idioma: —*Odaat!*

«Espere».

El hombre se dio la vuelta al oírlo. Al acercarse corriendo a él, Marek se dio cuenta de que casi era un niño. Cuando llegó al último escalón, sonrió forzadamente.

—¿*Wesloriat*? —le preguntó.

El joven miró a su alrededor como si fuera a aparecer alguien.

—Yo también —dijo él—. Estoy aquí con la delegación wesloriana. Tengo noticias.

El joven se relajó.

—Vaya —dijo—. ¿Noticias para mí?

—Para todos vosotros —dijo Marek.

—Pero soy el único que está aquí. Los demás han ido a reunirse con el caballero.

—Ah —dijo Marek—. Creo que es mejor que no hablemos aquí. ¿Hay alguna taberna cerca?

—Sí —dijo el muchacho, pero titubeó—. Yo tengo que comer aquí.

—No te voy a entretener mucho. ¿Te apetece una pinta de cerveza? Para brindar por nuestro país.

El joven lo miró con atención. Después, se encogió de hombros.

—De acuerdo. Vamos a escuchar sus noticias. ¿Cómo se llama?

—Vilcot Tarian —dijo Marek, tomando prestado el nombre de uno de sus vecinos.

Se pusieron en camino hacia el *pub*. Era el final de un día de trabajo, y el local estaba abarrotado. Marek temió que no iba a poder oír lo que le dijera el muchacho. Había captado que se llamaba Lorenz, e insistió en que él se sentara primero en el banco para que ocupara el lugar a su derecha. Tenía que inclinarse un poco para oírlo por encima de todo el alboroto, pero se rio y dijo que era un hombre mayor.

No pareció que a Lorenz le importara. Era muy joven, y tenía una nostalgia terrible de Wesloria. Debía de tener unos quince años, y echaba de menos a su madre y a su hermana. Además, se había puesto enfermo durante el viaje. Claramente, necesitaba hablar, y habló, hasta que Marek pensó que no podía asimilar una palabra más.

Le contó a Marek que habían ido a Londres a proteger a la reina Agnes y a las princesas. Se sentía muy honrado de haber sido elegido para aquella importante misión.

—¿Y los otros chicos? —preguntó Marek—. ¿También fueron

seleccionados?

Lorenz asintió.

—Todos somos amigos. Dominick es el que conocía al caballero. Ninguno habíamos salido nunca de Wesloria. Y habíamos oído decir que la princesa Justine es muy bella —dijo, y miró a Marek—. ¿Es cierto?

Marek pensó en la respuesta.

—Todas las mujeres son bellas —dijo—. ¿Y de qué tenéis que proteger a la reina y a las princesas?

Lorenz se encogió de hombros.

—No lo sé exactamente. Pensaba que lo sabría usted. Dicen que el rey está muy débil y que él no puede defenderlas. ¡El caballero dijo que tal vez no viviera para ver Wesloria de nuevo! —exclamó, con asombro—. ¿Es eso cierto?

—No —dijo Marek—. No está tan enfermo.

Se preguntó si a aquel joven no se le había ocurrido pensar que el rey viajaba con un pequeño ejército para que los protegiera a su familia y a él, o si se le había ocurrido preguntar por qué iban a permitir los consejeros del rey que hiciera un viaje así si estaba tan enfermo como para que su vida peligrara.

Marek se tomó lo que le quedaba de cerveza y pidió otra pinta para Lorenz.

—¿Dijo algo más el caballero?

Lorenz lo miró con curiosidad.

—Dijo usted que tenía noticias.

—Sí, pero, si tú ya te has enterado, ¿para qué voy a repetirlo yo? —preguntó él, con una sonrisa.

Lorenz lo pensó por un momento y aceptó la respuesta.

—Dijo que conoceríamos Londres y a las princesas, eso es todo. Y que teníamos que mantenerlo todo en secreto. Es una misión especial, ¿sabe? Dijo que tal vez hubiera algún problema.

Mark asintió.

—Eso podría suceder. ¿Dijo qué tipo de problema?

Lorenz hizo un gesto negativo mientras le servían su segunda pinta.

Mark se frotó la cara con las manos. Aquel… niño estaba allí para proteger a la reina, o eso pensaba, y era un ingenuo que no sabía lo que estaba haciendo.

—Quiero entenderlo bien, Lorenz.

El muchacho asintió.

—Un hombre, un caballero al que, según tú mismo has dicho, no conoces, ni siquiera sabes cómo se llama, acude a tus amigos y a ti y

os ofrece venir a Londres, diciendo que podréis ver a la princesa si protegéis a la reina.

—Sí —dijo Lorenz, y bebió ávidamente de su segunda pinta.

—Os dice que vuestro rey está muy débil y que puede haber problemas. No tenéis ni idea de qué problemas, ni de lo que tenéis que hacer, pero no se os ocurre preguntar nada. ¿No hay nada que te parezca raro en esta situación?

Lorenz tragó saliva.

—¿Disculpe?

—Eres patético.

Lorenz titubeó. Entonces, se echó a reír nerviosamente. Se sonrojó.

—Vienes hasta Londres, te echas a llorar por tu madre y por tu hermana, bebes la cerveza que te ofrece un desconocido, y no puedes decirme ni una palabra de quién es este hombre.

—¿Qué…? ¿Quién es usted? —preguntó Lorenz—. No sé quién era el caballero. ¿Cómo iba a conocerlo? Era un ministro, o algo así. Dominick dijo que era alguien importante, y yo no… no sabía qué…

—¿Cómo es?

—No lo sé. Alto. Delgado —dijo el muchacho, con desesperación —. De pelo castaño claro.

—¿Con una actitud jovial? ¿Se ríe con facilidad?

Lorenz asintió.

A Marek no le sorprendió. Casi estaba esperando que alguien señalara a Dromio con el dedo. Naturalmente, no tenía la absoluta certeza de que se tratara de Dromio, pero el instinto le decía que sí. Pero ¿qué se proponía el ministro?

Marek se sacó un billete de cinco libras del bolsillo y se lo dio al chico.

Lorenz se quedó asombrado.

—¿Qué es esto?

Marek no respondió. Tomó su sombrero.

—¡Espere! —exclamó Lorenz, con desesperación—. ¡Ha dicho que tenía noticias!

Qué bobo era aquel muchacho.

—Sí —dijo Marek—, pero no son para ti.

Sin mirar de nuevo a aquel ridículo muchacho, salió del *pub.*

Tenía un latido sordo en las sienes. No estaba seguro de qué tenía que hacer para impedir lo que estuviera sucediendo, pero sí sabía que quería matar a Dromio con sus propias manos.

Cuando Marek volvió al Hotel Green, había empezado a nevar un poco. Encontró a Dromio y Van en el bar, delante de un vaso de *whisky,* riéndose.

—¡Brendan! —exclamó el ministro al verlo—. Venga con nosotros. Últimamente no se le ve el pelo. Su amante debe de ser muy buena —dijo, moviendo las cejas.

—Siéntese, señor Brendan —dijo Van, y movió una silla con el pie para sacarla de debajo de la mesa—. Brinde con nosotros por el éxito de las negociaciones de paz. Ahora podrá descansar tranquilo en su cama wesloriana.

Estaban borrachos, congratulándose por un trabajo bien hecho. Pero ¿qué trabajo habían hecho en realidad?

—Me sorprende encontrarlos de celebración —dijo él—. El acuerdo no es especialmente bueno para Wesloria.

—Teniendo en cuenta la situación, es mejor de lo que esperábamos —dijo Dromio—. No debería estar tan taciturno todo el tiempo, Brendan —añadió. Miró a Van y se echó a reír.

—¿Cuándo zarpamos? —preguntó Marek. ¿Cuánto tiempo tenía para impedir lo que estuviera a punto de suceder?

Van se encogió de hombros.

—El rey no está bien, como ya sabe, así que todavía no conocemos la fecha exacta.

Van miró de reojo a Dromio, y Dromio sonrió con malicia.

—Pero tal vez sea más pronto que tarde.

Aquellos dos tipos estaban perdiendo la cautela. Estaba bien claro lo que sentían hacia su rey. Marek se miró las manos. Tenía poco tiempo para actuar y estaba en desventaja. Lo único que sabía con certeza era que habían saboteado el acuerdo de paz. Y él era un solo hombre. Se levantó de la mesa.

—Vaya, hombre —dijo Dromio—. ¿Qué está haciendo? Ni siquiera ha pedido su bebida.

—Gracias, pero no me encuentro bien —dijo Marek.

Dromio dio un resoplido.

—Vaya, Brendan. Su actitud tan distante será su ruina algún día.

Van se echó a reír.

Marek no miró más a los dos traidores. Se alejó de la mesa. Sabía que necesitaba ayuda, y solo conocía a una persona que pudiera procurársela. Había visto cómo miraba Osiander a sus colegas Dromio y Van.

Sabía que era posible que Osiander también fuera un traidor; en realidad, no estaba seguro de en quién podía confiar, aparte de Hollis.

Tenía que intentarlo. No podía acudir al rey. Osiander era su única esperanza.

Fue a su habitación y llamó a la puerta. Osiander abrió envuelto en una toalla, con el pelo mojado. Lo miró de pies a cabeza.

—¿Sí?

Marek también se quedó mirándolo. No dio con las palabras que necesitaba tan rápidamente como hubiera querido. ¿Cómo podía decir que sospechaba que dos ministros estaban conspirando contra su rey?

—Vamos, suéltelo ya —le dijo Osiander.

Marek tomó aire. Se inclinó hacia delante y dijo, suavemente: —Tengo motivos para pensar que lord Dromio y lord Van están conspirando contra el rey.

Osiander fulminó a Marek con la mirada, y él temió que llamara a los guardias para que lo detuvieran. ¿Qué harían con él? ¿Lo ahorcarían? ¿Lo sacarían de Londres y lo arrojarían a un pantano? ¿Lo tirarían por la borda en alta mar durante el viaje de vuelta a Wesloria? ¿Lo encarcelarían y lo someterían a juicio delante de su propio padre?

—Vamos —le dijo Osiander, y miró a un lado y a otro del pasillo —. No se quede ahí, entre.

Con una expresión de urgencia, abrió la puerta de par en par.

Capítulo 26

El rey Maksim, el duque de Tannymeade y el primer ministro Russell se reunieron en la Cámara de los Lores para firmar el acuerdo de paz entre los reinos de Alucia y Wesloria. Se ha logrado la paz, aunque, a decir de muchos, ha sido a costa de Wesloria. El rey Maksim precisó de ayuda para subir al estrado, ya que su salud no es buena últimamente. Mientras se firmaba el acuerdo, llegaban noticias de sublevaciones en la región minera de Astasia, que se extiende entre los dos países.

Parece que el deseo de remediar los males de la sociedad solo tiene cabida durante el buen tiempo, porque, desde que llegó el frío, no se ha visto a ningún miembro de la Coalición por la Decencia y la Moralidad en Piccadilly Circus ni en ningún otro lugar público.

Revista Honeycutt de moda y hogar para damas

Hollis estuvo paseándose por delante de la chimenea hasta que Donovan la obligó a acostarse.

—Esta noche no va a venir –le dijo con firmeza. Le puso las manos en los hombros y la obligó a darse la vuelta hacia la puerta.

—Pero dijo que vendría.

—Sí, dijo que vendría en cuanto pudiera, pero parece que esta noche no va a poder. Y tú no le vas a servir de nada si no descasas. Pero vendrá, Hollis.

—¿Y si le ha pasado algo? No debería haber dejado que fuera solo —dijo ella, con un gemido.

—Es un hombre adulto, cariño. No podías impedírselo. Vamos, acuéstate. Mandaré a Ruth a que te avise cuando él venga.

Hollis hizo lo que le pedía Donovan: subió a su habitación. Allí, empezó a pasearse de un lado a otro, pero, finalmente, se cansó y se acostó, completamente vestida. No podía dormir. No podía dejar de pensar en él.

Se imaginó que los cuatro soldados lo habían golpeado, como otros habían golpeado a Donovan. Podría estar muerto. Donovan le había

dicho que Hackney Wick era un lugar peligroso. Recordó su forma de mirarla, con aquella media sonrisa que sugería que estaba viendo algo divertido, con cara de desconcierto y fascinación. Pensó en cómo le miraba los labios cada vez que ella hablaba, de su fuerza tranquila, del calor de su cuerpo y de la facilidad con la que la abrazaba. Señor, se había enamorado de él como una tonta.

Al final, se quedó dormida, y su recompensa fue que Donovan la despertara sin miramientos. Oyó que decía su nombre y, cuando abrió los ojos, se lo encontró inclinado sobre ella.

—¡Ay! —gritó, y rodó para alejarse de él—. ¿Qué haces? —le preguntó, presionándose el pecho con una mano para intentar calmarse.

—Perdón, pero es que Ruth se ha ido al mercado. Vístete y baja al salón.

—¿Ha ocurrido algo?

—Sí, ha ocurrido algo —dijo él, y sonrió—. Ha venido el señor Brendan.

Hollis dio un jadeo y se levantó de un salto. Oyó que Donovan se reía mientas salía del dormitorio. Se arregló rápidamente y bajó las escaleras.

Marek estaba en el salón. Tenía una expresión sombría y parecía que estaba agotado, pero, al verla, se le iluminó la cara y le brillaron los ojos. Ella corrió a sus brazos, y él escondió la cara entre su pelo y suspiró.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Hollis.

—Tantas cosas que no sé por dónde empezar.

—¿Encontraste a los soldados?

Él asintió.

—Solo a uno. Es un muchacho de unos quince años, bastante bobo y nostálgico. No debería haber salido de las faldas de su madre —dijo él, y cabeceó—. Es lord Dromio. Él es el que está detrás de todo esto.

—¿Cómo lo sabes?

Marek le contó a Hollis todo lo que le había dicho el joven soldado, y le dijo que el caballero al que se había referido el muchacho no podía ser otro que Dromio.

—Todo encaja. Llegó quince días antes que nosotros. Estaba aquí cuando le pagaron a lord Douglas para traerlos en su barco. Se ciñe a la descripción que me dio el chico. Yo podría haber hecho más. Hace mucho tiempo que tengo un mal presentimiento con respecto a él, pero no podía demostrar nada.

—No podías saberlo con certeza, Marek —le dijo ella—. ¿Te has enfrentado a él?

Marek hizo un gesto negativo.

—Yo no soy nadie. A él no le importa lo que yo diga. Puede desacreditarme con facilidad ante todos. Nadie me creería a mí antes que a él. Por eso, fui a buscar la ayuda de Osiander.

—¿Quién es?

—El nuevo ministro de Trabajo. Es joven y ambicioso y, por todo lo que dice, está claro que le interesa que Wesloria evolucione y se convierta en un país moderno. Cuando le dije lo que sabía, me confesó que tenía las mismas sospechas que yo. Había oído rumores, y me dijo que, cada vez que intentaba enfrentarse a Dromio o a Van, lo rechazaban o lo excluían por completo.

—Entonces, todo es verdad, ¿no? Hay un complot para derrocar al rey.

—Creo que sí —dijo Marek—. Pero Osiander y yo estamos de acuerdo en que no hay pruebas suficientes. Hablamos largo y tendido, y… decidimos que debemos exponer nuestras sospechas directamente ante el rey. Antes de que él embarque para Wesloria. Y, con suerte, antes de que se firme el tratado de paz.

—¡Pero si la firma es hoy! —exclamó Hollis, y miró el reloj de la repisa de la chimenea. Eran las doce y media, y la reunión iba a celebrarse aquella tarde—. No hay tiempo, Marek.

—No está en mis manos —dijo él—. Osiander está intentando obtener audiencia, pero, por el momento, se la están negando. Dicen que el rey no está bien, y que hay mucho que hacer. Dromio se las ha arreglado para sacarlo de todas las reuniones con el rey, y él no sabe lo que le han dicho.

—¡No puede firmar ese acuerdo! —exclamó ella.

Pero, en cuanto hubo pronunciado aquellas palabras, se dio cuenta de que iban en contra de los intereses de su cuñado.

—Es probable que lo haga, Hollis. Creo que es demasiado tarde para detener la maquinaria. Y, aunque hubiera un modo de impedirlo, Alucia no aceptaría más retrasos. Han conseguido lo que querían, mucho más de lo que esperaban. Las dos delegaciones se están preparando para zarpar. El primer ministro británico va a dar una fiesta, esta misma noche, para todo el mundo. Intentar deshacer lo que se ha hecho sería desastroso. Pero puede que no sea demasiado tarde para detener lo que pueda pasar a partir de ahora.

Hollis pensó en Eliza y Sebastian. Eliza estaba tan orgullosa de su marido… Aquello era una victoria para ellos. El pueblo de Alucia amaría a su futuro rey.

Pensó en Marek, que había tenido que ver cómo estafaban a su padre y que, además, cargaba con un terrible secreto. Pensó en la

gente de Wesloria y Alucia, que confiaban en aquel acuerdo de paz para conseguir la prosperidad. Y pensó en sí misma. Dentro de ella había muchas cosas que estaban a punto de explotar.

Miró a Marek.

—¿Tienes que irte ya?

—No, todavía no. Le dije a un lacayo dónde podrían encontrarme si Osiander me necesitaba.

Hollis ni siquiera se atrevió a mirar a Marek cuando hizo la siguiente pregunta:

—Y ahora, ¿qué?

Él no respondió con palabras. Se sentó en el sofá, junto a ella, y le besó las mejillas y los labios. Hollis le puso las manos en las mejillas y lo detuvo.

—Te vas a marchar.

Él se quedó sorprendido.

—Sí. ¿Esperabas algo diferente?

Ella se reprimió para no sollozar, y cabeceó.

—No me atrevía a esperar nada. No me atrevía a soñar con nada. Pero, yo… Todo ha ocurrido muy deprisa, y no esperaba nada, pero…

—Hollis —murmuró él—. Esta puede ser la última oportunidad que tenemos para estar juntos.

—Oh. Es lo más triste que me has dicho hasta este momento.

—Hollis —repitió él.

De repente, se dejó caer sobre una rodilla, delante de ella, y le tomó las manos.

—Este tiempo que he pasado contigo lo ha sido todo para mí. Me has dado más felicidad de la que he sentido en años. No sé cómo expresar la profundidad de… ¿Cómo es la palabra? —dijo él, y posó la cabeza en el regazo de Hollis—. *Ledan* —dijo, en wesloriano—. Esperanza. Ahora tengo esperanza de que la vida no esté fuera de mi alcance, de poder sentir cosas que creía que estaban vetadas para mí.

—Oh, Marek. Tú también me has dado esperanza a mí.

Él se levantó, la tomó de la mano y tiró de ella.

—Tenemos este momento, si lo quieres.

—Sí, lo quiero —dijo ella.

Y se encontró de nuevo entre los brazos de Marek, con las manos en su pecho desnudo, acariciándole el cuerpo. Mientras hacían el amor, ella se permitió evadirse de sus pensamientos y concentrarse en sentir, para poder recordar lo que era ser querida y adorada, lo que era amar a alguien. Su clímax fue tan intenso que gritó, y no le importó que la oyeran. Que todo el mundo pensara lo que quisiera. Lo único que le importaba eran aquellos momentos con aquel hombre, y

haberse liberado de su dolor, y sentir el amor que le inundaba el corazón.

Se quedaron tendidos uno junto al otro, jadeantes, y Marek le acarició el pelo. La miró con tanta ternura que a ella se le encogió el alma. Le pasó el dedo pulgar por la mandíbula y notó su barba incipiente.

—Quiero decirte que… me he enamorado de ti —murmuró.

Marek suspiró. No había oído nada. Ella estaba a su lado izquierdo, pero necesitaba decírselo de todos modos. Sin embargo, no quería complicar más su amargo final con aquellas palabras.

Pasaron la mañana en su cama, hablando y acariciándose para memorizar sus contornos. Evitaron los temas difíciles, porque preferían reír y contar secretos.

Hasta el final. Hasta que la luz empezó a disminuir. Hasta que llegara la hora de la marcha de Marek.

—¿Qué vas a hacer cuando me vaya?

—No lo sé —dijo Hollis—. Hay muchos cambios en mi vida. Todo el mundo se marcha, y yo… no sé. Es incierto. ¿Y tú? ¿Qué vas a hacer tú?

—Lamentarme —respondió él—. «No deseo otra compañía en el mundo más que la vuestra».

—Shakespeare —dijo ella, con tristeza—. Marek, yo…

Quiso decirle de nuevo lo que sentía, pero, en aquel precioso momento, alguien llamó a la puerta con energía.

Hollis se puso la bata y fue a abrir. Se asomó por una rendija.

Y vio la sonrisita de Donovan.

—No conocía esta faceta suya, señora Honeycutt. Por favor, ¿podría decirle a su… amigo que ha llegado un lacayo con un mensaje para él? Lo necesitan en el Hotel Green dentro de media hora.

Hollis cerró los ojos.

—Gracias —dijo, y cerró la puerta.

—¿Han mandado a alguien a avisarme? —preguntó Marek.

Ella asintió.

Él se levantó rápidamente, se vistió y se volvió hacia ella. No tenían tiempo de decirse todo lo que había que decir. Hollis lo tomó de la mano.

—¿Vas a escribirme?

—Todos los días —dijo él—. ¿Y tú?

—Todos los días. Ven en Navidad —le pidió ella—. Todavía estarás aquí, ¿no? Ven a comer a casa de mi padre en Navidad. Te enviaré la dirección al hotel.

Él miró con impaciencia hacia la puerta.

—Tal vez hayamos zarpado para entonces.

—Sí, pero si no habéis zarpado, ven, por favor.

Él la besó. Cuando se retiró, abrió la boca como si fuera a decir algo, pero no habló. Volvió a besarla y salió de la habitación.

¿Y, tal vez, también de su vida?

De repente, Hollis se sintió mal. Se apretó el estómago con las manos y se sentó en la cama.

Capítulo 27

Los reyes de Wesloria y sus hijas han sido invitados a la cena de Navidad de Su Majestad, la reina Victoria, con el príncipe Alberto y la familia real. Podrán disfrutar de un asado de res criada en la finca de la reina y empanada de carne de caza, y de uno de los postres favoritos de la reina, el pudin de ciruelas. La delegación de Wesloria partirá al día siguiente de Navidad. La delegación de Alucia, encabezada por los duques de Tannymeade, partirá una semana más tarde.

La Coalición por la Decencia y la Moralidad ha centrado su actividad en los villancicos durante estas fiestas, con su interpretación de O Come, All Ye Faithful.

*Señoras, añadan buenas dosis de brandy*a sus empanadas de carne para enriquecer el sabor y reducir al mínimo las quejas por la comida.

Revista Honeycutt de moda y hogar para damas

Marek se sentía como si no habitara en su propio cuerpo. Estaba allí, en la *suite* del rey, en el St. James Palace.

Solo había estado en la misma habitación que el rey en dos ocasiones, y ambas habían sido eventos multitudinarios. Él había permanecido alejado, fuera de la visión del monarca. Sin embargo, aquel día solo estaban Osiander y él.

Un mayordomo los había hecho entrar en una pequeña antecámara en la que había una mesita y dos sillas, un banco tapizado contra una pared y varios retratos por las paredes, para añadir algo de interés.

Mientras esperaban al rey, ni Marek ni Osiander dijeron una palabra. Haral Osiander era un hombre de estatura media y tenía barriga. Por su apariencia, no parecía un hombre que instigara una conspiración. Se paseaba nerviosamente de un lado a otro, con el ceño fruncido. Parecía que estaba tan exhausto como él. Pero también parecía que estaba decidido a acabar con el complot que, según le había dicho a Marek, podría debilitar a Wesloria durante varias

generaciones.

La puerta de la habitación contigua se abrió, y el mayordomo se hizo a un lado.

—Su Majestad, el rey.

A Marek se le cortó la respiración al verlo entrar. Le pareció más menudo, incluso, que cuando lo había visto en las habitaciones abarrotadas de gente. Era mucho más bajo que él, pero, claramente, era su padre: tenían los mismos ojos de color ámbar y la misma franja de pelo blanco en la frente.

El rey estaba pálido, casi grisáceo. Cuando habló con Osiander, su voz sonó suave y enronquecida. Marek se preocupó por si no podía oírlo. Osiander miró a Marek.

—Majestad, le presento al señor Marek Brendan.

Marek se inclinó.

—Majestad.

—Brendan —dijo el rey, mirándolo a la cara. ¿Vería lo mismo que veía él? ¿Notaría el parecido?—. Había un pueblecito pesquero cerca de la frontera norte con ese nombre. Era el nombre de un guerrero, si no me falla la memoria. Cuando yo era niño, nos traían de allí el pescado.

Se sentó, pesadamente, en una de las sillas que había junto a la mesa, y continuó: —Lord Osiander, ha solicitado usted esta entrevista privada. Hable.

Osiander carraspeó y comenzó a hablar.

—Le ruego que me perdone, Majestad, pero, como hijo de un productor de carbón, no puedo permanecer en silencio. Me veo obligado a hablar.

El rey asintió.

—Me sentí terriblemente consternado al ver que nuestro país cedía los derechos sobre las minas de carbón de Astasia.

El rey frunció el ceño.

—No han sido cedidas. Hemos llegado a un acuerdo para compartir los recursos.

Marek se puso rígido. Eso sonaba exactamente igual a lo que había dicho el rey antes de que salieran de St. Edys. Era necesario un reparto equitativo de los recursos. Pero ¿acaso no había leído el acuerdo?

—Por desgracia, no es cierto —dijo Osiander—. Hay muy poco que compartir.

Le explicó que Wesloria había regalado las minas de carbón a Alucia y, a cambio, había pedido los derechos para realizar una búsqueda de carbón en una zona más pequeña y rocosa de las montañas. El rey permaneció impasible mientras Osiander le explicaba

el daño que eso causaría a la región en su conjunto.

—La gente de allí se gana la vida en las minas, Majestad. Ahora, los alucianos les quitarán la comida de la mesa.

El rey frunció el ceño.

—No es eso lo que me ha transmitido Dromio.

—No, estoy seguro de que no —dijo Osiander—. Pero el ministro Dromio alega que está siguiendo sus indicaciones, Majestad.

Al rey se le oscureció la expresión cuando el mayordomo le puso un plato delante.

—Si tenía preocupaciones acerca del acuerdo, ¿por qué me lo dice ahora? Ya se ha firmado, milord.

—Sí, Majestad —dijo Osiander—. Hasta ayer, yo creía que estábamos cumpliendo sus deseos. Por muy mal aconsejado que pensara que estaba, Majestad. Y no solo lo pensaba yo, sino, también, uno de sus mejores asesores en materia económica —dijo el ministro, y señaló a Marek con un gesto de la cabeza—. Era demasiado tarde como para impedir que el acuerdo siguiera adelante, pero creo que todavía tenemos la oportunidad de mejorar algunos de los principios.

El rey miró a Marek.

—¿Es eso cierto?

—Sí, Majestad.

—Entonces, ¿también tuvo usted una epifanía ayer? —le preguntó el rey, secamente.

—No, Majestad. Yo he estado aconsejando en contra de los términos del acuerdo durante todas las negociaciones.

El rey dio un resoplido y miró hacia la mesa.

—Entonces, ¿quieren decir que tanto el ministro de Comercio como el de Asuntos Exteriores me han estado engañando?

Un lacayo, tan joven como el soldado al que había visitado Marek, entró en aquel momento con una sopera sobre una bandeja de plata.

—Creo que sí —dijo Osiander—. Hace pocos días, conocimos la presencia de cuatro soldados de Wesloria aquí en Londres. Habían venido a bordo de un mercante escocés por orden de un caballero que cree que el rey está tan enfermo que, tal vez, no sobreviva al viaje de vuelta a su patria.

Al muchacho le tembló ligeramente la bandeja en las manos. La plata tintineó. Milagrosamente, Marek lo oyó y miró al lacayo. El rey también.

—Déjalo en la mesa, Heiner —le dijo, y volvió a mirar a Osiander —. Es cierto que he estado muy enfermo. El médico me ha dicho que son unas fiebres causadas por el mal tiempo y la humedad. Por eso debo salir de aquí cuanto antes.

El joven lacayo se acercó un poco más a la mesa.

—Su enfermedad repentina le ha impedido estar presente en las negociaciones, Majestad, y Dromio y Van han conseguido impedir que yo pudiera traerle noticias sobre su marcha.

—¿Y es culpa suya? Ellos me han dicho que tiene usted tendencia a beber demasiado y que no puede despertarse por las mañanas —respondió el rey, con calma—. ¿A quién debo creer?

Osiander palideció.

—Eso… eso no es cierto —dijo con horror.

El lacayo aún no había puesto la sopa ante el rey.

—Los soldados —dijo Osiander—. El acuerdo de paz. Le aseguro que no es lo que le han dicho. La verdad está plasmada en las páginas.

—Puede ser, pero Van dijo que los alucianos no aceptaron ninguna de nuestras demandas.

—Eso no es cierto. Los alucianos quieren la paz y la prosperidad, como usted. Estaban dispuestos a hacer concesiones en las exportaciones de cereal y en la explotación de las minas de carbón, pero nosotros lo cedimos todo.

El rey se quedó pensativo. Miró a Marek.

—Todo esto parece bastante descabellado. Es una pena que mi primer ministro no esté aquí para disfrutar de este cuento.

Marek estaba atónito. El rey no les creía. Osiander se quedó desconcertado al darse cuenta.

—Hay más —dijo Marek.

El rey le hizo un gesto para que hablara. Osiander asintió.

Marek le contó el episodio del envío de cereal frustrado a Finlandia.

—Un envío frustrado no es una conspiración, señor Brendan.

—También se trata de los motores para las fábricas textiles. Mientras estaban de camino a Wesloria, alguien las desvió a Helenamar.

—Ha sido una mala temporada para el comercio marítimo —dijo el rey—. Más de un envío ha sido retenido o desviado por las tormentas —añadió, y tomó la cuchara—. ¿Quién se beneficiaría, si algo de lo que me dicen ustedes fuera cierto?

—Con el debido respeto, Majestad —dijo Osiander—. Felix Oberon tendría todas las de ganar.

El rey dejó la cuchara. El lacayo se miró los pies.

—¿Cómo se atreve a mencionarlo ante mí?

—El padre de Dromio tiene enormes intereses en las minas de carbón —añadió Osiander.

—Pero usted acaba de decir que se las ha regalado a Alucia. ¿Qué

sentido tiene todo esto?

—Si me permite, hablaré con franqueza. Todo esto le hace parecer un dirigente débil en nuestro país, Majestad. Se dice que está enfermo. Que ha regalado las minas a los alucianos cuando mucha gente depende de ellas para trabajar. Se dice que ha perjudicado nuestras exportaciones de cereales al empeñarse en imponer aranceles, y que, ahora, los productores de cereal verán aumentados los costes.

—Debemos aumentar los ingresos públicos —le espetó el rey, y tomó de nuevo la cuchara.

El joven lacayo lo miró y, después, nerviosamente, clavó los ojos en Marek.

Marek vio algo en la cara del joven. ¿Miedo, tal vez? ¿El deseo de liberarse? Pero él miró a Marek, y Marek dijo: —No lo coma, Majestad.

El rey se volvió hacia él.

—¿Cómo dice?

—La sopa está envenenada. Por eso ha estado usted tan enfermo, Majestad.

El rey miró la sopera y, después, miró al lacayo.

El muchacho palideció.

—Creo que quieren envenenarlo hasta la muerte. De ahí el rumor de que no saldrá vivo de Inglaterra.

Osiander carraspeó, pero Marek lo ignoró. Tenía que revelar sus sospechas.

—Esos soldados están aquí para poner a la reina y a las princesas bajo custodia con la excusa de protegerlas, pero no podrán volver a St. Edys si usted muere, Majestad. Felix intervendrá, utilizará todo lo que haya ocurrido aquí para su beneficio, y la reina y las princesas correrán peligro.

Marek no sabía qué esperar, pero, ciertamente, no esperaba que el joven lacayo se pusiera de rodillas ante el rey y le pidiera clemencia.

—Majestad, no he sido yo —gimió.

—¿Cómo dices? —preguntó el rey, mirando a su criado.

Osiander, con más rapidez de reflejos, le hizo una señal a uno de los guardias para que se acercara.

—Está bien, Heiner —le dijo el rey—. Respira.

Heiner respiró, pero temblaba tanto que Marek temió que tuviera convulsiones.

—Me obligaron. Amenazaron a mi familia y a mi hijo recién nacido.

El rey Maksim le puso una mano en la cabeza. Miró al guardia que se acercaba.

—Llévatelo. Después, ve junto a la reina y las princesas y no las pierdas de vista —dijo, con calma.

Entraron dos guardias más en la habitación, y el rey apartó la mano de la cabeza de Heiner.

—Que Dios te ayude, Heiner —le dijo, mientras los guardias lo sacaban de la antecámara.

Hubo más movimiento, llegaron más guardias, y Marek tuvo que ponerse la mano detrás del oído sano para oír lo que estaba diciendo el rey. Su Majestad estaba haciendo preguntas. Estaba pidiendo que llevaran a Dromio y a Van a su presencia. Quería que localizaran a los cuatro soldados y quería saber quién los había llevado a Londres y para qué. Preguntó si había alguien más involucrado en St. Edys. Cuando Marek fue despedido por fin, dejando a Osiander con el rey, sus guardias y su secretario personal, el monarca parecía aún más débil que antes. Sin embargo, aquella fragilidad no estaba causada por la enfermedad, sino por el sufrimiento de cargar con el mundo sobre sus hombros.

Marek se inclinó ante el rey para despedirse. El rey le preguntó a Osiander: —¿Quién es él, por favor? ¿Podría repetírmelo?

«Soy tu hijo». Por un momento, Marek tuvo el impulso de decir la verdad en voz alta.

—Es un servidor civil de la corona, Majestad —dijo Osiander—. Un experto en economía. Un patriota.

El rey miró a Marek con expectación, como si pensara que él iba a añadir algo a aquella descripción, pero Marek permaneció en silencio, porque sus pensamientos iban más rápido que su lengua. Notó que el rey estaba agotado. Pensó en su granja, en sus animales, en su tranquila existencia. Pensó en Hollis, y en lo ligero que se sentía cuando estaba con ella. Pensó en que estaba harto de vivir entre dos mundos, pero, a la vez, en ninguno. Así que no dijo nada.

—Gracias, eso es todo —dijo el rey.

Marek se dio la vuelta para marcharse.

Había sido una experiencia tediosa, extenuante en realidad, desde el día en que había muerto su tía hasta aquel momento. Pero él se sentía aliviado. Había hecho su elección. Sabía dónde se suponía que debía estar.

Capítulo 28

Con gran amabilidad, el príncipe Alberto ha enviado árboles decorados a las escuelas y cuarteles cercanos al Palacio de Windsor para celebrar el espíritu de la Navidad. Según dicen, los árboles tenían adornos de figuras de jengibre comestibles.

Dos ministros weslorianos fueron convocados por el rey Maksim para revisar el acuerdo de comercio recién firmado con Alucia, en el que el monarca ha encontrado graves defectos.

¿Puede ser que estén sonando campanas de boda para el Año Nuevo? Los observadores han informado de que un viudo de gran fortuna ha pedido la mano de un pavo que llevaba mucho tiempo buscando un matrimonio perfecto.

Revista Honeycutt de moda y hogar para damas

Se suponía que aquella era una época alegre del año, una época que celebrar junto a la familia y a los amigos, una época para el nacimiento de los nuevos comienzos. Sin embargo, Hollis no estaba alegre precisamente. No había vuelto a saber nada de Marek desde que él se había ido de su casa, hacía dos días. Tampoco había sabido nada de lo que había ocurrido en St. James con el rey. Lo único que sabía se lo había contado Beck, que le había dicho que las dos delegaciones extranjeras estaban muy ocupadas preparando los viajes de vuelta a casa.

Marek no se iría de Londres sin decirle adiós. Al menos una carta. Algo.

Cuando oyó que Donovan abría la puerta con un alegre «¡Feliz Navidad!», se le alegró el corazón. ¡Había ido a verla!

Salió corriendo por el pasillo y estuvo a punto de chocarse con Donovan a causa de las prisas por saludarlo. Sin embargo, cuando Donovan retrocedió para permitir la entrada, ella se detuvo en seco. Eran Eliza y Caroline.

—Oh —dijo.

—¡Disculpa! —exclamó Caroline.

Eliza y ella tenía una caja muy grande entre las dos.

—¡Feliz Navidad, querida! —dijo Eliza, mientras Donovan tomaba la caja.

—Pesa bastante —dijo Donovan.

—Sí, bueno, es que el vestido de Navidad de tu señora requiere más tela porque ella se niega a llevar corsé —dijo Caroline.

—La verdad es que no me extraña —dijo él. Se puso la caja al hombro y la llevó hasta el salón.

—¿Hollis? No nos has saludado —dijo Eliza.

Ella abrazó a su hermana.

—No os esperaba. ¿Cómo habéis…? Ah —dijo, al ver a los guardias que había apostados fuera de su casa.

Eliza también miró hacia atrás.

—Oh, es cosa de Bas. Con tanta agitación en Wesloria… —dijo, y cerró la puerta.

—¿Dónde está Cecelia? —preguntó ella.

—Con su padre. Espero que no te importe. La verás mañana, pero, como casi no hemos podido estar juntas las tres, estaba desesperada porque nos viéramos a solas. ¡Y quiero ver tu vestido! Caroline habla de él como si fuera de oro.

—No, no es de oro. Es de seda y satén.

—¿Tenemos visita? —preguntó el señor Brimble, que se acercaba con el gato blanco y negro, Marcus, en brazos.

—¡Señor Brimble! —exclamó Eliza, y lo abrazó a él también.

—¡Vaya, vaya! —dijo el señor Brimble, sonriendo—. ¿A quién tenemos aquí? ¿Han venido a cantar villancicos?

—No, señor Brimble —dijo Hollis—. Es nuestra familia. ¿No debería ir a darle de comer a Marcus?

—Ah, claro que sí —dijo él, como si acabara de acordarse de que tenía al gato en brazos, y se alejó lentamente.

—Su memoria ha empeorado —dijo Eliza, mientras lo observaba.

—¿Qué has estado haciendo últimamente? —le preguntó Caroline a Hollis, tomándola del brazo para que fueran juntas al salón.

—¿Yo? Esperar, supongo.

—¿A la Navidad? Yo he ido a ver hoy al juez. Tiene una oca, y está muy feliz.

—¿Sí? —preguntó Hollis.

Caroline asintió.

—Está en el jardín. Y las dos pequeñas bestias no hacen más que ladrarle. Poppy dice que la señora Spratt ha ido dos veces a quejarse.

—Olvídate de la oca, Caro. Dile quién va a venir a celebrar la Navidad con nosotros —dijo Eliza, cuando entraron al salón.

Caroline soltó a Hollis y se acercó a la mesa, donde Donovan había depositado la caja.

—¿Quién? —preguntó Hollis.

—¿No te lo imaginas? —preguntó Caroline, con emoción.

—No. ¿Quién?

—¡Lady Blythe Northcote y su padre!

—No —dijo Hollis, con dramatismo—. ¿Lo sabe Beck?

—Todavía no —respondió Eliza, con una risita.

—¡Caro! ¡No puedes sorprenderlo así el día de Navidad! ¡Se va a poner furioso!

—Se lo voy a decir esta noche. Seguro que se pone hecho un basilisco, pero creo que, en el fondo, ella le gusta. La ha mencionado más de una vez.

—¿De verdad? ¿Y qué ha dicho?

—Deja que lo piense… Que su risa le recuerda al rebuzno de un burro. Y que siempre ha desconfiado de las pelirrojas.

Eliza se echó a reír.

—Entonces, es perfecta. No es una chica muy convencional —dijo, y se dejó caer en el sofá entre la nube azul de la tela de su vestido.

—¡Casi se me olvida! No te imaginas lo que he oído —dijo Caroline.

—¿Has estado recorriendo los salones de Mayfair? —le preguntó Hollis.

—Sí. ¿Por qué te sorprende tanto? ¿Por mi escándalo del año pasado? —preguntó Caroline, agitando una mano—. Nadie puede ser una paria para siempre. Además, estamos casados, así que eso nos redime del delito a ojos de mucha gente. Si te casas, se perdonan muchas cosas.

—Sobre todo, si te casas con un príncipe —dijo Eliza.

Caroline y ella se miraron y se echaron a reír.

—¿Qué es lo que has oído decir? —preguntó Hollis.

Caroline sonrió de oreja a oreja.

—Katherine Maugham ha recibido una proposición de matrimonio, ¡por fin!

—¡Imposible! —gritó Hollis—. ¿De quién?

—De lord Middleditch.

Hollis se quedó con la boca abierta. Lord Middleditch era un viudo de cincuenta años que tenía dos hijos mayores, casi de la edad del pavo.

—Y todo el mundo dice que va a aceptar. Él tiene una asignación de cincuenta mil libras al año, no pegaba a su primera esposa y, en realidad, ella no tiene muchas más perspectivas.

Las tres permanecieron en silencio un instante, acordándose de su enemiga y de su ardua búsqueda de prometido.

—Bueno —dijo Eliza—. Espero que sea feliz.

—Y yo —dijo Hollis—. A lo mejor, cuando se case, deja de ser tan mezquina.

—Esa es la mejor parte de la noticia —dijo Caroline—. Middleditch vive en Leeds.

Se acercó a la caja y quitó la tapa, y sacó un vestido haciendo una floritura. La falda se abrió con suaves ondulaciones doradas.

—Oh, Caroline —dijo Hollis, con reverencia.

El vestido era maravilloso. Lo primero que notó Hollis era que el color le recordaba a los ojos de Marek. Era tan bonito, y ella iba a estar tan guapa con él… Era una pena que Marek no lo viera. Ya no iba a verla más.

—¿Hollis? ¿Qué te pasa?

De repente, Eliza la abrazó.

—No lo sé —dijo Hollis, entre lágrimas—. Estoy… perdida. Todo está cambiando muy rápidamente. Casi no he asimilado un cambio y… ¡ya hay otro!

—¿De qué estás hablando? —preguntó Caroline, acariciándole la espalda.

—¡Donovan! —gritó Eliza, con angustia.

Donovan apareció en la puerta.

—Necesitamos algo —dijo Eliza—. Hollis está llorando.

—Ya sé lo que es mejor —dijo Donovan, y se marchó.

Eliza y Caroline llevaron a Hollis hasta el sofá, y Donovan volvió con tres vasos y el decantador de *whisky*.

—Creo que Eliza no se refería a eso —dijo Caroline.

—No, pero vale —dijo Eliza, y tomó uno de los vasos de la bandeja.

—No me hagáis caso —dijo Hollis, mientras se enjugaba las lágrimas—. Es por la época del año, nada más.

—¿Por la época del año? —preguntó Donovan—. Siempre has sido muy sincera. No empieces a mentir ahora.

—¿Qué? ¿Qué significa eso, Donovan? ¿Hollis? —preguntó Eliza.

—Cuéntaselo —dijo Donovan.

De camino a la salida, se detuvo a admirar el vestido.

—Lo odio —murmuró Hollis.

—No es verdad. ¡Lo quieres! —exclamó Eliza—. Todos lo sabemos.

—Claro que lo quiero. Pero algunas veces lo odio. Me conoce demasiado bien.

—¡Lo sabía! —dijo Caroline, triunfalmente.

—No es lo que piensas, Caroline, por el amor de Dios. Yo quiero a Donovan como a un hermano.

—Entonces, ¿qué te ocurre? —le preguntó Eliza.

—Sé que no me creéis, pero quiero a otra persona. Por lo menos, eso creo. ¡Oh, no lo sé! ¿Cómo es estar enamorada?

Caroline y Eliza se miraron.

—Bueno, querida —dijo Eliza—. Tú quisiste a Percy, ¿no te acuerdas?

—Fue hace tanto tiempo, y yo era tan joven, que no, no me acuerdo.

—Es como si un gato te arañara por dentro —dijo Caroline, y apuró su vaso de *whisky*.

—Caro —dijo Eliza, con desaprobación.

—¿Qué ocurre? Lo que quiero decir es que estar enamorada puede ser muy doloroso. ¿Quién es él, Hollis? ¿Y cómo se atreve a no corresponderte? ¿Y por qué nos estamos enterando ahora?

—¿Y cuándo os lo iba a contar? Las dos estáis muy ocupadas con eventos y fiestas. Él… es de Wesloria.

Eliza frunció el ceño, pero a Caroline se le escapó un jadeo.

—¿Es el raro?

—Sí, él. Pero no es raro. Es un hombre maravilloso e interesante. Creo que lo quiero, pero él se marcha. Tú también te marchas, Eliza, y Caroline vuelve al campo, y papá quiere irse también al campo, e incluso Beck ha encontrado a alguien. ¡Beck! ¡Beckett Hawke!

—Estoy de acuerdo, lo de Beck es increíble.

—Oh, cariño —dijo Caroline, y la abrazó.

Eliza también la abrazó.

—Tienes que invitarlo a la comida de Navidad. Tenemos que conocerlo.

—Ya lo he invitado, pero no va a venir. Y, si viniera, todo el mundo hablaría.

Eliza se echó a reír.

—¿Te preocupa eso? De todos modos, todo el mundo habla de ti porque vives aquí con Donovan, y publicas la revista…

—Y porque vas mucho, demasiado, a la biblioteca y al ministerio, y porque te niegas a ponerte corsé —añadió Caroline.

Hollis se echó a reír sin poder evitarlo.

—Parece que soy maravillosa.

—Sí, lo eres —dijo Eliza—. Eres la persona más maravillosa que he conocido, y él es tonto si no viene.

—No sé —dijo Hollis, y exhaló un suspiro de cansancio—. A lo mejor, para él, las cosas no han sido lo mismo…

—Cuéntanos más —dijo Eliza.

Hollis les habló de lo extraño que le había parecido al conocerlo. Distante. Pero luego había descubierto que era sordo de un oído. Les dijo que había estudiado a Shakespeare, como ella. Y que tenían mucho en común, porque eran dos personas que estaban solas en el mundo. Incluso les habló de su granja, y de que se había imaginado a sí misma allí.

No les habló de las cosas que habían descubierto juntos. No mencionó Alucia ni Wesloria. Eso no tenía importancia comparado con el hecho de que era perfecto para ella.

Caroline y Eliza la escucharon atentamente. Cuando terminó de hablar, ellas siguieron en silencio.

—Bueno, pues será mejor que estés preparada para cuando venga, querida —dijo Caroline, al final—. No hay nada más satisfactorio que ir vestida como una reina cuando te mira el objeto de tus deseos. ¿Quieres probarte el vestido?

Hollis asintió entre lágrimas. El vestido realmente era muy bonito. Tanto que le alegró el corazón.

—Sí.

Eliza apuró el *whisky* y aplaudió con deleite.

Capítulo 29

¡Ha llegado la Navidad! Les deseamos paz y alegría.

Señoras, recuerden que el vino de Madeira es un buen sustituto del jerez en el ponche de huevo.

Revista Honeycutt de moda y hogar para damas

El día de Navidad amaneció nevado, con el cielo gris. Hollis y el resto de los miembros de su casa fueron caminando hasta casa de su padre. El aire olía a castañas asadas y leña. Era como si todo Londres se hubiera reunido alrededor de una hoguera.

Cuando llegaron a Bedford Square, Hollis se alegró al ver que Poppy había hecho un gran trabajo con la decoración. Había una corona muy grande colgada de la puerta principal. Donovan había ido temprano, aquel día, para ayudar a Ben a colocarla. La corona estaba llena de manzanas, bayas y cintas rojas, y llamaba la atención.

—Es preciosa, ¿verdad? —dijo el señor Brimble—. Dan ganas de que sea Navidad.

—Es cierto —dijo Ruth, y tomó al señor Brimble del brazo.

Subieron los escalones y llamaron a la puerta. Al otro lado se oyeron ladridos frenéticos.

—¡Soy yo, soy yo! —gritó Hollis, alegremente.

Un momento después, Ben abrió y les ordenó a los perros que se apartaran.

—Vamos, vamos, bestias, ¡fuera de aquí! —les dijo, señalando con el brazo en dirección contraria a la puerta.

Hollis, Donovan y el señor Brimble entraron al vestíbulo y se quitaron las capas y los sombreros. La señora Plum no había ido a casa del juez porque tenía una familia muy grande.

—Están todos en el salón, señora —dijo Ben—. Yo estoy ayudando a Margaret en la cocina con la oca. Es muy grande.

La casa olía a asado y a acebo, y Hollis y su grupo entraron al salón, que estaba transformado. Al verlo, a Hollis se le escapó un jadeo de asombro. Poppy se había superado.

Había decorado la repisa de la chimenea colocando ramas de

acebo alrededor de los relojes estropeados que había dejado allí Eliza, y había colgado campanillas de plata de las ramas. Como base para el árbol de Navidad había utilizado algunos de los cientos de libros que había en las estanterías, y lo había colocado en la galería. Había colgado, incluso, una enorme rama de muérdago de una de las lámparas, junto a la chimenea.

Todos les gritaron un saludo navideño, y Hollis recorrió la habitación repartiendo besos a su familia.

—¡Esto es precioso! —exclamó Hollis—. ¿Dónde está Poppy? —preguntó, cuando llegó a su padre.

El juez había guardado la labor de punto por aquel día, y tenía a Pris en el regazo.

—Dijo que había mucho que hacer para la comida —le explicó su padre.

—Voy a ayudarla —dijo Ruth, mientras salía del salón.

Hollis tomó a Pris del regazo de su padre y se lo dio al señor Brimble.

—Ah, aquí está Marcus —dijo el anciano, acariciándole la cabeza al gato.

Beck estaba en el sofá, sentado con tanta languidez que ocupaba la mitad del asiento, hasta que Caroline le obligó a moverle y ocupó la otra mitad. Leopold y Sebastian estaban junto a la chimenea, hablando en voz baja, seguramente, sobre los levantamientos en la región de Astasia. Eliza le había confesado, el día anterior, que su marido estaba obsesionado con las noticias y quería volver a casa cuanto antes.

Eliza y Cecelia estaban en el suelo. Eliza le había puesto a la niña un vestido de encaje belga. En cuanto habían llegado a casa de su abuelo, Cecelia había escupido la papilla de cereales, y tenía una mancha por toda la parte delantera del vestido.

Al mirar a su alrededor, Hollis se dio cuenta de que era la última vez que iban a reunirse todos así, en su casa de la infancia, y sintió una oleada de tristeza. Eliza, Sebastian y Cecelia se marcharían muy pronto a Alucia, y Hollis no sabía cuándo volvería a ver a su querida hermana. Caroline y Leopold volverían a Bibury con sus pimpollos y sus pantalones y, de vez en cuando, irían a Londres para visitar a Beck. Pero solo de vez en cuando. Beck… Bueno, él siempre estaría en Londres, quejándose de una cosa u otra.

Su padre, que sonreía al oír los sonidos a su alrededor, con la mirada ciega puesta en la pared de enfrente, se iba a vivir a Sussex con toda su casa, incluidos John, Jack y Pris.

¿Y ella? ¿Se quedaría sola para siempre? ¿Dónde estaría Marek? En su granja, con sus perros y sus gallinas, claro. Se preguntó dónde

querría estar al año siguiente, por Navidad, con todo el mundo repartido por diferentes lugares. ¿En Sussex, con su padre? No. Preferiría estar en una pequeña granja en Wesloria, con Marek.

Se estremeció un poco al moverse en su butaca. A pesar de que habían ensanchado un poco el vestido, todavía le quedaba ajustado. Pero, de todos modos, era deslumbrante. Aquella mañana, cuando la ayudaba a ponérselo, Ruth le había dicho que estaba más guapa que ninguna otra vez. Ojalá Marek estuviera allí para verla. Así era como quería que la recordara.

—¿Va a venir Molly? —preguntó el señor Brimble, al pasar junto a ella, acariciando a Pris—. Supongo que llegará tarde.

Hollis se puso de pie y se acercó al árbol de Navidad. Entre las ramas había regalos, y Eliza había escrito los nombres de todos ellos en las etiquetas. Había unas agujas de punto para su padre. Una pequeña libreta para ella. Un cinturón para los pantalones de Caroline.

Los perros hicieron que todos se sobresaltaran cuando, de repente, empezaron a ladrar y echaron a correr por el pasillo. Hollis oyó la voz grave de Ben, y se le encogió el corazón, con la esperanza de que la siguiente voz fuera la de Marek. Pero no, la voz era de una mujer y, a los pocos instantes, lady Blythe Northcote y su padre entraron en el salón.

Inmediatamente, Beck se puso en pie.

—Milord —le dijo al padre de la dama—. Lady Blythe.

—¡Feliz Navidad, lord Iddesleigh! —dijo lady Blythe, alegremente —. Feliz Navidad para todos.

Llevaba un vestido de color azul claro que destacaba su generoso busto, y llevaba el pelo pelirrojo adornado con hojas de acebo. A Hollis le caía muy bien aquella mujer tan alegre.

—¡Maravilloso! —exclamó Caroline—. Ahora que han llegado, puede comenzar la celebración.

Se hicieron las presentaciones, y Ben, Margaret, Poppy y Ruth se unieron a ellos. Todos se reunieron alrededor del árbol. Caroline siempre había sido una magnífica anfitriona, fuera de quien fuera la casa, y aquella vez no fue una excepción. Se aseguró de que todo el mundo tuviera una taza de ponche de huevo o de sidra, e incluso convenció a Donovan para que cantara algún villancico. Él dijo que lo haría solo si Ruth se unía a él. Lady Blythe proclamó que los dos tenían un verdadero talento, y le entregó su taza a Beck para que se la rellenara.

—Puedo acompañarlos al pianoforte —sugirió, mirando el instrumento que había en un rincón del salón.

—Oh, lady Blythe, lleva muchos años sin usarse —dijo Eliza.

—Bueno, vamos a intentarlo. ¡Es Navidad! —dijo lady Blythe.

Se sentó delante del teclado y comenzó a tocar. Hollis supuso que tocaba bien, pero el piano estaba tan desafinado que sonaba muy mal.

—¡Con todo el respeto, milady, está destrozando un villancico que, de lo contrario, sería maravilloso! —se quejó Beck.

—¿Cómo dice? —preguntó lady Blythe.

Oh, Hollis la adoraba.

—¡He dicho que está estropeando la música! —gritó Beck.

—¡Milord, de veras, tiene que aprender a mirar el lado bueno de las cosas! —insistió ella.

—No creo que un instrumento tan desafinado tenga un lado bueno.

Ella dejó de tocar.

—El lado bueno es que tiene villancicos, y tiene a sus seres queridos, y todo el mundo lo está pasando bien.

La dama se echó a reír y siguió tocando, mientras Donovan y Ruth cantaban de buena gana.

Hollis miró a Eliza y a Caroline. Las tres se sonrieron con petulancia, diciéndose en silencio que sí, que lady Blythe era la idónea.

Cuando terminaron su intento de cantar villancicos, Leopold y Sebastian fueron obligados a cantar una canción navideña tradicional de Alucia, la cual, según explicó tímidamente Sebastian, era una canción para beber. Cecelia dio palmaditas, encantada de que su padre y su tío cantaran. Cuando terminó aquella canción, Ben anunció con solemnidad: —La comida está servida, su señoría.

—¿Por qué te das esos aires? —le preguntó Poppy, al pasar a su lado—. ¡Todos por aquí, por favor!

Y hubo una procesión que se trasladó del salón al comedor.

Margaret había preparado una comida estupenda. El asado tenía una costra dorada. Había ostras y pudin de Yorkshire, y una empanada dulce. Cuando todos se sentaron y empezaron a repartir la comida, Jack y John fueron de silla en silla, pidiendo bocados.

Lord Kendal, el padre de lady Blythe, le preguntó a Beck qué planes tenía para Iddesleigh. Beck, que había tomado un buen pedazo de asado, no pudo responder inmediatamente.

—¿Qué se puede hacer con Iddesleigh? —preguntó lady Blythe, entonces—. No es más grande que un tordo de ciervo.

Beck giró la cabeza para mirarla. Y, en aquel momento, diría Hollis más tarde, vio que su mirada cambiaba.

—Eso es lo que dije yo.

—Uno se pregunta por qué le pusieron su nombre a un condado,

¿verdad? —dijo ella—. ¿Cree que fue una especie de castigo?

Beck bajó su tenedor.

—Ciertamente, para mí sí lo es.

Lady Blythe se echó a reír. Y, después de eso, Beck no volvió a apartar los ojos de ella.

El padre de Hollis preguntó si todos sus hijos estaban presentes.

Eliza se echó a reír.

—Solo tienes dos hijas, papá, y sí, estamos aquí.

—Tengo más de dos. Hace mucho tiempo que tengo, al menos, cuatro hijos. Y, ahora, con los príncipes, tengo dos más. Por no mencionar a mis nietos.

—Nieta —dijo Hollis.

—Por ahora. Me gustaría pediros atención, por favor, seáis familia de sangre o de corazón. Tengo que anunciaros algo.

Todos se giraron hacia la cabecera de la mesa.

—He aceptado un puesto en Sussex. Ben ha encontrado una preciosa casa de campo y nos vamos a mudar todos a primeros de año.

—¿Qué? ¿Tan pronto? —preguntó Hollis.

—Pero… ¿qué pasará con esta casa, papá? —preguntó Eliza.

—Dejaré que lo decidan mis hijas. Y, sí, Hollis, tan pronto, cariño.

—Yo cuidaré de su casa si quiere, señoría —dijo Donovan—. Ruth me ayudará, ¿verdad, Ruth?

—Por supuesto —dijo Ruth.

—Gracias —dijo el juez.

—¡A su salud, señoría! —dijo Donovan, alzando su copa—. Voy a ir a visitarlo con frecuencia al campo.

—Eso espero, Donovan. Y trae a mi hija.

Todo el mundo felicitó al juez, y Hollis se dio cuenta de que habían aceptado su decisión. Su padre se merecía la paz del campo. Pero ella se sentía muy sola.

Lord Kendal mencionó el tratado de paz.

—Es un gran comienzo para su país.

Sebastian suspiró.

—Puede que sea algo más simbólico que pragmático. Esta mañana hemos sabido que las fuerzas de Wesloria han tomado las minas de carbón de la región de Astasia.

—¿Y por qué? ¿Después de que se haya firmado el acuerdo de paz? —preguntó el juez.

—Por desgracia, la paz no está tan cerca como pensábamos —dijo Sebastian.

Todo el mundo se quedó serio por un momento. Fue Cecelia quien rompió la tensión, mirando a su abuelo y lanzándole un buen

balbuceo.

Eran casi las siete de la tarde. Casi todos habían terminado de comer y habían apartado el plato. Margaret había llevado una fuente de pudin de ciruelas tan grande que Leopold dijo que tal vez se tirara a nadar en ella. Todos habían bebido abundante vino y ponche, y la conversación se había centrado en sus infancias. Beck contó que Eliza y Caroline se habían subido al tejado de la casa de Bibury con sábanas atadas como si fueran capas, preparadas para echar a volar.

—No íbamos a volar, Beck —dijo Caroline.

—¡Teníamos frío! —exclamó Eliza, riéndose.

—Qué bonita anécdota. Está claro que su hermano las quiere mucho —dijo lady Blythe.

—¿Lo veis? Incluso lady Blythe se da cuenta de todo lo que hago por vosotras.

Caroline puso los ojos en blanco.

—Pues, entonces, permíteme que…

Alguien llamó a la puerta, y todos lo oyeron. Jack y John salieron al pasillo ladrando. Caroline miró a Hollis y, con la cabeza, le indicó que debía ir a abrir.

Hollis esperaba que fuese Marek. Si no lo era, tal vez ella falleciese de decepción en aquel momento.

—Disculpadme —dijo, y se levantó rápidamente de la mesa.

Fue al vestíbulo con el corazón acelerado, y abrió de par en par.

—Feliz Navidad —dijo Marek.

Hollis se quedó sin aliento. Sin palabras. Tuvo que mirarlo bien para cerciorarse de que era él.

Marek miró hacia abajo, a los dos perros que saltaban por sus piernas.

—¡Jack! ¡John! ¡Abajo! —les ordenó ella.

Él ladeó la cabeza y sonrió con curiosidad.

—¿Puedo pasar?

Capítulo 30

El Año Nuevo es el momento de los nuevos comienzos, y cabe la posibilidad de que lord Iddesleigh haya encontrado uno bajo el árbol de Navidad. Su hermana informa de que pedirá la mano de una belleza pelirroja del norte, y nadie puede estar más feliz que esta redactora.

A Londres ha llegado la noticia de que Wesloria ha invadido la región de Astasia a pesar de haber firmado el tratado de paz. Los viajeros que llegan del continente han informado de que hay descontento en la ciudad de St. Edys.

Señoras, el regalo perfecto para hacer visitas el día de Año Nuevo es un poco de trébol atado con un lazo. Se piensa que el trébol da buena suerte si uno lo posee al comienzo del año.

Revista Honeycutt de moda y hogar para damas

Realmente, Marek no sabía qué esperar. Pensaba que no iba a poder ir a causa de todo lo que había sucedido. Sin embargo, después de que la familia real fuera trasladada a Windsor, donde permanecerían hasta que zarparan el próximo día, y con lord Van desaparecido y lord Dromio atrapado en una maraña de mentiras, él había encontrado el momento para alejarse.

Osiander lideraba la operación para detener a los dos ministros y a cualquier otro implicado, y llevarlos ante la justicia. Él se las había arreglado para escabullirse en medio de la confusión de la delegación de Wesloria.

Pensaba que lo iban a rechazar en aquel umbral. Después de todo, llevaba tres días sin dar noticias. Sin embargo, no tenía que haberse preocupado: Hollis lo tomó de la mano y tiró de él hacia dentro.

—¿Quién ha venido? —preguntó su padre, desde el comedor.

Hollis le echó los brazos al cuello.

—Has venido —susurró, con la voz enronquecida—. Has venido, Marek. Pensaba que no ibas a venir, que te habías ido ya.

Marek le tomó la cara con ambas manos y la besó, sin preocuparse

de nada más. Levantó la cabeza.

—Dios mío, qué hermosa eres. He venido, Hollis. Debería haber…

—Señor Brendan —dijo Donovan, que había aparecido en el vestíbulo—. Tenemos un sitio para usted en la mesa.

Después, volvió al comedor.

Hollis sonrió y le quitó el sombrero de la cabeza.

—Es Navidad. Por lo menos, come con nosotros antes de… hablar.

¿Cómo iba a negarse? Se quitó la capa y la dejó sobre un taburete, a su espalda. Un gato dio un salto y se acurrucó encima. Hollis tiró de él por el pasillo y lo llevó al comedor. Antes de entrar, en la puerta, se agarró de su brazo y sonrió.

—Has venido, y soy muy feliz de verte —dijo.

Y, después, le hizo entrar en una habitación llena de gente.

—¡Tenemos un invitado! —anunció, con gran entusiasmo, y le presentó a toda su familia. Y a los sirvientes. Y a dos perros. Todo el mundo de su entorno estaba allí.

Oyó algo de lo que ella decía al presentarle, pero Hollis no dejaba de girar la cabeza, y él se perdía el resto de sus palabras. Cuando terminó, ella le lanzó una sonrisa resplandeciente.

—Ah. Gracias. Feliz Navidad a todos —dijo él, y se inclinó.

Al principio, nadie se movió. Todos lo estaban mirando fijamente, sin duda, tratando de entender cuál era su relación con Hollis. No le importaba lo que pensaran, solo le importaba que estaba allí con ella, por última vez. Aunque, en realidad, él tenía la esperanza, si se cumplía su deseo de Navidad, de que fuera la primera.

—Bueno, tal vez deba sentarse —dijo Donovan.

—¡Sí! —exclamó la duquesa—. Sí, por favor, siéntese.

Ella se puso en pie de un salto y fue en busca de un plato. Alguien había acercado una silla al sitio de Hollis y, mientras ella le llenaba el plato hasta los bordes, él respondía amablemente tantas preguntas como podía, aunque Hollis tuviera que repetírselas. Sí, venía del Hotel Green, donde la delegación de Wesloria estaba haciendo el equipaje para enviarlo al muelle y que fuera subido a un barco. Sí, era verdad que los reyes se habían mudado a Windsor por razones de seguridad. Creía que la mayoría de los weslorianos zarparían al día siguiente, por la noche. Todavía no estaba seguro de cuándo volvería él, dependía de una serie de cosas de las que no podía hablar. No, no podía contar lo que había ocurrido, ya que no había estado al tanto de todas las conversaciones, pero estaba de acuerdo en que Wesloria había cedido más de lo debido. Sí, le gustaba mucho Londres.

Y, después, miró a Hollis y dijo:

—Aquí he encontrado muchas cosas que admirar.

—Ah —dijo Beck. Miró a todos a su alrededor y, después, miró a Hollis—. Entonces, ¿se trata de eso?

Lady Blythe apoyó la barbilla en su mano.

—A mí me parece precioso. ¿No le parece precioso, lord Iddesleigh?

—Es wesloriano, Hollis —dijo Leopold—. Yo creía que estabas del lado de los alucianos.

Hollis se echó a reír y miró a Marek.

—Creo que he cambiado de opinión.

Al final, la conversación cambió de rumbo. Hablaron de las tradiciones familiares en Navidad, pero él no oyó mucho. Estaba pendiente de Hollis, y ella de él.

Cuando terminó la comida, los hombres se retiraron a la sala de estar. Le gustó cómo era. Se notaba que la usaban mucho. Era el tipo de habitación en la que una familia se reunía a menudo. Él quería saber cómo era eso de estar con una familia todos los días.

Había una rama de muérdago, y las parejas casadas se besaron bajo ella. El juez habló sobre una casa nueva a la que iba a mudarse muy pronto, y que, según tenía entendido, tenía vistas a un lago.

La duquesa, que acababa de regresar de acosar a la princesa, anunció que todos tenían un regalo en el árbol. Hollis recibió una pequeña libreta y, por parte de su padre, un collar que había pertenecido a su madre.

Fue una velada encantadora, pero Marek se sentía más nervioso a medida que avanzaba la noche.

Lady Chartier tuvo la idea de que anunciaran cuáles eran sus deseos de Navidad.

—¿Es imprescindible? —preguntó Iddesleigh.

—Sí —dijo su hermana, y le dio un codazo en las costillas.

—Muy bien. Mi deseo de Navidad es no tener que contar nuestros deseos de Navidad —dijo.

—Mi deseo es que lord Iddesleigh tenga que contarlo de nuevo —dijo lady Blythe, y todos se echaron a reír.

—Está bien —dijo él, y se puso en pie, carraspeando—. Mi más sincero deseo de Navidad es que todos tengamos paz y prosperidad en el año que entra.

—¡Que así sea! —exclamó el juez, y alzó su copa.

—¡Yo, yo, yo! —exclamó la duquesa, poniéndose en pie—. Mi deseo de Navidad es que Cecelia tenga un hermano.

—O, como dicen en palacio, el de repuesto —dijo Leopold, secamente.

Más risas.

—¿Caroline? —dijo la duquesa.

—Mi deseo de Navidad es que crezcan mis pimpollos y que nuestro nuevo hogar de acogida para las mujeres extranjeras desplazadas del servicio doméstico esté lleno a estas alturas del año que viene.

Marek no sabía a qué se refería, pero Iddesleigh sonrió con afecto a su hermana.

—¿Quién habría pensado que te convertirías en una persona caritativa?

Su hermana le dio una palmada en el hombro.

—¡Yo lo pensaba! Le toca, señoría —dijo.

—Mi deseo es respirar el aire puro del campo —dijo el juez—. ¿Poppy?

La joven a la que él había conocido en el Hotel Green se sonrojó.

—Mi deseo de Navidad es el mismo de todos los años, señoría. Quiero tener un pretendiente.

Y, con aquello, se ganó una ronda de silbidos y aplausos.

—¿Te refieres a Donovan? —le preguntó la duquesa, con picardía.

La pobre doncella enrojeció aún más, pero Donovan se echó a reír.

—Poppy, si me haces el honor…

—¡No! —exclamó Poppy—. Siempre he dicho que eres demasiado guapo para mí, Donovan. ¿Excelencia?

El duque suspiró.

—Mi deseo es que haya paz. Todos nos la merecemos.

Entonces, alzó su copa para hacerle un brindis a Marek.

—Leo, te toca.

—Mi deseo es poder reunirme con mis padres. Hace tanto tiempo… —dijo, y miró a Caroline con melancolía. Ella le acarició la mejilla—. Ah… Donovan —dijo él.

—¿El mío? —preguntó Donovan, y se encogió de hombros—. Que todos seamos capaces de dejar a un lado nuestras diferencias.

Miró al suelo un instante. Después, alzó la cabeza con una sonrisa y dijo: —Te toca, Ruth.

—Mi deseo de Navidad es muy sencillo: quiero aprender a hacer el pudin de ciruelas de Margaret.

—¡Qué encanto! —dijo Margaret—. Pues, entonces, mi deseo de Navidad es enseñártelo. Ven esta semana. ¿Ben?

—Mi deseo de Navidad es un perro de caza. Quiero salir a cazar un poco en Sussex, y no con estos —dijo, señalando a Jack y a John. Después, miró a su alrededor, y dijo—: Señor Brimble.

—Señor Brimble, ¿tiene usted algún deseo de Navidad? —preguntó Hollis.

Al señor Brimble se le llenaron los ojos de lágrimas. Miró a Jack,

que se había subido a su regazo.

—Mi deseo de Navidad es ver a Molly —dijo. Y se le cayeron las lágrimas por las mejillas.

—¡Señor Brimble! —exclamó Ruth, y se sentó a su lado. Le dio unas palmaditas en el brazo y condujo su atención al perro. Pobre señor Brimble. Seguramente, nunca sabrían quién era Molly.

—¿Y tú, Hollis? —preguntó Eliza—. Yo lo adivino. Quieres que tu revista sea la primera proveedora de noticias de la ciudad a finales de año.

Hollis sonrió.

—Quizá el año pasado hubiera dicho eso, pero mi deseo de Navidad es que todo deje de cambiar tan rápidamente. Pero, si todo debe cambiar, que yo pueda cambiar también.

—No sé lo que significa eso —dijo su padre—. ¿Qué significa?

—Que todos os vais a marchar, papá, y que las vidas están cambiando y que yo… no estoy cambiando. Estoy en el mismo lugar desde hace muchos años.

—Oh, Hollis —dijo Caroline, con tristeza—. No será tan malo como crees.

—Bueno —dijo ella, encogiéndose de hombros—. A mí sí me lo parece. Señor Brendan, es su turno.

Todas las miradas se fijaron en Marek. Él había estado pensando desde que había empezado el juego. Había pensado en el poco tiempo que le quedaba y en las cosas que había aprendido sobre sí mismo desde que había llegado a Londres. De los arrepentimientos y de las oportunidades perdidas.

—Alguien me preguntó, hace poco, quién soy —dijo—. Y me di cuenta de que, durante muchos años, he estado viviendo entre dos mundos, sin afincarme en uno o en el otro.

Se había mantenido apartado de los vivos. Era un milagro que no se hubiese convertido en un fantasma.

Todos lo estaban mirando con cara de confusión.

—Es imposible de explicar, pero mi deseo de Navidad es poder plantarme con firmeza en un mundo.

—¿Qué mundo? —preguntó la duquesa.

—Un mundo donde haya risas, amor y compañía —dijo él, y miró a Hollis—. Un mundo, cualquier mundo, donde esté Hollis, sinceramente.

A alguien se le escapó un jadeo. Lady Chartier tomó a la duquesa de la muñeca y la miró con los ojos abiertos como platos.

—¿Acaba de decir que…? ¿Lo he oído bien?

—Shh… —dijo la duquesa, y se inclinó hacia delante sin dejar de

mirar a Marek.

Pero Hollis no se movió. Ella estaba mirando al suelo. Estaba inmóvil, y él se preguntó si se había equivocado al decir lo que había dicho.

—No tenía pensado decírtelo así, Hollis —le dijo, en tono de disculpa—. Pero, como se dice, «aprovecha el tiempo, no dejes pasar la oportunidad».

—Ah —dijo Donovan, asintiendo—. Un poco de Shakespeare para usted, señora Honeycutt.

Ella levantó la cabeza lentamente, y se encontró con la mirada de Marek. Él no podía saber lo que estaba pensando ella, y se sintió como si estuviera caminando por la cuerda floja. Para tratar de arreglarlo, siguió hablando: —Realmente, no es así, ni ahora, como quería decirlo… Pero no tendré más oportunidades. Quiero que vengas conmigo a St. Edys, Hollis. Soy una persona completa cuando tú estás cerca.

—Oh —murmuró la duquesa—. Dios santo.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó el juez.

—No lo sé exactamente, papá —respondió la duquesa.

—¿A Wesloria? —preguntó Hollis, en un susurro.

Miró a las caras de su alrededor, como si pensara que todo aquello podía ser una broma. Marek la tomó de la mano y la obligó a que lo mirara.

—¿Me quieres? —le preguntó—. Dios sabe que yo a ti sí.

Ella se quedó boquiabierta. La había dejado atónita. Los había dejado atónitos a todos. A sí mismo. Él ya no era el mismo hombre de antes. Todos aquellos años callado, reservado y… ¿así era como iba a entrar en el mundo que había elegido?

—Hollis —dijo Donovan, en voz baja.

Ella pestañeó.

—Sí —le dijo a Marek—. Yo… Sí, te quiero.

Hubo más exclamaciones de asombro, pero él ignoró a todo el mundo, salvo a ella.

—Entonces, ven a Wesloria. No tienes que contestarme ahora mismo. Pero, por desgracia, tienes que contestarme pronto. ¿Lo entiendes, Hollis? Sabes que tengo que volver. Sabes por qué. Pero, te juro ante Dios que no quiero volver sin ti.

—No puedo —dijo Hollis—. Esto no es… No sé qué…

Miró a Donovan.

—Sí, necesita un poco de tiempo para pensarlo —dijo Donovan, con tirantez.

—¡No, no lo necesita! —exclamó la duquesa—. ¿Hollis? Lo quieres.

El gato te está arañando por dentro, ¿no te acuerdas? Te has lamentado de que todos cambiemos de vida. Ya has guardado el luto por Percy, cariño. Has sido la mejor viuda que cualquier hombre podría esperar. Pero eres joven, y lo quieres. ¿Por qué vacilas?

—¿Es cierto eso? —preguntó el juez—. ¿Mi hija ama a este hombre?

—Creo que sí, señoría —dijo lady Chartier, con la voz temblorosa de emoción.

—¿Y por qué no me había enterado de nada de esto? —preguntó Iddesleigh, con la voz un poco temblorosa, también.

—Alguna vez, la vida pasa por delante de nuestras narices y no nos damos cuenta, ¿verdad? —preguntó lady Blythe, alegremente.

Hollis tenía la mirada fija en su hermana.

—Pero es que… tengo muchas cosas en las que pensar. Donovan, el señor Brimble, Ruth y la señora Plum.

—¡Esto es divino! —exclamó lady Blythe—. Es la verdadera magia de la Navidad. Es como si entrenaras a un caballo y ganara la carrera.

Iddesleigh giró la cabeza hacia lady Blythe.

—Eso era lo que estaba pensando yo.

—Hollis —dijo Marek—. Te juro ahora, y ante Dios, delante de tu familia, delante de los alucianos incluso, que te honraré todos los días de tu vida y haré lo que sea con tal de que tú seas feliz.

Y, entonces, para demostrarlo, la abrazó y la besó debajo del muérdago.

Los vítores resonaron en su oído sano. Pero, cuando alzó la cabeza, los ojos azules de Hollis estaban llenos de amor, y las caras llenas de sonrisas.

—¡Más vino! ¡Que alguien traiga más vino! —gritó Iddesleigh.

Pero Marek se dio cuenta de que Hollis aún no había respondido a su pregunta.

Capítulo 31

Cuando suenan las campanas del Año Nuevo, podemos esperar emparejamientos, porque los solteros visitan las casas y dejan sus tarjetas de visita. Nos unimos a todas las familias felices que esperan que, quizá, este año nuevo traiga el sonido de las campanas de boda a sus vidas.

Ha quedado patente que, a pesar de los esfuerzos de Gran Bretaña, y de las intensas negociaciones entre las delegaciones de Alucia y Wesloria, ambos países no han logrado la tan deseada paz. En respuesta a la invasión de Astasia por parte del ejército wesloriano, Alucia ha enviado tropas a la región. «En la guerra, los eventos importantes son resultado de causas triviales», escribió el gran dramaturgo William Shakespeare.

Los juerguistas que se dirigían a casa de lord Pennypiece fueron testigos de la detención de lord Dromio de Wesloria, que fue puesto bajo custodia por crímenes contra el rey de su país y embarcado rápidamente con destino a St. Edys.

Señoras, si su deseo para este año nuevo es concebir un hijo, se recomienda que prescindan del corsé, puesto que se sabe que reprime el proceso natural de la concepción al apretar indebidamente todas las partes necesarias.

Revista Honeycutt de moda y hogar para damas

Donovan tenía un regalo para Hollis y, cuando llegaron a casa, se lo dio. Mientras ella lo abría, él sonreía. Era una pluma de plata.

—Oh, Donovan, es preciosa —dijo ella, admirándola.

—Como siempre estás escribiendo… —le dijo él, orgullosamente.

Estaban solos en el salón. La celebración de Navidad había terminado entre abrazos y besos. La despedida fue lo peor para Hollis, y había llorado durante casi todo el rato. Su familia pensó que estaba llorando de felicidad después de la declaración de Marek, pero lloraba de pena. Ya echaba de menos a todo el mundo.

Marek había vuelto al Hotel Green para preparar la vuelta a casa.

—¿Puedo visitarte mañana por la mañana? —le preguntó, mirándola a los ojos, como si estuviera buscando alguna pista de cuál podría ser su respuesta.

—Sí, claro que sí —respondió ella, tratando de contener las lágrimas.

Su declaración la había dejado aturdida y conmovida a la vez. Y muy confundida. ¿Cómo iba a tomar una decisión así tan rápidamente? ¿Cómo iba a dejar su casa? Eliza y Caroline la habían llevado a un rincón y le habían rogado que pensara en su propia felicidad, si realmente quería a Marek. Su padre la había abrazado con fuerza y le había dicho que sabía que iba a hacer lo mejor. Ella se imaginaba cómo sería estar en Wesloria, con él. Sin embargo, a pesar de todo eso, nunca había pensado que pudiera ocurrir algo así. ¡Tenía muchas cosas en las que pensar!

Gracias a Dios, Donovan sabía que ella necesitaba tiempo para reflexionar. Para hablar. Nada de aquello era tan fácil, ¿no?

—Yo también tengo un regalo para ti —le dijo.

Se acercó a la ventana y buscó detrás de las cortinas el paquete que había escondido allí. Se lo dio.

—Vaya —dijo él—. Es un paquete grande.

Probó el peso y sonrió al empezar a abrirlo.

—¿Es una silla de montar? —preguntó.

—Si no tienes caballo.

Él apartó el papel y sacó una camisa. Pero no era una camisa cualquiera, sino una camisa del mejor lino que pudiera pagarse.

—Porque te destrozaron tu camisa buena aquella noche.

—Ah. Sí, es verdad —dijo él, y alzó la camisa para observarla—. Es perfecta. Gracias, Hollis.

La abrazó y le dio un beso en la mejilla.

—Y, ahora, ¿hablamos de lo que pasó anoche?

—¿Qué pasó?

Donovan se echó a reír.

—Fue un sueño, querida. Un hombre declaró su amor por ti y te pidió que te marcharas con él. No sabes cuántas veces he soñado yo con que me ocurriera lo mismo. Y tú te quedaste ahí, como una boba…

—¡Como una boba! —exclamó ella—. ¡No es verdad! ¡Lo que pasa es que estaba en *shock*!

—Y dejaste que el pobre tipo siguiera parloteando…

Hollis se echó a reír sin poder evitarlo.

—¡Yo me había quedado muda!

—Sí, claro. Es lógico. A mí nunca se me habría ocurrido pensar que

Brendan pudiera dar una sorpresa así —dijo él, y sonrió—. Te vas a ir, ¿no?

Hollis se puso muy seria.

—No. No puedo. Mi familia está aquí.

—¿Aquí? No. La mitad de tu familia está en Alucia, y es mucho más fácil llegar desde Wesloria que desde Inglaterra. La otra mitad de tu familia se va a dispersar por el campo. Y, si quieres mi opinión, tus dudas no tienen nada que ver con tu familia. Creo que lo que te impide hacer esto es tu deseo de Navidad.

Donovan se sentó en el sofá y estiró el brazo sobre el respaldo.

—¿Qué? —preguntó ella, mientras se sentaba a su lado.

—Yo. Ruth y el señor Brimble y, por supuesto, la señora Plum. Pero, sobre todo, creo que yo.

Hollis no podía negarlo. Adoraba a Donovan y, si ella no estaba allí, ¿quién iba a protegerlo? ¿Quién lo querría? ¿Dónde iba a vivir?

—Tienes razón —le dijo, con una expresión taciturna—. No soy capaz de dejarte y, mucho menos, sabiendo todo lo que hiciste por mí cuando murió Percy.

Donovan le tomó una mano y se la besó. Después, la sujetó con fuerza.

—Creo que podemos empezar aquí. Yo te quiero, Hollis, muchísimo. El motivo por el que me quedé fue que no podía soportar verte sufrir tanto. Y entonces… entonces nuestra amistad se fortaleció tanto que no quería irme porque te adoraba, y no quería verte sola.

—Pero… ¿ahora?

—Pero, ahora, tú has encontrado a alguien que te quiere mucho mejor de lo que yo podré quererte nunca. Quiero que tengas eso.

—Pero ¿y tú? Yo también te quiero, Donovan. No quiero dejarte solo.

—Pero es que no me voy a quedar solo. ¿Qué es lo que te he dicho siempre?

Él decía tantas cosas…

—¿Que no me preocupe?

—Exacto, que no temas por mí. ¿Dónde crees que voy todas las tardes? Tengo a alguien, Hollis. Hace mucho tiempo que hay alguien.

Alguien. ¿Qué significaba eso? ¿Y por qué no se lo había contado nunca?

—¿Qué quieres decir? ¿Tienes un…?

—Un amante, sí. Alguien a quien quiero mucho. En Maida Vale.

Hollis se quedó boquiabierta. ¿Cómo era posible que no se hubiese enterado? De repente, se zafó de su mano y le dio una palmada en el hombro.

—¿Por qué no me lo habías contado?

—¿Y dejar que te preocuparas aún más? —le preguntó él, y volvió a tomarla de la mano—. Hazme caso, cariño, es mejor que sepas muy poco. Yo nunca te metería a ti en medio de las cosas que hago.

—Pero… yo…

—Escúchame, Hollis. No se trata de mí. Yo no voy a estar solo, y estaré perfectamente bien. Se trata de ti. Tú no quieres estar sola, pero eso puede suceder si vacilas ahora. Quieres a ese hombre, ¿no?

Ella contuvo los sollozos, y asintió.

—Creo que sí. Mucho.

Él sonrió con satisfacción.

—Te voy a echar de menos tanto como a Percy, pero debes ir, cariño. Debes recuperar la felicidad. Fuiste la mejor esposa posible para un hombre bueno. Y podrías ser la mejor esposa para este hombre. Y él, un buen marido para ti.

—No digas eso…

—Sí. Creo que Brendan te entiende. Percy te quería, pero no sé si te entendía. Ahora, tú eres una persona diferente; una mujer segura y llena de vida. Te mereces a un hombre que te aprecie como eres, y creo que Brendan cumple esa condición.

A ella se le estaba hinchando el corazón. Pensó en aquella pequeña granja. En despertar a su lado.

—¿De verdad piensas eso?

—Lo sé.

—¿Y la revista?

Él se encogió de hombros.

—Llévala contigo. ¿Crees que en Wesloria no habrá noticias e intrigas? Puedes vender tu casa, o conservarla. Yo la cuidaré si es necesario, además de la de tu padre. Cuidaré a Ruth, al señor Brimble e, incluso, a la señora Plum, aunque ella no me necesita. Y sería el hombre más feliz del mundo sabiendo que te quieren, que te cuidan y que te entienden, y que yo contribuyo a esa situación atendiendo las cosas aquí.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas de agradecimiento. Hollis no se había dado cuenta de lo mucho que necesitaba que Donovan la liberara.

Él se puso en pie.

—Me va a doler mucho que te vayas, pero también será uno de los días más felices de nuestra vida.

Se inclinó y le besó la mejilla. Tomó su camisa de lino y salió de la habitación para que ella pudiera reflexionar sobre su futuro.

Hollis no podía dormir. Dio vueltas y vueltas sobre la cama, pensando

en todas las posibilidades. ¿Y si se fuera? O ¿qué pasaría si no lo hacía? Se levantó de la cama al amanecer. Necesitaba resolver aquel asunto. Cualquiera que fuese el gran cambio en su vida, quería continuar con él.

Ruth subió a ayudarla a vestirse, y ella eligió el mejor vestido de los que le cabían.

—No debería haber repetido del pudin de ciruelas —se quejó, mientras Ruth le abrochaba el vestido.

—Pero es que estaba delicioso —dijo Ruth—. Señora, no me gusta fisgar, pero… ¿qué le va a decir al caballero de Wesloria?

Hollis suspiró.

—No lo sé.

—Oh, señora Honeycutt. Lo que ocurrió ayer fue lo más romántico que he visto en mi vida.

—Yo también —dijo ella, con suavidad.

Bajó a desayunar, pero no podía comer. Tenía un nudo en el estómago. Se paseó por el comedor y miró por la ventana, observando el reloj, que marcaba ya las once.

Marek fue muy puntual. Cuando llegó, Donovan lo llevó solemnemente al antiguo comedor, donde Hollis se había acomodado en su butaca favorita con la labor de punto de cruz para ocuparse mientras esperaba. Marek miró la mesa atestada de material, y las sábanas de lino colgadas de la pared, llenas de maquetas y hojas de prueba de lo que sería la próxima edición de la revista.

Ella dejó la labor y se puso de pie. Pasó las palmas de las manos por la falda de su vestido y se dio cuenta de que él tampoco debía de haber dormido bien. Marek no se acercó a ella, sino que permaneció en medio de la sala, mirándola con ternura.

—Hollis.

—Me alegro muchísimo de verte —le dijo ella, y dio un paso adelante.

Sin embargo, él alzó una mano.

—Permíteme que pueda admirarte, por favor. Si esta es la última vez que te veo, quiero recordarlo todo.

Hollis alzó los brazos y, lentamente, giró sobre sí misma. Después, bajó los brazos y preguntó: —¿Ayer hablabas en serio?

—Por supuesto. No sabía lo mucho que te necesitaba, que necesitaba el amor, hasta que tú me lo diste, Hollis. Y ahora ya no me imagino sin ti.

Marek dio un paso hacia ella.

—Sé que es pedir demasiado. Sé que Wesloria no es la vida a la que estás acostumbrada. Pero haré que sea una buena vida, te lo

prometo.

Dio otro paso, más vacilante, hacia Hollis.

—Entonces, ¿qué? ¿Cuál es tu respuesta? ¿Vendrás conmigo?

Ella suspiró. Se apretó la frente con los dedos y cerró los ojos un momento.

—No sé qué decir —respondió, y bajó las manos—. He estado toda la noche pensando en ello y, aun así, no sé qué decir.

Marek se puso rígido, y apretó la mandíbula.

—Estoy asustada. Estoy desconcertada —reconoció ella—. No sé qué esperar, y sé que voy a echar demasiado de menos a mi familia. Y hay gente que depende de mí.

—Lo entiendo —dijo él, mirándose las manos—. Sabía que era…

—Pero no puedo dejar que te marches sin mí, como no podía dejar de comerme el pudin de cerezas de ayer. Prométeme, Marek. Tienes que prometerme que siempre me vas a querer y a cuidar, que no te alarmarás si escribo cosas, y que no vas a querer decirme lo que tengo que hacer y que, si fundo una sociedad de Filología, no pondrás objeciones.

A él se le iluminó la cara de felicidad y sorpresa.

—¿Estás loca? Yo seré el primer miembro de la sociedad. Empezaremos con el estudio del wesloriano.

—Quiero escribir muchas cosas. Y, algunas veces, las cosas que escribo enfurecen a la gente.

—Te llevaré lápiz y papel.

—Y puede que te moleste de vez en cuando. Donovan dice que, cuando me lo propongo, puedo ser muy fastidiosa.

—Me gusta que me molesten.

—Pero seré una buena esposa para ti. Te querré y te respetaré, y guardaré todos tus secretos.

—Lo sé.

Ella sonrió.

—Entonces, sí, Marek. Iré contigo a tu granja, con tus perros, las vacas y las ovejas.

Marek la tomó entre sus brazos y la besó. Le besó las mejillas, la boca, la frente.

Ella lo rodeó con los brazos y lo estrechó.

—Te quiero —le susurró.

Él no contestó. No la había oído.

Hollis sonrió. Iba a tener que acostumbrarse a eso.

Epílogo

Ha dado comienzo el juicio en el caso de Su Majestad contra el señor Felix Oberon por la conspiración para usurpar el trono. Aparte, se está desarrollando el juicio de los exministros de Comercio y Asuntos Exteriores por intentar envenenar al rey. El señor Oberon está acusado de orquestar un golpe de estado aprovechándose de las negociaciones de paz. Se dice que el plan era complicado: provocar disturbios en las regiones pobladas por los weslorianos más pobres al privarlos de su sustento, y conseguir que esas poblaciones se levantaran contra el rey. Además, se pretendía presentar al monarca como un ser débil y enfermizo, incapaz de tomar buenas decisiones para su país. El señor Oberon había planeado reclamar el trono a través de un parentesco lejano.

A raíz de este terrible escándalo, el Parlamento de Wesloria ha asegurado la sucesión al trono en la persona de la primogénita del rey Maksim, sin parientes varones que puedan prevalecer. En el futuro, la princesa Justine será la reina.

Alucia ha accedido a negociar una vez más la explotación de las lucrativas minas de carbón de Astasia. Lord Osiander, el ministro de Trabajo, será el líder del grupo negociador por parte de Wesloria. Todos deben reconocer que la paz es algo precario, y que debe tratarse a intervalos regulares.

En cuanto a sucesos más felices, se ha anunciado que la duquesa de Tannymeade está esperando su segundo hijo para el otoño. Y, en Inglaterra, el futuro es también brillante para el hermano del duque de Tannymeade, el príncipe Leopold, quien visitó recientemente Helenamar con su esposa. El matrimonio informó de que sus pimpollos están creciendo sanos en su finca inglesa. El príncipe y su esposa viajaron acompañados por lord y lady Iddesleigh, de Inglaterra. Lady Iddesleigh se deleitó tomando clases de bailes alucianos durante su estancia en el país. Después, el matrimonio continuó su viaje hasta Wesloria, llevándole noticias y cartas de casa a la autora de esta revista.

El rey Maksim se ha recuperado de los intentos de envenenamiento. Ha dado comienzo la labor de encontrar un consorte para la princesa Justine y, como era de esperar, los príncipes e hijos de duques de todo el mundo le han enviado regalos para tratar de atraer su atención.

Señoras, cuando den la bienvenida a un recién nacido durante los meses de verano, procuren comer fruta y sentarse al sol durante, al menos, una hora al día, ya que eso ayudará a que el bebé digiera mejor la leche materna. Esta escritora ha descubierto que también un buen trozo de tarta ayudará al pequeño príncipe a hacer la digestión, así como a su madre.

Revista Brendan de noticias, consejos y reflexiones

La carta de Donovan había llegado el día anterior, pero Hollis la había guardado hasta hoy. Se había ido con su bebé, Maksim, bautizado así en honor a un abuelo al que nunca iba a conocer, al campo de hierba que había detrás de la casa en la que vivía. La casa estaba a los pies de las montañas, y estaba rodeada por un maravilloso bosque de olmos que proporcionaba sombra y protección del sol del mediodía.

Brutus, un enorme perro de pelaje blanco y negro, se acercó y se estiró sobre la manta que ella había puesto en el suelo para dormitar. Los ronquidos del perro habían ahuyentado a las ovejas que pastaban por el campo.

Mientras amamantaba al bebé, Hollis abrió la carta de Donovan. Él tenía una letra atroz, y ella tuvo que ponerse bizca para entender las palabras.

Donovan le contaba que había alquilado su casa a un matrimonio norteamericano con cuatro hijas. Todas ellas estaban a la caza de algún inglés rico, algo que a él le parecía muy divertido. Ruth, el señor Brimble y él se habían ido a vivir a casa de su padre, y la señora Plum iba varios días a la semana a cocinar para ellos. Marcus, el gato blanco y negro, se había escapado una noche de la casa y no había vuelto más. Aunque el señor Brimble tenía a Buttercup, se había quedado tan consternado que Donovan había encontrado otro gato blanco y negro para consolarlo.

Le contó que la boda del pavo se había celebrado en Westminster, porque su padre conocía a alguien que conocía a la reina.

Le contaba también que él gozaba de muy buena salud y que era feliz. Como de costumbre, no le ofreció más información. Decía que le había llenado de alegría la noticia del nacimiento del pequeño

Maksim, y que estaba deseando conocer al bebé. La echaba de menos horriblemente, pero sabía, por la brevedad de las cartas que recibía de ella, que también estaba ocupada y feliz. Esperaba que fuese pronto a Londres a visitarlos.

El resto de la carta estaba llena de chismorreos, algo que la tuvo fascinada hasta el final. Había cambiado mucho, sí, pero su deseo de atisbar en la vida de los demás seguía formando parte de ella.

Dobló las hojas y se las metió al bolsillo, y se tendió en la manta con Maksim. De vez en cuando, percibía el aroma del pan que había horneado aquella mañana, y sentía un cosquilleo de hambre. Había engordado un poco desde que había llegado a Wesloria. La señora Tarian, su vecina, la había enseñado a cocinar. Además, la señora Tarian tenía un bebé un poco mayor que Maksim y, gracias a Dios, porque Hollis y Marek estaban perdidos cuando había nacido su hijo. La señora Tarian siempre sabía lo que había que hacer.

Hollis dormitó un poco. Era su ocupación favorita durante las mañanas de verano, tenderse en el campo con los perros y el bebé. Su segunda ocupación favorita era tenderse en su cama junto a su marido. Al recordar la noche anterior, se ruborizó.

Cuando Maksim comenzó a protestar, se levantó y empujó a Brutus para que se levantara de la manta. Los tres volvieron a casa y encontraron al señor Whiskers, el gato, sentado en el alféizar de la cocina, observándolos. Brutus ladró al gato, como todos los días, y el gato lo miró con su inteligencia superior, también como todos los días. Hollis se colocó a Maksim en la cadera y abrió la puerta del jardín. Desde allí veía la carretera; como era de esperar, Marek se acercaba a casa.

Al verlo, se le llenó el corazón de amor y alegría. Marek había cumplido su promesa: la hacía feliz en todos los sentidos.

Su marido desmontó con facilidad y se acercó a ellos. La besó a ella primero y luego besó la cabecita del bebé. Y, después, por supuesto, se inclinó para saludar a Brutus.

—¿A qué huele? —preguntó él, mirando hacia la casa.

—A pan.

Él sonrió, y sus ojos del color del ámbar brillaron con intensidad. Le pasó un brazo por la cintura.

—Eso me hace indescriptiblemente feliz —le dijo, y le dio un beso en la mejilla.

Justo cuando llegaron a la puerta de la casa, el sol se reflejó en unos cristales que ella había colgado de un árbol frutal. Maksim hizo un gorgorito al ver los rayos de luz de colores. Marek lo tomó en brazos y todos entraron en casa con Brutus pisándoles los talones.

Hollis se detuvo en el umbral y miró su pequeño mundo. Era perfecto. No había nada que quisiera cambiar. Por fin había encontrado su lugar, y no podía ser más feliz.

Se dio la vuelta y se adentró en su hogar.

JULIA LONDON

UN PRETENDIENTE PARA UNA *Reina*

Los reyes de Wesloria enviaron a Inglaterra a su hija, la princesa Justine, para que aprendiera el funcionamiento de la monarquía bajo la tutela de la propia reina Victoria. Además, Justine debía encontrar un marido adecuado, alguien apto para casarse con la futura reina de Wesloria.

Dado que William Douglas, el heredero libertino del ducado de Hamilton, conocía a todo el mundo, le fue asignada la misión de acompañar a la princesa en sus salidas por Londres. También debía vigilarla e informar al primer ministro wesloriano, al tiempo que se aseguraba de que la princesa se emparejaba con un hombre a la altura de las circunstancias… y que fuera del agrado del ministro.

Mientras William y Justine conocían a un buen número de adecuados pretendientes, se hicieron amigos. Sin embargo, cuando llegó el momento de seleccionar al más idóneo… ¿no sería el mismo William el mejor soltero disponible?

Julia London

Un pretendiente para una reina

Una boda real - 04

ePub r1.0
Titivillus 06-05-2024

Título original: *Last Duke Standing*
Julia London, 2022
Traducción: María Perea Peña

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Prólogo

1844

Cuando Justine tenía catorce años, su padre la llevó al norte de Wesloria, la zona más montañosa del país. Le explicó que debía reunirse con los barones del carbón porque estaban inquietos y era necesario apaciguarlos. Ella le preguntó por qué.

—Porque los barones del carbón siempre están inquietos y siempre es necesario apaciguarlos, cariño —le dijo su padre, como si todo el mundo lo supiera.

Ella se había imaginado unos hombres grandes, envueltos en pesadas capas y con la cara sucia de hollín, que se paseaban por su hogar murmurando las injusticias que sufrían. Sin embargo, los barones del carbón, como los demás caballeros weslorianos, iban bien vestidos y llevaban la cara limpia.

La miraron con expresiones que iban desde el disgusto a la indiferencia, pasando por la curiosidad.

—No les hagas caso —le dijo su padre—. No son hombres modernos.

Su padre y ella iban a alojarse en el Castillo de Astasia, una fortaleza que se erguía amenazadoramente sobre un pico rocoso, tan alto, que a los caballos les costó mucho tirar del carruaje por el camino empinado. Se suponía que era el mejor alojamiento de la zona, y estaba a su disposición debido a que su padre era el rey de Wesloria y ella era la princesa heredera.

Justine dijo que el castillo le parecía aterrador. Su padre explicó que los castillos se construían así para que los soldados pudieran ver a los merodeadores a kilómetros a la redonda y divisar a las novias fugitivas.

—¿Novias fugitivas? —preguntó Justine. Se había quedado fascinada ante la idea de que algo tan romántico pudiera salir tan mal.

—Petr el Loco vio fugarse a su novia con uno de sus mejores caballeros y, después, vio a sus hombres perseguirlos muchos

kilómetros antes de que consiguieran escapar. Estaba tan furioso que quemó la mitad del pueblo.

Su padre no dio más detalles, ya que las puertas de la muralla se abrieron y el castellano apareció corriendo, impaciente por mostrarle al rey y a su heredera el antiguo castillo real que mantenía con orgullo.

Sir Corin llevaba un chaleco azul polvoriento que le colgaba hasta los muslos, con los cuatro últimos botones desabrochados para darle espacio a su barriga. Tenía el pelo ralo y encanecido y lo llevaba recogido en una coleta pegada a la nuca. Portaba un anillo de llaves atado a la cintura, y los metales tintineaban a cada paso que daba.

Según dijo, era un estudioso de la Historia, y podía responder cualquier pregunta que le hicieran sobre el Castillo de Astasia. Procedió a exhibir sus extensos conocimientos sobre aquel lugar húmedo, lleno de corrientes de aire, de pasillos estrechos y techos bajos. Un joven príncipe ruso había muerto en aquella habitación. Una reina había muerto al dar a luz a su décimo hijo en aquella otra.

Sir Corin los condujo al salón del trono.

—Aquí se han celebrado muchas cortes reales.

Justine estaba acostumbrada a la opulencia del palacio en el que vivía la familia real, en la capital de Wesloria, St. Edys. Aquello le parecía, más bien, la sala pública de una taberna: era un salón pequeño y oscuro que acogía los tronos de madera del rey y de la reina, adornado con tapices descoloridos por el humo y el paso del tiempo.

Sir Corin señaló otra de las habitaciones y explicó que, en ella, el rey Maksim había aceptado la rendición del rey feudal Igor, uniendo así a todos los weslorianos bajo un mismo estado después de la lucha de varias generaciones.

—Mi tocayo —dijo su padre con orgullo, olvidando, quizá, que el rey Maksim había masacrado a las fuerzas del rey Igor para unirlos a todos.

Llegaron a un pequeño patio interior adosado a la muralla y con los otros tres lados cerrados con muros de piedra. Sir Corin señaló una puerta que había en un extremo de las almenas, que se abría a un torreón con ventanas estrechas.

—Ahora lo usamos como almacén, pero en otros tiempos era una mazmorra, la peor que jamás hayan visto sus jóvenes ojos, Alteza Real.

Justine nunca había visto una mazmorra.

—¿No es aquí donde decapitaron a lord Rabat? —preguntó su padre, despreocupadamente, y le dijo a Justine—: Me refiero a tu tío

tatarabuelo Rabat.

—*Je*, Su Majestad, el tajo del verdugo todavía está aquí —respondió sir Corin, y señaló un gran bloque de madera cuadrado, de unos sesenta centímetros de alto. Estaba muy desgastado, seguramente, por haber pasado un largo periodo bajo las inclemencias del tiempo.

—Oh, qué terrible —dijo Justine, arrugando la nariz.

—Bastante —afirmó su padre, asintiendo. Después, explicó, quizá con demasiado entusiasmo, cómo obligaban a arrodillarse al condenado ante el tajo y apoyar el cuello en él—. Un buen verdugo podría hacer el trabajo limpiamente, de un solo golpe. ¡Zas! y la cabeza caería en una cesta.

—Si se me permite, Su Majestad, era difícil encontrar un buen verdugo. Por estos lares hay más mineros que hombres buenos con la espada. Lo cierto es que fueron necesarios tres golpes para cortarle la cabeza a Rabat por completo —dijo sir Corin, y consideró necesario hacer una demostración de los tres golpes con su propio brazo.

—Ah… —suspiró Justine, que tuvo que tragar saliva para contener las náuseas.

—¿Tres golpes? —repitió su padre, embelesado—. ¿No pudo hacerlo en uno?

Sir Corin negó con la cabeza.

—Eso demuestra cuán importante es mantener la espada bien afilada.

—Y tener cerca a alguien que sepa manejarla —añadió el rey.

Los dos hombres se echaron a reír. Justine buscó con la mirada un lugar donde sentarse para poder meter la cabeza entre las piernas y tomar aire. Por desgracia, el único asiento posible era el tajo.

—Tranquila, mi niña. No te he contado quién ordenó la decapitación —le dijo su padre.

Sir Corin se agarró las manos con impaciencia. Claramente, estaba tratando de contener su entusiasmo.

—¡Tu tatarabuela, la reina Elena!

¿La reina Elena había decapitado a lord Rabat?

—Pero… ¿no era su marido?

—Peor aún. Su hermano.

A ella se le escapó un jadeo.

—Pero ¿por qué?

—Porque Rabat tenía la intención de decapitarla a ella. Quien sobreviviera a la batalla sería coronado rey.

—Oh, y esa sí que fue una batalla sangrienta —dijo sir Corin con entusiasmo—. Cuatro mil almas perdidas, muchas de ellas, cayendo

desde las almenas.

Justine retrocedió un paso. Se echó a temblar por dentro y perdió el aliento. Tuvo la sensación de que se le iban a doblar las rodillas, y se le puso la carne de gallina al imaginarse la pérdida de tantos hombres.

—¿Y no podía haberlo desterrado?

—¿Y permitir que volviera deslizándose como una serpiente? —le preguntó su padre, mientras le rodeaba los hombros con un brazo antes de que ella pudiera retroceder y salir corriendo hasta llegar hasta St. Edys—. Hizo lo que tenía que hacer, porque, minutos antes, era ella misma la que estaba en el tajo.

—Dios mío —susurró Justine.

—Pero, en el último momento, la gente de aquí la salvó —prosiguió su padre—. Y ella condenó a su hermano a muerte inmediatamente por su insurrección, y permaneció justo donde estamos ahora para ver cómo rodaba la cabeza del traidor.

—Bueno —intervino sir Corin—. Yo no diría que rodó, para ser exactos.

Los dos hombres se echaron a reír otra vez.

—No cierres los ojos, cariño —le dijo su padre, estrechándola contra su costado—. Mira ese tajo. Elena solo tenía diecisiete años, pero era muy inteligente. Supo lo que tenía que hacer para conservar el poder y gobernar el reino. Y gobernó durante mucho tiempo.

—Cuarenta y tres años, en total —dijo sir Corin con orgullo.

—La reina Elena aprendió lo que todo soberano debe aprender: a ser decisiva y actuar con rapidez. ¿Lo entiendes?

—Creo que… no —respondió Justine, que se sentía mareada.

—Lo entenderás —dijo su padre, y dejó caer el brazo. Se acercó al tajo para inspeccionarlo—. Tu madre y yo casi te llamamos Elena por ella. Pero a ella la llamaban Elena la Zo… la Bruja —dijo—. Y tu madre temía que te llamaran igual.

—Has dicho que fue una buena reina.

—Fue una reina excelente. Pero a veces es difícil hacer las cosas que se deben hacer y, al mismo tiempo, gozar de la admiración de tu pueblo.

Los giros empeoraban. Justine se agarró del brazo de su padre.

—¿Por qué?

—Porque la gente espera que una mujer se comporte como una mujer. Pero una buena reina a veces debe comportarse más como un rey por el bien del reino. A la gente no le gusta —explicó el rey, encogiéndose de hombros—. Ningún rey ni ninguna reina puede conseguir que todos sus súbditos sean felices todo el tiempo.

De repente, sonrió.

—Para mí, tú te pareces un poco a la reina Elena.

—Es su viva imagen —intervino sir Corin.

Aquel día, un poco más tarde, Justine vio un retrato de Elena. La reina no sonreía, pero tampoco tenía una expresión desagradable. Parecía… decidida. Y su vestido era bonito y elegante, con muchas perlas cosidas en la tela.

Más tarde aún, cuando su padre y el resto de los hombres se retiraron a fumar puros y hablar del carbón o cosas por el estilo, Justine volvió sola al patio desierto. No había nadie, ningún centinela. Soplaba un viento implacable que doblaba las copas de los pinos contra un cielo gris opaco. Subió las escaleras hasta las almenas y contempló el valle que se extendía bajo el castillo. Abrió los brazos, cerró los ojos e inclinó el rostro hacia el cielo.

Fue la primera vez que sintió de verdad, en lo más profundo, la energía de todos los reyes y reinas que la habían precedido recorriéndole el cuerpo hasta la coronilla y anclándola a aquella tierra. Sintió los siglos de guerra y lucha de las gentes que había gobernado su familia. Sintió la enorme responsabilidad que habían asumido sus antepasados, el trabajo que habían hecho para forjar un camino hacia el futuro.

Su padre había dicho muchas veces que sentía el peso de la corona sobre sus hombros, pero ella sintió algo completamente diferente. No era un peso que la hundiera hacia el suelo, sino, más bien, una fuerza que estaba levantándola y manteniéndola allí. No creía que fuera una arrogancia por su parte, sino el poder de un vínculo con el pasado. Iba a ser reina. Supo que iba a serlo, que era lo que debía ser, como si hubiera nacido para ello.

Una ráfaga de viento estuvo a punto de hacerla volar, así que bajó de la almena. Se detuvo delante del tajo y trató de imaginarse a sí misma de rodillas, sabiendo que la muerte era inminente. Se imaginó cuál sería su aspecto. Tenía la esperanza de parecer fuerte y noble, de no dejar traslucir su miedo al dolor o a lo desconocido.

Su destino era ser reina. Sabía que llegaría el momento.

Pero, entonces, no se imaginaba que iba a llegar tan pronto.

Capítulo 1

1855
En la ciudad capital de St. Edys.
Wesloria.

La princesa heredera Justine Marie Edda Ivanosen dio un paso vacilante desde detrás de la cortina y miró el podio que estaba en el centro del escenario. Deslizó la palma de la mano por la falda del vestido y…

—No, no, no, no.

Un caballero delgado, de pelo muy rubio, alzó las manos con desesperación.

La princesa miró hacia el techo y gimió.

—Y ahora ¿qué he hecho?

El inimitable *monsieur* DuPree, el profesor de alocución y comportamiento que la emperatriz Eugenia de Francia le había prestado a Wesloria, juntó las manos y dijo, en tono de súplica:

—Su Alteza Real, *s'il vous plaît*.

Subió de un salto al escenario y se acercó para instruirla nuevamente.

El primer ministro wesloriano, Dante Robuchard, que estaba en el palco con la reina Agnes, dio un suspiro. La princesa sufría de unos nervios terribles ante la mera idea de hablar en público, y eso era un grave obstáculo para una futura reina, ya que hablar en público era uno de los requisitos principales del cargo. Los ciudadanos de Wesloria necesitaban una reina que hablara con firmeza y elegancia, que irradiara confianza y dominio de su reino, no alguien que se echara a temblar en el momento de subir al estrado.

—No debe vacilar —insistió *monsieur* DuPree.

—Les pido perdón, pero es la primera vez que veo el salón terminado —dijo la princesa.

De hecho, era un gran escenario. El nuevo salón, llamado el Salón Príncipe Vasilly, tenía el techo abovedado y adornado con frescos que

representaban a Juana de Arco, palcos engalanados con cordones de terciopelo y oro sobre el patio de butacas, enormes arañas de cristal, cada una con cien luces de gas, y asientos para quinientas personas. Solo en París, Roma y Londres podría encontrarse un escenario tan grandioso como aquel. En Wesloria, no. Por lo menos, hasta su nombramiento como primer ministro.

Al menos, reflexionó, si había algo bueno que pudiera decirse de la princesa Justine, y, francamente, se decían pocas cosas positivas de ella, era que tenía el porte y la buena apariencia de una soberana. Era un poco más alta que la media, como su madre, y poseía una hermosa figura, también como su madre. Sin embargo, la reina tenía los ojos azules, mientras que los de su hija eran de un curioso, brillante y cálido color miel. La princesa tendía a mirar a los ojos a aquellos con quienes hablaba.

Los ministros, la mayoría ancianos que habían perdido la libido hacía décadas, le perdonarían muchas faltas a una joven atractiva, y la princesa lo era, ciertamente. Tenía el pelo largo, castaño oscuro, y lo llevaba recogido con una ingeniosa variedad de bucles, trenzas y nudos en la nuca, tal y como dictaba la moda wesloriana. Tenía un mechón blanco en el cabello, un rasgo peculiar de la familia Ivanosen; parecía casi como si se lo hubieran teñido a propósito. Llevaba un vestido de seda dorada con un estampado de estrellas, confeccionado en un estilo entre francés e inglés, con la falda escalonada y las mangas voluminosas. El bajo le llegaba justo a la altura de los tobillos, de modo que podían admirarse sus zapatos de seda.

La vestimenta había sido objeto de acalorados debates entre la reina y él. Los vestidos de estilo wesloriano, por lo general, eran ceñidos y tenían una larga cola bordada. A la reina le parecía importante que la futura reina se vistiera según los dictados de la moda de su país, pero él había argumentado que la gente sentía temor por las cosas que no entendía y, como la princesa debía relacionarse con pretendientes de ámbito internacional, en público tenía que vestirse como lo hacían las mujeres de la nobleza en París y Londres.

Por lo menos, había ganado esa batalla.

La princesa y *monsieur* DuPree desaparecieron nuevamente detrás del telón.

La princesa Justine estaba allí aquel día para ensayar el discurso que iba a dar con motivo de la inauguración del salón. Aquel evento sería la inauguración de la feria anual de artes carlarianas, a la que acudía gente de todo el mundo. Tradicionalmente, era el rey quien presidía la ceremonia de apertura de la feria, pero aquel año se lo impedía su precaria salud. El rey sufría de tuberculosis y su estado

empeoraba sin remedio. Los médicos habían dicho que tal vez no durase un año más.

El rey era consciente de la situación y le había expresado a Dante su ferviente deseo de que la princesa Justine empezara a prepararse seriamente para ocupar el trono y de que, si era posible, eligiese a un príncipe consorte.

—Se la comerán viva sin un marido a su lado —había dicho una noche.

El rey tenía razón en eso, pensó Dante. Seguramente, él mismo estaría entre los avasalladores. Después de todo, como primer ministro, tenía que dirigir a la joven adecuadamente en la dirección que resultara más necesaria.

Miró a la princesa, observó sus hombros delgados y su cabeza juvenil, y trató de imaginar cómo llevaría la carga de un país entero sin la ayuda de su padre. En su humilde opinión, la princesa no estaba preparada para ocupar el trono y, a juzgar por la cantidad de suspiros que exhaló mientras miraba a su hija, la reina pensaba lo mismo. Comprendía su impaciencia; él mismo había pasado muchísimo tiempo pensando en la princesa Justine, cuando había asuntos más urgentes que requerían su atención.

Miró a la reina por el rabillo del ojo y notó su expresión de amargura mientras contemplaba a su hija mayor. Estaban solos en el palco, ya que solo se trataba de un ensayo. De hecho, él pensaba que serían los únicos presentes, pero bajo ellos había un puñado de espectadores, en su mayoría, cortesanos. También había asistido, sin explicación, la princesa Amelia, la siguiente en la línea de sucesión al trono, junto a sus tres constantes compañeras. Aquellas muchachas siempre estaban revoloteando y metiéndose en cosas que no eran de su incumbencia. Recientemente le había sugerido a la reina que, tal vez, la princesa Amelia pudiera estudiar arte en Suiza, como hacían muy a menudo las hijas de la realeza y la nobleza. La reina no había querido ni oír hablar del asunto.

Él había salido victorioso en una reñida batalla por el cargo hacía solo un año y, desde el principio, había comprendido que debía ser muy cuidadoso con respecto al tema de las princesas. Amelia era la favorita de su madre, y Justine… Bueno, Justine no lo era. Tal vez lo había sido en algún momento, pero los acontecimientos recientes habían acabado con el halo de la joven. Sin embargo, Justine iba a ser la reina y, como él tenía la intención de mantenerse en el poder muchos años, era la princesa que más le preocupaba.

Estaba decidido a acabar con la mala economía que había lastrado a Wesloria durante siglos y llevar al país a la prosperidad y la

modernidad. Bajo el reinado de Maksim se habían logrado grandes avances, pero quedaba mucho por hacer. Y debido a la tuberculosis del rey, él necesitaba que la princesa Justine fuese lo más maleable posible. Ese era el problema.

Cuando *monsieur* DuPree terminó sus instrucciones, corrió hasta el borde del escenario, bajó al suelo de un salto y tomó asiento entre los cortesanos.

Su primer error había sido dar por sentado que sería fácil influir en una joven de la edad de la princesa Justine, que iba a cumplir veinticinco años al cabo de un par de semanas. La princesa no se comportaba de una manera predecible ni lógica, algo que le había causado perplejidad durante muchos meses hasta que, un día, se dio cuenta de que lo que él necesitaba era que Justine fuese un hombre. Que pensara, caminara y hablara como un hombre. Y, como eso no era posible, lo mejor que podía hacer era casarla, conseguirle un consorte, como había sugerido el rey. Alguien que la guiara con la considerable influencia del primer ministro de su país.

—Muy bien, ¡comience de nuevo! —bramó *monsieur* DuPree.

La princesa Justine salió de detrás de la cortina y, en aquella ocasión, atravesó resueltamente el escenario mientras los espectadores se ponían en pie. Ella hizo un gesto, de forma majestuosa, para indicarles que se sentaran. Permaneció junto al podio unos instantes, ofreciendo su verdadera imagen, la de la joven inteligente que había sido instruida por los mejores educadores de Wesloria. La princesa estaba en forma y era atlética, algo que él apreciaba pero no comentaba nunca, ya que la reina había dejado muy claro que no aprobaba la afición de su hija por el atletismo. Desaprobaba, especialmente, la esgrima, deporte en el que la princesa destacaba.

La cuestión era que la joven tenía todas las cualidades para ser una buena reina y una buena esposa, y sería un buen partido para el hombre adecuado.

Sin embargo, en ese aspecto había otro problema. Él no confiaba en que la princesa supiese elegir al hombre adecuado, teniendo en cuenta lo que había sucedido recientemente. Todavía se le escapaba una mueca al pensar en la preocupación que lo había consumido durante su primer año en el cargo a causa de la desafortunada relación de la princesa con el hijo del duque Gustav, el libertino Aldabert.

La princesa Justine colocó las manos a cada lado del podio, miró al público y dijo:

—Buenas noches.

—Le pido perdón, Alteza, pero debe hablar más alto —dijo

monsieur DuPree.

La princesa inclinó la cabeza un momento para recuperarse.

Aldabert Gustav. ¡Qué alegría se había llevado él cuando habían condenado a aquel sinvergüenza mentiroso al destierro! Era un mocoso mimado que valoraba más el placer carnal que el deber, que no se preocupaba del escándalo nacional que podría causar con tal de hacerse con el trofeo de la virtud de una joven princesa. No tenía ninguna cualidad y había mentido con desfachatez para ganarse el favor de Justine, y solo Dios sabía qué libertades. Y, aun así, cuando se le presentó la prueba de su perfidia a la princesa, ella se había negado a creer que fuese tan corrupto.

El sórdido asunto había terminado en un fiasco real. El rey había tenido que pagar una suma elevada de sus arcas personales a lord Gustav para ver casado a su hijo con una heredera alemana y expulsado del país.

La princesa volvió a levantar la cabeza. Se había quedado pálida y parecía que estaba enferma. ¿De veras era tan doloroso para ella dirigirse a un público tan pequeño? A él le resultaba extraño, porque, en privado, era una joven segura de sí misma. Sin embargo, cuando la presionaban para hablar en público, perdía toda la confianza.

La princesa se aclaró la garganta y tomó el papel del discurso. Incluso desde aquella distancia, él se dio cuenta de cómo temblaba.

—Ojalá hablara —susurró la reina en voz alta—. Creo que sería mejor que diera el discurso Amelia. Es mucho más animada.

La princesa Justine bajó el papel y miró hacia el palco real.

—A mí me encantaría que Amelia diera el discurso, madre.

—¡Oh! Te pido perdón, cariño. No nos hagas caso. ¡Lo estás haciendo muy bien, querida! —exclamó la reina, riéndose entre dientes.

La princesa volvió a mirar el papel. Él no estaba de acuerdo con la reina. La princesa Amelia le recordaba a una niña malcriada, mientras que la princesa Justine era elegante.

—¡Buenas noches! —repitió la princesa, con más fuerza. Distraídamente, se pasó la palma de la mano por la falda de nuevo, y la reina chasqueó la lengua con fastidio—. *Bonem Owen* —continuó la princesa, deseando a todos una buena tarde en wesloriano. Y, después, comenzó a leer en wesloriano, con la voz temblorosa y las palabras entrecortadas. Hablaba como si las palabras no tuvieran sentido para ella, lo cual era absurdo. La lengua materna de las princesas era el alemán, el idioma de la reina Agnes, y la lengua nativa de su padre era el wesloriano. Entre ellos hablaban en inglés, el idioma que tenían en común. Sin embargo, la princesa hablaba wesloriano con fluidez.

—*Ledia et harrad* —dijo. Damas y caballeros—. Bienvenidos —dijo en inglés, de nuevo, olvidándose por un momento del idioma que debía hablar. Después, continuó en wesloriano, a menudo interrumpido por el inglés—. *En honra e*… independencia… —hizo una pausa para entrecerrar los ojos ante el papel—. Nosotros… co…

—¡No! —exclamó *monsieur* DuPree, poniéndose de pie—. De nuevo, por favor, Alteza.

—Le pido perdón, señor, pero no puedo leer sin los anteojos.

—Ayer tuvimos una gran pelea por ellos —le susurró la reina—. Pero no permitiré que parezca un ratón de biblioteca.

Como si fuese algo malo tener una hija que pudiera parecer bien educada y culta.

—¿Quizá sea el wesloriano? —se preguntó él, en voz alta—. No es su idioma preferido.

La reina se enfureció.

—Pero es la lengua de su país. Debería haberse aplicado más a fondo en su estudio.

Eso tenía gracia, ya que la reina nunca había aprendido a hablar wesloriano.

—¿*Par de*… candidatos? —dijo la princesa a continuación, con los ojos entrecerrados—. Oh, pido disculpas. *Candreda* —añadió.

La princesa alejó el papel. Su hermana y sus amigas se echaron a reír y la pequeña comitiva de cortesanos se impacientó. Justine palideció aún más.

—*Par de Candreda* —dijo.

Monsieur DuPree se levantó lentamente. Subió al escenario con las manos entrelazadas a la espalda para hablar con ella una vez más. La princesa se volvió hacia él casi como si esperara un golpe.

—Me pregunto a menudo por qué no fue Amelia la primogénita —dijo la reina, con un suspiro, y se recostó en su asiento—. Ella es muy sociable. Tiene una facilidad innata en este tipo de cosas, y…

—¡Mamá! —exclamó la princesa Justine, bruscamente—. Te estoy oyendo.

—Te pido perdón, cariño. ¡Continúa! —ordenó la reina, y se cruzó de brazos—. ¿Qué vamos a hacer, Robuchard? —susurró—. No tiene remedio.

La princesa Justine no necesitaba ningún remedio, pero no iba a decírselo a la reina en aquel momento. En realidad, aquella era la oportunidad perfecta para exponerle su plan a la soberana sin resultar impertinente.

—Majestad, tengo una sugerencia, si me lo permite.

—¿De qué se trata?

Él se inclinó para acercarse a ella lo máximo posible sin llamar la atención y le habló en un susurro. Mientras, *monsieur* DuPree se situó detrás de la princesa, puso las manos en su cintura y la colocó ante el podio.

—Propongo que enviemos a Su Alteza Real a Londres, como aprendiza de una mujer que, una vez, fue una reina muy joven. Victoria ocupó el trono a la edad de dieciocho años y creo que podría ofrecer consejos muy valiosos.

Monsieur DuPree agitó los brazos hacia el público mientras le explicaba algo a la princesa.

—Y, con vuestro permiso, creo que también sería beneficioso que la princesa Justine y la princesa Amelia permanecieran fuera del país hasta que los acontecimientos más recientes estén casi olvidados.

La reina le lanzó una mirada sombría.

—Se refiere a los Gustav.

Él mantuvo una expresión neutral.

—Podríamos matar dos pájaros de un tiro. Si enviamos a la princesa Justine a Londres como aprendiza, podríamos asegurarnos de que nuestra selección de pretendientes también esté presente en la ciudad. Cabe la posibilidad de que regrese con alguien con quien desee casarse.

—¿Se ha vuelto loco, Robuchard? ¿Pretendientes? —preguntó la reina, mirando a su hija. Se inclinó hacia él y le susurró—: ¿Después de todo lo que ha pasado? ¿Sin que yo esté cerca para vigilarla? No puedo dejar a mi marido.

—¿No está de acuerdo en que es preferible que la princesa esté casada y no soltera? Sobre todo, si finalmente se hace inevitable la abdicación.

La reina se puso rígida. El tema ya había sido abordado con el rey y con ella, pero solo en teoría. Sin embargo, lo más probable era que, si la salud del monarca empeoraba hasta impedirle el desempeño de sus funciones, por el bien de la nación y la estabilidad de la monarquía, el rey se vería obligado a abdicar en favor de la princesa Justine.

—Naturalmente, no sugeriría esto si no estuviera seguro de que se tomarán todas las precauciones. La princesa contaría con el asesoramiento y supervisión de un gentilhombre de cámara, lord Bardaline, y de la ayuda de su esposa como dama de compañía.

La reina se quedó pensativa.

—*Lady* Bardaline es inteligente.

Por supuesto que sí, o él no lo habría sugerido. Era amiga íntima de la reina, pero era una dama que, por decirlo de algún modo, sabía

mantener todas las ventanas abiertas, y le susurraba con frecuencia al oído.

—También sugeriría que, si Su Majestad y el rey lo permiten, contratáramos los servicios de *lady* Lila Aleksander de Dinamarca.

La reina abrió unos ojos como platos. Se recostó en el asiento y lo miró de arriba abajo.

—¿Le ruego me disculpe?

—*Lady* Aleksander es una casamentera…

—Sé quién es, Robuchard.

—Es la mejor de toda Europa —continuó él, con calma—. Ha facilitado matrimonios en las situaciones más peliagudas. El príncipe alemán Heinz Jäger, de quien todo el mundo dice que es idiota, consiguió un buen matrimonio por medio de la dama. Si logró casarlo a él, imagine lo que podría hacer con Su Alteza…

—¿Quiere decir que a mi hija le va a resultar difícil encontrar marido?

—En absoluto —respondió él, rápidamente—. Pero sí será un reto, debido a que la princesa será reina algún día. Su futuro marido debe ser el hombre adecuado si queremos tener alguna esperanza de que la princesa Justine gobierne eficazmente. Nosotros ya sabemos qué candidatos son de nuestro agrado y, ahora, lo que necesitamos es una oportunidad para que la princesa los conozca y forme un vínculo con alguno de ellos.

—¡No podemos contratar a una casamentera, Robuchard! —susurró la reina, acaloradamente—. ¿Qué pensará la gente? ¡Pensarán que a mi hija le ocurre algo!

—Precisamente por ese motivo sugiero que contemos con la ayuda de *lady* Aleksander mientras la princesa esté en Inglaterra. Ella se encargará de que la princesa Justine vuelva a Wesloria comprometida con un hombre excelente que sea capaz de guiarla. Todos ganamos.

La reina Agnes se quedó boquiabierta unos instantes, pero luego cerró la boca y miró hacia el escenario. *Monsieur* DuPree estaba tan cerca de la princesa Justine que ella se había inclinado hacia atrás.

—¿Amelia también?

Sí, claro, Amelia también, esa pequeña alborotadora.

—La princesa Amelia es la verdadera compañera de su hermana y se beneficiaría igualmente de la tutela.

Monsieur DuPree, después de dar sus instrucciones, bajó del escenario una vez más. Entonces, la princesa se irguió y mantuvo la cabeza alta.

—Es posible que su padre no sobreviva al verano, ¿verdad? —susurró la reina.

—Razón de más para actuar con premura, Majestad. La princesa heredera necesitará un marido en quien apoyarse para superar el dolor, afrontar la coronación y asumir sus deberes como soberana. La gente de Wesloria apreciará la mano firme de un hombre detrás del trono.

Ella dio un resoplido.

—Sobreestima enormemente el valor de la mano de cualquier hombre, señor, pero entiendo lo que quiere decir. Creo que es prudente al sugerirlo. ¿Cómo nos acercamos a Victoria?

Él estuvo a punto de levantarse de un salto a causa de la sensación de triunfo.

—Ya está hecho, Majestad.

Ella entrecerró los ojos.

—¿Ah, sí? —preguntó, arrastrando las palabras—. Y ¿qué garantías tenemos de que *lady* Aleksander va a actuar en la dirección que queremos?

La garantía era que él nunca daba puntada sin hilo. Estaba trabajando en cada una de las partes de su plan, incluido el compromiso de *lady* Aleksander y el servicio de un espía que le informaría únicamente a él.

—Le aseguro que la gratificación por el éxito de esta tarea es motivación suficiente. Pero hay telégrafos, y yo tengo ojos en Inglaterra. Estaremos al tanto de todo lo que suceda, hasta de la cantidad de leche que bebe Su Alteza cada día.

La reina se mordió el labio mientras miraba fijamente a su hija, que se había apartado del podio para llamar a *monsieur* DuPree.

—De veras, yo creo que este problema se solucionaría si pudiera ponerme los anteojos.

—Le pido perdón, Alteza, pero no son recomendables —respondió *monsieur* DuPree, suavemente.

—Siento disentir. Son muy recomendables para que yo pueda leer —insistió la princesa, razonablemente.

—Tal vez pudiera memorizar el discurso. Eso le brindaría la oportunidad de practicar su elocución.

La princesa Justine dio un gemido.

—¿Qué tiene de malo necesitar anteojos para leer?

La princesa Amelia y sus amigas se deshicieron en risitas.

—*Je* —dijo la reina Agnes—. *Je*, Robuchard, creo que su plan es bueno.

Capítulo 2

Cuatro meses más tarde.
Londres, Inglaterra.

La cena de la noche anterior se había convertido en una bacanal, y William estaba sufriendo las consecuencias. Beck, maldito fuera. Diez años antes, él habría bebido con desenfreno, pero hacía tiempo que había dejado de querer o de poder pasar las horas con la bebida. Diez años antes, habría recuperado la buena forma como el caucho indio, pero aquel día le dolía todo el cuerpo.

Parecía que esto le sucedía cada vez que iba a Londres. Y era culpa suya, por creer que su viejo amigo, Beckett Hawke, conde de Iddesleigh, que ya era marido y padre, no se permitiría el libertinaje de antaño. Qué tonto había sido al pensarlo.

Él pretendía descansar lo suficiente porque sabía que, al día siguiente, iba a necesitar todo su ingenio. Había asumido, incorrectamente, que la cena en Upper Brook Street terminaría pronto, dado que Beck y su esposa estaban criando a sus cuatro niñas sin ningún tipo de disciplina y era necesario un ejército de padres y sirvientes para acorralarlas y acostarlas.

Pero la esposa de Beck, la regordeta y pelirroja Blythe Northcote Hawke, había llevado a las pequeñas a la antigua casa Honeycutt, donde vivía Donovan, su tío soltero. Donovan las cuidaría aquella noche y, según había dicho su madre con alegría, les contaría historias de fantasmas y las asustaría hasta sacarlas de sus casillas. Lo que le causaba felicidad no era el hecho de que, probablemente, sus hijas iban a negarse a dormir en sus camas durante quince días, sino que, aquella noche, Beck y ella podrían comportarse sin ningún discernimiento.

Para la ocasión habían incluido a otros amigos de Beck, lord Montford y sir Martin.

Él debería haberse dado cuenta, en el mismo momento en que entraron al salón, de que se avecinaban problemas. Debería haberse

despedido en cuanto Beck presentó «un *whisky* escocés buenísimo» que quizá hubiese obtenido en «la guarida de un contrabandista». Pero no lo había hecho, y lo siguiente que supo fue que su ayuda de cámara, Ewan MacDuff, había ido a buscarlo a casa de su amigo a las cuatro de la mañana.

Así era como había llegado frente a Prescott Hall y estaba observando con los ojos llorosos su imponente fachada de tres pisos. Odiaba las mañanas como aquella. El viaje desde su casa de Mayfair le había sacudido todos los huesos del cuerpo y había empeorado su terrible dolor de cabeza.

Se quitó los guantes y el sombrero, y se pasó los dedos por el pelo. No se le escapó la mueca de Ewan. Su ayuda de cámara estaba muy orgulloso de su trabajo y, aunque no le hubiera cepillado el pelo personalmente, consideraba que el peinado era parte del efecto general de la elegancia de su obra.

William apartó la vista de la expresión crítica de Ewan y vio a un mozo que se acercó para hacerse cargo de los caballos. Él quería desmontar, pero parpadeó y se quedó mirando la casa otra vez. Más que una casa, en realidad era un extenso y opulento edificio, una de las muchas propiedades del duque de Beauford y una de las pocas lo suficientemente grande como para albergar a una princesa y su séquito. Tenía entendido que los jardines eran extraordinarios y le habría encantado echarles un vistazo. Sería agradable pasear mientras el calor del sol evaporaba la niebla de su cerebro. Por desgracia, no había tiempo para eso. Tenía la intención de hacer la visita y volver a su casa, en Arlington Street, lo más rápidamente posible. Quería que Ewan le preparara un baño caliente y, mientras lo tomaba, reflexionar sobre cómo, en un universo tan enorme como el que habitaban, seguía viéndose en aquellas situaciones insostenibles.

Podría pensarse que William Douglas de Escocia, marqués de Douglas y Clydesdale, futuro duque de Hamilton y Brandon, tenía el control de su vida a la madura edad de treinta y tres años. Sin embargo, nada más lejos de la realidad. A medida que cumplía años, le parecía que había menos y menos cosas bajo su control. Su hermana Susan tenía razón: ya debería estar casado y haber tenido hijos. Debería haberse convertido en uno de aquellos caballeros aficionados a pintar, que exigía informes sobre el número de ovejas que tenía en sus tierras y le leía poesía a su esposa. Pero no; estaba soltero y se había pasado en el extranjero la mayor parte de los últimos diez años y, ahora, le habían pedido o, más bien, ordenado, que atendiera los caprichos de una maldita princesa europea.

El mozo siguió observando a Ewan, preguntándole con su

expresión facial qué diablos estaba pasando. Ewan se arregló el chaleco, se tiró de los puños del abrigo y le respondió, con la mirada, que no lo sabía bien.

—Bien —les dijo William.

Se deslizó del caballo y asintió para que el impaciente mozo de cuadra tomara las riendas. Después, asintió hacia Ewan, indicándole que debía seguir adelante y anunciar su presencia.

Inmediatamente, Ewan comenzó a caminar hacia la entrada. Era un hombre muy grande, quince centímetros más alto y más ancho que William, y, cuando subió corriendo los escalones hacia la puerta, parecía que el suelo iba a temblar. Llamó con tanta fuerza que William lo oyó desde abajo.

Él se puso los guantes, pero no volvió a ajustarse el sombrero. Giró la cara hacia el sol vespertino. Señor, qué falta le hacían una taza de té y una siesta.

Desvió la mirada hacia el parque que se extendía ante él. El terreno estaba perfectamente cuidado, incluido un campo frente a la casa donde pastaban las ovejas. Los majestuosos árboles que bordeaban el camino de llegada a la casa eran castaños, pensó. Se parecían a los muchos que había plantado su padre en Hamilton Palace, en Escocia, hacía varios años.

Padre. Su padre era quien le había obligado a hacer aquello. Hacía un mes que le había enviado un telegrama urgente para ordenarle que volviera inmediatamente a casa desde París. William temió que su padre estuviera muy enfermo. Y luego temió que muriera y dejara sobre sus hombros una deuda enorme y la monstruosidad que llamaban Hamilton Palace, y que él heredara el ducado y fuera también el siguiente heredero del trono escocés, si las pretensiones de su padre eran ciertas. Temió verse atrapado en Lanarkshire, muy alejado del tipo de la sociedad en la que disfrutaba.

Pero resultó que su padre estaba vivo y coleando, y muy contento de verlo. Seguía en bata a las dos de la tarde, y lo abrazó con fuerza, le dio unas palmaditas en la espalda y le dijo que parecía más gordo que la última vez que lo había visto.

Su padre le habló sobre las nuevas ovejas que él mismo había comprado en el mercado y sobre el pastel de pollo que había hecho el cocinero para la cena. Con entusiasmo, le mostró a William las nuevas habitaciones que estaba añadiendo a la casa. Le informó de que su madre había ido a visitar a su hermana y de que Susan había llevado allí a los niños la semana pasada. Al parecer, el pequeño Arthur se había perdido por la casa, y habían pasado la mayor parte del día buscándolo, y lo habían encontrado llorando en el salón azul.

Ah, sí, su padre estaba muy bien, gracias. La emergencia por la que había convocado a su heredero era que se encontraba en una situación financiera desesperada.

De nuevo.

William quería a su padre y disfrutaba de su compañía. Siempre podía contar con él para reírse, y había sido el mejor padre que uno podía esperar. Aunque era propenso a los excesos, le importaban de verdad cosas como la casa solariega de los Hamilton. Su padre tenía un gran defecto. Bueno, dos defectos, en realidad. Tanto Susan como él estaban de acuerdo en que, a pesar de que el duque afirmaba a menudo que era el verdadero y legítimo heredero del trono escocés, debido a una investigación que había encargado sobre el árbol genealógico de la familia, la afirmación era sospechosa, en el mejor de los casos. Pero su mayor defecto era su mala gestión del dinero. No tenía el más mínimo sentido financiero y no atendía a razones. Había estado a punto de arruinar a la familia más de una vez.

Solo había que mirar el suntuoso y enorme palacio que su padre había pasado toda vida ampliando. El gran monolito rivalizaba con Buckingham, y su mantenimiento requería cantidades ingentes de dinero. En aquel mismo momento, su padre estaba añadiendo más estancias al edificio. Aquella casa era la razón por la que las arcas estaban vacías. El duque había llegado al extremo de obligarle a que vendiera el barco que se había comprado con las ganancias del juego, y había utilizado el dinero para pagar parte de las deudas.

Naturalmente, en Gran Bretaña todos pensaban que él era el libertino, el derrochador, el tonto que se veía rápidamente separado de su dinero. Pero, en realidad, él era el sensato.

Un movimiento llamó su atención, y giró la cabeza. En una parte del jardín cercana a la casa había dos personas vestidas con trajes de esgrima. Llevaban caretas que les cubrían la cara y el cuello. Sintió interés y se acercó para verlos mejor.

La pista estaba justo al lado de una terraza donde había tres caballeros observando el combate. Aunque los contrincantes no estaban igualados en términos de tamaño, puesto que uno era más ancho y alto que el otro, el más pequeño era el más agresivo y hacía retroceder a su oponente con algunos ataques duros. William se encogió cuando el tirador más grande perdió el equilibrio y se tambaleó sobre los talones. Él no era esgrimista, pero sabía reconocer un juego de pies lento cuando lo veía.

Volvió a inclinar el rostro hacia el sol. ¿En qué estaba pensando? Ah, sí. En la última debacle de su padre.

A pesar de que él le había recomendado firmemente que no lo

hiciera, parecía que su padre había invertido en la industria del carbón wesloriana. Se había dejado seducir por el flamante primer ministro wesloriano, Dante Robuchard, que era un conocido de la familia. Cuando uno poseía título y fortuna, solía terminar en los mismos ámbitos frecuentados por otros títulos y fortunas.

Él sabía que Robuchard era ambicioso, tanto, que había convencido a un rico duque escocés para que invirtiera una cantidad de dinero considerable. Él tenía la sospecha de que esa era la forma en que Robuchard estaba apuntalando la economía wesloriana. Sin embargo, en aquel momento, según le había explicado su padre, había una súbita inquietud por las inversiones y la prosperidad en Wesloria. El rey se estaba muriendo y la joven princesa heredera se había visto involucrada en un incidente escandaloso. Parecía que la princesa iba a tener que ocupar el trono en cuestión de meses, y Robuchard temía que se produjera una rebelión si era proclamada reina sin tener marido.

—Tengo entendido que no tiene cerebro —le había contado su padre—. Podríamos perder nuestra inversión.

William tuvo que morderse la lengua para no recordarle a su padre que no era «nuestra inversión».

No le sorprendía en absoluto que la princesa Justine Ivanosen se hubiera visto envuelta en un escándalo. No había olvidado que, hacía ocho años, él también había vivido su propio incidente escandaloso con ella en Londres. Al preguntarle a su padre qué tenía que ver con él la situación actual de la princesa, este había sonreído como siempre que quería pedir algo y sabía que no debía hacerlo. Le había dicho que durante las próximas semanas, la princesa iba a estar en Londres reuniéndose con posibles pretendientes. Necesitaba que William fuera a verla y permaneciera cerca de ella, muy atento a todo, y que le enviara un informe a Robuchard cada semana. Un pequeño favor, dijo. Una tarea sencilla.

Al principio, él se quedó mudo. No le encontraba sentido a aquellas palabras. ¿Ir a ver a la princesa para ser su vigilante?

Entonces, su padre se lo había explicado todo otra vez: era imprescindible que alguien mantuviera informado a Robuchard.

—No —le dijo, rotundamente—. No voy a hacerlo, padre. No soy ninguna niñera.

Sabía cómo funcionaban aquellas cosas. Había que hacer consultas con mucha gente, y apaciguar a mucha gente, para conseguir un emparejamiento semejante. ¿Qué pintaba él en aquella situación? ¿Acaso no tenían los weslorianos decenas de personas que pudieran transmitir aquella información?

Pues bien, había perdido el debate, tal y como demostraba el hecho de que estuviera en Londres, visitando a la princesa. Cuando tuvo claro que su padre no iba a ceder, William dio un gemido y preguntó:

—¿Cuánto tiempo?

Su padre dejó a un lado el jarrete de cordero que estaba comiendo y se limpió las manos en una servilleta de lino bordada con una hache en las esquinas.

—Hasta que la muchacha esté comprometida.

—¡Dios Santo! —exclamó William—. ¡Podrían pasar semanas! ¡Meses!

—Meses, meses —respondió su padre, burlonamente—. Ella volverá a Wesloria antes de que termine el año. Al rey no le queda mucho tiempo de vida.

—No lo haré —dijo William, con firmeza.

—¿Tengo que recordarte el favor que te he hecho? —preguntó su padre mientras sacaba un trozo de carne del hueso de la pierna.

William volvió a gemir, pero, en aquella ocasión, de dolor.

—No. No hace falta que me lo recuerdes.

Por desgracia para los Hamilton, su padre no era el único que tomaba decisiones insensatas. Él había llevado a cabo un acto de honesta preocupación por una mujer… Y, por supuesto, debido a que su decisión había sido una imprudencia, se había convertido en una carga financiera. Y eso era lo que obtenía por intentar ayudar a alguien: convertirse en una maldita niñera.

Se sobresaltó, porque Ewan apareció repentinamente delante de él.

—Por el amor de Dios, Ewan —le dijo, tirándose de los extremos del chaleco—. ¿Qué ocurre?

—Está invitado a pasar, milord.

—Invitado a pasar. ¿Qué significa eso? ¿Qué pasa con la princesa?

—El caballero dijo que informaría de su llegada a Su Alteza Real.

William suspiró.

—¿Le dijiste que se trata del marqués de Doug…?

—Sí, milord —respondió Ewan.

—¿Entienden que yo…?

—Sí, creo que sí, milord.

William frunció el ceño.

—Muy bien.

Mejor sería que lo recibiera, después de haberse molestado en ir hasta allí. Se giró y volvió a ver a los tiradores. El más grande de los contrincantes estaba en el suelo, con una espada en el cuello por cortesía del más pequeño, que se encontraba en pie sobre él. El final

del combate se había resuelto muy rápidamente.

Se volvió hacia la entrada de Prescott Hall con el objetivo de reencontrarse con la princesa Justine ocho años después. Recordaba a una princesa joven, vanidosa y maleducada. Era bonita, pero no tenía ni una sola curva. Ah, y tenía un extraño mechón blanco en el cabello, rasgo hereditario de la familia real de Wesloria. Todos sus miembros lo tenían en algún lugar de la cabeza: algún mechón o un rizo de un blanco puro. Extraño.

¿Cuántos años tenía ella entonces? ¿Dieciséis o diecisiete? Tenía edad suficiente como para haber acompañado a sus padres a Londres. Y también era lo suficientemente joven como para decir que cuando fuera reina, organizaría un baile todos los fines de semana. ¿Qué podía esperarse cuando los niños ocupaban un trono? No pensaban en nada más que en la cantidad de ponis que podían tener y en los bailes que podían celebrar.

Tenía que terminar con aquello. Se puso a caminar con energía hacia la entrada de la mansión, tan de repente, que Ewan tropezó en su prisa por alcanzarlo.

Había conocido a la princesa en una fiesta. Había bailado dos veces seguidas con ella y eso ya había sido un escándalo por sí solo. Ella era la que había decretado que quería dos bailes, y él no se negó porque hubiera sido descortés. En realidad, le había divertido un poco que una niña le dijera lo que tenía que hacer. La princesa llevaba un vestido azul claro ceñido al cuerpo, al estilo de Alucia y Wesloria, que a él le resultaba muy agradable para las mujeres adultas, pero no en el cuerpo de una niña.

Había vuelto a coincidir con ella en otra velada que se celebró en la misma casa de Upper Brook Street en la que él había estado de juerga la noche anterior. Beck le recordó el gran incidente durante un juego de las sillas en una fiesta de Navidad. A William se le culpó de ello, por supuesto. Tal vez todo fuera obra suya, pero, en su defensa, la absenta que había bebido enturbiaba su memoria. Él llevó la bebida de Francia para regalársela a su anfitrión, y el licor había fluido libremente, y el caos había sobrevenido con un delicioso desenfreno.

El juego consistía en diez adultos corriendo alrededor de nueve sillas mientras sonaba la música y, una vez que la música cesaba súbitamente, todos tenían que tomar asiento. La persona que se quedaba sin silla era eliminada. Entonces, se retiraba otra silla, de modo que solo quedaran ocho, y los nueve participantes repetían el proceso.

La disputa ocurrió durante la ronda a la que habían llegado William, la princesa y otra persona a quien no recordaba en aquel

momento. La princesa le había dicho cosas muy insolentes en el transcurso del juego, y él, a su vez, la empujó con la cadera para echarla de la silla en la ronda final. Ella gritó con indignación y él le dijo que parecían los gritos de una *banshee*. Alguien tuvo que explicarle a la pequeña extranjera que una *banshee* era un alma en pena y, al enterarse, la princesa se había vuelto hacia él con su pequeña y encantadora cara llena de rabia asesina, y habían discutido, y sí, él tenía que reconocer que estaba mal hecho. Pero no pensaba que Beck tuviera que darle un tirón de orejas, como había hecho.

William llegó a los escalones y los subió de dos en dos. Cada paso lo acercaba más a la dichosa niña. Cuanto antes terminara con aquello, antes podría volver a sus asuntos.

Ewan, que había tenido que esforzarse por mantener su ritmo todo el camino, probablemente porque era diez años mayor y pesaba cinco kilos más que él, estaba casi sin aliento cuando se acercó a William y lo adelantó para llamar a la puerta. Abrió un lacayo con librea.

—Su Señoría… el marqués… de Douglas —jadeó Ewan.

—Por favor —dijo el lacayo, y retrocedió al interior del enorme vestíbulo.

William entró y le entregó el sombrero y los guantes al sirviente. Después, apareció otro que le indicó que debía seguirlo por un largo pasillo hasta un salón. La habitación era rosa y blanca, con cortinas de terciopelo rosa recogidas con alegres cuerdas doradas. La paleta de colores le recordó un poco a un pastel de mazapán.

En el centro del salón había un sofá y dos sillones tapizados con un brocado floral. La alfombra era gruesa, en tonos verdes. Miró el cuadro que había sobre la chimenea; era el gran retrato de una mujer ataviada con un vestido blanco y negro que sonreía tímidamente mientras un par de perros spaniel retozaban a sus pies.

Un ruido llamó su atención, y caminó hacia una puerta doble que se abría a la terraza donde había visto, un poco antes, a los contrincantes de esgrima. Los espectadores se habían ido, pero los dos tiradores estaban en la terraza, y el más grande estaba instruyendo al más pequeño.

Otro sonido, en la habitación, captó de nuevo su atención. Miró a su derecha y vio claramente que alguien desaparecía detrás de las cortinas. ¿Qué tontería era aquella? Se acercó y abrió las cortinas, y se encontró con una mujer que lo miraba. Le resultó familiar… pero no tenía los ojos color ámbar de la princesa Justine. Y su cabello era dorado, mientras que, según sus recuerdos, la princesa tenía el pelo castaño oscuro. Frunció el ceño con confusión.

—Le ruego me disculpe.

¿Era posible que le fallara la memoria?

La joven se puso de puntillas, acercándose tanto a él que le causó incomodidad. Ella inclinó la cabeza hacia atrás y sonrió con coquetería.

—¿No me recuerda? —le preguntó, en un tono de acusación.

Él no la recordaba precisamente así. De hecho, le desconcertaba que su memoria pudiera traicionarlo tanto.

—Sí, por supuesto. Pero, yo…

—Milord.

William se volvió. Acababa de entrar un caballero wesloriano, a juzgar por su largo abrigo y la pequeña mancha verde que llevaba en la solapa. Era una curiosa costumbre de Wesloria la de llevar siempre un trozo de tela verde en la vestimenta, de manera muy parecida a como los escoceses usaban los cuadros.

—No se acuerda de mí.

La joven estaba molesta y habló como si el hombre no hubiera entrado. William se volvió hacia ella.

—Nos conocimos la última vez que estuve en Londres. ¿Se acuerda ahora?

Movió las pestañas con coquetería y lo miró fijamente. Tenía los ojos castaños.

—Creo…

—¡Milord! —repitió el recién llegado.

En aquella ocasión, se sorprendió al girar la cabeza, porque vio a un esgrimista entrando en el salón. Después de un momento de vacilación, el esgrimista avanzó en dirección a él, y él se preparó por instinto, como si tuviera que defenderse.

Sin embargo, algo se agitó en una región de su cerebro y lo distrajo. Era algo que tenía que ver con la vestimenta del esgrimista. O más bien, con la forma en que el atuendo dibujaba sus curvas. O con la figura que él se imaginaba debajo de aquel traje. Los pantalones le quedaban holgados, pero, cuando el esgrimista se movió, él distinguió las formas de una mujer, con unas caderas que se curvaban hasta unas piernas delgadas. La chaqueta, más llena en el pecho, marcaba una cintura esbelta. La espada iba rebotando contra una pantorrilla bien formada.

Aquella mujer de figura seductora, era… era a quien había visto con una espada en el cuello del oponente de mayor talla.

—Si me permite —le dijo el caballero a la esgrimista—. Lord William Douglas de Hamilton, marqués de Douglas y Clydesdale.

El esgrimista, en respuesta, se quitó la máscara, y una trenza de cabello castaño oscuro le cayó por la parte delantera de la chaqueta de

esgrima. El mechón blanco que él nunca olvidaría seguía siendo tan notable como siempre, pero su cabello parecía más espeso y lustroso de lo que recordaba. Aquella no era la adolescente que él recordaba, sino una mujer adulta, con curvas, protuberancias, labios y cejas oscuras que se arquearon sobre sus ojos con sorpresa. Él sintió un molesto revoloteo en el pecho.

Así pues, era la princesa Justine la que estaba bajo el traje de esgrima… Eso le hizo sonreír. Qué bien había resultado. Ah, sí. Aquella era Su Alteza Real. La reconocería en cualquier sitio.

—Sé quién es, gracias —le dijo ella al caballero, y le entregó la máscara con tal fuerza que William oyó que se le escapaba un jadeo.

Hizo una reverencia.

—Su Alteza Real, bienvenida a Inglaterra.

La mujer que había encontrado detrás de las cortinas se acercó y se colocó al lado de la princesa Justine. Las dos lo miraron pestañeando. ¿Cómo podía haberla confundido con la princesa Justine? Obviamente, la muchacha de pelo rubio era la hermana menor, la princesa Amelia.

—Has crecido mucho —dijo William, casi sin darse cuenta.

Las dos mujeres se miraron.

—Y usted está… más grueso —dijo la princesa Justine.

¿Más grueso? Acababan de hacerle a medida el traje que llevaba, y el sastre había proclamado que estaba en forma.

—No me recuerda —dijo la princesa Amelia, y se cruzó de brazos.

Al igual que su hermana, era un poco más alta que la media y tenía un mechón blanco, pero como su cabello era dorado, parecía más bien un poco rubio.

—Le pido perdón, Su Alteza Real. Han pasado muchos años.

La princesa Amelia dio un resoplido de desdén.

—Si se me permite, soy el gentilhombre de cámara de Su Alteza Real, lord Bardaline, a su servicio.

El caballero se inclinó y las dos princesas pusieron los ojos en blanco.

—Encantado de conocerlo.

William era muy consciente de que la princesa Justine lo estaba observando.

—¿Ha venido solo? —preguntó la princesa Amelia—. ¿O ha traído a sus amigos?

—¿Disculpe?

La princesa Justine puso su mano sobre el brazo de su hermana para indicarle que guardara silencio.

—Hay una pregunta mejor. ¿Para qué ha venido?

La princesa Amelia suspiró, se agarró las manos a la espalda, retrocedió y se escabulló hasta el otro extremo de la habitación para mirar la pintura. Los ojos de Bardaline siguieron cada uno de sus pasos.

Sin embargo, la princesa Justine siguió mirándolo fijamente, con una de sus cejas oscuras arqueada. Parecía desconcertada, pero ¿por qué? Seguramente, ya sabía que él iba a visitarla o… ¿había algún error? ¿Tal vez lo esperaba otro día? O, con suerte, su padre se había equivocado y, después de todo, no se esperaba que fuera su niñera. En Hamilton Palace se habían cometido errores más extraños que ese.

—¿No me esperaban? —preguntó.

La princesa frunció el ceño.

—Ciertamente, yo no, milord.

¿Qué diablos? ¿Nadie se lo había dicho?

—¿Su Alteza Real? —dijo Bardaline, y dio un paso adelante con una sonrisa tan forzada, que William pensó que se lo habían ocultado por completo—. ¿Tal vez prefiera recibir a lord Douglas tomando el té?

Él estuvo a punto de atragantarse. No tenía intención de quedarse a tomar el té. Faltaban siglos para la hora del té. ¿Qué pasaba con su baño de agua hirviendo? Su única intención era saludarla, decirle lo que tuviera que decirle y marcharse.

—Gracias, pero no…

—Sí —dijo ella, antes de que él pudiera terminar—. Me gustaría cambiarme.

La princesa se dio la vuelta y dejó el salón sin preguntar siquiera si eso le convenía, sin ninguna muestra de cortesía, sin interesarse por su salud después de tantos años.

La princesa Amelia salió corriendo tras ella.

William miró a Bardaline, que, según observó, no parecía sorprendido por la brusca salida de la princesa, sino, simplemente, disgustado. El caballero hizo un gesto vago hacia la puerta.

—Si le place, por favor, venga conmigo, milord —dijo, y salió al pasillo.

William vaciló. Tenía la sensación de que estaba a punto de verse en una situación insostenible. Y sin embargo, en lugar de pensar en todas las excusas que podría dar, en aquel mismo momento, su mente estaba obsesionada con la imagen de la princesa Justine.

Así pues, siguió a lord Bardaline como una vaca lechera al establo.

Capítulo 3

Amelia se sentía insultada por el hecho de que Douglas no hubiese recordado inmediatamente quién era. En su mundo, ser alguien anodino era peor que estar muerta y olvidada. En medio de su incredulidad, seguía a su hermana mayor escalinata arriba.

—¿Por qué no se acuerda de mí? ¿Acaso se topa con princesas todos los días?

Justine no le recordó a Amelia que la última vez que habían estado en Londres eran unas niñas y que, desde entonces, habían cambiado considerablemente. No lo hizo porque ella misma estaba tan enfadada que pensaba que iba a explotar. Bardaline, que era una serpiente, la había abordado durante el entrenamiento de esgrima para decirle que alguien había ido a visitarla como favor personal al ministro Robuchard. Eso le había causado desconfianza inmediatamente, porque el ministro también era un taimado que seguía entrometiéndose en su vida incluso a miles de kilómetros de distancia.

Sus sospechas habían quedado confirmadas al ver quién había ido a visitarla por petición personal de Robuchard, y se había puesto furiosa.

Bardaline podía haberla avisado. Alguien debería habérselo advertido, pero habían preferido sorprenderla para que no pudiera poner excusas y librarse del encuentro con aquel hombre. Claramente, le estaban ocultando algo, y ella no estaba dispuesta a jugar a aquel juego. Recordaba bien a Douglas, y no precisamente con afecto.

¿Por qué le había enviado Robuchard? ¿Por qué a él? ¿Para qué?

—¡Justine! Ni siquiera estás escuchando —gimoteó Amelia, mientras iban hacia su habitación. Una doncella se cruzó con ellas en el pasillo y les hizo una reverencia que ella apenas notó. Seguía ideando una muerte espectacular para lord Bardaline, que se había atribuido a sí mismo el título de gentilhombre de cámara, obviamente para que su papel de guardián pareciera más importante de lo que era.

Abrió de par en par la puerta de su vestidor y llamó a Seviana, su doncella. La joven llegó corriendo desde la habitación contigua.

—Alteza, ¿en qué puedo servirla?

—Tengo que vestirme —dijo Justine, mientras comenzaba a desabrocharse la chaquetilla de esgrima—. Algo… no sé qué, pero que sea deslumbrante. ¿Tengo algo deslumbrante, Sevie?

—*Je*, señora, tiene varios trajes deslumbrantes.

—¡Deslumbrante! —exclamó Amelia, riéndose, mientras se dejaba caer en una butaca—. Solo es un té.

—¿Me permite que le sugiera el vestido azul y blanco? —preguntó Seviana.

—¡Sí! —respondió Justine. Le encantaba aquel vestido. Era de París—. Ese me queda muy bien. Gracias, Sevie.

Se quitó la chaquetilla mientras la doncella iba en busca del vestido. Al mirarse en el espejo de la cómoda, exclamó:

—¡Dios Santo, cómo tengo el pelo!

—Pero ¿qué te pasa? ¿Por qué te comportas como si fueras a ver a alguien más elevado que la reina de Inglaterra?

—¿Más elevado? —preguntó Justine, y dio un resoplido—. En mi estima, nadie podría estar más bajo. Voy a vestirme lo mejor que puedo porque lo odio, Amelia.

—Eso no tiene sentido —dijo Amelia.

—Tiene todo el sentido —dijo una mujer.

Y, justo a tiempo, hizo su aparición la venerable y detestada *lady* Bardaline, la dama de compañía que le había asignado su madre. En realidad, para ella, solo era una persona molesta e indigna de confianza. Aunque Amelia y ella no estaban de acuerdo en todo, en el asunto del matrimonio Bardaline sí coincidían. Según su madre, la dama iba a acompañarla en el viaje para aconsejarla y velar por su virtud. Sin embargo, ella no necesitaba a nadie que velara por su virtud; sabía hacerlo perfectamente por sí misma. Pero, ay, había cometido un terrible error con un hombre y parecía que siempre iban a echárselo en cara. Ahora, todo el reino vigilaba su virtud como si fuera una monja de clausura.

La verdadera razón por la que *lady* Bardaline estaba allí era para informar a la reina de todo lo que hicieran y dijeran Amelia y ella. Recibían un telegrama de sus padres una vez a la semana y, en todas las ocasiones, sin falta, su madre mencionaba lo que sucedía, lo que se decía… Cosas que solo podía saber a través de alguien muy cercano a ellas. Era posible que los informantes fueran lord Bardaline o cualquiera de los sirvientes weslorianos que entraban y salían de sus habitaciones con diversas tareas… pero ella se apostaría el trono a que era *lady* Bardaline.

Amelia y ella habían estado jugando con eso últimamente,

diciendo cosas solo para ver qué mencionaba su madre en la correspondencia.

—¿Puedo preguntar a quién odiamos? —inquirió la dama, como si fuera una amiga que acababa de incorporarse a la conversación.

—En realidad, a nadie —contestó Justine, con ligereza. Amelia la miró y sonrió disimuladamente—. No odiamos a lord Douglas, pero ha venido de visita hoy.

—¿Quién?

—Lord William, el marqués de Douglas.

—Ah —dijo *lady* Bardaline, y frunció ligeramente el ceño, como si estuviera tratando de recordarlo.

—Conocimos al caballero cuando estuvimos en Londres la última vez —explicó Amelia—. En una cena, o en un baile… ¿Quién se acuerda? Fue hace tanto tiempo, que casi no me acuerdo de él.

Parecía que Amelia había decidido que, si él no se acordaba de ella, ella tampoco lo recordaría a él. Sin embargo, Justine lo recordaba nítidamente. Se habían relacionado en varias ocasiones, en cenas, en veladas, en un par de bailes y, por supuesto, en aquella desgraciada fiesta de Navidad.

—No me cae bien —dijo. Miró a su hermana desde su imagen en el espejo y le guiñó un ojo—. ¿Cómo iba a caerme bien? Fue horriblemente maleducado con mi madre.

Por supuesto, aquello era una invención. Sin embargo, cuando su madre se enterara de aquel cotilleo, se pasaría semanas tratando de recordar quién había sido maleducado con ella.

Seviana volvió con el vestido azul y blanco. Le encantaba que dejara los hombros al descubierto y que tuviera un lazo de color azul oscuro en el corpiño. Se puso detrás del biombo y, rápidamente, se quitó el traje de esgrima.

—Si me permite, Alteza, ¿por qué no invita al caballero a cenar? —sugirió *lady* Bardaline—. Así podrá dedicarle más tiempo al reencuentro.

Justine puso los ojos en blanco.

—No necesito tiempo para reencontrarme con él. De haber sabido que se proponía venir, le habría ahorrado el viaje —respondió, y se asomó a la habitación—. *Lady* Bardaline, me pregunto por qué nadie me ha informado de esta visita.

La dama pestañeó con una expresión de inocencia, pero se ruborizó, y eso delató su culpabilidad.

—Yo no sé de antemano quién va a venir a visitarla, Alteza.

—¿De verdad?

—No —respondió la dama, como si estuviera muy ofendida.

Justine volvió a meterse tras el biombo. ¿Por qué había ido el marqués a visitarla, y por qué nadie se lo había comunicado? ¿Cómo sabía él que estaba allí? A veces, se sentía como si no tuviera nada más que su instinto para guiarla. Su padre le había dicho una vez que no podía considerar a nadie como un verdadero amigo, salvo a Amelia, pero que incluso Amelia podía ser persuadida para que se volviera contra ella si se daban las circunstancias adecuadas.

—¡Amelia nunca lo haría, papá! —le había respondido Justine, con firmeza, indignada en nombre de su hermana.

—Ah, ¿no? —replicó él, enarcando una de sus espesas cejas—. ¿Tan pronto te has olvidado de la reina Elena?

Bien, aquello había sido un buen recordatorio, con su tajo y todo, pero, de todos modos, Justine no creía ni por un momento que Amelia pudiera traicionarla. Y no existía el peligro de que ella confiara en *lady* Bardaline. Le gustaba pensar que habían llegado a un entendimiento tácito: si *lady* Bardaline no hacía demasiadas preguntas, ella le permitiría quedarse. Por el momento.

—Bueno, pues yo no voy a tomar el té con él —dijo Amelia, resoplando—. Además, esta tarde voy a ir a Holland House. ¿Estás segura de que no vas a venir, Jussie?

Justine se llevó las manos a la cintura mientras Seviana le ataba el corsé.

—No puedo, Amelia. Debo salir hacia Windsor con las primeras luces del día para visitar a la reina Victoria.

Por no mencionar que no se le permitía asistir a una cena con gente que apenas conocía. Llegar a Holland House sin todos los hombres del rey necesarios a su alrededor sería una terrible violación del protocolo, según su madre y lord Bardaline. Sinceramente, parecía que todo lo que le apetecía hacer entraba en la categoría de terrible, mientras que la vida era una diversión para Amelia. Su hermana podía ir y venir cuando quisiera mientras mantuviera su reputación irreprochable.

Envidiaba la libertad de Amelia. Y detestaba que todo lo que hiciera fuese estudiado, comentado y examinado en busca de grietas y puntos débiles. Tampoco le gustaba sentirse incómoda entre extraños, a diferencia de Amelia, que disfrutaba de la atención de la multitud. A ella se le entrecortaba la respiración y se le humedecían las palmas de las manos.

—¿Quién te acompañará a Holland House? —le preguntó a su hermana.

—*Lady* Holland.

—¿*Lady* Holland? —repitió *lady* Bardaline, mientras Justine se

ponía la enagua.

—Sí, *lady* Holland —dijo Amelia, con un poco de frialdad. Después, como no pudo evitarlo, le espetó a la dama—: ¿Por qué no *lady* Holland?

—No hay motivo alguno, Alteza —respondió *lady* Bardaline, suavemente.

Sin embargo, su tono de voz había sido de desaprobación. Dentro de pocos días, Amelia iba a recibir una carta de su madre amonestándola por dejarse ver con personas tan proclives a dar sus opiniones políticas, como los Holland, y pidiéndole que permaneciera por encima de cualquier refriega. Justine casi podría escribir la carta por sí misma.

Y Amelia, a quien siempre molestaba que se cuestionaran sus actos, se dedicaría a encontrar todos los motivos posibles para visitar Holland House.

—Me cae muy bien —le dijo Amelia a *lady* Bardaline, confirmando los pensamientos de Justine—. Estoy aburrida de esto. Vengo a verte mañana, Jussie —dijo.

Justine la oyó salir por la puerta.

Terminó de vestirse con ayuda de Seviana y salió de detrás del biombo. *Lady* Bardaline se había sentado en un sillón y había tomado una revista de moda que Justine había dejado por allí. Era algo insignificante, pero a ella le irritaba, a veces, que la dama se pusiera tan confortable en sus habitaciones. Se preguntaba si, cuando ella fuera reina, la gente también iba a sentarse en su sillón a hojear revistas de moda. De ser así, emitiría un decreto en contra, sabiendo muy bien que su madre la reprendería por la descortesía. A veces le parecía que su madre no apreciaba en absoluto la responsabilidad que tendría su hija como reina, sino que le preocupaban mucho las apariencias. *Lady* Bardaline levantó la vista de las últimas novedades de la moda y sonrió.

—Ese vestido le queda muy bien, Alteza.

—Gracias.

—¿Puedo ser de ayuda?

Bueno… Seviana la había ayudado a vestirse, así que, a menos que *lady* Bardaline quisiera cepillarle el pelo, no veía cómo.

—En realidad…

Justine se sentó en su tocador y le hizo una señal a Seviana para que comenzara a trabajar en su peinado.

—Creo que no. Puede retirarse.

En cuanto lo dijo, contuvo la respiración. Nunca estaba segura de si iban a obedecer sus órdenes, y observó a *lady* Bardaline en el espejo

de su tocador, esperando a que la dama pusiera cara de desaprobación, incluso a que la desafíara. Pero *lady* Bardaline sonrió dulcemente y se puso de pie.

—Como desee.

Hizo una reverencia y desapareció en la habitación contigua.

En momentos como aquel, se preguntaba si estaba equivocada… Tal vez, en realidad, *lady* Bardaline solo quisiera ayudarla. Y tal vez la tomaran en serio como reina, y no solo como si fuera la marioneta de su madre.

Seviana le cepilló el cabello hasta sacarle brillo y le hizo un moño en la nuca. El mechón blanco que tanto la mortificaba de niña parecía una línea blanca que alguien le hubiera pintado en el cabello. Ya no le importaba mucho, sobre todo, porque era igual que el mechón que tenía su padre.

Se puso de pie y se miró al espejo de cuerpo entero. Sí, aquel vestido serviría. Tenía un aspecto sofisticado, que era lo que quería. La última vez que había visto a Douglas, él la había tratado como a una niña. Para ser justos, en aquella época era poco más que una niña, porque había cumplido diecisiete años durante el viaje, pero, de todos modos, él podría haber tenido un poco más de deferencia.

Echó un vistazo al reloj. Había hecho esperar a lord Douglas… solo una hora, y eso no era suficiente.

—Muchas gracias, Seviana.

Seviana hizo una reverencia, recogió la ropa de esgrima y la llevó al vestidor contiguo.

Douglas. ¿Qué se suponía que debía decirle? ¿Que se alegraba de verlo? En realidad, ni siquiera quería mirarlo. No porque él le provocara rechazo, ni mucho menos, sino porque se había quedado inmóvil delante de ella, con aquel atisbo de sonrisa divertida. Además, le sorprendía que su apariencia hubiera mejorado más todavía, algo que a sus ojos de adolescente habría resultado imposible. Lo cierto era que en aquellos tiempos, estaba enamorada de su hermoso rostro. Para ella, Douglas era el hombre más atractivo que había visto en su vida.

Ocho años después era atractivo, pero también más… experimentado. Más ancho de hombros y más musculoso. Tenía algunas arrugas nuevas alrededor de los ojos y las patillas le habían crecido hasta convertirse en una barba completa. Y su pelo… Bueno, parecía muy suave. Lo llevaba demasiado largo y revuelto, y resultaba indescriptiblemente atractivo. ¿Por qué los caballeros se ponían tanta gomina en el pelo? Él estaba infinitamente mejor sin ella.

Además, a medida que se acercaba, notó un ligero olor a cuero y a clavo, un aroma que parecía en desacuerdo con la fina ropa que

vestía, pero que, en realidad, era la combinación perfecta.

Y luego estaban sus ojos. Ah, sus ojos… Reprimió un suspiro. Sus ojos eran del color de un cielo invernal, por momentos azul, a veces, gris.

Demonios… ¿Por qué tenía que haber aparecido de la nada, e incluso más guapo que antes? Bien, poco importaba: seguía siendo un sinvergüenza. Los sinvergüenzas no cambiaban nunca, y eso lo había aprendido de la manera más dura.

Se acercó a la ventana, apoyó las manos en el alféizar y se puso de puntillas para echar un vistazo al hermoso paisaje que había frente a la casa. Al principio no le había agradado nada que la enviaran a Londres; aunque su madre le había dicho varias veces que no era un exilio, ella sabía que sí lo era. Sin embargo, Prescott Hall era una residencia muy hermosa. La finca era bucólica y le hacía sentir calma. Tenía tendencia a la ansiedad, y nada le producía un efecto tan relajante como dar un buen paseo por el campo o contemplar unas vistas como aquellas. Miró distraídamente a un pastor que se estaba acercando a un rebaño desde el campo. Sus dos perros corrían de un lado a otro detrás de las ovejas, obligándolas a mantenerse en grupo, como si fueran un río de lana. Las estaban guiando hacia una estrecha vía rural. Las ovejas avanzaban por el camino, apretujadas como rebanadas de pan.

Mientras las miraba, pensó que le diría a Douglas que estaba muy ocupada, que tenía que atender muchos asuntos y que, si aquella era una visita meramente social, tal vez pudiera acudir en otro momento más conveniente.

También podría decirle que no se encontraba bien. Aunque él no lo creería, teniendo en cuenta cómo se había arreglado solo para negarse a verlo.

Le dijera lo que le dijera, debía hacerlo pronto, porque tenía que prepararse para pasar otra velada con los insufribles Bardaline, charlando todo el tiempo de cosas triviales mientras, en realidad, lo que deseaba era poder meterse en la cama y leer un libro.

Suspiró y empezó a alejarse de la ventana, pero, cuando lo hizo, vio a alguien al final del camino por donde el pastor llevaba a sus ovejas. Se inclinó hacia delante, entrecerrando los ojos para tratar de ver algo a través de los gruesos paneles de la ventana. Tenía mala vista de cerca, pero, de lejos, veía muy bien, y aquella figura era Douglas. Había salido al camino por algún motivo y andaba con la mirada fija en el suelo. Parecía que estaba aburrido. Llevaba el sombrero en la mano e iba dándose golpecitos con él en la pierna.

¿Realmente tendría algo que decirle, o era uno de los muchos

caballeros que habían intentado ganarse su favor? Ser una princesa soltera convertía a cualquiera en alguien bastante popular en sociedad.

Se dio cuenta de que Douglas no había visto a las ovejas, porque se detuvo delante de la valla de piedra y apoyó un pie en ella. Después, se inclinó hacia delante para contemplar el paisaje.

Las ovejas habían doblado una esquina. Llenaron el camino, apretándose unas contra otras, raspándose contra la cerca de piedra en los dos lados, corriendo hacia adelante para alejarse de los perros. Douglas todavía no las había visto, y ella gimió alarmada. Si no tenía cuidado, el rebaño iba a atropellarlo.

Entonces fue cuando Douglas oyó a las ovejas. Bajó el pie de la valla y se quedó mirando la avalancha de lana que se le acercaba durante un momento demasiado largo. Miró el camino por el que había llegado hasta aquel punto y, viendo que no había escapatoria, en el último momento saltó la valla, tropezó al otro lado y apoyó una mano en el suelo antes de caer sobre el trasero. Logró ponerse de pie mientras las ovejas pasaban corriendo y se miró la mano vacía. Había perdido el sombrero.

Ella se echó a reír a carcajadas, con tanta fuerza, que Seviana entró en la habitación. Justine la despidió con un gesto.

—No pasa nada, Seviana. El que es tonto, lo es para siempre. Eso es todo.

Y ella había hecho esperar mucho a su señoría. Lo suficiente.

Capítulo 4

William todavía estaba sacudiéndose el polvo y la suciedad cuando la princesa Justine entró al salón.

Ella se detuvo a mirarlo. Se había cambiado de ropa y llevaba un vestido a rayas blancas y azules, diseñado a la moda inglesa, con una falda ancha y un corpiño ajustado. Aunque él había admirado durante mucho tiempo los vestidos ceñidos al cuerpo típicos de las naciones de Alucia y Wesloria, era el primero en reconocer que aquel vestido resultaba muy favorecedor. Muy diferente del traje de esgrima, claro, pero igual de atractivo.

La princesa avanzó con seguridad. William se agarró las manos a la espalda y se inclinó cuando ella se detuvo a pocos metros de él. Cuando se incorporó, ella lo recorrió con la mirada de pies a cabeza.

—Milord —dijo, graciosamente—. Es muy amable de su parte venir a visitarme después de todos estos años. Sin embargo, no puedo retenerlo más. Mis deberes de estado requieren mi atención y creo que, seguramente, usted también tendrá algo que hacer.

¿Acaso estaba insinuando que él no tenía nada que hacer? Y ¿por qué parecía que había ensayado frente al espejo aquel pequeño discurso? William enarcó una ceja.

—Entiendo.

—Bien —dijo ella, y elevó la barbilla un centímetro más.

Él no se movió. Estaba indignado y, además, uno de sus defectos era su incapacidad para permitir que una mujer quedara por encima. Lo irónico era que, hacía menos de quince minutos, él mismo había inventado un motivo para marcharse de inmediato. Pero, como ella se le había adelantado, él se empeñó en quedarse. Infantil, desde luego.

—Y ¿cuáles son esos deberes? —le preguntó a la princesa.

—¿Disculpe?

—Ha dicho que tiene deberes de estado que atender. Me preguntaba cuáles son esos deberes —dijo él, y se encogió de hombros ligeramente, como si fuera una pregunta trivial, como si estuviera hablando del tiempo, o de su salud.

Ella abrió unos ojos como platos y lo miró con incredulidad.

—Le ruego que me disculpe, lord Douglas, pero eso no es de su incumbencia. Además, no es nada que usted pudiera entender jamás.

Lógicamente, su pregunta le había molestado, porque nadie iba por ahí interrogando a las princesas. Era de muy mala educación. Sin embargo, ya lo había hecho, y estaba dispuesto a apostarse Hamilton Palace a que ella no tenía ninguna respuesta convincente que darle.

—¿Jamás? Creo que se sorprendería —dijo, sonriendo.

Ella frunció el ceño.

—No, no me sorprendería —respondió ella, moviendo sus esbeltos dedos hacia él—. Además, entiendo perfectamente lo que es esto, no se equivoque.

—Esto es una invitación a tomar el té. Hecha por usted misma.

—La invitación fue hecha por Bardaline, no por mí, y se trata de una emboscada. Sé que no se va a marchar usted hasta que me haya dicho eso que piensa que yo estoy deseando saber, porque no puedo soportar no enterarme. Muy bien, lord Douglas. Tiene su momento de gloria.

Entonces, la princesa le hizo un gesto para indicarle que debían sentarse en una mesita. En cuanto lo hizo, varios sirvientes se pusieron en acción y rodearon a la princesa con platos y tazas de porcelana mientras uno de ellos acercaba el carrito del té. William observó su mano autoritaria y delicada a la vez, y se inclinó de nuevo.

—Por favor, señora, después de usted.

—Al menos, tenga la cortesía de dirigirse a mí con un «Alteza» —dijo ella, mientras se sentaba.

Bien, parecía que iban a retomar la conversación.

Uno de los lacayos se puso al lado de la princesa Justine antes de que ella hubiera podido posar su perfecto trasero en el asiento. Tomó una de las servilletas de lino que había en la mesita y la abrió con una floritura.

—Oh —murmuró ella, al verse sorprendida por el espectáculo.

El lacayo le puso la servilleta en el regazo, e hizo lo mismo con él cuando se sentó. Otro sirviente colocó una bandeja en la mesa, retiró la tapa y les indicó las delicias: sándwiches de pepino, salmón escocés sobre rebanadas de pan, pasteles… Un tercer lacayo sirvió el té. ¿Realmente era necesario tener tres sirvientes para servir a dos personas? A él le parecía que se las hubieran arreglado perfectamente solos, pero así debía de ser la vida de Su Alteza Real. Para él, un exceso de atención así sería insoportable.

Cuando terminaron de servirles el té, los sirvientes volvieron a sus puestos en la habitación. Él los miró por el rabillo del ojo.

—¿No podría despedirlos?

Ella se inclinó para examinar la comida.

—Lord Bardaline prefiere que me atiendan en todo momento. Por desgracia, hay cosas que están fuera de mi control.

Justine eligió un pastelillo y se lo sirvió.

—Me tiene desconcertado, Alteza, porque antes me ha parecido que tenía mucho control.

Ella lo miró con desconfianza.

—¿Disculpe?

—He visto que su contrincante de esgrima caía al suelo sobre el trasero para evitar ser atravesado por su espada.

La princesa mordisqueó el pastel y lo dejó de nuevo en el plato.

—No sabe usted nada, milord. Para empezar, era un florete, no una espada. Para continuar, el deporte no admite que un contrincante sea atravesado por su oponente. Lo cierto es que él tropezó porque no tiene un buen juego de pies y, cuando cayó, fingió que yo lo había hecho caer, y yo le seguí la corriente.

—¿Su instructor tiene un mal juego de pies? Yo creía que, al ser princesa, podía tener usted a los mejores.

—Así es. Mi instructor es el capitán de la guardia de palacio y, en estos momentos, está en su puesto, en St. Edys. Mi contrincante de hoy no era mi instructor.

—Ah. Entonces, ¿era su amigo?

—Yo no diría que es amigo mío. Y ¿por qué quiere saberlo? —preguntó ella, mientras miraba con curiosidad el contenido de su taza de té.

—Por nada en especial. Quizá lo conozca.

—No lo conoce.

—Conozco a mucha gente aquí, en Londres.

Ella le dio un sorbito a su té.

—Se llama lord Mawbley, y se ofreció amablemente a ser mi contrincante.

Mawbley. William sonrió lentamente. Un réprobo siempre reconocía a alguien de su misma condición, y Mawbley y él se habían reconocido hacía ya muchos años. No hacía demasiado tiempo había corrido el rumor de que Mawbley había dejado encinta a una de sus sirvientas y, por ello, había sido desheredado. Él no sabía si era cierto, pero explicaría el repentino interés de Mawbley en el deporte preferido de la princesa.

—No sabía que entre los talentos de Mawbley estuviera la esgrima.

La princesa Justine sonrió con ironía.

—Le aseguro que no lo está.

William se echó a reír, y ella se relajó un poco.

—Tiene muy buen aspecto, Alteza. En todos los sentidos.

—Gracias —dijo ella, aunque no se molestó en mirarlo.

Él esperó a que correspondiera a su cumplido, pero no lo hizo, y eso le fastidió. Aunque lo que más le fastidió fue darse cuenta de que le fastidiaba…

Por fin, ella lo miró, y él sonrió para transmitirle que sabía que se había quedado en silencio deliberadamente. Aunque fuera una princesa, él había flirteado con muchas mujeres y sabía jugar a aquel juego.

—¿No va a probar el té? —preguntó ella, señalando su taza con un movimiento de la cabeza.

Él tomó la taza y se la llevó a los labios. Alzó los ojos y los clavó en los de la princesa, y ella sostuvo su mirada. Era muy obstinada… y a él le gustaba eso. Decidió intentarlo de otro modo.

—¿Y qué tal fue el viaje desde Wesloria?

Ella se echó a reír suavemente y tomó la taza de nuevo.

—¿De verdad le importa?

No le importaba, pero se quedó en silencio un instante para crear suspense mientras la miraba con apreciación, lentamente. Entonces, dijo: —No. Pero me pareció amable preguntarlo.

Ella sonrió.

—Veo que sigue siendo muy sincero. Usted primero. ¿Qué tal su trayecto hasta Prescott Hall?

—Molesto —dijo él.

—¿Ah, sí? Pensaba que las carreteras eran buenas.

—No han sido las carreteras lo que me ha molestado.

—Umm… Bueno, yo no le he hecho llamar —replicó ella, y tomó otro poco de té.

Por extraño que pudiera parecerle, estaba disfrutando de aquella conversación. Estaba acostumbrado a hablarles a las mujeres sobre el tiempo y sobre el sermón del vicario. Le gustaba mantener aquel ligero enfrentamiento.

—Yo también le agradezco su sinceridad.

—Me alegro —dijo ella—. Y, ya que a los dos nos gusta decir la verdad, ¿por qué ha venido?

Él no creía que la princesa fuera a agradecer su sinceridad en aquel asunto. Dejó a un lado la taza de té.

—Es una pena que no tenga nada más fuerte —dijo, y miró a su alrededor con la esperanza de que apareciera ese algo más fuerte.

La princesa le hizo caso omiso.

—No entiendo por qué ha venido. La última vez que lo vi, acababa

de ser expulsado de una casa por su comportamiento inapropiado. Después de eso, pensaba que no iba a volver a verlo.

A William se le escapó una carcajada de sorpresa.

—No lo recuerda bien. Usted me gritó. Me dijo que no era honorable delante de todos los presentes.

—¡Pero es cierto! Me empujó con tal de ganar un juego tonto.

—Que yo la empujé… —dijo William, y tomó aire profundamente—. Tiene gracia que, antes de que yo ganara, a usted le parecía que el juego tonto era cuestión de vida o muerte. Yo no la empujé, señora. Le gané el juego. Era una confrontación, y usted no pudo soportar perder. Reconózcalo.

Ella se quedó mirándolo con la boca abierta. Se le ruborizaron las mejillas.

—De acuerdo. Reconozco que no me gusta perder —dijo, encogiéndose de hombros—. Enséñeme una sola persona a la que le guste. Pero no se trata de eso. Yo no grité. Dije que se había comportado de un modo deshonroso, ¡y usted dijo que yo era una niña caprichosa!

—Sí, es cierto, porque usted estaba representando el papel de princesa caprichosa para todos los que la vieron aquella noche.

Ella dio un jadeo.

—¡Yo acababa de cumplir diecisiete años! ¡Y había bebido aquel terrible ponche! Es mejor que se critique a sí mismo, señor, ya que se estaba comportando como un niño cuando tenía… ¿cuántos años? ¿Treinta?

—¡Treinta! ¡Yo tenía la misma edad que tiene usted ahora! —exclamó él. De repente, William se echó a reír al recordar aquella noche. Todos los invitados estaban borrachos por culpa de un ponche de absenta—. Reconozco que es posible que fuera un poco infantil. Estaba un poco achispado.

—¿Un poco? Lord Iddesleigh lo echó de su casa.

—Y usted también lo estaba, señora. Además, yo me marché con mucho aplomo, aunque todo había sido culpa suya.

Ella pestañeó con inocencia y se puso una mano en el pecho, como si fuera una santa.

—Si fue todo culpa mía, ¿por qué se disculpó por la discusión?

—Yo no me disculpé por la discusión. Me disculpé por discutir con una muchacha que estaba medio enamorada de mí.

—¡No es cierto! Y, aunque lo hubiera estado, ese afecto habría terminado cuando usted agarró a aquella pobre mujer, a quien no conocía, y la besó bajo el muérdago delante de todos nosotros.

Él sonrió un poco.

—Sí, y ella correspondió a mi beso. ¿Se puso usted celosa?

—*Mein Gott!* —exclamó Justine. Después, agarró la taza de té y lo apuró como si estuviera tomándose un vaso de *whisky*.

William se echó a reír. Estaba disfrutando de aquel viaje de vuelta al pasado. La princesa Justine no le sonreía, pero tenía los ojos brillantes y él estaba seguro de que el brillo se debía a la ira. Sin embargo, su mirada le recordaba a otra ocasión, una en la que habían bailado juntos en otra fiesta.

Aquella noche, sus ojos resplandecían de otro modo. William sabía que, en ese momento, ella estaba enamorada de él. Lo había pasado bien bailando con ella; la princesa le había hecho reír. Pero la anfitriona de la fiesta, *lady* Bishop, lo había separado de ella y le había reprendido por bailar dos veces seguidas con una princesa cuya tarjeta de baile, aparentemente, estaba llenísima.

—Todo el mundo va a pensar que ella lo tiene en su estima —le siseó la dama.

—¿Y no es cierto? —replicó él.

Lady Bishop había soltado un resoplido.

—No sé cómo se hacen las cosas en Escocia, milord, pero en mi opinión es usted incorregible.

—Y no es la única que lo piensa —respondió él, con ligereza.

Durante muchos años, había sido un hombre incorregible.

Sin embargo, ya no lo era. Había tenido que cambiar debido a su padre. Por desgracia, no sabía exactamente qué clase de hombre era…

—Ahora que ya ha dejado claro que no ha venido a disculparse por lo de aquella noche —dijo la princesa—, por favor, hágame partícipe del motivo de su visita.

—Vamos a matar dos pájaros de un tiro, ¿de acuerdo? En primer lugar, le pido perdón, Su Alteza Real —dijo él, sonriendo, con una mano sobre el corazón—. Si la insulté o le hice daño de alguna manera, me siento verdaderamente arrepentido —añadió, con sinceridad.

—Bueno, no lo hizo —respondió ella—. No me importaba usted tanto como para sentirme insultada o herida.

Él se echó a reír.

—Buena respuesta.

Ella se ruborizó un poco.

—Por el amor de Dios —dijo—, ¿no podríamos seguir adelante? No importa nada lo que ocurriese hace ocho años. Quiero saber por qué está aquí ahora.

William pensó en su respuesta. Podría decirle que había ido a verla porque tenía que engatusarla ya que, claramente, en Wesloria nadie

pensaba que tuviera sentido común. A juzgar por el número de lacayos que los rodeaban, estaba seguro de ello. Sin embargo, no quería herir sus sentimientos. Se inclinó hacia delante, apoyó un codo en una de las rodillas y dijo, en voz baja: —Su primer ministro me ha pedido que le presente a amigos adecuados para que usted pueda… hacer amistades.

Ella se quedó mirándolo fijamente, y él no supo si se había enfadado o si…

La princesa estalló en carcajadas.

—¿Usted? —preguntó, sin poder contener la risa.

—¿Por qué yo no? —inquirió William, que se estaba sintiendo ofendido.

—¿Robuchard le ha pedido a usted, un granuja bien conocido, que me vigile a mí?

—Soy perfectamente capaz de presentarle a los miembros de la alta sociedad.

—*Je*, pero…

Su risa cesó, pero ella seguía sonriendo cuando le dijo:

—No es precisamente la primera persona que se me ocurriría para que Robuchard le encargase mi vigilancia.

En realidad, no era ninguna tonta, estaba claro.

—Y, sin embargo… aquí estoy.

—¡Cómo se atreve Robuchard! Y usted. Y todos los que estén detrás de esto. Que quede claro, lord Douglas, yo no necesito cuidador. Rehúso su oferta.

Él se estremeció.

—No es precisamente una oferta…

—No me importa lo que sea. Yo no necesito su ayuda.

—Estoy de acuerdo —dijo él, y alzó la mano con un gesto de rendición—. Que conste que estoy igual de sorprendido que usted. Solo acepté para ser útil hasta el punto en que usted lo permita. Espero que lo considere como una muestra de amistad y de perdón.

—Sería maravilloso, pero veo un ligero defecto en su razonamiento: soy yo la que debería perdonarle a usted.

—Bueno —dijo él, mientras se frotaba suavemente la rodilla—, quizá alguien pudiera verlo en ambas direcciones.

—Quizá alguien pudiera hablar de ello todo el día y, aun así, yo seguiría sin necesitar ninguna ayuda por su parte.

—Excelente —dijo William—. Eso me ahorra muchos problemas. Pero… me pregunto quién la va a acompañar y guiar por Londres.

—Cualquier otra persona —dijo ella, y se metió el resto del pastelillo en la boca.

—Intentaré no sentirme ofendido por la idea de que cualquiera es más conveniente para usted.

—Nadie es conveniente para mí.

—Umm… Parece que alguien ha perdido toda la alegría.

Ella puso los ojos en blanco con resignación y tomó otro pastelillo, en aquella ocasión, con los dedos, prescindiendo de toda etiqueta.

—Yo no he tenido ninguna alegría. No se me ha permitido. Usted también habría perdido la suya si lo hubieran enviado a Inglaterra en contra de su voluntad y lo tuvieran prisionero en una finca, sin ninguna ocupación, y encima descubriera que su enemigo va a ser su carcelero —respondió ella, y le dio un buen mordisco al pastel.

—Ahora sí que me ha insultado. Yo no soy su enemigo, y estoy intentando de verdad ser su amigo. Por lo que ha dicho, quizá sea el único por el momento.

La princesa dio un resoplido.

William miró a los lacayos, que tenían la vista clavada al frente. Se inclinó hacia delante y habló en voz baja.

—Usted no está prisionera aquí. Robuchard me ha pedido que le presente a amigos. A gente que hará que su estancia en Londres sea más fácil. ¿Por qué no me permite que le enseñe Londres? Hay muchas cosas que ver. Y, si me lo permite… Puede que quiera tener un aliado cuando empiecen a visitarla los pretendientes. Se rumorea que habrá muchos.

—¿Ah, sí? ¿Eso es lo que se rumorea? —preguntó ella, y lo dejó clavado al asiento con una mirada oscura.

—Eh…

—El asunto de mis supuestos pretendientes no responde a la pregunta de por qué, de repente, Robuchard está tan preocupado por que yo tenga amigos. ¿Podría explicarme eso?

William estaba seguro de que no tenía que explicárselo, porque parecía que ella comprendía perfectamente a su primer ministro, tanto como para no fiarse de él. Pensó en las excusas que podía darle, pero, como ella, él también valoraba la sinceridad, así que dijo: —En realidad, no sé si a él le importa que usted tenga amigos en Londres. Pero le gustaría tener información sobre los pretendientes.

La princesa Justine pestañeó.

—¿Y qué tiene usted que ver con todo esto?

—Conozco a algunos de los caballeros a los que su familia ha tomado en consideración. Y soy un observador neutral.

—Neutral —repitió ella, en tono de duda.

—A usted se la considera uno de los mejores partidos de toda Europa y, desde la perspectiva de su primer ministro, alejada de su

vigilancia, tal vez algún caballero poco indicado como Mawbley pudiera… atraer su interés.

—¡Mawbley!

Aquella conversación estaba empezando a resultar incómoda para él. No era de su incumbencia con quién pudiese casarse la princesa Justine en un futuro. Y no quería ser él quien le dijera lo horribles que podían ser los hombres cuando entraban en juego el poder y la riqueza.

—¿No se le ha pasado por la cabeza lo que puede querer Mawbley?

Ella apartó la vista, lo cual le dio a entender que sí lo había adivinado.

—Creo que a Robuchard le parece útil que usted tenga cerca a alguien que conozca a los que vengan a visitarla.

—¿Útil? Estoy rodeada de gente en todo momento. ¿Acaso piensan Robuchard y usted que no recibo ya suficientes consejos sobre lo que tengo que decir y hacer?, ¿es que Robuchard y usted piensan que no tengo ni el más mínimo sentido común?

William se había preguntado lo mismo.

—Quizá Robuchard haya pensado que solo tiene el punto de vista wesloriano y que, tal vez, sus compatriotas no siempre le dicen la verdad. Pero ¿yo? Yo no tengo nada que ganar. Tengo todo el tiempo del mundo para ser testigo de cómo la cortejan.

—No quiero que me cortejen. Estoy completamente en contra de cualquier tipo de cortejo.

Él se encogió de hombros.

—A mí no me importa demasiado lo que usted haga. No tengo nada que demostrarle. Pero le he dado mi palabra a un amigo.

Ella lo observó con fijeza.

—¿Robuchard es su amigo?

Aquello había sido un error.

—Sería más acertado decir que es un conocido.

La princesa Justine se apoyó en el respaldo de la silla sin dejar de mirarlo. Lo observaba con suma atención y curiosidad. Él pensó que tenía unos ojos maravillosos. Tenían un color ámbar tan intenso que, a distancia, parecían de oro. Ojos de princesa.

De repente, ella se inclinó hacia delante.

—¿Cuáles son sus condiciones?

—¿Mis condiciones?

—Sí, ¿qué es lo que ha accedido a hacer por Robuchard? ¿Qué información quiere él de usted?

—Que sea amigo suyo y…

Ella movió la mano en el aire para indicarle que no siguiera por

aquel camino.

—Puede que sea joven, pero no me es desconocida el hambre que tienen los hombres por la manipulación política.

—Cierto.

—¿Con cuánta frecuencia tiene usted que escoltarme como si fuera una niña?

—Es obvio que usted no es ninguna niña y…

—¿Cuántas veces?

—Eso… eh… habría que decidirlo y…

¿Cómo demonios iba a saber él con cuánta frecuencia? Aquello también era culpa de Beck. Nadie podía pensar con rapidez en una situación tan delicada después de haber sido capturado y obligado a beber *whisky* la noche anterior.

Ella chasqueó la lengua.

—Vamos a empezar otra vez, de un modo sencillo. ¿Qué es, exactamente, lo que Robuchard le ha pedido que haga?

—A él le gustaría recibir, de vez en cuando, alguna noticia sobre su felicidad… o su falta de felicidad, dependiendo de lo que suceda.

Ella volvió a resoplar.

—Puede informarle inmediatamente de que mi felicidad está desvaneciéndose a causa de sus tejemanejes. Si va usted a acompañarme por ahí para que haga amistades, entonces debemos comprender la situación.

Por fin estaban llegando a algún punto. Podrían convenir ciertas horas, cierta frecuencia de eventos.

—De acuerdo.

—Para empezar, tiene usted que reconocer y asumir que yo voy a ser reina pronto, y que no tiene la potestad de decirme lo que tengo que hacer. Bajo ningún concepto.

Él abrió mucho los ojos.

—Vaya, eso sí que es un buen plan. Hacerse amiga de los demás dándoles con el cetro en la cabeza.

Ella lo ignoró y siguió hablando.

—Usted no puede tener ni manifestar ninguna opinión sobre los posibles pretendientes.

William se echó a reír.

—Tener una opinión es algo humano. Yo tendré mi opinión y la acompañaré a conocer Londres para que esté debidamente atendida, pero no me importa quién será el afortunado con quien se case usted.

—Entonces, por favor, no me dé su opinión a menos que yo se la pida.

—De acuerdo. Entonces, ¿tenemos un trato?

—No. Cuando no me esté acompañando de manera oficial, usted se ocupará de sus asuntos. Y yo no soy asunto suyo.

—Umm… No estoy de acuerdo con eso —respondió él, alzando un dedo—. Usted sí es un poco asunto mío, ya que he acordado el hecho de acompañarla con el primer ministro de su país, que, según tengo entendido, cuenta con el consentimiento de su madre. Y, si me permite decírselo, he oído que es usted su peor enemiga. Por último, he de decirle que soy una estupenda compañía.

—Seguro que piensa usted que eso es cierto —dijo ella—. Y yo no soy mi peor enemiga. ¡Soy mi mejor consejera! ¿Por qué los hombres piensan siempre que entienden a las mujeres mejor que ellas mismas? Y, a propósito, diríjase a mí como «Su Alteza Real».

—Eh… —él se irguió en la silla, y respondió—: Realmente, sabe usted usar muy bien las palabras, con una gran concisión, y la alabo por ello. Y, como respuesta a su… queja, le diré que los señores tienen más sentido común que las señoras porque las damas son emocionales, y los caballeros, prácticos.

—Una mentira ridícula que los hombres se dicen a sí mismos.

—Y me voy a dirigir a usted como prefiera cuando estemos en público, pero no me voy a arrastrar por el suelo cada vez que la vea, Su Alteza Real.

Ella sonrió con una esquina de los labios.

—Eso es una respuesta muy emocional, ¿no cree?

Él tuvo que reprimirse para no sonreír también.

—¿Cómo quiere que la llame en privado? —preguntó, tozudamente.

—Alteza —dijo ella, elevando la barbilla.

—Sí, ya ha intentado imponerme eso. Pero usted no es mi soberana, y yo declino la oferta. Somos viejos amigos, así que yo la llamaré Justine, y usted me llamará William.

A ella se le escapó una carcajada de incredulidad.

—No somos viejos amigos. Ni siquiera somos amigos.

—Sí somos amigos, aunque haya olvidado que nos conocemos desde hace mucho.

William se puso en pie y, rápidamente, se acercó uno de los lacayos para apartar su silla y llevarse su servilleta en una bandeja. Él le hizo una reverencia a Justine.

—Un amigo escocés, el duque de Sutherland, va a abrir su galería de pintura de Stafford House para un grupo de conocidos. Me gustaría invitarlas a la princesa Amelia y a usted para que vengan conmigo.

Justine también se puso de pie.

—Puede darle los detalles a mi gentilhombre de cámara. Él lo

avisará si aceptamos la invitación.

William entrecerró los ojos.

—Creo que podría aceptar usted misma, ya que estoy haciendo la invitación en este mismo momento. Es decir, si quiere hacerlo.

Ella también entrecerró los ojos.

—Creo que incluso usted, con su sencilla capacidad de comprensión, puede hacerse una idea de que una princesa de mi estatus tiene una programación complicada.

Él dio un paso hacia delante para acercársele.

—¿Complicada? ¿O puntillosa?

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó ella. Alzó la barbilla nuevamente y también se acercó a él.

William la miró fijamente.

—Quiero decir que creo que tiene la intención de hacer esta situación —respondió, moviendo el dedo índice entre ellos dos— lo más difícil posible.

Ella se acercó todavía más y sonrió con malicia.

—Haré que su situación sea lo que yo quiera, puesto que soy una princesa real.

William se acercó tanto que sus piernas quedaron engullidas por la falda del vestido de Justine, y ella tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás para poder fulminarlo con la mirada.

—Un consejo de amigo, Justine, ¿me permite? Tal vez no sea necesario que mencione constantemente que es una princesa real.

—¡Oh! ¡Gracias por un consejo que le he pedido expresamente que no me dé! Pues yo también tengo un consejo para usted, William. Tal vez sea necesario que no olvide que soy una princesa real y no una debutante que se vaya a quedar cegada por sus encantos. Le sugiero que ni lo intente. ¿Quiere que avise a un lacayo para que le traiga el sombrero?

A Justine le brillaban los ojos de ira y de diversión a la vez. ¿Cómo era posible algo así? Y, peor todavía, él se dio cuenta de que, por algún tipo de hechicería, ella sabía que las ovejas habían pisoteado su sombrero.

—Hablaré con Bardaline de camino a la salida —dijo. Dio un paso atrás e hizo una reverencia muy marcada—. Su Alteza Real.

Ella se puso las manos en la cintura.

—Milord Douglas.

William salió.

Recorrió los pasillos hacia la puerta principal. Sabía de antemano que habría problemas entre ellos, y que ella iba a resistirse… Pero no sabía que a él le gustaría tanto su resistencia.

Y, ahora, estaba atrapado. Atrapado con una princesa muy atractiva, de ojos muy brillantes, que le recordaría en todo momento que iba a ser reina.

—¡Ewan! —gritó, con la voz ronca, mientras salía por la puerta.

Ewan estaba fuera, esperando, y trató de darle un sombrero lleno de polvo. William lo apartó.

—Déjalo como recuerdo para Su Alteza Real —dijo, con enfado, y caminó hacia su caballo.

Ya estaba preparando mentalmente el telegrama que iba a enviarle a Robuchard:

> He sido recibido por Su Alteza Real y la he encontrado tan tozuda y orgullosa como siempre.

No mencionaría que, además, la había encontrado mucho más atractiva de lo que pensaba. Eso solo era un detalle muy fastidioso que conseguiría olvidar.

Estaba plenamente convencido.

Capítulo 5

Truelson Stot, Elsinor, Dinamarca.

El sol matinal se filtraba entre las hojas de los árboles y salpicaba de motas de luz el camino por delante de Lila Aleksander.

Le encantaban aquellas mañanas de verano, y los largos paseos. Se levantaba temprano, se ponía una falda sencilla y el abrigo de su marido. Llevaba el pelo trenzado y se cubría la cabeza con un sombrero para evitar que alguna llovizna imprevista le estropeara el peinado. Utilizaba un bastón que clavaba en el suelo a cada paso.

Iba pensando en las muchas cosas pequeñas, cotidianas, del matrimonio. De la fiesta que iban a celebrar a los pocos días. De lo que tenía que comprar en el mercado. Su esposo cumpliría cincuenta años, y pensó en lo que iba a hacer para conmemorarlo.

Llegó a un pequeño lago boscoso que había en sus tierras. Lo rodeó y comenzó a subir por la pradera de césped que rodeaba la casa. Era blanca, alargada, con una fila de ventanas. Truelson Stot, su hogar durante los últimos quince años.

Y pensar que le dijeron que quedaría manchada para siempre…

Mientras se acercaba a la casa, vio a su amado Valentin sentado en la mesa de la terraza. Todavía estaba en camisón y bata. Estaba leyendo una carta con las piernas estiradas ante él. Lila se acercó a su silla, se inclinó y le besó la coronilla.

—Buenos días.

Él la tomó de la mano y la sentó sobre su regazo.

—¿Dónde has estado? Te he echado de menos al despertarme.

—He ido a dar un paseo.

—Caminas tanto que dentro de muy poco tiempo vas a necesitar unas botas nuevas.

Lila estiró una pierna y se subió la falda. Los dos miraron las preciosas botas que él le había llevado de Roma.

—Todavía les quedan muchos kilómetros.

Ella miró la bandeja que había en la mesa. Estaba llena de huevos

y queso. En otra bandeja había *aebleskiver*, un bollo que a ella le encantaba. Tomó un pedazo del plato de su marido y se lo metió a la boca. Karla, la doncella de la cocina, apareció para servir el café.

Valentin le mostró la carta.

—Mira, Herre Johansson ha aceptado las condiciones de venta de nuestro barquito —le dijo, con una sonrisa. Después, le besó una mano. Llevaba más de un año intentando vender aquel barco, porque prefería sus otras dos embarcaciones, que eran más grandes y más rápidas, y habían sido construidas por los mejores fabricantes daneses.

—Tú también has recibido una carta, cariño.

—¿Yo? ¿De mi madre?

—No. Parece que es algo oficial.

Lila la vio y se inclinó hacia delante para tomarla.

—Ay, me estás haciendo daño en la rodilla —dijo Valentin, y le dio un suave empujón para levantarla de su regazo.

Lila dejó la carta sobre la mesa, se sentó en una silla y se sirvió el desayuno. Hacía una mañana preciosa y soleada, y se oía el mar a lo lejos.

—¿Quién te necesita ahora tan desesperadamente, amor mío? —le preguntó Valentin. Tomó el tenedor y empezó a comer huevos revueltos.

Lila tomó el sobre y rompió el lacre. Miró la firma al final de la hoja.

—Ah, por supuesto. Es mi viejo amigo, Dante Robuchard.

Valentin se detuvo.

—Robuchard, ¿el primer ministro de Wesloria?

—El mismo.

Él le dio un sorbo al café.

—¿He llegado a conocerlo? En…

—La boda del príncipe Heinrich.

—Ah, sí, sí. ¿Un hombre bajito?

—De estatura media.

—De mediana edad.

—No, disculpa. Solo tiene dos años más que yo.

—Ah, entonces, increíblemente joven —dijo él, sonriendo—. ¿Pelo cano?

Lila se echó a reír.

—Muy castaño. Es serio y nunca está lejos de la reina Agnes.

Valentín tomó otro bocado de su plato.

—Eso es. Ya me acuerdo de él. ¿Dónde está el rey?

—En St. Edys. Está muy enfermo.

—Ah, exacto. ¿No dicen que es el rey más débil de Europa?

—Tal vez, el más enfermo —dijo Lila, y comenzó a leer la carta de Robuchard.

—¿Y bien? —preguntó Valentin, mientras terminaba sus huevos revueltos—. ¿De quién se trata esta vez?

De la persona soltera más importante de Europa en aquel momento.

—Es por la princesa Justine. La heredera al trono de Wesloria.

—Tuvo problemas, ¿no? —preguntó él, y sacudió la cabeza—. Ya debería estar casada.

—¡Valentin! —exclamó Lila, riéndose—. Sabes perfectamente que esos matrimonios se preparan con mucho estudio previo. Ella está en Londres, bajo la protección de la reina Victoria. Robuchard dice que el rey está muy mal y que la princesa será reina muy pronto, tal vez, antes de que acabe el año.

—Oh, vaya. Entonces, hay que casarla inmediatamente —dijo Valentin, con gravedad. Después, guiñó un ojo de manera juguetona.

Lila sonrió. Adoraba el pelo espeso, oscuro, canoso, de su marido. Adoraba su barba, su pecho ancho… y otras partes de él, también. Estaba muy enamorada.

—Será la boda de la década —dijo Valentin, aunque no sabía nada de matrimonios ni de casamenteros.

—Posiblemente.

—¿Y los honorarios? —preguntó él.

Lila levantó la carta y le señaló la cifra que había sugerido Robuchard como pago por sus servicios. Valentin enarcó las cejas.

—Oh. Debe de desear con todas sus fuerzas que se produzca este emparejamiento. Supongo que aceptarás, ¿no?

Ella estaba más que interesada. Facilitar un buen matrimonio para una princesa heredera sería un gran impulso para su negocio. Bajó la carta y preguntó: —¿Tú quieres que me quede aquí?

—Por supuesto que quiero que te quedes aquí conmigo —dijo él.

La tomó de la mano y tiró de ella para sentarla de nuevo en su regazo. Ella se echó a reír mientras él le besaba la boca y el pecho entre la abertura de su camisa.

—Claro que quiero que te quedes, Lila. Sabes que no soporto estar lejos de ti. ¿Has dicho Londres? A lo mejor voy contigo. ¿Cuánto tiempo tienes que estar fuera?

Ella pensó en la respuesta. Conseguir un buen emparejamiento requería cierta finura. Algunas veces era posible conseguirlo en cuestión de semanas, pero, en otras ocasiones, se tardaba más tiempo en convencer a dos personas que eran perfectas la una para la otra.

—Un mes. O, quizá, dos. ¿Vas a venir de verdad?

—Sí, en cuanto empiece a echarte de menos tan desesperadamente que ya no pueda ni respirar.

Él comenzó a descender y le abrió la camisa para apretar los labios sobre la parte superior de sus pechos.

—Tienes un sabor salado.

—Hoy hace bastante calor.

—Necesitas un baño.

—Sí.

—Ah, mi rosa inglesa. Yo soy el que te lo va a dar —dijo él, y alzó la cabeza—. ¡Karla! Karla, ven a recoger la mesa. Mi esposa necesita su baño.

De repente, se levantó y la llevó en brazos hacia la casa. Iba besándola, y ella se echó a reír y le dijo que mirara por dónde iba cuando le golpeó contra el marco de la puerta.

Capítulo 6

Londres

Alguien había preparado una comida que Justine no había pedido y que no deseaba tomar, dado que había desayunado bien tarde. Sin embargo, llegó a su salón junto al correo de aquel día. Entre las cartas había una de su madre.

Prefería leer las cartas de su madre en privado y, por lo general, cerca de una chimenea encendida, para poder tirar las páginas al fuego en caso de desacuerdo con las palabras de la reina. Lamentablemente, aquella tarde no estaba sola, porque *lady* Bardaline estaba haciéndole a Amelia unas trenzas y colocándoselas por encima de las orejas, al estilo inglés. La dama llevaba un nuevo vestido de tarde que le favorecía mucho. Era una mujer de baja estatura y muy atractiva, con el pelo oscuro y los ojos azul claro. Justine se fijó especialmente en su vestido porque, seguramente, *lady* Bardaline pensaba que iba a acompañarla en su visita a Windsor.

—¿Es de mamá? —preguntó Amelia, señalando la carta.

El elaborado sello de la monarquía wesloriana se veía desde el otro extremo de la habitación.

—¿Y qué dice?

Justine rompió el lacre y abrió el sobre. Leyó rápidamente el contenido. A aquellas alturas, podría escribir ella misma las cartas, porque siempre estaban llenas de amonestaciones.

—Se queja, sobre todo, de que estás gastando demasiado.

A Amelia se le escapó un jadeo tan fuerte que *lady* Bardaline dio un respingo.

—Y dice que no deberías frecuentar Holland House, porque los demás podrían percibir que tienes una tendencia política sobre otra, y eso no es adecuado.

—¡Pero si ni siquiera sé de qué partido político son los Holland! En realidad, ni siquiera sé qué partidos políticos hay para elegir.

Justine se echó a reír. A menudo se preguntaba si su hermana

pequeña era tremendamente inteligente o realmente tonta.

—¿Cómo es posible que no sepas que todos tus nuevos amigos son *whigs*, Amelia?

—¿De qué estás hablando?

Lady Bardaline dijo, con voz calmada:

—Los Holland reciben en su residencia a muchos miembros importantes del partido Whig.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo sabe usted a quién reciben en su salón, señora? No ha estado nunca allí, ¿no? Yo no me he dado cuenta de nada de eso y, si me hubiera dado cuenta, no me importaría. ¿Y a qué se refiere nuestra madre cuando dice que estoy gastando mucho? He tenido buen cuidado con las compras.

Sí, Amelia era muy cuidadosa con sus compras, pero para asegurarse de que cada vestido nuevo que adquiría iba acompañado de los accesorios apropiados. En aquel momento llevaba un traje nuevo con zapatos y chal a juego. *Lady* Holland y ella habían regresado de Bond Street, el día anterior, con más cajas y paquetes que los que ella hubiera visto en su vida. Guantes, sombreros ribeteados con lazos y ropa interior de seda. Justine apenas salía de Prescott Hall. *Lady* Bardaline no le permitía hacerlo sin dos guardias de escolta, como mínimo.

—Nuestra madre dice que ha visto las escandalosas facturas de tus numerosas compras y que le parece muy caro —dijo Justine.

Amelia se puso en pie de repente, caminó hacia ella y tomó la carta. Leyó unos cuantos párrafos y se la devolvió a su hermana.

—No dice que le parezca caro, solo que ha visto las facturas. ¡Y ni siquiera es cierto!

Cuando Amelia decía con vehemencia que algo no era cierto, por lo general sí lo era.

Su hermana volvió a sentarse y *lady* Bardaline continuó sujetándole las trenzas con horquillas.

—¿Y dice algo de papá? —preguntó, dulcemente, con intención de cambiar de tema.

Sí, su madre también hablaba de su padre, y Justine sintió una punzada en el estómago. No tenía esperanzas de volver a verlo. Él mismo le había dicho, cuando ella se estaba preparando para su viaje a Inglaterra, que era muy posible que no volvieran a encontrarse en aquella vida. Ella no quería aceptarlo. Quería creer que volvería a verlo y que podría decirle lo buen rey y lo buen padre que era.

—Mamá dice que su salud no ha mejorado, pero que disfruta sentándose en el jardín por las tardes, cuando el sol es más cálido.

Nadie volvió a decir nada hasta que *lady* Bardaline proclamó que

el peinado de Amelia estaba a punto. La dama posó las manos sobre los hombros de la princesa y se inclinó sobre su coronilla, como si Amelia fuera su hija o su sobrina.

—Está muy favorecida.

—Sí, ¿verdad? —preguntó Amelia, mirándose al espejo.

A Justine casi le produjo náuseas aquella pequeña conversación. Justo en aquel momento, apareció lord Bardaline, su gentilhombre de cámara, y le hizo una reverencia.

—Su Alteza Real, si ya está preparada…

—Sí, gracias.

Bardaline miró a su mujer, pero Justine se puso de pie, le dio la espalda a la dama y se dirigió hacia la puerta.

—¿Vamos?

—Su Alteza Real, mi esposa…

—No, gracias —dijo Justine—. Voy a ir sola.

Siguió caminando hacia la puerta, consciente de que Bardaline no la seguía. Con una sonrisa forzada, se dio la vuelta.

—¿Ocurre algo, milord?

—Si me lo permite, Su Alteza Real, lo apropiado es que vaya usted con una acompañante.

—Ah, eso… Bueno, es igual de apropiado que no lo haga.

—Pero, yo…

—De lo que me dijo mi madre, yo no entendí que *lady* Bardaline tuviera que venir a aprender de la reina Victoria. Pensaba que eso tenía que hacerlo yo, que seré la reina algún día. Bueno, Amelia también puede serlo, si a mí me sucede algo, pero eso es improbable.

Oyó que Amelia emitía una exclamación de sorpresa, y era lógico, porque ella casi nunca le hablaba así a Bardaline. Ni a nadie. En realidad, tenía un poco de miedo de lo que él pudiera hacer, y no sabía qué iba a hacer ella si el caballero se oponía a sus órdenes. Lo único que sabía era que se había hartado de estar sometida a vigilancia todo el tiempo, de que la trataran como a una prisionera.

Pasó un momento incómodo.

Después, Justine estuvo a punto de reírse de alivio, porque quedó claro que lord Bardaline no iba a mostrar su desacuerdo. Miró a su esposa, que, de repente, tenía cara de desaprobación y, de mala gana, siguió a la princesa hacia la salida.

—¡Que tengas un buen día, hermana! —le deseó alegremente Amelia.

Justine caminó por el pasillo con la cabeza alta, sin mirar atrás para no hacer ninguna señal de inseguridad. Se imaginó a sí misma como la reina Elena, del Castillo de Astasia, de camino a reunirse con

sus súbditos después de haber sido coronada. Se preguntó cómo se había sentido Elena, o qué había hecho cuando notaba que los que estaban a su alrededor querían controlarla. ¿Se había sentido tan insegura como le ocurría a ella algunas veces? Justine pensaba que no…

Y estaba decidida a parecerse más a Elena.

Justine ya había estado en presencia de la reina Victoria. En la primera ocasión, las habían presentado formalmente cuando había llegado a Londres; el embajador de Wesloria y ella le habían entregado como obsequio a la soberana la pequeña escultura de una bailarina hecha de ónice. Era un regalo de su madre para mostrarle su agradecimiento por la tutela de su hija.

Para su segundo encuentro, la reina había organizado una recepción en honor de Justine y Amelia, a la que habían acudido ministros, el esposo de la reina, sus hijos mayores y un exceso de cortesanos, que habían rodeado a la reina clamando por conseguir su atención. Ella se había pasado la mayor parte del tiempo tratando de dar una imagen de realeza y recatamiento, tal y como insistían siempre su madre y *monsieur* DuPree, con un nudo en el estómago y los nervios a flor de piel, mientras veía a Amelia coquetear descaradamente con varios caballeros ingleses. Cuando mayor se hacía y, sobre todo, después de su debacle con Aldabert, más incómoda se sentía entre las multitudes. Pero, por lo menos, había conseguido resistir el impulso de quedarse pegada a la pared y desaparecer.

Aquel día era el tercer encuentro con la reina Victoria, e iban a tomar el té a solas. Como era una reunión privada, no estaba nerviosa, sino muy emocionada. ¡Tenía tantas preguntas!

Cuando llegó a Windsor, la escoltaron hasta un salón rojo. Se quedó brevemente a solas, y tuvo la oportunidad de admirar la estancia. El techo era altísimo y estaba adornado con molduras, y del centro colgaba una araña, la más grande que había visto en su vida. Podría pensarse que, dado que ella también se había criado en un palacio, no iba a impresionarse fácilmente, pero el palacio de Rohalan, en St. Edys, no era tan grandioso como aquel. En Rohalan los techos eran más bajos, estaban diseñados para conservar el calor en los interiores, porque el clima era más frío que en Londres. El mobiliario era robusto y práctico, mientras que allí había muebles lujosos tapizados con telas de color rojo. En su casa, los cuadros que colgaban de las paredes eran casi todos retratos de generales, reyes y nobles que formaban parte del ejército. En aquel salón había cuadros en los que aparecían mujeres y niños sonrientes.

Estaba deleitándose con las vistas de la campiña, junto a una

ventana, cuando se abrió la puerta.

—¡Buenas tardes!

La reina Victoria entró en el salón. Tenía la voz aguda, casi infantil, y no medía más de un metro cincuenta centímetros. Justine tuvo que inclinarse mucho para quedar por debajo de la soberana cuando le hizo la reverencia. Al incorporarse, sonrió, y la reina la saludó alegremente. Entonces, Justine se dio cuenta de que también habían entrado a la habitación una niña y un teckel de color marrón.

—Mi hija, Victoria. Se quedará con nosotras, si no le importa —dijo la reina—. Y este es Boy. ¿A que es precioso? Le he dicho que no viniera, pero me ha desobedecido. Es muy travieso, ¿verdad, Boy?

El perro se sentó y miró a su dueña con adoración, moviendo la cola por la alfombra.

A Justine no le agradó. Hubiera preferido tener toda la atención de la reina. Sin embargo, sonrió amablemente y respondió:

—Encantada.

La princesa no era ni siquiera tan alta como su madre. Le hizo una reverencia a Justine y le dio la bienvenida a Windsor. Justine le dio las gracias y se agachó a acariciar al perro. Boy aceptó su saludo y, después, se fue a ver a los lacayos.

—Por favor, siéntese —le dijo la reina, señalando una mesa que había en el centro del salón. Tenía incrustaciones de jade y sobre ella había un candelabro de oro con forma de árbol.

Hacía un día soleado y brillante, y las ventanas estaban abiertas. Uno de los sirvientes sacó una silla para la reina y, cuando la soberana estuvo sentada, aparecieron otros dos lacayos para ayudarlas a la princesa y a ella. Había una cuarta silla, pero un sirviente se la llevó. No sabía si la reina Victoria quería saber por qué motivo ella había ido sin dama de compañía, pero no se lo preguntó. Después de que estuvieran acomodadas, comentó que hacía muy buen tiempo y dijo que había pedido su tarta preferida. Un sirviente retiró la tapa de una bandeja y debajo apareció un bizcocho cubierto de frambuesas.

—Es divino, muy ligero —dijo Victoria, y le hizo una seña al mayordomo.

Mientras él servía el té, ella recogió al perro del suelo y permitió que le lamiera la cara. Después, lo dejó de nuevo en el suelo. Boy desapareció debajo de la mesa, y Justine notó su peso sobre el pie cuando el perro se acomodó.

La reina Victoria tomó la taza de té que le habían servido y la vertió en otra taza. Miró a Justine, que todavía no había tomado la suya.

—Debería hacer lo mismo —le aconsejó—. Es para enfriar el té.

La princesa imitó a su madre y, de ese modo, se resolvió para Justine el misterio de por qué había tantas tazas sobre la mesa. Le pareció extraño, pero ella no estaba allí para cuestionar cómo tomaba el té la reina.

Victoria dijo que estaba contenta de que Justine hubiera ido a merendar. Que Vicky, como llamó a la princesa, tenía quince años, y que hacía un mes habían anunciado su compromiso con el príncipe Federico de Prusia.

—Seguramente, lo habrá leído en la prensa —dijo la reina.

—Pues…

Justine iba a decir que no, pero otra cosa que estaba aprendiendo rápidamente era que a la reina le gustaba ser quien hablara.

—Su padre y yo hemos acordado el compromiso, pero no vamos a permitir que se case hasta que tenga diecisiete años. Quince es demasiado joven, ¿no le parece?

Vicky se ruborizó y miró su taza de té.

—Yo… eh…

—¿Lo conoce usted? —le preguntó a Justine—. Es un buen muchacho.

—No, no lo he…

—¿Por qué no está usted comprometida, querida? —le preguntó la reina, sin ambages.

Justine pestañeó. Todavía estaba intentando formarse una opinión sobre si los quince años era una edad demasiado temprana para comprometerse, e intentando recordar si había llegado a conocer a Federico de Prusia. No estaba preparada para hablar de su fracaso a la hora de encontrar marido.

—Estas cosas deberían decidirse mucho antes de que una llegue a la mayoría de edad. Supongo que yo fui una excepción, pero es que no quería casarme. Verdaderamente, no quería. Cambié de opinión cuando conocí a Alberto. Si usted lo hubiera visto, le habría sucedido lo mismo. Qué guapo…

La reina miró a Justine con curiosidad.

—Usted ya tiene edad suficiente como para haber resuelto ese asunto, ¿no? Y creo que su hermana también. ¿Ella tampoco tiene ningún candidato a la vista?

—Umm…

Justine tomó el té que había cambiado a otra taza y se dio cuenta, con horror, de que no había hecho el trabajo con entera pulcritud. Quedaba un poco de líquido en el platillo.

—He estado muy cerca de mi padre, debido a su enfermedad.

En parte, era cierto. Había pasado bastante tiempo haciéndole

compañía al rey, observándolo mientras él atendía montones de cartas y peticiones, y resolvía problemas de estado que llegaban a su conocimiento todos los días. Lo había visto toser y hacer gestos de dolor.

—Pero habrán hablado de ello —insistió la reina.

Por supuesto que había habido conversaciones sobre aquel tema. Muchas. Toda Wesloria estaba a la espera de saber cuándo se casaría, y con quién.

—Sí, señora. Creo que uno de mis cometidos durante mi estancia en Inglaterra es conocer a posibles pretendientes.

—¿Y tiene a la gente necesaria a su alrededor para que evalúen a esos caballeros? Debería contar usted con sus padres, pero sé que es imposible en este momento. ¿A quién tiene?

—Bueno… —murmuró Justine. No era capaz de decir que tenía a lord y *lady* Bardaline—. Mi hermana ha…

—¡No puede apoyarse en su hermana para esto! —exclamó la reina, mientras uno de los lacayos servía un buen pedazo de tarta en su plato—. Ella querrá lo mismo que usted, alguien guapo y amable. Pero usted, querida, debe mirar a esos caballeros desde la perspectiva de la monarquía. Debe preguntarse quién puede servir mejor a su país.

A Justine le gustaría que el candidato tuviera también algo de belleza y amabilidad.

El lacayo sirvió dos trozos de tarta más pequeños para la princesa y para ella. La reina tomó un tenedor y comenzó a comer. De repente, soltó el tenedor.

—Oh, no. Esto no vale. Llévatelo. Está mal.

Justine tenía el tenedor sobre el plato cuando el sirviente le quitó el trozo de tarta de las manos.

—Pero… estoy segura de que lo resolverá usted todo —dijo la reina, a quien pareció que no preocuparle mucho que el lacayo acabara de quitarle el plato a Justine—. Supongo que las cosas pueden suceder de un modo distinto cuando una tiene a su padre tan enfermo.

Victoria se dio la vuelta en la silla y se dirigió a uno de los lacayos.

—La tarta que se sirvió ayer era perfecta. No entiendo por qué esta no es tan buena como la de ayer —le dijo, y volvió a girarse hacia Justine—. ¿No está de acuerdo?

Justine todavía estaba asombrada por la pérdida de su tarta.

—No la probé.

—Me refiero a que es diferente para usted, debido a la enfermedad de su padre.

—Ah, sí. Por desgracia, eso es cierto, Su Majestad.

—Mis más sinceras condolencias —dijo la reina. Tomó la taza de té

y dio un sorbo, mirando a Justine. Después, dejó la taza en la mesa y añadió—: En realidad, entiendo bien su situación. Mi difunto tío, el rey Guillermo, estaba enfermo. Me pareció que pasaba una eternidad antes de que muriera. Y ahí estaba yo, esperando a que llegara mi turno de ocupar el trono.

Justine estuvo a punto de atragantarse con el té. Ella no estaba esperando su turno. ¿Acaso la reina no entendía lo que iba a significar para ella la muerte de su padre? Prefería que él estuviera a su lado antes que ser reina, y esa era la verdad. No se imaginaba cómo iba a hacer las cosas sin él, que era su verdadero aliado, el único que podía entender la carga que la esperaba.

—Una vez, Guillermo me dijo que esperaba seguir vivo hasta que yo cumpliera los dieciocho años, y lo consiguió. Murió un mes después de mi cumpleaños. ¿Se lo imagina?

—¿Por qué, mamá? —preguntó Vicky.

—Oh, bueno, él estaba en contra de que mi madre llegara a ser regente, y tengo que admitir que yo también.

Justine creyó que lo había dicho en broma, pero la reina la miró con el ceño fruncido.

—¿Su madre va a ser regente?

—No, señora. Tengo veinticinco años. He contado con las enseñanzas de mi padre…

—Muy bien. Por lo general, los regentes tienen hambre de poder. No se detienen ante nada.

Hizo una pausa y reflexionó sobre sus palabras.

—Aunque estoy segura de que Su Majestad la reina Agnes nunca conspiraría contra usted. No era eso lo que quería decir —añadió, sonriendo—. Creo que, tal vez, su padre se está obligando a sí mismo a vivir hasta que usted se haya casado. Sin duda, entiende que todo será mucho más fácil para usted si tiene a su lado un marido. Suponiendo que pueda encontrarlo.

Justine tuvo que hacer un esfuerzo para no retorcerse en su asiento.

—Creo que está intentando vivir, sin más —dijo.

—Bueno. Rezaremos para que su salud resista. Pero, como no podrá estar siempre con usted, debe tener a su lado a alguien en quien pueda confiar cuando llegue el momento de ocupar el trono. ¿Tiene usted a alguien así?

—A mi hermana —dijo Justine, sin titubear.

—Me refiero a alguien que pueda saber algo sobre el acto de gobernar. Por supuesto, yo tuve a lord Melbourne, mi primer ministro. Confiaba en él completamente y, cuando los *Tories* llegaron al poder e

intentaron sustituirlo, no se lo permití. ¿Y su primer ministro? ¿Puede confiar en que él le dé consejos sensatos?

Seguramente, a Robuchard le encantaría darle todos los consejos del mundo, pero no para ayudarla, sino para controlarla.

—Creo que es… un hombre honorable —dijo, con cuidado.

La reina sonrió con astucia.

—No ha respondido a mi pregunta. Pero no tiene que molestarse, ya veo que tiene usted buena cabeza. Me da la sensación de que no confía plenamente en él, ¿verdad? Entonces, no lo mantenga. Ese es mi consejo. Consiga a alguien en quien pueda confiar. Consiga a un Melbourne.

—Pero ¿cómo va a hacer eso? —preguntó la princesa, en su nombre.

—Bueno, tendrá que reunirse con su consejo privado y evaluar a sus miembros. Pero este es el motivo por el que tiene tanta importancia que encuentre alguien con quien casarse. Alguien que la ayude a llevar la carga de la corona, como mi Alberto. No quiero tener poca delicadeza con usted, pero permítame que le diga que el tiempo es muy importante en su caso, querida. Debe encontrar a alguien en quien pueda apoyarse, en quien pueda apoyarse el país. De lo contrario, los miembros de la corte se la comerán viva.

A Justine se le escapó un sonido de incredulidad. Allí estaban de nuevo, hablando de su falta de marido y de su supuesta incapacidad para ser reina por sí sola.

La reina se apoyó en el respaldo de su silla y apartó la taza de té mientras observaba con perspicacia a Justine. Uno de los sirvientes se acercó al instante para rellenársela.

—No me malinterprete, querida, por favor. Es usted perfectamente capaz de ser reina, y yo diría que una buena reina. Pero el mundo quiere un rey. Como usted no puede darles eso, sí puede darles un consorte a quien puedan admirar.

La reina tomó la taza que acababa de servirle el lacayo y pasó el contenido a otra taza. Ya llevaba tres tazas descartadas.

—Bien, y ¿ya tiene algún nombre?

La princesa levantó la vista de su té a la espera de la respuesta.

—Yo… eh… Pues, en realidad, no. Mi madre ha… contratado a alguien… para que me ayude a hacer una lista.

—Sí, pero… ¿quién ha sido propuesto para figurar en esa lista?

Uno de los sirvientes se acercó y recogió las tazas vacías.

—No lo sé con certeza —dijo Justine, en tono de disculpa—, pero sí sé que han sugerido varios nombres.

—¡Lógicamente! Es usted joven y atractiva, y tiene la figura

adecuada para proporcionarle al país un nuevo heredero al trono. Es un buen partido para cualquier hombre con ambición, ¿no cree? ¿Es usted tiquismiquis? Tiene todo el derecho a serlo. Si elige al hombre equivocado, tratará de arrebatarle el trono, si no tiene cuidado.

Una vez más, Justine estuvo a punto de atragantarse con el té.

—¿Disculpe?

—A los hombres les gusta controlar las cosas. Cuando nos conocimos, Alberto era un poco así. Quería decirme lo que tenía que hacer.

Su hija se echó a reír.

—Pero me casé con él porque era guapísimo, y no hay nadie a quien quiera tanto como a mi familia.

Claramente, Victoria no había seguido los consejos que estaba dando, sino que se había casado basándose en el criterio de las apariencias.

Apareció un sirviente con una bandeja de scones. La puso sobre la mesa con dos tazones pequeños de nata montada y miel. Tenían un aspecto delicioso, y a Justine empezó a gruñirle el estómago.

—Yo no los quiero —dijo la reina—. Me había hecho a la idea de la tarta. Llévatelos —le dijo al sirviente, que, rápidamente, los retiró de la mesa—. Ya casi ha terminado su té —añadió, mirando a Justine —. Tome más —dijo, y le hizo una señal al mayordomo.

—No quisiera molestar…

—Por supuesto que debe tomar más té. Es una pena que la tarta no estuviera bien hecha. Es deliciosa. Tendrá que fiarse de mi palabra.

El lacayo sirvió más té a Justine y, mientras ella lo vertía en otra taza, la reina siguió dándole consejos.

—Siempre habrá hombres que piensen que saben lo que es mejor para usted, pero eso nadie lo sabe mejor que usted misma. Debe confiar en su instinto. ¿Me oye? ¡Y las damas de compañía! Oh, en ese punto debe tener mucho cuidado. Tenga dos, como mínimo, si no tres. Elija damas que no estén siempre de acuerdo unas con las otras. Si no están de acuerdo, una de ellas vendrá a susurrarle al oído los asuntos de la otra, y así, usted nunca se perderá nada. Hágame caso, querida. Si no decide rápidamente quién quiere que sean sus damas de compañía, su primer ministro se las asignará y usted no tendrá camaradería con ellas y, por lo tanto, no podrá confiar en ellas.

Justine pensó en *lady* Bardaline. Aquella advertencia no era nueva, su padre se lo había dicho ya. En realidad, no necesitaba que se lo dijeran, sobre todo, teniendo en cuenta que gente como su padre y la reina hablaban de ello como si fuera algo de vida o muerte. Para su padre lo había sido, porque habían intentado envenenarlo hacía ocho

años, cuando estaban en Londres.

Sin embargo, su problema era un poco diferente. No se trataba de que la gente le dijera mentiras, ni de que ella estuviera haciendo caso de consejos malintencionados. La gente no le decía nada en absoluto. Era como si pensaran que sería más fácil manipularla si la mantenían en la oscuridad. Bueno, menos Douglas, que estaba empeñado en ser sincero de un modo que a ella no le gustaba.

Y, además, no necesitaba ningún cuidador, que era lo que iba a ser Douglas. ¡Era una humillación! Conocía a Robuchard, y sabía que entre su madre y él habían encargado algo a Douglas que no tenía nada que ver con su felicidad. No era tonta.

La merienda terminó sin que la reina diera su aprobación a ninguno de los dulces que les sirvieron. Justine se quedó decepcionada, porque apenas había podido hablar, y le hubiera gustado hacer muchas preguntas. Por suerte, la reina le hizo otra invitación.

—La duquesa de Wellington ha preparado una reunión de damas para tejer calcetines para nuestros soldados de Crimea. Vamos a comer todas juntas. ¿Querrían su hermana y usted aportar sus considerables cualidades al evento?

Ninguna de las dos sabía tejer, pero, por supuesto, aceptó la invitación. Le agradaba tener algo que hacer en el horizonte.

La escoltaron fuera del palacio hasta el punto en el que esperaba su carruaje, protegido por la guardia wesloriana. Subió al coche y, cuando el cochero cerró la puerta y ella se quedó a solas, apoyó la cabeza en el respaldo del asiento y miró al techo.

Odiaba tener que volver a Prescott Hall a pasar las horas con los Bardaline. Ellos estarían ansiosos por saber todo lo que había dicho la reina, y ella sabía que no podía darles largas completamente.

Pensó en la invitación que le había hecho Douglas para ir a ver la galería de pintura del duque de Sutherland. No tenía intención de aceptar y ni siquiera se lo había mencionado a los Bardaline. Sin embargo, al ver pasar Londres por la ventanilla, se le ocurrió que tal vez perdiera la oportunidad de verse libre de su prisión por el mero hecho de estar enfadada. Seguía pensando que Douglas era un granuja, pero podía ser una vía para escapar de la mirada vigilante de los Bardaline. Seguramente, había opciones peores. Y, por lo menos, Douglas era muy guapo…

Así pues, mientras el coche tomaba velocidad y comenzaba a dar tumbos por la carretera, decidió que iba a decirle a Bardaline que aceptara la invitación de Douglas para ir a Stafford House.

Capítulo 7

William estaba profundamente dormido cuando Ewan tomó la horrible decisión de abrir las cortinas. Lo hizo con un estruendo que remató, un segundo después, tropezándose con la alfombra. Un hombre grande hacía un ruido grande.

William estaba tumbado boca abajo sobre el colchón, tapado con una montaña de almohadones. Abrió un ojo y miró fulminantemente a su ayuda de cámara.

—Maldito sea Beckett Hawke, Ewan. ¿Me oyes? Maldito sea por los siglos de los siglos.

—Sí, milord —dijo Ewan, y avanzó con cautela hacia la cama, como si tuviera que enjaular a un animal salvaje que pudiese atacarlo.

La noche anterior, William se había encontrado con Beck en el Brook's Gentleman's Club de St. James. Su amigo estaba jugando a las cartas y le había invitado a unirse a una partida de *whist*, diciéndole que había descubierto una bebida nueva. Se llamaba *Ladies*' Blush y había llegado hasta él desde la mismísima América. Beck no supo explicar cómo había recorrido un camino tan largo, pero no importó. Lo único que recordaba William era que tenía un sabor dulce y que contenía ginebra y que, después, alguien a quien no conocía, pero que Beck le había recomendado con entusiasmo, lo había llevado a casa. Recordaba vagamente haber discutido con Ewan por el mero hecho de desvestirse.

Alzó un dedo hacia su ayuda de cámara y volvió a esconder la cara en la almohada.

—Lord Iddesleigh no volverá a ser recibido en esta casa. No puede ni siquiera poner un pie en el umbral. Si levanta el brazo para llamar a la puerta, pégale un tiro.

—Sí, milord.

William bajó la mano. Esperó a oír algún ruido que le indicara que Ewan se retiraba, pero solo hubo silencio.

—¿Por qué estás aquí todavía? —le preguntó.

—Ha llegado una carta, milord. Una carta en condiciones, por su

aspecto.

—Una carta en condiciones —repitió William, y se irguió—. ¿Qué significa eso, Ewan? ¿Acaso no son todas las cartas cartas en condiciones por el mero hecho de ser cartas?

—Eso no lo sé, milord.

—¿Cómo no vas a saberlo, MacDuff? No sabes si las cartas son cartas en condiciones, pero sabes que esta en cuestión requiere mi atención inmediata a estas horas infames.

—Es la una y media de la tarde, milord.

—Demonios… ¿y por qué no me has despertado antes, entonces? —gruñó William. Suspiró y rodó para tenderse boca arriba—. Voy a tomar un té. No, mejor un café. Al estilo turco. Y algo de comer, si es posible.

—Sí, milord.

Sin embargo, Ewan no se movió. Siguió allí, delante de él, con la carta sobre una bandeja de plata.

—Demonios… —murmuró William. Se sentó en la cama y se pasó los dedos por el pelo—. Lo digo en serio, Ewan. Iddesleigh ya no es bienvenido aquí. Cuando me habla, soy incapaz de decirle que no.

Él tenía una parte muy pequeña de culpa de su estado actual. Beck podía llegar a ser muy persuasivo cuando se lo proponía.

Se frotó la cara con una mano y miró a Ewan. Parecía que el hombre estaba completamente decidido a entregarle la carta, así que extendió el brazo y movió los dedos.

—Está bien, dámela.

Ewan depositó el sobre, con cuidado, sobre la palma de su mano.

William la miró con los ojos entrecerrados; no conocía la letra, así que la giró para mirar el lacre. La carta era de Prescott Hall. Dio un gruñido.

—De todos los días, tenía que ser hoy cuando me llegara esto —dijo, quejándose, y abrió el sobre.

Mi señor Douglas:

Saludos en nombre de Su Alteza Real la princesa Justine. Ella me pide que acepte su amable invitación para visitar la galería de pintura de Stafford House. La princesa Justine y la princesa Amelia lo esperan para que las acompañe el jueves a las tres de la tarde. Si no puede proporcionar el transporte necesario para las princesas, le será proporcionado uno a usted.

Atentamente,

Gregor Bardaline, conde de Talin, gentilhombre de cámara debidamente nombrado para servir a Su Alteza Real la

princesa Justine.

William arrugó la carta y miró con enojo hacia la ventana. El jueves era el día siguiente. No quería ir. Se arrepentía de haber hecho la invitación. Estaba de muy mal humor, y la perspectiva de tener que relacionarse con el duque y sus serviles acompañantes le revolvía el estómago. Conocía al tipo de personas que iban a asistir a la galería; eran de los que abordaban a las princesas y presionaban a los demás para que se las presentaran. Lo cual significaba que iba a tener que tomarse muy en serio su papel de escolta. Preferiría quedarse allí, leyendo el periódico, pero aquella princesa obstinada había cambiado de opinión y quería ver los cuadros.

A él le dolía mucho la cabeza.

Le devolvió la carta a Ewan.

—Que Dios me ayude, MacDuff. Tengo que ir mañana a una galería de pintura. Tráeme el café, por favor.

—Sí, milord —dijo Ewan, y salió.

William se desplomó sobre la cama y dio un gruñido.

Había conseguido olvidarse de la petulante princesa durante aquellos días y, como no había recibido noticias suyas, se había convencido de que ya había cumplido con su deber. Pero, no. Allí estaba ella, invadiendo de nuevo sus pensamientos al aceptar su invitación en el último instante.

Era molesto… pero, tal vez, después de un par de tazas de café, no sería tan horroroso.

Daba la casualidad de que Sutherland era vecino suyo. Su residencia estaba a un corto paseo de distancia por las calles o atravesando Green Park. Así que William fue a casa de su compatriota escocés para informarle de que iba a llevar a las princesas a ver su colección de cuadros.

—Si no te importa —dijo.

—¿Importarme? —preguntó Sutherland, que se había llevado una gran alegría—. Argyll tomará nota, ¿no? —añadió, con malicia, refiriéndose a otro duque escocés con el que mantenía una rivalidad.

William suponía que todo el mundo iba a tomar nota. Se preguntarían cómo era posible que un soltero como él había llegado a ser el acompañante de las princesas. Y habría caballeros que le darían la enhorabuena con gesticulaciones groseras haciéndole saber que sabían lo que estaba buscando. Él podría pasar sin todo aquello.

Envió un mensaje a Prescott Hall para avisar de que iría a recoger a las princesas gustosamente, aunque lo último había sido un añadido de Ewan sin su consentimiento, y que tenía carruaje propio, gracias.

No era tan grande y lujoso como la carroza real, pero había trasladado en numerosas ocasiones a su padre, que era duque, así que él pensaba que valdría perfectamente. Ewan también había reescrito la nota sin aquella última parte.

William se vistió como si fuera a encontrarse con su hacedor, con cuello rígido, pantalón bien planchado y un elegante abrigo. Pidió que pusieran a punto los caballos y el carruaje y que el cochero estuviera preparado.

Cuando Ewan lo avisó de que todo estaba listo, William se puso en camino hacia Prescott Hall con toda la pompa y la circunstancia que exigían dos princesas.

El mayordomo lo condujo desde el vestíbulo a una pequeña salita y, al poco tiempo, la princesa Amelia entró sonriendo por la puerta y lo miró de pies a cabeza.

—Buenas tardes, milord.

—Su Alteza Real —dijo él, e hizo una reverencia.

La sonrisa de la princesa se volvió seductora. Se acercó a él y le rozó las piernas con la falda.

—¿Se acuerda de mí ahora, lord Douglas?

Qué coqueta era. Lo que él recordaba era que antes, aquella muchacha parecía un ratón, que no era más que una sombra en su memoria.

—Sí, sí. Es usted Su Alteza Real, la princesa Amelia de Wesloria. ¿Va a venir su hermana?

—Por supuesto que va a venir Jussie. Me ha pedido que le haga compañía mientras espera.

Él enarcó una ceja.

—¿De verdad?

—*Je*.

—No la creo.

La princesa Amelia dio un jadeo.

—Debería tener más cuidado, milord.

—Tú también, Amelia. Todavía no sabemos cuáles son las intenciones de su señoría.

Ninguno de los dos había oído entrar a la princesa Justine, y se sobresaltaron como si fueran amantes culpables. Al instante, William hizo una reverencia.

—Buenas tardes, Su Alteza Real.

—Milord —dijo ella.

Llevaba un vestido de terciopelo rojizo y rosa, con un poco de verde de Wesloria prendido en una manga y sus pechos, algo que él notó sin poder evitarlo, eran dos montículos perfectos de color crema.

Parecía que iban a escapársele del corpiño en cualquier momento. Según su observación, nacida de sus muchos años de estudio, las mujeres más difíciles siempre eran las más atractivas.

—Me ha acusado de flirtear con él —dijo la princesa Amelia.

—¡Eso es absurdo! —exclamó Justine—. Podría ser tu padre.

—¿Cómo? —preguntó William, tartamudeando—. No tengo edad para eso.

—¿Es más viejo? —preguntó ella, con una sonrisa, la muy descarada—. Bueno, Douglas, aquí estamos. Todos arreglados para ir a ver una galería de pintura.

—Si me permite decirlo, el efecto es bastante agradable.

Ella lo miró con incertidumbre. Estiró un brazo, con la palma de la mano hacia arriba, y dijo: —¿Torrin?

Al instante, apareció un sirviente con una capa de seda. Justine se puso de espaldas al hombre para que pudiera ponérsela en los hombros, mientras seguía mirando fijamente a William.

—Necesitaremos también nuestras capotas.

Bardaline debía de estar esperando aquella petición escondido en algún lugar, porque apareció con una capota verde y blanca y otra de color dorado. Le lanzó a William una sonrisita de comadreja y él decidió, en aquel mismo instante, por principio, que Bardaline no le gustaba nada. Se dio cuenta de que Justine se echaba ligeramente hacia atrás cuando el hombre se acercó para decirle algo al oído.

—Gracias —dijo ella.

Tomó su capota, se la ajustó en la cabeza y se ató la cinta bajo la barbilla, con destreza, en cuestión de segundos. Amelia también se puso su capota y, acto seguido, fue a mirarse al espejo de cuerpo entero que había en una de las paredes.

—Le agradezco mucho su amable invitación —dijo Justine, con cortesía.

—¿De veras? No parecía eso la última vez que hablamos.

—¿No? Bueno, pues mi hermana y yo estamos deseando ver los cuadros.

—El duque de Sutherland también está deseando que vean sus pinturas. Tengo un carruaje.

—Excelente. Entonces, ¿nos vamos?

—Por favor.

Las princesas atravesaron el vestíbulo acompañadas por Bardaline, que iba diciéndole cosas en voz baja a Justine. Cuando salieron a la calle, Amelia se quedó mirando el carruaje, que llevaba como adorno el escudo de los Hamilton en la puerta.

—¿Es este? No es muy grande, ¿verdad? En Wesloria, los carruajes

son más grandes.

—Estás pensando en los carruajes reales, Amelia —le dijo Justine—. Este no lo es.

William miró su vehículo. Solían ser de un tamaño estándar. Si fuera más grande, necesitaría un tiro de seis caballos para poder llevar a aquellas dos a St. James.

Dos guardias weslorianos salieron a caballo y se situaron detrás del carruaje. Uno de los lacayos de William saltó al suelo desde su puesto, en la parte trasera del coche, y bajó una escalerilla para que las damas pudieran subir a la cabina. Cuando las dos estuvieron sentadas en el interior, Justine se asomó y miró a William.

—¿Va a viajar con nosotras? —le preguntó.

Bueno… pues sí. Él las había invitado y había proporcionado el carruaje.

—¿Preferiría que fuera en la parte de arriba? —inquirió él, con sarcasmo.

Al oír la pregunta, la princesa sonrió de forma diabólica.

—Lo que más le convenga, milord. Más bien, pensaba que querría aprovechar la oportunidad para ofrecernos sus múltiples consejos sobre todo tipo de asuntos —dijo, con los ojos muy brillantes.

—Creía que a usted no le gustaban mis consejos, ni los necesitaba.

—¡Así es! —exclamó ella, alegremente—. Pero tenía asumido que usted nos los daría, de todos modos.

Él hizo una reverencia.

—Creo que se me da mejor ofrecer consejos en el momento en que son necesarios.

Ella se echó a reír.

—Bueno, eso sería una novedad.

—¿Nos vamos? —preguntó la princesa Amelia, desde el interior del carruaje.

La princesa Justine siguió sonriéndole con satisfacción. En realidad, había un consejo que sí podría darle en aquel preciso instante: que dejara de sonreírle así. Conseguía que se sintiera… inseguro.

Justine se inclinó hacia atrás y desapareció de su vista. Con un suspiro, él subió por la escalerilla con intención de entrar en la cabina, pero se encontró con un problema: las dos princesas estaban sentadas frente a frente, ocupando con sus voluminosas faldas los dos asientos.

—¿Qué está haciendo? —le preguntó la princesa Amelia—. No hay sitio suficiente.

—Amelia, ven aquí —le dijo Justine a su hermana, dando unas palmaditas en el asiento, a su lado.

La princesa dio un resoplido, pero obedeció. Las dos se sentaron juntas, pero sus faldas llenaban todo el espacio disponible.

William se colocó en el asiento contrario a la marcha. La princesa Amelia chasqueó la lengua con fastidio y miró fijamente sus largas piernas.

—Me está aplastando la falda.

Él tuvo unas terribles ganas de contestarle que su dichosa falda estaba ocupando todo el interior del coche, pero dijo: —Le pido disculpas.

Después, colocó las piernas lo más lejos posible de la falda, pero el resultado fue que aplastó la falda de Justine. Ella suspiró audiblemente.

Cuando el carruaje comenzó a moverse, él intentó no aplastar nada más, pero era imposible. Justine siguió mirándolo; claramente, se estaba divirtiendo. Era evidente que notaba su incomodidad, y a él no le gustaba. El coche tomó una curva y él estuvo a punto de caerse del asiento por no aplastar las faldas, y Justine sonrió con deleite.

—Está muy contenta, Su Alteza Real —gruñó él.

—¡Ah, sí! —dijo ella—. Supongo que sí. Después de todo, he salido de Prescott Hall.

—La tienen allí prisionera —dijo Amelia, con gravedad.

—¿Quién? —preguntó él, desconcertado.

—Los vigilantes —respondió Justine, en un tono sombrío, y su hermana y ella se echaron a reír—. Me tienen vigilada a todas horas, sin nada que hacer. Ni siquiera tengo la compañía de un perro.

—Yo te hago compañía, Jussie —dijo la princesa Amelia.

—Sí, pero tú sales mucho, cariño. Debería haberme empeñado en traer a Bear.

—Te lo dije —respondió Amelia—. Pero tenías razón. El viaje habría sido muy duro para él.

—¿Bear? —preguntó William.

—Es uno de mis perros —dijo Justine, y suspiró—. Bueno, ahora no importa —añadió. Miró a William con la cabeza ladeada y preguntó—: ¿Le gusta la pintura?

—¿A mí? Sí, mucho.

—¿Cuánto? —preguntó la princesa Amelia, mirándolo dubitativamente.

—No sé cómo responder a eso con exactitud, pero he seleccionado cuadros para la residencia de mi familia.

Las hermanas se miraron la una a la otra. La princesa Amelia puso los ojos en blanco. Era imposible satisfacer a aquellas dos.

—Una vez me pasé todo un día en la Gran Galería del Louvre,

intentando verlo todo.

Era un día frío y lluvioso, pero él se había quedado maravillado de todo el talento que había visto en aquellos cuadros. ¿Cómo podía conseguir alguien capturar la forma en que un rayo de sol iluminaba la cara de una mujer?

—Oh —dijo Justine—. Hace mucho tiempo que quiero ir a París y visitar los museos. ¿Es tan maravilloso?

—Sí, ciertamente. Seguro que podrá hacerlo cuando sea reina —dijo él—. Una visita de estado. Los encargados estarán encantados de mostrárselo todo. Merecerá la pena para usted, si le gustan los grandes pintores.

—A mí no se me ocurre nada más aburrido —dijo Amelia, con cansancio.

—¿Pinta usted, milord? —le preguntó Justine.

—Muy mal. No hay esperanza para mí.

—Bueno, pues eso es algo que tiene en común con Justine —dijo la princesa Amelia—. Ella también pinta muy mal.

—¿Disculpa? —preguntó Justine, riéndose debido a la sorpresa.

—¡Es terrible, Jussie! ¡Es que no ves tres en un burro!

Justine se echó a reír, aunque se ruborizó un poco. Se encogió de hombros.

—Es cierto. No veo nada de cerca —dijo, y dio unas palmaditas a su bolso—. Tengo unos anteojos por si se da una emergencia, pero me han dado instrucciones estrictas de que no me los ponga para no echar por tierra cualquier oportunidad de encontrar marido.

Su hermana y ella se echaron a reír.

William no sabía lo de los anteojos, y no entendía por qué no le permitían ponérselos. Lo único que sabía era que la princesa se ponía preciosa al reírse. Era… adorable.

—Si la pintura no es uno de sus talentos, milord, ¿qué talento tiene usted? —le preguntó Justine.

—Eh… no creo que haya nada obvio.

Quizá su mejor talento, en aquel momento de su vida, era impedir que su padre arruinase por completo a la familia.

La princesa chasqueó la lengua.

—Tiene que haber algo que se le dé muy bien.

—Se me dan bien muchas cosas —dijo él, con una mirada significativa—. ¿Qué es lo que le gusta a usted?

—¡La esgrima! Cuando era más joven, quería ser una guerrera como mi antepasada, la reina Elena.

Él no creía que pudiera ser una guerrera valiéndose solo de una espada. Bueno, de un florete, perdón.

—Bueno, yo ya he respondido, ahora le toca a usted.

—De acuerdo. A mí se me da muy bien adiestrar a perros pastores.

Justine y su hermana se miraron. Amelia se echó a reír.

—Eso es una tontería.

—No, no lo es —dijo él, a la defensiva—. Creo que no hay nada más bucólico que un rebaño de ovejas pastando en un campo, y nada más artístico que el perro que las pastorea. Es cierto que los perros pastores nacen para ello, pero necesitan un poco de adiestramiento. Cuando yo era pequeño, pasaba todo el tiempo que podía con los pastores, y de ellos aprendí a enseñar a los perros.

Sinceramente, los mejores recuerdos que tenía eran de una época más sencilla. Nunca había sido tan feliz como a los doce años, con cuatro perros a los que adiestrar. Había seguido con aquella afición hasta que se había ido al continente por primera vez.

—Ojalá yo tuviera tanto entusiasmo por una tarea como adiestrar perros —dijo Justine, con melancolía.

—Son unos animales sorprendentes, muy tenaces —dijo William—. Entonces, ¿a usted también le gustan los perros?

—Los adoro. El palacio de Rohalan está lleno de perros. Pero, si a usted le gustan los perros y las ovejas, ¿por qué siempre está en los salones? ¿No debería estar en Escocia, ocupándose de sus rebaños?

—Sí, ojalá pudiera, pero no es tan fácil, ¿no cree? Eso conlleva ciertas responsabilidades.

—¿Ser pastor? —preguntó la princesa Amelia, con desdén.

—No, ser el tipo de pastor que yo tendría que ser. Conlleva responsabilidades con respecto a los deberes para con el patrimonio familiar, y en la familia hay diferentes opiniones para todo. ¿Verdad?

—Sí —dijo la princesa Justine, al instante—. Yo entiendo un poco de eso.

—Estoy seguro de que lo comprende. Mucho mejor que yo, de hecho.

De repente, la princesa Amelia dio un grito de alegría.

—¡Cuánta gente! ¿Qué es ese sitio?

Justine se inclinó hacia delante para mirar por la ventanilla. William la imitó.

—Sí, es Stafford House —dijo.

Había muchísima gente por la pradera de césped que había delante de la residencia. De repente, la princesa Justine se dejó caer hacia atrás para apoyarse en el respaldo del asiento. Le lanzó a William una mirada fulminante.

—Dijo usted que sería una pequeña recepción.

—Se suponía que iba a serlo, sí.

—¿Y qué ha ocurrido?

Parecía que estaba frenética. Era un cambio muy sorprendente, teniendo en cuenta la fluida conversación que acababan de mantener hacía unos instantes.

—Creo que se ha corrido la voz de que va a asistir usted, Su Alteza Real. Muchas de estas personas no han visto ni siquiera a su propia reina y, mucho menos, a una princesa extranjera que está en busca de un rey…

—¡No de un rey, sino de un príncipe consorte!

Él enarcó una ceja.

—Le pido perdón.

Tenía ganas de echarse a reír, pero ella estaba demasiado nerviosa, y él no sabía qué pensar.

—¿Le sorprende ser objeto de interés? Seguramente, Sutherland dirá que son visitantes distinguidos, pero yo los llamaría «mirones». Están deseando ver a dos princesas jóvenes, solteras y bellas.

Justine respiró profundamente.

—Dios sabe cuántos más habrá dentro de la casa.

—Espero que haya cientos —dijo la princesa Amelia, con entusiasmo, mientras el carruaje entraba por las puertas de la verja.

—Oh, no —murmuró Justine.

Su reacción era alarmante.

—¿Le ocurre algo? —preguntó William.

—¿No se lo ha dicho nadie? —preguntó Amelia, mientras el carruaje se acercaba a la entrada principal de la casa—. Mi hermana se pone enferma entre las multitudes.

William miró a Justine. La princesa estaba muy pálida.

—No me pongo enferma —dijo ella, y tragó saliva—. Lo único que pasa es que no me gustan las aglomeraciones, nada más. Me resultan asfixiantes. ¿Podríamos abrir la ventanilla, por favor? Necesito aire.

William la miró con incredulidad. No lo entendía, pero parecía que aquella mujer, que estaba tan segura de sí misma en Prescott Hall, estaba a punto de desmayarse.

Y, entonces, se desmayó.

Capítulo 8

Justine no se había desmayado. Estaba intentando respirar profundamente, tal y como le había enseñado *monsieur* DuPree, y le resultaba más fácil hacerlo con la cabeza apoyada en el respaldo y los ojos cerrados.

—¡Su Alteza Real! ¡Justine! —exclamó William, bruscamente.

Notó su mano en la mejilla y abrió los ojos. Él tenía una mirada de preocupación, y ella no quería eso.

—¡Ya basta! —le espetó, y le apartó la mano dándole unas palmaditas.

Él retrocedió, sorprendido.

—Pensaba que…

—Ya le he dicho que se pone enferma —dijo Amelia.

Justine tomó aire de nuevo.

—Ya está bien, Amelia. Deja de decir eso. Estoy bien.

Sin embargo, la ansiedad se había apoderado de ella. Le horrorizaban las ocasiones como aquella. Sabía que la gente se le acercaría, la estudiaría, incluso la tocaría. Tuvo un escalofrío.

La primera vez que había sufrido una crisis como aquella tenía nueve años. Había salido con su padre a las calles de St. Edys. Se habían reunido muchos ciudadanos que querían verla y, de repente, se vio entre una multitud de gente que empezó a empujar. Era una oleada de personas que querían tocarla, acariciarle el pelo y la cara. No podía recordar mucho, pero sí el terror que había sentido, los gritos que surgieron de su garganta. Los guardias se la habían llevado a un lugar seguro.

Durante las semanas posteriores, tuvo pesadillas en las que la secuestraban. Su padre había tenido un hijo antes de tenerlas a ellas, y aquel niño había sido secuestrado de su cuna en medio de un intento de golpe de estado. No había cumplido un año, y no volvieron a verlo. Saber todo eso no la ayudaba.

Ya de adulta, no temía que la secuestraran… pero siempre se ponía nerviosa entre grandes multitudes. La gente trataba de acercarse, de

tocarla. Le gritaban, le pedían. Toda aquella atención avivaba sus inseguridades. ¿Qué veían en ella? ¿La veían segura, como a la reina Elena, o veían a una joven timorata que no tenía la fortaleza suficiente para ocupar el trono?

Las respiraciones acompasadas fueron calmándola poco a poco. Se dio cuenta de que Douglas seguía mirándola con preocupación. Eso la mortificó.

—Por favor… No me haga caso.

No quería mirarlo a la cara, porque le molestaba que él la viera así. En realidad, ella no quería que él viajara en la cabina, con ellas, porque no quería ver su cara de petulancia. Pero, curiosamente, quería que él quisiera ir en la cabina…

Bueno, estaba muy confusa acerca de lo que quería, pero sabía que no quería lo que estaba sucediendo.

—Vienen los lacayos —dijo Amelia, con emoción.

A los pocos segundos, se abrió la puerta del carruaje, y las dos hermanas se echaron hacia atrás en el asiento. Douglas miró con inseguridad a Justine y bajó de la cabina. Un momento después apareció una mano enguantada, unida a un brazo cubierto de lana de primera calidad, y se estiró por la abertura de la puerta, con la palma hacia arriba.

Amelia no vaciló. Se agarró a la mano y salió del coche. Desapareció del campo de visión de Justine.

Ella tomó aire una vez más.

—Es tu primera aparición en público después de diez años. No seas tan boba —se dijo, en voz baja.

Se recogió la falda del vestido y se movió hacia la puerta. Al asomarse, vio que Amelia estaba a pocos metros, saludando. Saludando con la mano, como si todos ellos fueran amigos.

La mano apareció de nuevo, y ella la agarró. El dedo gordo de aquella mano se posó sobre sus nudillos y la sujetó con firmeza mientras bajaba. Cuando tuvo los dos pies en el suelo, intentó soltarse, pero William le apretó los dedos y la obligó a mirarlo.

—¿Mejor?

—Sí, perfectamente.

Tiró de la mano para liberarse y trató de convencerse de que el cosquilleo que había sentido al notar que él le apretaba los dedos no se había producido. Y, entonces, se le olvidó todo, porque vio la casa, y las ventanas abiertas, y la gente que se había agolpado para verla.

No se había imaginado que la residencia fuera tan grandiosa, pero lo era. Tenía tres pisos y era tan larga y cuadrada como los dos palacios que la flanqueaban, Buckingham al sur y St. James al norte.

La entrada se sustentaba en columnas griegas, tan grandes, que la gente que había en el pórtico parecía diminuta. Y, como estaba en el borde de Green Park, era casi como si estuviera en el campo.

—¿Es que aquí todo el mundo vive en un palacio? —murmuró Justine.

—Oh, sí, los miembros de la alta sociedad de Londres viven como si fueran reyes y reinas —respondió Amelia—. Cada casa es más grande que la anterior.

—Ese es Sutherland —dijo William—. El más alto.

Acababa de aparecer un hombre en el pórtico. Sacaba una cabeza de altura a todos los que le rodeaban. Se detuvo en la parte superior de las escaleras que descendían al camino de entrada y, aparentemente, empezó a preparar un séquito de damas y caballeros para que lo siguieran.

—Ay —dijo Justine, porque no se le ocurrían las palabras más adecuadas para saludar.

A su espalda, el carruaje comenzó a alejarse, y ella perdió toda esperanza de poder escapar.

—¿Vamos? —le preguntó William—. ¿O prefiere quedarse en el camino y que vengan a recibirla, como princesa real que es usted?

—En realidad, me gustaría volver a Prescott Hall.

—¡No seas tonta! Va a ser divertido —dijo Amelia.

—Yo sugiero que sigamos adelante. Cuanto más lo piense, peor será —dijo William, y le ofreció el brazo—. Dicen que el truco es no pensárselo dos veces.

—¿Es usted experto en vencer la reticencia? —le espetó Justine.

No quería hablarle así, pero era lo que le ocurría cuando se sentía tan perdida.

Él se lo tomó con calma.

—No, pero tengo mucho sentido común. Agárrese a mi brazo antes de que Sutherland se tire por las escaleras y la tome de la mano.

Ella se agarró con rigidez al brazo de William, y con demasiada fuerza. Carraspeó y alzó la barbilla.

—¿Se da cuenta de que la gente podría pensar algo por vernos agarrados del brazo?

—Horror de los horrores. Pero sería un poco raro que usted avanzara a solas, como si fuera a arrojarse a la batalla.

—Por el amor de Dios, respira —le dijo Amelia—. Ofrézcame el brazo a mí también, Douglas, y así iremos en forma de alegre trío, y nadie sacará conclusiones.

La princesa se agarró de su brazo con naturalidad, como lo hubiera hecho con su padre o con algún pariente o amigo, y se inclinó hacia él

en busca de apoyo.

Ojalá ella pudiera estar tan relajada, pensó Justine.

—Señoras —dijo William, y comenzó a caminar hacia la escalinata.

Sutherland, después de haber organizado su grupo de bienvenida, había empezado a bajar los escalones, pero se detuvo a medio camino para reorganizarlos.

—No es necesario que se muestre tan disgustada por ir de mi brazo —murmuró William, mientras esperaban a que Sutherland dirigiera a sus invitados.

—Tampoco es necesario ser tan engreído por llevar a una princesa de cada brazo —murmuró ella.

—¿Es que le parece que tengo cara de engreimiento? No, señora, lo que ve en mi semblante es un dolor incómodo por tener que visitar una galería en estas circunstancias. Y, si me permite que se lo diga, mi expresión de fastidio está superada, con mucho, por la suya. Por lo menos, podría evitar que parezca que la he traído arrastrando hasta aquí.

—Que Dios me ayude, pero no iba a decirme lo que tengo que hacer, ¿es que ya lo ha olvidado? —preguntó ella, aunque lo hizo con una sonrisa.

—Oh, no, no he olvidado ni una sola palabra de lo que me ha dicho, se lo juro, y le juro sobre las tumbas de mis antepasados que nunca lo haré. Buenas tardes, Sutherland —dijo, en voz alta.

Sutherland se giró en el escalón.

—¡Bienvenidos, bienvenidos! —respondió el duque, y comenzó a bajar de nuevo.

—¿Por qué está tan contento? —susurró Justine—. ¿Acaso le ha dicho que soy una gran aficionada al arte? ¿O que no tengo pretendientes, pero que los necesito?

William dio un resoplido.

—No hay un solo hombre en Londres que no lo sepa. ¿Por qué cree que han venido? Conozco a Sutherland, y quiere dejarla extasiada con todo lo que tiene y todos aquellos a quienes conoce.

Justine estaba empezando a angustiarse de nuevo.

—Deja de quejarte ya —le ordenó Amelia—. Yo estoy muy contenta de poder conocer a toda esta gente tan interesante.

A toda aquella gente… Justine notó que se le formaba un nudo en la garganta. Estaba tan obsesionada con los que se habían asomado a las ventanas que casi no se dio cuenta de que Sutherland bajaba el último escalón y se situaba ante ella.

—¡Lord Douglas! —exclamó el duque, mientras su séquito se arremolinaba a su espalda.

Hizo una reverencia teatral, estirando una pierna; cuando se incorporó, sonrió a Justine.

—Su Alteza Real, es un gran honor contar con su presencia.

—Es usted muy amable —dijo Justine. Se sintió orgullosa de que no le temblara la voz—. Gracias por su invitación. ¿Me permite que le presente a mi hermana, la princesa Amelia?

Amelia se colocó delante de William para acaparar la atención.

—Excelencia —dijo, de un modo encantador, y le tendió la mano al tiempo que inclinaba la cabeza, casi como si pensara que Sutherland podía ser un pretendiente. Justine no esperaba que William y ella intercambiaran una mirada al ver la coquetería de Amelia, pero lo hicieron, y eso fue una sorpresa para los dos.

Sutherland avanzó tan rápidamente, con tanta energía, que Amelia dio un paso atrás instintivamente. De haber estado allí, su madre le habría dado un pellizco. Justine se dijo que después iba a recordárselo para poder reírse. «Una Ivanosen permanece firme como una roca ante cualquier desafío».

Sutherland le dio la mano y se inclinó sobre ella, y le dio la bienvenida a su casa. Después, rápidamente, la soltó y se hizo a un lado para poder ver mejor a Justine.

—Oh —murmuró ella, y tuvo que contenerse para no dar también un paso atrás.

—Su Alteza Real, cómo me alegra que haya venido a ver la galería de cuadros —dijo Sutherland—. Ya verá como tenemos una de las mejores colecciones de Londres. ¿Me permite que le presente a mi hija? —preguntó, e hizo un gesto en el aire. No apareció nadie, así que el duque sonrió y la llamó—. ¡Constance!

Una joven estaba intentando abrirse paso entre la gente, y consiguió llegar hasta ellos justo cuando Sutherland se daba la vuelta para buscarla. Sin querer, le golpeó un hombro con el codo.

La muchacha se llevó una mano al hombro.

—Ay —murmuró. Y, con un gestó de dolor, hizo una reverencia.

—Mi hija, *lady* Constace —dijo Sutherland, y la señaló con orgullo, como si fuera una de sus obras de arte.

—Por favor —dijo Justine, para indicarle a la muchacha que se incorporara.

Lady Constance sonrió.

—Es un honor —dijo.

Tenía el pelo oscuro y era muy menuda. Parecía que tenía unos cuantos años menos que Amelia y que ella.

—A mi hija le encantaría enseñarle el interior de la casa a la princesa Amelia, si es de su agrado —dijo Sutherland, inclinándose

hacia Justine. Ella, sin poder evitarlo, se acercó aún más a William y se chocó con él—. Han venido muchas de sus amigas y hemos pensado que a Su Alteza le gustaría conocerlas —explicó, y sonrió con expectación, como si estuviera esperando la aquiescencia de Justine.

Amelia dio un saltito hacia delante.

—Me encantaría.

—¡Maravilloso! —exclamó Sutherland, sin dejar de observar a Justine—. ¿Constance?

De nuevo, hizo un gesto en el aire para indicarle a su hija que podían marcharse, y las dos jóvenes subieron las escaleras. Justine vio que desaparecían entre el gentío, y se sintió acalorada al no poder ver a su hermana. Saber que Amelia estaba cerca la ayudaba a calmar los nervios y, sin ella, aquellos mismos nervios se ponían de punta.

—Si me lo permite, Su Alteza Real, yo la acompañaré dentro. Me temo que hay bastante gente. La curiosidad por la princesa heredera al trono de Wesloria es muy grande.

—¿Cómo? No tanta gente, espero.

—Es usted una invitada muy importante, sin duda —dijo el duque, jovialmente—. Todo Londres me ha pedido una invitación.

Sutherland se echó a reír de nuevo, como si todos debieran divertirse por el hecho de que tanta gente quisiera una invitación para poder mirarla con la boca abierta.

—Yo…

—¿Sí? —preguntó él, inclinándose hacia ella, ávido por oír lo que tuviera que decir la princesa.

—Me pregunto si tiene un poco de vino o champán —balbuceó Justine.

—¡Por supuesto que sí!

Al ver que el duque se movía como si quisiera desplazar a William, ella se alarmó. Sin embargo, William no cedió su sitio.

—Si no te importa, viejo amigo, yo me encargo de la princesa, ¿de acuerdo?

En aquella ocasión, cuando William le ofreció el brazo, ella lo tomó sin vacilación. Si no podía estar con Amelia, él era la segunda mejor opción.

Sutherland no se amedrentó. Se colocó al otro lado y caminó a su lado mientras subían las escaleras, parloteando sobre la casa y los terrenos, haciendo gestos amplios con los brazos para señalarle esto o aquello. En una de las ocasiones, estuvo a punto de darle un golpe con el brazo, y ella tuvo que agachar la cabeza para esquivarlo. Al hacerlo, le golpeó el hombro a William. Cuando llegaron a la puerta de la casa, el duque tuvo que apartar a algunas de las personas que bloqueaban el

paso.

—¡Dejen sitio, dejen sitio! —gritó.

William se inclinó hacia ella y le susurró:

—¿Debo interpretar ese pequeño golpe como una muestra de flirteo, o como una señal de angustia? Me gustaría conocer la diferencia, por si vuelve a ocurrir.

—¿Flirteo? —respondió ella, en voz baja—. Puede que este hombre me deje el ojo a la funerala antes de que acabe la tarde.

William se echó a reír discretamente, y a ella le pareció un sonido reconfortante. No quería sentir ninguna afinidad por él, pero, al mirarlo y ver su perfil fuerte, la sintió sin poder evitarlo. Y se sintió un poco más segura. Tal vez, bastante segura. ¿Cómo había llegado a eso?

—Gracias —dijo.

—¿Disculpa?

—He dicho que gracias.

—Pero si no he…

Ella le dio un pellizco a través de la lana de la manga. Él puso su mano sobre la de ella y se la apretó.

—De nada —dijo, y apartó la mano—. Debería haberte avisado.

—¡Por aquí! —exclamó Sutherland, con entusiasmo, haciéndoles un gesto para que siguieran adelante.

William la llevó hacia la puerta.

—¿Y por qué no me avisaste? —murmuró ella.

—En realidad, no lo sé. Me gusta ver las muchas expresiones que se reflejan en tu cara.

—Por aquí, señora, por aquí —dijo Sutherland, y giró para entrar a un corredor ancho. Justine y Douglas lo siguieron.

—Imposible —susurró Justine—. Yo no dejo entrever mis sentimientos. Me ha enseñado un soberano, William. Hay que impedir que las emociones afloren.

—Ah, qué delicioso suena mi nombre pronunciado con ese precioso acento wesloriano. Me gusta mucho. Me imagino que tú sientes el mismo agrado cuando oyes Justine pronunciado por un escocés.

—*Mein Gott* —dijo ella.

Quería decirle que no, pero lo cierto era que el acento escocés le producía un pequeño cosquilleo de deleite.

—¿No te han dicho nunca que te agarras muy fuertemente, Justine?

Justine miró su mano, y se dio cuenta de que le había clavado los dedos en la manga.

—¡Aquí estamos! —dijo Sutherland, con ímpetu, a las puertas de la

galería. Se inclinó hacia delante y añadió—: Su Alteza Real, princesa Justine, ¿me permite que le presente a mi esposa, *lady* Sutherland?

Y Justine tuvo que soltarse del brazo de William para que empezara una ronda de muchas, muchas presentaciones. Como no podía agarrarse a él, empezó a juguetear con su pulsera de oro, dándole vueltas. Se vio rodeada de muchos desconocidos que la observaban con curiosidad, y oyó muchos nombres y muchas palabras dirigidas a ella.

Alguien le puso una copa de champán en la mano. Casi no podía sentir el cristal; parecía que había perdido el tacto. Sin embargo, bebió más de lo que era aconsejable con el estómago vacío. Sutherland llevó a Justine por la galería, y sus invitados los siguieron moviéndose a su alrededor como si todos fueran parte de un gran organismo, impidiéndole ver los cuadros. Justine se tomó todo el champán y miró a su alrededor en busca de otra copa.

Una mano enguantada apareció delante de ella, con la palma hacia arriba. Ella depositó la copa allí y dijo:

—Más, por favor.

—Vaya, parece que no exageráis en cuanto a vuestra incomodidad —susurró William, mirándola con el ceño fruncido—. Si no te importa que te lo diga, tienes los ojos un poco vidriosos. Tal vez no sea la mejor idea tomar más champán.

—¿Por qué me estás hablando como mi madre? Por favor, tráeme más.

No pudo esperar a que él le dijera que sí, porque el río comenzó a moverse de nuevo. Pero siguió mirando por encima de su hombro hacia atrás, para ver si William seguía cerca.

Y así era.

Por si tenía alguna duda, notó su mano en la espalda en un par de ocasiones. Fueron roces, nada más, pero le transmitían que él estaba allí. Y, entonces, como por arte de magia, apareció la copa de champán que había pedido. Sonrió a William con gratitud.

Él chasqueó la lengua y señaló las puertas de la galería que daban a los jardines, y que estaban abiertas de par en par.

—Te lo traigo solo porque me da miedo que explotes. Pero no soy un sirviente.

—Te lo he pedido por favor.

—Bueno, y con un poco de expectación.

—¡Y esto, Su Alteza Real, es la galería de pintura! —anunció Sutherland, cuando terminaron de recorrer la enorme sala—. ¿Qué le ha parecido?

Casi no había podido ver ningún cuadro.

—Umm… —murmuró, asintiendo, y dio un buen sorbo de champán para tomar fuerzas—. Es magnífica, Excelencia.

—Sí, lo es, lo es —dijo él, con entusiasmo—. Su Alteza Real, por favor, ¿le importaría situarse aquí? Desde este punto se disfruta de la mejor vista de la galería.

Señalaba una estrella de marquetería que había incrustada en la tarima del suelo. Comenzó a apartar a la gente que estaba sobre ella para que permitieran a la princesa ver las obras.

William permaneció a su lado mientras Sutherland guiaba a sus invitados. Se agarró las manos a la espalda y se fijó en un cuadro.

—A Sutherland le gusta pensar que es un bróker.

A ella casi se le había terminado el champán. Le temblaban ligeramente las manos cuando se llevó la copa a los labios, y él se dio cuenta.

—¿Un marchante de arte?

—Eso también, probablemente.

Justine tragó rápidamente el champán que acababa de tomar.

—¿A qué te refieres?

—A que estaría encantado de participar en cualquier acuerdo matrimonial al que pudieras llegar.

Aquello era tan asombroso, y tan poco de la incumbencia de Sutherland, que Justine se tomó de golpe lo que le quedaba de champán.

—¿Su Alteza Real? Por aquí —le dijo Sutherland de nuevo, después de despejar la estrella del suelo.

—Si tienes la oportunidad, ve a ver el *rubens* que hay en la pared del sur. Creo que es el retrato de una antepasada tuya. Y ten cuidado, Justine —murmuró William, mirando a su anfitrión—. Como amigo, tengo que advertirte que no confíes en un caballero solo porque te dedique bonitos cumplidos.

Justine se quedó mirándolo boquiabierta, pero él ya se había alejado unos cuantos pasos y estaba admirando una escena bíblica.

Sutherland, que debía de haberse impacientado, apareció de repente a su lado y volvió a inclinarse hacia su persona.

—La vista de la galería es perfecta desde la estrella —dijo él, señalándola.

Justine no creía que la vista pudiera ser mejor que desde el sitio en el que se encontraba, pero fue hacia el duque y se quedó en medio de un círculo de gente que la miraba a ella más que a los cuadros. Intentó escuchar a Sutherland, porque quería ser una invitada modélica, pero el champán le había alterado los nervios y solo podía pensar en su conversación con William Douglas. ¿Cómo se atrevía a insinuar que lo

sabía todo sobre ella, que sabía lo que ella pensaba de cualquier caballero? Douglas no podía saber a cuántos caballeros conocía en una sola semana, ni cómo los recibía.

Sin embargo, lo que realmente le había molestado era que, probablemente, él tenía razón. Que a ella sí le gustaban los elogios bonitos. Eso la enfurecía tanto que, de no haber bebido champán, se habría encarado con él y le habría exigido una disculpa.

Tomó otra copa de la bandeja de un lacayo y siguió dando sorbitos mientras Sutherland le señalaba los distintos cuadros. Aunque todas eran obras de arte sublimes, no podía apreciarlas en toda su belleza. Estaba acalorada con aquel vestido, y el champán le alteraba los nervios. Le parecía una tragedia no poder pasear por la galería y asimilarlo todo por sí misma. ¡Ver aquel *rubens*! Adoraba la pintura cuando podía verla sin tener que aparentar grandes conocimientos, ni tener cuidado de alabar algún cuadro por encima de otro, sin tener que prescindir de los anteojos para echar un vistazo más de cerca.

¿Dónde estaba Amelia? Había perdido de vista a su hermana, y eso no era bueno. En aquel momento, oyó el tintineo de la risa de Amelia, que provenía de algún lugar de entre la multitud. Por lo menos, no se había fugado con ningún inglés. Por ahora.

Sutherland seguía hablando como si fuera un erudito y, al mismo tiempo, haciendo pausas para presentarle a varios amigos o conocidos. Justine estaba a punto de terminar la tercera copa de champán, cosa poco frecuente en ella, cuando el duque le presentó al conde de Rotham.

El conde de Rotham. Sin poder evitarlo, ella sonrió. Dios Santo, qué guapo era. Era joven y tenía una figura espléndida. Y tenía una sonrisa fácil, simpática. El pelo rizado y rubio, y los ojos muy azules.

—Es un placer, milord —dijo ella, en el mismo tono alegre que hubiera utilizado Amelia. Se quedó asombrada.

—Ah, Rotham. Ha vuelto a Londres.

Justine oyó aquella voz grave y se acordó de que William Douglas era su cuidador. Sintió una punzada de irritación. ¿Acaso tenía la intención de estropear todos los cumplidos bonitos?

—Douglas —dijo el conde, con tirantez.

Después, se fijó de nuevo en Justine y le estrechó la mano que ella le había ofrecido sin darse cuenta, inclinándose sin apartar los ojos de su mirada mientras le rozaba los nudillos con los labios.

—Le pido perdón por decírselo, Su Alteza Real, pero es usted la princesa más bella que he tenido el placer de conocer —dijo, y le soltó la mano.

Justine se echó a reír con deleite. A su espalda, oyó murmurar algo

entre dientes a William.

—Qué amable es usted al decir eso, milord —respondió ella—. Pero ¿ha conocido a muchas princesas?

—Pues sí, he conocido a muchísimas, pero las he olvidado a todas al ver la luz de su sonrisa.

—Por el amor de Dios —murmuró William.

Justine se alejó de él antes de darle una patada y se acercó a Rotham con una sonrisa resplandeciente. Era un hombre muy guapo. Ella sabía perfectamente que solo decía aquellas cosas para ganarse su favor; lo había aprendido del modo más desgraciado al enamorarse de Aldabert Gustav, pero, de todos modos, le gustaba oírlas. ¿A quién no le gustaba que lo admiraran por su aspecto? Sobre todo, a alguien como ella, porque su madre se había pasado la vida comparándola con Amelia. Su madre siempre había dicho que Amelia tenía la belleza y que ella iba a tener el trono, como si esas dos cosas fueran equivalentes. Así pues, no, ella nunca se iba a cansar de que le hicieran unos cuantos cumplidos. Tenía ganas de darse la vuelta y explicárselo a Douglas, pero pensó que prefería seguir contemplando el bello rostro de lord Rotham. El conde sabía que lo estaban admirando. Ella se dio cuenta por cómo sonreía.

—¿Me permite, Su Alteza Real? No sé si todavía ha visto el techo —preguntó él. Se le acercó y miró hacia arriba. Justine lo imitó.

—Es Cupido —dijo el conde, señalando un querubín con un arco y sus flechas, que estaba en la esquina norte—. Y Venus —añadió, y señaló otra figura.

Hablaba en voz baja, como si estuviera contándole un secreto.

Observaron juntos la pintura alegórica y Rotham le señaló algunos detalles más, como un par de perros de caza que estaban escondidos detrás de unas sombras, en otra de las esquinas, y la cara benevolente de una nube.

—Milord… ¿perdón?

Un par de mujeres se habían acercado a Rotham. La mayor miró ansiosamente a Justine y le hizo una reverencia. Sin embargo, se concentró en el conde de nuevo, y no parecía que a él le molestara la interrupción. Rotham sonrió a Justine y dijo:

—Si me disculpa, señora…

Hizo una reverencia y se alejó, con la cabeza inclinada, escuchando hablar a la mujer mayor.

Ella volvió a mirar al techo y terminó su champán. Era consciente de que todo el mundo seguía mirándola.

—Cómo se alegra mi viejo y maltrecho corazón al ver a Rotham tomarse tantas molestias con tu educación artística.

William. Ella siguió mirando al techo.

—Deberías saber que Sutherland y él están metidos en el negocio del acero, y buscan nuevos lugares en los que construir vías de tren —le dijo él, en voz baja—. Me entiendes, ¿verdad?

Justine no apartó la vista del techo.

—Hablo inglés y he entendido todas las palabras. Y lo que deduzco de ellas es que estás peligrosamente cerca de darme una opinión, cosa que te prohibí expresamente que hicieras.

Por fin, bajó la vista y lo miró.

—¿Hay alguna razón para que quieras darme una opinión que no estás autorizado a darme?

—Pues sí. Wesloria sería un buen territorio para esas vías de tren.

—¿Estás insinuando que el único interés de ese caballero para hablar conmigo es poder expandir su negocio ferroviario?

William le miró los labios con los ojos muy brillantes.

—Obviamente, no es el único interés, Justine. Incluso un ciego querría hablar contigo. Eres tan bonita como una rosa y tan elegante como un cisne. Pero lo otro no deja de ser un posible interés que no deberías ignorar.

Sonrió como si acabara de hacerla partícipe de un conocimiento que solo reservaba para sus estudiantes más destacados.

—Eres tan… molesto —dijo ella, con exasperación—. Y estás tan cerca que casi no puedo respirar. A propósito, he reflexionado sobre mi opinión, y sí me gusta cómo pronuncias mi nombre.

—Ya lo sé.

Ella intentó respirar profundamente, pero llevaba demasiado apretado el corsé. O algo así. No sabía cuál era el motivo, pero no podía respirar bien.

Miró a Rotham, que seguía sonriendo de un modo encantador a las dos mujeres que se le habían acercado. Se dio cuenta de que, cuando el conde miraba a la más joven, su sonrisa era la misma que le había dedicado a ella.

—¿Con quién está hablando?

William miró en su dirección.

—Con *lady* Worth y su hija, *lady* Ellen. Me imagino que *lady* Worth está muy preocupada por si el conde consigue tu mano y su hija se queda sin el matrimonio que ella ha estado persiguiendo con tanto empeño. Pero él no tendrá motivos de queja si tú no lo eliges, ya que *lady* Ellen es un partido excelente. Su fortuna no es tan grande como la tuya, evidentemente, ni su título es tan ilustre. Pero es más que suficiente para un hombre como él.

—Bueno, lo mismo podría decirse de todos los hombres que están

en esta galería. Incluido tú.

Él enarcó una ceja.

—No estoy de acuerdo.

—Por favor. Los hombres se casan para medrar, y las mujeres se casan por la riqueza. ¿Crees que no entiendo la oportunidad que sería para él conseguir emparejarse conmigo?

—Creo que tendrías que estar muerta para no saberlo.

—Exacto. Y, que yo sepa, tú estás tan decidido a medrar como Rotham. ¿Debería confiar en ti?

Entonces, él enarcó ambas cejas.

—Sí —dijo, con vehemencia—. ¿Cómo puedes preguntarlo siquiera? Ya hemos hablado de esto. Tu fortuna y tu trono no me interesan.

Ella se encogió de hombros.

—Eso es lo que dices.

—Claro que lo digo. He sido sincero contigo. Te he transmitido mis pensamientos, aunque no fueran halagadores. Además, ¿qué otro remedio tienes, más que confiar en mí?

—En realidad, tengo muy poca elección en eso, como en la mayoría de las cosas. Es irónico, pero, aunque vaya a ser reina, creo que tengo menos capacidad de elección que la mayoría de la gente que pulula por aquí.

Pasó un momento de silencio entre ellos. Al final, él respondió:

—Sí tienes elección. Yo no voy a interferir.

La tomó del codo e hizo que girara hacia él y dejara de mirar al conde.

—Te doy mi palabra de que voy a ser sincero en todo. Pásate la tarde entera en compañía de Rotham, si quieres. Llévalo a casa, si quieres. Mételo en tu habitación y en tu cama, desnudo.

Justine se atragantó con un sorbito de champán.

—Perdón. ¿He herido tu sensibilidad?

—No. No soy tan ingenua como estás empeñado en creer.

—Ah —dijo él—. Ya sé que no eres nada ingenua. Por eso me siento cómodo diciendo sin rodeos lo que pienso, sobre todo con respecto a Rotham. Ahora, mira hacia arriba.

Justine lo hizo. Estaban delante del retrato de una mujer, y ella la reconoció al instante.

—Ana de Austria —susurró, con reverencia.

—¿La conoces?

—Sí.

—Impresiona, ¿verdad? Mira cómo sonríe.

Era el retrato de una antepasada de su madre que había sido reina

de Francia hacía doscientos años. Ella había visto reproducciones, pero William tenía razón: el retrato original era impresionante. La dama llevaba un vestido de terciopelo azul con bordados de perlas. Tenía los labios de un ángel, una sonrisa inteligente y una mirada de astucia.

—Ah, Rubens.

Justine giró la cabeza y sonrió a Rotham.

—Alteza, por favor, discúlpeme por la interrupción. ¿Podría mostrarle un último detalle de los frescos del techo? Hay una pequeña sorpresa en la escena de la esquina más alejada de la galería.

—¡Sí puede! —respondió ella, alegremente—. Solo quisiera hablar un segundo más con lord Douglas antes de que vayamos a verlo.

Rotham hizo una reverencia, se alejó y se puso de espaldas a ellos. Sutherland aprovechó la oportunidad para conversar con él.

Justine se giró hacia William y empujó la copa contra su pecho, obligándolo a tomarla.

—No tienes que preocuparte por mí. Y, ahora, soy yo la que tiene un consejo que darte.

—Por fin —dijo él. Al tomar la copa, le agarró los dedos durante un segundo—. Estoy expectante.

—*Lady* Ellen no te quita los ojos de encima. Pero deberías tener cuidado, porque cualquier joven que demuestre interés por ti estará buscando, casi con toda seguridad, una fortuna.

—¿Cómo dices? —preguntó él, y giró la cabeza para mirar.

Aquel fue el momento que aprovechó Justine para alejarse hacia Rotham de nuevo. No miró hacia atrás para ver si William la estaba observando.

Sabía que sí.

O, por lo menos, esperaba que sí.

Capítulo 9

Como princesa, Justine Ivanosen era desconcertante para William.

En su salón, con los lacayos en sus puestos como soldados de juguete, estaba segura de sí misma y resultaba majestuosa. En el carruaje, él se había quedado convencido de que ella le llevaba ventaja. Sin embargo, allí, en Stafford House, se había transformado en una persona nerviosa e insegura, siempre con una copa de champán en la mano. Si alguien le decía algo gracioso, se reía exageradamente y, al segundo, se inclinaba hacia delante con el ceño fruncido, como si fuera a echarse a llorar.

La futura reina de Wesloria tenía fobia a las aglomeraciones. ¡Increíble! Precisamente ella, que casi siempre iba a verse entre multitudes.

También le resultaba increíble no haberse dado cuenta de eso hacía ocho años, cuando Justine estaba en Londres. La noche del juego de la silla vacía hubiera podido servir para explicar su comportamiento; sin embargo, ella solo tenía diecisiete años, y parecía que las cosas que hacía eran fruto de la inexperiencia.

Se preguntó, distraídamente, cuánto champán habría bebido para soportar la situación, pero por sus mejillas sonrojadas y el mechón de pelo que se le había soltado del peinado y se le rizaba sobre uno de los ojos, estaba ebria. Tenía que intentar que los demás no se dieran cuenta, puesto que no podía permitir que todo Londres empezara a chismorrear que la princesa Justine se había emborrachado y había ido tropezándose por todo Stafford House.

Lo primero que tenía que hacer era conseguirle algo de aire fresco a la muchacha. Sugirió que fueran a dar un paseo por el jardín. Había un estanque pequeño con una hermosa fuente, y todo estaba lleno de flores.

A Sutherland le pareció una gran idea y, tal y como él había imaginado, Justine estaba desesperada por salir de aquella abarrotada sala. Pero el aire libre no logró lo que él esperaba, porque todo el mundo siguió a la princesa heredera, rodeándola con las faldas de

miriñaque y chaquetas oscuras. Él nunca había visto tropezarse a tanta gente a la vez.

Además, cometió el error de no ser lo suficientemente rápido, y Rotham se situó con mucha destreza en el lugar del protector de la futura reina. Varios caballeros más, la mayoría solteros y deseosos de su atención, bajaron corriendo las escaleras de la terraza detrás de ella.

En el descansillo, Justine aceptó el abanico que alguien le ofrecía y empezó a abanicarse la cara con fuerza. Él tuvo la impresión de que algo iba a salir mal, y estaba pensando en cómo sacarla de aquel rellano abarrotado de gente cuando la princesa Amelia apareció de repente a su lado con un brillo inusual. Como no la había visto llegar, la miró con desconfianza; aquel brillo solo surgía después de unas buenas relaciones sexuales, o de una buena comida, o de una buena bebida, y él no se atrevía a adivinar cuál.

—¿Dónde estaba? —le preguntó.

Ella chasqueó la lengua.

—Usted no es mi padre.

—Y ambos lo agradecemos, ¿no? —respondió él, y le ofreció el brazo—. Tómelo.

—¿Qué? —preguntó ella, con altivez, mirando el brazo en el aire.

Sin embargo, obedeció, y él le dijo:

—Tenemos que rescatar a su hermana.

La princesa Amelia dio un gruñido.

—¿Otra vez? ¿Por qué? ¿Qué ha hecho?

—Ha bebido champán. Algo así como un cubo. Y está en medio de una multitud de jóvenes admiradores.

—¿Dónde? —preguntó la princesa, y giró la cabeza.

Entonces, vio a Justine rodeada de gente que, claramente, quería hablar con ella. El grupo ni siquiera había llegado a pisar el césped.

—Tiene razón —dijo ella—. Tenemos que estar cerca de mi hermana.

Los dos bajaron los escalones con la intención de interceptar a Justine y a su acompañante antes de que llegaran al césped. Ella se dio cuenta y los miró desconfiadamente.

Entonces, Rotham se giró y, al ver a la princesa Amelia, le lanzó una sonrisa resplandeciente.

—¡Aquí estás, hermanita! —exclamó Amelia, en voz alta.

La gente le abrió paso para que pudiera reunirse con Justine. Entonces, Amelia proclamó con deleite, para que todos pudieran oírlo, que hacía un día maravilloso para dar un paseo por el jardín, y que estaba muy contenta de ver a su hermana disfrutando.

—Sí —dijo Justine.

A él le pareció que estaba un poco inclinada hacia la derecha. Dios, no estaría a punto de caerse, ¿verdad?

—¿Me permites que te presente a lord Rotham y… —Justine miró a su alrededor, a los hombres que estaban mirando a Amelia, y movió la mano en su dirección—… a sus muchos amigos? Mi hermana, la princesa Amelia.

—Su Alteza Real —dijo Rotham, inclinándose ante ella—. Es un gran honor conocerla.

Avanzó un paso, adelantándose a los demás caballeros que querían llegar hasta ella. Amelia soltó el brazo de William y se movió hacia Rotham con la mano extendida de un modo encantador. Rotham la tomó y, mientras hablaba efusivamente de todo el placer que le proporcionaba el hecho de conocerla, William se colocó junto a Justine.

—¿Estás bien? —le susurró.

—Sí, ¿por qué no iba a estarlo? —respondió ella.

La princesa Amelia señaló el pequeño lago que había un poco más allá, por cuya superficie se deslizaba serenamente una bandada de ocas. Rotham le ofreció el brazo y, al instante, la princesa Amelia y el alegre grupo de caballeros comenzaron a bajar los escalones hacia el césped.

—Estás más pálida que una sábana, y agarras la copa de champán como si fuera el mazo de *croquet* —le dijo él a Justine, mientras los veían alejarse.

Justine se miró la mano y, al darse cuenta de que tenía una copa, se bebió lo que quedaba de champán y le dio la copa a William. Él la tomó y la alejó de sí hasta que un sirviente se acercó a llevársela.

—¿Te gustaría ir con tu hermana y los demás, o prefieres un descanso de las multitudes? —le preguntó, y le ofreció el brazo.

—Gracias, pero no necesito descansos a la hora de cumplir con mi deber, y nunca los necesitaré.

—Eso es una fanfarronería que, seguramente, volverá como un mal resfriado.

En aquel momento, Rotham debió de acordarse de que había estado encandilando a una princesa heredera, y se dio la vuelta.

—¡Su Alteza Real! —exclamó, y comenzó a subir las escaleras de nuevo—. Le pido perdón, pensaba que venía usted con nosotros.

—¡Ya voy! —respondió Justine, alegremente, y murmuró—: Que Dios me ayude.

Rotham estaba a medio camino por las escaleras cuando se oyó un grito. El conde se detuvo y se giró para ver qué ocurría.

Lo que ocurría era que la princesa Amelia se había acercado al estanque y le había ofrecido una mano vacía a una de las ocas. Ahora, todas las ocas habían subido al césped y estaban aleteando, graznando con impaciencia, a la espera de compartir lo que pensaban que era una golosina. Cuando se dieron cuenta de que no había comida, empezaron a graznar y a correr furiosas detrás de la gente. Y, de repente, todos empezaron a gritar y se formó un tumulto.

Uno de los caballeros tomó a la princesa Amelia de la mano y la apartó del camino de las ocas, mientras ella se reía con deleite. Todos estaban intentando escapar de los agitados animales que, con una velocidad y una agilidad sorprendentes, empezaron a intentar morder traseros, pellizcando la tela en algunos casos.

William vio que uno de los hombres se agarraba el muslo porque había recibido un buen pellizco.

—¡Dios mío! —exclamó Rotham—. Douglas, ¿puede ayudarme? —gritó, mientras bajaba corriendo las escaleras para calmar la situación.

—Me temo que no. Tengo dolor de espalda —dijo él.

—A ti no te pasa nada en la espalda —le dijo Justine.

—No —respondió William—. Ni tampoco me duele el orgullo. Y tengo intención de que las dos cosas sigan así.

Tenía razón al pensar en que aquello sería un desastre, porque las ocas estaban persiguiendo a todo el mundo con las alas extendidas y bramaban con especial interés en los traseros de las damas, porque estaban cubiertos de telas de colores que les llamaban mucho la atención y porque estaban a la altura de sus picos. Cuanto más gritaban y corrían las señoras, más se enfurecían las ocas.

La princesa Amelia y su salvador habían desaparecido detrás de un seto, y los otros caballeros trataban de reunir a las ocas y llevarlas de nuevo al estanque. Sin embargo, más de uno de aquellos valientes se vio obligado a huir de un atacante.

Justine y William estaban en el rellano, hombro con hombro, presenciando la escena.

Sutherland apareció con sus sirvientes. Uno de los mozos portaba un arma y disparó hacia el cielo. Todos gritaron y empezaron a chocar unos con otros y con las ocas al tratar de huir frenéticamente. Algunos cayeron sobre los arbustos.

—Dios Santo —dijo Justine—. Es un caos.

—Es divertido, ¿no?

—Es lo más entretenido que he visto en mucho tiempo —dijo ella, y lo miró con una sonrisa.

William también le sonrió.

Después, vio que Rotham se daba cuenta de que había perdido a

las dos princesas y comenzaba a buscarlas, girándose a un lado y otro. Entró rápidamente al laberinto en busca de la princesa Amelia y, sin duda, en pocos minutos subiría las escaleras para buscar también a Justine.

—¿Qué piensas? ¿Debería ir a buscar a Amelia? —le preguntó Justine, tambaleándose un poco. Sí, la princesa estaba tan borracha como un marinero en su primer día de vuelta a puerto, y a William se le escapó una sonrisa.

—No. No creo que puedas bajar las escaleras. Si sigues bebiendo champán de esta manera, vas a acabar llamando la atención, que es precisamente lo que quieres evitar.

Tal vez fuera a causa del brillo del sol, pero el color ámbar de los ojos de Justine se intensificó.

—¿Por qué estás tan preocupado por mí? *Lady* Ellen no te ha quitado los ojos de encima desde que hablaste con ella. Te crees que sabes muy bien cómo se juega a este juego, pero ni siquiera reconoces a los jugadores.

William miró hacia atrás, por encima de su hombro, y vio enseguida a *lady* Ellen. Ella no estaba observando el trabajo de los sirvientes por reconducir a las ocas. Lo estaba mirando a él. Sonrió. Él también sonrió, y se giró de nuevo hacia Justine.

—*Lady* Ellen es una joven bien educada que siempre tiene una palabra amable para todo el mundo. Tú podrías aprender un par de cosas de ella.

—*Ja*. Que sea princesa por un día, y ya veremos si sigue siendo tan amable. Se vería obligada a asistir a reuniones como esta, en las que la gente la miraría fijamente y esperaría a que cometiera algún error.

—¿Eso es lo que crees que están haciendo? ¿Esperando a que tú cometas un fallo?

—De lo contrario, ¿por qué nunca dejan de mirarme?

Quizá, porque era bella, o porque iba a ser reina, o porque era interesante.

Se oyó otro disparo de escopeta, y los dos se agacharon. Sin embargo, surtió efecto. Las ocas volvieron revoloteando al estanque y se alejaron nadando, comportándose como si fueran el bando ofendido. La gente comenzó a recomponerse lentamente y a valorar los daños.

—Yo diría que esta visita ha terminado —murmuró William.

—Eso espero —respondió Justine—. ¿No te parece que hace mucho calor?

En aquel momento, la princesa Amelia salió del laberinto, del brazo de *lady* Constance. Iban seguidas por un grupo de jóvenes y se

dirigían hacia las escaleras.

Y, después, llegó Sutherland, que subió las escaleras a saltos. Tras él, el conde Rotham.

Justine suspiró.

—Ya has tenido suficiente por hoy, ¿no? —le preguntó William, esperanzadamente.

—¿Es muy obvio?

—No, para los demás, no —respondió él, con sinceridad.

Justo cuando Sutherland, la princesa Amelia y Rotham llegaban al rellano, William se apartó un paso de Justine y dijo, en voz alta:

—Su Alteza Real, es ya muy tarde. Tengo la culpa de no haber sido más consciente de sus compromisos. Creo que la esperan en otro lugar. ¿Desea que pida que nos traigan el carruaje?

Al instante, su sugerencia provocó quejas y protestas.

—¡Pero si todavía estás en el rellano! —exclamó la princesa Amelia—. Ni siquiera has bajado al jardín.

—¡Es demasiado pronto! —dijo Sutherland—. No debe temer a las ocas, Su Alteza Real. Como ve, se han ido nadando al otro lado…

—Su Alteza Real, yo esperaba poder hablar con usted antes de que se fuera… —dijo Rotham, rápidamente.

—No puedes irte —le rogó Amelia—. *Lady* Constance nos ha invitado a cenar.

Justine se quedó desconcertada, mirándolos a todos. Por fin, dijo:

—Quédate, Amelia. Yo tengo que ocuparme de varias cosas.

La princesa Amelia sonrió al instante.

—¿Te importaría mucho?

—Nosotros la enviaremos a casa sana y salva, Alteza —dijo Sutherland—. Enviaré a un ejército de lacayos para que la acompañen, no tema.

—Entonces, está resuelto —dijo Amelia, dando palmaditas. Se giró hacia *lady* Constance con una sonrisa y tomó de la mano a su nueva amiga. Las dos se alejaron, seguidas por el grupo de caballeros.

—¿Está segura de que no puede quedarse, Su Alteza Real? —le preguntó Rotham, quejumbrosamente.

Todos la estaban mirando, y a ella se le cortó la respiración.

—Me temo que no puedo —respondió, y se volvió hacia Sutherland —. Gracias por haber invitado tan amablemente a mi hermana. Y, en cuanto al *tour* por su galería de pintura, ha sido una maravilla. Voy a añadirla a la lista de mis lugares favoritos.

Sutherland también le dio las gracias por haber acudido a su humilde morada y por haberlos honrado a todos con su presencia. Cuanto más efusivamente hablaba el duque, más se encogía Justine.

Qué criatura tan curiosa, pensó William, y se fijó en cómo miraba a Sutherland y a toda la gente que se acercaba para oír lo que decía. Cuando, por fin, Sutherland se dio la vuelta un momento para responder a alguien que le había hecho una pregunta, Justine le tocó la mano a William para llamar su atención. Era extraño que entendiera tan bien lo que necesitaba la princesa sin que ella tuviera que decirlo.

La multitud había aumentado porque todo el mundo quería ver a la princesa antes de que se marchara. Algunos le hicieron invitaciones propias.

—Gracias de nuevo, milord —le dijo él, con firmeza, a Sutherland.

Después, tomó a Justine del codo y la acompañó al interior de la casa. Atravesaron la galería y salieron al vestíbulo, donde estaba esperándolos el mayordomo con los sombreros.

Bajó las escaleras con ella mientras Sutherland los acompañaba sin dejar de hablar de un baile que iba a organizar y al que esperaba que pudiera asistir Su Alteza Real. Los guardias weslorianos ya estaban reunidos alrededor del carruaje. William abrió la portezuela y ayudó a subir a Justine. Cerró la puerta y se giró hacia Sutherland y hacia su imperecedera sonrisa.

—Sutherland, viejo amigo —le dijo, dándole unas palmaditas en el pecho—. Si esta noche ocurre algo que le dé motivos a cualquiera para calumniar a la princesa Amelia, yo personalmente te privaré de los cojones con mis tijeras de esquilar, ¿entendido? —le dijo, con una sonrisa.

Sutherland pestañeó.

—Por supuesto, Douglas, por supuesto.

—Buen chico —dijo él.

Y, con eso, abrió la puerta del carruaje y subió a la cabina.

Capítulo 10

En el carruaje, Justine se recostó en el respaldo del asiento y estiró las piernas. Posó una mano sobre el corsé, que estaba demasiado apretado. Estaba deseando que llegara el momento de poder quitárselo. Cerró los ojos y respiró varias veces profundamente. Estaba cansada y había bebido demasiado champán, aunque nunca lo reconocería delante del marqués, y lo único que quería era darse un baño.

Siempre se sentía igual después de un evento tan abarrotado como aquel, emocional y físicamente agotada. La presión que ejercía la gente, su escrutinio, sus nervios a flor de piel… Ojalá fuera como Amelia, que disfrutaba de la atención de los demás.

Pero ya había terminado y, después de haber bebido tanto, lo que necesitaba era comer algo. Estaba imaginándose qué podría ser cuando se abrió la puerta y, para su consternación, William Douglas subió al coche y se sentó frente a ella.

—Gracias, William, pero me gustaría estar a solas.

—Sería de mala educación enviarte de vuelta a casa sola.

—No. Estoy perfectamente bien y bastante acostumbrada a la falta de compañía. Baja.

Un lacayo, o alguien, cerró la puerta desde fuera.

—¿Qué clase de caballero sería si lo permitiera? —preguntó él, sonriendo.

Se quitó el sombrero y lo dejó a su lado, en el asiento. El coche se puso en marcha.

—Además, ya es demasiado tarde —añadió.

Ella dio un gruñido y arrojó la capa y el sombrero a un lado. Se puso a mirar por la ventanilla mientras el carruaje salía de Stafford House. Notaba que William la estaba mirando fijamente, y se giró hacia él.

—¿Qué ocurre?

William se encogió de hombros.

—Estaba observando lo majestuosa que estás ahora mismo, con el

sol iluminándote la cara.

Ella pestañeó de la sorpresa.

—¿Por qué me hablas de esa manera?

—¿De qué manera?

—Como si fueras un pretendiente. No hace ni media hora me has dicho que estaba borracha.

—No, no. He dicho que habías bebido demasiado champán.

—Beber lo que quiera es prerrogativa mía, sin que tú tengas por qué hacer ningún comentario.

—Eso ya me lo has dejado perfectamente claro —dijo él, y le dio una patadita en el pie—. No me importa que te bebas un barril, Justine.

—Gracias, William, por darme permiso.

Él sonrió. Cuando sonreía así, ella se sentía un poco mareada. Era cierto. Había bebido demasiado champán.

—Sin embargo, me pregunto una cosa.

—¿El qué?

—¿Por qué tiemblas tanto?

Ella notó un calor en las mejillas.

—Me encantaría poder responderte a esa pregunta, pero no lo sé. Gracias por preguntarlo, de todos modos.

Se irguió un poco más en el asiento y miró de nuevo por la ventanilla. Pasaron por delante de un edificio que parecía un asilo. Le pareció una ubicación extraña para una institución así.

—¿Creías que no me había dado cuenta? —insistió él.

—No me importa si te has dado cuenta —replicó ella—. El único motivo por el que lo has notado es que tienes la mala costumbre de acercarte demasiado a mí y mirarme fijamente. Nadie ha dicho que tuvieras que ser la sombra de todos mis movimientos.

Él se echó a reír.

—Tengo que vigilarte. ¿Por qué tiemblas? —le preguntó, con curiosidad—. ¿Es alguna enfermedad?

—¿Una enfermedad? No. No sé cuál es el motivo, pero, si lo supiera, lo emplearía aunque solo fuera por librarme del confesor de mi madre, que cree que me curaría si rezo más y más —dijo Justine, y comenzó a quitarse los guantes. Necesitaba más aire en todas las partes de su cuerpo—. Son los nervios —dijo—. Cuando era pequeña, tuve una malísima experiencia en medio de una multitud. Es la primera vez que experimenté la sensación de no poder respirar. Por desgracia, ha empeorado con los años, y creo que es porque las aglomeraciones a mi alrededor son cada vez más grandes. Me sucede cuando estoy en un grupo muy grande de personas. Me han dicho

muchas veces que mi nerviosismo es irritante, pero no puedo evitarlo. Se me acelera el corazón y me siento muy mal. El champán me tranquiliza. Ya lo sabes, William. Soy un manojo de nervios que solo se calma con el alcohol.

—No, muchacha. He visto lo que le hiciste a Mawley, así que no puedes ser un manojo de nervios. No habrías podido dominar un combate de esa forma si lo fueras. Yo me imagino que es insoportable estar en medio de una aglomeración, con tanta gente alrededor, compitiendo por tu atención.

Ella se quedó asombrada, porque no estaba oyendo las cosas que oía normalmente: que era muy afortunada por su posición, que tenía que tragarse los miedos y presentarse ante todos como una reina y que lo suyo era una tontería.

—Sí, es muy difícil —respondió, suavemente.

No le gustaba hablar de ello, porque le recordaba lo vulnerable que era. Su padre decía que debía transmitir calma y fortaleza en público. Miedo, nunca.

—A mí me ocurrió algo parecido —dijo William.

Ella se rio.

—¿Alguien intentó secuestrarte en medio de una multitud cuando eras una niña?

—No, pero cuando era pequeño, mi padre quiso enseñarme esgrima.

—¿Ah, sí? —preguntó ella, irguiéndose un poco más—. ¿Y por qué no me habías dicho que eres esgrimista?

—Porque no lo soy —dijo él, sonriendo—. En esa clase en particular, mi padre me estaba enseñando a hacer fintas, pero no era muy hábil, y me hizo un corte aquí —le explicó, y señaló su cara después de girar ligeramente la cabeza.

Ella distinguió una cicatriz que iba desde su mejilla hasta meterse debajo de la patilla.

—Desde entonces no he vuelto a tocar una espada. No puedo acercarme a ellas.

Qué curioso. No había conocido a ningún hombre que admitiera una debilidad, con la excepción de su padre, y su debilidad era la tuberculosis, que estaba a la vista de todo el mundo. Además, nunca había conocido a un hombre que intentara conseguir que ella se sintiera mejor. Le agradecía muchísimo aquel esfuerzo. Demonios, iba a ruborizarse otra vez.

—Entonces, tendré buen cuidado de no retarte en duelo —le dijo.

—Sería todo un detalle por tu parte —respondió él, sonriendo de nuevo.

¡Aquella sonrisa otra vez! Se sentía… confusa.

—¿Puedo preguntarte una cosa?

—Sí, lo que quieras.

—¿Por qué no te gusta *lady* Ellen?

Él se echó a reír.

—¡Ella no te quita los ojos de encima! Es muy guapa. ¿Por qué no te gusta?

—¿Y quién ha dicho que no me guste?

—Casi ni la has mirado —dijo Justine. De repente, se le ocurrió la respuesta, y se irguió completamente en el asiento—. ¡Te estabas haciendo de rogar!

—Yo soy incapaz de hacerme de rogar —respondió él, con un resoplido—. No la he mirado a ella porque estaba mirando a otra persona. A alguien que me parece más atractiva.

Justine abrió unos ojos como platos.

—*Lady* Constance.

—No, no es *lady* Constance.

—¿Amelia?

—Ay, no, no es Amelia, Justine. Eres tú.

Ella se quedó boquiabierta.

—¿Yo?

—Sí, tú. Tu belleza no me ha pasado desapercibida.

—Mi…

Un momento. ¿Por qué estaba haciéndole aquel cumplido? ¿Qué estaba ocurriendo? Le parecía algo equivocado. Amelia era la hermana guapa, y ella era la hermana estudiosa. Se frotó el cuello e intentó pensar algo que decir.

—Yo… estoy sorprendida.

—¿Por qué? Soy un hombre y sé apreciar una bonita figura femenina, y una cara preciosa —dijo él, y se encogió de hombros—. No es culpa mía que tengas una boca tan escandalosamente tentadora.

Justine se quedó muda. Tuvo ganas de reírse de él. Quiso decir algo conciso, inteligente y coqueto, pero a ella nunca se le ocurría nada por el estilo.

—¿Estás intentando ganarte mi simpatía?

Él dio un resoplido.

—Si quisiera congraciarme, lo haría mucho mejor. Solo estoy diciéndote lo que veo, y es la verdad. ¿Quieres saber lo que pienso, Justine Ivanosen? —le preguntó, inclinándose hacia ella.

—¡No, no quiero! Pero es obvio que tú estás deseando decírmelo, así que adelante.

—Creo que te gusta mi compañía. Creo que te gusta mucho.

Ella no estaba dispuesta a admitirlo ante sí misma y, mucho menos, ante él. Sonrió ligeramente y también se inclinó hacia él, y quedaron tan cerca que vio los puntitos azules y verdes que flotaban en el gris de sus ojos.

—¿Sabes lo que pienso yo? —le preguntó—. Pienso que estás muy enamorado de ti mismo.

Él fijó la mirada en sus labios.

—Ese puede ser el motivo por el que disfrutas tanto de mi compañía. Quizá yo sea el único hombre que conoces a quien no se le cae la baba con la posibilidad de conseguirte.

—Yo no he dicho nunca que disfrute de tu compañía. Y, por supuesto, eres el único hombre que conozco que piensa que tiene permiso para decirme cosas tan extravagantes.

—Lo cual también me hace bueno para ti —dijo él, y bajó los ojos hasta su pecho. A ella empezó a calentársele la piel bajo su mirada.

—Eres un sinvergüenza.

—Sí, ya me lo han dicho.

—Y yo ya he conocido suficientes sinvergüenzas. Uno estuvo a punto de destruirme.

—Entonces, estás de suerte. Yo ya no soy un sinvergüenza.

—No, seguro que no.

—Tengo muchas ocupaciones con mi familia y el patrimonio de los Hamilton, y eso me deja poco tiempo para hacer el sinvergüenza.

—Umm… —murmuró ella—. ¿Sabe *lady* Ellen que has dejado de serlo? Tal vez esa sea la explicación del interés que siente por ti.

—Cualquier interés que *lady* Ellen sienta por mí ha sido dictado por su madre.

—Oh, pobrecito —dijo Justine, sonriendo.

William también sonrió, y le miró los labios una vez más. Por un momento, ella pensó que iba a besarla. Esperaba que tuviera intención de hacerlo. Después, ella actuaría como si se hubiera ofendido, pero, realmente, esperaba que lo hiciera.

Pero, por desgracia, William suspiró y se recostó en el respaldo del asiento.

Siguieron mirándose, pero en silencio. Ella estaba hipnotizada, y sabía que ya no era debido al champán. Se le había pasado el efecto del alcohol. También estaba bastante segura de que no se había sentido así desde… Bueno, desde Aldabert.

El carruaje giró para entrar en la finca de Prescott Hall y recorrió dando tumbos el camino hacia la casa.

—¿Te gustaría que hiciéramos una apuesta, Justine? —preguntó William.

—Depende de la apuesta.

—Como soy el único hombre al que conoces que no se queda paralizado en tu presencia, puedo ofrecerte consejo sobre tus pretendientes.

—No quiero tus consejos.

—Pero los necesitas.

—Umm… ¿y qué tipo de consejos me darías?

—Te explicaría si el caballero en cuestión es un buen partido para ti, o no.

Ella se echó a reír.

—¿Y cómo vas a saber tú quién es un buen partido para mí?

—Puede que sepa mejor quién no es un buen partido para ti. Tengo buena cabeza para esas cosas.

—¿De verdad? —preguntó ella. No podía dejar de reírse, porque le causaba asombro que él tuviera tanta confianza en sí mismo—. Es una pena que no hagas de casamentero. Muy bien, ¿y qué ganarías tú?

—Si tengo razón y el caballero no es buen partido… gano un beso tuyo.

Justine se quedó boquiabierta.

—¿Lo ves? Eso es propio de un buen sinvergüenza.

—De un sinvergüenza reformado. Antes de dejar de serlo, no me habría apostado el beso, te lo habría robado en cuanto hubiese notado que tus sentimientos hacia mí se suavizaban.

Se lo imaginó tomándola entre sus brazos y besándola, y notó un pequeño escalofrío por la espalda, algo que la alarmó.

—Mis guardias te habrían arrastrado y encadenado.

—Hay que correr ciertos riesgos.

—¿Y si gano yo?

—Puedes ser tan petulante como quieras en todas las ocasiones y restregármelo por las narices, y no me quejaré.

Al instante, ella sonrió.

—Eso me encantaría.

—Ya lo sabía. Entonces, ¿trato hecho?

Ella miró sus labios y se imaginó todo tipo de besos. Besos desesperados y apasionados. Era una boba.

—Eres tan presuntuoso…

—Es una apuesta limpia. Además, ¿qué tiene de malo hacer que todo este proceso de los pretendientes sea un poco más divertido?

Tenía razón. Ella lo pensó hasta que el coche se detuvo delante de la casa.

—¿Solo un beso?

Él alzó la mano derecha.

—Solo un beso, por mi honor.

—De acuerdo.

Al ver que a William le brillaban los ojos, ella se dio cuenta de que no esperaba que aceptara. Seguramente, pensaba que iba a rechazar su propuesta recatadamente, como hubiera debido una princesa. Él le tomó la mano y le besó los nudillos, y ella tuvo un escalofrío.

—Estoy deseando empezar con este reto, Su Alteza Real.

—Pues no se haga ilusiones, lord Douglas. Tengo toda la intención de ganar.

Él sonrió, y su sonrisa le provocó a Justine una llamarada de calor por todo el cuerpo. William había sonreído como si ya hubiese ganado la apuesta y le estuviera siguiendo la corriente.

Se abrió la puerta del coche, y un sirviente bajó la escalerilla. William salió en primer lugar y le tendió la mano a Justine. Cuando ella bajó de la cabina, se le olvidó recoger sus cosas. Él las tomó del asiento y se las entregó. Ella agarró la capa y los guantes con una mano y alargó la otra para tomar también la capota. Sin embargo, William no soltó el sombrero inmediatamente. Le acarició uno de los dedos con el pulgar.

Justine alzó la vista.

—¿Qué haces?

—Imaginar.

—Pues deja de imaginar.

—Imposible. Esta tarde ha resultado ser muy divertida, a pesar de que te hayas bebido todo el champán de las bodegas de Sutherland.

—Pues para mí, la tarde ha sido insoportable, a pesar de haberme bebido todo el champán de las bodegas de Sutherland. ¿A que es raro que dos personas puedan ver de manera tan distinta la misma situación?

—Si te ha parecido tan desagradable el evento, te compensaré por ello.

Ella se echó a reír y le arrebató la capota de la mano. Mientras hablaban, el cochero dio la vuelta con el carruaje para recoger de nuevo a William.

—Tal vez, con otra invitación. Un grupo mucho más pequeño.

Justine se rio de nuevo. Aquel hombre la hacía reír, y eso no había vuelto a ocurrir desde Aldabert. Se acordó de que también la había hecho reír ocho años antes, cuando ella había estado en Londres. No recordaba exactamente por qué, pero sí que se había reído a menudo en cenas y fiestas.

No sabía qué pensar de lo que estaba sintiendo.

—Organizaré algo y te enviaré un mensaje, ¿de acuerdo?

Ella sonrió con coquetería.

—Envía todos los mensajes que quieras. A mí, a Robuchard, incluso a Bardaline. Ah, y, si quieres, dile al primer ministro que, en mi primera salida, me las he arreglado para no provocar una guerra ni echar por tierra mis perspectivas de matrimonio. Se pondrá muy…

—Su Alteza Real, le pido disculpas.

Curiosamente, ni William ni ella habían oído que se acercaba Bardaline. Era como si estuvieran en su pequeña porción de terreno iluminado por el sol, en la que nadie más podía entrar. Sin embargo, allí estaba él, alto, delgado y de barbilla puntiaguda, con cara de satisfacción por el hecho de que ocurriera algo en Prescott Hall. Justine se dio cuenta de que había un segundo carruaje detrás del de William.

—¿Sí? —preguntó.

—Ha llegado *lady* Aleksander.

Se abrió la puerta del segundo carruaje y de él bajó una mujer atractiva, de unos cuarenta años, que se puso las manos en la espalda y se inclinó hacia delante.

—¡Dios mío! Mi espalda ya no aguanta los viajes en carruaje. Creo que debería trasladarme siempre a pie.

—¿Quién es? —susurró William.

Vieron a Bardaline dirigirse a la mujer, y a la mujer tratar de escucharlo mientras, al mismo tiempo, le pedía al cochero que tuviera cuidado con su equipaje.

Justine miró a William como si le estuviera pidiendo ayuda al cielo.

—Es la casamentera.

Capítulo 11

Lila había hecho el viaje sin complicaciones desde Dinamarca hasta Londres. Allí fue recibida efusivamente por lord Bardaline, cuya demanda de atención quedó patente desde el principio, puesto que, mientras un par de lacayos acompañaban a la princesa de inmediato al interior de la residencia, ella tuvo que permanecer en el camino.

Sabía bien que aquella joven era la princesa Justine porque le habían enviado varias copias de retratos suyos.

Mientras estaba haciéndole sus comentarios, Bardaline notó que ella se fijaba en la joven y, rápidamente, le aseguró que habría una audiencia en cuanto la princesa estuviera instalada. Y, a ella, ¿no le gustaría descansar antes unos minutos? ¿Conocía ya a Su Alteza Real?

Después, le pidió ayuda a su esposa, y ambos la acompañaron a la casa. ¿Necesitaba algo, lo que fuese? ¿Quería, tal vez, tomar un poco de vino u oporto? Los Bardaline estaban insufriblemente ansiosos por complacer. Ella desconfiaba de ese tipo de personas porque no podía quitarse de la cabeza que después, en algún momento, exigirían algo a cambio de tanto agasajo.

La llevaron a la *suite* donde iba a alojarse. Había un dormitorio pequeño, pero bien amueblado, una sala de estar y un vestidor. Las paredes estaban empapeladas con un papel de flores en tonos amarillos y, desde las altas ventanas, se divisaba todo el parque que rodeaba la residencia.

Deshizo su equipaje mientras pensaba en todo lo que tenía que hacer allí, en Valentin, a quien ya echaba de menos terriblemente, en las cosas que había aprendido sobre Wesloria durante el viaje, y en el joven príncipe italiano que iba a llegar al día siguiente.

Y, quizá, en lo más importante… ¿Quién era el caballero que estaba con la princesa en la entrada de la casa? Se trataba de un hombre bastante guapo, eso era lo primero en lo que se había fijado. Sin embargo, después se había dado cuenta de que debía de conocerlo de algo, puesto que le resultaba muy familiar.

La princesa y él estaban junto a un magnífico carruaje tirado por

cuatro caballos, con penachos de plumas rojos en cada una de las cuatro esquinas. Estaban juntos, hablando tan privadamente que no habían oído llegar su propio coche. Fuera quien fuera el caballero, el instinto le decía que había algo entre ellos, aunque no supiera qué.

—Bueno, bueno, bueno, Su Alteza Real —murmuró—. ¿Quién es su conocido? ¿Ha hecho usted el trabajo por mí?

Cuando terminó de deshacer el equipaje, aún no la habían llamado para reunirse con la princesa. Decidió dar un paseo por los jardines de Prescott Hall, que eran célebres. Descubrió que eran tan maravillosos como se decía, llenos de colores vibrantes, como a ella le gustaba. Iba a disfrutar mucho de sus paseos matutinos por allí.

Se estaba poniendo el sol, y ya había pasado la hora de tomar el té. Se preguntó si la princesa Justine tenía intención de recibirla aquella noche. Volvió a su *suite* e intentó leer un poco mientras esperaba algún mensaje. Al poco tiempo, alguien llamó a la puerta.

—Adelante.

Entró una doncella e hizo una reverencia.

—*Lady* Bardaline me ha pedido que le informe de que Su Alteza Real la recibirá en el salón verde.

Ya era hora.

—¡Magnífico! —exclamó.

Tomó su chal verde, se lo colocó sobre los hombros y se puso en camino.

Lord Bardaline la estaba esperando al final de la escalinata.

—Aquí está usted —dijo, con su sonrisa tonta. Le señaló una puerta cerrada al otro lado del vestíbulo y se dirigió hacia allí.

—Milord, si no le importa que pregunte, ¿quién era el caballero que ha acompañado a casa a Su Alteza Real?

—El marqués de Douglas.

Lila pestañeó. Por supuesto. No era de extrañar que le resultara familiar. No lo conocía personalmente, pero había oído hablar de él. Era un aristócrata escocés que había recorrido el continente y frecuentado las mejores casas. Lo había visto en la boda de la princesa Charlotte de Prusia con el príncipe Georg de Saxe-Meiningen. Lo que no recordaba era si había asistido solo o en compañía de alguien.

—¿Es un pretendiente? —preguntó, mientras llegaban a la puerta del salón.

—¿Qué? —preguntó Bardaline, sorprendido por aquella pregunta —. No, por supuesto que no. Es un conocido de Robuchard y, según tengo entendido, ha aceptado acompañar a Su Alteza Real para enseñarle Londres.

Ajá. Lila no conocía a Douglas, pero sí conocía a Robuchard, y solo

había un motivo por el que el primer ministro le encargaría a alguien que le enseñara Londres a la princesa. Ese motivo era enterarse de cómo progresaban las cosas. Lo cual significaba que Douglas era un espía. Aquella era una información que tendría en mente y que usaría en beneficio propio si surgía la oportunidad.

Bardaline abrió la puerta y la anunció.

La princesa Justine estaba en el centro de la habitación, con las manos en la cintura. La primera impresión de Lila fue que se trataba de una joven alta, esbelta y muy bella. Ella atravesó el salón e hizo una reverencia.

—Su Alteza Real, le agradezco que me haya recibido.

—Sí, por supuesto.

Lila se incorporó. La princesa tenía una espléndida figura y una cara bonita, pero sus rasgos más llamativos eran el mechón de pelo blanco y los ojos de color ámbar que había heredado de su padre. Y, como su padre, tampoco parecía que sonriera con facilidad. Estaba observándola, intentando tomarle la medida.

—Bienvenida, *lady* Aleksander —dijo, por fin, y le señaló una silla.

Lila no creía que pudiera haber un recibimiento más frío, pero no se amedrentó.

—Gracias —dijo, y se sentó en la silla que le habían indicado.

La princesa se sentó frente a ella y posó las manos en el regazo. Estaba rígida. Lila pensó que, probablemente, se debía a que no quería que le buscaran marido. ¿Y quién podía reprochárselo? No había nada más árido y menos romántico que un emparejamiento formado en las clases altas de la sociedad. Su Alteza Real no era la primera mujer reticente a la que tenía que buscar marido, y no sería la última.

—No sabía que iba a venir tan pronto —dijo la princesa.

—¿No? Creía que el primer ministro, Robuchard, le había enviado un mensaje para avisarla.

La princesa bajó la mirada hacia sus manos.

—No leo todas las comunicaciones del primer ministro.

Lila estuvo a punto de reírse.

—Supongo que yo tampoco lo haría, si fueran a entregarme al mejor postor como si fuera una yegua de cría.

Aquello hizo que la joven levantara la cabeza. La miró con horror, con los ojos dorados muy abiertos.

—¿Disculpe?

—Oh, querida, veo que la he dejado espantada. Mi marido dice que soy demasiado directa con gente a la que acabo de conocer. Supongo que debería endulzar las cosas, pero usted es una joven inteligente y sospecho que agradecerá la sinceridad. Si me permite ser

atrevida… Sugiero que prescindamos de fingimientos y reconozcamos que le asignarán a alguien que pueda proporcionarle buenas conexiones a Wesloria y a quien usted, a cambio, pueda corresponder. ¿Está de acuerdo?

La princesa se estaba sonrojando.

—Yo… eh… yo…

—Y eso no es precisamente el matrimonio soñado, ¿no? —continuó ella—. Supongo que piensa que lo mejor que puede esperar es un matrimonio en el que pueda surgir el amor, con alguien que sea al menos agradable a la vista y que no sea cruel.

La princesa Justine miró a Lila con una mezcla de horror, fascinación y enorme curiosidad. Carraspeó.

—Esto no es precisamente lo más positivo que me han dicho sobre mi matrimonio.

—Seguro que es cierto. Debió de creer que, cuando me llamaron para ayudar, todo estaba perdido. Pero he venido a decirle que tuvo una gran suerte cuando su madre decidió solicitar mis servicios.

La princesa sonrió irónicamente.

—¿Ah, sí?

—Sí, señora. Porque voy a conseguir que se empareje con alguien compatible con usted, con la mujer, y, al mismo tiempo, con el trono. Nadie más puede hacer eso por usted.

La princesa miró a Lila con frialdad.

—¿Está diciendo estas cosas para hacerse agradable a mis ojos?

Inteligente y sarcástica. ¡Qué delicia! A Lila le gustó que aquella mujer fuera todo un reto.

—En absoluto. No espero que esté de acuerdo o en desacuerdo con lo que yo diga, pero lo que yo diga será la verdad.

La princesa miró hacia abajo y emitió un sonido de duda.

—Quizá le sorprenda saber que, una vez, yo fui como usted. Bueno, no exactamente como usted, claro. Dios sabe que yo nunca habría podido soportar el peso de una corona. Pero me libré, por poco, de un matrimonio de conveniencia, cuando mi padre cayó en desgracia.

La princesa alzó la vista. Sentía interés de nuevo.

—Mi padre era un constructor naval muy importante. Construía barcos de guerra y buques mercantes que compraban muchas naciones.

La princesa no dijo nada, pero siguió mirándola fijamente.

—Yo tenía buenas perspectivas de matrimonio. Éramos ricos y muchos aristócratas británicos necesitan riqueza para mantener sus patrimonios, que están vinculados a sus títulos desde hace muchas

generaciones. Mi padre se imaginaba que iba a tener un yerno de la nobleza, alguien que le hiciera entrar en los círculos más altos de la sociedad. Seguro que entiende el tipo de hombre al que me refiero.

La princesa asintió casi imperceptiblemente.

—Hizo una lista de caballeros que le harían sentirse orgulloso. No me pidió opinión, y creo que no le importaba si el pretendiente en cuestión era compatible conmigo. Lo más importante eran los contactos. Me dijo que uno se casaba para prosperar y que el amor llegaba después. Aunque, sinceramente, no creo que él llegara a querer a mi madre, ni mi madre a él. Lo que él quería era acceso a las altas esferas. Poder.

—Mi padre no es así —dijo la princesa Justine, a la defensiva—. Mis padres no son así.

—No, no me lo parece. Su padre parece un hombre muy bueno y atento con su madre.

—Así es.

—Sin embargo, mi situación era parecida a la suya, ¿no lo cree?

La princesa pensó en una respuesta.

—Un poco —admitió—. ¿Se casó con alguno de ellos?

Lila hizo un gesto negativo. Era tan feliz con Valentin que casi no pensaba en aquellos años.

—No es que fueran hombres horribles. Algunos eran agradables. Pero mi padre era un corrupto, que Dios le perdone, y se descubrió que estaba sobornando a miembros del Parlamento para que le concedieran contratos a su astillero excluyendo a otros competidores. Lo juzgaron y condenaron por ello, y se arruinó. Yo perdí toda posibilidad de contraer un buen matrimonio.

—Oh —dijo la princesa—. Qué terrible para su familia y para usted.

—Sí, fue terrible.

—¿Tan terrible como para que ahora quiera vengarse con gente como yo?

Lila se echó a reír, y la princesa sonrió un poco.

—Yo ayudo a gente como usted, Su Alteza Real. Como me ayudé a mí misma.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, creo que era un poco incorregible, como todas las mujeres. Cuando me di cuenta de que no iba a conseguir el matrimonio que siempre había pensado que tendría, caí en el abatimiento. ¿Qué podía hacer? ¿Trabajar de ama de llaves solterona durante el resto de mi vida? Eso no era para mí. Como no tenía a nadie que me ayudara, me hice cargo de mi situación.

—¿Y cómo lo hizo?

—¡Yo misma me busqué pareja! Hice una lista con mis candidatos y me propuse concertar un matrimonio.

A la princesa se le escapó un jadeo de sorpresa. Después, se echó a reír.

—Tiene que ser una broma.

Lila hizo un gesto negativo.

—Al final, me comprometí con un barón danés, y llevo dieciséis años felizmente casada con él. Se llama Valentin.

La princesa Justine se inclinó hacia delante con intriga.

—¿Cómo lo consiguió?

—Prueba y error, supongo. Empecé con la lista de mi padre —dijo Lila, y se echó a reír—. Él siempre apuntaba muy alto, y Valentin estaba en la lista. Averigüé todo lo que pude sobre los caballeros, descarté a algunos por motivos de compatibilidad y, después, se me ocurrieron formas de conocer a quienes no conocía ya.

—Pero estaba arruinada, ¿no? ¿Cómo pudo hacerlo?

—Oh, bueno, tuve que perfeccionar las invitaciones, sin duda, y no siempre me salió bien. Algunos de los que figuraban en la lista rechazaron mis intentos. Otros tenían curiosidad, como parece que le sucede a usted. Y dos de ellos eran hombres con personalidad, que no me consideraron culpable de los delitos que había cometido mi padre. Uno de esos dos hombres se enamoró de mí —dijo Lila, y sonrió al recordar la noche en que había conocido a Valentin.

Había sucedido en una fiesta en casa de unos amigos que habían seguido a su lado después del escándalo. Aún se acordaba del momento en que sus miradas se habían encontrado en el salón. Ella nunca había sentido semejante cosquilleo en todas las venas. Seguía sucediéndole cuando se miraban a los ojos.

—Solo es necesario uno.

—Entonces, yo diría que tuvo mucha suerte —comentó la princesa —. Pero ¿qué tiene eso que ver conmigo?

—Todo. Aprendí a encontrar una pareja idónea y creé mi propia felicidad de las cenizas. Cuando una conocida se enteró de lo que había hecho por mí misma, me preguntó si podría ayudar a su hijo, que también había sufrido un escándalo público. Me preguntó si podría dar los mismos pasos y encontrarle una pareja que le hiciera feliz.

—Los hombres alardean de sus escándalos —dijo la princesa—. ¿Acaso no tenía dinero?

Lila sonrió al percibir su ironía.

—Sí, y mucho. Pero, por desgracia, no era guapo.

—Ah —dijo la princesa, y asintió.

—Por suerte para él, no todas las mujeres desean una cara guapa. Algunas desean tener una unión estable y sólida. Otras desean ser amadas. Echando la vista atrás, creo que el suyo fue uno de los matrimonios más fáciles de conseguir, porque él deseaba ante todo tener una mujer a la que pudiera adorar. Durante estos años he tenido que conseguir emparejamientos mucho más difíciles. Ahora, mis servicios son muy demandados.

—Mi vida no está hecha cenizas, *lady* Aleksander. Todo lo contrario. Voy a ser reina dentro de poco tiempo —dijo la princesa, y se irguió como si admitirlo le causara incomodidad—. Puede que se quede decepcionada al ver la facilidad con la que lleva a cabo su tarea.

—Me alegra mucho saber que su vida no está destrozada, Su Alteza Real. Pero, tal vez, sus posibilidades de encontrar a un buen candidato no son tan amplias como antes de su desafortunado noviazgo.

La princesa Justine se puso muy colorada.

—Vaya, parece que el primer ministro no ha omitido ni un solo detalle.

—Creo que fue muy inteligente al revelarlo. Puede que surja.

—¿Por qué motivo?

—Es posible que algunos de los candidatos tengan preguntas sobre su… ¿pureza? Pero, sea cual sea la respuesta a esa pregunta, no es un asunto insalvable.

La princesa Justine se echó a reír.

—¡Maravilloso! Mi error por haber confiado en alguien no es un asunto insalvable. Resulta que me he estado preocupando innecesariamente.

La princesa se levantó, y Lila también. No había querido ofenderla, pero tenía que ser sincera con aquella joven.

—Ha sido un día muy largo, *lady* Aleksander.

—Por supuesto —dijo Lila, e hizo una reverencia—. Muchas gracias por recibirme.

La princesa no respondió. Miró a Lila por última vez, con curiosidad, y se marchó con la mano frotándose la nuca.

—Buenas noches, Su Alteza Real —dijo Lila.

La princesa no miró atrás ni respondió.

—Ah, se me había olvidado mencionar una cosa…

A regañadientes, la princesa se detuvo y se dio la vuelta.

—Su primer pretendiente vendrá a visitarla mañana.

—¿Cómo?

—Da la casualidad de que estaba en Londres antes de que yo

llegara. Se trata del príncipe italiano Gaetano di Aggiani. Tiene una enorme fortuna.

La princesa se quedó mirándola un largo instante y, después, se dio la vuelta y salió por una puerta que le abrió un lacayo. Lila permaneció en pie, mirando la puerta, mientras el sirviente esperaba pacientemente. La princesa Justine iba a ser un desafío. Tenía la inteligencia suficiente como para odiar aquel proceso, pero no podía negarse al matrimonio. En realidad, Gaetano no era un pretendiente. Era un señuelo para que Lila supiera cómo tenía que trabajar con la princesa. Pensó en el libro que tenía en su habitación, lleno de nombres y detalles de todos los buenos partidos de Europa. Le encantaría repasar la lista aquella noche.

Y era necesario que recabara más información sobre William Douglas.

Capítulo 12

Justine se sobresaltó al oír que alguien llamaba suavemente a la puerta, pero era Seviana, que fue de puntillas hasta la ventana para abrir las cortinas. Justine gimió y rodó por la cama para tumbarse boca arriba.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Buenos días, señora —dijo Seviana—. Son las ocho y media.

Después, salió de la habitación. Pronto volvería con el café y las tostadas, como cada mañana.

Ella se preguntó si merecía la pena levantarse. ¿Qué tenía que hacer, salvo preocuparse por Amelia? Bostezó y estiró los brazos por encima de la cabeza.

Había soñado con que perseguía a Amelia por los jardines de Stafford House, pero su hermana era más rápida y ella no conseguía alcanzarla. Vio a William Douglas cerca del seto, cruzado de brazos.

—¿Qué haces? —le preguntó él—. No vas a poder atraparla nunca.

Seviana había interrumpido el sueño y había impedido que ella le diera una buena respuesta, que era lo que seguramente habría hecho.

Se sentó en la cama y se apartó el pelo de los ojos. Aquel hombre ya se le aparecía hasta en sueños, diciéndole lo que tenía que hacer, con los ojos grises muy brillantes por una mezcla de diversión y petulancia. Y ella no podía dejar de pensar en la apuesta que habían hecho. ¿Quién pensaba Douglas que era?

Y, en cuanto a sí misma, tenía que abstenerse de beber champán, porque era una tonta al haber aceptado.

Seviana volvió con un té y una tostada.

—*Lady* Bardaline me ha pedido que le diga que *lady* Aleksander va a desayunar a las diez y media, por si quiere desayunar con ella.

Dios, se le había olvidado la casamentera.

—Lo que quiero es dormir, Seviana.

Seviana le dio la taza de té, y Justine se apoyó en el cabecero de la cama para darle un sorbito.

—Si pudiera, no iría a desayunar —le dijo a la doncella—. Yo no

he invitado a esa mujer a Prescott Hall. Sin embargo, debo ir si no quiero provocar un incidente internacional. Me pondré el vestido amarillo claro del ribete verde.

Seviana hizo una reverencia y salió prácticamente corriendo hacia el vestidor. Seguramente estaba loca de alegría por tener algo que hacer y librarse de las quejas de su señora. Al levantarse, ella siempre estaba un poco gruñona, sobre todo cuando se interrumpían sus sueños con William Douglas.

Seviana volvió con la ropa de Justine y con lo necesario para peinarla. Ella se levantó de la cama con un resoplido. Mientras se estaba vistiendo, Seviana abrió aún más las cortinas.

—Oh, Dios mío —murmuró—. Debería ver las flores, señora.

—Ya las he visto —dijo Justine.

—Debe de haber cinco carretas llenas.

¿Cinco carretas? Justine se acercó a la ventana y se asomó.

Seviana no estaba hablando de los jardines. Había cinco carretas en la entrada, llenas de flores de color rojo, dorado, rosa y amarillo, y el espectáculo bajo el sol matinal era muy alegre. Justine nunca había visto tantas flores juntas.

—¿Para qué son? —preguntó.

—No sabría decirle, señora.

El té, el sol y las flores mejoraron su estado de ánimo. Cuando bajó a desayunar vio más flores en el piso bajo. El vestíbulo estaba lleno de cajas y jarrones con flores. El olor era abrumador. Y los sirvientes estaban llevando más flores a la terraza. Justine se detuvo a mirar las que estaban sacando y se encogió de hombros. Después, entró en el comedor.

Lady Aleksander ya estaba allí, inclinada sobre el bufé, inspeccionando la comida. Se detuvo para hacerle una reverencia a Justine, y dijo: —¡Buenos días, Su Alteza Real! ¡Tiene un aspecto magnífico!

Mentirosa. Estaba pálida y tenía ojeras a causa de la falta de sueño.

—Gracias —dijo.

Lady Aleksander se alejó del bufé, sonriendo, a la espera de que Justine tomara un plato y la precediera. Algunas veces, el protocolo era un verdadero fastidio.

—Por favor, continúe —le dijo Justine, y miró a su alrededor en busca del mayordomo—. ¿Carlton? ¿Podría tomar un café?

—¡Oh, qué buena idea! A mí también me gustaría tomar un poco, por favor —dijo *lady* Aleksander.

Justine asintió hacia el mayordomo, quien, a su vez, asintió hacia uno de los lacayos. Después, mientras sacaba una silla para que ella se

sentara, le preguntó si quería algo del bufé o si prefería algo en particular.

—Solo quiero una tostada, por favor —dijo Justine. Le interesaba demasiado lo que estaba haciendo *lady* Aleksander como para pensar en sus propias elecciones.

En aquel momento, *lady* Aleksander estaba preguntándole a un sirviente cuáles eran los ingredientes de uno de los platos. Parecía que no le gustaban demasiado las especias. Por fin, la dama se sentó a la mesa con un plato lleno de comida, cuya cantidad dejó asombrada a Justine.

—¿Ha dormido bien, señora?

—He dormido fatal, gracias —dijo Justine—. ¿Y usted?

—¡Muy bien! Es un sitio muy relajante, debo decir.

En aquel momento, uno de los lacayos entró en el comedor con una carta sobre una bandeja. Se la acercó a Justine y se inclinó. Ella tomó el sobre y lo abrió, mientras *lady* Aleksander daba un buen bocado a un pedazo de morcilla.

Justine buscó los anteojos en su bolsillo y se los puso. La nota estaba escrita con descuido y tenía una mancha de tinta. Estaba firmada por lord Sutherland. ¿Hasta qué punto estaba borracho cuando la había escrito?, se preguntó Justine, y comenzó a leerla.

> *Su Alteza Real,*
>
> *anoche, la princesa Amelia,* lady *Constance, mi esposa y yo llegamos a la conclusión de que era mejor que la princesa Amelia se quedara a pasar la noche en nuestra casa, puesto que es peligroso transitar por las carreteras a una hora tan tardía. Estaremos encantados de devolvérsela hoy mismo, sana y salva.*

—Tiene que ser una broma —murmuró. Se quitó los anteojos y se pellizcó el puente de la nariz.

—¿Va todo bien? —preguntó *lady* Aleksander.

—Amelia se está divirtiendo —respondió Justine, y dejó a un lado la nota y los anteojos—. Parece que en el último momento decidió quedarse a pasar la noche en Stafford House.

—Oh, qué bien —dijo *lady* Aleksander, sin titubear. Tomó un buen bocado de morcilla y añadió—: Está deliciosa.

Entonces, se giró hacia el lacayo.

—Por favor, dígale a la cocinera que la comida está deliciosa, y que la morcilla es espectacular.

El sirviente se quedó asombrado, como si no supiera si debía salir corriendo a la cocina en aquel momento para transmitirle el mensaje a

la cocinera. Pobre hombre. Allí nadie hablaba nunca con los lacayos. Más bien, les hablaban. En todo caso.

Finalmente, él inclinó la cabeza para dar a entender que iba a hacerlo, pero se quedó exactamente donde estaba. No se movería hasta que se lo pidiera Justine.

—¿No se alarma usted por el comportamiento de mi hermana? —le preguntó Justine a *lady* Aleksander.

La dama volvió la cabeza hacia ella.

—En absoluto, Su Alteza Real. Por supuesto que no.

—Hay otros en esta casa que sí lo harán. Yo no, claro. Como he dicho muchas veces, Amelia es perfectamente capaz de cuidar de sí misma.

—¡No tengo ninguna duda! Tiene que probar estos huevos, señora. Están cocinados por una mano experta. Mi marido se quedaría extasiado.

En aquel momento, Carlton sirvió un plato de tostadas a Justine.

—A propósito, anoche tuve ocasión de revisar mi lista de candidatos —dijo *lady* Aleksander, como si fuera perfectamente apropiado hablar de su matrimonio durante el desayuno, cuando apenas se conocían.

Justine no quería oírlo. No quería pensar en ello. Quería evitar aquel desgraciado asunto.

—Ummm —murmuró, y comenzó a comer rápidamente para poder salir cuanto antes de aquella sala.

—Y he tenido noticias del príncipe Aggiani. Vendrá hoy —prosiguió *lady* Aleksander—. Le he pedido a lord Bardaline ayuda con su programación.

Justine se tragó todo el café.

—Bien, un príncipe. Qué… idóneo. ¿Carlton? Puede llevarse esto.

—¿Cómo? —preguntó *lady* Aleksander, sorprendida—. Pero si apenas ha comido.

—He comido una tostada. Tiene usted razón, la comida es muy buena —dijo Justine, y se dirigió al lacayo—. ¿Podría decirle a la cocinera que yo también le envío mis cumplidos?

Lady Aleksander se limpió la boca con la servilleta.

—¿Por qué tanta prisa?

—Oh… eh… Yo quería ir a buscar a Amelia —dijo Justine. Era lo primero que se le había ocurrido para poder salir de allí—. No ha obrado bien.

—¡Maravilloso! ¿Le importaría que fuera con usted? —preguntó *lady* Aleksander, y se puso rápidamente en pie, aunque se inclinó para tomar un último bocado de huevos.

Justine sintió una punzada de pánico.

—¿Para qué?

—Para ver Londres, claro. Hacía siglos que no venía. ¿Unos diez años? No, once, creo. Si me lo permite, voy a tomar mi…

De repente, se abrió de nuevo la puerta del comedor, y Bardaline entró a buen paso.

—Su Alteza Real —dijo, sin aliento, al tiempo que hacía una marcada reverencia—. Debería…

—Estoy hambrienta —dijo Amelia, que entró inmediatamente tras él.

Le entregó la capa como si fuera un sirviente y atravesó la habitación. Llevaba un vestido que Justine no había visto nunca, y no sabía si lo había comprado o se lo habían prestado.

Su hermana se dirigió al bufé. No se había percatado de la presencia de *lady* Aleksander, y estuvo a punto de chocarse con ella. Se sobresaltó y dio un paso atrás.

—¿Quién es usted?

—Amelia, te presento a *lady* Aleksander —dijo Justine.

A Amelia se le escapó un jadeo.

—¿La casamentera?

Lady Aleksander hizo una reverencia.

—Es un gran placer conocerla, Su Alteza Real.

—Pero… ¿cuándo ha venido? —inquirió Amelia—. ¿Y por qué no nos han informado? No nos han informado, ¿verdad? —le preguntó a Justine, como si quisiera compartir su indignación.

Bardaline, que tal vez presintió que le iban a interrogar, salió en aquel preciso instante del comedor con la capa de Amelia.

—Bueno, no nos informaron del momento preciso en el que llegaría —dijo Justine—. Yo te lo habría dicho en cuanto me enteré… pero tú te lo estabas pasando muy bien en Stafford House, ¿verdad? De verdad, Amelia, ¿en qué estabas pensando? ¿Te imaginas lo que va a decir la gente?

—¿Y por qué no podía quedarme con *lady* Constance? Es muy divertida.

Justine iba a decirle que tenía que preocuparse más por las apariencias, como si su madre estuviera viviendo en su cabeza, cuando se oyó una voz grave en el comedor.

—Buenos días.

Justine y *lady* Aleksander se giraron hacia la puerta al mismo tiempo. Amelia, no.

William Douglas entró en la sala como si fuera el comedor de su casa. Hizo una reverencia o, más bien, inclinó ligeramente la cabeza, y

sonrió directamente a Justine.

—¿Qué está haciendo aquí? —le preguntó ella—. ¿Dónde está Bardaline?

—La última vez que lo he visto estaba en el armario de los abrigos, murmurando para el cuello de su camisa.

—¿Ha entrado usted sin anunciárselo a nadie?

—Yo no diría eso. He venido a devolverle a su hermana, y se lo dejé bien claro al mayordomo. Y al mozo que vino a atender a los caballos. Y, por supuesto, a la propia princesa. Pero creo que todos ellos están un poco abrumados por la cantidad de flores que hay en la casa. Espero que no haya muerto nadie.

—Yo no quería venir con él. Me ha escoltado en contra de mis deseos —dijo Amelia, desde la mesa del bufé. De repente, dio un jadeo —. ¿Se ha muerto alguien? ¿Quién ha…?

—No —dijo Justine—. También te lo habría dicho inmediatamente.

—Ah, claro. Entonces, ¿por qué hay tantas flores?

—Son regalo de un admirador —dijo *lady* Aleksander.

—¿Qué? —preguntó Justine, al mismo tiempo que Amelia se giraba desde la mesa del bufé con la cara iluminada de placer—. ¿Para quién?

—Para Su Alteza Real, la princesa Justine —dijo *lady* Aleksander.

Amelia hizo un sonido de desaprobación y se volvió hacia la mesa.

¿Un admirador? ¿Qué admirador? ¿Y por qué se había presentado William allí? De repente, tenía demasiadas cosas que asimilar.

Decidió asimilar a William en primer lugar.

—¿Se quedó usted en Stafford House toda la noche?

Él se echó a reír.

—Por supuesto que no —dijo—. He visitado al duque esta mañana y me encontré a toda la familia debatiendo sobre cuál era el mejor modo de enviar a la princesa Amelia de vuelta a casa. Me ofrecí voluntario.

Aquello no tenía sentido. ¿Por qué había ido a visitar a Sutherland aquella mañana? ¿Acaso se había enterado, por algún medio, de que Amelia estaba en su casa, y había ido a verla? Su hermana era muy bella y los caballeros siempre se habían sentido atraídos por ella. No sería sorprendente que a William le ocurriera lo mismo. Entonces, ¿se había imaginado lo que sucedió entre ellos la noche anterior? ¿Qué pasaba con las cosas que le había dicho él? ¿Qué pasaba con su apuesta?

Se enfadó con él.

—¿Y pasó por Stafford House casualmente?

—Bueno, casualmente, vivo muy cerca.

—La enorme casa de color rojo —dijo Amelia, por ayudar—. Ya sabes, la que está en la parte alta de la calle.

Justine se acordaba perfectamente del edificio.

—¿El edificio de color rojo, tan sencillo? Yo solo he visto un asilo, o un sanatorio, que coincida con esa descripción.

—No es un asilo, por el amor de Dios, y le aseguro que es mío.

—¿Es una casa? —preguntó Justine, un poco avergonzada—. No dijo que fuera su casa.

—Usted no lo preguntó.

—¿Y por qué iba a preguntar yo si esa casa era suya?

—No lo preguntó porque estaba medio borracha y abrumada —dijo Amelia, mientras iba con su plato hacia la mesa—. Siempre está confusa cuando acaba de estar entre una multitud. Justine, no has presentado a nuestros invitados.

—Los nervios y la confusión no son lo mismo, y estaba a punto de hacerlo, Amelia —dijo Justine, y se frotó la frente con la palma de la mano—. *Lady* Aleksander, le presento a lord Douglas de Hamilton.

Lady Aleksander sonrió e hizo una reverencia.

—Un placer volver a verlo, milord.

—¿Volver a verme? No creo, señora… Yo me acordaría de haber conocido a una dama tan encantadora, sin duda.

—Dios Santo —dijo Justine, entre dientes.

Pero William estaba mirando a *lady* Aleksander como si pensara que era posible que la hubiera conocido.

—En la boda de la princesa Charlotte y…

—¡El príncipe Georg! Claro —dijo él—. ¿Cómo es posible que se me haya olvidado?

—Hace mucho tiempo —dijo *lady* Aleksander, amablemente.

—Es cierto.

Se acercó a ella para saludarla.

—Es un placer verla de nuevo, *milady*. ¿Está bien? ¿Y su esposo?

—Oh, los dos estamos maravillosamente bien, gracias. ¿Y usted? ¿Y su padre?

Justine vio que se sonreían al reconocerse. Estaban recordando la boda, riéndose por algo que había ocurrido allí, y ella se sintió excluida.

—¡Bueno! —exclamó, en voz alta—. Ahora que han recuperado su amistad, los dejo para que compartan sus recuerdos —añadió, y se dirigió hacia la puerta. Le sorprendía su irritación. No era propio de ella, porque estaba acostumbrada a las desilusiones.

—Su Alteza Real, ¿si me permite? —dijo *lady* Aleksander.

No, no quería permitírselo, pero apretó los dientes y se volvió hacia ella.

—¿Sí, *lady* Aleksander?

—Es la mañana perfecta. He pensado que podríamos dar un paseo todos juntos por el jardín.

—Yo no —dijo Amelia, sentada ante su desayuno—. Anoche bailé tanto que me duelen los pies.

—Gracias —respondió Justine—, pero hoy tengo una agenda muy apretada.

—Sí, sé que tiene muchos deberes. Pero he pensado que, quizá, ahora que su programación está un poco más despejada, podríamos tomar un poco al sol, ya que lord Douglas ha traído a su hermana a casa. Tal vez podríamos disfrutar del aire libre.

Amelia alzó la vista.

—¿De qué está hablando?

—Su Alteza Real se disponía a ir a buscarla a Stafford House, pero lord Douglas le ha ahorrado la molestia.

—Yo no soy una molestia —dijo Amelia, aunque, por lo menos, tuvo la decencia de usar un tono de duda.

—Hace un día precioso… —murmuró William.

Justine lo fulminó con la mirada.

—¿Esto? —dijo, señalándolos alternativamente a *lady* Aleksander y a él—. Esto es precisamente el tipo de cosa que le dije que no era asunto suyo.

—Le ruego que me perdone, entonces —respondió él, con calma—. Tal vez *lady* Aleksander y usted puedan ir en una dirección, y yo puedo ir en otra distinta, y así todos tomaremos aire fresco en privado.

—¡Tonterías! ¡Vamos todos juntos! —exclamó alegremente *lady* Aleksander.

¿Qué podía decir ella? En realidad, le parecía muy petulante negarse a algo tan intrascendente como dar un paseo. Además, a ella le gustaba caminar; lo que no le gustaba era que le tendieran una emboscada para hacerlo. ¿Era aquello el tipo de cosas que debía esperar cuando fuera reina? ¿Qué la gente la manipulara para que hiciera lo que ellos querían, solo porque no podía pensar con rapidez qué decir?

En aquel momento, todos la estaban mirando, esperando su respuesta.

—Augh… —dijo, mirando al cielo—. Está bien. ¡Está bien! Pero un paseo corto. Tengo que trabajar, después de todo —añadió, y miró a Bardaline.

Él estaba observando un punto de la alfombra y no captó su sutil sugerencia de inmediato.

—Ah… sí, Su Alteza Real. El trabajo de la corona, por supuesto. Mucho trabajo. Reuniones.

—¿Qué trabajo? —preguntó Amelia, desde la mesa—. ¿Por qué nunca ha habido ningún trabajo para mí?

Justine se dirigió hacia la puerta, y notó que *lady* Aleksander la seguía de cerca.

—Espérenme —dijo Amelia, olvidando lo mucho que le dolían los pies. Se levantó de un bote y pasó por delante de Bardaline para reunirse con los demás.

Justine caminó con decisión por el largo pasillo que llevaba a la terraza, pasando junto a macetas de flores. Los lacayos se apresuraron a abrir las puertas, a quitar cualquier hoja que hubiera podido caer al suelo por descuido, a decirles a los jardineros que se escondieran, a apartar los cubos de flores… Para que, cuando Justine saliera, no hubiera nada más que una vista serena y deslumbrante del jardín lleno de colores, y el olor dulce de los ramos de flores que llenaban la terraza.

—¿Todas estas flores son para Justine? —preguntó Amelia—. ¿Quién las ha mandado? ¿Por qué hay tantas?

A Justine no le importaba de quién fuesen. Se detuvo en el primero de los escalones y tomó aire mientras admiraba las vistas.

William también se detuvo.

Ella lo miró. Él la miró a ella. Justine estuvo a punto de sonreírle, algo que él no merecía, o de hacer algún comentario conciso y expresivo. Sin embargo, antes de que pudiera hacer cualquiera de las dos cosas, *lady* Aleksander apareció entre ellos y se puso la mano en el estómago.

—¡Desde luego, este paseo es muy necesario! Creo que he tomado mi peso en comida durante el desayuno. Los viajes en mar tienen algo que me abre el apetito.

Justine se giró de nuevo a mirar los jardines, y contuvo un suspiro, el suspiro que llevaba conteniendo ya varias semanas.

Capítulo 13

¿Acaso nadie más veía lo que a sus ojos estaba tan claro?, se preguntó Lila.

Miró a la princesa Amelia, pero la joven no había dejado de hablar ni un segundo, recordando hasta el último detalle del tiempo que había pasado en Stafford House. Caminaba junto a ella, pasando los dedos sobre los arbustos, por las enredaderas, tan perdida en su pequeño mundo que casi no levantaba la vista para ver si su acompañante estaba escuchando. Mucho menos iba a fijarse en su hermana mayor y en el marqués, que iban por delante de ellas.

Bardaline tampoco se había dado cuenta, a juzgar por lo desdeñoso que había sido al hablar de Douglas cuando ella le había interrogado, el día anterior.

Pues, bien, ella sí había notado que se estaba gestando algo entre la princesa Justine y el marqués. No se le había escapado cómo se rozaban sus dedos, accidentalmente, cuando se habían detenido para que él lanzara una moneda en una fuente. Dijo que deseaba que ella encontrara un buen partido cuanto antes. Ella respondió que mejor lo deseara para sí mismo.

Tampoco se le escapó a Lila que la princesa no dejaba de mirar al marqués por el rabillo del ojo, con una sonrisa encantadora y atrevida. Ni que él la miraba a ella con total atención y se esforzaba por disimular lo encantado que estaba.

Lila se preguntó si ellos mismos se daban cuenta de todo aquello. Por experiencia, sabía que aquella atracción mutua no siempre era reconocida por quienes la sentían. Los asuntos del corazón hacían que cualquier persona se cuestionara todo lo que pensaba o sabía, podían confundir incluso al más pragmático.

Decidió ponerlos a prueba. Apresuró el paso para alcanzarlos, y la princesa Amelia, al darse cuenta de que se quedaba sin público, se apresuró también.

—Un día espléndido, ¿verdad? —comentó, alegremente, mientras se colocaba entre los dos y los tomaba a ambos del brazo.

—Sí, sí que es espléndido —dijo Douglas.

—No se podría pedir un día mejor para recibir a un invitado especial.

—¿Quién es nuestro invitado? —preguntó Amelia, con deleite.

—Un caballero a quien le gustaría mucho conocer a Su Alteza Real, la princesa Justine. Un príncipe.

—¿Solo a ella? ¿Y por qué solo a ella? Hay dos princesas reales en Prescott Hall, por si se le ha olvidado a alguien.

—No se le ha olvidado a nadie, Amelia —dijo la princesa Justine—. Es imposible olvidarlo con tus recordatorios diarios. Pero yo soy la que necesita casarse.

—Pues estoy muy contento por usted, Su Alteza Real —dijo Douglas—. Estoy deseando ver al caballero que consiga su mano. Aunque, si me lo pregunta…

—Cosa que no he hecho…

—Pero, si lo hiciera, le aconsejaría que se reservara para un rey. Podría unir naciones en su lecho… entre otras cosas.

Lila y la princesa Amelia se echaron a reír.

—Claramente, usted no entiende cómo funcionan estas cosas —dijo la princesa Justine, con una sonrisa.

—Lo entiendo perfectamente —replicó Douglas.

—Pues, entonces, usted también debería contratar a *lady* Aleksander, si lo entiende tan bien. Sus servicios son muy recomendados.

—Qué amable por su parte decir eso, señora —dijo Lila—. Estaría feliz de poder ayudarlo, milord.

—Gracias, pero no será necesario. Creo que soy perfectamente capaz de conseguirlo por mí mismo.

—Lo dirá usted —respondió la princesa Justine, alegremente—. Pero, sin embargo, aquí está, a punto de llegar a la mediana edad…

—Ni por asomo…

—Y sin ninguna perspectiva a la vista.

La princesa se inclinó para sonreír a Douglas, y el efecto fue muy agradable. Justine era una mujer muy bella. No era tan llamativa como la princesa Amelia, pero su encanto aumentaba cada vez que uno la miraba.

Amelia se abrió paso para ocupar un lugar en el grupo.

—Bueno, yo sí entiendo cómo son estas cosas. ¿Quién va a venir?

—El príncipe Gaetano di Aggiani —dijo Lila.

—¿Cómo? —preguntó Douglas, y miró a Lila—. ¿Ha dicho Aggiani?

—¿Oh, se conocen? ¡Vaya, es maravilloso! Puede sernos muy útil

cuando aparezca. No hay nada tan tranquilizador como una cara conocida en medio de un grupo.

—Por favor, *lady* Aleksander, a mí no se me ocurre nada más inquietante que encontrarme la cara familiar de lord Douglas en medio de un grupo de gente —dijo la princesa Justine.

Y, con aquella protesta fingida, Lila supo que la atracción era más fuerte de lo que pensaba. Se alegró muchísimo. Era muy posible que la princesa y el marqués estuvieran hechos el uno para el otro. En aquel momento solo era una impresión, pero, como decía a menudo Valentin, ella tenía una gran intuición. No sabía cómo adivinaba aquellas cosas, pero se le daba muy bien, y sabía lo que aquellos dos no sabían.

Aún.

Lila se agarró las manos a la espalda.

—¿Cómo conoció al príncipe Gaetano, milord?

—Nos hemos visto un par de veces en casa de un amigo común.

—Maravilloso. Entonces, tal vez usted pueda dar fe de la excelente pareja que sería el príncipe para Su Alteza Real.

—No es necesario que el dé fe —intervino la princesa—. ¡Ese hombre no es un rey, solo es un príncipe! ¿Qué más necesitamos saber?

—Creo que hay algunos detalles que sí tenemos que saber —dijo Amelia—. ¿Es guapo? ¿Es rico?

—Directa al grano, Su Alteza Real —dijo William, riéndose—. Sí, es guapo.

—Y, sí, es rico —confirmó Lila.

—Entonces, estoy deseando conocerlo —dijo la princesa Amelia—. Si Jussie no lo quiere, tal vez me lo quede yo.

—Amelia —dijo Justine.

—¿Qué?

—No es un pelele para que podamos pasarlo de una hermana a otra.

Lila observó disimuladamente a lord Douglas mientras la princesa Amelia argumentaba que su propuesta era justa, ya que todas las princesas de Wesloria tenían que casarse, al final.

Lila sospechaba que Douglas sí cumpliría con los requisitos financieros de Robuchard; era heredero del ducado de los Hamilton, así que tenía fortuna propia y no arrasaría con las arcas del estado para su diversión.

Sin embargo, Douglas tenía algo que la intranquilizaba un poco. Existía la sombra de un rumor, una información que ella había olvidado y que hacía que sospechara que tenía una reputación

escandalosa. ¿Qué era lo que estaba intentando recordar?

Fuera lo que fuera, necesitaba saberlo, por si acaso se trataba de algo que pudiera impedir su candidatura.

En realidad, a ella no le importaba. Estaba muy acostumbrada a pulir reputaciones y borrar escándalos, y era muy habilidosa haciéndolo. Lo que más le importaba era el brillo de los ojos de la princesa Justine al mirar a lord Douglas, y el hecho de que él no pudiera quitarle la vista de encima. Aquellos dos pensaban que estaban en desacuerdo, lo cual era un deleite para ella. Un hombre y una mujer que se creían enemigos solían formar la unión más fuerte, una unión gobernada por la pasión. Lo único que tenía que conseguir era que ellos también se dieran cuenta, pero procurando que pensaran que siempre había sido idea de ellos dos.

Estaba tan entusiasmada con aquel avance que casi tropezó por el camino.

—¿Señora? ¡*Lady* Aleksander!

Todos se detuvieron y se giraron. Bardaline caminaba hacia ellos con una tarjeta de visita en la mano. Cuando alcanzó a la princesa Justine, le hizo una reverencia y se la entregó. La princesa la tomó y entrecerró los ojos. Alejó todo lo que pudo la tarjeta para poder ver algo, pero Amelia terminó por quitársela y la leyó.

—¡Es el príncipe! —exclamó con emoción.

—¡Magnífico! —dijo Lila—. Lord Bardaline, ¿podríamos tomar el té? Creo que sería perfecto hacer las presentaciones en la terraza, entre las flores.

Bardaline volvió a inclinarse y se alejó. La princesa Amelia fue corriendo tras él, seguramente, para echarle un vistazo al príncipe.

—Bien, pues entonces ha llegado el momento de que me vaya a casa —dijo Douglas.

—¡Por supuesto que no, milord! Tiene que venir a saludar a su amigo —dijo Lila.

—Yo no lo llamaría «amigo». Apenas lo conozco.

Y no iba a hacerse amigo suyo aquel día, tampoco. Lila tomó del brazo al marqués.

—Seguro que se quedará decepcionado al no poder verlo. Por favor, al menos venga a saludarlo.

—Haré lo que prefiera Su Alteza Real —dijo Douglas, mirando a Justine.

—No, haga lo que usted prefiera —le dijo ella, y comenzó a caminar por delante de ellos.

Douglas frunció el ceño mirándola. Después, sonrió a Lila.

—Entonces, iré a saludar al príncipe.

Capítulo 14

William estornudó.

Trató de evitarlo, porque los estornudos interrumpían sus vistas, y no podía creer lo que estaba presenciando. Justine se estaba riendo y moviendo las pestañas e inclinándose para escuchar mejor al simpatiquísimo Aggiani hablando de nada. No había ni rastro de nerviosismo. Se había convertido en su hermana, que también estaba moviendo las pestañas y soltando risitas e inclinándose hacia el caballero cuando él hablaba. Todo aquello habría bastado para que cualquier hombre quisiera darle un puñetazo al italiano.

Justine no podía estar tan embelesada con aquel hombre. ¿Lo estaba fingiendo para molestarlo a él? ¿Para ganar la estúpida apuesta que él mismo le había hecho?

¿En qué pensaba? ¿Qué se estaba haciendo a sí mismo? Su objetivo no debía ser otro que terminar aquel encargo tan rápidamente como fuera posible, volver a su vida e impedir que su padre acabara con toda la riqueza de la familia. Él había abandonado su vida de libertino… pero Justine estaba tan encantadora en aquella carroza, al volver de Stafford House, que su libido había desarrollado una voluntad propia. En aquel momento, había deseado desesperadamente darle un beso. Todavía lo deseaba.

Cuando había entendido que Gaetano di Aggiani sería el primer pretendiente, había estado a punto de echarse a reír. Por suerte, pudo contenerse, pero empezó a redactar mentalmente la carta que iba a enviarle a Robuchard: «Milord Robuchard, espero que la corona wesloriana no haya gastado una cantidad exorbitante para contratar los servicios de la casamentera, porque el primer pretendiente que ha presentado es, posiblemente, el peor candidato de toda Europa. ¡Cualquier bruja podría haber conjurado a un hombre ligeramente mejor con unos cuantos gnomos y unas cuantas setas!».

O algo por el estilo.

Él sabía que Aggiani no era más que un mujeriego deshonesto con las mujeres. Tenía la intención de hablar en privado con *lady*

Aleksander en cuanto pudiera, y decírselo. Empezó a sospechar que la casamentera no tenía ni idea de lo que estaba haciendo, y pensó que debía volver por donde había llegado. Él mismo se ofrecería voluntario para acompañarla al puerto más cercano.

Volvió a estornudar. Llevaba estornudando desde que se habían hecho las presentaciones y habían tenido que empezar a pasearse por la terraza entre enormes ramos de flores. Aquel olor tan dulzón era agobiante para él. Le parecía que tenía la nariz del tamaño de una manzana.

Volvió a estornudar.

—Salud, Douglas —le dijo Aggiani, mirando hacia atrás.

William frunció el ceño a la espalda del hombre de pelo rizado y negro en cuanto se dio la vuelta.

—Por desgracia, debe de haber alguna flor que no le sienta bien. Uno no sabe lo que va a obtener en concreto cuando compra todo Covent Garden —dijo el italiano, mirando a Justine para asegurarse de que lo había oído bien.

—¿Todo Covent Garden? —preguntó la princesa Amelia—. ¿De verdad?

—Sí, cinco carretas llenas hasta arriba. Ha sido todo un viaje hasta Prescott Hall. Los ciudadanos de Londres salían de sus casas para mirar, porque son magníficas, ¿no le parece?

—Son espectaculares —dijo Amelia.

Aggiani miró astutamente a Justine.

—Sí, verdaderamente lo son —dijo ella.

William volvió a estornudar. Aggiani les ofreció un brazo a cada hermana para pasearse con ellas entre los ramos y poder observar cada una de las flores, y él los siguió de mala gana. *Lady* Aleksander se quedó un poco rezagada para poder pasear con él.

—Creía que había dicho que casi no conocía al príncipe, pero él lo ha saludado con mucha efusividad.

—Casi no nos conocemos —repitió él.

Aggiani le había saludado con falsedad, y le sorprendía que *lady* Aleksander no se hubiera dado cuenta.

El trío desapareció entre un grupo de puestos florales y se oyó la risa de Justine. Él nunca la había oído reírse con tanta alegría, y se sorprendió.

—¡Me satisface tanto ver que la princesa Justine aprecia al príncipe! —comentó *lady* Aleksander.

William dio un resoplido.

—Si yo fuera usted, no estaría tan seguro de que ella piense nada en concreto sobre ese príncipe.

—¿De veras? Pues parece que ella lo está pasando muy bien —dijo *lady* Aleksander, con más entusiasmo del que merecía la situación.

Como si quisieran confirmar lo que había dicho la dama, las princesas se echaron a reír. William y *lady* Aleksander rodearon un arreglo floral especialmente grande justo a tiempo para ver que la princesa Justine posaba una mano en el hombro de Aggiani, ligeramente, mientras se agachaban para examinar una flor.

William volvió a tener un ataque de estornudos. Se secó la nariz y los ojos con el pañuelo.

—Creo que a ella le cae muy bien —susurró *lady* Aleksander, cuando comenzaron a avanzar de nuevo.

—¿Porque se ha reído? La gente se ríe también cuando están enfadados o aburridos.

—Bueno, puede ser, pero la mayoría de la gente se ríe cuando está contenta —replicó *lady* Aleksander y, con una sonrisa, se apartó de su lado para hablar con la princesa Justine—. Su Alteza Real, ha llegado el té. ¿Lo tomamos? —preguntó, y señaló una mesa que acababan de servir, con un mantel de lino, cubiertos de plata y vajilla de porcelana.

—Sí, gracias —dijo Justine, y caminó con Aggiani hacia la mesa.

William se metió el pañuelo en el bolsillo y, de mala gana, hizo lo mismo.

—A nadie le gustan tanto las flores como a los italianos —dijo Aggiani, mientras sacaba una silla para ofrecérsela a Justine—. Lo llevamos en la sangre. Mujeres bellas, flores bellas, buen vino, buena comida… todo italiano —dijo, y se besó las puntas de los dedos. Después, arrojó el beso al cielo.

—Qué ridículo —murmuró William.

—¿Perdón? —preguntó Aggiani.

—He dicho que su sangre italiana no tiene nada que ver con eso.

Aggiani se echó a reír.

—Es por culpa de mi inglés, que no es perfecto —dijo, en un perfecto inglés—. Me refiero a que los italianos vivimos para la belleza. Ah, tendría que haber visto las caras de los comerciantes, Su Alteza Real —le dijo a Justine—. Les dije que no quería nada menos que lo mejor para la futura reina de Wesloria.

—Son preciosas —dijo de nuevo Justine, y acarició con las yemas de los dedos los pétalos de una de las rosas del enorme ramo que había sobre la mesa.

—Sí —dijo Aggiani, mirando a su alrededor por la terraza, admirando su obra de arte.

La princesa vio a William con el ceño fruncido, como si estuviera estornudando a propósito para molestarla.

—Se le están hinchando los ojos, milord. Tal vez debería echarse un rato.

William la ignoró.

—Les contaré un secreto —dijo Aggiani, y llamó a las princesas con el dedo. Justine y Amelia se inclinaron hacia delante.

Mientras Aggiani le susurraba algo al oído a Justine, *lady* Aleksander también le susurró algo a William.

—No puede negar que hacen muy buena pareja. ¿Se imagina los niños tan preciosos que traerían al mundo?

Él la miró con asombro.

—Eso es adelantarse mucho, ¿no le parece? Creo, *milady*, que no conoce a mi viejo amigo tan bien como piensa.

—¿De veras? Entonces, cuéntemelo todo sobre ese hombre, aunque casi no lo conozca, pero acabe de referirse a él como «mi viejo amigo».

William le clavó una mirada fulminante, pero no tuvo mucho efecto, porque el mayordomo llegó en aquel momento para servir el té. William estornudó una vez más. Tenía los ojos llorosos y la nariz hinchada. Debía tomar una decisión: o quedarse allí y ver cómo Aggiani iba ganándose un trono, o marcharse antes de perder la capacidad de respirar.

Bueno, podía prescindir de la respiración unos minutos más.

—¿Alguna vez habían olido algo tan fragrante? —preguntó Aggiani, señalando el ramo del centro de la mesa.

—Yo no —dijo Justine.

Cerró los ojos e inhaló el olor de las que, supuestamente, eran las flores más perfectas que se hubieran cultivado nunca.

La princesa Amelia la imitó.

—El olor es divino —dijo, y sonrió a Aggiani, que correspondió a su sonrisa.

—Nadie ha venido a traer tantas flores, ¿verdad? —preguntó Aggiani.

Justine tamborileó ligeramente con los dedos en la mesa, y William se animó. Tenía la sonrisa un poco más tirante.

—No, nunca.

¡Ajá! Ella ya estaba cansada de aquello.

Él volvió a estornudar, y con bastante fuerza. Sin embargo, fue un estornudo con sabor a triunfo, porque, por supuesto, había estado en lo cierto todo el tiempo: Aggiani no era adecuado para Justine.

El mayordomo sirvió los scones en una fuente y los dejó sobre la mesa. Aggiani se movió en su silla y William no pudo verlo más, porque quedó detrás de las malditas flores. Sin embargo, lo oía perfectamente. Dominó la conversación. Habló sobre su familia y

sobre sí mismo, y sobre su país, sobre el palacio de su familia, sobre el cariño que sentía por Wesloria. Volvió a mencionar las flores. La princesa Amelia lo escuchaba atentamente con la barbilla apoyada sobre las manos. Le preguntó cómo era su palacio, y él le dijo que estaba construido sobre un acantilado con vistas al mar, que el suelo era de mármol y los techos estaban cubiertos de pan de oro. Y que sus viñedos eran de los más antiguos de Italia y producían algunos de los mejores vinos del mundo. Que las flores que crecían en sus tierras eran tan preciosas como las que podían verse en Covent Garden.

La princesa Amelia estaba embelesada, pero William no era capaz de descifrar la expresión de Justine. Sin embargo, ella escuchaba atentamente y, cada vez que Aggiani se inclinaba hacia delante y la miraba fijamente con sus ojos castaños y dulces, él estornudaba.

Por fin, *lady* Aleksander sugirió que volvieran a pasear por el jardín. Naturalmente, él quedó relegado al papel de mero espectador y tuvo que caminar detrás de las princesas y del príncipe de nuevo, junto a la casamentera. Pero mantuvo los ojos bien abiertos a la espera de que surgiese la oportunidad de poder hablar con su protegida.

Bueno… no era su protegida, sino, más bien, su responsabilidad. Algo como eso, una carga sobre sus hombros.

Su momento llegó cuando Bardaline fue a buscar a *lady* Aleksander. Había llegado un mensajero a buscarla, y ella tuvo que dejar el grupo y volver a la casa. Ellos continuaron el paseo por el pequeño laberinto que había en el jardín. Los dos guardias que siempre los acompañaban se colocaron en la entrada del laberinto para que nadie pudiera entrar mientras las princesas lo recorrían.

Él había dejado de estornudar, gracias a Dios. Iba paseándose tras ellas, malhumorado, cuando la princesa Amelia le arrebató el sombrero a Aggiani y salió corriendo, entre carcajadas, por delante de él. El príncipe la siguió, riéndose y diciéndole que no debía jugar con él.

William aprovechó el momento para alcanzar a Justine.

—Bueno —le dijo.

—Bueno, ¿qué?

—Podemos terminar rápidamente con este si me permites que te dé un consejo amistoso.

—No, gracias. ¿Estás bien? Tienes los ojos tan hinchados que casi se te han cerrado, y la nariz completamente roja.

—Estoy bien, sí. ¿De verdad te dejas llevar por un mar de flores?

Ella suspiró.

—No seas tonto. Se supone que él tiene que cortejarme.

—Oh, sí, y lo hará. Y será lo que más estimes de él, créeme. Será encantador, solícito y demasiado admirador de sí mismo.

Justine lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿De qué estás hablando?

William se dio cuenta de que lo estaba haciendo todo mal.

—¿Cuántas veces te has visto obligada a darle las gracias por las flores?

Justine lo pensó un momento y alzó un dedo.

—Te concedo que está muy complacido con su regalo.

—¡Complacido! Prácticamente, te ha pedido que te arrodillaras para alabar las flores.

—No, no ha hecho eso —dijo ella, y aceleró un poco el paso—. Parece muy amable. Y es muy guapo. En estas cosas no se presta la atención debida a la belleza, en mi opinión.

William dio un resoplido para expresar su opinión.

—¿Eso es lo que quieres? ¿Alguien que sea amable y guapo?

Justine se echó a reír.

—¿Debería preferir a alguien que está enfadado y no me trae flores y es del montón?

—¿No deberías preferir a alguien que sea compatible con tu persona y que sea encantador solo con un ramo? Un ramo es manejable. Cinco carretas suponen un problema. Este hombre no es adecuado para ser tu compañero de vida. Seguramente, dejaría secas tus bodegas, Justine. Además, tú eres demasiado… demasiado suave para él.

Ella se quedó sorprendida.

—¿Suave?

—Suave.

Justine frunció el ceño.

—¿Por qué piensas que yo soy suave?

—Puede que seas una princesa, pero eres una mujer, y no eres tan diferente del resto de las de tu sexo.

Ella frunció aún más las cejas.

—¿Y qué significa eso, si no te importa explicármelo?

—Que las mujeres, en general, son fáciles de conquistar por un hombre.

Ella se quedó boquiabierta.

—¡Eso no solo es mentira, sino que es lo más absurdo que has dicho hasta la fecha!

—No me has respondido. ¿Quieres un marido a quien tengas que alabar a cada momento? Y, cuando se haya acostumbrado a conseguir eso de ti, ¿qué será lo siguiente? ¿Sentarse en tu trono? ¿Acudir a las

reuniones con tus ministros?

Ella se detuvo y lo miró con estupefacción.

—¿Has ido desde las flores a la usurpación?

Él dio un gruñido. Sí, lo había hecho, pero solo para explicar la situación.

—Lo único que digo es que todo esto será mucho menos doloroso si sigues mis consejos. No lo digo para alardear, pero tengo una buena cabeza para estas cosas.

—Y yo también tengo una buena cabeza para calibrar el verdadero carácter de una persona. ¿Por qué no iba a admirar que un hombre tenga la seguridad necesaria en sí mismo para pedir lo que quiere? Pienses lo que pienses tú, nadie puede cambiar el hecho de que la reina seré yo. Yo ocuparé el trono, no él.

William se puso las manos en la cintura.

—Hazme caso, Justine. Lamentarás el día que lo has conocido.

—Eres un arrogante —dijo ella—. A mí me parece perfecto.

—No piensas eso. Lo dices solo para molestarme, y te diré que lo has conseguido. Estoy intentando ayudarte.

—William, mi madre ha encargado a una experta casamentera, *lady* Aleksander, que se ocupe de este asunto, y le habrá costado una gran suma de dinero. Tú no sabes nada.

—Vaya, tendré una gran empatía hacia cualquiera que acabe a tu lado, porque puedes llegar a ser muy imperiosa.

—¡Le dijo la sartén al cazo! —respondió ella, con una carcajada.

Echó a andar hacia la curva por donde habían desaparecido Amelia y el príncipe, pero, de repente, se detuvo, y él estuvo a punto de chocar con ella. William miró por encima de la cabeza de Justine para saber cuál era el motivo por el que se había parado tan bruscamente, y se quedó mudo. El hombre más tonto de la tierra y la princesa Amelia estaban apoyados en el seto, abrazados, besándose como si fueran viejos amantes.

—¡Amelia!

La pareja se separó. Aggiani se quedó pálido como la nieve.

—Su Alteza Real, puedo explicarlo —dijo. Se apartó de Amelia y añadió—: Me besó ella.

La princesa Amelia dio un jadeo y se puso como un tomate.

—¡No es verdad! —exclamó, y miró a su hermana pidiendo ayuda.

—Amelia, vete de aquí —le dijo Justine, con calma, y alzó la mano.

La princesa Amelia fulminó al italiano con la mirada, se alejó rápidamente y tomó la mano de Justine. Justine le rodeó la cintura con la mano y las dos se fueron, enfadadas por distintos motivos.

William miró a Aggiani. Parecía que el príncipe se iba a desmayar.

—Vaya, vaya, una metedura de pata, ¿eh?

Aggiani suspiró.

—¿Y me culpa a mí? De las dos, la pequeña es la verdadera belleza.

—Pero… ¿es completamente tonto?

—Eso parece —reconoció Aggiani, malhumorado.

Los dos comenzaron a salir del laberinto, y Aggiani suspiró varias veces al tomar conciencia del error que había cometido. Cuando se acercaban a la casa, dijo: —Vaya gasto de dinero por las flores. ¿Las ha visto? No las verá mejores.

William no respondió. Solo podía pensar en la apuesta, y en cómo iba a cobrarla.

Capítulo 15

Amelia subió corriendo a su habitación. Estaba avergonzada por lo que había hecho e indignada por que Aggiani la hubiera culpado. Eso podía manchar su reputación. Justine no entendía por qué le preocupaba su reputación, si ella era la parte ofendida.

Parecía que a su hermana se le había olvidado que Aggiani, supuestamente, era su pretendiente. Ella no tenía ningún interés en aquel hombre, por supuesto, pero le molestaba que fuera tan obvio que él, tampoco.

Le pidió a *lady* Aleksander que despidiera inmediatamente al príncipe y, por supuesto, tuvo que explicarle lo que había ocurrido mientras el príncipe hablaba por encima de su voz, insistiendo en que todo había sido un malentendido y que era Amelia la que lo había besado a él.

Aquellas protestas cobardes consiguieron que Justine lo detestara aún más.

Lady Aleksander, por supuesto, había accedido a echar al príncipe de inmediato. Después, se había llevado a Aggiani a un pequeño recibidor que había justo al lado de la entrada, para hablar con él.

Justine se quedó mirando la puerta cerrada. Le asombraba que Aggiani no se hubiera llevado una buena reprimenda. Se volvió hacia Bardaline, que evitó su mirada.

¿Acaso ella no tenía ni la más mínima autoridad?

Necesitaba tomar el aire.

Se giró y se dirigió hacia la puerta principal, ordenándoles a los guardias que no la siguieran. Pero, por supuesto, ellos lo hicieron. Sin embargo, cuando Justine atravesó el camino de grava de la entrada y llegó a una valla de piedra, se volvió hacia ellos.

—No me sigan, bajo condena a muerte, ¿entendido?

Los dos guardias se miraron, como si estuvieran debatiéndose entre el cumplimiento de su deber y la vida.

Justine se agarró el bajo de la falda y salió corriendo por el jardín. Ojalá pudiera escapar de Prescott Hall y de todos los símbolos de su

nacimiento. Sin embargo, no podía huir, y tampoco podía correr demasiado, porque el corsé no le permitía tomar aire suficiente. Se inclinó hacia delante y apoyó las manos en las rodillas para respirar profundamente. Miró hacia atrás y vio que casi no había recorrido nada de distancia. Se irguió y empezó a caminar, presionándose el abdomen con una mano mientras intentaba recuperar el aliento.

Pensó en sus padres, que se habrían quedado horrorizados si hubiesen sido testigos de lo que había pasado. Su madre se habría enfurecido con Amelia, tanto, que posiblemente se habría olvidado de ella por completo.

Pero su padre…

Su padre le habría dicho que era afortunada de haber descubierto el modo de ser de aquel hombre cuando todavía no era demasiado tarde, y que no era digno de ella. Y después, habría señalado la impetuosidad de Amelia y le habría dicho que tenía que mantenerla a su lado hasta que estuviera casada con el hombre adecuado, para ahorrarles a todos problemas y escándalos.

Justine siguió caminando por el parque. Pasó junto a un rebaño de ovejas que no le dedicaron ni una mirada, y se dirigió hacia un pequeño lago que había en los confines de la finca. Junto a la orilla había un par de bancos.

El paseo le estaba sentando bien. Su ira y su vergüenza iban apagándose. Cuando llegó al lago, se puso las manos en la cintura y volvió a respirar profundamente unas cuantas veces, e inclinó la cabeza para que el sol de la tarde le acariciara el rostro.

Cuando era niña, no sabía que la desilusión se iba a convertir en algo constante en su vida. Había asumido ingenuamente que, al ser la reina, todos los de su alrededor querrían complacerla. Ahora ya sabía que la decepción siempre la acompañaría. Nunca podría confiar en gente que no estuviera muy unida a ella. Nunca sabría si alguien quería su favor, o su tiempo, o su aprobación. ¿Cómo iba a estar alguna vez cómoda con tanta desconfianza?

Se sentó en uno de los bancos, se inclinó hacia delante y se tapó la cara con las manos. En palabras de su padre, a nadie le hacía bien estar tan deprimido. Él le había dicho que cada momento de abatimiento era un momento perdido para el bien del reino.

—Qué fácil es decirlo —murmuró.

Sin embargo, alzó la cabeza. Realmente, no tenía sentido deprimirse en aquella ocasión. No sentía ningún afecto por Aggiani; simplemente, se había quedado embelesada por su belleza y le había hecho ilusión que alguien tan guapo y majestuoso pudiera desearla. No había sufrido ningún daño y se alegraba de librarse de él.

Pero iba a hablar seriamente con *lady* Aleksander; si aquel era el tipo de pretendientes que iba a presentarle, la despediría.

Se puso en pie, se recogió la falda y respiró profundamente. Al darse la vuelta, vio que William estaba a pocos metros, apoyado en el tronco de un árbol.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—Un momento.

Justine miró alrededor, pensando que habría más gente.

—Si estás buscando a tus guardias, los han llamado.

—No te creo. ¿Por qué?

—Porque tu hermana ha elegido este momento para enfrentarse a su acusador.

—Oh —dijo ella, y se encogió al imaginarse cómo habría salido todo aquello. Amelia era muy volátil—. ¿Ha ido muy mal?

—Si consideras los gritos y las lágrimas algo malo, sí.

Justine suspiró.

—Me alegro de habérmelo perdido.

William se apartó del árbol.

—¿Cómo estás tú?

—Debería preguntártelo a ti. Estás menos hinchado que antes, pero sigues un poco rojo.

—Qué amable por tu parte al darte cuenta. ¿Y tú?

—Yo estoy bien —dijo ella, y se frotó distraídamente el lóbulo de la oreja. Tal vez no estuviera perfectamente bien, pero sí estaba bien.

Él ladeó la cabeza.

—¿Un poco enfadada, quizá?

—¿Qué te hace pensarlo?

—No lo sé… Que hayas salido corriendo de Prescott Hall. Eres más rápida de lo que había pensado.

—¿Tú no estarías enfadado?

—¿Enfadado? No. Tendría intenciones asesinas. Debe de ser exasperante para ti.

—¿Qué?

William se detuvo a medio metro de ella y se encogió de hombros.

—Todo, supongo.

Qué extraño. Era casi como si William estuviera en su cabeza.

Él dio un paso hacia ella.

—Me refiero a la responsabilidad que acompañó a tu nacimiento, y a lo que llegará cuando ocupes el trono. A la imperiosa necesidad de encontrar un marido y tener un heredero. Este proceso parece… contrario al verdadero curso de la felicidad marital. Pero tal vez sea necesario, teniendo en cuenta tu nacimiento.

—¿De veras piensas eso, o lo dices para aplacarme?

Él se echó a reír.

—¿Alguna vez te he dicho algo para aplacarte?

—No.

William levantó la mano y le quitó algo del pelo. Se lo mostró. Era el frágil pétalo de una flor.

—Para mí no es desconocido este tipo de cortejo. Mi hermana sufrió lo mismo que tú.

Justine hizo un mohín.

—¿Una casamentera?

—Peor aún. Mi madre. Estaba desesperada por ver a Susan casada con alguien que ella considerara a la altura del ducado de Hamilton. Hubo un desfile de escoceses ricos hasta que decidió quién podía cumplir sus requisitos. Siempre pensé que era como elegir una vaca lechera.

Justine se echó a reír, a pesar de todo.

—¿Y tú, Douglas? Seguro que tu madre está igual de desesperada por verte casado a ti. Después de todo, tú eres el que debe tener a los herederos.

—Se menciona con frecuencia —dijo él, sonriendo.

—Entonces, ¿por qué no te has casado todavía? Cuando estuve en Londres, hace ocho años, recuerdo que todos hablaban de tus supuestos intereses. Y vi con mis propios ojos el número de señoritas que se fijaban en ti.

—¿Ah, sí? —preguntó él, con agrado—. Pues yo no lo recuerdo.

—¿Por qué no te has casado todavía?

—Ay —dijo él—. Hay asuntos que complican el matrimonio para mí, muchacha. Yo soy el heredero, como tú.

—Pero… ¿nunca te ha atraído nadie?

Él sonrió ligeramente.

—Yo no he dicho eso. Hace muchos años hubo alguien, pero otro ya le había llamado la atención. ¿Y a ti? ¿No hay ningún caballero que te haya robado el corazón?

Al instante, ella pensó en Aldabert, y aquel doloroso recuerdo le atravesó el corazón. ¡Con qué facilidad y rapidez se había enamorado! Cómo le había creído y cómo había confiado en él. Amelia le había dicho que era porque ningún hombre le había prestado atención en ese sentido, y no tenía experiencia.

—Hubo alguien que tuvo mi corazón en sus manos —dijo—. Pero lo aplastó.

William frunció el ceño.

—Me duele oír eso.

Justine movió la mano para restarle importancia.

—Ya terminó todo. Tal vez así entiendas mejor por qué mi madre se empeñó en lo de la casamentera. No confía en mí.

—Suena como mi madre. Tal vez tú y yo seamos más parecidos de lo que creemos.

—No, me parece que no —dijo ella, aunque sonreía—. Por ejemplo, tú eres molesto, y yo no.

—Sí, eso no puedo negarlo. Pero me gustaría que, al menos, me consideraras un amigo.

—Umm… Lo pensaré.

—¿No confías en mí?

—De ninguna manera —respondió Justine, riéndose.

Él también sonrió.

—De todos modos, hay algo más que tengo que abordar.

—¿De veras?

—Es el pequeño asunto de una apuesta que se hizo justamente.

En medio de todo el caos, ella se había olvidado de su absurda apuesta, pero William no, y obviamente le había gustado darle aquella sorpresa, porque sonrió de una manera que a ella le provocó calidez.

—Yo no…

La voz de Justine se apagó. Ella cumplía su palabra, y había aceptado la apuesta en el calor del momento, pero pensaba que la ganaría.

—Parece que te has quedado desconcertada. Tú también hiciste la apuesta, y me gustaría cobrarla.

—No puedes exigirlo.

—No lo estoy exigiendo. Solo te lo recuerdo. Aggiani no es apropiado en absoluto, ¿no te parece?

—¡Claro que sí! Era inadecuado en todos los sentidos.

—Entonces, reconoces que tengo razón y que debes pagarme la apuesta.

En sus ojos grises había un brillo de alegría y de calor, y Justine notó un chisporroteo que le bajó por todo el cuerpo, hasta el vientre.

—Ya estás otra vez diciéndome lo que tengo que hacer. Y no me gusta cómo has subrayado eso de que tú tienes razón y yo no.

—Umm… A lo mejor es que te dan miedo las consecuencias de tu apuesta.

—Ciertamente, no.

No tenía miedo, por el amor de Dios, pero su pura masculinidad le causaba nerviosismo. Aldabert era menos… viril.

—¿Entonces?

No ayudaba nada que su sonrisa fuera tan seductora. Carraspeó. Se

frotó la mejilla, porque notaba un cosquilleo sin ningún motivo. Se agarró las manos a la espalda y levantó la cara.

—Muy bien, adelante.

Él se quedó confundido.

—¿Qué haces?

—Ofrecerte mi cara.

Él frunció el ceño.

—No acepto.

Ella lo miró boquiabierta.

—¡Estoy pagando la apuesta! ¿Por qué no ibas a aceptarlo?

—Porque pagar es tu deber, no el mío. Y estás más rígida que un palo. Uno no presenta la cara así para recibir un beso.

—Ah, ¿es que entonces ahora hay reglas?

Ella podía ser muchas cosas, pero rígida no. Dio un paso adelante, posó las manos en sus brazos y se puso de puntillas, y le rozó los labios con los suyos, deteniéndose en ellos uno o dos segundos. Después, se apoyó de nuevo en los talones.

El contacto con sus labios confirmó sus expectativas: eran suaves y firmes al mismo tiempo. Se suponía que aquel leve roce no debía de hacer que sintiera nada del otro mundo, pero, sin embargo, de repente se sintió muy acalorada.

Lo había hecho, de todos modos. Estuvo a punto de sacudirse las manos.

—Ya está. He pagado mi deuda.

William la estaba mirando como desconcertado. Se puso las manos en las caderas.

—¿Ha sido una broma?

—¡No!

Él se pasó una mano por el pelo.

—Eso no ha sido un beso, Justine.

Ella temió, de repente, que besar en Escocia fuera algo completamente distinto a lo que ella había experimentado y nadie se lo hubiera dicho. Sería su segunda humillación de aquel día.

—¡Sí ha sido un beso!

Él hizo un gesto negativo. La acarició la mejilla con delicadeza, y Justine notó que el hormigueo se extendía por su piel como si fuera líquido. Él se adelantó. Ella notó que le rodeaba la cintura con un brazo.

—No ha sido un beso —dijo él, en voz baja.

Movió la mano y posó la palma en su cuello, rozándole la comisura del labio con el pulgar. Ella notó su calor y percibió su olor a almizcle y clavo. Él le miró los labios y, después, la miró a los ojos mientras

inclinaba la cabeza. Justine no pudo pensar… se ahogó en el beso de William. Abrió la boca y notó que él deslizaba la lengua entre sus dientes y la entrelazaba con la de ella. Le tomó la cara con ambas manos y se la inclinó ligeramente, y le mordisqueó los labios.

A ella le latía el corazón a toda velocidad. Aquel beso estaba lleno de placer, de deseo e impaciencia, de una sed que no podía saciarse en aquel jardín, ni aquel día… Pero ella soñó con el futuro, pensó en cuándo, cómo y dónde podrían satisfacerse sus deseos. Estaba apretada contra su pecho fuerte, y su respiración y su pulso latían erráticamente…

Y, entonces, William puso fin al beso. Le soltó la cintura y se retiró. Tenía los ojos de color gris oscuro, como si fueran nubes de tormenta.

—Ahora sí ha pagado su deuda, Su Alteza Real.

Una vez, su padre le había dicho que siempre tuviera buen cuidado de comprender las condiciones de una negociación. Claramente, no había entendido las consecuencias de aquella apuesta; se sentía como si estuviera vadeando un río caudaloso y no tuviera ningún control.

—Muy bien —dijo—. Me alegro.

Se tocó la nuca, sin saber qué hacer.

Por su sonrisa, se notaba que William sabía que ella había calculado mal, que sabía cómo la afectaba, y que estaba disfrutando de ello.

—¿Volvemos a la casa?

—Claro. A la casa y al alboroto que hay allí.

William le ofreció el brazo.

Justine lo aceptó. Comenzaron a caminar como si no se hubieran besado. Ella lo miró por el rabillo del ojo. Su sonrisa se había transformado en un gesto de completa satisfacción.

—Esto no significa que puedas darme consejos. Yo me aconsejo a mí misma.

—No se me pasaría por la cabeza.

—Y no debes pensar que significa que puedes decirme lo que tengo que hacer.

—Nunca, porque tú serás la reina, la gran sacerdotisa de todos.

Ella sonrió sin poder evitarlo.

—Exacto. Esta vez has tenido suerte.

—Sí, ha sido por pura suerte. Tanta suerte, de hecho, que podría haber estado ciego y, aun así, haberme dado cuenta de que él no era para ti.

—Sí, bueno, yo no te aconsejo que des por hecho que vas a tener la misma suerte otra vez.

—No lo haría nunca —respondió él. Posó la mano sobre la de ella

y se la apretó con suavidad—. Sería un tonto si cuestionara los consejos que te das a ti misma —le dijo, y le guiñó un ojo.

A Justine se le aceleró el corazón frenéticamente.

Capítulo 16

La princesa Justine volvió a la casa un poco despeinada. Lila notó que se había dejado a lord Douglas en el camino de entrada, y que a él también le había revuelto el pelo el viento mientras esperaba a que uno de los sirvientes le llevara el sombrero y la capa de montar.

Sin embargo, ella tenía otras cosas en las que pensar en aquel momento. Las princesas estaban furiosas. La princesa Amelia se había declarado una víctima de las insinuaciones de Aggiani, como si su honor hubiera sufrido una mella. Se negaba en redondo a admitir la idea de Justine de que, tal vez, ella había ayudado a mellarlo. La princesa Amelia defendía inflexiblemente su versión de lo ocurrido: que ella no había hecho nada impropio. Además, se quejó airadamente de que a nadie le importaba lo que ella pudiera pensar.

La princesa Justine estaba igualmente disgustada, pero por otros motivos. En cuanto su hermana pequeña salió de la habitación, clavó sus ojos de color miel en ella.

—¿Por qué no lo echó de aquí inmediatamente, tal y como le pedí?

—Le pido disculpas, Su Alteza Real, pero era necesario hacer ciertas negociaciones.

—¿Qué tipo de negociaciones?

—Él estaba preocupado por si el incidente llegaba a oídos de su padre.

La princesa se quedó mirándola fijamente, pero, después, miró a *lady* Bardaline, que estaba escuchando con suma atención todo lo que decía. Lila se dio cuenta de que no quería hablar delante de su dama de compañía, lo cual le resultó curioso, porque no había tenido ningún problema para decir todo lo que pensaba delante de lord Douglas.

—*Lady* Bardaline… ¿podría ocuparse del servicio de la cena? —le pidió ella.

Lady Bardaline la miró.

—Ah…

Era evidente que no quería que la despidieran, pero sopesó cuáles eran las opciones. Al final, asintió con tirantez.

—Por supuesto.

Salió de la habitación y dejó a Lila a solas con la princesa Justine, que la estaba mirando con enojo.

—Su Alteza Real…

—Antes de que diga otra palabra —dijo la princesa—, debe saber que lo ocurrido hoy es una calamidad de primer orden. Ha sido un desastre en todos los sentidos.

—Cierto —dijo Lila, e hizo una reverencia para pedir disculpas—. Es verdaderamente reprobable.

La princesa enarcó las cejas.

—Entonces, ¿por qué lo invitó a venir?

—¿Nos sentamos?

—¡No! Dígame por qué.

—Bien.

Lila sabía que tenía que conducirse con cautela. Por supuesto, ella no podía saber que Aggiani iba a comportarse como un idiota. Ella sabía que a la princesa no iba a gustarle, pero tampoco esperaba que lo sorprendieran besándose con su hermana, por el amor de Dios. Valentin se iba a reír mucho cuando le contara la historia.

Sin embargo, necesitaba que la princesa olvidara el terrible error de Aggiani para poder proseguir con lo que tenía planeado.

—Hay un método para conseguir un buen emparejamiento que, tal vez, sea difícil de entender para una persona lega en la materia. Pero, algunas veces, es útil tener a alguien que pueda poner a prueba la compatibilidad con un sujeto de varias formas.

La princesa frunció el ceño.

—¿Qué?

—Es la forma en que estoy buscando la pareja perfecta para usted, Alteza. Nunca esperé que pensara que Aggiani era algo más que un caballero con demasiadas flores. No creía que le sirviera más que para pasar una tarde agradable.

La princesa la fulminó con la mirada.

—¿Me está tomando el pelo, *lady* Aleksander?

—No. Ahora puedo decir, con seguridad, que he visto unas cuantas cosas que…

—¿Qué cosas?

—Bueno, por ejemplo, yo no sabía con certeza si la infidelidad era algo que pudiera preocuparle.

Como era de esperar, la princesa se quedó boquiabierta.

—¿Está loca?

Lila se agarró las manos con fuerza.

—Espero que no.

La princesa Justine frunció aún más el ceño.

—A algunas personas en su posición solo les importa la fortaleza de las alianzas nacionales que se puedan forjar con un determinado pretendiente, y no la compatibilidad conyugal.

A la princesa se le quedaron los ojos muy abiertos de pura incredulidad.

—Y yo no estaba segura de si… de si usted era una de esas personas.

—No, no lo soy —dijo la princesa, con enfado—. ¿No podría habérmelo preguntado, sin más? Para mí es muy importante la compatibilidad en todas sus formas. ¡Dijo que encontraría a alguien compatible conmigo!

—Y eso es exactamente lo que voy a hacer. Le pido perdón por no haberle explicado claramente cómo iba a hacerlo. Yo también estoy aprendiendo cosas sobre usted, espero que lo comprenda.

—No, no lo comprendo, señora. ¡Esto es una locura! ¿Qué voy a pensar? ¿Quién será el próximo? ¿Va a ser otra clase de examen?

—Por supuesto que no.

—Por supuesto que no —repitió la princesa, desdeñosamente—. ¿Quién es el próximo?

Lila tenía a alguien viajando hacia Londres mientras hablaban. Era un buen candidato, alguien que podría ser muy adecuado para la princesa en caso de que fallara su impresión sobre Douglas. Sin embargo, no estaba segura de si sería el próximo.

Tenía bastante trabajo y, cuanto más tiempo siguiera allí, disculpándose por lo que había ocurrido con Aggiani, menos tiempo tendría para pensar.

—No puedo decirlo aún, porque tengo que revisar unas cuantas cosas para asegurarme de que es alguien que pueda hacerla feliz.

—Sinceramente, por el bien de las dos, espero que su siguiente candidato sea más compatible que el primero.

—No tenga duda de que así será —dijo Lila, con la experiencia de haber tenido que tranquilizar a muchos clientes cuando ni siquiera ella sabía lo que iba a ocurrir—. ¿Quiere que quitemos las flores?

—Creo que sería lo más apropiado —dijo la princesa, de mal humor, y salió de la habitación.

En cuanto se cerró la puerta, Lila se dejó caer en una silla y cerró los ojos. Aquel día había sido un completo desastre, pero, al menos, había confirmado una cosa: que la atracción entre la princesa heredera y lord Douglas era innegable. Necesitaba recabar más información sobre él. Y sabía quién era la persona que podía dársela.

Capítulo 17

Beckett Hawke, lord Iddesleigh, conocido por todo Londres como Beck, saludó a Lila en la puerta de su casa.

—¡Lila! —gritó.

Tenía apoyada en su hombro a una niña que había estado durmiendo, pero que se despertó con el alarido y se echó a llorar del susto. Parecía que Beck no oía sus lloros. Agarró a Lila con un brazo y la estrechó contra sí, y tiró de ella para que entrara en el vestíbulo de su casa de Upper Brook Street, en Mayfair.

—Me alegro muchísimo de verte después de tantos años. Te has mantenido alejada de los problemas, ¿no? —le preguntó él, riéndose.

Lila sonrió.

—Eso fue hace mucho, Beck.

—Los escándalos nunca pasan, querida. ¡Entra, entra! No conoces a mi mujer.

Lila se había criado en una casa al lado de la de Beckett y su hermana Caroline. Cuando eran pequeños, jugaban juntos muchas veces. Cuando Beck se marchó a la universidad, les llevaba regalos a las dos al ir de vacaciones a casa. Una vez, Caroline intentó emparejarla a ella con Beck, pero cuando Beck lo descubrió, reprendió a su hermana y le dijo que Lila era como una prima para él y que, además, no tenía ni la más mínima intención de casarse nunca.

Lila lo siguió a un gran salón pintado de verde claro y con muebles tapizados en amarillo claro. Había una mesa en el centro de la estancia y, sentado en ella, un hombre increíblemente guapo que estaba leyendo el periódico. Lila pensó que rara vez se veía tanta belleza en un hombre. Había dos niñas debajo de la mesa, cerca de él, jugando con muñecas. Estaban despeinadas, como si hubieran estado corriendo. Y había otra niña pequeña tirando de un carrito rojo de juguete con una cuerda, alrededor de la mesa.

—Te presento a nuestra niñera, el señor Donovan —dijo Beck—. Donovan, mi querido amigo, permite que te presente a *lady* Aleksander.

El señor Donovan dejó el periódico en la mesa y se levantó.

—Prefiero niñero —dijo.

Pasó por encima de las niñas, sin mirar, y se acercó con una sonrisa encantadora.

—*Lady* Aleksander, es un placer —dijo. Se inclinó sobre su mano, y sus miradas se encontraron mientras le besaba los nudillos. Pero luego, él la soltó rápidamente y se giró—. Niñas, venid a conocer a la invitada de vuestro padre.

Las dos mayores miraron hacia arriba como si acabaran de darse cuenta de la presencia de Lila. Se levantaron de un salto y corrieron hacia ella, de modo que más rizos castaños y rubios se soltaron de sus lazos. La más pequeña se abrazó a las piernas de Lila y estuvo a punto de hacer que perdiera el equilibrio.

—¡Oh!

El señor Donovan agarró a la niña del cuello del vestido y la arrastró hacia atrás.

—Un poco menos de entusiasmo, Maren.

—Te pido perdón —le dijo Beck, y dejó a la que tenía en brazos en el suelo. La pequeña se alejó a gatas—. Esa es un poco demonio —añadió, señalando a Maren.

—¡No soy eso, papá! —protestó la niña, entre risas.

—¿Y qué soy yo, papá? —preguntó la mayor.

—Mathilda, mi amor, tú eres una sinvergüencilla.

—¡Yo, papá! —pidió la niña de la carretilla roja, que cruzó rápidamente la habitación y se chocó con su hermana mayor.

—Maisie, tú eres una patata.

La más pequeña miró a sus hermanas para que le aclararan si eso era bueno.

—¡No es una patata! —exclamó Maren, riéndose.

—¿Y qué es Meg? —preguntó Mathilda.

Beck miró a la bebé que andaba a gatas por el suelo.

—Meg es un ángel, porque todavía no habla.

Las tres niñas se echaron a reír.

El señor Donovan se agachó y recogió a la que llevaba la carretilla, y la sujetó cabeza abajo.

—Bueno, vamos, todas vosotras. Es la hora de la merienda —dijo.

Atravesó el salón con la niña colgada boca abajo, riéndose, y se agachó para recoger también a la bebé. En el otro extremo de la estancia había una mesa infantil con un juego de té para niños. Aquella era una preciosa escena doméstica que Lila nunca hubiera pensado que vería en casa de Beck. La última vez que lo había visto, él prefería estar en los clubes masculinos y en los salones de anfitrionas

nobles de Londres, y no en su casa.

—Me alegro mucho de volver a verte, Lila —le dijo él—. ¿Cómo está Valentin?

—Muy bien, gracias. Va a venir pronto a reunirse conmigo.

Beck le señaló el sofá y los dos se sentaron.

—Me encantó recibir tu nota. Le dije a Blythe, mi mujer, de soltera Blythe Northcote, que le vas a caer muy bien. Ella es la única que siempre ha podido convencer a Caro de que haga lo que no quiere hacer.

Lila se echó a reír.

—Recuerdo que Eliza Tricklebank también podía convencerla de lo que no conseguía Hollis, su hermana. Yo era una mera espectadora.

—Erais todas incorregibles.

En aquel momento llegó una mujer regordeta, de hombros anchos, con tirabuzones de color pelirrojo, que estaba embarazada. Se acercó a Beck, le puso las manos sobre los hombros y le dio un beso en la mejilla.

—¿Es esta la incomparable Lila Aleksander?

¿Incomparable?

—Sí, permíteme que te presente a mi amiga *lady* Aleksander.

Lila se puso de pie, y *lady* Iddesleigh se acercó y la miró sonriente.

—¡Qué bien está usted! Cariño, no me habías dicho que era tan guapa. Es usted guapísima, *lady* Aleksander.

—Ah… gracias.

—Lila y yo somos amigos de la infancia —dijo Beck.

—Entonces, ¿por qué nunca me la habías presentado? —preguntó su esposa.

—Ahora vivo en Dinamarca con mi marido —explicó Lila.

—¡Oh, qué bien!

—Se vio obligada a dejar Londres por culpa de un escándalo —añadió Beck.

Lila abrió unos ojos como platos.

La mujer de Beck se sentó en una butaca y se inclinó hacia delante, todo oídos, con los ojos brillantes de interés.

—¿Qué clase de escándalo?

—Después te lo cuento —dijo Beck.

Una de las niñas, Maisie, se había escapado del juego de la merienda y trepó por la espalda del sofá en el que estaba sentado Beck. Después, empezó a descender por su cuerpo, desde la cabeza hasta cubrir la cara de su padre con la falda y la combinación. Él apartó la tela con una mano.

—Tienes que decirnos qué te trae por aquí.

—¿Maisie? El té está servido —anunció el señor Donovan.

La niña rodó por el brazo del sofá y aterrizó en… Bueno, ella no pudo ver dónde aterrizó, pero, al segundo, la criatura se había levantado, y salió corriendo al otro lado del salón. Lila vio, fascinada, que el señor Donovan se ponía una servilleta sobre el brazo y permanecía en pie mientras las hermanas mayores discutían sobre quién iba a servir el té. Maisie, que había llegado tarde para entrar en liza, le sacó un mechón de pelo a una de sus hermanas de la coleta.

Al oír los aullidos que comenzaron en aquel momento, Lila estuvo a punto de caerse del asiento.

Los padres de las niñas no se dieron cuenta o ignoraron el griterío del otro lado del salón.

Lila trató de hacer lo mismo.

—¿Cómo está Caroline? ¿Está bien?

—Maravillosamente —respondió Beck—. Ahora es jardinera, y está casada con un príncipe, como sabrás. Va a venir a Londres la semana que viene, ¡así que tienes que venir a verla! ¿Cuánto tiempo vas a estar aquí?

—Creo que unas semanas más.

—Sí, sí. Entonces, tienes que venir. Y, en cuanto a eso… ¿qué estás haciendo en Londres, querida?

—He venido a ofrecer mis servicios a una princesa de Wesloria —respondió Lila, y añadió, para información de *lady* Iddesleigh—: Soy casamentera.

—¡Ah, sí! —dijo Beck—. He oído hablar de la princesa.

—¿Sí? —preguntó Lila.

—¡Todo el mundo ha oído hablar de ella! —exclamó su esposa, alegremente—. Se sabe que ha venido a Londres en busca de un rey.

—De un príncipe consorte —puntualizó Lila.

—Bueno, es lo mismo —dijo *lady* Iddesleigh.

Pero no era lo mismo. Uno era un gobernante, y el otro, el esposo de una gobernante.

—¡Claro, por eso has venido! —exclamó Beck, de repente—. ¡Estás buscando un buen partido para la princesa! Pues conozco a uno. Es un joven de Birmingham. ¿Cómo se llamaba, cariño? El vizconde que acaba de heredar una fortuna.

—Edward —dijo *lady* Iddesleigh, frunciendo el ceño—. Se llama Edward… Edward…

—Northrup —dijo el señor Donovan, desde el otro lado del salón.

—¡Northrup! —gritaron los Iddesleigh, al unísono.

Ella sonrió con calma.

—Lo tendré en mente. Pero tengo unos cuantos candidatos

elegidos. He seleccionado a uno en concreto, y creo que lo conocéis bien. Me gustaría preguntar… con toda discreción, por supuesto…

—Por supuesto —le aseguró Beck, rápidamente.

—Somos la discreción personificada —dijo *lady* Iddesleigh—. ¿De quién se trata?

—De lord Douglas, el marqués de Hamilton.

Se hizo el silencio. Lila acaparó la atención de los tres adultos y de, como mínimo, una de las niñas.

—William Douglas —repitió Beck, con asombro.

—¿Sí? —dijo Lila, ante la sorpresa generalizada—. ¿Ocurre algo?

Beck miró a su esposa y se echó a reír. Donovan también se rio. Incluso las niñas estallaron en risitas, aunque estaba claro que no sabían por qué. Se levantaron de su mesita de té en miniatura y comenzaron a corretear.

—¡William Douglas! —repitió Beck, y tosió entre carcajadas—. ¡El más inesperado!

—¿Por qué? —preguntó Lila.

—Oh, querida —dijo Beck, tratando de calmarse—. Empezó con mal pie ya hace unos años. No creo que le importe la princesa.

Lila frunció el ceño con desconcierto. ¿Acaso ellos habían confundido al hombre a quien ella se refería con otro Douglas?

—¿Crees que no?

—Querido, no sabes lo que estás diciendo —le dijo *lady* Iddesleigh a su marido, entre risitas—. Algunas veces, parece que a un caballero no le importa una mujer cuando, en realidad, le importa mucho.

—Eso no tiene sentido, mi amor —respondió Beck.

—Sí, ella tiene razón en eso —intervino Donovan.

—*Lady* Aleksander, ¿qué es lo que querría saber sobre Douglas? —preguntó *lady* Iddesleigh.

—Debo hablar con confidencialidad —dijo Lila.

—Sí, sí —respondió la dama, y le hizo un gesto para animarla a que continuara.

—Papá, ¿qué significa «conficialadaz»? —preguntó la mayor de las niñas, mientras se subía al regazo de Beck.

—Significa que no es para tus orejas, cariño.

Maren también subió al sofá y empujó a Mathilda para quitarle el sitio. Mathilda gritó.

—Ven aquí, Mathilda —dijo la esposa de Beck.

La niña, que se había caído al suelo, se levantó de un salto y corrió entre sollozos hacia su madre. Beck dejó a la otra en el suelo.

—Vete, Maren. Marchaos todas. Y, por supuesto, Lila, lo que tú digas no saldrá de estas cuatro paredes.

—Umm… —murmuró Lila.

No estaba muy segura de ello. Miró a su alrededor. Los adultos, atentos, las niñas, interesadas en algún nuevo contratiempo que había surgido bajo la mesa grande…

Beck también miró la escena.

—Sí, entiendo tu preocupación —dijo—. ¿Donovan?

—Bien —dijo el guapísimo señor Donovan—. Vamos, niñas, es hora de ir a ver al *pony*.

—¡El *pony*! ¡Yo primero! —gritó Maren.

—¡No, yo! —gritó Mathilda.

—¡Yo! —gritó Maisie.

Donovan recogió a la bebé del suelo, sonrió a Lila y se llevó a las niñas del salón.

—Espero que el siguiente sea un niño —dijo Beck, con melancolía, mientras las veía salir—. Bueno, Lila…

De repente, ella podía pensar con mucha más claridad, y se irguió en el asiento.

—Creo que lord Douglas sería muy buena pareja para Su Alteza Real, pero tengo que estar al tanto de si hay algo que deba saber sobre él.

Los Iddesleigh se miraron fijamente.

—No lo digas —le ordenó *lady* Iddesleigh a su marido.

En aquel momento, entró el mayordomo con un servicio de té de verdad, y comenzó a repartir tazas.

—Bueno, parece que sí hay algo que debo saber —dijo Lila.

—No, no, nosotros no sabemos mucho, en realidad, ¿verdad, querida? —dijo Beck—. Estamos aquí siempre, encadenados a nuestro salón por la presencia de las cuatro niñas —explicó, mientras tomaba su taza de manos del mayordomo—. Pero sí he oído decir que su padre no es competente con las finanzas, y que toma decisiones cuestionables.

—Sí, querido, pero recuerda que creemos que Douglas tiene sus propios fondos —dijo *lady* Iddesleigh.

—Estoy seguro de que así es —dijo Beck.

Lila tomó su taza de té.

—¿Y esa es la única causa de preocupación? —preguntó.

—Bueno… —dijo *lady* Iddesleigh—. Hay un rumor…

Lila se echó a reír.

—Siempre hay un rumor.

—Sí, pero este… —la dama cabeceó.

Lila miró a Beck, y él hizo un gesto de contrariedad.

—Hubo un rumor sobre una joven de Escocia. Su familia ha

hecho… acusaciones.

—Oh, vaya —dijo Lila—. ¿Qué tipo de acusaciones?

—Las típicas —dijo Beck, y dio un sorbo a su té—. ¿Específicamente?

—No lo sabemos —dijo *lady* Iddesleigh, bruscamente.

—¿No? —preguntó Beck.

—No —respondió su esposa, firmemente—. No hemos oído nada más que chismes, en especial, de alguien a quien conocemos, y de quien sabemos que está dispuesta a inventarse una historia si no tiene ninguna que contar. No deberíamos repetir calumnias sobre ese hombre, querido. Hemos oído un rumor, y no tenemos ni idea de si es cierto, así que no vamos a decir más.

Beck se encogió.

—Sí, pero…

—Lo siento mucho, *lady* Aleksander, pero es todo lo que sabemos —insistió *lady* Iddesleigh.

—Pero no me has dado la oportunidad de hablar… —se quejó Beck.

—No la necesitas, querido.

—Bueno, amor, pero, por lo menos, deja que opine sobre si merece la pena investigar sobre ese rumor. Podría pedirle a Donovan que indague…

—Oh, no, no, gracias —dijo Lila, rápidamente. No quería que el «niñero» de Beck fuera por la ciudad haciendo preguntas—. Por eso he acudido en primer lugar a ti, Beck, porque siempre sabes lo que ocurre y confío en tu discreción. Te agradezco mucho tu sinceridad. Y, como es lógico, estos asuntos requieren mucha delicadeza —añadió, con una sonrisa.

—Lo entiendo. Y soy conocido por mi discreción —dijo Beck.

Lila asintió. Dio un sorbito a su taza de té mientras se devanaba el cerebro para dar con una solución.

—¿Tal vez tengas un amigo cercano que sepa un poco más? —preguntó.

—El señor Jonathan Ashley —dijo *lady* Iddesleigh—. Él dice que conoce muy bien a Douglas.

A Beck se le escapó un jadeo.

—Bhythe, querida, no. A Ashley, precisamente, no.

—¡Pero si fueron juntos a St. Andrew's!

—Sí, y ahora no se soportan. Tuvieron una pelea horrible hace años y nunca se han reconciliado. Es mejor dejar a ese en paz.

Lila memorizó aquel nombre.

—Yo no conozco a nadie más —dijo *lady* Iddesleigh—. De verdad,

querido, no es bueno hacer especulaciones —añadió, y se giró hacia Lila con una sonrisa—. Cuéntenos, *milady*, ¿cómo es la princesa de verdad? Recuerdo que su hermana es toda una belleza, y que ella era… Bueno, lo cierto es que no me acuerdo de ella.

—Es una joven estupenda —respondió Lila—. Será una magnífica reina.

Empezó a hablar de Justine, pero ya estaba pensando en el trabajo que tenía que hacer con respecto a William Douglas.

Capítulo 18

El último telegrama que William preparó para Robuchard fue recibido con resistencia por Ewan MacDuff. William no sabía cuándo habían cruzado la línea, cuando había empezado a pensar su ayuda de cámara que podía leer sus mensajes, pero allí estaban los dos. El día anterior, él había redactado su informe de manera breve pero directa.

> ¡Debe despedir inmediatamente a la casamentera! ¡Ha demostrado que es incapaz de llevar a cabo su cometido! ¡Si no lo hace, acabará con un réprobo como príncipe consorte! ¡Haga caso de mi consejo!

Ewan tenía el papel en la mano y estaba leyendo el contenido del telegrama con los ojos entrecerrados.

—¿Qué sucede? —preguntó William.

—Las marcas, milord. No los permiten.

—¿Los signos de exclamación?

Ewan señaló el texto con el dedo.

—En la oficina de telégrafos no lo aceptarán.

William se cruzó de brazos.

—Esas marcas, como tú las llamas, son necesarias para transmitir la intensidad de mis sentimientos sobre este tema tan importante. Díselo al encargado.

—Sí, milord —respondió Ewan, y se alejó.

Los dos sabían que no iba a decirle nada al encargado y que quitaría los signos de exclamación. Ojalá Robuchard captara la intensidad de sus sentimientos tan solo con las palabras.

Aquel día iba a ir a Prescott Hall. Había acordado con el duque de Grafton que le permitiera utilizar su palco en la ópera, y estaba orgulloso de sí mismo por haber tenido aquella idea. La entrada a la zona de palcos era diferente a la del público general, así que la princesa no se vería en medio de una turba de mirones. Estaría por

encima de ellos, por decirlo de algún modo. Lord y *lady* Grafton los recibirían en su palco a él y a las dos princesas, y William estaba impaciente por contarle a Justine lo que había hecho.

Llegó a Prescott Hall poco después de la hora de la comida para comunicar su invitación.

Lord Bardaline lo saludó en el salón de visitas.

—Ah —dijo, como si esperara a cualquier otra persona, y puso cara de decepción al encontrarlo allí de pie—. Su Alteza Real está haciendo ejercicio.

Acompañó a William por el largo pasillo, por suerte, ya libre de flores, y por la terraza trasera. Una vez allí, le señaló otra terraza inferior.

Justine, con su traje de esgrima, avanzaba hacia un hombre que la doblaba en tamaño. Tenía un juego de pies muy torpe, y no dejaba de tropezarse mientras intentaba esquivar los ataques.

—¿Quién es su contrincante?

—Lord Mawbley.

—¿Otra vez?

Bardaline se encogió de hombros.

—Parece que le gusta el deporte.

—No estoy seguro de que sea eso lo que le gusta —murmuró William.

Justine obligó a Mawbley a retroceder de nuevo.

—Es muy buena, ¿verdad?

—Umm… —murmuró Bardaline, como si no le convenciera el asunto. Cuando William lo miró, se encogió de hombros—. No me parece una actividad apropiada para una futura reina. Sobre todo, si tiene que vestirse de ese modo.

William pensó que no se podía practicar la esgrima con un vestido de falda larga y unas enaguas.

—A mí me parece que a los súbditos de Wesloria les gustará saber que su reina sabe manejar la espada y que no se amedrentará a la más mínima señal de que hay problemas. Que su reina es capaz de dirigir la carga.

—Muy buenas cualidades para una reina medieval —replicó Bardaline, con un resoplido.

De repente, apareció un perrito pequeño de pelaje blanco y marrón. Subió rápido los escalones y fue corriendo hacia los pies de William. Él se agachó para saludar al perro. No era un cachorro, pero tampoco era mayor. Le lamió la mano y William jugueteó con él un momento. Era una perrita.

Levantó la vista justo cuando Justine inmovilizaba a Mawbley con

la punta de la espada en el cuello. Este dejó caer su arma y extendió los brazos para rendirse. Después, hizo una marcada reverencia y la aplaudió.

William oyó la risa de Justine, que también se inclinó.

Bardaline bajó las escaleras para hablar con ella y dejó a William a solas en la terraza. A él no le gustó que lo dejara allí como si fuera un pretendiente más, así que bajó los escalones. Vio a Justine quitarse la máscara, y una larga trenza de cabello oscuro, con una franja blanca, cayó por su espalda. A él le resultó muy difícil no comérsela con los ojos con su traje de esgrima. Le hizo falta la fuerza de diez mil mulas. Envidiaba a Mawbley por llevar máscara.

Justine escuchó lo que le decía Bardaline, pero emitió una exclamación de alegría al ver a la perrita, y se agachó para tomarla en brazos. Al incorporarse, lo vio a él y sonrió. Tenía los ojos brillantes como el oro. Y William se quedó asombrado al notar cómo le afectaba aquella sonrisa. Fue como saltar a un lago helado; se le despertaron todos los sentidos.

Ella le entregó la espada y la máscara a Bardaline.

—Buenas tardes, milord.

—Su Alteza Real —dijo él, y se inclinó—. Le preguntaría qué tal está, pero ya veo que está muy bien.

—Gracias, sí —dijo ella, y alzó a la perrita—. Le presento a Dodi.

Él le acarició las orejas.

—Encantado de conocerte, Dodi.

—Es un regalo de lord Mawbley —dijo ella, y sonrió a su oponente.

—Qué amable por su parte —dijo William.

Mawbley se quitó la máscara y le lanzó una sonrisa petulante a William.

—Su Alteza Real echa de menos a sus perros.

William tuvo que contener un fuerte deseo de decirle que eso ya lo sabía. En vez de eso, le dijo: —Lord Mawbley, ¿cómo está?

—Muy bien. Si ha venido a practicar la esgrima, le advierto que Su Alteza Real me ha vencido en todos los combates.

Y si lo que él quería era molestarle dándole a entender que había pasado mucho tiempo con Justine, lo había conseguido.

—No me sorprende. Creo que todos esperamos que nos atraviese cuando tiene una espada en la mano. Y su juego de pies no es tan bueno como debería.

Mawbley enarcó una ceja y se rio con tirantez.

—Cierto, milord. Pero, al menos, yo he tomado el florete y lo he intentado. ¿Y usted?

—No, él, no —dijo Justine, alegremente, mientras acariciaba a la perrita.

—Tal vez tema la derrota.

—No, no la temo. Sé que es inevitable. Lo que sucede es que nunca aprendí a combatir.

—¿No? —preguntó Mawbley—. Creía que todos los escoceses dominaban la espada y el lanzamiento de tronco.

—¡Yo puedo enseñarle, lord Douglas! —exclamó Justine, encantada—. Me refiero a la esgrima. No sé qué es el lanzamiento de tronco. Pero la esgrima es muy estimulante, sobre todo cuando ganas.

William y Mawbley se rieron cortésmente.

—Sería un honor —dijo William, y sonrió a Mawbley que, por supuesto, no hubiera pensado que estaba dándole a la princesa un motivo para pasar más tiempo en compañía de William.

—Lord Mawbley, le agradezco en el alma que haya sido mi oponente de esgrima hoy. Gracias —dijo Justine, y metió la cabeza en el cuello de la perrita—. Y, de nuevo, no sé cómo agradecerle que me ha regalado a Dodi. Me encargaré de que hoy cene como una reina. Gracias por venir.

Mawbley se quedó sorprendido al ver que se despedía de él.

—Su Alteza Real, si vuelve a necesitar un contrincante…

—Sí, gracias —dijo ella, alegremente, pero William se dio cuenta de que miraba a Bardaline. Su gentilhombre de cámara se interpuso entre lord Mawbley y ella cuando Justine empezó a caminar por la terraza con la perrita en brazos.

Sin dudarlo, William la alcanzó.

—Aquí estás otra vez —le dijo Justine. Parecía que le agradaba.

—Sí —dijo él, y le rascó la barbilla a la perrita—. ¿Otra vez Mawbley? Y ¿dónde está tu casamentera? Esperaba encontrarme una cola de caballeros en el camino de la entrada.

—No sé dónde está. Lleva fuera más de un día, lo cual me viene de perlas, porque no quiero que haya una fila de caballeros a la puerta de mi casa. Espero que haya encontrado un bote y se esté llevando a Aggiani, a remo, para alejarlo de estas costas.

—Entonces, estamos unidos en nuestras esperanzas.

Justine se echó a reír y se detuvo un momento. Se puso a juguetear con la perrita, haciéndole cosquillas con el extremo de su trenza. Dodi intentó morderle el pelo.

—Sí mencionó que voy a conocer a dos pretendientes la semana que viene —dijo, y subió los escalones. William la siguió—. Según ella, hay uno que es un príncipe muy rico con una gran reputación. Europeo, como yo.

—Eso debe de ser muy de tu agrado. ¿Te dijo cómo se llama?

—Sí, pero se me ha olvidado —dijo ella, y se echó la trenza detrás del hombro.

—¿Y quién es el otro caballero?

—Tampoco lo recuerdo. Seguramente, otro príncipe europeo. Será rico, importante y digno de mi atención —dijo ella, y sonrió con descaro—. Ya sabes cómo son.

—Sí, sí.

Dos caballeros ricos y con buenas recomendaciones en una semana. A William le parecía que Justine no debería conocer a más de un pretendiente a la semana, porque necesitaba tiempo para evaluar a los candidatos. Tendría que decírselo a *lady* Aleksander: la dama debía hacer más lenta la progresión de pretendientes.

—No debes de estar muy entusiasmada, si no puedes ni recordar sus nombres.

—Estoy muy entusiasmada. Da la casualidad de que me encantan las sorpresas.

—Las sorpresas casi siempre rebotan de una manera incómoda.

Llegaron a la terraza superior, y ella se detuvo con una sonrisa.

—Tonterías, William. Las sorpresas pueden ser muy divertidas. Mírala a ella: tú eres una sorpresa perfecta, ¿verdad, Dodi?

De nuevo, enterró la cara en el pelaje de la perrita y, después, se la entregó a William. Él no pudo resistirse y empezó a acariciarla, y le murmuró que era una perrita preciosa. Después, la dejó en el suelo. Dodi fue corriendo a olisquear unos macetones en los que había plantados unos árboles.

—Solo te lo preguntaba porque, si sabes quiénes son los pretendientes, podría darte información sobre ellos.

—¿Debería divertirme o desconcertarme el hecho de que todavía quieras darme consejos, cuando te he dicho claramente que no los quiero?

—No son consejos. Es conocimiento, ayuda. Por ejemplo, si hay alguno que te guste, podría hacerte sugerencias sobre cómo atraerlo.

Justine abrió unos ojos como platos. Después, estalló en carcajadas.

—¿Crees que necesito consejos para atraer a un hombre? Voy a ser reina, William. ¿Qué más atractivos necesito? Tu atrevimiento me asombra constantemente.

—Ay, pues yo creo que te gusta —dijo él—. Vas a ser reina, sí, y eres muy atractiva, y sí, podrías atraer al hombre más difícil de todos. Sin embargo…

—¿Sin embargo?

—Sin embargo, cuando tu hermana está presente, tiendes a… encogerte.

—¿A encogerme?

—Como una violeta.

Ella frunció el ceño.

—¿Cómo es posible que, justo cuando creo que seguramente puedo considerarte un amigo, me dices algo tan absurdo?

—¿No tengo razón? —le preguntó él, en un tono de desafío.

—No.

William sonrió.

—Deja de sonreír como si fueras un oráculo.

—¿Cómo no voy a sonreír? Tu buena disposición a reconocer que tengo razón es una de las cosas que más admiro de ti.

—No he dicho que tuvieras razón. No sonrías así, me desagrada. Pones cara de estar demasiado satisfecho contigo mismo. ¿Solo has venido para decirme esto, William? ¿Qué mi hermana me eclipsa en todo momento? No tenías que haberte molestado. Eso lo sé desde que éramos pequeñas, cuando un general del ejército de mi padre le llevó un *pony* de regalo a Amelia aunque era mi séptimo cumpleaños. Casi no podía apartar la vista de ella y les dijo a mis padres, varias veces, que era una niña preciosa. Y eso fue solo el comienzo. Así que, no, no es necesario que me digas que Amelia me eclipsa.

William se quedó horrorizado.

—Yo no te he dicho eso, Justine. He dicho que te encoges. Quiero dejar claro que tú superas a tu hermana en todo. Y ese general era un idiota.

Ella lo miró dubitativamente.

—¿Qué significa esa mirada? ¿Acaso un hombre no puede demostrar su admiración por una mujer sin que se sospeche mala intención por su parte?

—No.

—Escéptica —dijo él, asintiendo. Distraídamente, le acarició el brazo, y añadió, mientras entrelazaba sus dedos con los de ella—: Eso te será útil para tu reinado.

—Sí, lo creo. Es mejor ser escéptica que demasiado confiada.

Justine se apartó de él y separó sus manos.

—Bueno, ¿cuál es el consejo que has venido a darme?

—No he venido a darte ningún consejo para que tú puedas desdeñarlo. He venido a invitarte a la ópera.

A ella se le escapó un jadeo.

—¿A la ópera? Me encanta la ópera.

La perrita había vuelto con ellos, y Justine se agachó para tomarla

en brazos.

—Qué coincidencia. Es un montaje nuevo. *Il Trovatore*, de Verdi.

—Me encantan las óperas de Verdi. Su compañía representó *Rigoletto* en el palacio de St. Edys para mis padres.

—Entonces, estás de suerte. Es en el Royal Italian Opera de Covent Garden. Pensé que tal vez quisieras hacerme el honor de venir conmigo…

Ella ladeó la cabeza, mirándolo con curiosidad.

—¿Voy a conocer a alguien?

—Yo no soy la casamentera. Es solo para tu disfrute.

—¿Y habrá mucha gente?

—Claro, por supuesto. Pero tú serás la invitada de los duques de Grafton, y verás la ópera desde su palco. Por encima del público. Y hay una entrada privada al teatro.

—¿Quién más va a venir?

William lo pensó.

—¿Lord y *lady* Bardaline?

Ella arrugó la nariz.

—¿*Lady* Aleksander?

Justine chasqueó la lengua con desaprobación.

—¿Cuándo?

—El domingo por la noche. ¿Te parece bien?

A ella le brillaron los ojos de placer. Le dio un beso en la nariz a la perrita.

—Nos viene bien, ¿verdad, Dodi? Gracias.

—¿Estará disponible la princesa Amelia?

—Amelia va a irse al campo este fin de semana con *lady* Holland.

William vaciló. Él había pensado que llevaría a las dos princesas. Pensó en qué le parecería a todo el mundo que ella acudiera con él a la ópera sin su hermana.

—¿No deberíamos pedirle a alguien que te acompañara?

—¿Una carabina? —preguntó Justine, con una risita—. Pero ¿la carabina no eres tú? El mismo primer ministro de Wesloria te eligió para el papel.

Cuando iba a explicarle que por supuesto no lo era, *lady* Bardaline se acercó apresuradamente con un traje sobre el brazo.

—Tiene que acompañarte alguien —le dijo él—. En esta ciudad hay muchas malas lenguas, y hablan mucho.

—Umm…

—Su Alteza Real —dijo *lady* Bardaline, con una reverencia, y le entregó la bata a Justine.

—Gracias —dijo ella, y puso a Dodi en brazos de William. La

perrita le lamió la cara. Justine se ajustó la bata a la cintura y respondió—: Si piensa que debo llevar carabina, milord, la llevaré.

—¿Una carabina? ¿Para qué? —preguntó *lady* Bardaline, mirando a William.

—Lord Douglas me ha invitado a la ópera —dijo Justine, mirándolo a los ojos—. Debe de pensar que soy vulnerable a sus encantos y me ha sugerido que lleve una carabina.

—No, eso no ha sido lo que he dicho…

Ella se rio de él.

—No se preocupe, milord. Lo organizaremos todo para que sea respetable. Gracias por la invitación. *Lady* Bardaline le transmitirá a mi madre y al primer ministro Robuchard que es usted muy competente en su trabajo. Estoy deseando que llegue el domingo.

Se dio la vuelta y se alejó, y *lady* Bardaline, con cara de mortificación, la siguió.

William se quedó allí plantado unos instantes, desconcertado.

Y, entonces, se dio cuenta de que tenía a la perrita en brazos.

Justine también se dio cuenta. Se detuvo en la puerta y se giró.

—¡Dodi!

Él dejó a la perrita en el suelo, y Dodi salió corriendo en dirección a la princesa, aunque se detuvo un par de veces a inspeccionar los macetones.

La perrita estaba tan confusa como él.

Capítulo 19

Dante Robuchard recibió dos telegramas de Londres en un día. El primero era de *lady* Aleksander. El segundo, del marqués de Hamilton.

Llegó un tercer telegrama, pero aquel estaba dirigido a la reina. Por supuesto, era de *lady* Bardaline, y era largo, a juzgar por el rato que permaneció la reina con la cabeza inclinada sobre el papel, frunciendo el ceño. Dante sabía que iba a intranquilizarse mucho.

Estaba con los reyes en la terraza privada de la familia real. Los médicos le habían recomendado al rey que tomara el sol, puesto que era beneficioso para él, y el monarca estaba tendido en una *chaise longue*, tapado con mantas para mantener el calor. La reina estaba sentada a su lado, leyendo. Debajo de ellos, en el jardín privado de los reyes, había ocho bailarines danzando al son de tres músicos de cuerda. Era un pequeño espectáculo para entretener al rey.

De repente, la reina se levantó y comenzó a pasearse de un lado a otro.

Dante se apoyó en el respaldo de su asiento. Estaba con algunos de los más fieles sirvientes de la familia real, el ayuda de cámara del rey, una enfermera, una dama de compañía y uno de los mayordomos. También estaba presente el secretario de la reina. Todos tuvieron buen cuidado de mantenerse fuera del camino de la soberana.

—No deberíamos haber enviado a Amelia a Londres —le dijo la reina a su marido—. Ya dije que era un error.

No había dicho tal cosa, por lo menos, a él, no. Sin embargo, no era tan tonto como para contradecirla, y el rey, tampoco.

—¡Hay que tenerla vigilada, Maksim! ¡Es tan guapa! No me extraña que se meta en líos.

La belleza, pensó Dante, estaba en los ojos del espectador. Por supuesto, la princesa Amelia era una joven muy atractiva, pero él pensaba que la princesa Justine era tan guapa como su hermana. Era grácil. Sin embargo, a la reina no se lo parecía. Además, no era tan benevolente cuando la princesa Justine tenía problemas. Decía a menudo que su hija mayor era irresponsable e ingenua. Nunca iba a

perdonarle que hubiera tenido aquella aventura con Aldabert Gustav.

La reina se detuvo delante de su marido y lo miró. Bajo ellos, el director del recital trató de conducir a los bailarines hacia un lado para que el rey siguiera viéndolos. Por desgracia, eso llevó a una de las parejas a un seto. A la bailarina se le enganchó el pelo en las ramas de un árbol, y su compañero intentó desenredárselo mientras los demás seguían danzando.

Los reyes no se dieron cuenta. El rey tenía muy mal color, su piel estaba grisácea. Dante le había consultado cuál era el pronóstico al médico real, y no era favorable.

—Cada día está más débil —dijo el médico, y añadió, en voz baja —: Morirá antes de que acabe el año, salvo que ocurra un milagro.

—Tenemos que traerla a casa —dijo la reina.

—Eso no es aconsejable, querida —respondió el rey.

La reina ignoró su respuesta, como hacía a menudo.

—¿Drakkia? Tome nota —le dijo a su secretario.

El caballero se adelantó con papel y lápiz. El rey tosió tapándose la boca y la nariz con un pañuelo.

—Envíeles esto directamente a mis hijas: «Amelia, vuelve a casa inmediatamente. Tu comportamiento con el príncipe Aggiani es decepcionante y conflictivo. ¿Acaso quieres seguir los pasos de tu hermana?».

—Quita esa última frase —le ordenó el rey—. Es de una dureza gratuita, y pensaba que habíamos acordado que no hablaríamos de lo ocurrido.

—Muy bien. Entonces, escriba: «¿En qué estabas pensando? Ese caballero estaba allí como pretendiente de tu hermana, no tuyo».

Miró al rey. El rey asintió.

—Siguiente frase: «Justine, les has fallado a tus padres al permitir que Amelia se comporte de esa manera. ¡Debes ser responsable! Tu pueblo debe saber que eres competente y que no te dejas llevar por las ideas que Amelia te meta en la cabeza».

—Justine no tiene la culpa de que Amelia sea tan impetuosa —dijo el rey.

—No es culpa suya, pero, si no se hace responsable, ¿qué esperanza tendrá Wesloria cuando nosotros ya no estemos?

—Nuestras hijas tendrán un consejo de sabios y el apoyo de sus maridos —dijo el rey—. Agnes, amor mío, no debes hacer nada que interrumpa el proceso de emparejamiento. Es muy importante que Justine encuentre un buen consorte antes de que ocurra lo inevitable.

La reina se ablandó.

—No digas eso, Maksim —le pidió, y se arrodilló a su lado.

—¿Prefieres que finja? —preguntó él, débilmente—. Cuanto antes encuentren al candidato idóneo, antes podrán volver a casa y antes podremos llevar a cabo la abdicación. ¿No es así, Robuchard?

—Sí, Majestad —dijo Dante, en voz baja. A él tampoco le gustaba pensar en aquello.

—Me gustaría ayudar a Justine en la medida de lo posible antes de que llegue el final. Deja que la casamentera haga lo que tiene que hacer.

La reina no respondió. Se levantó lentamente y asintió mirando a Drakkia. Su secretario se marchó de la terraza.

Después, Dante escribió sus propios mensajes. El primero, para *lady* Aleksander. Ella le había contado que el príncipe Aggiani no era un buen partido. Él no conocía a *lady* Aleksander tan bien como le habría gustado, pero le preocupaba que la casamentera pensara que lo que había ocurrido se debía simplemente a que «Aggiani no era un buen partido». Le escribió que las noticias que habían recibido en St. Edys eran preocupantes, y que esperaba que consiguiera un candidato más apropiado. Le recordó que ella les había asegurado que tenía mucha experiencia y conocimientos para lograr un buen matrimonio real y, de nuevo, expresó su sincero deseo de que el pretendiente que él había elegido, el príncipe Michel de Miraval, tuviera un trato favorable. Él tenía relación personal con el príncipe y pensaba que una unión con su pequeña nación a orillas del mar Mediterráneo sería muy beneficiosa para Wesloria por muchas razones, entre ellas, las económicas.

A William Douglas le escribió una respuesta escueta: *Ella se queda*.

Capítulo 20

Durante los tres días que había pasado fuera de Prescott Hall, Lila había conseguido mucho, empezando por que le presentaran al señor Jonathan Ashley. Eso había sido fácil, porque había algunos amigos de su padre caído en desgracia que todavía querían ayudar a la hija. Y, sinceramente, era fácil conseguir que le presentaran a gente cuando una estaba preparando el compromiso de una futura reina. La noticia del encargo en el que estaba trabajando ya había llegado al campo.

El señor Ashley le pareció encantador y amable, y guapo. Tenía el pelo rubio dorado y los ojos marrones, era alto y estaba en forma. Sería un buen marido para cualquier mujer, sin duda.

Sin embargo, ella no lo quería para la princesa. Lo necesitaba por otros motivos.

Antes de ponerse en contacto con el señor Ashley, había ido a visitar a una antigua conocida de su madre que siempre estaba al tanto de los detalles de cualquier escándalo, Rose Maugham, *lady* Radcliff, de Mayfair. Hacía unos años, ella había tratado de emparejar a su hija, Katherine, con un príncipe aluciano que después había ocupado el trono de su país. Por supuesto, había fracasado, porque aquellas cosas requerían delicadeza y, bueno, el príncipe se había visto envuelto en un escándalo causado por un asesinato y *lady* Radcliff quedó sobrepasada por la situación.

La dama nunca se había recuperado del fracaso de no haber podido casar a su hija con un príncipe y prestaba muchísima atención a lo que ocurría en Mayfair. En particular, a lo que ocurría con los solteros. Mientras tomaban el té le contó lo que sabía: que la mala relación entre Douglas y Ashley tenía que ver con una mujer. ¿Por qué no podían ser más interesantes los hombres? Parecía que sus problemas siempre tenían que ver con una mujer…

Lady Radcliff no conocía los detalles, y no sabía quién se había enamorado de la joven y quién se había entrometido y había destruido cualquier posibilidad de conseguir la felicidad verdadera. Y, después, le dijo algo curioso: que aquello ya no tenía importancia a la luz de lo

que había ocurrido hacía poco tiempo en Escocia.

—¿Qué ha ocurrido en Escocia? —le preguntó Lila.

—No lo sé con exactitud, pero he oído que el escándalo del marqués es bastante malo.

—¿Muy malo?

Lady Radcliff asintió.

—Pero, si ha sido tan malo, alguien debe de saber de qué se trata, ¿no? Los escándalos siempre viajan muy deprisa.

—La única persona que conozco que sabe más que yo sobre algunas cosas es el conde de Iddesleigh. Pero ahora tiene tantas hijas que… —dijo *lady* Radcliff. Se encogió de hombros y le dio un sorbito a su té.

Beck. Por supuesto que él lo sabía, pero su mujer había insistido en que no dijera una palabra.

—Bueno, no es muy importante. Es que tenía curiosidad. Quien me interesa es el señor Ashley.

—Él sí que es un joven honorable —respondió *lady* Radcliff.

En realidad, aquella información sobre Douglas sí era muy importante, y el hecho de que no se hablara del escándalo la tenía desconcertada. En cuanto pudiera, iría de nuevo a visitar a Beck.

Después de su reunión con *lady* Radcliff, Lila había concertado una cita para conocer al señor Ashley y se había asegurado, por medio de su madre, de que el joven sí tenía los medios y los contactos necesarios para casarse con una mujer como la princesa Justine. A la señora se le habían iluminado los ojos al darse cuenta de cuál era el objetivo de Lila. Cuando ella le preguntó al señor Ashley el motivo de su enemistad con lord Douglas, este se había quedado sorprendido y le había dicho que no lo sabía, puesto que se habían tratado muy poco y hacía varios años, y que su desacuerdo había sido insignificante.

Lila no lo creyó. Los hombres no mantenían rencores por un desencuentro sin importancia con alguien a quien apenas conocían. Sin embargo, el señor Ashley era un caballero y no iba a estropear aquella oportunidad que se le presentaba.

Él dijo que estaba bastante contento con su vida y que, seguramente, no tenía cualidades suficientes para interesar a una princesa real, pero que, de todos modos, estaría feliz de conocer a Su Alteza Real.

Así pues, había llegado la hora tenía que poner las cosas nuevamente en marcha.

Al día siguiente del regreso de *lady* Aleksander, Justine y Amelia pasaron la mañana y parte de la tarde en el castillo de Windsor, con la reina Victoria. Tejieron calcetines para los soldados y, después, la

reina dijo que le gustaba dibujar. Amelia se había ido con la princesa Victoria a hacer algo divertido, y ella se había quedado con la reina y había intentado dibujar lo que el mayordomo había puesto sobre la mesa: una tetera, una taza de té y un platillo, artísticamente colocados delante de un jarrón con flores del jardín. La reina Victoria le había regalado un cuaderno de dibujo.

—Ya verás como, si dibujas todos los días, mejorarán tus habilidades. Pero tienes que ser aplicada.

—Sí, Majestad.

Lady Aleksander estaba en el salón cuando las hermanas volvieron a Prescott Hall. Ella se puso en pie, hizo una reverencia y exclamó, con deleite: —¡Un cuaderno de dibujo!

Justine se miró la mano.

—Sí.

—No sabía que era pintora.

—Tal vez, porque no lo soy —dijo la princesa, y le mostró a *lady* Aleksander lo que había dibujado. La dama frunció el ceño al mirarlo, e incluso inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Es un…?

—Una taza de té.

—¡Ah! Es cierto.

—A Su Majestad le gusta dibujar.

—Y hablar —añadió Amelia.

Justine la miró fijamente. Amelia suspiró.

—No se lo he dicho a *lady* Bardaline. A *lady* Aleksander no le importa lo que yo diga.

—Eso no lo sabes —dijo Justine.

Amelia dio un suspiro de impaciencia. No le gustaba que la corrigieran.

Lady Aleksander cambió de tema para evitar cualquier discusión.

—¿Le resultan útiles las reuniones con la reina? —le preguntó a Justine.

—Por supuesto —respondió Justine, automáticamente. Al contrario que Amelia, que aparentemente cada vez se preocupaba menos por el decoro, ella sabía lo que debía responder para que no le formularan más preguntas.

—¿De qué hablan?

Justine miró a *lady* Aleksander. Parecía que ella tampoco se preocupaba por el decoro. ¿Acaso pensaba que era apropiado interrogar a una princesa sobre cualquier cosa? En Wesloria, nadie le hablaba a menos que fuera invitado a hacerlo. Y, por supuesto, aparte de sus padres y de sus asesores más cercanos, nadie la cuestionaba.

Claro que, en realidad, no sabía por qué se irritaba, salvo porque aquello no estaba de acuerdo con sus costumbres.

—Pues la reina tenía mucha curiosidad por saber cómo va el proceso de emparejamiento. Cree que hace mucho que debería estar resuelto y que, si sigue pasando el tiempo, los posibles candidatos pensarán que debo de ser una persona muy difícil, porque mi aspecto no tiene nada de malo.

Lady Aleksander abrió mucho los ojos a causa de la sorpresa. Después, se echó a reír.

—¡Vaya bobadas!

Amelia y ella se miraron con asombro.

—¿Qué ocurre? —les preguntó la dama, al ver sus caras—. Son bobadas. Después de que usted se case, nadie se acordará de a cuántos caballeros evaluó. Que la reina Victoria se enamorara a primera vista no significa que a usted tenga que sucederle también.

—¿Ella se enamoró a primera vista? —preguntó Amelia.

—Bueno, ella dirá otra cosa —respondió *lady* Aleksander, mientras se sentaba y apoyaba las manos en los brazos de la butaca—. Dirá que él no le interesaba y que le pareció un hombre demasiado callado, o algo por el estilo. Sin embargo, se enamoró del príncipe Alberto en cuanto lo vio. ¿Qué más dijo?

Justine dejó el cuaderno de dibujo a un lado.

—Dijo que yo debía adoptar la costumbre de dar limosnas. Que, como reina, debo estar con mi pueblo, con todo el mundo, y no solo con los ricos y los guapos. Que mis súbditos debían verme preocupándome por los menos afortunados, o que terminarían por tenerme resentimiento.

—Ese es un buen consejo —dijo *lady* Aleksander.

—A mí también me lo pareció —respondió Justine, que estaba sentada al borde de una silla. Estudió a la casamentera y le dijo—: Ojalá pudiera hacer más.

—Pero eres muy nerviosa, Jussie. Seguramente, te morirías de miedo entre los pobres.

—No es porque sean pobres, Amelia. Es porque son personas —dijo ella, sonriendo con timidez a *lady* Aleksander—. Me siento incómoda entre la multitud. Pero ya está bien de este tema… Me da la impresión de que está usted de muy buen humor.

La sonrisa de *lady* Aleksander se iluminó.

—Tengo noticias que espero sean de su agrado. He concertado una cita para que conozca usted al señor Jonathan Ashley de Kent esta tarde.

Justine hizo un mohín, pero Amelia dio un jadeo de entusiasmo.

—Es atractivo —añadió *lady* Aleksander.

—¿De verdad? ¿Mucho? —preguntó Amelia.

—Querida, ¿cuándo te marchas al campo con *lady* Holland? —le preguntó Justine a su hermana.

—A las cuatro en punto, ¿por qué?

—¿No deberías estar haciendo el equipaje, entonces?

—Ya lo ha hecho Seviana. Parece que quieres librarte de mí.

Amelia, algunas veces, era muy obtusa.

—Yo nunca quiero librarme de ti, pero creo que, después de la visita del último caballero, debo enviarte lejos de Prescott Hall antes de que llegue cualquier otro. ¿A ti no te lo parece?

Amelia se quedó mirándola boquiabierta.

—¿Vas a echarme eso en cara cada vez que vengan de visita? ¿Por qué nadie se preocupa por mí en esta familia?

—No creo que puedas decir que nadie se preocupa. Claramente, mamá sí —le dijo Justine, y enarcó una ceja para recordarle el telegrama que habían recibido el día anterior.

Amelia estuvo a punto de responder, pero no lo hizo, porque en el telegrama se incluía la amenaza de llevarla de vuelta a St. Edys. Por una vez, sabiamente, lo pensó mejor. Se levantó y dijo, con tirantez: —Buenos días, *lady* Aleksander.

Después, salió de la estancia sin decir nada más.

Justine miró a *lady* Aleksander.

—Le pido disculpas.

—No es necesario, Su Alteza Real. La princesa Amelia tiene que sobrellevar sus propias cargas. Con un poco de experiencia, en un lugar donde no sea la siguiente en la sucesión al trono, se dará cuenta de que es princesa por sí misma. Es como un buen vino; sus matices y virtudes mejorarán con la edad.

—A lo mejor deberíamos meterla en un barril hasta entonces.

Lady Aleksander se echó a reír. Justine también sonrió un poco.

—Me tiene en vilo —dijo—. ¿Quién es el señor Ashley?

—Creo que le va a agradar mucho. Estudió en St. Andrew's, en Escocia.

A Justine no le importaba en qué escuela hubiera estudiado y, si *lady* Aleksander iba a empezar la descripción con aquello, ya era bastante aburrido.

—Su padre es un industrial muy rico. Un magnate del acero.

Justine dio un resoplido.

—Eso haría que Robuchard se echara a llorar de alegría.

—¿A que sí? —preguntó *lady* Aleksander, con una sonrisa—. El primer ministro tiene sus intereses. Pero yo también tengo los míos. El

señor Ashley es muy agradable. Un verdadero señor.

—Dijo lo mismo del último pretendiente —comentó Justine, y miró por la ventana.

Lady Aleksander no se dejó desanimar por la falta de entusiasmo de la princesa.

—Entiendo que su confianza haya disminuido; tiene buenos motivos. Si no me cree a mí, tal vez confíe más en la palabra de su amigo, lord Douglas.

Justine no se esperaba oír el nombre de William, y miró a *lady* Aleksander.

—No es mi amigo…

—¿No? Pues parece que se llevan muy bien.

No iba a negarlo, por temor a verse obligada a hablar de lo bien que se llevaban.

—¿Y por qué iba a preguntárselo a él?

—Lord Douglas asistió a St. Andrew's con el señor Ashley. Creo que se conocen desde hace mucho.

Justine pestañeó. ¿Acaso no había nadie a quien no conociera William?

Lady Aleksander sonrió como si le hubiera leído el pensamiento.

—Lord Douglas conoce a mucha gente, ¿verdad?

—Sí, quizá a demasiada —respondió Justine.

De todos modos, había algo que le parecía extraño. Comenzó a girar la pulsera de oro que llevaba en la muñeca. Le daba la impresión de que la casamentera no se lo estaba diciendo todo.

—*Lady* Aleksander…

—Por favor, señora, me gustaría mucho que me llamara Lila.

Justine estuvo a punto de poner los ojos en blanco.

—¿Para que pueda considerarnos como amigas?

—Para que pueda considerar que estamos unidas por un objetivo común. Creo que nuestra asociación sería más fácil si pudiéramos ser un poco menos formales la una con la otra —respondió la dama, con serenidad.

Aquella mujer era inalterable, pensó Justine, y admiró aquello, de mala gana.

—De acuerdo, Lila. ¿Cómo sabe que Douglas conoce a tanta gente? ¿Es que le dio una lista?

Lila se echó a reír.

—No, señora. Mi oficio requiere que sepa quién tiene buenos contactos y quién no. Y, para bien o para mal, lord Douglas está muy bien relacionado. El señor Ashley también tiene buenos contactos y está muy contento de poder conocerla. Me comentó que se había

quedado decepcionado al no poder conocerla cuando estuvo en Londres, hace ocho años.

Hacía ocho años, ella estaba embelesada con William. Casi no recordaba a nadie más de quienes había conocido.

—El señor Ashley dice que nunca ha estado verdaderamente enamorado, pero que está dispuesto a dejarse llevar. Sabe mucho sobre usted, porque ha seguido las noticias durante todos estos años.

Justine palideció.

—¿Qué noticias?

Lila se corrigió rápidamente.

—No esas noticias —dijo. Se inclinó hacia delante, miró de reojo al lacayo que estaba junto a la pared y añadió, en voz baja—: Si me lo permite, Su Alteza Real, ese incidente no es lo que la define a usted. Tiene muchas más facetas.

A Justine se le escapó una carcajada de amargura.

—Fue más que un incidente, señora. Y no tengo más facetas, no estoy ciega. Toda mi vida la he pasado protegida, confinada en un corsé, en una corona, entre los muros de un palacio. No sé nada del mundo, tal y como me demostró Aldabert, a mí y al resto de la gente. Algunas veces, casi no me conozco a mí misma.

Y mucho menos sabía cómo iba a gobernar una nación. Pero eso se lo calló.

Miró al lacayo. Se había quedado sorprendida por haber dicho aquello en voz alta. Su padre le había inculcado que nunca revelara sus puntos débiles. La debilidad era una invitación a la corrupción, según él.

—Sabe más de lo que cree —dijo Lila—. Lo que pasa es que no le han permitido ver por sí misma cuánto sabe. Ninguna mujer normal aprende esgrima cuando lo tiene todo en contra. Ha leído mucho y es una mujer con una gran educación. Es usted reflexiva y amable y, si me lo permite, en la vida se consiguen más cosas siendo buenos que siendo malos. Se enamoró, sí, ¿qué mujer no se ha enamorado? Eso no es una culpa ni un defecto. Es la esencia de la humanidad.

Justine sonrió un poco.

—Habla usted igual que mi antigua institutriz.

—Debía de ser una mujer sabia.

Sí, Carlotta era una mujer sabia. Pero, cuando ella cumplió los diez años, la despidieron. Ese era el tiempo que una institutriz podía permanecer con una princesa real, y esa tradición era inamovible, por mucho que hubiera rogado Justine. Ella aún lamentaba el momento en que vio marcharse a Carlotta.

Justine siguió mirando la pulsera y moviéndola alrededor de su

muñeca.

—Estaba diciéndome por qué piensa que el señor Ashley es un buen partido para mí.

—Es rico, es educado y es amable. Creo que a él le gustaría mucho su dibujo de la taza de té.

Justine se echó a reír.

—Es un hombre que busca a una mujer que comparta su visión del mundo. No quiere que lo valoren solo por su apellido, al igual que usted no quiere que la valoren solo por el suyo.

Justine no había dicho nunca eso, y le resultó incómodo que alguien pudiera leerle tan acertadamente el pensamiento.

—Si es tan buen partido, ¿por qué yo no había oído hablar de él?

—¿Se refiere a por qué no está en la lista de su madre? —preguntó Lila, con una sonrisa irónica.

—Exacto.

—Mi lista es más amplia, contiene más nombres que los de los caballeros que se han ganado el favor de sus padres. El mundo de un soberano a veces es un poco reducido. Por lo menos, ¿no le resulta un poco emocionante no saber nada de él?

—Tal vez, un poco. ¿Va a venir hoy?

—Lo he invitado a comer. Con el beneplácito de Bardaline, por supuesto.

—Entonces, por favor, discúlpeme. Tengo que asegurarme de que Amelia está lista para su viaje al campo. Y no he visto a mi perra.

—Por supuesto.

—Y, a propósito, el domingo por la noche voy a ir a la ópera con lord Douglas y sus amigos, lord y *lady* Grafton. Por favor, no me presente a nadie más hasta entonces.

—La ópera. Qué delicia —dijo *lady* Aleksander.

Por su sonrisa, estaba claro que se sentía satisfecha de haberla sorprendido. El sentimiento era mutuo, porque ella también se alegraba de haber sorprendido a la dama. Sin embargo, mientras salía de la habitación, no iba pensando en lo que se pondría para ir al teatro, sino en su decepción por el hecho de que William no estuviera allí para conocer a su nuevo pretendiente, tan guapo y amable. Le decepcionaba que él no pudiera encontrarle defectos y que, por lo tanto, no tuviera motivos para hacerle una apuesta.

Pero, por supuesto, le diría lo equivocado que estaba en cuanto lo viera para ir a la ópera, dentro de pocos días.

Capítulo 21

MacDuff estaba perdiendo cualidades. Había seleccionado tres pañuelos para el cuello y ninguno de ellos se complementaba bien con el color azul claro de su chaleco. William levantó un pañuelo verde oscuro hasta el cuello de la camisa y se giró hacia su ayuda de cámara.

—¿Estás ciego, Ewan?

—No. ¿De qué color es? —preguntó Ewan, entornando los ojos.

William bajó la mano y miró fijamente a su viejo compañero.

—¿Es que no ves el color? ¿Cómo es que yo no me había dado cuenta después de todos estos años?

—Ay —dijo Ewan—. A usted no le importan cosas como los colores. Y yo distingo muchos de ellos.

—Esto lo explica todo —dijo William.

Se acercó a su cómoda, hurgó en los cajones y encontró un pañuelo negro y sencillo para el cuello. Se lo puso. Cuando terminó de arreglarse para la ópera, se miró al espejo. Todavía tenía la cintura delgada, aunque no tan elegante como antes. Era más alto que la media, algo que siempre le había agradado… pero no tan alto como MacDuff. Debería cortarse un poco el pelo y las patillas. Le pediría a MacDuff que se ocupara de eso al día siguiente.

Extendió la mano con la palma hacia arriba, y MacDuff depositó en ella un sombrero de copa. William se lo puso y se volvió hacia Ewan.

—Tiene muy buen aspecto, milord.

—¿No me ves demasiado mayor?

Ewan dio un gruñido.

—Aún es un hombre joven.

—¿Tú crees que aún puedo ser atractivo para las mujeres?

MacDuff movió en el aire su gruesa mano.

—Sí, milord, lo que no cace su bolsillo, lo cazará su cara, seguro.

William sonrió y le dio unas palmadas en el hombro.

—Por eso sigues a mi servicio después de tantos años. Recuérdame que te suba el suelo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, milord, lo haré.

No iba a hacerlo. Una vez, Ewan se quejó de que tenía más que suficiente, y dijo que más sería una vergüenza. Y había que admirar a un hombre que decía cosas como esa.

William se dirigió a la puerta.

—No me esperes levantado. De hecho…

William hizo una pausa y sacó algunos billetes de su cartera. Se los entregó a Ewan.

—Que te lo pases bien esta noche.

Ewan se quedó mirando el dinero.

—¿Haciendo qué?

—No lo sé, Ewan. Una cena, un *pub*, un burdel.

El hombretón palideció al oír mencionar un burdel.

—Yo nunca haría algo así.

William sonrió con afecto. Aquel hombre, más que un ayuda de cámara, era como un tío para él. Era otro de los motivos por los que le apreciaba tanto.

—Entonces, haz algo interesante, ¿de acuerdo?

—Sí —dijo Ewan, aunque se había quedado perplejo.

De camino a Prescott Hall, William se agobió con la cadena de su reloj de bolsillo, que se le había enganchado en uno de los botones del chaleco. Recordó por qué no le gustaba llevar aquel reloj.

Pero, por lo demás, estaba de buen humor. Había esperado con impaciencia que llegara aquella noche, aunque no estuviera dispuesto a reconocerlo ante nadie. No era aficionado a la ópera aunque, de vez en cuando, sí disfrutaba de ella. Lo que quería en realidad era ver a Justine. Quería saber cómo iba a reaccionar a aquella obra, ver su sonrisa, o que le dedicara aquella mirada suya de exasperación y buen humor. Y, sobre todo, quería volver a besarla.

Cuando llegó a Prescott Hall, el mayordomo le pidió que esperara en el gran vestíbulo y fue a anunciar su llegada a la princesa. Él oyó la risa de Justine desde el fondo del pasillo, ligera como un tintineo. William dio unos pasos hacia delante y ladeó la cabeza para poder oír mejor. Otra mujer. Más de un hombre.

Se abrió una puerta y se cerró de nuevo. Después, se oyó el taconeo de los zapatos del mayordomo, que se acercaba de nuevo a él.

—Su Alteza Real lo recibirá ahora —le dijo, y lo condujo hasta un salón que él no conocía.

Lo primero que vio fue a Dodi, que fue corriendo hacia él como si fueran viejos amigos. Le puso las patas en una pierna, y él se inclinó para acariciarla y rascarle las orejas. Entonces, giró la cabeza y vio a Justine. No esperaba encontrársela tan… majestuosa, y tuvo que contenerse para no abrir la boca.

Era como un sueño. Llevaba un vestido de seda dorada con bordados de hilo de oro y plata. Las mangas le llegaban justo por debajo de los hombros, y el corpiño tenía un adorno en forma de guirnalda de flores. Sobre el pecho llevaba una insignia real, y en el cuello, un collar de diamantes a juego con la tiara que le sujetaba el pelo.

Él hizo una reverencia.

—Su Alteza Real.

—Lord Douglas —dijo ella, y le ofreció la mano enguantada.

Él se inclinó y le rozó los nudillos con los labios, mientras buscaba la piel del interior de su muñeca con el dedo pulgar y se la acariciaba suavemente. Alzó la cabeza.

—Si me lo permite, está usted maravillosa esta noche.

—Qué amable —dijo ella.

Estaba alegre, feliz y hermosa, y él nunca se había sentido tan complacido de acompañar a alguien a la ópera. O a cualquier sitio.

—¿Le importaría que le presentara a mi carabina?

—¿Disculpe?

Ella se echó a reír.

William giró la cabeza y se encontró con la cara petulante y desagradable de Jonathan Ashley.

Jonathan Ashley.

El hombre que había intentado deshonrar a la única mujer a la que él había querido en la vida, y que había estado a punto de conseguirlo. No entendía qué estaba haciendo allí.

Se sintió alarmado, porque estaba seguro de que Ashley estaba allí por algún error. Se le revolvió el estómago.

Dodi le dio un golpecito en la pierna con la pata. Justine se agachó y la tomó en brazos.

—Lord Douglas, cuánto tiempo —dijo Ashley, y se acercó despreocupadamente a saludarlo—. Es un placer volver a verlo.

William se quedó mirándolo sin decir nada. Se dio cuenta de que iba vestido formalmente. Se giró hacia Justine y vio su sonrisa.

—¡Creo que son ustedes viejos amigos! —exclamó ella.

—¿Disculpe?

—Le dije que encontraría una carabina —respondió Justine, riéndose. Y Ashley también se rio. En voz muy alta—. Lord y *lady* Bardaline también vienen con nosotros. Se empeñaron, por supuesto. No pueden dejar que una princesa salga sola al mundo real.

Aquella fue la primera vez que él vio a los Bardaline en la habitación.

—Si me lo permite, Su Alteza Real —dijo Bardaline, y dio un paso

adelante. William se fijó en que el caballero también iba vestido con formalidad. Lord Bardaline le dijo—: Amablemente, Lord Grafton nos invitó también a mi esposa y a mí a la ópera, para que los acompañáramos a Su Alteza Real y a usted. Espero que no sea mucha molestia.

—¿Disculpe? ¿Conoce usted a lord Grafton? —preguntó él, con incredulidad.

Bardaline sonrió ligeramente.

—*Lady* Aleksander nos presentó.

Claro, cómo no. William se sintió como si hubiera bebido demasiado y tuviera visiones. Había imaginado cómo iba a ser aquella noche, y sus imaginaciones no incluían a los Bardaline y, mucho menos, a Ashley.

—Y, cuando se enteró de que el señor Ashley estaba en Londres, lo invitó a él también.

William miró a Justine. Ella evitó su mirada jugueteando con la perrita.

—Ahora que Douglas ya ha llegado, ¿nos vamos? —preguntó Ashley, y le ofreció el brazo a Justine. Ella dejó a la perrita en el suelo y lo tomó.

William buscó con la mirada a la casamentera para expresar sus quejas, pero, por supuesto, ella no estaba presente. Sin embargo, no se iba a librar de que le dijera unas cuantas cosas cuando la viera, a la muy intrigante.

Hubo algo de alboroto por los carruajes y por quién viajaría con quién hasta el teatro. Al final, se decidió, aunque no por William, que la princesa iría con los Bardaline. Aquello le causó aún más enojo, puesto que él era quien había hecho la invitación y debía tener un voto a la hora de organizar la salida. Sin embargo, tuvo que aceptar de mala gana el viaje con el despreciable Jonathan Ashley.

Subió al carruaje detrás de su enemigo y se sentó frente a él.

—Asqueroso desgraciado —le dijo.

Ashley se echó a reír. Se sacó una petaca de la caña de la bota y dio un trago. Se la ofreció a William, pero este hizo un gesto negativo.

—Vamos, Douglas. No pensarás que tú eres el único que puede encontrar la forma de entrar al salón de una princesa, ¿no?

—Ella es mi amiga. Y tú eres un canalla. Esas dos cosas no son compatibles.

—¡Tu amiga! —exclamó Ashley, riéndose—. ¿De verdad esperas que me lo crea?

Por supuesto que no, porque la amistad estaba más allá de los límites de Jonathan Ashley.

—Creo que tienes envidia, Douglas.

William dio un resoplido.

—Deberías. Ella me aprecia.

—No estés tan seguro.

Ashley se alisó el extremo del pañuelo que llevaba al cuello.

—Ya veremos si conservas su amistad cuando yo sea el rey.

Era obvio que estaba intentando sacarlo de sus casillas y, en cualquier otra circunstancia, él se habría echado a reír. Sin embargo, Ashley tenía algo que le enfurecía de un modo irracional.

—No serías rey, idiota, serías príncipe consorte.

A Ashley se le apagó un poco la sonrisa, como si creyera que él le estaba tomando el pelo pero no pudiera estar seguro.

William se inclinó hacia delante.

—Entonces, ¿piensas que quizá serías capaz de verla como una mujer, y no solo como el medio para conseguir tus fines?

Ashley puso los ojos en blanco.

—Tan elevado y noble como siempre, ¿no, Douglas? Y eso, viniendo de un tipo sobre el que corren tantos rumores con respecto a las mujeres. Como si ella no fuera un medio también para ti.

William se quedó helado. No sabía con certeza a qué rumores se refería Ashley, y no cometió la tontería de preguntárselo. Sin embargo, temía que se tratara del problema que había tenido en Escocia hacía unos meses. No había vuelto a pensar demasiado en aquello desde que había regresado a Londres. No. Era imposible. No había forma de que Ashley hubiera oído nada al respecto.

Sin embargo, William se apoyó en el respaldo del asiento y miró por la ventanilla, ignorando las carcajadas amargas de Ashley.

Conocía a Jonathan Ashley desde hacía muchos años. Era un hombre afable y deseado. Él había descubierto hasta qué punto era deseado unos diez años antes, cuando estaba cortejando a una mujer con la que quería casarse. Entonces, había aparecido Ashley, y ella había caído bajo su hechizo. Él no sabía exactamente qué había sucedido entre los dos, pero, de repente, Clara se había vuelto fría con él. Y, como Ashley era un sinvergüenza, había tratado de arrebatarle la virtud. O, por lo menos, eso era lo que la madre de Clara le había contado. No fue la propia Clara quien se lo contó porque, para entonces, habían terminado su cortejo, y él se había quedado hundido.

Al final, Ashley había desaparecido de la vida de Clara. Le había roto el corazón, igual que a él; y, entonces, él había intentado romperle el corazón a Ashley con sus puños.

Eso era lo que hacían dos jóvenes, por supuesto: pelearse. Él se había enfrentado con Ashley, le había vencido en la pelea e incluso le

había roto la nariz.

Sin embargo, no había conseguido resolver nada. El corazón de Clara no cicatrizó y la opinión pública se volvió en contra de él. Se dijo que él era el canalla, que la paliza que le había dado al pobre Jonathan Ashley era el comienzo de sus años más libertinos.

Sí, tal vez aquel hubiera sido el principio. A partir de aquel momento, le resultó muy difícil abrir el corazón a cualquier mujer, mientras que Ashley había seguido metiéndose en los salones de las jóvenes solteras alegremente, tomándose todas las libertades que podía hasta que alguien le paraba los pies.

Bien, pues él no iba a permitir que le hiciera lo mismo a Justine, aunque eso significara perder el afecto de la princesa y futura reina.

Capítulo 22

Los duques de Grafton ya estaban en su palco, acompañados por la duquesa viuda, que estaba tan encorvada por la edad que Justine pensó que tendría que hacerle una reverencia para poder mirarla a los ojos.

Después de las presentaciones, *lady* Grafton sugirió que las damas ocuparan los asientos delanteros y que los caballeros se sentaran tras ellas. *Lady* Bardaline dijo que le parecía una idea excelente.

Justine estaba desesperada por decirle a su dama de honor que dejara de asfixiarla. *Lady* Bardaline siempre estaba presente y dando su opinión, aunque nadie se la hubiera pedido. Si Justine hubiera podido salirse con la suya, se habría sentado con William a un lado y con el señor Ashley al otro. Por primera vez en su vida estaba en compañía de dos hombres guapos sin que Amelia estuviera allí para distraerlos, y quería disfrutar de la ocasión.

Por desgracia, *lady* Grafton tenía otras ideas. Colocó a Justine entre *lady* Bardaline y la duquesa viuda. Cuando estuvo sentada, miró hacia abajo. Al instante, tuvo una opresión en el pecho. Todos los asistentes estaban mirándola desde el patio de butacas.

Distraídamente, hizo girar la pulsera de oro por su brazo. Lógicamente, se esperaba suscitar aquella atención, como le ocurría siempre. Sin embargo, en aquella ocasión, era peor de lo esperado. Se apoyó en el respaldo de la silla y notó una sensación de calor por la nuca. Por suerte, los tirabuzones le caían por la espalda, porque Amelia decía que, cuando se ponía nerviosa, parecía que tenía la nuca manchada.

Giró con más rapidez la pulsera e intentó mantener una expresión de serenidad, con la mirada fija en el escenario y en el telón de terciopelo. Notó la presencia de alguien a su espalda, tan cerca, que sentía su respiración. Entonces, oyó un suave susurro.

—Es como si estuvieran a kilómetros de distancia por debajo de ti, ¿no te parece? No son nada más que hormigas.

Ella asintió ligeramente para que William supiera que lo había

oído. Le agradecía que le hubiera recordado que, allí arriba, en el palco, no tenía nada que temer.

Entonces, él se inclinó aún más hacia delante y dijo:

—*Lady* Grafton, me alegro de verla tan bien.

La viuda giró la cabeza en dirección a él.

—¿Umm?

Pero William ya se había acomodado de nuevo en su asiento para responder a una pregunta que le había hecho lord Grafton.

La duquesa viuda miró a Justine con curiosidad.

—Me alegro mucho de haber venido —dijo Justine.

—¿Disculpe?

Justine se inclinó hacia delante.

—Que me alegro mucho de haber venido.

—¿Eh? —preguntó la anciana, poniéndose la mano detrás de la oreja.

—¡Que me alegro mucho de haber venido! —exclamó Justine, en voz alta.

La mujer se sobresaltó.

—Ah, sí.

Justine sonrió y asintió. Después, giró la cabeza y, al hacerlo, estuvo a punto de chocar con *lady* Bardaline.

—¡Dios mío! —exclamó, sorprendida por lo mucho que se había inclinado hacia ella su dama de compañía.

Lady Bardaline era todo sonrisas y emoción. Le susurró a Justine: —El señor Ashley es muy guapo, ¿verdad? ¿Qué piensa usted de él?

Todas las preguntas que hacía aquella mujer eran en nombre de la reina Agnes.

—Pienso lo mismo que pienso de todos los demás —respondió, y se concentró en el escenario. Si su madre quería saber lo que pensaba de cualquiera de los pretendientes, que se lo preguntara a ella.

La apertura del telón la libró de tener que pensar en su madre y sus espías.

Las primeras notas le causaron un estremecimiento en el corazón. Y, al instante, se perdió en la magia de la actuación. Se le llenó la cabeza de música y de historia, y olvidó al público que había por debajo de ella, observándola con sus gemelos mientras ella veía la ópera. Se olvidó de *lady* Bardaline y de la duquesa viuda, que se quedó dormida en la obertura y empezó a roncar. Se echó a reír cuando el señor Ashley se inclinó hacia ella y le preguntó si no temía que se rompieran los cristales de las ventanas si la soprano daba otra nota aguda. Justine no hablaba italiano con fluidez, pero entendía lo suficiente como para que se le llenaran los ojos de lágrimas en el

segundo acto, cuando Il Conte di Luna cantó el aria al objeto de su amor, *Su sonrisa brilla más que una estrella*. Fue la primera en empezar a aplaudir al terminar el segundo acto y siguió aplaudiendo mientras bajaba el telón. Dejó de hacerlo al darse cuenta de que el público del patio de butacas se giraba hacia ella con renovado interés.

Durante el intermedio, Justine se apoyó en el respaldo de su butaca para alejarse de los ojos curiosos. *Lady* Grafton le preguntó si no quería salir del palco para tomar un poco el aire; Justine se dio la vuelta y se percató de que todos, salvo William, habían salido al pasillo. Él estaba sentado con las piernas cruzadas y las manos en el regazo, mirando al escenario. Ella no tuvo ganas de salir al estrecho corredor, porque sabía que habría mucha gente esperando una presentación. Así pues, miró a su derecha, donde la duquesa viuda seguía durmiendo con la barbilla apoyada en el pecho, y dijo: —No, muchas gracias. Me quedo aquí con Su Excelencia.

Lady Grafton asintió y salió del palco.

Justine miró a la anciana y, con cuidado para no molestarla, se movió un asiento más allá. Notó que William también se movía y lo vio deslizarse en la butaca que había quedado entre la duquesa y ella. Él también se quedó mirando a la anciana, le levantó la barbilla y se la apoyó en el hombro, donde ella continuó dormitando. William miró a Justine con los ojos brillantes.

—Es muy amable por tu parte —le dijo ella.

—Lo he hecho porque estaba tan inclinada que me da miedo que se convierta en una bola y salga rodando por encima de la barandilla.

Justine sonrió. Miró hacia atrás, hacia la puerta, esperando a que apareciera el señor Ashley. Seguramente, él entraría al palco a preguntarle si necesitaba algo.

—¿Te está gustando la ópera?

Volvió a mirar a William y asintió.

—Muchísimo. Tengo que darte las gracias otra vez por haberme invitado.

—¿Otra vez? ¿Me las habías dado?

Ella sonrió irónicamente.

—Tal vez no. No estoy acostumbrada a darles las gracias a mis cuidadores.

—Ah, entonces, sigo siendo tu cuidador. Pensaba que tal vez tu carabina había ocupado mi lugar.

—¡Imposible! Él no sería capaz de sacarme de quicio tanto como tú.

—Me alegro mucho de que aprecies mis servicios.

—No te importa que haya venido, ¿verdad? —le preguntó ella. Lila

le había dicho que William y el señor Ashley eran amigos.

—Pues sí —dijo él, con una sonrisa torcida.

—¿De verdad?

—Es el peor para ti.

Justine chasqueó la lengua.

—Dijiste lo mismo del príncipe Aggiani.

—Ah, sí, pues con Aggiani me equivoqué, porque ahora ha llegado uno peor.

Justine se rio de él.

—¡Ha sido muy amable conmigo! Y no me ha pedido halagos ni una sola vez.

William entrecerró los ojos.

—¿Te ha regalado un perro? ¿Un caballo? ¿O, tal vez, algo más práctico, como una cabra?

—Estaría encantada si lo hubiera hecho.

—Umm… ¿Cuántas veces has estado en su compañía?

—Esta noche es la tercera. La primera apenas pude conocerlo, porque fue muy breve. Fue a la casa para hablar con *lady* Aleksander. La segunda vez, *lady* Aleksander lo invitó a tomar el té.

Mientras hablaba, Justine se preguntaba dónde estaba el señor Ashley y cuándo pensaba regresar al palco.

—Y hoy, por supuesto —dijo ella.

—¡Tres veces! Y no me lo contaste la última vez que nos vimos, hace cuatro días.

—En ese momento no le daba ninguna importancia. Ya sabes cómo son estas cosas.

Aquellas cosas, según estaba descubriendo, se desarrollaban según el capricho de *lady* Aleksander.

—A finales de esta semana va a venir otro caballero. Tampoco te lo había mencionado, pero lo hago ahora.

William apartó la mirada un instante. Después, volvió a mirarla.

—Justine…

Se irguió bruscamente, como si se hubiera olvidado de que tenía la cabeza de la duquesa viuda apoyada en el hombro. Ella se despertó al quedarse de repente sin almohada, y los miró pestañeando.

—¿Qué sucede?

—¡Estamos en el intermedio! —le gritó William.

—Ah —dijo la anciana. Tomó un abanico y comenzó a abanicarse.

William se giró hacia Justine.

—Ashley es un… Canalla es demasiado suave para él. ¿Degenerado? Sí, eso es. Es un degenerado.

—¡Por el amor de Dios, William! ¿Vas a ponerles pegas a todos los

pretendientes que me visiten? Puedes escribirle un informe a Robuchard esta noche, diciéndole que, en resumen, ninguno de ellos va a servir.

—Te doy mi palabra de que esa no es mi intención. No voy a desacreditarlos a todos, pero, si tu casamentera no mejora sus servicios, puede que yo sí lo haga. Tú no conoces a ese hombre como lo conozco yo.

—Pero… si ha sido un perfecto caballero hasta el momento.

William se estremeció.

Ella se contrarió al verlo, y se irguió en el asiento.

—¿Sabes que me trajo flores cuando vino a verme? No como Aggiani, sino un ramo atado con un lazo precioso. Hemos hablado de música y de libros. Estuvo cantando mientras yo tocaba el piano. Canta muy bien.

William se quedó confuso.

—¿Y eso es lo que quieres? ¿Alguien que te lleve flores y que te cante?

¿Era eso lo que quería? Por lo menos, era un comienzo.

—Claro que sí. ¿No es eso lo que quiere todo el mundo? Supongo que incluso a ti debe de sonarte maravilloso poder compartir el resto de tu vida con alguien que tenga tus mismos intereses. ¿O es que tienes algo en contra de las flores y de la música?

—No, me gustan mucho las dos cosas. Estoy en favor de las flores, los perros y el arte. Son intereses que comparto contigo. Incluso me gustan los libros, Justine.

—¡Sus intereses también son sinceros! —insistió ella. El señor Ashley había sido un modelo de cortesía y caballerosidad y, si volviera al palco, podría demostrárselo personalmente a William.

—¿Qué te pasa? —le preguntó—. Creía que querías verme felizmente comprometida para poder librarte de la odiosa tarea de ser mi amigo.

—Sabes muy bien que no es una tarea odiosa. Sinceramente, disfruto mucho de ella. Y quiero verte feliz, Justine, más de lo que te imaginas. Por eso te estoy diciendo que no serás feliz con él. Te hablo por experiencia personal.

Justine notó una presencia a su espalda. Se giró sonriendo, segura de que era el señor Ashley. Sin embargo, era *lady* Bardaline, con los ojos muy brillantes y las orejas desplegadas en dirección a ella. Los demás también estaban empezando a entrar al palco, charlando, a esperar a que llegara el momento de ocupar sus asientos.

Justine se inclinó hacia William para poder decirle una cosa en voz baja.

—¿No crees que puede que estés celoso?

Él se quedó mirándola fijamente. Después, respondió, también en un susurro: —Nunca estaré celoso de un réprobo. Mira, Justine, hazme caso. Él tratará de tomarse libertades contigo y, si de todos modos te casas con él, tendrá una fila de amantes de dos kilómetros de largo.

Ojalá su respiración cálida no le hiciera tantas cosquillas en la piel.

—Eres horrible —le dijo.

Y, después, se rio con fuerza, para que nadie se diera cuenta de lo alterada que estaba con William en aquel momento. William también se echó a reír y, después, se inclinó de nuevo hacia ella.

—Mira, si no quieres, no me creas. Otra vez.

—No, no te creo —susurró ella, con ferocidad—. La primera vez tuviste suerte. La segunda vez estás celoso.

—Permíteme adivinar cómo son sus atenciones para contigo. Te halaga sin cesar. Te dice que tus ojos son como el oro bruñido —le dijo él, y pestañeó con coquetería, mirándola fijamente.

Justine chasqueó la lengua. Sin embargo, el señor Ashley le había dicho algo parecido. Le había dicho que el vestido que llevaba aquella noche era lo único que podía hacerle justicia al color dorado de sus ojos.

—Eres tan culta que se siente inferior por su educación.

Justine se quedó mirando fijamente a William. El señor Ashley no le había dicho aquellas palabras exactamente, pero se había preguntado cuántos caballeros podrían competir con la educación de una princesa heredera.

—Eres una mujer que inspiras el amor en un hombre.

Ella notó un pequeño escalofrío por la espalda. El señor Ashley le había dicho que no podía imaginar la suerte que tendría el hombre que se casara con ella, alguien tan elegante y sereno como ella; qué orgulloso estaría aquel hombre de llevarla del brazo.

William vio que vacilaba y enarcó una ceja.

—¿Te ha dicho también que tu belleza es incomparable?

Ella dio un resoplido.

—No ha dicho nada de eso.

—Pues es más tonto de lo que yo pensaba.

—Es evidente que me admira.

—¿Ah, sí? Porque yo admiro esas cosas de ti, y más. Pero no las digo para ganarme tu favor, Justine. Las digo porque las creo.

Ella tuvo un cosquilleo en el estómago, en el corazón. Se dio cuenta de que la gente estaba sentándose porque iba a comenzar el tercer acto, pero no parecía que William se percatara. Él siguió mirándola a los ojos y le dijo, suavemente: —Puede que te aprecie de

verdad, pero nunca te será fiel.

Aquello la irritó. ¿Por qué nunca iba a serle fiel? ¿Acaso ella no se lo merecía? Aquella seguridad de William le causó un gran enfado.

—Me estima de verdad. ¿Te gustaría hacer una apuesta también sobre esto?

Él sonrió lenta, sensualmente, y la miró de la misma manera que cuando se habían besado, y a ella empezó a hervirle la sangre.

—Su Alteza Real, está a punto de comenzar el tercer acto —le dijo *lady* Bardaline.

William se puso las manos en las rodillas.

—Sí, Su Alteza Real, tengo muchas ganas de apostar. Me encantaría.

—Pues trato hecho.

Él todavía estaba sonriendo cuando se puso de pie y volvió a la segunda fila.

Justine se apoyó en el respaldo de la butaca. Tenía el corazón acelerado. Ella también deseaba aquella apuesta.

—¿De qué trata la apuesta? —preguntó *lady* Bardaline, con una ligereza que no encajaba con lo que estaba sintiendo Justine en aquel momento.

—Es sobre la ópera —dijo ella, y miró hacia atrás.

El señor Ashley aún no había vuelto al palco. William le guiñó un ojo.

Ella se giró hacia delante. Aquel hombre pensaba que lo sabía todo, y no sabía nada en absoluto. Estaba empeñada en demostrárselo. Iba a ganar aquella estúpida apuesta y haría que se arrodillara ante ella y, si no… Bueno, no le importaría volver a besarse con él.

Empezó el tercer acto. A ella todavía le latía aceleradamente el corazón y, en aquella ocasión, la música no tenía nada que ver.

Capítulo 23

El señor Ashley, que se había declarado un gran aficionado a la ópera, y que consideraba que el gusto de Justine por ella era una muestra de su superioridad intelectual, no volvió al palco hasta el comienzo del cuarto acto. Ella había mirado hacia atrás un par de veces, preguntándose dónde estaba e ignorando la sonrisita de satisfacción de William. Después, se concentró en la música. Aquella ópera era demasiado buena como para permitirse distracciones.

El señor Ashley volvió en medio de la escena en la que Leonora tomaba el veneno para morir con su amante. Su regreso causó algo de revuelo en la segunda fila, porque lord Grafton y lord Bardaline tuvieron que dejarlo pasar y, después, William tuvo que moverse una butaca más allá para permitirle sentarse lo antes posible. Y, entonces, el hombre tuvo la frescura de susurrarle algo, bastante alto, a otro de los caballeros. Aquel comportamiento perturbó a Justine. ¿Cómo podía perderse el final? Y ¿cómo podía hacer que los demás se perdieran aunque solo fuera un detalle? ¿Cómo se atrevía a no dedicarles a aquellos artistas su atención?

Al terminar la ópera, Justine se puso de pie con los ojos llenos de lágrimas y aplaudió con toda la fuerza que le permitieron los guantes. Se giró, pensando que iba a ver al señor Ashley, pero se encontró con la mirada de William.

Le sorprendió que él también estuviera un poco lloroso y pensó que también le había conmovido la escena final.

—¿A que ha sido maravilloso?

—Soberbio —dijo él.

Parecía que iba a decir algo más, pero el señor Ashley se interpuso, todo sonrisas, preguntándole solícitamente cuál era su opinión sobre la ópera y con ganas de continuar la velada en casa de los duques de Grafton.

—Nos han invitado a todos a ir —dijo, con entusiasmo.

Con demasiado entusiasmo. Justine se dio cuenta de que olía a *whisky*, y comprendió que estaba un poco borracho.

Lord Grafton se acercó a invitar a Justine a ir a su casa a tomar un refrigerio. A ella le resultó difícil rehusar, después de lo amable que había sido al prestarles su palco. Sin embargo, estaba muy nerviosa mientras salieron del teatro y la llevaron al carruaje con los Bardaline. Al menos, estaba agradecida de que los Grafton no hubiesen invitado a una horda de gente para que se la comieran con los ojos en su salón. Solo habían extendido su invitación a los presentes en el palco.

Su residencia era grandiosa, como parecía que eran todas las casas de Mayfair, con un salón enorme y muebles tapizados en seda. Había tres gatos paseándose por allí, con la cola levantada, frotándose contra las faldas de las damas. Habría sido la reunión social perfecta para ella, puesto que había pocos asistentes. Quizá hubiera podido disfrutar de la velada de no haber sido por la agobiante actitud de *lady* Bardaline. No se apartaba de su lado, como si fuera a fugarse con el señor Ashley.

Justine no daba crédito a lo que estaba pensando, pero ojalá estuviera allí Amelia para ser el centro de atención. Así, podría hacerse a un lado y respirar. Por desgracia, era ella la que ocupaba ese lugar. Cuando se sirvió el refrigerio, los Grafton le hicieron muchas preguntas: ¿cómo era St. Edys? ¿Cuándo pensaba que iba a volver a Wesloria? ¿Le resultaba un desafío la perspectiva de ser reina?

Ella consiguió responder con aplomo, aunque intentó cambiar de tema en dos ocasiones hablando de la ópera y del talento de la soprano.

—Sí, la actuación ha sido excepcional —dijo William.

Sin embargo, el duque de Grafton dijo que, según tenía entendido, Wesloria iba a construir más vías de tren en su territorio, y preguntó si era cierto.

Al final, se sirvió vino y *whisky* con la tarta. Parecía que todo el mundo estaba de buen humor, charlando animadamente, y ella dejó de ser el centro de atención y pudo relajarse. Fue el señor Ashley quien ocupó el lugar de Amelia y acaparó las miradas con su risa y sus comentarios encantadores para todos los presentes. Se tambaleaba un poco y, cuando el mayordomo le ofreció rellenarle la copa, él derramó un poco de líquido en la alfombra con la prisa por aceptar.

Justine le estaba explicando a *lady* Grafton que el pedazo de tela verde que llevaba prendido al traje era un símbolo de Wesloria cuando el señor Ashley la interrumpió.

—¿Y su esposo se verá obligado a llevar también la tela verde? —le preguntó, jovialmente—. ¿Será obligado a renunciar a su país?

¿Obligado?

—No, en absoluto —dijo ella, acariciando la tela de color verde—.

Esto solo es una señal de orgullo nacional, nada más.

—Qué manos tan elegantes tiene, señora —dijo él, como si no hubiera escuchado su respuesta—. No es de extrañar que sea tan virtuosa al piano.

—Son unas manos muy corrientes, señor, y yo no soy una virtuosa en absoluto. Mi madre, por otra parte, sí es una gran pianista —respondió ella, y evitó la mirada de William, porque sabía que él estaba anotando todos aquellos halagos inútiles que le estaba haciendo el señor Ashley.

—Usted no tiene nada que pueda ser corriente, Su Alteza Real. Seguro que también baila muy bien, ¿a que sí? *Lady* Grafton, necesitamos música.

—Oh, no, gracias —dijo Justine, rápidamente. Prefería tirarse por la ventana a tener que bailar en aquel salón.

—Es una buenísima idea —dijo lord Grafton, y le indicó a su mujer que debía sentarse al piano—. *Lady* Bardaline, ¿me concede el honor?

Justine tuvo ganas de meterse debajo del sofá, pero *lady* Grafton se levantó rápidamente y se dirigió hacia el piano. Empezó a tocar una melodía muy animada.

El señor Ashley le ofreció la mano a Justine. Ella vaciló.

—Vamos, Alteza —le dijo, alegremente.

Justine tomó su mano y se puso de pie. Al instante, él la hizo girar y empezó a bailar.

Ella conocía los pasos de la polca y sabía seguirlos, pero él no dejaba de cometer fallos y, después, se reía a carcajadas, echándole encima su respiración y los vapores de una destilería. Estuvo a punto de colisionar con lord Grafton y *lady* Bardaline, pero no pareció que le importara, porque la hizo girar de nuevo, bruscamente. Y otra vez. Y una vez más, cada vez más rápido y con más fuerza. La hizo girar tan rápidamente que la tiara se le desprendió del pelo y salió disparada, y ella gritó. Aquella tiara era un regalo que le había hecho la emperatriz Catalina de Rusia a su antepasada, la reina Elena. El hecho de que saliera disparada de su cabeza era casi profético.

De repente, los giros cesaron. William había conseguido interponerse entre el señor Ashley y ella.

—Ya es suficiente, Ashley —le dijo, suavemente.

Después, se giró hacia ella y le entregó la tiara.

—Gracias —dijo Justine.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó el señor Ashley a William, con la respiración agitada—. La princesa se lo estaba pasando bien. ¿No ves cómo sonríe? Con esa sonrisa, podría iluminar la más oscura de las habitaciones.

Le hizo una reverencia con floritura de muñeca incluida.

Dios Santo, estaba tan borracho que daba vergüenza ajena. Al ver que nadie le respondía, se incorporó y miró a su alrededor. Después, clavó los ojos en William.

—¿Qué ocurre, Douglas? ¿No estás de acuerdo? ¿Acaso te parece que la sonrisa de Su Alteza Real es… apagada?

—Por favor, señor Ashley —dijo Justine.

—Le pido disculpas, señora, pero no se me ocurre una combinación más encantadora de rasgos para sentarse en un trono: una reina con una sonrisa encantadora y un intelecto superior al de cualquiera que yo haya conocido.

Ella se avergonzó y se dio la vuelta. Incluso *lady* Bardaline parecía mortificada.

—Dile que tengo razón, Douglas.

—A mí no se me ocurre ninguna otra princesa más adecuada, no.

—Los dos son muy galantes, caballeros —dijo *lady* Grafton, intentando arreglar lo que hubiera pasado allí.

Sin embargo, no parecía que el señor Ashley comprendiera que todo el mundo estaba intentando impedir que hiciera aún más el ridículo. Y estaba concentrado en William de una manera extraña.

—¿Sigues viajando por el continente, Douglas? ¿O has vuelto a casa por los recientes acontecimientos?

Justine no sabía a qué se refería, pero William frunció el ceño, y *lady* Grafton palideció.

—¿Qué recientes acontecimientos? —preguntó.

El señor Ashley se echó a reír.

—Los chicos son chicos y hacen cosas de chicos, según dice el dicho, Su Alteza Real. ¿Sabe lo que significa? Es como… un proverbio.

Sí, sí sabía lo que significaba, porque hablaba perfectamente inglés y tenía cerebro, y había un dicho parecido en Wesloria. No le gustó que él tuviera la necesidad de explicárselo, ni tampoco la insinuación de que William hubiera hecho algo infantil. Parecía que quería desacreditarlo.

Miró a *lady* Bardaline con la esperanza de que la dama captara su expresión y pudieran marcharse de allí.

—¿Quieres ser tú quien baile con la princesa, Douglas? —le preguntó el señor Ashley, mientras se acercaba a la mesa del bufé en busca de un vaso limpio—. Conoces los bailes de salón, ¿no? ¿O solo los bailes de pueblo de Escocia?

—Conozco los dos —dijo William—. En Escocia nos gusta más de un tipo de entretenimiento.

—Sí, a ti parece que sí —murmuró el señor Ashley.

En el tenso silencio que siguió a sus palabras, Justine intentó de nuevo transmitirle su deseo a *lady* Bardaline, pero la dama, claramente, no la entendía.

—Pues sí, señor —dijo William—. Soy muy afortunado por haber podido disfrutar de la vida como lo he hecho.

El señor Ashley se echó a reír de nuevo, pero no fue una risa de alegría. Sonaba oscura, y a Justine no le gustó. Ya no le gustaba nada de aquel hombre. Miró fijamente a su dama de compañía.

Fue lord Bardaline quien la comprendió.

—Su Alteza Real —dijo—. Se está haciendo tarde.

Justine estuvo a punto de darle un beso.

—¡Es cierto! Gracias, lord Grafton, *lady* Grafton, por su hospitalidad. Lord Douglas, gracias por la invitación. La ópera me ha parecido divina.

William hizo una reverencia.

Ella miró al señor Ashley.

—Buenas noches, señor Ashley.

—¿Tan pronto? Pero si ni siquiera hemos bailado un vals.

—En otra ocasión —dijo ella, con sequedad.

El mayordomo la precedió por el pasillo, junto a uno de los gatos, y ella caminó deprisa sin mirar atrás. Tenía la esperanza de que los Bardaline la siguieran. Lo único que quería era salir de allí, llegar a Prescott Hall y enterrarse bajo las sábanas.

Tenía muchas esperanzas con el señor Ashley, pero él las había hecho trizas a causa de sus idioteces de borracho.

Cuando el carruaje emprendió la marcha, miró por la ventana, temiendo que el señor Ashley fuera corriendo tras ellos. Sin embargo, no era su silueta la que estaba recortada en el hueco de la puerta de Grafton House. Era William.

A ella se le aceleró el corazón, e hizo un esfuerzo por concentrarse en los Bardaline, que iban quejándose de lo mucho que había bebido el señor Ashley.

Cuando llegaron a Prescott Hall, Justine se dio cuenta de que ya no llevaba en la muñeca la pulsera que le había regalado su padre.

Capítulo 24

Al día siguiente, Lila encontró a la princesa en el jardín, con un sombrero de paja y una cesta de mimbre. Su perrita, Dodi, estaba persiguiendo mariposas a su alrededor, y la princesa estaba cortando dalias y poniéndolas en la cesta. De vez en cuando, también cortaba un puñado de aliso y lo dejaba junto a las dalias.

—¡Buenos días, Su Alteza Real! —exclamó Lila—. No esperaba verla levantada tan temprano hoy.

—No es temprano. Son las tres y media.

La princesa no la miró. Siguió con su estudio de las flores para elegir las que quería. Llevaba la trenza suelta por la espalda, lo que dio a entender a Lila que no le había pedido a Seviana que la arreglara. Así pues, había salido allí para estar a solas.

—Sí, bueno, pero me he enterado de que los Bardaline y usted llegaron de la ópera casi a las tres de la mañana. ¿Qué le pareció?

—¿La ópera? Increíblemente buena —dijo Justine. Cortó otra flor y la dejó en la cesta.

—¡Maravilloso! —exclamó Lila. Se detuvo un momento para acariciar a Dodi, que había dejado su persecución de mariposas para ir a saludarla.

—¿De veras, Lila? —preguntó la princesa, mirándola por debajo del ala del sombrero—. A usted no le importa lo que a mí me pareciera la ópera. Quiere saber lo que me parece el señor Ashley.

La princesa estaba de muy mal humor. Y ella no podía culparla, después de haberse enterado por medio de *lady* Bardaline de todo lo que había ocurrido la noche anterior. Le hizo una seña a la perrita para que se alejara, y Dodi se fue hacia un seto y comenzó a excavar.

—Sí me importa lo que le pareciera la ópera, porque es algo que me encanta. Pero si prefiere hablar del señor Ashley, estaré encantada de escucharla. ¿Le gustó a él la ópera? ¿Cree que es un interés que tienen en común?

La princesa Justine dejó las tijeras, apartó la cesta y se incorporó con las manos en las caderas, mirándola fijamente. Entonces, ella supo

que la velada con el señor Ashley había ido peor aún de lo que esperaba.

Le disgustaba mucho que el caballero hubiera resultado ser un borracho. ¿Cómo iba a saberlo ella? Algunas veces, aquellas cosas salían a relucir después de que ella hubiera hecho todo lo posible por descubrir las peores facetas de una persona.

—No sé si al señor Ashley le gustó la ópera —dijo la princesa, con frialdad—. A mí, sí. A lord Douglas, también. Pero no sé si al señor Ashley le gustó. ¿Y quiere saber por qué no lo sé?

—Sí.

—Porque se ausentó del palco de lord y *lady* Grafton durante toda la segunda parte. Y dobló el codo tantas veces que, seguramente, hoy tendrá que llevar el brazo en cabestrillo.

—¿Cómo?

—Que ha resultado ser un idiota.

—Oh, vaya —dijo Lila, y arrugó la nariz para mostrar su consternación por aquella noticia.

—Lord Douglas me lo advirtió. Me dijo que Ashley era una persona horrible y yo no lo creí. Pero él tenía razón.

—¿Lord Douglas se lo advirtió?

—¡Sí! Ha acertado con respecto a sus dos candidatos, Lila. Y usted ha fallado estrepitosamente.

Lila se encogió de hombros.

—Digamos que son… ensayos. Esto es un proceso.

La princesa se quedó mirándola con la boca abierta.

—¡Un proceso defectuoso! No quiero volver a ver al señor Ashley. Fue cruel con lord Douglas y tan descuidado con sus bailes, que me hizo perder la tiara y la pulsera que me regaló mi padre. Solo recuperé la tiara.

—Si no quiere volver a verlo, no lo hará, tan sencillo como eso. Lamento mucho lo de su tiara. ¿Quiere que envíe a Bardaline a buscar la pulsera?

La princesa no respondió. Estaba mirando a Lila como si no la entendiera.

—Dejaremos atrás al señor Ashley, Su Alteza Real.

—Gracias —respondió Justine, y se agachó a tomar de nuevo las tijeras. Después, se giró hacia la dalia.

—Pero…

La princesa se volvió de nuevo hacia ella.

—¿Pero?

—Pero… si le gustó o apreció algo de él, sería útil saberlo.

—¿Por qué?

—Para que yo pueda seguir evaluando sus gustos. Por ejemplo, le gustaron las flores de Aggiani.

—Me gustan las flores, pero no cinco carretas llenas. Eso me parece un desperdicio.

—Y parece que le gustó hablar de libros y practicar música con el señor Ashley.

La princesa entrecerró los ojos.

—Me gustan los libros y me gusta la música. Seguro que mi madre le hizo llegar una lista con las cosas que ella querría que me gustaran y las que querría que dejaran de gustarme.

Aquella joven era astuta. Lila había descartado aquella lista hacía mucho tiempo.

—Bien, la buena noticia es que viene un nuevo candidato hoy mismo.

Justine se quedó boquiabierta.

—¿Ha perdido el juicio? Sea quien sea, cancele la visita. No quiero conocerlo.

—Creo que este caballero va a ser el adecuado para usted.

—*Lady* Aleksander, usted no me inspira confianza, precisamente.

—Se trata del príncipe Michel de Miraval, un hermoso principado del Mediterráneo que creo que le gustaría mucho en verano.

La princesa Justine emitió una exclamación de angustia. Se agachó, recogió a la perrita y tomó la cesta con la mano libre. Después, se encaminó hacia la casa. Lila la siguió apresuradamente.

—Es un caballero —le dijo—. Es bondadoso y ama a los animales. Tiene cabras, gallinas, perros y gatos. Y también le gusta leer. La última vez que estuve con él, hablamos de la obra de Voltaire.

—¡No diga una palabra más! —le espetó la princesa.

—¡*Cessez*! —gritó uno de los guardias que siempre acompañaban a la princesa.

—¡Lo siento, no hablo wesloriano! —respondió Lila, mirando hacia atrás.

—¡Wesloriano! ¡Está hablando en francés, y le está ordenando que se detenga!

—El príncipe Michel tiene hermanos menores, y es muy bueno con ellos. Será un padre excelente. Y, aunque tiene una buena estatura y un físico agradable, no es tan guapo como para que tenga que preocuparse de que las mujeres se tiren a sus pies, como le habría ocurrido con el señor Ashley.

La princesa aceleró el paso, y Lila también.

—Tiene un año más que usted, y es el heredero de una enorme fortuna proveniente del comercio marítimo.

La princesa Justine se detuvo para dejar a Dodi en el suelo y comenzó a subir los escalones de la terraza. La perrita corrió tras ella. Lila ya no pudo seguirle el ritmo, y gritó tras ella: —¡Va a venir a tomar el té!

Después, tomó aire.

La princesa Justine entró en la casa con la perrita, y ella se quedó en la terraza. Cuando recuperó el aliento, decidió dar un paseo para tomar un poco el sol. Siguió un camino que ya conocía bien, que rodeaba la residencia y llevaba al bosque. Cuando torció una de las esquinas de la casa, vio a alguien que acababa de llegar a caballo.

Se detuvo y se puso una mano sobre los ojos. Al darse cuenta de quién era, sonrió.

—Vaya, vaya, milord. No puede estar alejado de ella, ¿eh?

William Douglas le entregó las riendas del caballo a un sirviente. Llevaba algo en la mano… un libro. Iba a llevarle un libro a la princesa. Caminó hacia la casa y subió los escalones de la entrada de dos en dos.

Lila sonrió. Cómo le gustaba que sus planes salieran bien.

Había llegado la hora de preparar a Robuchard para un emparejamiento que no figuraba en las listas. Empezó a escribir la carta mentalmente mientras caminaba hacia el bosque.

Antes de llegar a Prescott Hall, William había estado muy ocupado.

Lo primero que había hecho al levantarse había sido enviar un telegrama a Robuchard.

> ¡Su casamentera es deplorable! ¡Menos mal que estoy yo aquí para evitar las catástrofes! ¡Le sugiero que la despida inmediatamente!

Ewan le señaló, nervioso, los signos de exclamación.

—No les van a gustar las marcas, milord. El encargado del telégrafo se pone rojo de rabia cuando las ve.

—Esas marcas, como tú las llamas, son parte necesaria del lenguaje escrito, Ewan —respondió William, y sacó una corona de su monedero —. Toma, dale esto. Dile que es importante que las marcas se queden en su sitio, porque sirven para transmitir la urgencia de la situación.

Ewan suspiró. Después, se alejó murmurando entre dientes.

Lo siguiente que había hecho William había sido ir a casa de Beck. Sin avisar, lo cual era de mala educación, pero no le importaba, porque estaba en medio de una crisis.

Lo llevaron al jardín, donde estaba la familia Hawke al completo. Sinceramente, así era como los encontraba cada vez que iba a verlos.

La mujer de Beck estaba sentada, hojeando una revista de moda, con el vientre hinchado por otro embarazo.

Beck estaba tendido boca arriba en la hierba, con tres niñas pequeñas encima, y movía los miembros y las extremidades para adaptarlas a lo que ellas estuvieran haciendo. La cuarta niña, que era la más pequeña, estaba tumbada en la hierba, junto a su padre, chupándose el dedo.

Y Donovan, el misterioso niñero… y amigo, suponía él, estaba sentado debajo de un árbol leyendo un libro.

William los saludó a todos.

—Douglas —dijo Beck, alegremente—. ¿A qué debemos el extraordinario placer de tu visita?

—Necesito consejo.

—¡Consejo! Necesita que lo aconsejemos, amor mío —dijo Beck, como si su mujer no lo hubiera oído.

—Todos necesitamos que nos aconsejen de vez en cuando —dijo ella—. Yo necesito consejo sobre cuál es el vestido que debo encargar. Hay demasiados diseños entre los que elegir.

—Perdona, pero yo te he ofrecido mi consejo amablemente y tú lo has rechazado —dijo Donovan.

Lady Iddesleigh bajó la revista.

—Donovan, ya te he dicho que no me voy a poner nada amarillo. ¿No ves que soy pelirroja?

—Por eso, precisamente, deberías llevar el color amarillo —dijo Donovan.

William estaba en medio de una misión, y no quería distracciones. Pero ¿quién era aquel hombre?

—Douglas, ¿la pregunta que traes es apropiada para cuatro pares de orejas enormes? —preguntó Beck.

La mayor de sus niñas, Mathilda, alzó la vista.

—¿Quién tiene unas orejas enormes, papá?

—Tú. Tan grandes como las de un elefante. Míralas ahora, movidas por el viento.

—¡Yo no tengo las orejas de elefante! —gritó la niña. Entonces, las tres hermanas atacaron a su padre y se pusieron a saltar sobre su estómago y sus piernas, mientras Beck hacía sonidos de consternación y movía exageradamente los brazos.

Aquella familia era deliciosa y, si él no tuviera tanta prisa, se habría maravillado, porque Beckett Hawke era el último hombre del mundo a quien se hubiera imaginado así.

—Ah… no —dijo.

Beck lo ignoró, porque había empezado a hacerles cosquillas a sus

hijas. Al final, fue *lady* Iddesleigh quien se apiadó de él.

—Bueno, pequeñas mías. El caballero necesita hablar con papá. ¡Katy! Katy, ¿dónde estás? ¿Por qué siempre desapareces? —dijo, llamando a una de las sirvientas.

Donovan dio un resoplido.

—Si es lista, estará limpiando la habitación más lejana de la casa.

Cerró el libro y se puso en pie, y se acercó a las niñas y a su padre. *Lady* Iddesleigh se levantó de la silla y llamó a sus hijas.

—Bueno, vamos, queridas.

Al oír el sonido de la voz de su madre, las tres abandonaron a su padre sin darle siquiera un beso. Donovan pasó por encima de Beckett y tomó al bebé en brazos, y siguió a las niñas y a la madre.

Cuando, por fin, quedaron a solas, William le ofreció una mano a Beck para ayudarlo a levantarse de la hierba. Beck iba en mangas de camisa. Dio un salto y comenzó a sacudirse las briznas de hierba de los pantalones. Se acercó a una mesa y se sirvió un vaso de agua.

—Me van a matar —dijo—. Y pensar que temía la muerte a manos de Caro, Eliza y Hollis. Comparadas con mis hijas, eran unos patitos.

Se bebió el agua y miró a William.

—Bueno, dime. ¿Qué clase de consejo necesitas, amigo mío?

—Necesito saber cómo puedo librarme de una casamentera.

Beck se echó a reír. Él, no. Se dio cuenta de que Donovan había vuelto al jardín, y no quería tener audiencia en aquella conversación. Sin embargo, quería llegar a Prescott Hall antes de que fuera demasiado tarde.

—Le ha presentado a la princesa los peores candidatos del mundo. Príncipe di Aggiani. Jonathan Ashley.

—¡Ashley! Ese es un canalla. Una vez intentó visitar a mi hermana Caro. No le permití que entrara, claro.

—Tiene que haber algo que pueda hacerse —dijo William.

Beck ladeó la cabeza.

—¿Qué puede hacerse? ¿Y por qué te importa tanto con quién se case la princesa?

—Yo… No me importa —dijo él, tartamudeando un poco—. Bueno, sí me importa, porque es mi amiga. Pero solo por eso.

—Umm, ummm —murmuró Donovan.

William se frotó la nuca.

—Beck. Ayúdame.

—Sí, claro que sí, porque está claro que necesitas mi ayuda. Te voy a dar este consejo como amigo, ¿entendido, Douglas?

William asintió y le indicó con un gesto de la mano que podía continuar.

—Mi consejo es que te quites de en medio y dejes que *lady* Aleksander encuentre un marido para la princesa. Ella debe casarse, y pronto, si son ciertos los rumores sobre la salud de su padre. Y a ti te apartarán de su círculo dentro de poco, porque el rumor de un escándalo en Escocia está empezando a llegar a Londres.

A William se le paró el corazón.

—¿Qué rumor?

Beck sonrió.

—¿De verdad no lo sabes? ¿Te gustaría que repitiera todo lo que he oído decir sobre ti? Porque es mucho. Bueno, tal vez pudiera repetir solo las partes más jugosas.

Donovan se echó a reír.

Él se había temido lo peor después de oír los desvaríos de borracho de Ashley, pero la esperanza había conseguido bloquear sus miedos.

—¿Un rumor… sobre mi padre?

Beck hizo un gesto negativo.

—Sobre ti y una chica del campo.

William notó que se quedaba sin sangre en la cara. Su padre había pagado una fortuna para mantenerlo en secreto, aunque él le había dicho que no serviría de nada.

—Yo no hice nada, te doy mi palabra. No ocurrió nada, salvo que yo intenté ayudarla.

Beck alzó una mano para ahorrarle a su amigo la vergüenza de tener que seguir balbuceando.

—No tienes que decir nada más. No soy yo a quien tienes que convencer.

De repente, William se quedó horrorizado por la posibilidad de que aquellos rumores llegaran a oídos de Justine. Se le encogió el corazón a causa del sentimiento de injusticia y de desesperación. Preferiría morir antes de permitir que ella pensara algo malo de él. Quería que lo estimara. Quería que… lo amara.

Tanto como él a ella. Más, a cada día que pasaba.

No podía soportar la idea de que lo apartaran de su círculo, pero sabía que eso podía ocurrir en un abrir y cerrar de ojos. Él disfrutaba en su compañía, y no podía soportar nada de aquello.

—Parece que está enfermo, milord —dijo Donovan.

—Creo que me está fallando el corazón —admitió William.

—Tengo una idea —dijo Donovan.

William lo miró.

—Muchas gracias. Pero ¿quién es usted? Aparte del tutor de las niñas.

Beck se echó a reír.

—No es un tutor, Douglas —le dijo.

—Digamos que soy un viejo amigo de la familia —respondió Donovan—. ¿Quiere que le cuente mi idea, o no?

William estaba dispuesto a aceptar cualquier idea en aquel momento. Le hizo una señal para que siguiera hablando.

—Invite a la casamentera a tomar el té. Dígale lo que sabe de los candidatos a quienes ella elija, y ofrézcale su ayuda. Como es usted un tipo guapo, ella aceptará.

—Una espléndida idea, Donovan —dijo Beck—. Por supuesto que es lo que debe hacer. No se va a ganar su favor si la desafía, así que lo mejor es que la engatuse.

Capítulo 25

Aquel día, cuando llegó a Prescott Hall, William estaba un poco deprimido. Eso no era propio de él, porque era un hombre pragmático y contenido en sus emociones, y siempre había sabido lo que sentía por la gente y por las cosas en diferentes situaciones. Nunca había tenido motivos para cuestionarse sus sentimientos, siempre había sabido interpretarlos, pero en aquella ocasión no era capaz de conseguirlo y no podía evitar que la incertidumbre lo desanimara. Sin embargo, al mismo tiempo, sentía una gran esperanza. Estaba preparado para lo peor y, aun así, sentía un dolor curioso en el pecho…

Bajó del caballo con el regalo que le había llevado a Justine. Él, llevándole un regalo a una mujer que no era su amante.

El mayordomo lo recibió en la puerta y tomó su sombrero.

—Su Alteza Real está cortando flores en el jardín —le dijo—. Está en los parterres de la zona este —añadió, señalándole uno de los caminos que rodeaban la casa—. El guardia lo anunciará.

En una de las esquinas del edificio había un guardia apoyado en el muro, aburrido, medio dormido. Caminó en dirección a él. El guardia se irguió y le cortó el paso.

—*Stat* —le dijo.

Aunque no sabía lo que significaba aquello, supuso que era la orden de detenerse.

—El mayordomo me envió hacia aquí, muchacho.

—*Las ta lebi*! —dijo una mujer.

William se inclinó para mirar más allá del guardia. Justine estaba a pocos metros, con un enorme sombrero de paja y una trenza cayéndole por la espalda. Llevaba un delantal de jardinería sobre un vestido azul.

El guardia se hizo a un lado y le permitió pasar, pero lo miró con una expresión huraña, como si no estuviera de acuerdo con la orden que le habían dado. William fue hacia la princesa.

Justine dejó la cesta en el suelo y se quitó los guantes. Se apartó un

mechón de pelo de los ojos.

—¿Por qué se empeña todo el mundo en venir a buscarme al jardín? —preguntó.

—¿A lo mejor es porque estás aquí? —dijo él, y pensó que Justine estaba muy guapa vestida de jardinera—. ¿Dónde está Dodi?

—La pobrecita está agotada. La he dejado con *lady* Bardaline —respondió Justine, y miró fijamente a William—. Supongo que vienes a regodearte.

—Su Alteza Real… yo nunca haría tal cosa. No. En realidad, he venido a devolverte esto —dijo él.

Se metió la mano al bolsillo y sacó la pulsera.

A Justine le cambió la expresión de la cara. Se le escapó un jadeo de sorpresa y lo miró con una sonrisa de gratitud.

—La has encontrado.

—Sí.

—¡Gracias! —exclamó ella, y le tendió la mano para que él le entregara la pulsera—. Estaba muy apenada. Mi padre me la regaló cuando me invistieron princesa heredera. Mira, ¿lo ves? Estas son nuestras iniciales, están entrelazadas. El rey y su heredera.

—Sí, ya lo he visto.

—¿Dónde la encontraste?

—En el salón de los Grafton, cerca de donde cayó tu tiara —dijo él.

Se metió el libro bajo el brazo y le quitó la pulsera de la palma de la mano. Se la puso en la muñeca y, al cerrar el broche, le acarició la piel con el dedo gordo. Lo hizo porque quería sentir su calor, saber si su piel era tan suave y sedosa como parecía.

Ella bajó la mirada lentamente.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Justine.

—Nada —dijo William. Le soltó la mano y se sacó el libro de debajo del brazo.

—¿Y eso, qué es? —preguntó Justine, señalando el libro.

—Ah… he pensado que… quizá… te gustaría…

Justine le quitó el libro de la mano y le ahorró tener que decir que era un regalo.

—Como te gustan los libros, he pensado que… —William carraspeó—. William Thackeray es un novelista inglés que…

—Sí, lo conozco —dijo ella, mirando el lomo del libro.

—Se titula *La historia de Henry Esmond*. Me parece que es una historia muy inglesa. A mí me gustó.

—¿Lo has leído? —le preguntó ella, con una expresión dubitativa.

—Creo que debería sentirme ofendido. Sé leer, señorita. Y, como a ti, me gusta.

—Pero es que yo nunca había conocido a un caballero a quien le guste leer obras de ficción.

—Todas las obras escritas son obras de ficción. Varían en el grado.

Ella se echó a reír. Se sacó los anteojos del bolsillo y se los puso. Abrió el libro.

William pestañeó. No se lo esperaba, pero Justine estaba… encantadora con los anteojos. Sin ellos, era elegante, refinada, bonita. Una reina. Pero, con ellos… estaba adorable.

Ella miró hacia arriba y frunció el ceño con curiosidad.

—¿Por qué me miras así? ¿Es que nunca habías visto a nadie con anteojos? Aunque parezca tonta con ellos, los necesito para leer. No puedo evitarlo.

—No pareces tonta. Te quedan mejor que a ninguna otra persona que yo haya visto.

—No me tomes el pelo.

—No te estoy tomando el pelo, Justine. Estás… encantadora.

—¿Encantadora? —preguntó ella, con los ojos muy brillantes, y se echó a reír.

Entonces, William ya no pudo evitarlo más. Le tomó la cara con ambas manos y la besó.

Justine gritó contra su boca y lo empujó hacia atrás.

—¡Has perdido la cabeza! —susurró, y miró hacia donde estaba el guardia.

—Sí, puede ser —respondió él, con sinceridad.

—Pensé que se suponía que soy yo la que debe pagar mi deuda.

—Eso no ha sido por la apuesta —dijo él. Se sentía molesto consigo mismo.

—Entonces, ¿por qué? Debes de estar muy satisfecho, porque volviste a acertar.

—No estoy satisfecho. Me enfada mucho que te presentaran a Ashley.

—Tenía que haberte hecho caso —dijo Justine. Se dio la vuelta y se adentró más en el jardín—. Pero parece que vas a tener otra oportunidad de demostrar tu enorme capacidad de análisis e informar a Robuchard. Esta tarde va a venir otro pretendiente, el príncipe Michel de Miraval. ¿Lo conoces?

—No. Nunca había oído hablar de Miraval, ni de su príncipe.

—Miraval es un pequeño principado a orillas del Mediterráneo. Mis antepasados lo gobernaron una vez, hasta que fueron expulsados por los españoles.

—¿Un país pequeño? Ese es motivo suficiente para descartarlo.

Justine se rio de nuevo y caminó hasta el final de un seto que

había sido tallado en forma de mariposa. Miró al guardia y, después, a William, y se metió detrás de la mariposa. El guardia estaba apoyado en el muro, de espaldas a ellos. En dos pasos, William se metió también detrás del seto. Allí había un banco, y en el seto había un pequeño hueco, recortado en los arbustos, que permitía ver el otro lado.

Justine se dejó caer sobre el banco y se quitó el sombrero, que quedó colgando por su espalda, sujeto a una cinta.

—Ese es el guardia más perezoso de todos. Ni siquiera se va a dar cuenta —dijo.

—¿Estás segura?

Ella asintió y estrechó el libro contra su pecho.

—Esto también es muy amable por tu parte, William. Me gusta leer, y he leído obras muy buenas, no solo de ficción. Yo…

Él se sentó a su lado y le quitó los anteojos. Los plegó cuidadosamente.

—¿Y qué haces ahora?

—Has mencionado que perdiste la apuesta.

—Claro. Yo siempre cumplo mi palabra.

—Me alegro —dijo él.

Le acarició la mandíbula y le besó la mejilla. Ella suspiró suavemente.

—Voy a ser reina. Es muy importante que cumpla mi palabra. Si la gente perdiera su buena opinión sobre mí, se volverían contra mi gobierno.

—¿Eso también lo has leído? —preguntó él, y le besó la otra mejilla. Después, bajó hacia su cuello.

Ella inclinó la cabeza a un lado para facilitarle el acceso.

—No, me lo dijo mi padre. En realidad, él me ha enseñado todo lo que sé.

—¿Y no te aconsejó nunca que no hicieras apuestas si tenías miedo de perderlas?

William posó una de las manos en su rodilla y la deslizó hacia abajo, hasta que encontró su tobillo por debajo de todos aquellos metros de tela. No apartó la mirada de su cara; se fijó en las pecas de su nariz y en que tenía una de las cejas ligeramente más alta que la otra. El sol se reflejaba en sus ojos dorados.

—No tengo miedo de perder —dijo ella—. Tengo miedo de que se me pase la vida sin ningún sentido.

—Eso no va a suceder si tú no lo permites.

William se inclinó hacia delante y le besó el cuello. Justine inclinó la cabeza hacia atrás. Lentamente, él deslizó la mano por su pierna,

hacia arriba, notando la seda de la media, hasta que llegó a la piel desnuda de su rodilla. Ella tomó aire bruscamente, y él la besó en los labios.

—Te estás tomando muchas libertades con mi persona —dijo Justine, y correspondió a su beso. Le acarició el rostro con los dedos, y los metió entre su pelo.

—Porque no puedo resistirme a ti. ¿Prefieres que pare?

Ella sonrió seductoramente.

—Yo no he dicho eso.

Él siguió su camino hacia arriba y acarició el encaje de sus bragas, y llegó a su muslo. Al tocarle la parte interior, supuso que ella le apartaría la mano, pero, por el contrario, Justine separó un poco las piernas.

William sintió una inmediata avalancha de deseo que le impidió controlarse. Justine se estremeció al notar su caricia y jadeó dentro de su boca, e incluso le mordió el labio inferior. Él siguió moviendo la mano hacia arriba.

—No podemos hacer esto —le susurró Justine, al oído.

—Voy a parar…

—¡No! —dijo ella—. Quería decir que… Bueno, no importa. No quiero que pares.

Aquello fue como si se desnudara de repente y se colocara ante él. William la besó con lujuria y deseo y metió los dedos bajo su ropa interior. Encontró los pliegues de su carne.

A ella se le escapó un jadeo casi inaudible, y él volvió a pensar que debería detenerse… ¿cómo podía ser tan estúpido?

Fue casi como si Justine pudiera leerle el pensamiento, porque lo besó con dureza, le acarició los hombros, se estrechó contra él y arqueó la espalda.

A él se le pasó por la cabeza, brevemente, que estaban en el jardín, que podía aparecer cualquiera y sorprenderlo devorando a la futura reina de Wesloria. Eso sería un desastre para los dos. Sin embargo, Justine lo animó, y él no era ni un héroe ni un santo. Sentía el mismo deseo que ella.

Estaba loco por Justine. La deseaba tanto que se alarmó. Hubiera dado el patrimonio de los Hamilton solo por acariciarla y sentir la respuesta que ella le provocaba. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan excitado; notaba la sangre corriéndole por las venas y tenía el corazón acelerado. Siguió acariciándola y girando el dedo sobre su carne, y deslizándose en su interior, una y otra vez. Justine se apretó contra su mano, moviéndose contra él, siguiendo su ritmo.

Ella no debería desear aquella seducción. Se suponía que debía

pensar en otras cosas, debería estar por encima del deseo que él sentía por ella. Sin embargo, se las había arreglado para provocar un calor furioso y ansioso en su interior, un calor que no podía extinguirse. Y él no sabía qué hacer.

Cuando le acarició el centro del cuerpo con el dedo gordo, ella jadeó de nuevo y se alzó contra él, hasta que emitió un ruido amortiguado de placer contra su hombro. William notó que se derretía alrededor de él, y la sujetó con un brazo para que no se cayera del banco. Cuando Justine se quedó completamente inmóvil, él retiró la mano y sacó un pañuelo de su bolsillo.

Justine abrió los ojos y lo miró fijamente. Tenía los ojos tan dorados y cálidos como el sol. Ella le posó la palma de la mano en la mejilla, y él notó una corriente de emociones entre ellos, algo que parecía afecto mutuo.

William recogió los anteojos de la princesa y se los puso. Justine se inclinó hacia delante y lo besó con delicadeza. Después, se puso el sombrero.

—Si te preguntara qué estamos haciendo tú y yo, ¿qué dirías?

—Buena pregunta —respondió William, cabeceando—. Yo… siento estima por ti, Justine. Disfruto mucho de tu compañía. Y me pareces increíblemente atractiva.

Ella sonrió.

—¡Y a mí me pasa lo mismo! Esto es una locura, William. Vine a Inglaterra para concertar un buen matrimonio, no para mantener una aventura que puede empeorar las cosas. Sin embargo, no me veo capaz de dejar de hacer estas apuestas.

—Es culpa mía. Yo no soy capaz de controlarme contigo.

—No, no es culpa tuya. Yo estaba exactamente igual de dispuesta a… apostar —dijo ella.

—Justine, yo…

—*¡Princia! ¡Princia!*

Parecía que el guardia sí había notado su ausencia, después de todo. Justine se puso en pie de un salto.

—Me están buscando —dijo.

Se inclinó para recoger el libro que le había regalado William y, con una mirada de consternación por haber terminado aquella conversación, se alejó, ajustándose el sombrero mientras caminaba.

William también estaba consternado. No sabía lo que iba a decir.

«No conozcas a más pretendientes. Mírame a mí. Tengo que decirte una cosa sobre mí que va a echar por tierra todas mis esperanzas, pero te deseo. Te quiero».

Siguió en aquel banco un rato más, enfrentándose consigo mismo y

con el mundo como nunca lo había hecho en su vida.

Capítulo 26

Cuando Justine apareció desde detrás del seto en forma de mariposa, el guardia tenía una expresión de pánico. En aquel tiempo, a ella podrían haberla secuestrado y decapitado, y haber expuesto su cabeza en una pica. Aunque no iba a protestar, porque no había ocurrido nada semejante y, obviamente, si el guardia hubiera aparecido un poco antes, ella hubiera perecido de mortificación.

Al pensarlo, se ruborizó. Recogió la cesta y se preguntó si su expresión dejaba traslucir lo que había sucedido realmente detrás del arbusto.

—Su Alteza Real, la requieren —dijo el guardia, con cierta ansiedad, e hizo una marcada reverencia.

—Como siempre —respondió ella.

Hubiera preferido poder pasar unos momentos a solas hasta que hubiera cesado la efervescencia de su sangre, poder sentarse y reflexionar sobre lo que había pasado, sobre el hecho de no haber tenido la más mínima duda sobre lo que quería. Lo que quería era estar con William, saber si él sentía aquella misma efervescencia. Miró hacia atrás. Él también había salido de detrás del seto y la seguía.

—Milord…

—Su Alteza Real, ¡la hemos encontrado!

Justine dio un suave gruñido al oír la voz de Lila. Sonrió con pesar a William y se giró hacia la casamentera, que llegaba acompañada por *lady* Bardaline.

—Le pido disculpas por la interrupción —dijo Lila—, pero ha llegado el príncipe Michel.

—¿Ya? —preguntó Justine.

Al mismo tiempo, William preguntó:

—¿Aquí?

—Le pido disculpas, milord —dijo *lady* Bardaline, adelantándose —. La princesa tiene un compromiso…

—Sí, ¡y es una suerte que lord Douglas esté aquí! Milord, tiene que quedarse a cenar. La cocina ha preparado un menú delicioso en honor

a nuestro invitado. Tengo entendido que es un menú francés.

Justine no sabía qué le gustaba más, si el hecho de que Lila invitara a cenar a William o que *lady* Bardaline, de repente, tuviera una cara tan agria.

—Gracias, pero no debería interferir…

—¡No es ninguna interferencia! —insistió Lila, y miró a Justine para que ella lo confirmara.

Parecía que William estaba incómodo, como si no supiera qué decir.

—Por favor, milord, quédese. La cena será más animada con usted presente. Y no tengo duda de que podrá darme consejos muy útiles.

William la miró directamente a los ojos, casi como si quisiera llegar hasta su corazón.

—Y yo no tengo duda de que serán beneficiosos para usted —dijo, con una sonrisa.

Justine estaba de acuerdo.

—Pues, bien, si Su Alteza Real desea contar conmigo, estaré encantado de unirme a ustedes —dijo William.

—Pero… ¿no sería mejor…? —balbuceó *lady* Bardaline. Parecía que estaba a punto de echarse a llorar. De repente, miró la cesta de Justine—. ¿Qué es eso?

Justine miró hacia abajo. Obviamente, era un libro. Sin embargo, Lila también se había fijado y estaba sonriendo. ¿Por qué provocaba la desconfianza de *lady* Bardaline y la sonrisa de Lila? ¡Solo era un libro, por el amor de Dios!

De repente, Justine se puso nerviosa, como cuando su madre descubrió la verdad sobre Aldabert Gustav. A ella no le gustaba pensar en que pudiera repetirse aquella escena, así que irguió los hombros y dijo: —*Lady* Bardaline, ¿sería tan amable de ocuparse de que lord Douglas esté atendido?

Y, con aquello, se dirigió hacia la casa. No iba a responder preguntas ni aguantar miradas subrepticias. Iba a darse un baño y a leer su libro, y a acariciar a su perrita, y a pensar en aquello tan extraordinario que había sucedido en el jardín.

Seviana la convenció de que se pusiera el vestido de rayas rosas y blancas. A ella le recordaba a una muñeca de porcelana que había tenido de niña. Llevaba un collar de perlas y una peineta a juego. El sultán de Omán había hecho aquel regalo a Wesloria durante una visita de estado.

Por fuera, parecía alguien que se tomaba muy en serio las cosas. Una mujer que ya estaba lista para gobernar. Una digna descendiente de la reina Elena.

Por dentro se sentía como una niña, temblorosa, acalorada. No le importaban ni el decoro ni la moralidad. Era la mujer que había permitido a William hacer lo que habían hecho detrás del seto como si no tuviera ni la más mínima preocupación en la vida.

Ojalá tuviera el valor de ser esa mujer por dentro y por fuera. Alguien que disfrutaba de la vida, a quien no afectaba lo que pudiera decir la gente.

Recogió a Dodi y le revolvió el pelaje.

—Tú nunca pensarías nada malo de mí, ¿verdad, cariño? —le susurró a su perrita.

Dodi movió la cola con entusiasmo.

Justine la dejó en el suelo y se puso en camino hacia el salón. La perrita caminó a su lado alegremente.

Cuando llegó al salón, todo el mundo le hizo una reverencia. Dodi se adelantó a saludar a todo el mundo y comenzó a olisquear el aire en busca de olores interesantes. Ella sonrió forzadamente y se acercó a los presentes para desearles una buena noche, mientras trataba de controlar el nerviosismo.

Lila fue la primera en recibirla, por delante de *lady* Bardaline, que, claramente, quería hacer las presentaciones.

—Su Alteza Real, permita que le presente a Su Alteza Real, el príncipe Michel de Miraval —dijo Lila.

El príncipe se adelantó e hizo una reverencia.

—Su Alteza Real, es todo un honor conocerla.

Hablaba un perfecto inglés, sin acento.

—Gracias.

Él sonrió amablemente. Tenía una mirada bondadosa. Era esbelto y no demasiado alto, unos cinco centímetros más que ella. Tenía la piel oscura, los ojos marrones y las pestañas espesas, y una sonrisa tan agradable, que ella se calmó al instante.

—¿Lleva muchos días en Londres, Alteza? —le preguntó ella.

—Solo una semana. Mi abuela vive en Belgravia.

—¿Es inglesa?

—Sí —dijo él, mientras se agarraba las manos a la espalda—. Yo me eduqué aquí, bajo su tutela.

No era el hombre más guapo que hubiera visto, pero, sinceramente, prefería una mirada amable y una sonrisa agradable a una cara bella. Justine miró a William, que estaba un poco retirado de los demás. Sin embargo, oyó un trino que le llamó la atención, y se giró hacia la ventana.

—Ah, creo que ha oído mi regalo —dijo el príncipe Michel, con timidez.

—¿Disculpe?

—Si me permite…

El príncipe iba a buscar lo que había llevado, pero Lila ya les había indicado a los lacayos que acercaran el regalo. Era un bulto bastante grande cubierto con una tela de seda azul. Dodi empezó a ladrar con toda aquella actividad, y *lady* Bardaline la sacó rápidamente del salón. Entonces, el príncipe Michel apartó la tela y dejó a la vista una jaula en cuyo interior había dos preciosos pájaros. Tenían el cuerpo verde y la cara naranja. Justine nunca había visto unas aves tan coloridas.

—¡Son una belleza!

—Temía que no sobrevivieran al viaje en barco, con los mares agitados.

—¿Y se pusieron malos durante la travesía?

—En absoluto. Parece que fui yo el único que estaba a punto de morir. Pero, cuando el mar se calmó de nuevo, abrí los ojos y estas dos preciosidades me estaban mirando con curiosidad.

Justine se echó a reír.

—¿Qué pájaros son?

—Agapornis. Los elegí por su belleza —dijo el príncipe, y se rio suavemente, con azoramiento—. Uno desea causar una buena impresión.

—Eso es lo que me ha dicho mi amigo lord Douglas en muchas ocasiones. ¿Lo ha conocido?

El príncipe Michel se giró y sonrió a William.

—Sí, por supuesto. Hemos descubierto que tenemos un amigo común.

—¿De veras? —preguntó ella, mirando a William.

—El conde Jurgen de Bavaria —dijo él.

—¿De verdad? ¿Y cómo es que los dos conocen al conde Jurgen?

—Él viaja con frecuencia entre Miraval y París —respondió el príncipe.

—Yo lo conocí durante un verano que pasé en París —dijo William.

Justine cabeceó maravillada.

—De veras, lord Douglas, me pregunto si queda alguien en el continente a quien usted no conozca.

—Bueno —dijo el príncipe Michel—, este es nuestro primer encuentro.

—Pero creo que no será el último, Su Alteza —dijo William.

Lord Bardaline interrumpió la conversación al anunciar que iba a servirse una copa de vino en el invernadero antes de la cena. Todos se trasladaron a aquella habitación y dos lacayos empezaron a servir el

vino. El príncipe Michel se fijó en el trozo de tela verde que Justine llevaba prendido en la hombrera del vestido, y en el color verde que llevaban los lacayos, y dijo que le parecía una preciosa costumbre wesloriana. Que ojalá en Miraval hubiera una tradición como aquella.

Dijo que había leído la historia completa de Wesloria, y que le parecía sorprendente que el país hubiera estado gobernado por tantas reinas mucho antes que otras naciones europeas. Dijo que le parecía que las mujeres tenían el don de la justicia cuando ocupaban un trono, y destacó el mandato de su tatarabuela en Miraval, explicándole a Justine que había acometido reformas muy necesarias para el avance de su pequeño principado.

Era un acompañante encantador. Le hizo preguntas sobre ella y demostró interés en Wesloria. Justine no dejaba de mirar a William para intentar descifrar su expresión. Se preguntó si estaba pensando en lo que había ocurrido aquella tarde, y si tenía los mismos sentimientos que ella. Se preguntó qué pensaba él del príncipe Michel, que, a primera vista, parecía perfecto.

Cuando lord Bardaline se acercó para hablar con el príncipe, ella miró de nuevo a William, que estaba conversando con Lila. Observó su mano y recordó cómo la había acariciado. Aldabert y ella se habían acariciado más allá de lo apropiado, pero él siempre tenía mucha prisa. Con William no había sido igual. Había sido…

—¿Alteza?

Justine se sobresaltó. Lord Bardaline estaba inclinándose ante ella, excusándose, informándola de que la cena estaba servida.

Ella sonrió al príncipe Michel con una expresión de disculpa. Si se había dado cuenta de cómo estaba mirando a William, era tan caballeroso que no lo demostró.

Lord Bardaline los reunió a todos, y ella tomó el brazo del príncipe para ir hasta el comedor. Estaba sentado entre Lila y ella, y William había sido desplazado al otro extremo de la mesa, donde apenas podía verlo. Justine sospechó que, como *lady* Bardaline no había podido echarlo, lo había colocado tan lejos como había sido posible.

Sin embargo, como el grupo no era muy grande, todo el mundo participó en la conversación. El príncipe Michel dijo que había oído decir que las flores alpinas de Wesloria eran extraordinarias.

—Son muy bellas, pero no tanto como las flores italianas, según tengo entendido —respondió Justine. Al otro lado de la mesa, William se atragantó con un sorbito de vino.

El príncipe Michel dijo que Miraval era famoso por su vino, y que esperaba que a ella estuviera gustándole, puesto que tenía entendido que lo habían servido para aquella cena. William dijo que estaba

delicioso, y el príncipe Michel aprovechó la oportunidad para comentar que Miraval tenía la esperanza de llegar a ser para el vino lo que Escocia era para el *whisky*. Eso dio pie a una animada conversación entre los dos caballeros, que hablaron sobre cuál era el mejor *whisky* escocés.

Al final de la cena, el grupo volvió al salón. *Lady* Aleksander aprovechó la oportunidad para mostrarle al príncipe uno de los cuadros que adornaban la habitación, y William se acercó a Justine.

—¿Y bien? —susurró ella—. ¿Qué advertencias tienes para mí?

—Para mi consternación, ninguna. Es un verdadero señor y una persona encantadora. ¿A ti qué te parece?

—Creo que no tiene nada sospechoso.

Los dos vieron reírse al príncipe mientras hablaba con *lady* Bardaline.

—¿Crees que es él? —preguntó Justine, suavemente.

—¡Es demasiado pronto! —respondió William—. Dale tiempo. La verdad saldrá a la luz. Esta noche se está comportando de la mejor manera posible.

—Pero es que no tengo tiempo.

—Entonces, tal vez deberíamos ponerlo a prueba.

—¿Cómo?

—Ponlo en situaciones distintas para ver cómo reacciona. Por ejemplo, te ha regalado pájaros, pero a Dodi no la ha mirado apenas. ¿Le gustan los perros?

Justine dio un resoplido.

—Eso es demasiado fácil. A todo el mundo le gustan los perros.

—No, no a todo el mundo. ¿Querrías estar casada hasta el fin de tus días con alguien a quien no le gusten?

—No —respondió ella, con horror—. En St. Edys hay perros en todas las habitaciones.

—Deberíamos asegurarnos de cuáles son sus diversiones favoritas. Cabe la posibilidad de que no tengáis ninguna afición en común. ¿Y si él odia la esgrima?

—No es necesario que le guste la esgrima. A ti no te gusta.

—No, pero me encanta ver cómo derribas a hombres que son el doble de grandes que tú.

—¿Y el tiro con arco, quizá?

William giró la cabeza y la miró.

—¿Tú practicas el tiro con arco?

Justine alzó la barbilla.

—No me gusta presumir, pero da la casualidad de que soy muy buena.

Él enarcó las cejas.

—Increíble.

—¿De verdad? Las mujeres tienen puntería, William.

—Claro que sí. Y no solo con el arco.

—Tú tampoco eres arquero, ¿verdad?

—Lo dices como si pensaras que no soy capaz de acertarle ni a una casa.

—Pero eres muy buen pastor —dijo ella, y se tapó la boca con la mano para disimular sus risitas.

—Otro talento que podríamos añadir a tu lista. Eres ingeniosa.

Ella contuvo una carcajada.

—Estoy deseando desafiarte a una competición.

—¿De ingenio?

—No, de tiro con arco.

—Yo nunca voy a rehuir un desafío, pero el objetivo es desafiarlo a él.

Ella miró al príncipe Michel.

—Cierto. ¿Lo invito a que vuelva mañana?

—Creo que sí.

—Y tú también vas a venir, ¿verdad?

—Si tú quieres…

—No soy capaz de evaluarlo sola.

—No, está claro que no.

Ella miró a William, y él sonrió afectuosamente.

—Me da miedo pensar en lo que podría parecerte aceptable si yo no estuviera aquí para guiarte.

—Imagínate —murmuró ella.

Un movimiento detrás de William la distrajo. Justine se inclinó para ver de qué se trataba y se encontró con la cara de desaprobación de *lady* Bardaline.

—Ah, el deber me llama —dijo.

Sonrió a William y se marchó a hablar con el príncipe Michel.

—Su Alteza Real, el príncipe Michel estaba diciendo que va a volver a Miraval dentro de quince días —le contó Lila.

—¿Tan pronto? Pero, entonces, va a pasar muy poco tiempo en Inglaterra.

—Ay, pero me necesitan en casa. Y, sinceramente, me gustaría cruzar el Canal de la Mancha antes de que comiencen las tormentas. El capitán del barco me ha informado de que lo que experimenté esta última vez no es nada comparado con lo que ocurre en verano. Yo sufro muchos mareos en el mar —dijo, y se echó a reír—. Vaya recomendación para un príncipe de una nación marítima.

Los Bardaline y William, que estaban cerca, rieron amablemente al oír la broma.

El príncipe Michel se giró hacia Justine e hizo una reverencia.

—Su Alteza Real, la velada ha sido maravillosa, pero debo marcharme. Mi abuela me está esperando.

—Entonces, tiene que volver usted mañana.

Al príncipe se le iluminó el semblante.

—Me gustaría muchísimo.

—Está haciendo muy buen tiempo. ¿Le apetecería que hiciéramos un pícnic?

—¡Qué idea tan buena! —exclamó Lila—. Yo me encargaré de que lo preparen todo.

—Gracias, *milady*, pero yo me haré cargo —dijo lord Bardaline, con un gesto muy digno.

—Puede que llueva —dijo *lady* Bardaline—. Es frecuente en esta época del año.

Justine tuvo que contenerse para no poner los ojos en blanco.

—Nos arriesgaremos, ¿verdad, Alteza?

—¡Sí! —respondió él, con entusiasmo—. Un buen chaparrón es algo que todavía no me ha causado mareos en tierra firme. Gracias. Le agradezco muchísimo la invitación —dijo.

Después, hizo otra reverencia y se dirigió hacia la puerta.

—Yo también debo marcharme —dijo William.

—Y también debe venir a nuestro pícnic, lord Douglas —dijo Justine, rápidamente—. Será más divertido cuantos más seamos.

—Pero… —dijo *lady* Bardaline, y miró a William—. Lord Douglas, ¿no lo esperan en…?

—En ningún sitio —respondió William—. No me esperan en ningún sitio y me encantaría venir.

—Sí, milord, debe venir con nosotros —dijo el príncipe Michel, y parecía sincero en sus deseos de compartir el rato con William.

Justine se dio cuenta de cómo miraban a Lila los Bardaline. *Lady* Aleksander ignoró al matrimonio.

—¿Los acompaño a la salida, caballeros? —preguntó Lila, y caminó hacia ellos con los brazos abiertos, como si quisiera recogerlos y llevárselos hacia la puerta. William miró de reojo a Justine al pasar, y ella trató de no sonreír.

Cuando los señores se marcharon, Justine notó que los Bardaline la estaban fulminando con la mirada. Ella se giró lentamente.

—¿Qué sucede?

—Su Alteza Real —dijo *lady* Bardaline—. Tal vez el pícnic fuera más adecuado para usted sin la presencia de lord Douglas.

—Será más adecuado con amigos.

La mujer abrió la boca, pero ella ya se estaba alejando.

—¿No puede esperar, señora? Estoy muy cansada.

Subió a su habitación, le dio la noche libre a Seviana y se acostó con el libro que le había regalado William. Antes de abrirlo, pasó los dedos por el lomo.

Estaba sonriendo. Tenía muchas ganas de volver a verlo al día siguiente.

Incluso tenía ganas de ver al príncipe Michel.

Capítulo 27

Cuando William le dijo a Ewan que necesitaba un chaleco limpio para ir a un pícnic y rechazó los tres primeros que le mostró, el hombretón lo miró como si se hubiera vuelto loco.

Tal vez fuera cierto. En aquel momento no podía descartar nada. Nunca había cuestionado la elección de vestuario que hacía Ewan; se ponía lo que le llevara, incluso cuando le parecía inadecuado. Nunca le había preocupado ser más viril o más guapo que otro hombre. Nunca había permanecido despierto toda una noche pensando en una mujer, recordando todas las palabras que ella le había dicho.

Ewan estaba ante él, con la boca abierta, con un chaleco en cada mano.

—No quiero ofenderte, Ewan, pero estos —dijo, señalando vagamente los chalecos— no valen para la ocasión de hoy.

—¿Y la ocasión de hoy, milord, es un… pícnic?

—Sí, MacDuff. Un pícnic. ¿Tiene algo de malo ir a un picnic?

—No, milord, en absoluto. Solo quiero aclararlo para refinar más la selección de su chaleco —respondió el ayuda de cámara, y se marchó hacia el vestidor.

Hacía siglos que no iba a un pícnic, en realidad, desde que era joven y las mozas organizaban meriendas campestres a las que acudían todos los muchachos de la zona de Hamilton. Pero aquel pícnic era diferente. Alguien tenía que vigilar al príncipe Michel, y no podía confiar en que lo hiciera *lady* Aleksander. Solo había que ver los candidatos que le había presentado a la princesa hasta el momento para saber que no podía confiarse en ella. Aunque el príncipe Michel pareciese el pretendiente perfecto, William no iba a confiar en él después de un solo encuentro.

Ewan volvió con un chaleco de color amarillo y verde, que iba perfectamente con su chaqueta de color verde oscuro.

—Este vale, Ewan —dijo William, con agrado.

Ewan le ayudó a ponérselo y, después, frunció el ceño mientras William revisaba su colección de sombreros y elegía un bombín, el que

le pareció más apropiado para protegerse del sol. Entendía que Ewan no lo reconociera; francamente, él tampoco se reconocía a sí mismo.

No podía dejar de pensar en Justine. No podía dejar de darle vueltas a cómo podía acabar con aquel desgraciado proceso de emparejamiento. Obviamente, ese no era su cometido, pero no podía quitarse de la cabeza que el pretendiente perfecto para Justine era él, aunque también sabía que nunca lo tomarían en consideración por muchos motivos relacionados con la familia y el pequeño lío en el que se había metido en Escocia.

Sin embargo, eso no le impedía pensar. Imaginar. Soñar.

En su afán, salió con media hora de antelación y fue el primero en llegar. Le entregó las riendas del caballo a un mozo y, mientras subía los escalones, se abrió la puerta principal y salió el mayordomo. Tras él apareció *lady* Aleksander, y él se sintió aliviado al no ver a los Bardaline. La presencia de aquel matrimonio le resultaba opresiva.

—¡Lord Douglas! —exclamó alegremente *lady* Aleksander. Después, miró el reloj que llevaba abrochado en la pechera—. Ha llegado antes de lo que esperábamos.

—Eh… sí, hace tan buen tiempo, que se me ocurrió adelantarme un poco.

La sonrisa de la dama le dio a entender que no creía su excusa.

—Sí, ¿verdad? Hace un día espléndido para un pícnic. Por favor, entre, milord.

Una vez dentro, William dijo:

—Esperaba que los Bardaline me estuvieran esperando en la puerta y me echaran.

Ella se echó a reír.

—¿Se ha quedado decepcionado?

—No.

—Me temo que hoy no los verá. Han ido al campo a recoger a la princesa Amelia.

William intentó sacar alguna conclusión de la expresión facial de la dama, pero no encontró ninguna pista.

—Espero que no sea nada grave.

—Eso depende de la perspectiva de cada uno. La princesa envió un mensaje diciendo que tenía la intención de quedarse con *lady* Holland toda una semana, y a *lady* Bardaline le pareció una malísima idea —dijo *lady* Aleksander, y sonrió con ironía—. Cree que la princesa no tiene sentido común.

Pues en ese punto, *lady* Bardaline y él coincidían. William vio la oportunidad perfecta. Miró a los dos lacayos que siempre estaban en aquel salón y alzó un dedo.

—En realidad —dijo, mientras daba un paso hacia delante para hablar con ella más confidencialmente—, quería hablar con usted sobre este mismo asunto.

Ella enarcó una ceja.

—¿Quería hablar conmigo sobre la falta de sentido común de la princesa Amelia?

—No, no. La princesa Amelia es joven y tiene mucha libido. Eso es de esperar.

—Oh, vaya —dijo *lady* Aleksander, y se echó a reír.

—Pero, si me lo permite, le haré una sugerencia…

—Por favor —dijo ella, y le señaló uno de los sofás para que se sentaran, como si le pareciera que aquello les iba a llevar algo más de tiempo.

—He llegado a la conclusión de que sería más prudente que usted dirigiera sus esfuerzos hacia la princesa Amelia, en vez de a Su Alteza Real.

—¿De verdad?

Él no supo decir si aquello la había sorprendido o la había divertido.

—Es más probable que sea la princesa Amelia quien cause un escándalo para su familia, ¿no cree? Pero su hermana es… sensata.

—Sensata —dijo ella, como si nunca hubiera oído aquella palabra. Después, miró por la ventana pensativamente—. Estoy de acuerdo en que la princesa Justine es muy sensata.

William no esperaba aquella respuesta, y no sabía qué más decir para no parecerse al viejo chismoso que vivía cerca de Hamilton Palace. Apretó los labios y, como no se le ocurría ninguna otra cosa aceptable que decir, se encogió de hombros para quitarle importancia.

—Solo hablo en calidad de amigo de Su Alteza Real.

—Naturalmente. Como amigo —dijo *lady* Aleksander. Parecía que estaba a punto de echarse a reír.

—¿He dicho algo gracioso?

Ella hizo un gesto negativo con la cabeza.

Él asintió, sin saber qué más decir.

—Es solo que me resulta curioso que usted haya recuperado esta amistad —dijo ella—. He oído decir que usted habría corrompido a la princesa si hubiera surgido la oportunidad cuando ella solo tenía diecisiete años.

William se quedó pálido.

—¿Disculpe?

Ella se encogió de hombros ligeramente.

—Solo son viejos rumores. Sin embargo, tiene razón.

—¿De veras?

—Tiene razón en preocuparse por la princesa Amelia. Seguramente, debería escribirle una carta a Robuchard para contárselo. Es decir, a menos que usted prefiera tener el honor.

—¿Yo? —dijo él, y se echó a reír—. No, gracias. Apenas hablo con él.

—¿No? Bueno, de todos modos, me ha hecho pensar, milord. Tal vez deba posponer la visita del próximo candidato hasta que Su Alteza Real haya tenido unos días para orientarse.

William se quedó asombrado.

—¿Hay otro?

Lady Aleksander se echó a reír.

—Siempre hay otro hasta que el asunto está resuelto. El siguiente es un industrial americano que está pasando el verano en Londres.

—Uff —dijo William, sin darse cuenta.

—¿Disculpe?

Él pestañeó.

—¿Qué? Eh, no, nada… Es solo que he oído decir que los americanos comen con las manos —dijo, y se estremeció—. No son muy civilizados.

—No me diga. Bueno, este parece civilizado. Se llama Henry Thompson. Es muy rico y ha viajado mucho. ¿Lo conoce?

—No.

Se oyó la llegada de un carruaje por el camino de entrada, y los dos miraron por la ventana. *Lady* Aleksander se puso de pie. A William se le estaba escapando aquel momento.

—*Lady* Aleksander… mis intenciones son buenas y sinceras.

—Oh, de eso no tengo ninguna duda. Gracias por sus consejos y su preocupación, milord. Es importante que me lo haya transmitido, a pesar del escándalo que lo rodea. Me imagino que la situación no debe de ser fácil para usted.

De repente, William se sintió como si el suelo se abriera bajo sus pies.

—¿Disculpe?

Ella sonrió mientras pasaba a su lado hacia la puerta.

—En Londres se corre la voz rápidamente. Creo que ha llegado el príncipe Michel. Si me disculpa…

Al instante, William tuvo miedo de que los rumores llegaran a oídos de Justine. ¿Cómo era posible que hubieran llegado desde Escocia? Si Justine creía las habladurías, lo expulsaría de su círculo. Él no quería eso. No podría soportarlo.

Era tonto; debería haber estado preparado para algo así. Sabía que

la noticia llegaría a Londres, pero no tan pronto. Antes de que él hubiera tenido la oportunidad de…

¿De qué?

Se dejó caer en el sofá.

De nada. Estaba en una situación imposible de arreglar. Tenía treinta y tres años, estaba soltero y se había pasado los años de juventud codeándose con la realeza europea y sin preocuparse mucho de las cuestiones morales. En aquellos momentos, eso era preferible a estar en Hamilton Palace. Sin embargo, aquellos últimos años los había pasado solventando los problemas que provocaba su padre y tratando de impedir que arruinara a toda la familia. Adoraba a su impetuoso padre, a su madre y a su hermana. Y su deseo más grande era ser útil al nombre y al patrimonio de los Hamilton. Sin embargo, eso era muy difícil cuando su padre siempre estaba causando desastres y alguien lo acusaba a él de un acto reprobable.

Por Dios, su única intención había sido ayudar…

Hacía varios meses, cuando él estaba en Londres, un terrateniente de la zona, el señor Simpson, había ido a ver a su padre y había acusado a William de dejar embarazada a su hija durante las Navidades. Cuando él volvió a casa y se enteró de la noticia, le juró a su padre que era completamente falso. Aunque no era demasiado cuidadoso con su propia virtud, no comprometería la de otra persona.

—Pero ¿la conoces? —le preguntó su padre, desconfiado.

Sí, la conocía. Y le juró de nuevo a su padre, por la tumba de su abuelo, que no la había tocado nunca.

—Tengo mucho cuidado, padre. Sé cuáles serían las consecuencias para la familia y para mí si me viera involucrado en algo así, y soy muy precavido.

—Entonces, ¿por qué diablos ha dicho eso? —preguntó su padre, desconcertado.

William había tratado de explicárselo. Él había ayudado a la señorita Althea Simpson dándole dinero y un caballo, pero nada más.

—¿Un caballo? ¿Para qué? —le preguntó su padre, rascándose la cabeza.

Y William había empezado la historia por el principio.

Conocía a Althea, pero solo lo bastante como para saludarla, en realidad. Tenían más o menos la misma edad y habían ido juntos a algunas fiestas de residencias de su zona cuando eran más jóvenes. Un día, cuando él estaba en el pueblo de Hamilton, se la había encontrado en el parque central, agarrada al respaldo de un banco, inclinada hacia delante y presionándose el estómago con una mano. Estaba enferma, y parecía que iba a vomitar en cualquier momento. Él la

ayudó a sentarse y le llevó un poco de agua del pozo.

—¿Y qué le ocurría? —preguntó su padre.

—Estaba embarazada. Y no está casada, motivo por el que su padre había amenazado con matarla. Ella me dijo que quería reunirse con su amante, el padre del niño, y fugarse con él.

El duque se quedó pensándolo.

—Bueno, es la solución más sensata, ¿no?

—Eso me pareció a mí —dijo William.

Él le había pagado una habitación en la posada para que pasara allí la noche y durmiera un poco. Le había dado algo de dinero y había alquilado un caballo para que pudiera ir al lugar de encuentro al día siguiente. Ella le había asegurado que iba a estar bien y él se había marchado. Sin embargo, su padre la había encontrado en algún momento y se la había llevado a casa a la fuerza. Desde entonces, la tenía encerrada.

Después de escuchar la explicación de su hijo, el duque suspiró cansadamente.

—Todo esto es una chapuza, ¿no?

—Sí, pero es la verdad.

—Por desgracia, no importa si es verdad. Cuando uno es un hombre con un título nobiliario y con fortuna, los demás encontrarán la forma de extorsionarlo.

William todavía no sabía si su padre le creía o no.

Le había dicho que quería enfrentarse al señor Simpson, pero su padre respondió que solo iba a conseguir empeorar la situación. Le dijo que había pagado al hombre y que el hombre se había marchado después de chantajearlo, y que, si se implicaba a aquellas alturas, suscitaría más preguntas. Así que él se había marchado al continente.

Entonces, hacía unas semanas, su padre le había llamado para que volviera a casa y le había dicho que, como había solucionado su problema, aunque William sostenía que no era problema suyo, porque no había hecho nada, él tenía que cumplir sus órdenes.

Y esa era la razón por la que su padre había podido encargarle aquella tarea de ayudar a la corona de Wesloria.

William quería contarle a Justine lo que les había ocurrido a la señorita Simpson y a él, pero no tenía ninguna esperanza de que lo creyera, y no era capaz de destruir el afecto que había surgido entre ellos. Pensó que lo mejor sería guardar el secreto y rezar para que el rumor no llegara a sus oídos hasta que hubiera conseguido un marido y hubiese vuelto a St. Edys.

Lo único que podía hacer era rezar.

Capítulo 28

La tarde no se estaba desarrollando como había previsto Lila cuando se había puesto a organizar el pícnic con entusiasmo. Habían surgido algunas complicaciones.

La primera complicación fue un poco sorprendente. Lord Douglas le había sugerido que dirigiera sus esfuerzos a emparejar a la princesa Amelia. Lila tuvo que hacer un esfuerzo por contener la risa; el pobre hombre no habría podido delatarse más ni aunque lo hubiera intentado a propósito. Y ella se quedó muy satisfecha. Naturalmente, había dejado que Douglas creyera que la estaba convenciendo. Siempre era mejor dejar que las personas creyeran que estaban ganando un juego, porque, si alguien pensaba que tenía la sartén por el mango, era más fácil de doblegar.

Sin embargo, se sintió mal por el príncipe Michel. Era todo un caballero, y sería un excelente marido algún día, quizá tan bueno como Valentin. Lila seguía opinando que era perfecto para la princesa, pero aún no había conseguido asimilar por completo la información que le había dado Beck cuando había ido a visitarlo, de nuevo, el día anterior.

Al llegar a su casa, se había encontrado a Beck a solas, salvo por la presencia de una de sus hijas menores, que estaba tendida boca abajo en el suelo, pataleando y llorando inconsolablemente.

Beck y ella la miraron fijamente.

—¿Está bien? —preguntó Lila.

—Perfectamente. Está castigada por sus travesuras, y parece que el castigo consiste en estar encerrada en el despacho conmigo.

—¿No deberíamos hacer algo?

—¿Y qué hacemos? —preguntó él, casi como si tuviera la esperanza de que ella supiese la respuesta.

No la sabía. Así que Beck y ella se habían alejado hacia la otra parte del despacho. Lila le había hecho la pregunta a Beck, en voz baja, consciente de que la niña estaba allí con ellos.

—Oh, Lila… Ya sabes que Blythe no me deja hablar.

—Lo entiendo. Pero es de vital importancia que lo sepa.

Él la miró con recelo.

—¿Por qué?

Lila no le había respondido, pero lo había mirado de una forma que transmitía su perentoria necesidad.

Beck miró al techo y dio un gruñido.

—No me gusta repetir los rumores.

—Eso no es verdad.

—Me refiero a este tipo de rumor.

—Lo entiendo. Pero, por favor, repítelo antes de que te agarre del cuello y te lo estruje para sonsacarte.

—Está bien, pero me estás obligando. Dicen que dejó embarazada a una chica, y la abandonó en Escocia sin esperanza ni ayuda. Eso es lo que se rumorea.

Lila se quedó tan asombrada que se apoyó en el respaldo del asiento y se quedó mirándolo boquiabierta.

—No me cuadra nada de eso con el marqués. Puede que sea un libertino, pero no es un canalla.

—Yo tampoco me lo creo, Lila, pero ocurrió algo. Conozco a Douglas desde hace mucho tiempo. Él me dijo que no había hecho nada salvo tratar de ayudar a la muchacha, y yo lo creo. Pero ya sabes, querida, que a nadie le importa la verdad.

Lila se dio cuenta de que la niña había dejado de aullar. Se había metido un dedo en la boca y tenía los ojos cerrados. Se había quedado dormida sobre la alfombra. Ella se giró hacia Beck.

—¿Crees que es inocente?

—¿Inocente? —preguntó Beck—. William siempre ha sido un ligón o, por lo menos, lo fue. Estos últimos años ha estado muy tranquilo. Pero lo que sí sé es que siempre ha sido honorable cuando de verdad era importante.

Lila también tenía esa impresión del marqués.

—En realidad, yo le tengo mucho afecto. Siempre me pareció que era un hombre pragmático.

Lila asintió. Estaba de acuerdo con su amigo.

—¿Crees que se puede salvar su reputación? —le preguntó.

Beck se echó a reír.

—¿Quién sabe? El asunto está en Escocia. Y, como ya he dicho, a nadie le importa la verdad.

—Al contrario. En este caso, conozco a alguien a quien puede importarle muchísimo.

Ella necesitaba saber la verdad antes de llegar mucho más lejos, pero ¿cómo iba a descubrirla? Había elegido el camino de conseguir

un matrimonio para aquellas dos personas que estaban enamoradas y, ahora, tenía que hacer que todo funcionara, o no la contratarían nunca más. Y, si no volvían a contratarla, ¿dónde dejaría eso a la difícil princesa Amelia? Lila estaba muy segura de que aquella muchacha también iba a necesitar los servicios de una casamentera.

La segunda complicación era que aquel día, el día del pícnic, ella había recibido un telegrama avisándola de la llegada de Valentin. El entusiasmo que sentía por volver a ver a su marido la estaba distrayendo de su tarea. Y, entonces, surgió la tercera complicación: Su Alteza Real salió botando de Prescott Hall con su perrita.

La princesa saludó afectuosamente a los dos hombres y le preguntó al príncipe Michel si le gustaban los perros.

—Sí, me gustan mucho —dijo él, y le acarició la cabeza a la perrita.

—Esta es mi compañera, Dodi. Le caen muy bien los hombres. No le importa, ¿verdad? —le preguntó ella, mientras le entregaba a la perrita.

—En absoluto.

Y pareció que no le importaba, ciertamente, puesto que tomó en brazos a Dodi y empezó a rascarle la barbilla.

Los tres empezaron a caminar por el sendero, y Lila se quedó rezagada, observándolos. El príncipe Michel llevaba un montón de pelusa blanca bajo el brazo. Ella los siguió a cierta distancia hasta el laberinto del jardín. En aquel momento, el príncipe se cansó de llevar a la perrita en brazos y la dejó en el suelo. A Dodi le llamó la atención algo debajo de un seto y comenzó a olisquear a su alrededor. Mientras el grupo avanzaba, Lila se dio cuenta de que la perrita intentaba meterse debajo del seto. Claramente, estaba persiguiendo algo. Pensó que, tal vez, debería hacérselo notar a la princesa, pero sus compañeros y ella se habían dirigido hacia el lago. Eran dos hombres tratando de conseguir la atención de una mujer, y una mujer que quería recibir la atención de los dos. Tanta actividad requería que se concentraran.

Lila pensó en volver a la casa. No necesitaban que los cuidara, pero, como hacía calor, los tres regresaron por el sendero. Lila se adelantó para cerciorarse de que la merienda estaba bien servida. Al final de los jardines había un tejo muy viejo y, bajo sus ramas, en el césped, los sirvientes habían colocado una gran colcha con cojines turcos para que todo resultara cómodo. También habían puesto dos sombrillas y habían dejado allí champán, pollo frío, moras y frutas de verano.

Cuando llegaron al lugar de la merienda, Lila oyó a la princesa,

que dio un jadeo.

—¿Dónde está Dodi? —preguntó—. ¡Dodi! ¡Dodi!

Lila miró hacia atrás con la esperanza de ver a la perrita llegar corriendo por el camino. Los dos caballeros se pusieron en pie. Lord Douglas miró al príncipe Michel, que dijo: —Creo que sé dónde puede haber ido. Permítame ir a buscarla, Su Alteza Real.

—Voy con usted…

—No, por favor, quédese a la sombra. Yo la recojo. Tardaré pocos minutos.

—Gracias —dijo la princesa.

Y, entonces, lord Douglas, Justine y ella misma vieron al príncipe bajar apresuradamente la suave cuesta del camino en busca de la perrita.

A los pocos instantes, la princesa miró a lord Douglas, y él la miró a ella. Lila casi sintió la corriente de electricidad que había entre ellos. Y era evidente que ellos también la sentían, porque no podían dejar de mirarse. Era como si todo lo demás hubiera dejado de existir.

Se mantuvo a distancia, tratando de pasar desapercibida, mientras el marqués y la princesa se sentaban y empezaban a cuchichear y a reírse, olvidándose de todo.

No se sabía adónde había ido el príncipe Michel a buscar a Dodi, pero cuando volvió con la perrita, tenía los pantalones mojados y manchados de barro, y le caían gotas de sudor por la frente. Dodi también estaba manchada de barro y tenía el pelo enredado. La princesa Justine no se dio cuenta de que el príncipe se acercaba con la perrita hasta que estuvieron casi al lado de ellos.

Al verlos, Justine se puso en pie rápidamente, como si la hubieran sorprendido en una situación inapropiada.

—Dodi, pequeña traviesa, ¿dónde habías ido?

—Creo que estaba intentando jugar a algo con un conejo —dijo el príncipe Michel—. Debajo de un seto.

—¡Dodi! —exclamó la princesa. Trató de utilizar un tono de severidad, pero terminó riéndose—. Muchísimas gracias, señor. Espero que no haya sido mucha molestia.

—No —dijo él, aunque estaba claro que sí.

La princesa le pidió a uno de los lacayos que se llevara a la perrita para que le dieran un baño. El príncipe Michel se sacudió la tierra de las rodillas del pantalón y se sentó a conversar y merendar con ellos. Lila permaneció allí, un poco alejada, fingiendo que estaba admirando las rosas.

La princesa procuró hacerle preguntas al príncipe y escuchar sus respuestas. Lo cual era mucho más de lo que estaba haciendo Douglas,

que no podía dejar de mirarla.

El marqués mencionó que la princesa era una experta en el deporte de la esgrima, y el príncipe Michel dijo que a él se le daba muy bien, pero que era bastante mejor en el tiro con arco. Preguntó cómo había llegado a ser la princesa tan competente en aquel deporte.

—Lo aprendí muy temprano —dijo Justine—. Conocí la historia de una de mis antepasadas, una reina guerrera, y quise ser como ella. Parecía una persona tan… segura de sí misma… La esgrima era lo más cercano que yo podía estar de liderar una batalla. Y, cuando aprendí, me di cuenta de que cuando tenía un florete en la mano, me sentía como si tuviera el control absoluto sobre mi entorno. Y creo que esa sensación me gusta mucho —terminó diciendo, y se echó a reír como si fuera una tontería.

Lila sintió un poco de lástima por ella.

—Puede que no lo sepa, Alteza —dijo Douglas—, pero la princesa dice ser tan experta con el arco como con el florete. Yo no lo he visto por mí mismo, pero ahí tiene, una futura reina que sabe manejar tanto el arco como la espada.

—Lo dice como si no me creyera, lord Douglas. Tal vez debiéramos intentarlo —dijo la princesa, alegremente—. He pedido que nos prepararan un pequeño campo de tiro como diversión. Podría enseñarle a tirar, si quiere.

Douglas se echó a reír.

—No creo.

—¿Piensa que no soy capaz? ¿Acaso le gustaría hacer una apuesta?

Aquello hizo que Douglas alzara la cabeza.

—¿Está dispuesta a perder, señora?

—Dios mío —dijo el príncipe Michel—. Quizá deberíamos hacer una ronda como diversión y…

—Yo siempre estoy dispuesta a perder —dijo la princesa Justine—. Pero casi nunca lo hago.

Se alejó de Douglas y sonrió al príncipe Michel.

—Estoy de acuerdo, hagamos una ronda, ¿quiere usted? Como distracción. ¡Será divertido! —exclamó la princesa, y se puso en pie de un salto antes de que ninguno de los dos hombres pudiera ofrecerle ayuda cortésmente.

Lila quería dejarlos para ir a prepararse y recibir a su marido, pero decidió seguir al pequeño grupo hasta el campo de tiro con arco. El primero en tirar fue lord Douglas, que les pidió que se mantuvieran alejados para no correr el peligro de que les alcanzara una flecha perdida. Y estuvo bien que lo hiciera, porque sus tiros fueron tan malos que ella pensó que estaba intentando perder a propósito.

La princesa se reía con deleite.

—Tiene que tirar hacia la diana, señor. ¡Hacia el blanco!

El príncipe Michel tiró en segundo lugar. Era bastante bueno. No dio en el centro de la diana, pero sí consiguió algunos puntos.

Quedó claro que la princesa Justine estaba deseando demostrar su habilidad. Adoptó una posición elegante y tiró. Parecía que sus flechas eran pájaros que salían del arco, y acertó con facilidad en la diana. Cuando hizo sus tres tiros, los demás aplaudieron educadamente. Ella se giró con una sonrisa.

—Le toca de nuevo, milord —le dijo a Douglas—. ¿Quiere que nos apostemos algo en esta ronda?

—Eso no es justo —dijo el príncipe Michel, riéndose.

—Umm… —murmuró Douglas—. ¿Qué le gustaría apostarse, Su Alteza Real?

—¿Qué podría apostarme con él? —le preguntó la princesa al príncipe Michel—. ¿Mi reino?

El príncipe se rio nervioso.

—¿Qué le parece una o dos libras?

—Umm… eso es demasiado poco. Me apuesto mi reino, milord. Y, si gano, me quedo con su residencia de Escocia.

—Ay, el palacio no es mío. No puedo apostarlo.

—Entonces, ¿qué ofrece?

Él tensó el arco apuntando hacia abajo.

—Me ofreceré como vasallo al servicio de la reina. ¿Le parece bien? Estaré a su completa disposición hasta que ya no lo desee.

La princesa Justine se echó a reír encantada.

—Esperaba algo más grande, pero acepto.

Lord Douglas se colocó en posición de tiro y lanzó la flecha, que se clavó en el anillo central. La princesa Justine gritó de asombro. El príncipe Michel aplaudió con entusiasmo.

—Qué suerte, milord —dijo Justine.

—Sí.

Douglas tomó otra flecha y repitió el acierto. En aquella ocasión, nadie le aplaudió. Y, cuando lo hizo por tercera vez, la princesa Justine gritó, pero a modo de protesta. Corrió hacia la diana y Douglas la siguió, y los dos se pusieron a discutir sobre quién había ganado el mayor número de puntos.

El príncipe Michel no fue con ellos. Lila se acercó a él, y los dos observaron a la princesa y al marqués mientras discutían. La princesa acusó a Douglas de engañarla. Él no lo negó y dijo que aquel era el truco más viejo del mundo para ganar apuestas, y le preguntó cómo era posible que no lo hubiese sospechado. Dijo que no tenía ni idea de

qué podía hacer él con un reino entero. Ella quiso examinar las flechas para asegurarse de que no había hecho más trampas, pero el marqués las mantuvo fuera de su alcance y siguió tomándole el pelo.

Dios Santo, aquellos dos tórtolos estaban totalmente enamorados, mucho más de lo que ella pensaba.

—Bueno —murmuró, sin saber qué decir.

El príncipe Michel frunció el ceño.

—El juego se ha vuelto muy serio.

—Oh, no, creo que no —le aseguró ella, rápidamente—. Son amigos. Ya sabe cómo pueden llegar a ser los amigos unos con otros.

Él miró a Lila y sonrió con tristeza.

—Sí, ya lo sé —dijo—. En realidad, lo sé muy bien.

—Alteza…

Lila iba a decir algo, pero en aquel momento se acercó un lacayo y la interrumpió.

—*Lady* Aleksander, ha llegado su esposo, lord Aleksander.

A ella se le escapó una exclamación de alegría.

—¡Ha llegado muy pronto! Por favor, acompáñelo a mi *suite* y dígale que estaré allí lo antes posible —le pidió al sirviente. Después, se giró hacia el príncipe Michel—. Mi marido ha llegado desde Dinamarca.

—Entonces, debe marcharse, señora.

—Gracias, pero él estará perfectamente hasta que…

—Insisto —dijo el príncipe—. Es decir, si la princesa está de acuerdo. Yo prefiero que usted vaya a saludar a su marido a que se quede aquí viéndonos discutir por un punto —dijo, amablemente.

El príncipe Michel era un buen hombre. Algún día, ella iba a encontrarle la pareja perfecta, quisiera o no quisiera Su Alteza.

—Gracias —le dijo, y vio que se dirigía hacia el marqués y la princesa, que estaban examinando las flechas.

Ella se encaminó hacia la casa para recibir a Valentin.

Tenía una cosa clara: el emparejamiento estaba hecho. Iba a pedirle a su marido consejo sobre cómo podía resolver el problema de los rumores que corrían sobre William Douglas, porque, realmente, eran terribles.

Capítulo 29

—¿Cómo ha podido suceder? —preguntó Justine, frenéticamente—. ¿Cómo es posible que hayamos perdido a un príncipe?

—¿Y cuándo lo hemos perdido? —preguntó William, desconcertado—. Estaba en la última ronda de tiro.

—Ha estado en las cuatro rondas, William. Y, después, ha estado presente en la conversación sobre el libro. ¿Crees que estará en el laberinto?

—¿Dónde iba a estar, si no? Hemos buscado por todo el jardín y el parque.

—No lo entiendo —dijo ella, mientras iban hacia la entrada del laberinto, seguidos por los guardias.

—Yo, tampoco. Nunca había conocido a nadie que pudiera desaparecer así.

—Quiero decir que no parecía que conociera la historia de Henry Esmond. Dijo que era un ávido lector y que creía que iba a gustarle la obra de Thackeray, ¿no?

—Creo que sí —respondió William, con una expresión de remordimiento—. Quizá deberíamos haber dejado esa conversación para otro momento.

Justine también tenía remordimientos. No le había prestado al príncipe Michel la atención que hubiera debido. Estaba tan concentrada en William, que casi se había olvidado de que el príncipe también estaba allí. Y, ahora, Michel había desaparecido.

De repente, William la tomó de la mano y la obligó a detenerse. Al sentir el contacto de su mano, recordó cómo le había acariciado el cuerpo. De nuevo. Aquel era un recuerdo que aparecía en su mente a la menor oportunidad.

Alzó la vista para ver qué era lo que le había llamado la atención a William, y vio que Lila se acercaba a ellos a buen paso, como si tuviera algo importante que decirles. William y ella se miraron con preocupación, y Lila se detuvo en su camino.

—Lila, gracias a Dios —dijo Justine—. Me temo que hemos perdido al príncipe. ¡No lo encontramos por ninguna parte! Creemos que ha entrado al laberinto, y estábamos a punto de echar un vistazo.

—Bueno, Su Alteza Real, el príncipe Michel ha desaparecido, sí, pero no en el laberinto. Está ya en Belgravia, y su barco zarpará hacia Miraval muy pronto.

—¿Disculpe?

—¡Que se marcha de Inglaterra! ¡Vuelve a Miraval!

Justine miró a William alarmada. William la miró a ella con asombro.

—Pero… pero ¿por qué? Lo hemos invitado a cenar. ¿Se ha marchado sin despedirse? ¡No lo entiendo!

Lila frunció el ceño.

—Señora, creo que si lo piensa detenidamente, sí lo entenderá. En cuanto a la cena, tendrán que cenar ustedes solos. Qué pena.

—¿Por qué solos? ¿Y usted?

—Mi marido acaba de llegar de Dinamarca, y he pedido que nos lleven la cena a la habitación.

A Justine no se le permitía cenar a solas con un hombre que no fuera de su familia. Sus padres eran muy estrictos en los asuntos del decoro.

—Pero… los Bardaline están…

—No vuelven hasta mañana, lo sé —dijo Lila—. Lo siento muchísimo, señora, pero el príncipe no se sintió especialmente bien acogido. Por lo tanto, solo quedan ustedes.

Lila se dio la vuelta y volvió hacia la casa, y ellos dos se quedaron callados hasta que la dama desapareció de su vista.

—Me siento mal, William —dijo Justine—. Hemos sido maleducados.

—Bueno, no lo hemos hecho a propósito —dijo William, aunque no parecía muy convencido. De repente, sonrió—. En realidad, no importa, ¿no crees? Él no era para ti.

—Vaya, vas a darme otra vez tu opinión, ¿no? Bien, continúa. Dime por qué motivo el pretendiente más amable y caballeroso al que he conocido no me convenía.

—Tú misma lo has dicho: porque era demasiado amable.

Ella dio un resoplido desdeñoso y comenzó a caminar hacia la casa.

—No se puede ser demasiado amable. O se es amable, o no se es amable.

—No me malinterpretes. El príncipe es un buen hombre. Me habría gustado haberlo tenido como amigo. Era apropiado para mí, pero no

era apropiado para ti.

—Entonces, te ruego que me digas quién es apropiado para mí.

—No cualquiera que tenga un título, querida. Tú eres única. Necesitas cierto tipo de hombre a tu lado. Un hombre que sea sincero y no se deje intimidar por tu estatus. Alguien que respete el trono que tú vas a ocupar, pero que no tenga miedo de decirte las cosas buenas y las malas.

—¿Y tú crees que el príncipe Michel no hubiera respetado mi trono?

—Sí, sí lo habría hecho. Pero creo que se habría sentido intimidado.

—Yo creo que no.

—¿Ah, no? Si no se hubiera sentido intimidado, estaría aquí, ¿no?

Ella se rio.

—No creo que se haya marchado porque le diera miedo mi trono.

—Es una de muchas teorías posibles —dijo él—. Y, ahora, ¿qué?

—Supongo que habrá que esperar al próximo.

—Si es que lo hay —dijo Justine, y subió los escalones de la terraza—. Seguro que ya he acabado con las existencias de pretendientes adecuados para el puesto de príncipe consorte. ¿Cuántos puede haber?

—Por lo menos, uno más. *Lady* Aleksander lo mencionó.

—¿Sí? ¿Te mencionó a alguien? ¿Quién?

—Un industrial americano.

—Ufff…

Él asintió.

—Lo mismo que dije yo. Los americanos comen con las manos. No son completamente civilizados.

A ella se le escapó un jadeo.

—¿De verdad?

—Eso es lo que he oído.

—Yo he oído que son demasiado orgullosos. De verdad, William, ¿por qué soy tan difícil de emparejar?

—Tú eres fácil de emparejar. Los difíciles de emparejar son los hombres privilegiados de este mundo.

Justine se echó a reír. Le encantaba su sentido del humor, porque siempre se basaba en la verdad. Habían llegado a la terraza, y ella le preguntó: —¿Te vas a quedar a cenar?

—¿Quieres que me quede?

—Sí. Por raro que parezca, al final disfruto de tu compañía.

Él sonrió lentamente.

—No me sorprende. Ya te advertí que, en las circunstancias

favorables, soy encantador. Y me gustaría mucho cenar contigo, porque tú también eres encantadora. Y, si me lo permites, está el asunto del pago de la apuesta.

—¿Te refieres a la apuesta que ganaste mediante el engaño?

—Me refiero a la apuesta del tiro con arco —dijo él.

Su mirada había adquirido un brillo que coincidía con el calor que ella sentía en la piel, que provenía de su interior.

—Y los dos sabemos que eres una mujer que no teme perder —añadió William, y sonrió seductoramente.

El fuego, según estaba aprendiendo ella rápidamente, era muy profundo en todo lo relacionado con William.

La cena se sirvió en un salón pequeño justo cuando empezaba a llover suavemente. La chimenea estaba encendida y los sirvientes habían abierto dos ventanas para permitir que circulara el aire.

Justine se había puesto un sencillo vestido azul oscuro y una gargantilla de zafiros y perlas. Cuando se reunió con William, él la recorrió con la mirada, y ella notó un cosquilleo en el pecho.

Se sentaron a la mesa y observaron la tercera silla, que se había quedado vacía.

—No puedo creer que se haya marchado sin decir una sola palabra —dijo Justine, al recordar al príncipe Michel.

—Tengo otra teoría, por si quieres oírla —le dijo William.

—Sí, por favor. Te lo ruego.

—Creo que tal vez se haya marchado después de ver cómo chupabas el limón, como si fueras un pequeño demonio, durante el pícnic. No me imagino lo ácido que estaba.

Justine se echó a reír.

—Pues mi teoría es que se marchó porque tú pisaste el tarro de miel y se le derramó un poco en el zapato.

—Me disculpé, ¿no? Las abejas estaban revoloteando alrededor del tarro, y yo descubrí, en ese preciso instante, que me dan miedo.

Justine se rio de nuevo.

—Creía que tenías fuego en los pantalones, porque te pusiste en pie de un salto.

Se echaron a reír los dos al recordar aquel momento.

Sin embargo, William se puso serio y frunció un poco el ceño.

—El príncipe Michel se rio de las abejas, ¿no? Dijo que no les tenía especial cariño, o algo por el estilo.

—Creo que sí —respondió Justine, y metió la cuchara en la sopa—. Lamento muchísimo lo que ha pasado. Debería haber sido más… cortés.

—El culpable soy yo. Tenía que haber dejado que lo recibieras a

solas.

Ella metió de nuevo la cuchara en la sopa, pero la dejó allí.

—Pero ¿crees que era adecuado como príncipe consorte? Quiero decir que… Imagínate que desapareciera mientras estamos recibiendo al representante de otro estado.

William ladeó la cabeza.

—¿He oído algo que…? ¿Podría ser que hayas dicho algo parecido a que tengo razón?

Ella sonrió.

—¿Te acuerdas de cuando te ordené que no me dieras consejos?

—Me acuerdo de ello todos los días.

—¿Qué habría hecho yo si no me los hubieras dado?

—Sí, cualquiera sabe —respondió William—. No es mi intención desacreditar a *lady* Aleksander, pero Robuchard no podía haber elegido peor casamentera.

—Estoy de acuerdo —respondió ella, y volvió a tomar la cuchara —. Supongo que se lo habrás dicho a tu viejo amigo.

—¿Mi viejo amigo?

—¿No lo es?

Él bajó la cuchara lentamente.

—¿Puedo ser completamente sincero contigo, Justine?

Ella asintió.

—Lo que quiero decirte es que mi padre tiene algunas… dificultades.

Dificultades. Justine no sabía a qué podía referirse, pero no le gustaba cómo sonaba aquello. Esperó a que él continuara.

—Que él mismo se ha creado.

Ella asintió.

—Financieras —dijo William—. Por eso organizó esto con Robuchard —añadió, señalándolos a los dos con un movimiento de la mano—. Hace tiempo tuvo una importante deuda y ahora ha empezado a hacer negocios en Wesloria con ayuda de tu primer ministro. Pero a mí me obligó a aceptar este papel como favor a Robuchard.

—¡Lo sabía! —exclamó ella—. *Ja*. Eres un espía y, por una vez, soy yo la que tengo razón.

—Sí, la tienes.

Justine tragó saliva.

—Entonces, tu compañía de estos días…

—Dios, no —dijo él, y le tomó la mano rápidamente—. No, Justine. He disfrutado hasta del último momento. Más de lo que puedo explicar. Más de lo que puedo entender, en realidad.

—¿Por qué no me lo dijiste desde el principio? Yo te lo pregunté.

—Creía que no iba a durar mucho en esta tarea. Y… por vergüenza, supongo. ¿Me permites que te lo explique?

Ella asintió. Él le soltó la mano y comenzó a hablarle de los problemas financieros de su padre y de los gastos en los que incurría. De lo mucho que costaba pagar las ampliaciones del palacio familiar y de los negocios que había hecho su padre sin otro motivo más que la simpatía que pudiera sentir por las personas que se los proponían. Le explicó lo que había supuesto la incapacidad de gestión de su padre para el patrimonio de los Hamilton y le habló de sus intentos por impedir que todo se perdiera.

A medida que él hablaba, Justine se ponía más y más nerviosa.

—Entonces… ¿eres pobre?

—No. Personalmente, yo soy solvente, en parte, gracias a la herencia que me dejó mi abuelo. Sin embargo, el patrón de conducta de mi padre ha ido empeorando de una forma preocupante con los años. Esto lo sabe únicamente la familia y los administradores del ducado. La gente piensa muchas cosas sobre mí, cuando, en realidad, saben muy poco.

Ella asintió.

—A mí me sucede lo mismo. Una vez oí decir a alguien que yo era una imbécil y que el palacio me tenía escondida para que nadie descubriera la verdad sobre mí.

—Dios mío —dijo él, y se rio con incredulidad—. Se van a llevar una sorpresa cuando sepan que eres lista y astuta, ¿no crees? Vas a ser una gran soberana. Escribirán sobre ti durante muchas décadas.

Ella sonrió con timidez.

—No creo que eso sea cierto.

—Pues yo sí. No tengo ninguna duda. ¿Por qué no confían en ti?

—¿Te refieres a mis padres?

Él asintió.

—Los Bardaline te vigilan sin descanso, y Robuchard está obsesionado con saber lo que haces… Eso sugiere incertidumbre.

Era cierto. Nunca iban a perdonarle su transgresión.

—Es una larga historia… —dijo ella. Habían terminado la sopa, así que ella esperó hasta que el mayordomo sirvió el segundo plato y le preguntó, tratando de aparentar despreocupación—: ¿De verdad no te has enterado?

—He oído hablar bastante sobre ti… y quizá, en particular, sobre una aventura amorosa.

Justine dio un resoplido.

—No fue una aventura. Lo que pasó fue que un mentiroso me

engañó cruelmente. Se llamaba… Aldabert Gustav —susurró ella, mirando de reojo a los sirvientes.

Entonces, comenzó a explicarle la historia en voz baja. Aldabert y ella se habían conocido en los jardines de palacio, durante una fiesta. Él le había prometido que nunca querría a otra, que prefería morir a estar sin ella.

—Yo era muy joven y no tenía experiencia, y se me llenó el corazón con todas aquellas declaraciones de amor. Le dije todo lo que sentía por él… como si él fuera capaz de entender que yo hubiera esperado tanto tiempo para querer a alguien y ser querida.

William no sonrió ni se rio. Se limitó a escucharla en silencio.

Justine le contó que, mientras que ella había descubierto lo poderoso que era el deseo, lo que impulsaba a Aldabert era otro tipo de poder. Todo era una mentira, un plan ideado por él y por su ambicioso padre para ponerla en un compromiso y poder ocupar su sitio junto al trono.

William palideció.

—Una pesadilla.

—Exacto. Aprendí una lección muy dolorosa: que nadie me ve como una mujer, o como una esposa, sino como un medio para conseguir sus fines.

—Justine, eso no es cierto.

—Sí lo es.

—No, Justine. Hay muchos interesados en el mundo… pero también hay muchos hombres que te querrían como mujer o como esposa.

Justine no estaba tan segura de eso. Miró a William con curiosidad.

—¿Por qué no te has casado? La verdad.

—Una vez estuve a punto. Estaba muy enamorado de una joven e iba a ofrecerle todo Hamilton Palace y el futuro papel de duquesa.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—No tuve la oportunidad. Jonathan Ashley, a quien yo consideraba mi amigo, la cortejó y se ganó su interés. Y, por desgracia, le resultó muy fácil conseguirlo.

Justine pestañeó.

—¿El señor Ashley hizo eso? ¿Quería hacerte daño intencionadamente?

—Sí. A él le pareció todo una broma muy graciosa.

—Oh, William… ¿Por qué no me contaste todo sobre él?

—No sabía si ibas a creerme. Y supongo que, también, por orgullo. A nadie le gusta que le sean infiel —dijo él, con una sonrisa de timidez—. Creo que esperaba que tú vieras por ti misma cómo es.

Y eso era lo que había sucedido, pero solo porque William la había avisado desde el principio.

—Debió de ser muy doloroso.

—Sí —dijo él, y tomó un poco de carne, sin apartar los ojos del plato.

—¿Y desde entonces?

—¿Desde entonces? He sido un chico malo. He viajado por el continente, he ahogado mis penas en alcohol, he satisfecho mi lujuria y me he mantenido distante de los demás.

—Pero tú me dijiste que ya no eras un libertino.

—No, ya no. Al final, me di cuenta de que no podía seguir lamentándome por algo que no podía ocurrir.

—Esa mujer fue una boba, William. Tú eres bueno, considerado e inteligente. Eres mucho más deseable que el señor Ashley en todos los sentidos.

Justine tuvo la sensación de que sus palabras le daban esperanza a William.

—Creo que has tomado demasiado vino —dijo él.

Ella apenas había tocado la copa. La tomó de la mesa y dijo:

—Pues no ha sido suficiente.

Él también tomó su copa, y la hizo chocar con la de Justine. Después de brindar, bebieron un poco.

—Ahora, cuéntame un secreto sobre ti. Algo que no sepa nadie. Ni tu hermana.

Justine se echó a reír.

—No hay prácticamente nada que Amelia no sepa sobre mí.

—Tiene que haber algo. Vamos, los amigos se cuentan secretos.

Ella notó de nuevo aquel aleteo en el pecho, al pensar en los pocos secretos que guardaba.

—¿Te gustaría saber cuál es mi mayor secreto?

—Sí, mucho.

Ella se inclinó hacia delante.

—Pues allá va. Te estimo mucho. Yo…

Justine trató de encontrar una palabra que pudiera transmitir lo que sentía, pero lo único que se le ocurrió fue «te quiero». Solo así podía describir lo que sentía.

—Te estimo —dijo, de nuevo—. Creía que no iba a suceder esto, que iba a odiarte, pero es lo contrario. Así que espero que sigamos siendo amigos. Que vengas a Wesloria. Espero…

En realidad, esperaba mucho más que eso.

—Espero que lo hagas —dijo, al final, con la voz apagada.

—Ese es un gran secreto, Su Alteza Real. ¿Le gustaría saber cuál es

el mío?

—Se lo ordeno.

Él sonrió suavemente.

—Yo también te estimo. Tengo la sensación de que eres la persona a la que estaba esperando. Este chaleco es el cuarto que me he probado esta mañana. Nunca, en toda mi vida, había pensado dos veces en el chaleco que me ponía, pero ha ocurrido. Quería que te gustara.

A ella se le iluminó la mirada. De repente, en la habitación hacía calor, y ella tomó aire.

—Me encanta, William. Nunca había visto un chaleco tan bonito.

Él le tomó la mano, y sus dedos se entrelazaron.

—¿Qué nos ha pasado?

Ella le apretó la mano.

—¿William?

—Justine.

—¿Por qué ha tenido que ser así?

—No lo sé. Pero vamos a dejar que sea así durante todo el tiempo que podamos.

Sí, todo el tiempo que pudieran. Ella le soltó la mano y se puso en pie. William se quedó desconcertado. Justine fue hacia la puerta y la abrió.

—*Lassan nus* —les dijo a los sirvientes. «Marchaos».

Al instante, ellos empezaron a salir. El mayordomo trató de recoger la mesa, pero ella hizo un gesto negativo. De mala gana, el hombre siguió a los lacayos. Justine cerró la puerta con llave. Se imaginó lo rápidamente que iba a correr la voz en toda la casa de que ella los había echado a todos de allí para quedarse en compañía de un caballero. Los Bardaline iban a enterarse en un abrir y cerrar de ojos. Pero ella tenía aquella noche, y lo que ocurriera después no le importaba.

William enarcó una ceja. Se había quedado sorprendido.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó.

—Es que tenemos que solucionar el asunto de la apuesta.

—Ah, sí —dijo él. Se puso en pie y dejó la servilleta en la mesa—. Creo recordar que me debes un reino.

Se acercó a ella y la besó. Después, se inclinó y la tomó en brazos.

Justine dio un grito y se echó a reír.

William la llevó hasta uno de los sofás y la depositó allí. Después, se tendió sobre ella.

Justine lo miró a los ojos y le acarició la frente. Esperaba no olvidar nunca su imagen de aquella noche.

—Cuánto deseo que las cosas pudieran ser distintas.

—No pienses ahora en ese deseo, *leannan*. Vive este momento conmigo —dijo él, y la besó.

—¿Qué significa esa palabra?

—Significa… —dijo él, y la miró a los ojos—. Mi amor. Mi corazón.

El cosquilleo se extendió por todo su cuerpo. Iba a vivir aquel momento con él, por supuesto. Deseaba con toda su alma hacer el amor con él. Había esperado mucho tiempo a que alguien la acariciara así, a que la quisiera solo a ella. Y, por algún motivo, sabía que él la quería.

William le acarició el pecho, el cuerpo, mientras le besaba el cuello, las orejas y la garganta. Deslizó las manos hacia abajo y las metió bajo su falda. Comenzó a subir por sus piernas al tiempo que deslizaba la boca hasta su pecho, por la tela de su vestido, incluso más abajo.

Cuando él le subió la falda del vestido por las caderas, Justine tuvo un momento de pánico. No podía permitir lo que estaba a punto de suceder, no podía traicionar a su país… Pero no fue su cuerpo lo que él situó entre sus piernas, sino la cabeza. Al notar su lengua entre los pliegues de su sexo, a Justine le faltó el aire. La sensación fue tan exquisita, tan increíblemente placentera, que fue como si flotara, como si estuviera tendida sobre una nube y no le preocupara dónde podía aterrizar. Los sonidos que oía a lo lejos provenían de su propia garganta.

Él la sujetó con fuerza y la exploró, rozó con delicadeza el centro de su deseo y entró más profundamente en su cuerpo.

La presión que estaba aumentando en su interior se convirtió en algo explosivo, y sus gruñidos de placer se convirtieron en jadeos. Él siguió acariciándola, succionó su carne, la mordisqueó hasta que ella se rompió en mil pedazos de euforia.

Todavía estaba jadeando, tratando de tomar aire, mientras le pasaba los dedos por el pelo. Hizo que subiera para besarlo. Quería gritar, o reírse. No quería quedarse sin aquello, nunca, no quería estar sin él. Notó la dureza de su cuerpo y deseó, más que nada en el mundo, seguir con lo que habían empezado.

—Lo siento muchísimo —dijo.

—Nada de disculpas.

—Pero es que no es…

—No digas nada, cariño. Tú tienes una responsabilidad mucho más grande que contentar a un hombre mortal —dijo él, y le besó la frente.

Ella le acarició la cara.

—¿Eres el mismo hombre que me tiró de la silla hace tantos años?

—Soy el mismo hombre que te ganó en el juego de la silla. ¿Eres tú la misma mujer que protestó diciendo que era juego sucio?

—Soy la misma mujer que declaró su victoria.

Se echaron a reír. Él la besó de nuevo y le acarició el rostro. Aquello era la felicidad. Aquello era la paz, la satisfacción, y ella se quedó asombrada al reconocerlo, porque hasta aquel momento, nunca lo había sentido. Él siguió acariciándole la cara, admirándola.

—Pensé que iba a tener que verte una o dos veces y que ahí terminaría mi encargo. Pero, cuando estaba contigo, no dejaba de descubrir cosas sobre mí mismo, cosas que no sabía que me estaba perdiendo. Facetas que no sabía que existían. Ahora ya no puedo imaginarme sin ti.

—Yo tampoco. ¿Quién me va a dar consejos en contra de mi voluntad? ¿Quién me dará opiniones que no quiero? ¿Quién me dará lo que necesito, cuando ya tengo de todo?

—Nadie, estoy seguro. Me veré obligado a escribirte largas cartas.

—Eso me gustaría mucho. Las leeré mientras me paseo por el salón del trono, indignada por tu cara dura.

Él se echó a reír. Volvió a besarla.

Y otra vez.

Y otra vez.

Y, cuando ya no podían seguir besándose para no correr más riesgos, hablaron. Conversaron sobre su niñez, sobre las esperanzas que tenían para el futuro. Sobre los hijos, los caballos y los perros. Sobre el tiro con arco y las hermanas, los padres, los sueños extraños…

Hablaron de todo.

William se fue a las dos y media de la madrugada. Justine subió las escaleras con el pelo medio suelto y el pecho enrojecido de tantos besos, con los labios hinchados y una sonrisa tan grande que tuvo que metérsela en el corazón.

En algún momento, Lila se levantó para dejar que el aire entrara en la habitación. Estaba desnuda y tenía el pelo suelto. Abrió la ventana e inhaló profundamente.

Entonces fue cuando vio a lord Douglas, que se dirigía al establo.

Valentin, también desnudo, se acercó a ella y la abrazó por la cintura, apretándole la dureza del cuerpo contra la espalda, posando la boca en su cuello.

—Te he echado de menos, mujer.

—Yo, también, amor mío —murmuró ella.

—Casa ya a la princesa y vuelve a tu hogar.

—Estoy a punto de conseguirlo —dijo Lila.

Y, cuando vio a Douglas desaparecer en el interior del establo, se giró entre los brazos de su marido y lo besó.

El primer ministro Robuchard recibió un telegrama mientras esperaba, sentado, a que comenzara su reunión vespertina con el rey.

El telegrama era de Douglas, que le informaba de que el príncipe Michel era un buen hombre, pero no tenía nada que ofrecerle a la princesa Justine. Eso era imposible: el príncipe Michel tenía un principado entero para ofrecerle a la princesa. Él nunca hubiera pensado que Douglas pudiera ser tan poco útil.

Cuando lo acompañaron a la habitación del rey, la reina estaba paseándose de un lado a otro, y dio un jadeo justo cuando él entraba.

—¿Qué ocurre? —preguntó el rey, con la voz ronca.

—¡Es Amelia! —gritó la reina, y agitó el telegrama en dirección a Robuchard—. Tienen que volver inmediatamente a casa. Amelia se fue al campo con *lady* Holland, y los Bardaline tuvieron que ir a recogerla. ¡Le dije que iba a causar problemas, Robuchard, pero usted se empeñó! ¡Esto es culpa suya! ¡Drakkia! Quiero que vayan a buscarlas y las traigan a casa inmediatamente.

—Querida, ¿crees que…?

El rey intentó intervenir, pero su pregunta se convirtió en un ataque de tos.

Dante se metió su telegrama en el bolsillo. Le enviaría una respuesta a Douglas exigiéndole que convenciera a la princesa de que se casara lo antes posible con alguno de los pretendientes, por el amor de Dios.

Capítulo 30

Justine fue a visitar a la reina Victoria un día después, durante la prueba de un vestido que llevaría a un viaje al Palacio de Versalles. El vestido era exquisito, de seda blanca con ribetes en azul. La modista estaba ajustándole la banda real sobre el pecho para que quedara perfecta.

—Pronto aprenderá, querida, que todos los adornos de un trono están diseñados para los hombres. Las bandas, las coronas, los vestidos, incluso el cetro, todo ello es demasiado grande y pesado para una mujer. Será inteligente por su parte que ensaye y camine con ellos antes de aparecer en público. A nadie le gusta que un símbolo como la corona caiga de la cabeza de un rey. Como todos sabemos, una vez que cae la corona, la cabeza va después —dijo Victoria, y se echó a reír.

Justine se quedó tan horrorizada con aquella imagen, que ni siquiera pudo sonreír.

La reina empezó a preocuparse por el ribete de una de las mangas, y Justine se refugió en el maravilloso mundo de sus recuerdos. No podía dejar de pensar en William ni en las cosas que habían hecho, ni en lo que sentía por él.

Habían estado juntos mucho tiempo aquella noche, y habían hablado mucho, pero ella tenía la sensación de que solo habían tocado la superficie cuando él le dijo que tenía que marcharse.

Ella no quería que se marchara. Quería que se quedara, quería tenerlo todo de él. Su cuerpo, su corazón y su mente. Quería hacer el amor con él, hablar con él, reírse con él, jugar con él y quedarse en silencio a su lado.

—Bien, querida mía, ¿ha hecho algún progreso en su búsqueda de marido? —le preguntó la reina, devolviéndola al presente.

—Ah… Todavía no he tenido éxito.

—Yo he oído decir que hay hordas de pretendientes.

Justine se estremeció. Entonces, todo Londres estaba hablando de ello.

—No, no ha habido tantos. Solo unos pocos, y ninguno apropiado.

—¿Por qué no son apropiados?

—Uno de ellos era amable, pero… —Justine se quedó callada, porque no sabía cómo explicar que el rechazo al príncipe Michel había sido culpa suya—. Era amable. Otro era un borracho.

—Apártese de eso. Si la riqueza de un hombre depende completamente de usted, él se sentirá inútil. El alcohol hará que sus penas sean mayores de lo que parecen, y la culpará a usted de todo.

—Oh, Dios mío —dijo Justine, asombrada.

—Me sorprende que su madre no le haya dicho esto. ¿Quién más?

—Hubo otro que necesitaba muchas alabanzas. Y voy a conocer a un americano.

—No —dijo la reina, rotundamente—. ¿Y quién más?

—Que yo sepa, nadie más.

—Umm…

La reina se subió a una caja para que la modista y su ayudante pudieran tomarle el bajo al vestido.

—Mi consejo —dijo— es que encuentre a alguien con quien disfrute en el lecho conyugal.

Justine se quedó tan asombrada que estuvo a punto de atragantarse con el agua que estaba bebiendo. Empezó a toser.

La reina no le prestó atención.

—Eso puede hacer que los días más largos sean agradables, al final.

—Umm…

Justine se pasó un dedo por el labio inferior para recoger el agua que se le estaba derramando por la barbilla.

—No se escandalice, querida. Es algo lógico: cuanto más compatible sea un matrimonio en el dormitorio, más compatible lo será en la vida.

Tanto la modista como su ayudante miraron a Justine.

—Pero cómo… Es decir, no hay manera de saberlo.

—En eso tiene razón. No hay forma. Yo tuve mucha suerte —dijo la reina, y se miró al espejo alzando la barbilla—. Mucha suerte. Pero tenga cuidado. Si la compatibilidad es muy grande, habrá muchos embarazos.

Justine se sentía mucho menos animada al salir de la visita a la reina Victoria que cuando había llegado. Solo pensar en compartir el lecho conyugal con alguien que no fuera William le causaba angustia. Disfrutaba del sexo, pero, cuando pensaba en algún otro de sus pretendientes, no podía imaginárselo.

Tenía la cabeza llena de William, solo de William. Veía sus ojos

grises, su sonrisa, su pelo oscuro y espeso… ¿Por qué no podía ser él?

¿Podría ser él?

Una idea empezó a abrirse paso en su cabeza.

Ella había pensado que no era posible a causa del problema con el ducado de Hamilton. De lo contrario, Douglas habría estado en la lista de Lila. Pero… ¿no podría ser él?

Durante todo el camino de vuelta a Prescott Hall fue pensando en ello, pero, al llegar a casa, se encontró con que Amelia había regresado con un drama propio. Estaba tendida en la *chaise longue* de su habitación, esperando a su hermana mayor, con un brazo puesto sobre los ojos.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Justine.

—Todo. Los Bardaline son nuestros carceleros. ¿Por qué fueron a buscarme, Justine? Lo estaba pasando maravillosamente bien. Me encanta Inglaterra y no quiero volver a Wesloria.

A veces era mejor no hacerle caso a Amelia y cambiar de tema.

—¿Qué tal el campo?

—Precioso —respondió Amelia. De repente, se incorporó, se apoyó en un codo y miró a Justine—. He conocido a alguien.

Por supuesto.

—Es maravilloso. Un hombre considerado e interesado en mí. Dimos un paseo.

A Justine no le gustó aquello. Se sentó lentamente.

—Un paseo.

—Sí, Jussie, un paseo. Por un sendero en mitad del bosque.

—¿Y qué hiciste durante ese paseo?

Amelia se rio de un modo infantil.

—¡Nos besamos! Besa muy bien. Creo que lo quiero.

—Amelia, tú quieres a todos los caballeros a quienes conoces. No puedes hacer eso, y menos, aquí.

—¿Por qué no? ¿Qué tiene de malo?

—Tu reputación corre peligro, querida. ¿Es que tengo que decírtelo?

Amelia se dejó caer de nuevo en la *chaise longue* y movió una mano.

—Estamos en Inglaterra. No se va a enterar nadie. Solo lo dices porque eso te ocurrió a ti.

—Sí, Amelia, precisamente por eso. Mi reputación sufrió. Y, si tú crees que por estar en Inglaterra estás a salvo de eso, eres boba.

Amelia chasqueó la lengua y giró la cabeza hacia la ventana.

—A mí nadie me presta ni la más mínima atención. Tú siempre has sido la importante, y siempre lo serás. ¿Y qué me queda a mí? ¿Por

qué no puedo divertirme y disfrutar de la vida?

—Te queda mucho, Amelia. Siempre te lo he dicho. Yo necesitaré siempre tu consejo, pero no puedo apoyarme en ti si te envían a un exilio en las montañas por tu mal comportamiento.

—No, me dejarás que me consuma, que sea una solterona que está siempre a tu lado.

—En primer lugar, conozco a algunas mujeres solteras, y ninguna de ellas se está consumiendo. Y, en segundo lugar, ¡eso no es cierto!

Amelia dio un gruñido. Se metió la mano en el bolsillo y sacó un papel amarillo. Lo agitó en dirección a ella. Justine lo tomó.

Era un telegrama de su madre.

> Hijas mías, os ordeno que volváis inmediatamente a St. Edys. Amelia, has demostrado que eres incapaz de comportarte como es debido sin mi supervisión. Justine, has demostrado que eres incapaz de encontrar marido y vigilar a tu hermana. Te despedirás de la reina Victoria y volveréis a casa en cuanto hayáis leído mi carta.

—Dios Santo —dijo Justine—. ¿Lo ha visto *lady* Bardaline?

—Ella me lo trajo —respondió Amelia, y se sentó de golpe, bajando los pies al suelo—. He oído algo bastante interesante sobre tu amigo en el campo.

—¿Qué amigo?

—¿Tienes algún otro amigo, aparte del marqués de Hamilton?

—Es verdad —dijo Justine—. ¿Qué has oído decir sobre él?

A Amelia le brillaron los ojos.

—Dicen que dejó embarazada a una chica del campo y que la abandonó.

Justine no lo asimiló en un primer momento. Después, frunció el ceño. Después, se echó a reír.

—¡Eso es absurdo! ¿Dónde te has enterado de eso?

—Hablaron de ello durante una cena, y ese es el rumor.

Justine tuvo la sensación de que todo se tambaleaba a su alrededor.

—Por mi parte, yo no me lo creo —prosiguió Amelia, alegremente—. Está muy seguro de sí mismo y es bastante imprudente con las cosas que dice, pero no me parece un canalla. ¿Y a ti? A mí me da la impresión de que, si hubiera dejado embarazada a una chica de su pueblo, no le importaría que se supiera, y se casaría con ella solo por darle en las narices a su círculo social.

La princesa hizo una pausa y miró a Justine con curiosidad.

—¿Qué pasa? Tú tampoco lo crees, ¿verdad?

—¡No! —exclamó ella, al instante.

No lo creía. Era imposible. Entonces, ¿por qué le daba vueltas la cabeza? No podía ser cierto. ¡No era posible que se hubiera equivocado tanto con él! La noticia era sorprendente y no sabía qué pensar, aunque apostaría la corona a que era falsa. Pero… ¿y si se había enamorado de otro mentiroso?

—¿Jussie? Estás muy pálida.

Justine se levantó, se acercó a la ventana y se asomó a tomar el aire. A su espalda se abrió una puerta y, al instante, se oyó la voz de Lila.

—¡Oh, espléndido! Están las dos aquí. Tengo el placer de comunicarles que nos han invitado a una cena.

—¡Una cena! —exclamó Amelia, animándose—. ¿Dónde? Nadie aburrido, ¿no? No será un anciano que fue almirante, ni un ministro con muchas historias que contar.

—Vamos a ir a cenar a casa de lord Iddesleigh.

Justine se giró lentamente y adoptó una expresión neutral. Pero Amelia dio un jadeo.

—¡Hemos estado allí! Fuimos a una fiesta magnífica cuando estuvimos en Londres hace ocho años.

—Pues volverá a ser una fiesta magnífica —dijo Lila.

—¿Cuándo?

—Dentro de dos días.

Amelia se levantó de la *chaise longue*.

—¿Y qué tengo que ponerme?

—Creo que, con todas las compras que has hecho, habrá algo en tu armario —dijo Justine, con tirantez.

—Sí, voy a echar un vistazo —dijo Amelia, y salió de la habitación de Justine rápidamente, emocionada con la perspectiva de disfrutar de otra actividad social.

Lila miró a Justine con curiosidad.

—¿Qué le parece la invitación?

—Si quiere saber la verdad, no tengo ninguna gana de asistir.

—Yo siempre quiero saber la verdad. ¿Quizá le interese más cuando sepa que va a asistir también su próximo candidato?

—Pues no, no estoy más interesada. No quiero a ningún otro pretendiente, Lila. Los primeros no han estado a la altura.

Lila frunció el ceño ligeramente.

—¿Va todo bien?

No, todo iba mal. Todo le parecía ridículo y malo.

—Perfectamente.

Lila se acercó unos pasos a ella.

—Su Alteza Real, si me permite…

—Lila, de veras… No, no se lo permito —dijo ella, con cansancio. Iba a volverse hacia la ventana de nuevo, pero Lila agitó la cabeza.

—Me temo que esto no va a funcionar.

—¿Disculpe?

—La petulancia.

—¿Cómo dice?

—La petul…

—Ya lo he oído, *lady* Aleksander. Pero no puedo creer que me esté hablando de esa manera.

—Umm… Yo tampoco, pero creo que alguien tiene que hacerlo. Se le da muy bien fulminarme con la mirada, Alteza, pero casi nunca dice lo que siente.

A Justine le asombró que alguien le hablara así, que *lady* Aleksander le dijera algo que siempre había sabido sobre sí misma. Se quedó tan anonadada, que no supo qué decir.

—¿Cuándo aprenderá a hablar, a decir lo que quiere?

Justine se quedó aún más asombrada. Lila Aleksander no tenía derecho a hablarle así.

—Ya he dicho lo que quiero, pero tal vez usted no estuviera escuchando, *milady*. He dicho claramente que no quiero a ninguno de los caballeros a cuya presencia me ha sometido.

—Sí, ha dicho claramente lo que no quiere. Pero no me dice qué es lo que sí quiere. Lo que quiere de verdad.

Justine lo tenía en la punta de la lengua, pero no podía decirlo. Necesitaba pensar, aclararse la cabeza.

—Tengo un libro de notas lleno de nombres de jóvenes. Si quisiera darme alguna indicación de lo que le gustaría, podría ayudarla.

Ella no necesitaba el libro de Lila. Sabía perfectamente a quién quería. Pero, aunque no existiera aquel horrible rumor, existiría el obstáculo de las deudas de la familia Hamilton. Sabía que su madre rechazaría la idea solo por ese motivo.

—Estoy segura de que sabe que no puede volver a St. Edys sin haber elegido a alguien. Porque, si no lo decide usted, lo decidirán por usted en cuanto pise el palacio. Nadie va a esperar a que llegue el caballero perfecto para usted, señora. Su elección solo estará guiada por el trono.

—No es necesario que me lo diga —respondió ella—. Soy perfectamente consciente de mi destino.

—¿De veras? —continuó Lila—. ¿Es consciente de lo que significa

pasar toda la vida atada a alguien a quien no quiere, o que ni siquiera le cae bien? ¿Es consciente de lo difícil que le será gobernar su país si tiene que caminar de puntillas para no molestar a un marido malhumorado? ¿Es consciente de cómo será tener hijos con un hombre si no soporta que la toque? Usted va a estar en una posición en la que se encuentran muy pocas mujeres y, en este momento de su vida, tenemos la oportunidad de encontrar a un buen compañero, no a un lastre. Pero debe hablar claro, Su Alteza Real. Cuando lo haga, yo la ayudaré con todos los medios de que disponga. Pero, si no lo hace… Bueno, no me sorprendería que Robuchard ya hubiera convencido a sus padres de que acepten al candidato de su elección.

Justine se dejó caer en la *chaise longue* que había dejado libre Amelia.

Lila no se ablandó. Siguió mirándola fijamente.

—¿No va a hablar?

Justine se irritó.

—Tengo muchas cosas en las que pensar. ¿Le importaría dejarme a solas?

Parecía que Lila quería discutir, pero cerró la boca y salió de la habitación.

Justine se quedó luchando con sus demonios.

Capítulo 31

William recibió una carta, un mensaje y un telegrama en el mismo día.

—Cualquiera diría que el mundo está conspirando contra mí, Ewan.

—¿Disculpe, milord? —preguntó Ewan, mientras echaba más agua caliente en la bañera de William.

—No importa.

El mensaje era lo menos alarmante, así que empezó por él. Era de Beck.

> *Ven mañana por la noche a echarle un vistazo al americano. Lo hemos invitado a cenar. Siete y media para tomar una copa de vino.*

Por supuesto que iba a ir a inspeccionar al americano. Ya desconfiaba de él por principios y, cuando lo conociera, encontraría todos los motivos posibles para despreciarlo.

—Ewan, contéstale a lord Iddesleigh que acepto con gusto su invitación a cenar mañana por la noche. ¿Qué tengo que llevar para una cena con un americano?

—¿Quiere que le proponga algunas opciones, milord? —le preguntó Ewan, en un ligero tono burlón, mientras salía de la habitación.

William se quedó con la carta de su padre, que llevaba un sello con el lacre de los Hamilton, y el telegrama.

En primer lugar, abrió el telegrama.

> La princesa debe elegir. Su padre y yo dependemos de usted. DR

—Está claro que el primer ministro no es precisamente sutil —murmuró.

Tiró el papel por el borde de la tina al suelo y tomó la carta de su padre.

La leyó tres veces.

Y, después, se quedó allí metido hasta que el agua se enfrió, mirando las gotas de lluvia que caían en el cristal de la ventana.

Por fin, Ewan volvió con una selección de chalecos formales. Le mostró uno plateado con un bordado blanco.

—No.

Ewan lo miró.

—¿Es por el color? El azul está de moda.

—Sí, pero ese es plateado.

Ewan lo arrojó a un lado y le mostró uno rojo oscuro.

William ladeó la cabeza.

—¿Piensas alguna vez en el matrimonio, Ewan?

Ewan se quedó pálido.

—¿En qué?

—En el matrimonio. ¿Cómo es que yo no sé si lo has hecho alguna vez?

Ewan se quedó mirándolo fijamente.

William suspiró y se hundió un poco más en el agua. Estaba empezando a tener frío.

—Déjalos. Voy a ponerme un chaleco negro y un pañuelo negro para el cuello. Distingues el negro del resto de los colores, ¿no? Dime, ¿has pensado alguna vez en casarte?

Ewan dejó los chalecos a un lado y se frotó las palmas de las manos en los pantalones.

—Sí —dijo, por fin.

William hubiera creído que no, así que su respuesta le dejó sorprendido.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—No tenía dinero. No tenía casa propia. No tenía nada de valor que ofrecer, así que… la dejé escapar.

William se sentó y se cruzó de brazos al borde de la bañera.

—Pero, al final, sí tuviste una casa, y dinero.

—Sí, pero nunca conocí a nadie como ella. Ya no me valía nadie más, supongo.

William lo entendía completamente. Él tampoco había conocido nunca a nadie como Justine Ivanosen. Y no necesitaba que nadie le dijera que nunca iba a conocerla.

—¿No pensaste en volver con ella?

—Sí, muchas veces —dijo Ewan.

—¿Y?

—No tuve valor. Cuando, por fin, me atreví, era tarde. Ella ya estaba casada y tenía cuatro niños.

—Maldita sea.

—Sí, maldita sea, milord.

William se echó hacia atrás de nuevo en la bañera, y movió el agua con un dedo.

—¿Y te arrepientes?

Aquella pregunta debió de tocar una fibra sensible, porque Ewan empezó a recoger los chalecos a toda prisa.

—Si tuviera que hacerlo de nuevo, no la dejaría escapar. Si me está pidiendo consejo, milord, yo haría lo que fuera necesario. La vida es demasiado larga y demasiado solitaria como para desperdiciar las oportunidades. ¿Es todo?

—Sí, es todo. Gracias, Ewan.

Su ayuda de cámara se marchó de la habitación, y él salió de la bañera y comenzó a secarse con una toalla. Se puso una bata y pasó al dormitorio.

Aquella experiencia con Justine le había obligado a mirar otra faceta de sí mismo. Nunca había pensado en el matrimonio debido al desastre que era su familia. Además, tenía que admitir que siempre le había resultado muy agradable andar de un sitio a otro por el continente, en busca de la próxima fiesta.

Hasta que se había reencontrado con Justine, de adulta, y había visto a algunos hombres desfilar delante de ella. Justine se merecía a alguien mejor que ellos. Se merecía a alguien que la viera tal y como era: una mujer divertida, inteligente y bella que, casualmente, iba a ser reina. Disfrutaba de su compañía y se sentía muy bien a su lado, y quería verla todos los días. Les gustaban las mismas cosas, les asombraban las mismas cosas y se reían juntos. ¿Cuándo se habían hecho amigos? Y ¿cuándo se había convertido su amistad en algo más?

Dio un gruñido y se frotó la cara con las manos. No podía soportar la idea de que otro la tocara. Quería a aquella mujer para él solo.

Dios… se había enamorado. Sabía con certeza que estaba enamorado de ella, porque, sin la menor vacilación, se iría con Justine a Wesloria. Sería feliz viéndola ocupar el trono y disfrutaría observándola, a su lado, ayudándola en todo lo que pudiera.

Pero eso nunca iba a suceder. ¿Cómo iba a suceder, con los rumores que habían llegado desde Escocia? Tenía que decirle la verdad.

Tenía que contárselo todo, fueran cuales fueran las consecuencias. Porque eso era lo que ella se merecía.

Capítulo 32

William fue el primero en llegar a casa de los Iddesleigh, en Upper Brook Street. Claramente, había llegado con antelación, puesto que las cuatro diablillas y su niñero todavía seguían allí. Dos de las niñas estaban corriendo por el perímetro de la habitación, gritándose. La siguiente estaba en el suelo con la cara muy roja, llorando inconsolablemente. El bebé estaba intentando comerse la cola de un gato.

Donovan estaba en el sofá con un libro, con las piernas cruzadas, y no parecía que se diera cuenta de lo que hacían las niñas.

—¡Douglas! Eres un santo por venir pronto —dijo Beck. Se levantó de su escritorio y se le acercó rápidamente—. No podía soportar esto ni un minuto más.

Se giró a su alrededor, como si acabara de recordar que Donovan también estaba allí.

—¿Cuánto tiempo más debemos soportar esto?

Donovan miró el reloj.

—Creo que una media hora más —dijo, y posó el libro en el sofá—. O podría ponerles una gota de *brandy* en la leche antes de acostarlas.

—Cómo te atreves a mencionar eso —dijo Beck, y miró de reojo a Douglas—. Solo empleamos ese método en las circunstancias más terribles.

—Que son todos los fines de semana —dijo Donovan. Bostezó, estiró los brazos por encima de la cabeza y se puso de pie—. Milord, me las voy a llevar a dormir a Tricklebank House. La gata ha tenido gatitos.

La mayor, Mathilda, se detuvo tan bruscamente que su hermana se chocó con ella.

—¿Kiki ha tenido gatitos?

—Cinco —dijo Donovan, mientras se miraba las uñas—. Quería decíroslo, pero no dejabais de gritar.

—¡Papá! ¿Podemos ir a dormir a Tricklebank House?

—Sí, sí, podéis iros todas excepto el bebé, que necesita la leche de

su madre. Tal vez con una gota de *brandy* recupere el buen humor.

La pequeña ya se había ido a gatas y tomó un libro que había sobre un taburete.

—Muy bien, entonces venid, pequeños monstruos. Necesitáis los camisones y las batas.

Las niñas se pusieron a gritar de alegría y salieron corriendo de la habitación.

Donovan recogió al bebé con un brazo y las siguió.

—Las traeré al amanecer.

—No hay prisa. Tómate todo el tiempo que necesites —le dijo Beck.

Después de su marcha, se hizo un silencio atronador. William miró a su amigo.

—Creo que me dijiste que viniera a las siete y media.

—¿De verdad? Ah, lo siento. Al resto le dije que viniera a las ocho y media —dijo Beck, con una sonrisa—. ¿Vamos a mi despacho a tomar un poco de *brandy* para calmar los nervios?

—Por favor.

En el despacho de Beck, William apartó una muñeca sin cabeza, un perrito de peluche y un zapato para poder sentarse en una butaca cercana a la chimenea. Beck le dio una copa de *brandy* se sentó en la otra butaca después de quitar una enagua, una capota y la cabeza de la muñeca. William sonrió.

—Cómo ha cambiado tu vida, viejo amigo.

—¿Verdad? —preguntó Beck, con un suspiro de cansancio—. Nunca pensé que este tipo de vida fuera para mí, y se lo dije a Blythe con firmeza. Un hijo y nada más. Pero descubrí que me gustan los bebés tanto como hacerlos. Y ayuda tener una mujer como la mía. Es la roca de esta familia. Bueno, Douglas, ¿y tú? ¿Nunca has pensado en la vida doméstica? Creo que ya es hora. ¿No hay nadie que te haya llamado la atención?

William observó a su amigo. Le dio un sorbo a su *brandy* y dejó la copa en una mesita.

—Nos conocemos desde hace mucho tiempo, Beck. Si tienes algo que decir, por favor, hazlo.

Beck sonrió con astucia.

—Blythe dice que soy muy malo para guardar un secreto. Que se habla de tu… interés en la princesa heredera de Wesloria.

—¿Y?

—Que también se habla de una mujer escocesa a la que has dejado embarazada.

William pensó en negar ambos rumores, pero ya no tenía las

fuerzas necesarias para negar sus sentimientos.

—Lo sé.

—Dios mío… ¿y es cierto?

—No —dijo William—. ¿Tan mala es la opinión que tienes sobre mí?

—Yo no pienso mal de ti, William. En absoluto. Entonces, ¿de qué se trata el rumor?

—De un chantaje —respondió él, encogiéndose de hombros—. Yo intenté ayudar a la chica.

Le contó a Beck la historia de lo que le había ocurrido con Althea y de cómo su padre había ido a chantajear al duque.

—Dios Santo… ¿Y qué hizo tu padre?

—Le pagó.

Beck se estremeció.

—Lo peor que podía haber hecho —dijo William—. Hoy he recibido una carta del duque en la que me informa de que el señor Simpson volvió a Hamilton Palace en busca de más dinero. Mi padre se negó a dárselo, y el individuo empezó a extender el rumor de que yo soy el padre del niño y que he dejado abandonada a su hija.

—Vaya —dijo Beck—. Esto es un dilema. Ya no puedes permitirte el lujo de que manchen más tu reputación.

William estaba de acuerdo.

—Sobre todo, teniendo en cuenta la posición en la que estás.

—¿En qué posición estoy?

—Voy a tener que pensar muy bien en todo esto —dijo Beck, distraídamente.

—¿De qué estás hablando?

De repente, se abrió la puerta del despacho con tanta fuerza, que a Beck se le derramó un poco de *brandy* en el pantalón.

—¡Buenas noches, lord Douglas!

Lady Iddesleigh entró en la habitación. Parecía que su embarazo llegó hasta ellos un minuto antes que su persona.

—¡Estamos muy contentos de que haya venido esta noche! —exclamó—. Qué maravilla, la cena que vamos a celebrar. No le importará que le robe un instante a mi marido, ¿verdad? Nuestro mayordomo Garrett y yo tenemos una pequeña disputa sobre dónde vamos a sentar a todo el mundo. Él y yo nunca estamos de acuerdo en estas cosas, ¿a que no, querido? No nos ponemos de acuerdo en dónde sentar a las princesas.

—¿A las princesas? —preguntó William, poniéndose en pie.

—Ah… ¿no te lo mencioné? —preguntó Beck, que también se levantó—. Las princesas también van a venir a cenar esta noche. Y

lord y *lady* Aleksander.

—¿Hay algo más que deba saber? —preguntó William, mientras su mujer se lo llevaba del despacho.

Como era de esperar, Beck no respondió.

William se puso muy nervioso cuando el mayordomo anunció que habían llegado los invitados y todos fueron al salón principal para tomar una copa de vino. Los primeros en llegar fueron lord y *lady* Aleksander y, después, las princesas. Sin embargo, en cuanto vio a Justine, su nerviosismo se calmó.

Ella estaba tan majestuosa… Llevaba un vestido de volantes con un estampado de flores rojo oscuro y una insignia real con un lazo en el pecho. Se había puesto unos pendientes de rubíes y llevaba la pulsera de oro que le había regalado su padre. Llevaba el pelo a la espalda, cubierto de encaje y lazos rojos. Y el mechón blanco de su cabello resaltaba como si se lo hubieran pintado. Él pensó que nadie podría verla sin sentirse maravillado. Su belleza era evidente, y se sentía más atraído por ella cada vez que la veía. Dios Santo, estaba locamente enamorado…

Le hizo una reverencia.

—Su Alteza Real —dijo.

—Lord Douglas. No sabía si iba a verlo esta noche —respondió ella, sonriendo con deleite.

—La vida está llena de sorpresas, ¿verdad?

—¿Y yo? —preguntó la princesa Amelia.

—Su Alteza Real, me alegro de ver que ha vuelto junto a su hermana —dijo William.

—He estado en el campo. El viaje me ha dejado agotada —dijo ella. Alargó la mano para pedir una copa de vino, y uno de los sirvientes se la entregó.

—¿Me permite que le presente a mi marido, lord Aleksander? —preguntó *lady* Aleksander, y se lo presentó a William.

Lord Aleksander tenía una expresión afable, alegre, y unos ojos verdes que demostraban interés. A William le cayó bien a primera vista.

Todo el mundo tomó vino y charló. William no podía quitarle los ojos de encima a Justine, que estaba sentada serenamente al borde de su butaca, con las manos en el regazo, sonriendo y riéndose amablemente de la historia que estaba contando Beck. Al parecer, una de sus hijas había atascado la fuente del jardín al tirar allí su abrigo.

Ojalá pudiera estar a solas con ella, aunque solo fuera un momento. Quería decirle hola en privado y preguntarle qué tal estaba. Por desgracia, no tuvo esa oportunidad, porque el señor Henry

Thompson, el pretendiente americano, llegó al poco tiempo.

El mayordomo lo anunció como si estuviera anunciando al presidente de los Estados Unidos, y el señor Thompson entró en el salón con una seguridad en sí mismo que ni siquiera William poseía. Se detuvo con una de sus largas piernas estirada y una mano en la cadera. Era alto, fuerte y rubio, y tenía la piel bronceada por el sol.

—¿Es aquí la fiesta? —preguntó, con una sonrisa.

—Señor Thompson —dijo Beck, adelantándose—. Bienvenido a mi casa. Le presento a mi esposa, *lady* Iddesleigh.

—Es un placer conocerla, *lady* Iddesleigh. Y enhorabuena por el nuevo miembro de la familia —dijo, y se inclinó sobre su vientre.

Justine y su hermana se miraron.

—Lord y *lady* Aleksander, a quienes creo que ya conoce —prosiguió Beck, haciendo una ronda por la habitación.

Sí se conocían, y los tres se saludaron amablemente.

—El marqués de Hamilton y Clydesdale —dijo Beck.

El señor Henry Thompson se volvió hacia William y lo miró. Entrecerró los ojos ligeramente. Después, asintió.

—Me gustan los hombres de buen tamaño. Uno sabe que son capaces de trabajar con ahínco.

William no supo qué decir.

—Sí.

—¿Tiene usted un poco de acento?

—Soy escocés.

—Ah, pues ahora me cae incluso mejor. He conocido a unos cuantos escoceses. Son muy duros.

—Sí, somos un grupo muy resistente —dijo William.

—Resistentes —repitió el señor Thompson, y se echó a reír.

—Y, si me lo permite —dijo Beck, para llamar su atención—, quisiera presentarle a Su Alteza Real, la princesa Justine, y a Su Alteza Real, la princesa Amelia. Altezas, permítanme que les presente al señor Henry Thompson, de América.

Él hizo una reverencia.

—Bueno, ¿y cuál es cuál?

El americano era impetuoso, de eso no había duda. William pensó que *lady* Aleksander podía, al menos, habérselo descrito a todos antes de que llegara.

—Su Alteza Real, la princesa Justine —dijo Beck, y señaló a Justine—. Y Su Alteza Real, la princesa Amelia.

William tuvo la impresión de que el hombre miraba unos segundos de más a la princesa Amelia, pero rápidamente dijo que era un honor conocerlas y que nunca había estado en presencia de tantas princesas.

Después se giró y comenzó a admirar la habitación.

—Bonito sitio —le dijo a Beck—. Me recuerda un poco a la casa de mi padre, a orillas del lago Michigan. Las salas de esta casa son más grandes, y el mobiliario es un poco más nuevo, pero, más o menos, igual.

Por una vez, Beck se quedó mudo. Incluso *lady* Aleksander se sorprendió. En realidad, ella se echó a reír.

William miró a Justine, quien enarcó una ceja. Ella sabía lo que estaba pensando sin necesidad de que dijera una palabra: como mínimo, sentía escepticismo. Por otro lado, la princesa Amelia estaba encantada con aquel hombre tan extraño.

El mayordomo le ofreció una copa de vino a Thompson, pero él la rechazó.

—No tendrá un poco de *whisky* por ahí, ¿verdad?

—Sí, por supuesto —respondió *lady* Iddesleigh, y le hizo una seña a Garrett.

Cuando Garrett volvió con el licor, el señor Thompson tomó el vaso de la bandeja y le dio un sorbo.

—Esto sí que es una bebida de hombres —dijo, mirando a los demás caballeros, que tenían su copa de vino en la mano. Les sonrió y se giró hacia las princesas—. Me he dado cuenta de que las dos tienen un mechón de pelo blanco —comentó, señalando su propio cabello—. ¿A qué se debe? ¿Es algo de la realeza? —preguntó, riéndose, como si acabara de contar un chiste.

Nadie más se rio. Todos se quedaron mirándolo con asombro y desconcierto.

—Es un rasgo familiar —dijo la princesa Amelia—. Lo hemos heredado de mi padre, y mi padre lo heredó de su madre.

—Interesante.

—Creo que deberíamos ir entrando al comedor —dijo, de repente, *lady* Iddesleigh.

—Sí, vamos —respondió Beck, con alivio.

Una vez comenzada la cena, cuyo primer plato era una sopa, Beck le preguntó al señor Thompson cuál era el motivo por el que estaba en Londres.

El señor Thompson, que utilizó la cuchara y no los dedos para tomar la sopa, empezó a contar una historia breve sobre sí mismo. Su familia había levantado la fundición de acero más importante de la región de los Grandes Lagos, y él había ido a Europa a hacer negocios lucrativos.

No había nada más grosero que mencionar que quería hacer tratos estando en la casa de un conde inglés. Lord Aleksander estaba

fascinado con el americano. William miró a *lady* Aleksander y frunció el ceño. De veras… Ella se encogió de hombros.

Cuando retiraron la sopa y sirvieron el pescado, William observó al señor Thompson y vio que tomaba el tenedor con la mano derecha y el cuchillo con la izquierda, al revés que el resto de los comensales. La princesa Amelia le hizo preguntas sobre América. ¿Cómo era? ¿Había mucha gente? ¿Hacía mucho frío?

El señor Thompson se cambiaba los cubiertos de mano dependiendo de si estaba comiendo o cortando. Comentó que los paisajes eran bellísimos, mucho más bonitos que en Inglaterra, pero que en Michigan hacía un frío del demonio.

—En Wesloria debe de hacer frío, ¿eh? Insoportable.

—Sí, hace mucho frío. Yo prefiero el tiempo de Inglaterra —respondió Amelia.

William volvió a mirar a Justine. Ella, disimuladamente, elevó los ojos hacia el cielo.

Beck cambió de tema y abordó la política americana, sobre la cual había leído mucho. Sin embargo, todos acabaron desistiendo de tomar parte en la conversación, porque al señor Thompson le gustaba tener la palabra.

Después de cenar, volvieron al salón. Si el señor Thompson tenía deseos de entablar conversación con Justine, no lo demostró. Parecía que solo quería hablar de sí mismo. Ni siquiera dejó de hacerlo cuando *lady* Iddesleigh se sentó al piano y empezó a tocar. El americano elevó la voz para que lord Aleksander oyera sus palabras por encima de la música. Aquel hombre era un grosero, y tan inadecuado para Justine, que William tuvo ganas de darle un puñetazo a la pared.

Después de un rato, Beck declaró que hacía demasiado calor en el salón, y les pidió a los sirvientes que abrieran las puertas de la terraza. El grupo comenzó a salir a tomar el aire. Los primeros fueron lord y *lady* Aleksander, que, obviamente, estaban escapándose. El señor Thompson, que había encontrado un amigo en lord Aleksander, los persiguió. La princesa Amelia, que estaba interesada en el señor Thompson, fue tras él. Y, mientras Beck le ofrecía el brazo a su esposa, William vio a Justine dirigiéndose en dirección contraria, hacia el pasillo.

Miró al resto de los invitados, que se paseaban por el jardín, y siguió a Justine. Se detuvo justo antes de salir por la puerta y tomó una sola rosa de un jarrón de flores.

Capítulo 33

El vestíbulo principal de los Iddesleigh tenía dos ventanales. Justine se detuvo en uno de ellos y se apretó el vientre con las manos. No podía respirar. Durante aquella noche, a medida que iba concienciándose sobre cuál era su situación, su respiración se hizo más costosa. Tenía la piel pegajosa y notaba un cosquilleo en el cuero cabelludo. Quería soltarse el pelo y aflojarse las cintas del corsé.

El señor Thompson era el peor de todos. Un tipo satisfecho de sí mismo, un fanfarrón sin modales. Y, después, allí estaba William, sentado al otro extremo de la mesa, tan perfecto en todos los sentidos, pero tan lejos…

¿Qué iba a ser de ella? ¿Tendría que casarse con alguien que la haría añorar a otra persona todos los días? ¡Qué vida más solitaria y triste! ¿Iba a ser aquel su reinado? ¿Por qué tenía que haber nacido en aquella familia? ¿Por qué no podía haber nacido en un entorno más sencillo?

Oyó un ruido y se dio la vuelta, pensando que iba a encontrarse con el señor Thompson. Pero, por suerte, era William.

Tenía una sola rosa en la mano.

Ella sonrió sin poder evitarlo.

—La has tomado del jarrón de las rosas.

—Sí. Quería traerte algo, y esto era lo único que estaba disponible. ¿Qué haces aquí? Tu pretendiente está en la terraza.

—Mi pretendiente —dijo ella, con un resoplido.

Estaba escondiéndose de aquel supuesto pretendiente. Estaba haciendo todo lo que se suponía que no iba a hacer, y lo estaba haciendo por William.

—¿Me preguntas qué estoy haciendo aquí, William? Me estoy enamorando, eso es lo que estoy haciendo.

Él se quedó consternado. Bajó la mano con la rosa.

—¿Del señor Thompson?

—¡No! ¡De ti!

La expresión de William pasó del horror al asombro y el tormento.

—Dios, Justine… Yo…

—¡Pero no puedo enamorarme de ti, William! Eres pobre, y he oído un rumor angustioso.

La rosa cayó al suelo.

—No soy pobre, por el amor de Dios. Ni por asomo. Pero eso no importa. ¿Dónde lo has oído?

—Entonces, ¿es cierto?

—No, cariño. Nada de lo que hayas oído sobre mí es cierto. Pero ese es el principal problema con los rumores, ¿no? No puedo demostrártelo, solo puedo darte mi palabra. La muchacha está embarazada, quizá ya haya tenido a su hijo, pero la criatura no es mía. Yo intenté ayudarla a que escapara con su amante para que pudieran casarse, pero su amante, sea quien sea, no es aceptable para su padre. Él la atrapó y la encerró bajo siete llaves, e intentó extorsionar a mi padre. Esa es la verdad, lo juro por mi honor.

Justine quería creerlo, nunca había deseado nada con más fervor en su vida. Sin embargo, recordó las palabras de su padre, que reverberaron por su cabeza: «Nunca te fíes de nadie».

¿Era tan tonta como decía su propia madre? ¿Acaso estaba creyéndose otra vez las mentiras de un hombre? Pero… William era diferente a los demás hombres que había conocido. No podía creer que abandonara a una mujer y, mucho menos, a su hijo. ¿Por qué iba a mentirle sobre eso si le había dicho todo lo demás?

—¿Y cómo sé que no me estás mintiendo?

—No lo sabes, niña. Tienes que confiar en mí, pero, además, tienes que confiar en tu instinto. No te estoy mintiendo ahora porque no te mentiría en general. Y no te estoy mintiendo ahora porque yo también me he enamorado de ti.

La tomó de la mano y la atrajo hacia sí, y la miró fijamente con sus ojos grises.

—Lo daría todo por ti, y no estoy dispuesto a arriesgarlo todo por una mentira. No puedo evitar que se haya dicho eso de mí, pero no es cierto. Yo nunca trataría a una mujer de un modo tan abominable. Y siempre he sido fiel al legado de mi familia, tal y como tú haces con los tuyos. Se pueden decir muchas cosas de mí, pero no que no cumpla con mi palabra.

William se detuvo y respiró profundamente antes de continuar.

—Pero hay mucho más que eso. Preferiría morir antes de que tú creyeras que soy el tipo de hombre que abandona a una mujer de ese modo. Si el niño fuera mío, me casaría con ella por una cuestión de conciencia.

Al terminar, le apretó la mano a Justine como si temiera que ella

fuese a soltarse.

Justine lo creyó.

De ella también habían dicho falsedades, y no había podido hacer nada al respecto. Sabía que era posible que otro hombre hubiese intentado aprovecharse de él. Las personas intentaban utilizar a los demás si tenían algo que ganar.

—Te creo, William. De veras.

Él exhaló un suspiro de alivio y miró hacia abajo.

—Gracias —dijo—. No sabes cuánto significa eso para mí. Que hayas oído algo tan horrible me da miedo. Pero, que lo creas…

—Pero no importa lo que yo crea —dijo ella, con desesperación—. En estas circunstancias, mis padres no van a aceptar nunca que yo tenga relación alguna contigo. Tengo que estar por encima de cualquier tipo de rumor. Tengo que ser impecable en todo lo que hago, o perderé la confianza de la gente. Ya sabes cuál es mi carga, William. Te doy mi palabra de que preferiría cederle el trono a Amelia. Deseo…

—¡Ahí están los dos! —exclamó Lila, entusiasmada, acercándose.

William cerró los ojos con una expresión de angustia.

—Su Alteza Real, el señor Thompson la está buscando.

William se giró y se hizo a un lado, y Justine vio al señor Thompson avanzar hacia ellos con una sonrisa de complicidad, mirándolos a los dos.

—Vaya, vaya. ¿Qué se está cociendo aquí?

Justine elevó la barbilla. Ya había tenido suficiente. Del señor Thompson y de todo el asunto del emparejamiento.

—Señor Thompson, voy a ser reina muy pronto, y no es aceptable que se cuestionen los actos de una reina.

Él se echó a reír. Al ver que ella no lo hacía, se le borró la sonrisa.

—¿Lo dice en serio?

—Totalmente.

—Señor Thompson, ¿podría hablar un momento con usted? —preguntó Lila, rápidamente, y se puso delante de él, señalándole la puerta del despacho.

El señor Thompson no la estaba mirando a ella, sino a Justine, y con una expresión que daba a entender que quería responderle de un modo desafiante. Sin embargo, reaccionó al notar una suave presión en el brazo, y Lila consiguió llevárselo.

William sonrió.

—Le has dado un golpe con la corona en la garganta.

—Algunas veces es necesario.

En aquel momento sonó una campanilla en el interior del despacho

y, unos segundos más tarde, Beck pasó por delante de ellos hacia allí. En cuanto entró, Lila salió y se dirigió hacia ellos.

—Bueno, parece que ustedes han precipitado el final de la situación, ¿no? Por favor, si no les importa, vuelvan al salón.

—Solo estábamos manteniendo una conversación en privado —dijo Justine.

—Sí, todos nos hemos dado cuenta. Pero, por favor, vuelvan ahora al salón —respondió Lila, y miró hacia la puerta del despacho.

—Sí, vamos —dijo William, y le puso la mano en la espalda a Justine para guiarla hacia el salón.

Lord Aleksander, *lady* Iddesleigh y Amelia estaban allí, mirando ansiosamente hacia la puerta.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Amelia.

—Pues… no lo sé —dijo Justine.

Se oían voces masculinas desde el vestíbulo, y se oyó también el ruido de una puerta al abrirse y cerrarse. Y, después, Beck entró en el salón.

—Bueno, pues ya está hecho.

—¿Qué es lo que está hecho? —le preguntó su esposa.

—El señor Thompson se ha marchado.

—¿Se ha marchado? —preguntó Amelia, en tono de protesta—. Pero ¿por qué?

—Tenía que ir a hablar del acero con otras personas, o algo por el estilo —dijo Lila, que se acercó por detrás de Beck.

Justine y William se miraron.

Ella se dio cuenta de que, si alguna vez iba a defender lo que quería de verdad, aquel era el momento. Se echó a temblar, pero se giró hacia Lila.

—Quería que yo hablara con sinceridad, ¿verdad, *milady*? Pues ahora estoy preparada.

Lila sonrió lentamente.

—Y yo estoy deseando oír lo que tenga que decir, Su Alteza Real.

Justine volvió a mirar a William. Él estaba a un lado, con cara de incertidumbre, pero asintió para darle ánimos. Ella respiró profundamente y se fijó en que Amelia estaba sentada al borde de la silla, como si pensara que iba a tener que sostenerla si se desmayaba.

—Me enviaron a Inglaterra por un motivo —dijo, y, para su sorpresa, su voz sonó fuerte y clara—. Bueno, en realidad, por dos motivos. El primero fue que se olvidara un escándalo que yo protagonicé. El segundo era encontrar un marido adecuado para acompañarme en mi reinado. Una princesa no puede ser reina sin un hombre cerca, como dice el dicho.

—A mí no me convence esa idea —dijo *lady* Aleksander.

—A mí tampoco, pero cuando todos los ministros de tu país son hombres, algunas veces no se puede hacer casi nada.

Todas las mujeres presentes asintieron.

—Durante estos dos últimos años, mi padre se ha ido debilitando, y yo cada vez estoy más cerca de ocupar el trono… Siempre me han dicho lo que puedo o no puedo hacer, decir y ser. Pero, en este caso, no voy a permitirlo. Voy a decidirlo yo. Después de todo, es mi vida.

Todo el mundo la escuchaba atentamente, como si fuera a abdicar. Amelia estaba consternada.

—Justine —le dijo, suavemente—. Por favor, no sé qué es lo que estás a punto de hacer, pero no lo hagas, por favor.

Justine la ignoró y miró a William.

—Lo quiero.

Se hizo el silencio. Justine se preguntó si alguien la había oído. William no se había movido, nadie decía nada. Entonces, *lady* Iddesleigh murmuró: —Oh.

—¿Qué? —gimió Amelia—. ¿Lo quieres a él? —preguntó, señalando a William.

—No demuestra demasiada confianza en mí, pero lo entiendo —dijo él.

—Sí, Amelia. Lo quiero. Además, confío en él. Es la única persona que me ha dicho la verdad. Es la única persona que me ve a mí.

Todos miraron a William. Él intentó sonreír. Se encogió de hombros, alzó las manos, y dijo: —Sí, yo también la quiero, con todo mi corazón. Sería todo mucho más fácil si no la quisiera, pero la quiero, y daría todo lo que tengo y lo que soy por ella.

—Esto es tan romántico —dijo *lady* Iddesleigh, y suspiró. Se recostó en el respaldo de la silla y se acarició el vientre.

—¿Qué dices? —preguntó Amelia—. ¿Quieres casarte con él?

Justine respiró profundamente.

—No puedo.

Amelia los miró a todos con desconcierto.

—¿Alguien podría explicarme lo que está ocurriendo?

—O, más bien, él no puede —prosiguió Justine—. Hay un problema con una joven que ha dicho que…

—Disculpa, querida, pero ha sido su padre quien lo ha dicho.

—Sí, es cierto. Su padre ha acusado a William de dejarla embarazada.

Amelia dio un jadeo y se quedó mirando fijamente a William.

—Oh, no. Entonces, ¿es verdad? Esto es… terrible, Jussie. ¿Qué vas a hacer?

—Él no lo hizo, Amelia. Es inocente. Incluso tú me dijiste que no creías que el rumor fuera cierto.

—Sí, pero no puedes creerlo a él…

—Por supuesto que él no lo hizo —dijo Beck, y se puso de pie para acercarse a Justine—. Douglas es un granuja, pero un granuja honorable. Si dice que no lo hizo, no lo hizo.

Todos volvieron a mirar a William.

Él se puso una mano sobre el corazón.

—Por la vida de mis futuros hijos, no soy culpable. Si lo fuera, habría hecho lo honorable.

—El problema es que tenemos que convencer al resto del mundo —dijo Beck, mirando a los demás—. Es decir… Todos estamos de acuerdo en que estos jovenzuelos se merecen ser felices, ¿no? Que levante la mano el que esté a favor.

Él fue el primero en hacerlo.

Su esposa alzó el brazo con entusiasmo, y lo mismo hicieron lord y *lady* Aleksander. Y Justine y William.

Amelia miró a su hermana.

—¿De verdad? —preguntó, mientras levantaba el brazo lentamente —. Yo creía que lo odiabas.

—Al principio, sí, pero luego, no —dijo Justine.

—¿Me odiabas? —preguntó William.

—Te lo explico después —dijo ella—. Lord Iddesleigh, estamos de acuerdo. ¿Qué estaba diciendo?

—Eh… sí. En mi opinión, lo que necesitamos es que el padre del bebé reconozca la verdad.

—Me parece que eso será un problema —dijo William—. No creo que el padre sepa que es padre.

—¡Pero eso es indignante! —gritó *lady* Iddesleigh.

—Creo que el señor Simpson tiene a su hija encerrada porque el padre del bebé no estaba a la altura de sus expectativas.

—Quizá haya algún modo de sacar a la luz la mentira del señor Simpson —dijo lord Aleksander.

Lila dio un jadeo.

—Sí, por supuesto. Tienes toda la razón, querido.

—Pero ¿cómo? —preguntó *lady* Iddesleigh.

—Si alguien dijera que es el padre del niño, el señor Simpson tendría que probar su acusación —sugirió Lila—. Tendría que demostrar que el padre es lord Douglas.

—Pero… ¿no volvería a acusarlo? —preguntó *lady* Iddesleigh.

—Quizá, pero, si otro hombre jura que es el padre, ¿quién creerá al señor Simpson?

—Sobre todo, si el otro hombre es alguien de quien el señor Simpson no puede obtener nada —dijo lord Aleksander.

—Como el padre —añadió Lila.

—¡No lo entiendo! —exclamó Amelia.

—No sé qué les parece esto —dijo Lila—: Encontramos a un hombre en mala situación económica que se declare padre del niño. El señor Simpson tendrá dos opciones: o aceptarlo, o declarar que no es cierto y demostrar que no lo es. Lo cual, por supuesto, no puede hacer.

—Y, mientras, ¡podemos descubrir la verdadera identidad del padre para que se responsabilice de su hijo! Douglas le ayudará a reclamarlo —exclamó Beck, con entusiasmo.

—¡Sí! —gritó Lila—. Él salvará a la pobre chica y a su hijo, la reunirá con su amante y dejará al descubierto al señor Simpson, y ¡será un héroe!

—Un momento, un momento —dijo William, alzando una mano—. Agradezco la idea y el entusiasmo, pero me parece un poco descabellado. ¿No podríamos preguntarle al señor Simpson quién es el padre y avisarlo?

—No —respondió Lila—. El señor Simpson dirá que usted está intentando lavarse las manos. Para exponerlo, debemos encontrar al padre del niño nosotros mismos.

Justine se dio cuenta de que todo el mundo la estaba mirando a la espera de que diera su visto bueno.

—Pero ¿quién va a hacerse pasar por el padre? —preguntó.

—De eso me encargo yo —dijo Lila.

—¿Y qué pasa con el verdadero padre? —insistió Justine.

—Lo encontraremos —dijo Lila.

—¿Cómo? Todo esto me parece un poco fantástico.

Lila se puso en pie, se acercó a ella y tomó sus manos.

—Señora, esto es algo que yo hago muy bien. No voy a permitir que un miserable padre escocés estropee un amor por el que he tenido que trabajar tanto.

—¿Disculpe?

—Y no voy a permitir que Robuchard designe a uno de sus socios para que sea su marido.

—¡Oh! —exclamó Amelia—. ¡Robuchard, no!

Justine clavó la mirada en Lila. Anhelaba con todas sus fuerzas que, verdaderamente, pudiera conseguir algo así.

—Desde el principio —dijo la dama— le prometí que encontraría para usted alguien que necesitara y mereciera. Nunca dije que fuese fácil.

—Debería hacerle caso a mi esposa, Su Alteza Real —dijo lord

Aleksander—. No se equivoca nunca.

Lila sonrió.

—¿Ve lo bueno que puede ser un marido?

Sin embargo, William se acercó a ella y le puso la mano en el brazo.

—No la presione, *lady* Aleksander. No sé si vamos a poder encontrar al padre de la criatura. No sé si esto funcionará —dijo. Se acercó a Justine y le puso un brazo sobre los hombros—. Tú tienes que pensar en tu país, en tu trono.

—Pero… ¿cómo voy a pensar en todo eso si no tengo a mi lado alguien en quien pueda confiar, a quien pueda querer? ¿Cómo voy a ser reina sin alguien que me quiera? Yo te quiero a ti. Quiero que estés conmigo. Te necesito a mi lado.

Él le tomó la mano y se la llevó a los labios.

—Te quiero. Te quiero tanto que voy a apartarme. No voy a permitir que el escándalo te manche.

Ella se estremeció.

—Esta es nuestra única oportunidad. En esta ocasión, te pido que tú confíes en mí. Yo creo en Lila.

Él suspiró.

—Entonces, que Dios nos ayude.

Justine se giró hacia los demás. Ya no temblaba.

—Muy bien. No tenemos mucho tiempo. Mi madre está intentando que Amelia y yo volvamos a St. Edys cuanto antes.

—Pues empecemos ya —dijo Lila.

—Esto es muy emocionante —añadió *lady* Iddesleigh.

—Creo que estoy mareada —dijo Amelia.

—¿Por qué estas cosas siempre suceden en mi casa? —preguntó Beck, sin dirigirse a nadie en particular.

Justine miró a William. Él intentó sonreír para darle ánimos.

Y ella intentó devolverle la sonrisa.

Capítulo 34

Lila le dijo a Valentin que necesitaba cincuenta libras.

—¿Por qué?

Él estaba tumbado en la cama, con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos y el brazo a modo de almohada.

—Para un actor, que tiene que adquirir el traje adecuado para el papel.

Valentin frunció el ceño.

—¿Qué actor?

—Es un amigo del niñero de lord Iddesleigh, el señor Donovan.

—Ah.

Lila movió una mano y le explicó que había tenido una larga conversación con el conde de Iddesleigh y que el señor Donovan, que estaba presente, había dado el nombre de un conocido suyo, de quien pensaba que podía representar muy bien el papel de padre frenético, y de manera muy convincente. Lord Douglas le pagaría unos buenos honorarios por el trabajo, pero ella se había dado cuenta de que el actor necesitaba un buen vestuario para su estancia en Escocia.

Valentin escuchó atentamente, se levantó de la cama y fue hacia una de sus bolsas, de la que sacó cincuenta libras.

—Eres la más lista de todos, querida… Pero ¿estás segura de que este plan funcionará?

—No —dijo ella, con sinceridad—. Más bien, pienso que va a fracasar, pero es mi única oportunidad. Y, si no consigo que funcione, me temo que Robuchard se ocupará de que no vuelva a tener ningún trabajo en Europa. Y, además… detesto perder.

Valentin la tomó de la cintura.

—Cuéntame el plan otra vez.

—El actor irá al pueblo de Hamilton en busca de la señorita Althea Simpson. Dirá que es su amante, anunciará que se ha enterado de que ella ha dado a luz un niño, su hijo. Cuando llegue a oídos del señor Simpson, él lo negará todo. Es obvio que está intentando sacar provecho del error de su hija.

—Puede que su hija también lo niegue todo. ¿Por qué iba a decir ella que aquel extraño es su amante?

—Eso es lo difícil. La muchacha no lo negará si nosotros conseguimos ponernos en contacto con ella antes de que suceda. Cuando el señor Simpson la obligue a decir que ese desconocido no es el padre de su hijo, esperamos estar allí presentes con el verdadero padre. A él no lo negará. Después de todo, ella estaba intentando llegar a él cuando su padre la secuestró.

—¿Y cómo propones que encontremos al verdadero padre de la criatura?

Lila aún no lo sabía.

—Necesitamos que ella nos diga quién es. Si lo conseguimos, lord Douglas podrá casarse con la princesa. Es decir, si hay manera de convencer a Robuchard.

Valentin le acarició el cuello con la nariz a su esposa.

—Mi querida Lila… ¿Te das cuenta de que esto parece una obra de teatro mal escrita para un teatro de tercera?

Ella se echó a reír.

—Sabía que lo entenderías.

—Lo entiendo tan bien que voy a ir contigo. No quiero que te metas en un buen lío.

—Tenía la esperanza de que lo dijeras —respondió ella, y lo besó —. Nos vamos por la mañana.

A la mañana siguiente, William llegó a Prescott Hall y se reunió con lord y *lady* Aleksander. Ewan lo había acompañado, afortunadamente, porque él estaba tan nervioso que había estado a punto de salir de casa sin su equipaje.

Nunca había estado tan ansioso. Era como si toda su vida se hubiese dirigido hacia aquel momento y todo fuera tan débil como un castillo de naipes.

—Milord —le dijo *lady* Aleksander—, ¿le importaría entrar un momento?

Cuando él entró en el vestíbulo, vio a Justine con Dodi en brazos y con su delantal de jardinera. Llevaba el pelo suelto por la espalda. Estaba tan bella que él se quedó mirándola fijamente, admirándola, por si era la última vez que…

—Cinco minutos —le dijo *lady* Aleksander—. No voy a poder controlarlos más tiempo.

Los Bardaline estaban en la calle, revoloteando en medio de los preparativos, muy contentos de ver que se marchaban de Prescott Hall. Por supuesto, no estaban al tanto de lo que iba a ocurrir.

Lady Aleksander salió nuevamente del vestíbulo, y William

acompañó a Justine a una habitación para poder estar a solas. Ella dejó a Dodi en el suelo y corrió a sus brazos. Posó la cabeza en su pecho.

—¡No va a salir bien! ¿Cómo hemos aceptado algo así?

—Justine, cariño. Ten fe. Reza. Es nuestra única esperanza.

—¿Y si el plan fracasa? Entonces, vuelve a mi lado, Douglas. Tienes que hacerlo. Sin ti, estaría perdida. No puedo ser reina sin ti.

Él la besó con suavidad.

—No me necesitas para ser reina. Pero, de todos modos, volveré a tu lado. Si es necesario vendré andando. Ten fe —dijo, y volvió a besarla.

A ella se le cayó una lágrima.

—Esto es una locura.

—Sí, pero piensa en la historia que tendremos para contarles a nuestros hijos.

La tomó entre sus brazos y volvió a besarla. Intentó transmitirle toda la esperanza que pudo, hacerle una promesa silenciosa de que encontraría la forma de conseguirlo. Estaba dispuesto a morir por ella.

Por fin, la soltó, le acarició la mejilla y se fue.

Cuando se marchó, Justine empezó a pasearse con angustia por la habitación. Dodi seguía cada uno de sus pasos. Al final, se sentó en el sofá y se agachó para contener las náuseas. Apenas podía respirar; tenía la sensación de que todo iba a salir mal, de que aquella era la última vez que veía a William.

Nadie conseguía separar un escándalo de su apellido, y ella lo sabía muy bien. Iban a obligarla a casarse con un hombre a quien no soportaría, y pasaría el resto de su vida pensando en William. Siempre.

—¿Jussie? ¿Qué haces? —le preguntó Amelia, que había entrado sin que ella se diera cuenta.

—Estoy intentando no echarme a llorar.

—Oh, querida —le dijo su hermana, y la abrazó—. Estás verdaderamente enamorada de él.

Sí, lo estaba.

Amelia siguió abrazándolas a Dodi y a ella hasta que Justine pudo respirar de nuevo.

Capítulo 35

El señor Paul Bartholomew fue aprendiéndose su papel durante el viaje de doce horas a Glasgow. William los había metido a todos en un tren, en un vagón de primera clase, que el señor Bartholomew había inspeccionado cuidadosamente. Había declarado que, a pesar de ser pequeño y tener unos asientos muy duros, era adecuado para su ensayo.

Pasó la primera hora acribillando a William a preguntas sobre la señorita Althea Simpson. Cuánto medía, de qué color tenía el pelo y los ojos, si era tímida o si sabía llevar la voz cantante. Cómo era el sonido de su risa y cuál era el tamaño de sus pies.

William intentó explicarle que, en realidad, no la conocía, que la había visto pocas veces en su vida. Le dio al señor Bartholomew toda la información que pudo.

El señor Bartholomew le preguntó si ya había tenido al niño, y William le dijo que no estaba seguro. Se había encontrado con ella en Navidad, y ahora estaban en verano. Era muy posible que ya hubiera dado a luz.

Entonces, el señor Bartholomew comenzó a ensayar. Había elegido el momento de entrar en el pueblo para ir a la taberna más grande que hubiera y empezar a preguntar por su amor perdido. Se situó a la entrada del vagón y comenzó a caminar por entre los asientos como si estuviera en el establecimiento, preguntándole a los presentes si podían darle la dirección de la mujer con la que iba a casarse, la señorita Althea Simpson.

A William le pareció una entrada demasiado teatral, pero eso no fue nada comparado con lo que llegó después.

El señor Bartholomew representó todos los papeles.

—¿Quién lo pregunta? —dijo, imitando perfectamente el acento escocés, como si fuera el propietario de la taberna.

—Yo, el padre de su hijo, el amor de su vida. ¿Cómo iba a saber que nuestros amores habían dado fruto? ¿Cómo iba a saber que me necesitaba? No me avisó de nada… ¡Desapareció como por arte de

magia!

En aquel momento, hizo una pausa y los miró.

—Por supuesto, aprenderé las palabras exactas del guion.

Lord Aleksander se interesó y se irguió en su asiento.

—¿Quién es usted? —le preguntó, haciéndose pasar por uno de los parroquianos.

—Robert Barstow, a su servicio —dijo él, con una pequeña reverencia.

—¿Y quién es Robert Barstow? —preguntó William.

—Un personaje de ficción, obviamente. No quiero que me persiga todo el pueblo por mentiroso cuando hayamos terminado la representación.

Carraspeó y alzó la barbilla.

—Robert Barstow, a su servicio. ¿Dónde está? ¿Dónde está mi amor? ¿Quién podría reprimirse, teniendo un corazón que ama y, en ese corazón, el coraje necesario para proclamar ese amor?

Lord Aleksander sonrió.

—Shakespeare, ¿eh? Un buen detalle, señor Bartholomew.

—Gracias.

Lady Aleksander también intervino.

—No vamos a decírselo, señor. ¿Cómo sabemos si usted nos dice la verdad? ¿Cómo sabemos que no quiere hacerle daño a esa pobre muchacha?

El señor Bartholomew lo pensó detenidamente.

—¿Qué daño iba a hacerle? Lo que quiero es cuidar de ella y de mi hijo, y amarla toda mi vida. Si no me lo dicen, me quedaré en esta mesa hasta que me traigan a Althea Simpson. Con su pelo dorado, su risa delicada, sus pies grandes y sus manos, como las de un hombre…

En aquel punto, hizo una pausa.

—Necesito que entiendan que la conozco —les explicó, y retomó su papel—. No cejaré hasta que la tenga a mi lado. ¿Cómo es posible que haya mantenido esto en secreto? ¿Cómo ha podido ocultarme a mi hijo? —preguntó, amargamente, dándose golpes en el corazón—. ¿Acaso no entiende que la amo? ¿Cómo ha podido matarme de esta manera?

Lady Aleksander miró a su marido.

—Todo esto hará que la gente empiece a hablar, ¿no crees?

—Si no lo matan primero —murmuró Ewan.

William estaba de acuerdo. Todo le parecía más y más ridículo a cada minuto que pasaba, y ya no tenía esperanzas.

—¿Cómo vamos a encontrar al verdadero padre? —preguntó.

—Por medio de Molly McGuire —dijo Ewan.

—¿Disculpa?

—Es la moza de la cocina. Va al mercado todos los días. Ella le pasará un mensaje a la moza de la cocina de Simpson House.

Todo el mundo se quedó mirando a Ewan.

—Eso es perfecto —dijo *lady* Aleksander—. Milord, debería escribirle una carta a la señorita Simpson y decirle lo que vamos a hacer.

—¿De verdad es perfecto? —gruñó William, y señaló al señor Bartholomew—. Todo esto me parece absurdo.

—He dicho que iba a trabajar en el texto —dijo el señor Bartholomew, claramente ofendido.

—Debe tener fe, milord —le dijo *lady* Aleksander—. Sin fe nunca sucede nada.

Bien, pues eso era un problema, porque a William se le estaba escapando la fe por todo el vagón.

Cuando, después de un viaje que se hizo eterno, llegaron a Glasgow, William alquiló dos carruajes. El primero, para hacer el corto trayecto hasta el pueblo de Hamilton, donde el señor Bartholomew representaría su papel, con suerte, mejorado. El segundo carruaje era para trasladarse hasta Hamilton Palace, puesto que los Aleksander iban a ser invitados del duque durante un par de noches.

Por el camino, William pensó en contarle a la pareja algunas cosas sobre su familia, pero se dio cuenta de que no había manera de preparar adecuadamente a nadie para encontrarse un palacio en obras perpetuas, con sobreabundancia de antigüedades y otras ideas descabelladas.

Llegaron al palacio justo después que su hermana, *lady* Fraser, y sus dos hijos.

—¡William! ¡No te esperábamos!

Susan lo abrazó y lo estrechó con fuerza.

—Gracias a Dios que has venido. Mamá ha comprado más alfombras en Bélgica.

—Voy a hablar con ella —dijo él.

Le presentó a su hermana a los Aleksander y, juntos, entraron en el palacio, con los niños correteando a su alrededor y llamando a gritos a su abuelo.

Los duques se quedaron muy sorprendidos al ver a su hijo y se le acercaron rápidamente, su madre, preocupada por lo largo que llevaba el pelo y su padre, preocupado por el hecho de que no estuviera en Londres haciendo lo que tenía que hacer. Y ¿por qué no había enviado a un mensajero para ponerles sobre aviso?

—¿De qué diablos se trata? —preguntó su padre, cuando

terminaron las presentaciones.

William miró a su familia y, repentinamente, pensó en que no había mejor momento que aquel para hacer su anuncio.

—Excelencia —le dijo a su padre, con una reverencia.

El duque abrió unos ojos como platos y miró a su mujer.

—Debe de ser un asunto serio, ¿eh?

—Papá —dijo William—. Tengo algo muy importante que decir. Yo… Estoy enamorado. Sí, me he enamorado. Ya está.

Esperaba que le respondieran de algún modo, pero los duques y su hermana se quedaron tan anonadados que no pronunciaron palabra. Susan miró a sus padres. Sus padres la miraron a ella.

—¿De quién? —preguntó Susan.

—Ese es el problema. Me he enamorado de Su Alteza Real, la princesa Justine Ivanosen.

El silencio continuó durante unos segundos. Después, Susan estalló en carcajadas.

—¡Oh, Dios mío! ¡No nos tomes el pelo, William!

William miró fijamente a su hermana, y ella se puso seria.

—No… no será verdad… —dijo.

—Pues sí —respondió él.

—Y la princesa Justine le corresponde —dijo *lady* Aleksander—. Es un amor verdadero. Pero tenemos el problema del horrible rumor que corre sobre lord Douglas, que podría apartarlo de la princesa. Como podrán imaginar, la princesa debe casarse con alguien de reputación impecable. Hemos ideado un plan para arreglar la situación, pero necesitamos su ayuda.

—¿Mi hijo está enamorado? —preguntó la duquesa, como si fuera un sueño hecho realidad—. He rezado mucho por que llegara este momento. Pero, le pido disculpas, señora, la reputación de mi hijo no necesita ningún arreglo.

—Mamá —dijo Susan, mirando a su madre de manera elocuente.

—Me refiero a que no mucho arreglo —se corrigió la duquesa.

—Si me permiten explicárselo… —dijo *lady* Aleksander.

Dio un paso adelante y comenzó a hablar. Cuando terminó, la familia permaneció en silencio, mirando al suelo.

—Su plan es irrisorio, *milady* —dijo, por fin, el padre de William—. Pero es cierto que no tenemos más dinero para pagar al señor Simpson a cambio de su silencio.

Susan se encogió de hombros.

—Por lo menos, es tan razonable como el hecho de acusarte a ti de ser el padre de su nieto. Yo conozco a Althea de toda la vida y, si tú te le acercaras, se moriría de miedo.

—¿Cómo dices? —preguntó William.

—Bueno, a mí no se me ocurre otra cosa que podamos hacer —dijo la madre de William—. Will, cariño, ¿estás seguro de que quieres casarte con una princesa? Es decir, que…

—Mamá, sí estoy seguro. Sean cuales sean las consideraciones, estoy seguro.

—Bueno, pues, entonces, supongo que debemos intentar llevar a cabo este plan.

—Necesitamos hacerle llegar un mensaje a la señorita Simpson.

William asintió.

—Ewan nos dijo que Molly puede llevarle una nota a la moza de la cocina de los Simpson.

William le indicó a uno de los sirvientes que fuera a buscar a la muchacha. Aunque Molly estaba temblando porque no sabía qué podía ocurrir para que los duques requirieran su presencia, *lady* Aleksander sonrió para darle ánimos y, en un tono amable, la convenció de que no había ningún problema y de que, en realidad, la familia la necesitaba desesperadamente.

Molly miró a todo el mundo con los ojos abiertos como platos.

—Sí. ¿Crees que podrías llevarle un mensaje muy importante a la moza de la cocina de los Simpson?

—Sí, es mi prima Janie.

Por supuesto. Si William se hubiera parado a pensar un momento, se habría dado cuenta de que allí todos eran parientes unos de otros.

—Pues bien, milord, creo que debería escribir la carta —le dijo *lady* Aleksander.

—Sí —dijo su padre, y le pidió a un sirviente que subiera una botella de *whisky* de la bodega para celebrar la ocasión.

Mientras los demás bebían una copa, él se concentró en escribirle la carta a la señorita Simpson, diciéndole que estaba intentando ayudarla pero que, para conseguirlo, necesitaba saber el nombre del padre de su hijo. Por su parte, el duque les contó a sus invitados la historia, ya clásica, de cómo había llegado a la conclusión de que era descendiente de los reyes escoceses.

Cuando William terminó la carta, se la entregó a Molly. Molly se la metió en el bolsillo de la capa y se marchó para entregarla.

Durante el resto de la noche, él casi no pudo sentarse. No dejaba de ir hasta la ventana para ver si la muchacha regresaba. Se imaginó que todo había salido mal, que Molly había perdido la carta, o que la señorita Simpson ya no estaba en Hamilton, o que su padre había interceptado el mensaje y sabía ya lo que se proponían. Se imaginó que el señor Bartholomew iba a fracasar y que lo echarían del pueblo

a patadas.

Se imaginó que ya no volvería a ver a Justine, y sintió un dolor lacerante en el corazón.

Aquella noche, Molly no volvió a Hamilton Palace.

William no pudo dormir.

A la mañana siguiente, Ewan fue al pueblo para presenciar la actuación del señor Bartholomew e informarles, a su vuelta, de cómo había ido todo. William siguió paseándose mientras esperaba el regreso de Molly McGuire. Envió a un sirviente en su busca, pero él no la encontró por el camino.

Molly volvió, por fin, aquella tarde, caminando por la carretera. William salió corriendo a recibirla.

—¿Dónde has estado, muchacha?

—¡Le pido perdón, milord! —exclamó la chica, y se echó a temblar—. Pero se hizo muy tarde, y mi prima se empeñó en que me quedara a dormir. Y la cocinera me había dado el día libre hoy. Tenía algunas cosas que hacer en el pueblo.

William respiró profundamente para no responder mal a la muchacha. Quizá no le habían dado a entender que era algo muy urgente.

Oyó que alguien se acercaba a su espalda, y se giró. *Lady* Aleksander caminaba ansiosamente hacia ellos. Parecía que él no era el único que había pasado la noche sin dormir.

—Hola, Molly… ¿Le diste la carta a tu prima? —preguntó la dama.

—No, *milady*.

—¿No? —preguntó William, con el corazón en la garganta.

—No —repitió Molly, suavemente—. La señorita Simpson bajó de su habitación con su niño. Es precioso.

—¡Es niño! —exclamó *lady* Aleksander.

—Sí, señorita. Es un bebé muy pelirrojo y…

—Molly —dijo William, tratando de mantener la calma—. ¿Qué dijo la señorita Simpson?

—Abrió la carta y la leyó, la dobló y se la metió en el bolsillo. Y dijo: «Dile al señor marqués que el hombre que busca es Graeme Ross».

—¡Graeme Ross!

William no había oído a su hermana, que también había salido al camino de la entrada, seguida por uno de sus sobrinos.

—Entonces, ¿lo conoces, Susan?

—¡Sí, Will! Y tú también. Es el dueño de la granja que hay bajando el río, ¿no te acuerdas? Íbamos a comprar manzanas allí cuando éramos pequeños.

De repente, William se acordó. Una granja modesta, una buena granja.

—Es un hombre bueno y trabajador —prosiguió su hermana—, pero, claro, no será suficiente para el señor Simpson. Él quiere que Althea se case con alguien de estatus superior, siempre lo ha querido. Siempre estaba mandando a la pobre chica a fiestas y bailes a las mejores casas, aunque ella no conociera a nadie.

Molly estaba mirando a Susan con los ojos abiertos como platos, escuchándolo todo. William pensó que deberían continuar aquella conversación en privado.

—Gracias, Molly. Puedes marcharte.

Lady Aleksander, su hermana y él entraron por la puerta principal y fueron al comedor, donde los duques llevaban desayunando, relajadamente, unas dos horas.

—¿Y bien? —preguntó su padre—. ¿Ha vuelto ya esa muchacha?

—Sí. Nos ha traído un nombre. Graeme Ross. Y la señorita Simpson ha tenido un niño.

—¡Ah, Ross! Es un buen hombre, y honesto. Muy trabajador, como su padre. Será un buen padre, estoy seguro. Se pondrá contento de haber tenido un niño y se portará bien con la señorita Simpson.

Se oyeron voces en el vestíbulo y, un momento después, entró el mayordomo seguido por Ewan, que estaba desarreglado, como si hubiera tenido que salir corriendo del pueblo.

—¡Ewan! ¿Qué ha ocurrido? —exclamó William—. ¿Estás bien?

—Sí, milord. Pero ha habido un altercado en el pueblo…

—¿Qué ha ocurrido?

Ewan alzó un dedo y se puso la mano en la espalda mientras hacía un gesto de dolor. Todos se quedaron esperando, mirándolo fijamente.

—El señor Bartholomew resultó ser un buen actor —dijo él—. Me convenció hasta a mí.

—Ewan, ¿qué ha pasado? —le preguntó Susan.

—Dijo que… que había ido a buscar a la mujer y a su hijo, todo eso. Mucho mejor que en el tren, hay que reconocerlo.

—¿Y? —preguntó William.

—Bueno, el hermano del señor Simpson estaba presente en el bar, tomándose una pinta. O más de una, porque se tambaleaba un poco.

—¿Y qué?

—Dijo que ese tipo era un mentiroso, milord. Entonces, los hermanos McFee, ya los conoce, que son del tamaño de los mojones de las lindes de la vieja Bessie, quisieron echarlo. Pero, después, la señora Palley preguntó por qué iba a decir eso si no fuera cierto, porque se buscaría problemas, y que deberían preguntarle a la chica si era

cierto.

—Oh, Dios mío —dijo la madre de William—. No suena bien, ¿verdad? ¿A alguien le parece que suena bien?

—No, *milady* —prosiguió Ewan, secándose la frente—. De hecho, hubo un debate muy acalorado. Se decidió que la única manera de resolverlo era llamar al señor Simpson.

—¿Y la señorita Simpson? ¿Por qué no la llamaron a ella? —preguntó *lady* Aleksander.

—No, *milady*, el señor Simpson es quien habla en nombre de la familia, y querían escucharlo a él. Entonces, decidieron agarrar al señor Bartholomew para que no pudiera irse hasta que llegara el señor Simpson.

—Will, no hay tiempo —dijo Susan—. Cuando llegues con el carruaje a casa del señor Ross, el señor Simpson ya habrá ido y vuelto a su casa desde la taberna, y Dios sabe lo que le habrán hecho a tu amigo.

A William le daba vueltas la cabeza. En realidad, todo daba vueltas y se había escapado de su control. No entendía cómo era posible que se hubieran convencido a sí mismos de que aquello podía salir bien.

Decidieron que él iría a caballo a la granja de los Ross. Mientras, su padre, Susan y los Aleksander irían a la taberna para proteger al señor Bartholomew.

Media hora después, William llegó a la granja, saltó del caballo y fue corriendo hacia la casa. Llamó a la puerta, pero no respondió nadie. Se asomó a una ventana, pero parecía que la casa estaba vacía.

Después de buscar en el granero y volver a llamar a la puerta, comenzó a caminar hacia su caballo, y sintió una gran alegría al ver que el señor Ross se acercaba, con una caña de pescar al hombro, desde el río.

—¡Señor Ross! —gritó, moviendo el brazo para llamar su atención.

Al verlo, el señor Ross se detuvo.

—¿Milord?

—Gracias a Dios que está aquí. Por un momento, pensé que todo se había perdido —dijo William, y se echó a reír como un loco.

El señor Ross lo miró con cautela.

—Ah, claro, no sabe por qué he venido. Quisiera ser más delicado, pero no hay tiempo. He venido a hablarle de la señorita Althea Simpson.

El señor Ross palideció.

—No conozco a la señorita Althea Simpson.

—Le pido perdón, señor Ross, pero hay una cosa que debe saber. Tal vez ya la sepa, pero no quiere admitirlo.

—No sé nada.

—La señorita Simpson… ha tenido un niño. Pelirrojo.

El señor Ross se puso muy tenso. Su mirada se volvió dura.

—He oído el rumor.

William se quedó callado. Lo entendió todo: el señor Ross había oído el rumor sobre él.

—El niño no es mío, si es lo que piensa. Usted es el padre. ¡El niño es pelirrojo! —exclamó, señalando la cabellera roja del señor Ross.

Sin embargo, el señor Ross dio un resoplido y comenzó a caminar hacia su casa.

—¿Dónde va? —le preguntó William—. Tiene que creerme. El niño es suyo. Nunca hubo otro hombre, aparte de usted. Y menos, yo.

El señor Ross se detuvo y lo miró fijamente a los ojos.

—Si fuera mío, ella se habría reunido conmigo, como convinimos. Pero la última vez que la vieron, estaba con usted, milord.

—No, es un malentendido. Yo intenté ayudarla para que pudiera reunirse con su amante. Por lo menos, créame.

—¿Cree que no lo entiendo? Usted la dejó embarazada y no quiere al niño. Quiere cargarme a mí con su metedura de pata —dijo el granjero, y continuó andando.

—No, no —respondió William, frenéticamente—. Yo le alquilé un caballo y pagué una habitación en la posada para que pudiera pasar la noche. Le expliqué cómo se llegaba al lugar en el que habían quedado para reunirse —dijo, tratando de recordar—. «Vaya por la carretera del viejo fuerte y, en el cruce, a la derecha».

El señor Ross se detuvo.

—Yo la acompañé a su habitación para que nadie la molestara. Después, la dejé allí y me marché, y pensé que ella saldría al amanecer. Pero, por desgracia, no sé cómo, su padre la encontró antes de que eso sucediera.

El señor Ross hizo un gesto negativo.

William estaba desesperado. Se había echado a temblar, y estaba sudando.

—Por favor, señor Ross. Créame. Entiendo que sufriera un golpe en su amor propio y, además, ha oído decir cosas. Pero le prometo por mi honor que no son ciertas, aunque el rumor haya sido como una daga atravesándole el corazón. De veras, he venido a ayudarle, a darle la oportunidad de que la situación se arregle. Todavía puede casarse con la mujer a la que ama. Y tener a su hijo.

El señor Ross miró a William.

—El problema es que, si no viene conmigo ahora, la perderá para siempre. ¿Podrá soportarlo? ¿Podrá levantarse por las mañanas

sabiendo que no ha hecho lo suficiente por conseguirla?

El señor Ross no se movió. Siguió mirando con dureza a William.

Él bajó la cabeza con resignación.

—Bien. Supongo que esto es todo.

Le había quedado claro que Graeme Ross no lo creía. Debería haber ido Susan, pero había ido él, y el señor Ross creía que era el hombre que había destruido su amor. Lo único que había conseguido era empeorar la situación.

Sintió que la vida se alejaba flotando de él, y casi sintió serenidad, a pesar de su desesperación.

Capítulo 36

El telegrama de la reina Agnes llegó con un contingente de seis soldados de Wesloria.

—¿Qué dice? —preguntó Amelia, con la voz muy aguda a causa del nerviosismo.

Justine leyó el mensaje mientras acariciaba a Dodi, que estaba en su regazo.

—Nos ordena que volvamos a casa. Dice que debemos zarpar el viernes, como muy tarde.

—¡Oh! —exclamó *lady* Bardaline, dando palmaditas—. Qué noticia tan maravillosa. Creo que es lo mejor, Su Alteza Real. La reina Victoria se marcha a Francia, y *lady* Aleksander… Bueno, quizá ella no está tan bien relacionada como pensaron sus padres. Pero no debe preocuparse —dijo la dama, sonriendo con astucia.

—Váyase —respondió Justine, después de mirar a su dama de honor con incredulidad.

Lady Bardaline se rio nerviosa.

—Márchese de mi habitación, señora.

Amelia abrió unos ojos como platos. Miró a Justine y, después, a la dama.

Lady Bardaline se levantó despacio de su asiento y se dirigió a la puerta. Incluso se dio la vuelta, como si quisiera hablar, pero, finalmente, miró a las dos hermanas con un gesto agrio y salió.

Seviana se acercó a la puerta y la cerró.

—Gracias, Sevie —le dijo Justine, y le tendió a Dodi—. ¿Te importaría llevarla a dar un paseo?

Amelia miró a Justine con asombro. Esperó a que Seviana se hubiera llevado a la perrita y gritó: —¡Por fin! ¡Has estado magnífica! Yo no soporto a esa mujer. Pero no te preocupes por ella. ¿Qué vamos a hacer, Jussie? No vamos a subir a ese barco. Vamos a pedirle a *lady* Holland que nos ayude.

Justine cabeceó.

—¿No has visto la caballería que ha enviado mamá? Cariño, ellos

han venido para cerciorarse de que embarcamos.

—Pero… yo no quiero marcharme. Me gusta estar aquí. ¿Y qué pasa con Douglas?

Sí, ¿qué ocurría con William? Justine había estado esperando un mensaje suyo desde hacía cuatro días y, ahora, si ese mensaje no llegaba antes de dos días más, su vida habría terminado. Sería una reina sin corazón. Una reina de luto.

William no volvió aquel día, por mucho que ella mirara por la ventana con el anhelo de verlo llegar. Estaba furiosa consigo misma por no haberle preguntado a qué dirección podía hacerle llegar una carta.

Al día siguiente, Amelia y ella se vieron obligadas a hacer el equipaje. Un lacayo fue a informarlas de que tenían visita.

—Lord Iddesleigh, señora.

Justine y Amelia se miraron pensando lo mismo: les llevaba noticias. Bajaron corriendo las escaleras y entraron al salón de las visitas.

Él estaba sonriendo, pero su expresión se convirtió en pánico al verlas llegar tan ansiosas.

—Lord Iddesleigh, muchas gracias por venir —le dijo Justine, sin aliento—. ¿Se sabe algo?

—Su Alteza Real —dijo él, mientras hacía una reverencia—. Por desgracia, no. Tenía la esperanza de que ustedes pudieran contarme algo.

Justine se quedó consternada. De repente, su propio cuerpo le pareció muy pesado.

—No, no sabemos absolutamente nada.

—Ah.

Amelia se dejó caer en el sofá.

—No es justo —murmuró.

—Han fracasado, ¿no? —le preguntó Justine al conde—. Si hubieran tenido éxito, ya lo sabríamos.

—¡Querida! ¡No digas eso! —le rogó Amelia.

—Le aconsejo que no pierda la esperanza, señora. Es mejor no asumir lo peor mientras no haya pruebas. Piense cosas positivas —dijo lord Iddesleigh, y sonrió.

Ella también sonrió, pero con tristeza.

—Me temo que es demasiado tarde para eso.

Lord Iddesleigh suspiró.

—He venido a despedirme de ustedes. Mi esposa desea pasar sus últimos días de embarazo en el campo, en nuestra casa solariega. Por desgracia, hay momentos en la vida de un conde en los que debe

ocuparse de los asuntos del condado y, al mismo tiempo, hacer feliz a su esposa —explicó, y arrugó la nariz—. Aunque no entiendo por qué quiere ir allí, porque no es más que un castillo viejo medio en ruinas.

—Gracias por su hospitalidad, milord —dijo Justine—. Zarpamos hacia Wesloria el viernes.

—Oh —dijo Iddesleigh, y frunció el ceño—. ¿Tan pronto? Todos vamos a lamentar verlas partir. Les deseo lo mejor a usted y a su hermana.

También era demasiado tarde para eso. Lo mejor había llegado y se había ido.

Después de la despedida de lord Iddesleigh, Amelia reanudó la tarea en silencio. Parecía que entendía que ella no quisiera hablar. Justine no logró recuperarse hasta varias horas después, aquella tarde. Una vez, su padre le había dicho que las decepciones eran como las olas, que lo llevaban a uno a lo más bajo, pero que, después, había una cresta, y que ella siempre debía mirar hacia delante con la cabeza alta.

No tenía elección. Sería coronada muy pronto, y siempre tendría que procurar el bien de Wesloria por delante de su bienestar personal. Aquel era el precio que ponía el diablo a cambio de una vida de privilegios.

Antes de volver a Wesloria tenían mucho que hacer. Ella metería en uno de sus baúles el amor que sentía por William y lo guardaría en un rincón de su corazón. Sin embargo, no tenía tiempo para pasar el luto por su pérdida.

Estaba atardeciendo, y ella había rehusado el té y había pedido a los sirvientes que no prepararan la cena. Cumpliría con su deber, pero no iba a obligarse a comer, porque se le había quitado por completo el apetito. Estaba embebida en sus pensamientos, envolviendo sus libros cuidadosamente, cuando oyó un alboroto en el piso de abajo.

Se le aceleró el corazón. Se levantó con lentitud y fue a la ventana, temerosa de llevarse otra decepción. Sin embargo, vio acercarse un carruaje polvoriento con el emblema de la casa ducal de los Hamilton. Bajo su mirada, *lady* Aleksander bajó de él.

—¿Quién es? —preguntó Amelia, y se acercó a la ventana para colocarse junto a su hermana.

Justine contuvo la respiración. El siguiente en bajar del carruaje fue lord Aleksander, junto a un hombre a quien ella no conocía y que se giró para mirar al interior del coche.

Una pierna larga, calzada con una bota, apareció en la escalerilla. Después, la otra.

—Oh, Dios mío —dijo Justine, y se agarró de la mano de su

hermana.

—Es él, Jussie —murmuró Amelia—. Es él de verdad.

Justine salió de la habitación y bajó corriendo las escaleras, agarrándose la falda del vestido. Estuvo a punto de chocar con lord Bardaline, que salía en aquel momento del despacho.

—¿Qué ocurre?

Ella lo dejó atrás y salió por la puerta, y se lanzó a los brazos de William, quien la estrechó con fuerza y le besó la mejilla y el cuello.

Entonces, todo el mundo empezó a hablar a la vez.

—¿Por qué has tardado tanto? —le preguntó Justine.

—Porque tuvimos que hacer un viaje inesperado a Gretna Green.

—¿Dónde?

William se echó a reír. Tenía una expresión relajada y sus ojos brillaban con el sol del atardecer.

—Vamos dentro y te lo explico todo.

—Espera, William… ¿ha terminado todo?

—Sí. Ha terminado todo, querida.

En el salón principal de la casa, mientras el lacayo servía vino y *whisky*, Justine se enteró de que el plan, por muy absurdo que le hubiera parecido, había funcionado de verdad. Se sintió tan feliz que se rio más alto que nadie.

—Pero ¿cómo? —preguntó.

—Fue increíble —dijo lord Aleksander—. Mi esposa ha hecho una especie de milagro. Además de que lord Douglas ha conseguido acabar con el rumor, ha terminado convirtiéndose en el héroe de la historia. Creí que todo el pueblo de Hamilton iba a tomarlo a hombros y llevarlo por las calles.

—¡Cuéntenos, cuéntenos! —exclamó Amelia, botando en su asiento.

—Si me lo permiten —dijo el señor Bartholomew.

—Por favor —dijo Lila.

El señor Bartholomew se colocó en el centro de la habitación, extendió los brazos y comenzó a contar lo que había ocurrido en la taberna. Representó los diferentes personajes y se detuvo a explicarle a su público quién era quién. Hizo una pausa para crear un escenario dramático para la llegada del señor Simpson a la taberna, explicando que tenía la cara tan roja que parecía que se había quemado y que le acusó a él, en el papel de Robert Barstow, de ser un mentiroso y un estafador y, además, de pretender extorsionar al duque de Hamilton por los pecados de su hijo, el marqués.

—En ese momento, todo estuvo a punto de desmoronarse —dijo Lila—. El padre de Douglas, el duque de Hamilton, dijo que eso era lo

que había hecho el señor Simpson. Al principio, el señor Simpson lo negó, pero después dijo que se le debía ese dinero puesto que el marqués era el padre de su nieto. Y, entonces, ¿quién llegó como un caballero para salvar al pueblo, sino el propio marqués, en compañía del señor Ross?

Lady Aleksander se echó a reír y miró a William.

—¡Creía que no iba a llegar nunca!

—Yo también. No habíamos caído en que el señor Ross también podía haber oído el rumor, y en que pensaba que yo era culpable de las acusaciones. ¿Por qué iba a creer lo contrario? Lo último que supo de la señorita Simpson era que ella se reuniría con él. La muchacha no llegó a la cita, y fue vista conmigo. ¿Qué iba a pensar el hombre?

—Y ¿cómo lo convenció? —preguntó Amelia.

—No lo sé. No me avergüenzo al decir que le rogué, traté de engatusarlo, que estuve a punto de darle un puñetazo —dijo William, y se echó a reír—. Y, entonces, le pregunté si sería capaz de vivir sabiendo que no había hecho todo lo posible por conseguir a la mujer a la que amaba.

Miró a Justine y sonrió.

—Porque, si fuera yo el que estaba en su lugar, no lo soportaría.

—Ejem —dijo el señor Bartholomew, que no quería ceder el escenario.

—Por favor, continúe —le dijo William.

El señor Bartholomew reanudó su actuación en el momento en que William le dijo a la multitud que se había congregado en la taberna que lo único que había hecho era tratar de ayudar a la señorita Simpson para que pudiera llegar junto al hombre al que amaba. Y, entonces, llegó Susan, su hermana, acompañada por la señorita Simpson y su hijo recién nacido, Graeme.

—Le puso el nombre del padre, por supuesto —dijo Lila, con una enorme sonrisa—. En cuanto el señor Ross los vio a ella y a su hijo, estuvo a punto de caer de rodillas. Allí mismo, le pidió que se casara con él.

—Le ruego me disculpe, ya iba a contarlo yo —dijo el señor Bartholomew.

—Oh. Por favor, continúe.

—Ella dijo que sí. Su padre quiso intervenir, pero la gente se lo impidió —explicó el señor Bartholomew, y representó la pelea subsiguiente para dar final a su obra.

Entonces, el señor Simpson demostró quién era en realidad, al prohibir a su hija y a su nieto que volvieran a su casa familiar. Para todos los demás, quedó claro que el señor Ross y la señorita Simpson

estaban muy enamorados y que el señor Simpson les había hecho sufrir con su avaricia y su egoísmo.

—El señor Simpson no tuvo ninguna oportunidad —dijo William—. Allí estábamos, con dos personas enamoradas que necesitaban casarse por su hijo. Los llevamos a toda prisa a Gretna Green para que se celebrara la boda. Althea Simpson no tendrá que volver a casa de su padre.

—Pero… ¿el escándalo ha quedado aclarado y terminado? ¿Ha acabado de verdad? —preguntó Justine.

—Oh, no —dijo Lila—. La historia corre de boca en boca. Seguro que ya ha llegado a Londres. Pero el escándalo ha dado un giro y el marqués ha quedado como un verdadero santo, me atrevo a decir que por primera vez en su vida.

William se echó a reír.

—De eso no hay duda.

—Lo alaban por la bondad que demostró al ayudar a la señorita Simpson, cuando, fácilmente, podría haber ignorado su situación —prosiguió Lila—. Lo aplauden por haber urdido el plan para engañar al señor Simpson antes de que pudiera sobornar de nuevo al duque y encontrar al padre de la criatura. Y por haberlo reunido con la mujer a la que quiere. Ahora ya nadie dirá una palabra en contra de lord Douglas.

—Dios mío, es un milagro —dijo Amelia.

—¡Y su actuación, señor Bartholomew! Esto no podría haber sucedido sin usted —dijo Lila.

El caballero sonrió con orgullo.

—Me gustaría que se mencionara en los periódicos de Londres, si es posible.

—Creo que podré arreglarlo —dijo Lila.

—Por favor, me gustaría tenerlo totalmente claro —dijo Justine, antes de que alguien empezara a servir copas de champán—. ¿Ya no hay escándalo que valga alrededor del marqués?

—Exacto.

Entonces, era cierto. A Justine se le aceleró el corazón. Se le humedecieron las palmas de las manos. Recordó su visita al Castillo de Astasia, cuando había subido a las almenas de una torre y había mirado el valle que se extendía bajo sus pies. Allí había sentido toda la fuerza de sus ancestros y de su destino. Y volvía a sentirla, como si tirara de ella. Estaba a punto de hacer algo terriblemente atrevido, pero era su futuro, y estaba bien.

Se puso en pie y miró a William.

—¿Podrías levantarte? —le pidió, con la voz ligeramente

quebrada.

Amelia se alarmó. Bien, ella también se sentía alarmada, temblaba por dentro, pero se dominó.

Tal vez, aquel fuera el momento más importante de su vida.

No dejó de mirar a William, que tenía una sonrisa en los labios. Él se puso en pie e hizo una reverencia.

—Creo que no es necesario que me arme caballero, Su Alteza Real.

Lord Aleksander se echó a reír.

Justine tragó saliva. Su dichoso nerviosismo estaba a punto de ahogarla, pero no iba a permitirlo. Aunque se tambaleaba un poco, posó una rodilla en el suelo. A su espalda hubo exclamaciones de sorpresa, pero ella mantuvo la mirada fija en William.

—Lord William Douglas, marqués de Hamilton y… y…

—Clydesdale —dijo él.

—Clydesdale —repitió Justine—, ¿me haría el honor de casarse conmigo, de ser mi marido, mi príncipe consorte, mi compañero, mi amor?

Lady Bardaline, que hasta aquel momento había guardado silencio, gritó: —Su Alteza Real, ¡no puede!

—Señora, por favor —le dijo Amelia—. ¡No estropee el momento!

—Nunca se permitirá algo así —protestó *lady* Bardaline—. ¡Su madre no lo permitirá!

—Tranquila, señora. Ya le he enviado un telegrama al primer ministro Robuchard informándole de que el emparejamiento está concluido —dijo Lila.

—¿Qué dice? ¿Qué ha hecho? —gritó *lady* Bardaline.

—¡Disculpe! —dijo Justine, en voz alta.

Todo el mundo guardó silencio.

—Estoy en mitad de un asunto importante, y su señoría todavía no me ha respondido.

William se echó a reír. Él también se puso de rodillas, y le tomó ambas manos.

—Sí, señora, me casaré con usted. Justine, te querré, te adoraré, te protegeré, te aconsejaré, te defenderé y, por encima de todo, te serviré como un súbdito debe servir a su reina. Es decir, si Wesloria me concede la nacionalidad.

—Su Alteza Real —dijo lord Bardaline, suavemente, tratando de abordar el asunto con más calma que su esposa—. Estoy seguro de que comprende que el rey debe aprobar este matrimonio.

—Sí, lo entiendo —dijo Justine, sonriendo a William—. Lo aprobará.

William también sonrió. Se puso en pie y tiró de ella para que se

levantara. Y, entonces, la abrazó y le dio un beso en los labios.

Detrás de Justine, en la habitación se hizo el caos. Amelia estaba llorando, alguien prorrumpió en vítores y los Bardaline empezaron a gritarle a Lila.

A Justine no le importó. Estaba llena de amor, gratitud y reverencia por lo que pudiera depararle el futuro. Se sentía más orgullosa y segura que nunca. Había decidido por sí misma, como siguiente soberana de Wesloria, y tenía la certeza de que era la mejor decisión que podía haber tomado.

De repente, el futuro que tenía ante sí era brillante.

Se sentía como una reina.

Era una reina.

El viaje a Wesloria se pospuso cinco días para que el marqués tuviera tiempo de preparar el equipaje. Hubo una andanada de telegramas de ida y vuelta entre Londres y St. Edys, y todavía quedaban muchas cosas por negociar, pero la princesa tenía razón: el sincero mensaje que le había enviado a su padre había funcionado. Por muchas objeciones que hubieran puesto Robuchard y la reina Agnes, el rey Maksim seguía siendo el rey, y aprobaba la felicidad de su hija.

Lila vio llegar a Prescott Hall los carruajes que iban a trasladar a William, a Justine, a Amelia y a Dodi, y todo su equipaje, al puerto.

—Están tan enamorados… —dijo, con melancolía.

Valentin se estaba poniendo su abrigo largo.

—¿Vienes?

—Sí —dijo ella.

Acababa de darle los toques finales al telegrama que le iba a enviar a Robuchard. En él, le explicaba que la princesa Amelia necesitaba algo de tiempo para madurar, eso era todo.

Valentin se inclinó hacia ella, que estaba en el escritorio, y le besó la coronilla.

—¿Sabes quién más está enamorado?

Lila sonrió.

—Yo sí —dijo.

Selló el mensaje y se puso de pie para abrazar a su marido.

Epílogo

Un mes más tarde

Justine y William estaban en la cama, abrazados, disfrutando después de hacer el amor. Ella miró el dosel bordado. Se sentía como en un sueño, y estaba totalmente saciada.

—¿Por qué nadie te explica nunca lo maravilloso que es el sexo?

William se echó a reír y le besó un hombro.

—No se supone que tenga que gustarte, querida. Se supone que tienes que aguantarlo porque es tu deber.

—Pues me encanta.

—Sí, eres una pequeña insaciable.

—Sí, es verdad, y les doy las gracias a todos los santos por tener un marido también insaciable.

Ella bajó los dedos por su pecho, hacia su entrepierna, y más abajo.

—¿Qué haces?

—No tenemos que levantarnos hasta dentro de una hora.

—Tus sirvientes van a echar la puerta abajo si no sales pronto.

Ella soltó una risita.

—Déjalos.

Lo besó en la boca y en el pecho, y siguió descendiendo.

William le había enseñado lo que era el placer, cómo proporcionarlo y cómo recibirlo. Ella pensaba a menudo lo que le había dicho la reina Victoria sobre la compatibilidad en el lecho conyugal. Era el mejor consejo de cuantos le había dado la soberana inglesa. William y ella estaban totalmente enamorados y lo confirmaban casi cada día en aquella cama.

Para William, la transición había sido más fácil de lo que ella imaginaba. Le había encantado Wesloria, porque, según le había dicho, ella era Wesloria. Había hecho amistades incipientes, claro que sí, porque era un hombre afable. Y, naturalmente, le daba consejos, incluso cuando ella no quería escucharlos.

Al regresar a Wesloria, encontró a su padre gravemente enfermo.

Aquel verano había empeorado mucho, y los médicos de la familia le informaron de que le quedaba aproximadamente un mes de vida. A causa del estado del monarca, su boda con William había sido un asunto privado. Y, al final de aquella semana, el rey Maksim tenía previsto abdicar en su heredera. La coronación se celebraría inmediatamente, y William tendría que jurarle lealtad y ser investido príncipe consorte. Seviana le había hecho un collar precioso a Dodi para conmemorar la ocasión.

Todo había sido muy rápido y terrible. Pero Justine estaba en paz. Sabía que había tomado la decisión correcta; no se imaginaba ser reina sin tener a William a su lado.

Más tarde, cuando, por fin, salieron de su habitación privada, Seviana se estremeció al ver cómo tenía el pelo e, inmediatamente, empezó a peinarla. Aquella tarde iba a inaugurar la nueva biblioteca de la ciudad y no tenía tiempo que perder, debido a su reticencia a abandonar el lecho y a su marido. Los invitados se sentaron y Justine fue conducida al estrado para dar su discurso. Tenía la respiración un poco entrecortada y sentía un cosquilleo en el cuero cabelludo, pero respiró profundamente, se puso los anteojos y se volvió ligeramente hacia su madre, que estaba a su derecha y que miró al cielo con resignación. Después, se volvió hacia William, que ocupaba el espacio a su izquierda. Él sonrió y le hizo un guiño sutil.

Y, después, miró al mar de gente que se había congregado allí. Aquello siempre sería lo más difícil para ella, pero se sentía más segura que nunca porque podía apoyarse en la fuerza de William y, en aquella fuerza, había descubierto una parte de sí misma que desconocía. Era asombroso: solo había hecho falta que alguien creyera en ella, y ella había podido concederse el permiso para creer en sí misma.

Sonrió al público.

—*Ledia et harrad* —dijo, con claridad—. *Bon mowen*.